COLECCIÓN **NUESTROS PAÍSES** SERIE **TESTIMONIOS**

HAY QUE DEFENDER LA VIDA

HAYDEE SANTAMARÍA

Compilación de
JAIME GÓMEZ TRIANA Y ANA NIRIA ALBO DÍAZ

casa de las américas

COLECCIÓN **NUESTROS PAÍSES** SERIE **TESTIMONIOS**

HAY QUE DEFENDER LA VIDA

COLECCIÓN **NUESTROS PAÍSES** SERIE **TESTIMONIOS**

HAY QUE DEFENDER LA VIDA

HAYDEE SANTAMARÍA

Compilación de
JAIME GÓMEZ TRIANA Y ANA NIRIA ALBO DÍAZ

casa de las américas

Edición: *Caridad Tamayo Fernández*
Corrección: *Suyín Morales Alemañy*
Diseño: *Ricardo Rafael Villares*
Diagramación: *Marlen López Martínez*

© Primera edición
Fondo Editorial Casa de las Américas / Ocean Sur, 2022
© Sobre la presente edición:
Fondo Editorial Casa de las Américas, 2023

ISBN 978-959-260-649-4

casa

Fondo Editorial Casa de las Américas
3ra. y G, El Vedado, La Habana, Cuba
www.casadelasamericas.org

Haydee, una compañera modesta, trabajadora, incansable,
muy humilde, se consagró por entero desde entonces
a la causa revolucionaria, nos ayudó extraordinariamente
y tuvo una conducta brillante, un valor extraordinario no solo
en el trasiego de armas (y en aquellos días que precedieron al 26 miren
que hubo que trasegar armas y balas, en maletas, en condiciones
de clandestinidad), sino también en los días del Moncada, en los días
posteriores al Moncada, en la cárcel, en la clandestinidad,
en la organización del Movimiento, el 30 de Noviembre,
de nuevo en la clandestinidad, en la Sierra Maestra
y en la Revolución. El nombre de Yeyé está indisolublemente
unido al prestigio de la Revolución en Cuba y en la América Latina.

Discurso inaugural del Poligráfico Haydee Santamaría,
27 de diciembre de 1983

Fidel Castro

Donde ahora vives junto a la madre y el hermano
Y los tesoros guardados en la pequeña gruta de la infancia.
Allí, multiplicada y única, estás, invulnerable,
Y en los días duros y en las noches difíciles
Desde allí nos hablas todavía con ternura y firmeza, porque sabes,
Querida niña, querida hermana, querida justicia, querido amor,
Sabes todo lo que te seguimos necesitando
necesitando.

«Haydee»

Roberto Fernández Retamar

Haydee, te seguimos necesitando

Jaime Gómez Triana y Ana Niria Albo Díaz

La vida y la obra de Haydee Santamaría no puede restringirse de ningún modo, como ha ocurrido a menudo, a unos pocos hechos o a un período en específico. La coherencia de sus actos y de su conducta está presente también en su pensamiento y en su liderazgo, que se extendió mucho más allá del espacio de la cultura y de las fronteras de nuestro país. Admirada y querida por políticos, intelectuales, artistas y luchadores sociales de toda la América Latina y el Caribe, esta mujer cubanísima se convirtió en un símbolo donde se articulan, de manera perfecta, la campesina, la guerrillera, la martiana, la comunista, la promotora de grandes creaciones culturales y la internacionalista solidaria con las causas progresistas de todo el mundo.

Entró en la historia con los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en cuya organización participó desde el inicio. Perdió en esas acciones a entrañables compañeros. Su hermano Abel y su novio Boris Luis Santa Coloma se cuentan entre los combatientes que fueron cruelmente torturados y asesinados. La declaración de Haydee en la quinta vista de la Causa 37 constituyó una contundente denuncia de la maquinaria de terror y muerte que la dictadura de Fulgencio Batista desató tras la captura de los asaltantes. Fue excarcelada después de casi siete meses de prisión y continuó desde la clandestinidad entregada a importantes y complejas misiones. Había que conseguir la liberación de Fidel Castro y del resto de los moncadistas, y resultaba indispensable publicar y difundir el alegato del líder revolucionario ante sus jueces: un documento crucial que, a partir de su primera impresión, sería conocido como *La historia me absolverá*.

Haydee participaría además en la fundación del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, cuya Dirección Nacional integró desde el primer momento. Fueron decisivas sus contribuciones a los preparativos del levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba; a los esfuerzos para dar a conocer internacionalmente la verdad de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra, a través de medios influyentes; y ya en el exilio, en los Estados Unidos, a la recaudación de fondos para comprar armamento y otros recursos imprescindibles para las tropas rebeldes. Una vez alcanzado el triunfo,

se consagraría al proyecto revolucionario en ámbitos disímiles. El más conocido y perdurable fue su intensa labor al frente de la Casa de las Américas.

Cuando se nos encargó la investigación que condujo a este libro, no calculábamos el número de documentos que tendríamos que revisar. Silvia Gil, Chiki Salsamendi y sobre todo Myriam Radlow, quien fuera jefa de despacho de Haydee, pusieron a nuestra disposición los archivos de la Casa de las Américas y nos ayudaron a comprender los contextos y los principales rasgos de la personalidad a la que tratábamos de acercarnos. Algunos de esos materiales habían sido revisados con anterioridad por Yolanda Portuondo para su libro *La pasión que me llevó al Moncada* (2004), donde aborda la trayectoria de la heroína desde su nacimiento hasta 1955. También Esther Barroso consultó muchos de ellos para su documental *Nuestra Haydee*. La mayor parte de estos archivos, sin embargo, había permanecido intocada por mucho tiempo y, aunque algunos textos aparecieron en publicaciones periódicas, la posibilidad de presentarlos en un solo volumen nos permitía ofrecer un panorama abarcador del pensamiento y la obra de Haydee en su propia voz.

En la Casa de las Américas se conservan copias de documentos de la época insurreccional, cartas en su mayor parte. Las cotejamos con los originales del fondo Haydee Santamaría de la Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia de la República, y así conformamos el primer núcleo de los materiales aquí reunidos, que abarca en lo fundamental los años de 1953 a 1959. Junto a cartas enviadas desde la cárcel a familiares o amigos y a otras remitidas a sus compañeros de lucha, se incluyen los textos siguientes: una nota enviada a Roberto Fernández Retamar en la que le comenta sobre una anotación hecha por ella a un ejemplar de *La Edad de Oro*, en 1946; la reconstrucción de su declaración durante el juicio del Moncada, tomada de *La Generación del Centenario en el Moncada*, de Marta Rojas, cuya primera edición prologaron Haydee y Melba Hernández; y su airada «Respuesta al Dr. Andreu», publicada en *Bohemia* a fines de 1955.

Las otras dos partes de este libro recogen cartas, entrevistas, charlas, discursos, conversatorios, artículos o fragmentos de intervenciones suyas tal como aparecieron en la prensa, y otros materiales correspondientes a las décadas que van de 1959 a 1980. Una buena parte de estos documentos tiene que ver con su trabajo en la Casa de las Américas; pero otros son memorias sobre lo acontecido en las horas del Moncada o sobre otros sucesos de la gesta revolucionaria. Muchos abordan temas de actualidad de nuestro país y del continente.

En dos de las entrevistas recogidas, Haydee comparte las respuestas con dos de las compañeras de lucha que más quiso y que estuvieron más cerca de ella: Melba Hernández y Celia Sánchez. Desconocidas, por inéditas hasta

este momento, son las cartas en que Haydee contesta directa y sinceramente a demandas de la población. Esta correspondencia forma parte de una serie muy valiosa que permite apreciar nítidamente el enorme respeto que merecían ante una mujer como Haydee los problemas y preocupaciones de las personas más humildes que integraban esa enorme masa de cubanas y cubanos que recuperó su dignidad con el triunfo de enero de 1959.

Los interesados en la historia intelectual de nuestra América encontrarán igualmente aquí cartas de mucho valor dirigidas a descollantes creadores de las artes y las letras del continente. La inmensa mayoría de ellos se mantuvo siempre cerca de la Revolución Cubana y de la Casa de las Américas. Muchos sostuvieron con Haydee una relación muy fraterna. Lo demuestra la selección de cartas *Destino Haydee Santamaría* publicada por el Fondo Editorial de la Casa.

Durante el trabajo de compilación y edición de este volumen discutimos mucho sobre su estructura. Finalmente se impuso el orden cronológico a la posibilidad de agrupar los textos por temáticas. Nos interesaba poner en evidencia cómo, en todo momento, Haydee tenía presente los hechos del Moncada y cómo era conminada por las más diversas circunstancias a regresar a esos días fundacionales, una y otra vez. Por otra parte, nos interesaba mostrar, con la lectura atenta de las variaciones sobre un mismo tema, la forma particular en que rememoraba cada instante vivido y el modo en que se dirigía a quienes la escuchaban.

Sin dudas, el mayor regalo que esta investigación nos ha dejado ha sido el privilegio de acercarnos, a través de la lectura de materiales que reflejan el sentir/pensar de esta gran mujer, a sus experiencias vitales, desde las más épicas hasta las íntimas, a la historia de su familia, de su país y de su tiempo. Se lo debemos a la confianza depositada en nosotros por Roberto Fernández Retamar –cuya semblanza de Haydee incluimos a continuación–, por Marcia Leiseca, Silvia Gil, Chiki Salsamendi y Myriam Radlow, y a la ayuda de Ana Cecilia Ruiz Lim, Amanda Sánchez, Karem Tiffany y Miriam C. Borrero. Agradecemos, además, la colaboración de la Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia de la República de Cuba y de quien fuera su director, Eugenio Suárez. Norma Ruiz Santamaría, Frank Josué Solar Cabrales y Carlos Manuel Ramírez Olivares también iluminaron zonas específicas durante el proceso de edición. Nuestra gratitud para Caridad Tamayo Fernández, especialista del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas y editora de este volumen. Finalmente, David Deutschmann, al frente del sello editorial Ocean Sur, se enamoró de este proyecto y lo hizo posible en una primera edición coeditada con el Fondo Editorial Casa de las Américas. Para él, y para su equipo, nuestro reconocimiento.

Haydee fue una mujer apasionada e íntegra. Su lealtad a la Revolución Cubana y al liderazgo de Fidel no tuvo fisuras. Su fe en el triunfo de la

justicia y su comprensión del papel de la cultura en la liberación del ser humano no decayeron jamás. Su pensamiento está indisolublemente ligado a su vocación revolucionaria. Su modo peculiar de imbricar la historia, el presente y el porvenir da cuenta de una sensibilidad que reaparece en todos sus textos y en aquellas obras que impulsó. Pocos temas de su tiempo le fueron ajenos. Siempre preservó el compromiso y la solidaridad con las luchas por la total independencia de nuestros pueblos del Sur, en especial con Vietnam, con Puerto Rico, con los movimientos antirracistas en los Estados Unidos, con el Chile de Allende, con la Nicaragua sandinista. Sus insuficientes estudios –apenas culminó la enseñanza primaria– no le permitieron alcanzar un título universitario; pero su afán de autosuperación, la experiencia ganada en la construcción revolucionaria, su especial don de gentes, su asombrosa intuición, y su modo de pensar y crear la cultura, la convirtieron en una figura excepcional dentro de la Revolución Cubana; ajena a todo dogma, a todo esquema, a toda falsa solemnidad; capaz de comprender en profundidad y de un modo único la historia y los desafíos de su tiempo, y de pensar de manera enteramente original, con inteligencia y corazón.

Sabemos que, para muchos, los textos aquí reunidos constituirán una novedad y que buena parte de los lectores se sorprenderá al descubrir la estatura deslumbrante de una heroína con aristas hasta ahora desconocidas. Si ello ocurriera, nos sentiremos satisfechos desde nuestro humilde desempeño como compiladores. No es esta, sin embargo, una selección definitiva, no podría serlo, por lo que esperamos que estimule nuevos acercamientos que continúen aportando luz sobre su figura y sobre las ideas que abrazó y defendió siempre.

Estamos convencidos de que el pensamiento de Haydee Santamaría, resultado de su época y de su compromiso, pero siempre audaz, nunca dogmático ni retórico, puede seguir aportando al ideario de la emancipación en el presente y en el futuro, así como a las luchas de Cuba y otros pueblos por toda la justicia. Es por ello que, como escribió Retamar en el poema que le dedicó a su muerte, la seguimos necesitando.

La Habana, 8 de octubre de 2022

Semblanza de Haydee Santamaría[1]

Roberto Fernández Retamar

A mediados de la década del veinte [1922], Haydee Santamaría Cuadrado nació en el central azucarero Constancia (hoy Abel Santamaría), en Encrucijada, provincia de Las Villas. Sus padres, españoles, vinieron niños aún a Cuba, donde se conocieron y casaron. Tendrían cinco hijos: tres hembras y dos varones. Haydee es la mayor de todos, y pronto da muestras de un carácter original y enérgico, una gran alegría de vivir y un genio vivo que es difícil doblegar, pero que ella sentirá que se aviene a las severas exigencias de quien no tarda en despuntar como figura señera en la casa: su hermano Abel.

No era entonces muy amplio el horizonte del batey, ni siquiera para esa familia de la pequeña burguesía rural que era la propia de un empleado de cierto nivel económico en el central. Haydee ha de asistir a la escuelita donde un maestro atiende todos los grados. Pero allí recibirá una de las primeras grandes experiencias de su vida: aquel maestro lo es de veras, y no solo le enseña las cosas habituales, sino que le hace ver que, en realidad, ellos no viven

[1] La Orden Ana Betancourt fue entregada por primera vez en 1974 y Haydee Santamaría fue escogida para recibirla en reconocimiento a sus méritos excepcionales como luchadora revolucionaria y política. Un fragmento con el título «Haydée» apareció publicado en la revista *Mujeres*, La Habana, año 15, núm. 7, julio, 1975, pp. 11-13. El texto completo fue incluido en el primer libro dedicado a las mujeres reconocidas con dicha Orden: *Mujeres ejemplares*, La Habana, Editorial Orbe, 1977, bajo el título «Haydée Santamaría». El texto que colocamos aquí es una versión reducida de este último –al que Retamar agregó un nuevo final y convirtió en homenaje colectivo de los trabajadores de la Casa– y que apareció publicado en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, año XXIII, núm. 138, mayo-junio, 1983, pp. 114-119, bajo el nombre *Recuerdo y Homenaje. Haydée Santamaría*. También fue impreso, en esa fecha, un sobretiro de las ocho páginas de la revista correspondientes al texto. Por razones editoriales, la Casa de las Américas decidió publicar sin tilde el nombre de Haydee Santamaría a partir de 1990, por lo cual solo aparecerá acentuado en este libro cuando se consignen referencias bibliográficas o se citen epístolas. (Excepto que se aclare lo contrario, todas las notas corresponden a la editora Caridad Tamayo Fernández).

allí, sino en todo un país, con una hermosa historia de luchas y sacrificios. Los nombres de Céspedes, Agramonte y Maceo suenan en su boca con extraña fascinación. Y en especial el de aquel hombre que escribió también para los niños, y era hijo de españoles, y murió por Cuba: José Martí. En la escuela, Yeyé –como la llaman– sabrá que es cubana, y lo que ello significa.

Terminados sus estudios primarios, se prepara para ingresar en la Escuela de Enfermeras, lo que al cabo no logrará alcanzar. Esa contrariedad no es ajena al enrarecido ambiente político del momento y del lugar. Haydee y Abel, muchachos aún, rechazan sin contemplaciones las maniobras del cacique local (en quien durante mucho tiempo verán encarnada la imagen misma del politicastro criollo), mientras los impresiona a la distancia, en contra de la opinión del ambiente que los rodea, el gallardo ejemplo del gran dirigente obrero de la zona: el comunista Jesús Menéndez cuyo asesinato en Manzanillo, en 1948, los conmueve.

En busca de mejores oportunidades, Abel se traslada a La Habana, y pronto está con él su entrañable Haydee. Aunque aquel obtiene un trabajo bien remunerado, y viven en un apartamento decoroso en sitio céntrico de la ciudad –25 y O, en El Vedado–, ambos se sienten insatisfechos con la situación del país. Son años de robo de los fondos públicos, de auge del gansterismo, de división del movimiento obrero, de sumisión del país a los designios imperiales: Prío Socarrás gobierna la maltrecha República neocolonial. Abel y Haydee son atraídos por la denuncia implacable de la realidad política que hace Eddy Chibás, y por su consigna «Vergüenza contra dinero». Pronto militan en las filas de la Juventud Ortodoxa. Se reúnen con otros jóvenes trabajadores que, como ellos, sin dejar de abordar alegremente la vida, creen que el país está urgido de una profunda renovación. Aun después de la muerte de Chibás, confían en el triunfo electoral del Partido Ortodoxo, previsto para dentro de unos meses. El golpe de Estado batistiano del 10 de marzo de 1952 da al traste con esas esperanzas. Abel y Haydee se cuentan entre los primeros que toman medidas concretas contra el golpe. Junto a otros compañeros, editan *Son los Mismos*, periódico mimeografiado clandestino, y realizan una intensa tarea de agitación. Una tarde, Abel llega a la casa con un nuevo compañero, y no le oculta a Haydee su entusiasmo por haberlo encontrado. Es Fidel Castro.

En lo adelante, los momentos más altos de la vida de Haydee ya no pertenecerán solo a su biografía: pertenecerán a la historia de Cuba. ¿Quién ignora que en aquel pequeño apartamento, que ahora es un museo, se reúne, en torno a Fidel (quien transforma el periódico en *El Acusador*) y a Abel, la que iba a ser la vanguardia de la lucha insurreccional cubana? Allí empieza a encenderse la llamarada de la Revolución. A la casa de Abel y Haydee van jóvenes como el poeta maestro Raúl Gómez García, Jesús Montané, Ernesto Tizol, Boris Luis Santa Coloma... Este último será el novio de Haydee. Conspiran, plantean,

discuten, estudian. La figura de Martí, cuya devoción Haydee aprendió en la escuelita del batey, adquiere nueva resonancia. En su obra, esos jóvenes encuentran estímulos y lecciones para la lucha.

Cuando están decididos el lugar y la fecha del combate inicial, y es menester que Fidel y Abel escojan a un puñado de hombres aguerridos para realizarlo, dos mujeres estarán entre ellos: Haydee y la joven abogada Melba Hernández.

El combate es el Moncada [cuartel Moncada, Santiago de Cuba, 26 de julio de 1953]. Muchas veces se han descrito sus preparativos inmediatos, sus horas decisivas, los días sangrientos que siguieron a aquel revés del que nacería la victoria. Existen numerosos relatos de los hechos. Y por esos relatos pasa siempre la figura activa, delicada y recia de Haydee.

Pero ¿cómo podrían evocarse aquellas horas, aquellos días dantescos? Haydee habrá de vivirlos minuciosamente, para siempre. Cuando, ahilando la voz, hablaba de ellos, parece que se la veía descender por húmedas escaleras oscuras, manchadas de sangre, entre ayes y sombras y los que Martí llamó «cadáveres amados». Nada puede añadirse a las palabras sobrecogedoras de Fidel en *La historia me absolverá*:

> Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydee Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: «Este es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro». Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: «Si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo». Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que, por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydee Santamaría: «Ya no tienes novio porque te lo hemos matado también». Y ella les contestó imperturbable otra vez: «Él no está muerto, porque morir por la patria es vivir».

En aquellos instantes, Haydee no solo sabe que ha perdido de modo espantoso a su hermano del alma y a su novio, sino que ignora aún si el propio Fidel vive. Está sola, con Melba, ante el horror, obligada a sacar las fuerzas de sus entrañas. Las sacará, como si en un parto descomunal naciera de sí misma. Aquella muchacha ya no volverá a ser la de antes, y, sin embargo, se ha vuelto ella de manera única.

Pero el Moncada, como se sabe, no fue solo una batalla militar: fue también una batalla jurídica, y –sobre todo– una batalla política. Si la primera, a la que siguió una atroz carnicería, terminó en derrota para los atacantes, en cambio

las otras dos, estrechamente unidas en un momento, les significaron triunfos definitivos. El revés de las armas empezó a mostrar en ellas un rostro de victoria. Por eso se ha destacado con razón la enorme importancia que tuvo el juicio contra los asaltantes, gracias al cual estos últimos, de acusados, se convirtieron en valientes e implacables acusadores del régimen. En este combate, que culminó soberanamente con *La historia me absolverá*, desempeñó un papel fundamental Haydee. Sobreviviente de las masacres, testigo de la crueldad que le arrancó de manera horrible a los seres más queridos, su declaración sería definitiva.

Al terminar el juicio, que daría a conocer los ideales y el temple de «la Generación del Centenario» de Martí, Haydee y Melba fueron condenadas a siete meses de prisión en la cárcel de Guanajay. Dura les fue, desde luego, la cárcel. Ya antes de la condena formal las habían situado un tiempo entre presos comunes, con el propósito de que estos las agraviaran. Pero esos delincuentes fueron con ellas más cuidadosos y tiernos que los otros, los delincuentes sanguinarios que detentaban el poder. Y ahora, con la formidable intervención de todos los compañeros en el juicio, había cobrado mayor aliento aún el proceso insurreccional, y ellas tenían nuevas tareas asignadas para la salida. Lecturas numerosas llenarían las horas de esa «universidad del revolucionario» que es la cárcel. Mientras Fidel hace otro tanto en su prisión de la Isla de Pinos [actual Isla de la Juventud], Haydee, en la cárcel de Guanajay a que al cabo se las traslada, lee de nuevo y comenta las obras completas de Martí: se conservan los tomos escritos en las márgenes con su letra de muchachita.[2]

En 1954 están en la calle. Su primera misión es divulgar clandestinamente el *Mensaje a Cuba que sufre*, manifiesto en que Fidel explica al pueblo cómo fueron salvajemente masacrados sus hermanos. Y pronto, la misión más trascendente: editar y distribuir *La historia me absolverá*, que Fidel ha reconstruido y hecho salir de la cárcel hoja a hoja. Millares de ejemplares recorren el país, y aun van al extranjero, con el impresionante material.

Al otro año llegará la libertad para Fidel, Raúl [Castro], Almeida, Ramiro [Valdés], Montané y los demás sobrevivientes. «Fue vivir otra vez», dirá Haydee. Una foto dramática recoge el encuentro conmovedor: Haydee apoya en el pecho de Fidel la cabeza, después que los desesperados ojos ávidos han buscado, entre los rostros radiantes de los que salen, los rostros ya imposibles de Abel y de Boris.

Con Fidel en la calle, el proceso será indetenible. Así como aquella vanguardia tenía un orientador –Martí– y un guía –Fidel–, tiene ya un nombre, que es una consigna: Movimiento 26 de Julio, en cuya Dirección Nacional figurará

[2] Los tomos de las obras completas de José Martí, a los que hace referencia Retamar, fueron regalados por Haydee a la cantautora chilena Isabel Parra, hija de Violeta Parra.

Haydee. Cuando Fidel parte a México, a organizar lo que al cabo será la expedición del Granma, Haydee pasa a la vida clandestina, con el nombre de María.

A finales de 1956, en espera de la inminente llegada del Granma, Haydee viaja a Santiago de Cuba. El 30 de noviembre está entre los organizadores del alzamiento en aquella ciudad, que precede por breve tiempo al desembarco, y estremece a la isla. Replegados en una casona, cuando ya el tiroteo llega a su fin, Haydee recuerda las horas fatídicas del hospital junto al Moncada. No hay que permanecer allí, sino intentar por todos los medios escapar. Así lo hacen. Con ella están compañeros nuevos, como dos magníficos muchachos de Santiago: Frank País (*David)* y Vilma Espín (*Débora*); y también un inquieto abogado que conoció en el clandestinaje y con quien hace unos meses se ha casado: le dicen Jacinto, y es Armando Hart.

La vida del matrimonio será desde luego azarosa. Hart, que ha protagonizado una espectacular fuga en la Audiencia de La Habana, es tan buscado por la policía como ella. En las ciudades tendrán que verse apenas unos días de una casa en otra, entre una y otra misión. También coincidirán alguna vez en la Sierra Maestra, donde Haydee encontrará nuevos compañeros entrañables, y entre ellos, aquel con quien intercambia las salidas zumbonas y la medicina contra el asma: el Che. Una de esas veces, al bajar de la sierra con una misión, Hart es detenido y encarcelado en la Isla de Pinos. Poco después [en mayo de 1958], la Dirección del Movimiento envía a Haydee al extranjero, con tareas arduas que también realizará con éxito.

Cuando el primero de enero de 1959 la Revolución llega al poder, Hart sale de la cárcel para encargarse del Ministerio de Educación; y Haydee regresa del extranjero, colabora estrechamente con él en su intensa tarea educativa –cuyo triunfo más resonante es la campaña que erradicó el analfabetismo en el país–, es nombrada directora de la Casa de las Américas. Al fin puede tener, además, un hogar, donde le nacerán dos hijos: Abel Enrique y Celia María, y en el que otros niños de nuestra América encontrarán el suyo.

Quien fuera miembro de la Dirección Nacional del 26 de Julio, lo será luego, al fusionarse las organizaciones revolucionarias, de la Dirección Nacional del Partido Unido de la Revolución Socialista; y el 3 de octubre de 1965, al anunciarse la constitución del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, su nombre estará naturalmente allí. (Tal condición le sería ratificada por el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba en 1975).

No es extraño que a la seguidora apasionada de José Martí, a la compañera fraternal del Che –a quien escribirá una carta última inolvidable–, la Revolución le encomendara importantes responsabilidades latinoamericanistas. En 1967, presidirá la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), además de encontrarse ininterrumpidamente, desde su

fundación en 1959, al frente de la Casa de las Américas, que bajo su dirección cumple una intensa tarea de afirmación, defensa y difusión de los genuinos valores de lo que Martí llamara «Nuestra América».

Haydee viajó a la mayoría de los países socialistas y a Francia y España, así como a varios países de la América Latina y el Caribe, en misiones encomendadas por la dirección de la Revolución. Participó en el Congreso de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM), en la URSS, en 1963, y en el Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1966. En 1968 visitó la República Democrática de Vietnam, y se entrevistó con el presidente Ho Chi Minh.

Sobre el pecho de esta mujer que estuvo junto a Fidel en los momentos más tormentosos de nuestra Revolución, junto a Abel el 26 de julio, junto a Frank el 30 de noviembre, junto a Celia, el Che y Camilo en la Sierra Maestra; que se derramaba en energía inagotable y en risa y en una cólera relampagueante y en una tristeza como una herida; sobre el pecho de esta mujer que había conservado los ojos puros de la niña que fue, colocó la primera Orden Ana Betancourt, el 29 de noviembre de 1974, el Comandante en Jefe Fidel Castro. Muchas fueron las responsabilidades y las distinciones que recibió de la Revolución. Era miembro del Consejo de Estado y diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular y ostentaba además las medallas XX Aniversario de la Revolución, XX Aniversario de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y numerosas órdenes otorgadas por hermanos países socialistas.

No obstante, como también dijera el comandante Almeida [durante la despedida de duelo el 29 de julio de 1980], «los que la conocimos de cerca sabíamos que las heridas del Moncada nunca acabaron de cicatrizar en ella. Pero, sobre todo, en los años más recientes, la compañera Haydee venía sufriendo un progresivo deterioro de su salud. En adición a esto [...], sufrió un accidente automovilístico que casi le cuesta la vida, lo que agravó aún más su estado, tanto físico como síquico». Sin embargo, su vida, inmensa, sobrevive a la enfermedad y la muerte, [ocurrida el 28 de julio de 1980]. Sigue entre nosotros orientándonos, guiándonos, la revolucionaria infinitamente humana, la combatiente invicta de quien dijo Fidel, en *La historia me absolverá*: «Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana».

Retamar, Fortaleza en esa fecha (1949) tenía que saber de Martí por lo que querían decir sus "estudiosos", claro los que llegaban a una guayurita. Como ese recorte. Me encontré en una cajita de tabaco, en mi casa (Constancia) un montón de recortes de periódicos como ese, con una nota (no tocar son míos. Hoy dic) y unos pocos libros "Martí, El Apostol" de Mañach – otro del mismo Mañach "José Martí" una "Edad de Oro" que dice: (Este libro es de Abel y mío, mes corte el dinero de los dos, no fuimos a comer con mamá y Nino, por eso no lo vamos a prestar) Tachado con faltas y todo) es del año 46, otro del ilustre Martínez Saenz "Martí el Inadaptado Sublime" del año 48, y otro que no se como llegaría a mí, no es publicado en Cuba "Poesías Completas" José Martí. Esos recortes con esos pocos libros eran mi biblioteca de Martí (infeliz guayurita). Hasta el año 51 que vine con Abel, no tenía nada o casi nada, es ahí donde empiezo a leer ordenadamente a

Martí, claro dentro de lo que encontrábamos Abel y yo en bibliotecas de viejos, y puedo decirte con sinceridad o sin ella, nada me fue ajeno, lo entendía perfectamente (aunque como hoy, lo interpreto muchas veces equivocadamente) Martí es un Mundo, y un Mundo lleno de ideas y creo que un discípulo como Fidel es el único cubano vivo que lo interpreta de verdad y no al Maestro de este siglo por eso puede aplicar su doctrina sin tener conflictos con Marx con Lenin, no tiene que escoger como algunos. ¿Que tiene que ver esto? En verdad lo que dices Armando me encanta la polémica

Nota a Roberto Fernández Retamar

Es evidente el marcado interés de Haydee Santamaría por el pensamiento y la obra de José Martí, cuya lectura la acompañó desde muy temprano y fue esencial en su formación intelectual y política. Haydee cuenta, en nota enviada al poeta Roberto Fernández Retamar –escrita en un sobre de carta, presumiblemente en 1977 o en fecha posterior–, cómo fueron sus primeros encuentros con la obra de Martí y esboza algunas ideas interesantes. La anotación (citada por ella) al ejemplar de La Edad de Oro *puede considerarse una de sus primeras declaraciones de principios, y una curiosa puerta de entrada a este libro.*

El recorte al que se refiere en su nota a Retamar, y que se encontraba dentro del sobre, corresponde a un artículo del escritor argentino Juan Pablo Echagüe titulado: «José Martí, personalidad de América», fechado el domingo 20 de noviembre de 1949. La nota del sobre dice:

> Retamar, todavía en esa fecha (1949) tenía que saber de Martí por lo que querían decir sus «estudiosos», claro, los que llegaban a una guajirita. Como este recorte. Me encontré en una cajita de tabacos, en mi casa (Constancia) un montón de recortes de periódicos como ese, con una nota (No tocar, son míos, Haydée) y unos pocos libros *Martí, El Apostol* de Mañach; otro del mismo Mañach, *José Martí*; una *Edad de Oro* que dice: («Este libro es de Abel y mio, nos costo el dinero de los dos, no fuimos a comer con mamá y Nino, por eso no lo vamos a prestar»). Textual con faltas y todo, es del año [19]46; otro del ilustre Martínez Sáenz: *Martí el inadaptado sublime*, del año [19]48, y otro que no sé cómo llegaría a mí, no es publicado en Cuba: *Poesías completas* José Martí. Esos recortes con esos pocos libros eran mi biblioteca de Martí (infeliz guajirita). Hasta el año [19]51 que vine con Abel no tenía nada o casi nada. Es aquí donde empiezo a leer ordenadamente a Martí, claro, dentro de lo que encontrábamos Abel y yo en librerías de viejos, y puedo decirte con

vanidad o sin ella, nada me fue ajeno, lo entendía perfectamente (aunque como hoy, lo interpreto muchas veces equivocadamente). Martí es un Mundo, y un Mundo lleno de ideas, y creo que un discípulo como Fidel es el único cubano vivo que lo interpreta de verdad y ve al Maestro de este siglo, por eso puede aplicar su doctrina sin tener conflictos con Marx con Lenin, no tiene que escoger, como algunos. ¿Qué tiene que ver esto? Es verdad lo que dice Armando [Hart] me encanta la polémica.[3]

[3] El sobre que contiene esta nota se conserva en el Archivo de la Casa de las Américas (en lo adelante Archivo Casa).

SIM
HAYDEE SANTAMARIA CUADRADO
ACTIVIDADES INSURRECCIONALES

HAY QUE DEFENDER LA VIDA O ENTREGARLA ABSOLUTAMENTE

1953-1958

Carta desde la cárcel de Boniato a Benigno Santamaría y Joaquina Cuadrado[1]

[1953]

Queridos padres, no sé qué decirles, porque sé que cuanto diga será inútil para ustedes, es demasiado sufrir, pero la vida es así, los que menos lo merecen son los que más sufren; por mí no sufran, yo estoy muy bien, pues aunque se está incomunicada se está muy bien, y de salud estamos muy bien; sobre la ropa no hace falta nada, para el juicio tengo un vestido que Elena [Rodríguez del Rey] tenía empezado y lo terminó y mandó, y la sayita amarilla que me trajiste con una blusa y los zapatos blancos que me trajiste, yo supongo que no serán más que tres o cuatro vistas; sobre el abogado será el mismo que defienda a Melba [Hernández], yo quiero el pantalón largo para aquí, es mucho más cómodo, blusas tengo, Rosita, la amiga de Abel [Santamaría], al ver que no podían mandar de mi ropa me compró tres blusas, tres sayitas interiores y tres pantalones y ajustadores, así que de ropa interior me sobra, Lolita me mandó unos zapatos pero no me sirven, así que los blancos vinieron muy bien y para estar aquí tengo unos amarillos que me dejó Aida [Santamaría], ahora Melba me dice vayan a ver al abogado, es Dr. Baudilio Castellanos, que le expliquen [que] ustedes son mis padres y procure mandar respuesta del recado de ella, es que con los abogados no se ha podido hablar todavía, la dirección es Cañedo 8, esq. Garzón, frente al Palacio de Justicia, teléfono # 4555, antes de comprar las cosas consulten con el supervisor si lo que va ahí todo se puede traer, díganme algo de Adita [Santamaría] y de Nena, procuren llamar a Elena y decirle [que] Melba está muy bien, come de lo mejor y no tiene ni gota de catarro, el médico de aquí es muy bueno y me ha mandado dos tipos de vitaminas B, no

[1] La popularmente conocida cárcel de Boniato estaba enclavada en el poblado del mismo nombre, en Santiago de Cuba, y su designación oficial era como Prisión Provincial de Oriente. Aquí Haydee Santamaría, junto a Melba Hernández, estuvo en prisión preventiva setenta y dos días, desde el 26 de julio hasta el 5 de octubre de 1953. Los originales de las cartas incluidas en esta sección del libro se conservan en el Archivo de la Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia de la República (AOAH).

porque esté mala sino porque dice que tengo que engordar, dime si tú tienes asma, de Nino todo el mundo me ha tranquilizado, en este momento el médico me mandó unas gotas para el apetito, es un Sr. muy amable, dice [que] él piensa en ustedes mucho, mamá, nosotros desde la ventana vemos de lejos, nosotros recibimos todas las cartas; aquí nos sirven de mucho bien, bueno mamá y Nino cuídense mucho que a todos nos hacen falta, pero Adita es muy chiquita todavía, muchos abrazos y besos de su hija que los quiere mucho.

Haydée

Carta a Elena Rodríguez del Rey y Manuel Hernández

Cárcel de Boniato 12 sep. 1953

Queridos Elena y Manuel:

No piensen que si no escribo para ustedes es que no los recuerdo, los recuerdo el día entero; si el día entero recuerdo a Boris [Luis Santa Coloma] y Abelito cómo no recordarlos a ustedes que son ellos mismos, no hay nada relacionado a ellos mismos, no hay nada relacionado a ellos [en] que no estén ustedes: las bromas de Manuel con mi hermano choferazo, sus platicos de dulce para él, pensar que Boris no irá más a su casa cuando ya no salía de ella, que no necesitará más el teléfono, todo. Elena y Manuel, cuando les voy a escribir a ustedes es eso lo que pienso y es una injusticia mía atormentarlos, a mamá y Nino no puedo hacerlo, si no, [no] podrán con las penas. Aldo [Santamaría] no me ha escrito ni yo tampoco, yo no sé qué decirle, con Aida [Santamaría], la pobre, es con quien me desahogo más, pero es que ustedes estaban en nuestro último tiempo tan ligados, sabían de nuestras tristezas y también disfrutaban nuestras alegrías, eran tan felices cuando Abel iba a verlos, les gustaba tanto verlo sentado a su mesa, le agradecían tanto lo mucho que él los quería, cómo yo no voy a quererlos a ustedes, dejarlos de querer es dejar de querer a mi hermano querido.

Bueno, Elena y Manuel, no le enseñen esta carta a mamá y Nino, van a creer [que] estoy desesperada y no es así, yo no les digo esto a ellos por no hacerlos sufrir más, y pueden pensar [que] es falta de confianza, dígale a Lola muchas cosas y comprenda por qué no le escribo. Elena, el vestido de Melba, de paja, no vino, díganos si no lo mandó; no le digo nada de Melba, ella le escribió también; dígale a Rosita recibí su carta, que me escriba, que es que aún me hace mal, pero que yo le voy a escribir, pero mientras tanto lo haga ella, que sus cartas las comprendo muy bien, salude a Pancho y Rut[2] y para ustedes todo el cariño de su hija

Haydée

Lea la carta de mamá y Nino y los llama para que sepan pronto de mí.

[2] Amigos cercanos de Haydee.

Declaración de Haydee Santamaría en el juicio del Moncada[3]

Los minutos transcurrieron lentamente, sin que el fiscal los utilizara en nada en particular; consumido el receso, el presidente ordenó que se llamara al siguiente acusado, en este caso acusada:[4]

—¡Haydee Santamaría Cuadrado! —gritó el alguacil.[5]

La mención de ese nombre provocó en la sala una intensa emoción, toda vez que ella era considerada por todos los miembros del tribunal como el principal testigo de descargo, después de Fidel; y para Chaviano y su gavilla constituía un verdadero peligro, ya que Haydee había sido testigo presencial de las peores infamias cometidas por los guardias el 26 de julio. Por otra parte, la circunstancia de que perdiera aquella mañana a su hermano Abel y al que era su novio, Boris Luis Santa Coloma, hacía más conmovedora la escena.

[3] Reconstrucción del testimonio de Haydee durante el juicio iniciado el 21 de septiembre de 1953 en la Sala del Pleno de la Audiencia de Oriente, tras los sucesos del asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de ese mismo año. Publicada en Marta Rojas: *El juicio del Moncada*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003, pp. 180-186. En este libro se relata en detalles todo lo relacionado con la Causa 37.

[4] «Integración de la Sala del Tribunal de Urgencia para la Causa 37: Presidente: Adolfo Nieto Piñeiro-Osorio; Magistrados: Juan Francisco Mejías Valdivieso y Ricardo Díaz Olivera; Fiscal: Francisco Mendieta Hechavarría; Secretario: Raúl Mascaró Yarini; Oficial de Secretaría: Adolfo Alomá Serrano». En su libro, Marta Rojas aclara lo siguiente: «En la fecha en que se efectuó el ataque al cuartel Moncada, los tribunales de justicia regulares disfrutaban de las vacaciones de verano; por tal motivo las actas judiciales fueron levantadas por la Sala de Vacaciones del Tribunal de Urgencia, presidida por el magistrado Manuel Urrutia Lleó, e integrada por los también magistrados Mario Vázquez Martínez y Evelio Morales Castillo; Secretarios: Rubén Franco Gutiérrez, Rodolfo Grillé Mena» (pp. 8-9 y 339).

[5] «Alguaciles del Palacio de Justicia que atendieron el juicio por los sucesos del Moncada: Mariano Redondo Solano, Lupicinio Trujillo Bonet, Bernardo Duany, Edesio Ramos y Alcibiades Salazar (*El indio*)» (Rojas, p. 339).

Haydee, vestida de negro, muy seria, sin estar tensa, se dirigió al tribunal, anduvo el espacio que la separaba de su puesto hasta el punto donde debía situarse frente a aquellos jueces, con paso firme y la frente en alto.

—Señorita, usted ha escuchado los cargos que existen contra su persona, donde se le acusa de diferentes cosas, entre ellas de haberse negado a que atendieran un herido, ¿qué puede usted decir en cuanto a esos cargos?, si lo desea puede abstenerse de declarar —expresó el fiscal.

—Quiero declarar —manifestó Haydee Santamaría—. En primer lugar, nunca me negué a que curaran a los heridos; por el contrario, señores, yo pedí ayuda para aliviar el dolor de un semejante que perdía la vida a pocos pasos de mí, yo le pedí a un médico del Hospital Civil[6] que me acompañara hasta donde había caído ese ser humano, en aquellos momentos no me importaba si era de los nuestros o no, sino que se estaba muriendo y que tal vez atendiéndolo enseguida podía salvarse, era un médico a quien le pedí la ayuda, le reconocería si lo viera otra vez.

—¿Fue usted combatiente también? —preguntó el fiscal a Haydee.

—Vine a Santiago a ver a mi hermano Abel. Hacía dos meses que Abel había venido de La Habana para acá. Estando en esta ciudad fue que conocimos, Melba y yo, cuál era el plan de nuestros compañeros, qué era lo que iba a hacerse con exactitud, dónde y cuándo. Después de estar yo en la granja Siboney que había arrendado Tizol, llegó Melba [Hernández]. Abel insistió mucho para que regresáramos a La Habana, porque decía que podía ocurrir un combate cuando tomaran el Moncada y nuestras vidas podían peligrar. Insistí con Abel para que nos permitiera quedarnos, le dije que podíamos servir de enfermeras en caso de que se produjera la acción de guerra, y que como estaba con nosotros el doctor Mario Muñoz Monroy podíamos ayudarlo, entonces Fidel y él accedieron a que acompañáramos al médico en su misión de curar heridos.

En la Sala del Pleno el único sonido perceptible era el timbre de su voz que raspaba y martillaba sobre las conciencias de los soldados que custodiaban a los revolucionarios. A la vez, su voz estremecía a todos; fue en ese punto del juicio donde justamente los acusadores, definitivamente, devinieron acusados.

[6] Hospital Civil Saturnino Lora Torres. En la sala de estudio de las enfermeras se celebró, el 16 de octubre de 1953, el juicio contra Fidel Castro durante el cual pronunció su trascendental alegato de defensa conocido como *La historia me absolverá*. En la actualidad solo se conserva una parte de la edificación dentro de la cual se construyó el Complejo Histórico Parque-Museo-Biblioteca Abel Santamaría Cuadrado, declarado Monumento Nacional en 1998.

—Entonces, ¿supo usted que su hermano Abel estaba comprometido en la revolución cuando vino a Santiago de Cuba? ¿Ignoraba usted las actividades de él? —indagó el fiscal.

—Yo sabía que Abel tenía grandes ideales de salvar a Cuba de la opresión y procurar que los cubanos vivamos mejor en nuestra patria, desde todos los órdenes —contestó Haydee.

—¿Así que usted vino para servir de enfermera? —inquirió nuevamente el fiscal.

—Sí, para atender a los heridos, si los había, lo mismo de un bando que de otro —respondió la acusada.

—¿Y no pensaba usted que en los hospitales había enfermeras y médicos? —interrogó el doctor Mendieta Hechavarría otra vez.

—Sí, pero en caso de guerra siempre hacen falta otras manos que ayuden, y para eso vinimos, para ayudar como enfermeras —manifestó Haydee.

—¿Podría usted relatar lo que recuerde de aquel día? —preguntó el fiscal esta vez.

Haydee se llevó el pañuelo a los labios para ocultar que temblaban, contenía las lágrimas. Lucía altiva. Así inició su dramático relato:

—Llegamos al hospital Saturnino Lora donde estaba Abel; entramos fácilmente. Él le dijo al portero que no se asustara, que la revolución había empezado ya, escuchábamos los primeros disparos. Un grupo de compañeros se dirigió al fondo del edificio por donde hay una puerta y varias ventanas que dan para el cuartel Moncada; los otros se quedaron con el doctor Muñoz y con nosotras; Abel vino hacia donde estábamos y dijo: «Falló el plan, ¿qué habrá sido de Fidel?... ¿lo habrán matado?».

Él estaba muy preocupado; nos dijo que nos quedáramos tranquilos y cuidáramos la única salida que teníamos, luego regresó al fondo del edificio. Los disparos continuaban, fue durante mucho rato, no sé, no me acuerdo, no podría precisar por cuánto tiempo.

La voz de Haydee se escuchaba con absoluta claridad; no temblaba, pero estaba invadida de inmenso y punzante dramatismo.

—Cuando cesaron los tiros Abel vino con otros compañeros donde estábamos nosotras; parece que se había ordenado la retirada. Íbamos a salir cuando vimos aparecer a un soldado con el arma en la mano, nuestros compañeros le gritaron que no disparara, pero él disparó y pronto hubo muchos frente a la puerta; a los pocos minutos vimos aparecer un *jeep* con soldados, fue en ese momento que salí con un médico del hospital, lo halé por el brazo y bajo el fuego nos acercamos al herido, pero ya estaba muerto, todo ocurrió muy rápido...

Haydee tomó aliento y prosiguió:

—En ese momento ya no teníamos salida, el doctor Mario Muñoz ideó que los muchachos se vistieran con ropas de enfermos y se acostaran en las camas para no ser descubiertos, él tenía su bata de médico y su maletín. Le pedimos a un médico y a las enfermeras las ropas y nuestros compañeros se vistieron; Abel fue para la sala de enfermos de la vista... yo le vendé un ojo, como si estuviera operado. Cuando los soldados entraron por primera vez no se dieron cuenta, pero regresaron y entonces los descubrieron a todos; después supimos de alguien que nos delató. Cuando pasaron con Abel detenido, cerca de mí, oí que dijeron: «Si te faltaba el ojo de mentira, ahora te faltará de verdad»: Abel tenía el rostro manchado de sangre...

Haydee, con un esfuerzo extraordinario para no desfallecer, se mantuvo ante el tribunal denunciando los crímenes con firmeza inaudita. Su exposición de aquellos hechos continuó. Recordaba:

—Abel reiteraba, «el que no puede morir de ninguna manera es Fidel, lo principal es que Fidel viva, si Fidel vive triunfará la revolución». Así nos dijo varias veces en el hospital. En cuanto a Boris, había ido a Siboney y regresó al hospital para ayudarnos, así lo hicieron prisionero, ya que él se encontraba a salvo; también llegó al hospital el compañero Julio Trigo, que no pudo participar en el asalto al Moncada desde los primeros momentos, porque se encontraba enfermo en la casa de huéspedes donde se hospedó... Nos llevaron al cuartel Moncada y allí escuché perfectamente –porque me lo decían a mí– las manifestaciones que hacían los soldados de Abel y de Boris, pero siento vergüenza de confesarlo ante el tribunal... por pudor...

—Señorita, diga usted cuanto sepa para ayudar a la justicia —manifestó en tono caballeroso el fiscal.

La acusada guardó silencio durante unos segundos y luego prosiguió el dramático relato:

—Un guardia preguntó cuál de nosotras era Haydee, le respondí que Haydee era yo, entonces me pidió que le dijera quién era Boris y le dije que Boris era mi novio. Le pregunté que dónde lo tenían, me dijo que al lado, en una habitación; le pregunté qué le habían hecho y lo que me contestaron es lo que yo no quería decir al tribunal por pudor... me dijeron que le habían extirpado los testículos... y todas las demás torturas que le habían hecho para hacerlo hablar. Uno de ellos me dijo: «No lo hemos matado todavía, puedes salvarle la vida, di quiénes son todos los que están metidos en esto...». Yo le

contesté: «¡Si él supo guardar silencio, no voy a traicionarlo ahora, criminales!». Rechazaron eso de criminales, me contestaron los guardias que ellos no eran criminales, sino que cumplían con su deber, que cumplían órdenes...; «¿de hombre o de bestias?», les pregunté y me respondieron: «De nuestro jefe, el coronel Chaviano y de Batista».

Haydee prosiguió:

—¡En cuanto a mi hermano Abel —contó transida de angustia—, le sacaron un ojo! Estando aún en el hospital yo me acerqué a él y me dijo con firmeza: «Es mejor saber morir, para vivir siempre»; «entonces, yo quiero morir», le dije abrazándome a él, y me contestó: «Yeyé, tú y Melba deben vivir, van a vivir; ustedes tienen que contarlo todo».

La repetición de las palabras de Abel devolvió a Haydee una fuerza que parecía haber escapado de su espíritu; su acento fue más sereno y la voz más alta; su actitud demostraba que quería comportarse como aspiraba Abel que lo hiciera en situación semejante.

—Cuando nos detuvieron —expresó Haydee acusadora— había veinte hombres con nosotras, ahora no están aquí, tampoco estuvieron en Boniato... ¡fueron asesinados en el Moncada!

La denuncia de Haydee Santamaría había sido emplazada y desafiante, dramáticamente veraz.

El fiscal señaló a la sala que su interrogatorio a la acusada había concluido, ningún abogado solicitó hacerle preguntas, tampoco los magistrados.

El sentimiento de perplejidad era unánime. Todos estábamos conmovidos.

—Señorita, puede usted retirarse —expresó el presidente.

Los custodios sudaban más que otras veces, los odiosos uniformes de caqui amarillo se veían carmelitas de empapados en sudor que estaban, en el mosaico del piso quedaban las huellas de las gruesas suelas de los botines avellanados, húmedos por la transpiración de los pies; y aquella no era una mañana realmente calurosa, había llovido al amanecer y corría un poco de brisa fresca.

Haydee se volvió a su puesto serena, pero sus labios estaban enrojecidos y el rostro pálido. Su mirada profundamente triste, la fijaba directa y penetrante en los rostros que llenaban la sala, incapaces de poder sostenerla: unos para no llorar de soberbia o de pena y otros para huir del miedo.

Carta a sus padres desde la cárcel de Guanajay[7]

[1953]

Ya estoy en Guanajay. Desde que llegué iba a escribirles, pero sé [que] sabían de mi estancia aquí por Elena [Rodríguez del Rey] y Manuel [Hernández], y que sabían estaba muy bien.

Creo hace como quince días estoy aquí, y pensé era mejor esperar unos días para escribirles y contarles algo de esto, y cómo eran las cosas aquí para venir, y si podían y dejaban entrar niños, para que me trajeran a Carín.[8] Puedo decirles que la pueden traer, y las visitas son los domingos de 2 de la tarde a 6.

Quiero que sepan estoy muy bien, que ustedes no se preocupen en venir. Todos los domingos vienen muchas personas y nos traen de todo; además, la comida es buena, así que no deben tener preocupaciones. Sí creo que el domingo que vengan, que no debe ser más de una vez al mes, me lo comuniquen antes, para [que] ese domingo no vengan más visitas, para así poder estar con ustedes y no tener que atender a más gente que sí vienen todos los domingos por ser de aquí. Por eso deben avisar antes de venir. Les repito: estoy de lo mejor. Si no fuera por la preocupación de ustedes por mí, y por saber el dolor que tienen por pensar que no tendrán más a Abel con ustedes, pudiera decirles que soy casi feliz. Si ustedes pensaran como yo sobre Abel pudieran también, si no ser felices, no ser tan desgraciados como sé que son.

Mamá, Nino, sé bien que nada que les diga les quitará esta terrible pena. Tal vez cuando pasen los años me entenderán; cuando tengan de verdad la seguridad [de] que ustedes son padres privilegiados, que siempre tendrán a ese hijo, y lo tendrán tal y como era: bueno, joven, hermoso. Jamás ese

[7] Acusada de sedición contra los poderes del Estado y condenada a siete meses de prisión, Haydee llega al Reclusorio Nacional para Mujeres de Guanajay, provincia de Pinar del Río, el 13 de octubre de 1953, aunque había comenzado a cumplir su condena desde el día 6 de ese mes en la cárcel de Boniato. Fue puesta en libertad el 20 de febrero de 1954.

[8] Nombre abreviado con que familiarmente era conocida Caridad Martín Santamaría, sobrina de Haydee, hija de su hermana Aida Santamaría. Fue uno de los seudónimos más utilizados por Haydee para firmar sus cartas.

hijo será como tendrán a los otros. Estos otros se convertirán en viejos, feos, agrios. Abel fue, es y será ese hijo que no envejece; siempre seguirá con su cara tan linda. Siempre seguirá para ustedes, para todos nosotros, con su fuerza, con su infinita ternura. Será quien nos haga ser de verdad buenos; será siempre el guía, y para ustedes será el hijo más cercano.

Piensen bien que ya ustedes han sufrido cambios, cambios tan grandes y bellos que, aunque fuera por eso solo, me conformo, soy casi feliz. Abel los ha hecho cubanos, Abel ha logrado que ustedes amen esta tierra, amen la hermosa tierra donde él nació, y creo es lo único que él amaba más que a ustedes. Cómo ustedes pueden pensar, [que] no tendrán más [a] Abel. Si él desde Santa Ifigenia[9] les ha dicho: quieran a Cuba, quieran a Fidel, y ustedes, aunque antes él se lo pidió, es hoy cuando han entendido esa verdad; yo, si no los viera más a ustedes, sentiría la felicidad de tener siempre padres, porque han sabido ser padres de Abel.

Mamá, Nino, y tú sobre todo, mamá, si me dijiste tantas veces que yo nada más que quería a Abel, que era el único que me importaba de la familia, y hoy vivo, no soy desgraciada, ¿por qué tú no vas a poder vivir, no ser desgraciada? Vas a vivir más que nunca para él, vas a amar lo que tanto él amó; puedes dedicarte a defender lo que era razón de su vida, los trabajadores de Constancia,[10] no los Luzárragas;[11] y por primera vez te oí decir cuánto querían todos los trabajadores de Constancia a Abel, cómo me han acompañado sin pensar si eso los perjudica con los Luzárragas.

Mamá, ahí tienes [a] Abel. ¿No te das cuenta, mamá? Abel no nos faltará jamás. Mamá, piensa que Cuba existe y Fidel está vivo para hacer la Cuba que Abel quería. Mamá, piensa que Fidel también te quiere, y que, para Abel, Cuba y Fidel eran la misma cosa, y Fidel te necesita mucho. No permitas a ninguna madre te hable mal de Fidel; piensa que eso sí Abel no te lo perdonaría.

[S/firma]

[9] Cementerio de la ciudad de Santiago de Cuba donde reposan los restos de ilustres patriotas y personalidades de la historia de Cuba. Sobresalen el Mausoleo a José Martí, la tumba de Carlos Manuel de Céspedes y la austera roca que resguarda las cenizas del Comandante en Jefe Fidel Castro.

[10] Pueblo del central Constancia, en el municipio Encrucijada, antigua provincia Las Villas (actual Villa Clara), donde radicaba la familia Santamaría Cuadrado, y donde nacieron sus hijos. Desde ese lugar salieron Haydee y Abel hacia La Habana en 1951, ella con veintiocho años y él con veinticuatro, para consolidarse como combatientes revolucionarios. La vivienda de la familia es hoy el Museo Azucarero y el central –donde el joven trabajó como dependiente del centro comercial entre 1942 y 1947– lleva el nombre Abel Santamaría Cuadrado.

[11] Se refiere a Mamerto Luzárraga Echeverría, su hijo José Ramón Luzárraga y su pariente Ramón Luzárraga Garay. Para otros datos ver fichas biográficas de este libro.

Carta a Gladys Rodríguez

Nov. 6-1953

Reclusorio Nacional de Mujeres
Guanajay

Querida Gladys:[12]

He recibido tus dos cartas, una en la prisión de Boniato y la otra aquí, no te había contestado, en estos casos está uno que no sabe qué escribir, bien dices, cuando esté en esa todo será distinto para mí, aquella alegría, esa que estaba dispuesta no solo para ir a la fiesta, sino para formarlas, todo eso terminó para mí. ¿Recuerdas mi último viaje a esa?, ¡qué felicidad había en mí, cómo no lo iba a ser, qué más podía pedirle a la vida! ¿Recuerdas tú e Irma [Santamaría] cómo celebraron a Boris, cómo me fastidiaron con lo bien parecido que era?, ¡cómo tenía cosas, qué feliz y orgullosa me sentía entre los dos!, si hoy te digo que mi orgullo es mucho mayor, y que te asombrarás cuando me veas llegar con la cabeza muy alta y muy dispuesta, no para la fiesta y el baile, sí para algo mucho más provechoso, quizás estas penas tan grandes hayan sido para encontrarme a mí misma y asombre a muchos en esa cuando me den el pésame y les contesto que no, [el] pésame se da cuando una muerte ocurre por enfermedad o accidente, pero nunca cuando esto es más gloria que muerte, tú viste Gladys que en aquellos días no me cambiaba por ninguna mujer, pues hoy mucho menos, te aseguro que hoy esto no se lo cedo a nadie, ¿quieres más dicha que, si tuve al mejor de los hermanos y el mejor de los novios en vida, hoy después de muertos son mucho mejores, mucho más

[12] Gladys Rodríguez donó la carta original a la Casa Museo Abel Santamaría (25 y O, El Vedado, La Habana). Apareció publicada en el periódico *Vanguardia*, Villa Clara, 19 de octubre de 2017, consultado en: http://www.vanguardia.cu/villa-clara/10062-recuerdos-en-el-corazon-de-una-carta

grandes y poderosos?, así que cuando me vean no encontrarán a la Haydée vencida que casi todos esperan, encontrarán a una Haydée que quisiera más novios y más hermanos, para más novio y hermano dar. Bueno, Gladys, saluda a Mamá y Nino y dale esta carta a Dionicio, él quizás la comprenda muy bien, y para ti un abrazo de Melba y mío.

Haydée

Nota: Contesta y cuéntame de esa.

Respuesta al doctor Andreu[13]

Como amiga de Fidel Castro, de Encrucijada, le he rogado que no entable polémica con el Dr. José R. Andreu, para ser yo quien responda a sus últimas manifestaciones en *Bohemia*. Solo una circunstancia extraordinaria me obliga, variando mi línea de conducta, a salir a la palestra. Ella no es otra que haber sido mi hermano Abel, asesinado en el Moncada, el que suministró a Fidel los informes sobre Andreu y su actuación en aquella zona. Lo cierto o lo falso que haya en lo dicho por Fidel Castro, lo sabe pues, por «sus amigos de Encrucijada». Esos «amigos de Encrucijada» aprendieron a sufrir por Cuba cuando, muy niños aún, veían llegar al potentado de la política José R. Andreu con las bolsas llenas de billetes para sobornar conciencias, para comprar votos a costa del hambre y de la necesidad de la población campesina. Cuántas veces le oí decir a mi hermano: «Hay que acabar con los Andreu». Cuántas veces

[13] Publicada en la revista *Bohemia*, La Habana, 25 de diciembre de 1955, pp. 69-70. Esta respuesta tiene como antecedentes –también aparecidos en *Bohemia*– la intervención de Fidel Castro ante un nutrido grupo de emigrados cubanos simpatizantes o miembros del Movimiento Revolucionario 26 de Julio (en lo adelante MR-26/7) en el exilio, reunidos en una amplia sala del teatro Flagler, de Miami, donde Fidel pone como ejemplo de «los hombres enriquecidos en el poder, que no representan ninguna idea moral y que son tan culpables de los males de Cuba como el propio Batista», a Raimundo Andreu, de quien dice: «Posee en Pinar del Río media docena de fincas, que yo he visto en los registros de la propiedad, adquiridas con el dinero de los enfermos». («Del muelle de luz al teatro Flagler», por Luis Conte Agüero y Guido García Inclán, núm. 49, 4 de diciembre de 1955, p. 80); y la «Respuesta a Fidel Castro» del propio Andreu (núm. 50, 11 de diciembre de 1955, pp. 63 y 92-93), donde le reclama irónicamente a Fidel que antes de hacer esa «falsa acusación debía haber investigado con sus amigos de Encrucijada, el pueblo donde nació el bueno Abelito Santamaría, sacrificado en el Moncada, y sobre el camino de la verdad comprobar en los Registros de la Propiedad de Las Villas las ventas de mis fincas […]». Obviamente, este fue el detonante de la extensa y contundente respuesta de Haydee.

al calor de la indignación que aquello le producía, vi forjar en él sus sueños de gloria. Cuántas veces vimos nosotros al Dr. Andreu llegar a Encrucijada, días antes de alguna elección, para mover sus peones politiqueros tras el favorito de turno. Aún recuerda Encrucijada cómo en las elecciones de 1936 hizo unos vales canjeables por mercancías, con que compró votos. Recuerda también cómo esos vales no pudieron ser cobrados porque excedieron de su presupuesto electoral. Recuerda que siendo el Dr. Andreu consejero provincial se le cogían veinte pesos mensuales a todos sus colocados. Y se recuerda también cómo siendo el ministro de Salubridad se clausuraron un grupo de inmuebles que poco tiempo después algunos parientes suyos compraron a bajo precio.

Dice el Dr. Andreu que Fidel Castro lo cogió como cabeza de turco y puede que tenga razón. Mi hermano Abel influyó mucho en que el líder del 26 de Julio piense en Andreu cuando se habla de un politiquero. Perdónelo, exsenador, pero era el que tenía más cerca. Además, si bien es cierto que usted no es el más alto representativo de los malversadores, porque supo hacerlo con guantes de seda, no es menos cierto, y quizás por esa misma circunstancia, que encarna mejor que todos sus compañeros la estampa viva del manengue.[14] Claro que es un manengue elevado a los más altos estratos sociales y acompañado de una cultura general y de una capacidad de maniobra que, de haberse empleado en defensa de los intereses patrios, no habríamos llegado hasta aquí. Créame, dueño y señor por muchos años de mi tierra natal, la nueva generación revolucionaria que se forja en los años que vivimos tiene conciencia muy alerta contra esta especie que destruyó al autenticismo glorioso y amenazó un día con destruir la ortodoxia. La actual juventud cubana sabe que la tiranía que la sojuzga, que la golpea en presencia del pueblo entero, no fue más que la triste consecuencia de un proceso de degeneración política, algunos de cuyos síntomas estaban en la política del tabaco regalado en época electoral o de la cama conseguida en el hospital a título de favor personal. Esa juventud que fue al Moncada y que usted ha visto en estos días batirse con los puños contra la policía, comprende que el mal no está solamente en el militarismo desorbitado de un grupo ambicioso, sino también en el falseamiento de la civilidad que nadie como usted mismo encarnó por muchos años en la zona de Encrucijada.

[14] En la Cuba prerrevolucionaria se identificaba como «manengue» a quien medraba a cuenta de las elecciones que eran celebradas cuando no actuaban las dictaduras de turno o estaban suspendidas las garantías constitucionales, utilizando métodos fraudulentos como la alteración de los registros electorales, donde aparecían inscritas personas fallecidas que luego figuraban votando.

Afortunadamente este tipo de político va retrocediendo, pues por incapacidad o inconsciencia para comprender el significado de la presencia de Batista en el poder no ha podido enfrentársele con inteligencia. Hoy lucen como rezagados. Son hombres de otra capacidad, combatientes de otra mentalidad los que llevan el peso de la lucha oposicionista. Y es que no se remueve un régimen como este, enraizado como está en el espíritu colonial y en un militarismo que América algún día ha de superar, con la técnica que se controla una asamblea de barrio o se hace un rejuego de delegados. Los políticos de su estirpe, Dr. Andreu, han llegado a prostituir tanto la palabra *Política* que, cuando ella se utiliza para señalar a algún líder oposicionista, para los jóvenes tiene el sentido de la ofensa. Con esto se cometen algunas injusticias, porque los hay que han pasado por los trajines de nuestra política y «mantienen enhiesto su penacho romántico». Justificada y aclarada la intención de nuestra intervención, vayamos al análisis de las pruebas que Andreu saca para defenderse.

En primer lugar, no puede Fidel aceptar «El Tribunal de Caballeros» ya que este asunto resulta de competencia de los tribunales revolucionarios que habrán de enjuiciarlos. Para entonces tenga el Dr. Andreu todas las garantías que a riesgo de nuestras vidas hemos de conquistar para él y para Cuba con dinero y sangre de pueblo. Si el Tribunal de Cuentas saneado, si el Poder Judicial reorganizado, consideran que lo afirmado en este artículo es falso habrá derecho a querellarse contra mí y contra Fidel. De todas maneras, se hace necesario probar ante los lectores de *Bohemia* que lo dicho por Fidel Castro no fue una ligereza, sino un dato preciso y concreto. Vayamos a eso. Fidel afirmó: «Las fincas que Andreu tiene en Pinar del Río las adquirió con el dinero de los hospitales». Andreu, para demostrar que su capital fue lícitamente adquirido, detalla en *Bohemia* sus propiedades en la zona de Encrucijada, que eran de él con anterioridad a 1936, cuando arribó al Congreso. Se deduce lógicamente que estas propiedades eran las únicas que el exministro de Salubridad y de Comercio puede probar su origen lícito. En primer lugar, por la propia declaración de *Bohemia* y, en segundo término, porque no ha heredado hasta el momento, a no ser a su difunta esposa que adquirió su capital por medio de Andreu.

Veamos el valor real de los inmuebles relacionados en *Bohemia*, de acuerdo con lo que aparece en el amillaramiento, en las escrituras de ventas y en los registros de propiedad en Las Villas.

Primero: Finca de San Agustín, el barrio de San Francisco, vendida a Pío Harta González, por el precio de $3500.00, inscrita en el Registro de la Propiedad de Santa Clara, con el número 6834 del año 1945. (Esta finca fue comprada por el Dr. Andreu en 1933).

Segundo: Finca La Rosa, conocida por El Salto; vendida al Dr. Joaquín Noriella, por el precio de $2100.00, en el año 1945. Esta finca fue adquirida por Andreu en 1934.

Tercero: Finca de la Ceiba, que hubo de vender a los hermanos Morales Expósitos, en $1000.00. Pagó derechos reales en la zona fiscal de Calabazar, según recibo número 4085, del año 1947. Esta la hubo de comprar en 1931, siendo alcalde de Encrucijada; un favorito suyo.

Cuarto: Casa que ocupa el Hotel Recreo, vendida a Ignacio Cangas por la suma de $1500.00. Esta casa de acuerdo con el amillaramiento tenía un precio de venta de $1200.00 (amillarada en $3265.00, Ayuntamiento de Encrucijada). Pagó derechos en la zona fiscal de Calabazar de Sagua, según recibo 2161. Este inmueble fue adquirido en 1932, cuando era Alcalde de Encrucijada; el mismo favorito suyo. Ya en esta época el Dr. Andreu había sido o era Consejero provincial de Las Villas.

Quinto: Casa de vivienda vendida al Dr. Antonio Monzón en $1600.00. Consta haber pagado sus derechos reales, según recibo número 478 de la antes situada zona fiscal. De acuerdo con el amillaramiento que aparece en el Ayuntamiento de Encrucijada (2482) el valor en venta del inmueble era de $300.00. Se engañaba, pues, a la Administración Municipal. Este inmueble fue adquirido en 1933. No hemos podido determinar la fecha exacta pero sí fue antes del 12 de agosto de aquel año histórico; todavía el favorito de Andreu era alcalde.

Sexto: La casa que hubo de vender al Dr. Mata por la suma de $1300.00, de acuerdo con las escrituras de venta. No se ha podido investigar la fecha en que se realizó la operación.

Séptimo: Casa que ocupa el Ayuntamiento de Encrucijada. Por escritura pública, otorgada ante el notario Dr. Valentín Arenas en mayo 30 de 1947 y con el número 130, Andreu vendió este inmueble al pueblo de Encrucijada, donde nació y de donde parte toda su carrera política. De acuerdo con el precio de venta del amillaramiento (2874) su valor es $2250.00. Tenemos informes de que la venta de este inmueble fue en $5000.00 pero nos atenemos a los datos oficiales.

Ahora sumemos el valor de todas esas propiedades que Andreu saca como únicos bienes lícitamente adquiridos por él. La suma asciende a $13 250.00. Obsérvese por otra parte que dicho dinero se hizo efectivo después de 1945 pues, a excepción de la casa vivienda, todos fueron traspasados con posterioridad a esa fecha.

Vayamos ahora a la fabulosa fortuna del exsenador por Las Villas. Solamente los bienes dejados por su esposa a su fallecimiento fueron estimados en $1000.00 (*Prensa Libre*, 21 de febrero de 1953). Como hemos dicho, el dinero que pudiera haber tenido su difunta esposa le vino por Andreu.

Compárese la cifra de $13 250.00 con el valor que tiene el Palacete de la esquina de Calzada de Columbia y Ocho, Reparto Benítez, de su propiedad y

que fue algunos años su casa de vivienda; este inmueble solamente vale siete u ocho veces esa cantidad.

¿Y, concretamente, puede el Dr. Andreu decir que con $13 250.00 compró sus inmensas fincas en Pinar del Río a que hubo de referirse Fidel Castro? ¿Puede decir que las caballerías y caballerías de tierra que posee y que fueron adquiridas con posterioridad a su llegada al poder eran producto de sus ahorros en Encrucijada?

Pero si esto fuera poco, si tal número de pruebas no convencieran, habrá que emplazar para el Tribunal de Justicia Revolucionaria al Dr. Guillermo Alonso Pujol, presidente del Partido Republicano, al que pertenecía Andreu, y vicepresidente de la República, cuando en declaraciones para *Bohemia*, de mayo de 1949, dijo textualmente: «Yo estoy dispuesto a lo que quiera el Sr. Andreu. La sotana y el halo santoral se le van a caer cuando la gente sepa cómo se apoderó de $700 000.00. Tengo las pruebas fotostáticas en mi poder. Aquí no hay pecadores porque no hay santos. Si a [Carlos] Saladrigas le formulé cargos, con Andreu iré más lejos, lo destruiré».

Estas declaraciones al no ser desmentidas por el Dr. Alonso Pujol y al aparecer en un órgano del prestigio de *Bohemia*, obligan al exvicepresidente de la República a no contradecirlas y a presentar dichas copias fotostáticas cuando el fiscal de la Revolución así lo exija. Pero es que tampoco fueron desmentidas por el interesado que dio la callada por respuesta. Quien calla otorga, argumentará el fiscal del pueblo. En 1926 José Raimundo Andreu, nacido en el barrio del Santo, empezó a ejercer la medicina en Encrucijada. Era entonces un modesto médico rural que con grandes esfuerzos y con la ayuda de algunos amigos había logrado graduarse. En 1955 ese médico rural, que solo ejercitó la medicina unos cuantos años, es un potentado. Que hable por nosotros el Apóstol cuando afirmó que a un hombre honrado no le daba tiempo a hacerse rico por su solo esfuerzo en toda una vida. Y, como hemos demostrado, Andreu se enriqueció en diez años, porque solo en 1945 disponía de los $13 250.00 de aquellas ventas. Hoy en día tiene una fortuna incalculable. En estos diez años fue ministro dos veces, senador de la República y líder político entregado a las actividades públicas. Los inversionistas más afortunados se quedarían asombrados ante sus grandes éxitos.

Pero Andreu habla también de su obra en el ministerio. Pone de testigos a una serie de personas algunas de las cuales están responsabilizadas con su actuación. Nosotros ponemos de testigos a los miles de miles de cubanos que no tienen cama en los hospitales, que no disfrutan de la asistencia médica y que solo contadas veces pueden recurrir al politiquero de la comarca para que le resuelva su problema inmediato. Ponemos de testigos a los enfermos de La Esperanza que se levantaron en huelga (caso insólito en la historia) durante

la regencia ministerial del Dr. Andreu. Ponemos también de testigos a todos aquellos cubanos que si no tienen dinero para ir a una clínica o no buscan al político de turno para que les consiga una cama, se mueren sin asistencia médica. Aquí en la suerte y la habilidad le dieron la oportunidad de ser varios años ministro de Salubridad, no puede hablar de grandes obras realizadas mientras haya cubanos que vivan en pisos de tierra.

Tampoco hemos de buscar los archivos del ministerio ni los honores pomposos a que se refiere Andreu. Desde [Gerardo] Machado, a quien se le dispensaron todos los honores inimaginables, hasta Batista, a quien el coronel del Ejército mambí Sr. Quiñones, traicionando el espíritu inmortal de la revolución nacional, acaba de elogiar, todos los funcionarios públicos o personas influyentes reciben honores parecidos. ¿No es pública y notoria la liberalidad con que se otorga la cruz Carlos Manuel de Céspedes?[15] ¿No ha visto el Dr. Andreu cómo una universidad norteamericana le acaba de dar el título de graduado en Humanidades a Fulgencio Batista? En Cuba, después de que el Club de Leones llevó a [Ramón] Vasconcelos y a Santiago Rey a su tribuna no puede hablarse de tales honores;[16] porque tan prestigiosas como la Junta Nacional de Salubridad son dichas instituciones. En este país existe, Dr. Andreu, una compleja subversión de todos los valores. En virtud de ella usted ha llegado donde llegó y resulta lógico y natural, por lo tanto, que malversadores del tesoro público, que delincuentes comunes, puedan recibir honores como estos. Sin esas subversiones de valores, el inexistente Partido Demócrata no figuraría en ninguna parte.

Analicemos por último las acusaciones veladas que el Dr. Andreu hace a Fidel Castro.

[15] Con el nombre de Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes fue creada por el Decreto Presidencial núm. 486 de Gerardo Machado, el 18 de abril de 1926, para recompensar servicios prestados a la patria y a la humanidad por personas nacionales o extranjeras. El Gobierno Revolucionario entrega otra orden, con el mismo nombre, desde 1978 destinada a recompensar a quienes se destaquen en la lucha por la liberación nacional de los pueblos, por la amistad demostrada hacia la Revolución o por el prestigio internacional alcanzado en las luchas políticas, sociales o económicas a favor de los pueblos, así como por valiosos aportes a la consolidación de la paz y la coexistencia pacífica.

[16] El Club de Leones de La Habana se estableció en 1927 y se reorganizó por completo en 1936, fecha a partir de la cual alcanzaría notable influencia en la vida socioeconómica del país. Desde el núcleo primigenio de La Habana, el leonismo se extendió a toda la República hasta sobrepasar el centenar de clubes. Dieron un gran apoyo a la cultura.

Dice que comparecerá ante el tribunal de la historia. Efectivamente y a esa historia le rinde homenaje el Dr. Fidel Castro, cuando titula su defensa ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba *La historia me absolverá*. Ante lo que nunca comparecerá Fidel Castro será ante los Tribunales Ordinarios de Justicia. Ante ellos, sí queda emplazado usted con estas acusaciones.

Aviesamente (con proceder típico de politiquero) pone en duda (forma más efectiva y malintencionada de la calumnia) la actuación de Fidel Castro en la lucha estudiantil en la época en que, siendo Andreu ministro del Dr. Grau San Martín, las pandillas de delincuentes (no los fervores revolucionarios de que habla) aterrorizaban a la sombra del poder en nombre de la revolución que su entonces jefe político pisoteó y escarneció desde la Presidencia de la República.

Ya la Historia de Cuba ha fallado favorable a Fidel [sobre] ciertas acusaciones de verdad calumniosas, hechas contra él en aquellos días en que quijotescamente se enfrentó a todas las pandillas que dentro de la universidad conspiraban contra su espíritu revolucionario. Las figuras más imparciales, los testigos más veraces de aquel proceso, señalaron la limpieza con que actuó Fidel Castro. Eduardo Chibás, que se enfrentó desde las filas de la revolución al gansterismo de los dos Gobiernos de que Andreu fue ministro, consideró a Fidel (con posterioridad a su lucha estudiantil) como un verdadero militante revolucionario. ¿Se atreve usted, Dr. Andreu, a decir que, si tales acusaciones fueran ciertas, Chibás, modelo de probidad y dignidad ciudadana, hubiera consentido la fuerza creciente de Fidel en el Partido del Pueblo que terminó con su postulación para Representante?

La conducta posterior de Fidel, su desvinculación completa del gansterismo que usted, Dr. Andreu, amparaba y parece que sigue amparando cuando no lo acusa de frente en su artículo, su gran preocupación ideológica (todos los combatientes del Moncada tuvimos que leernos a Martí), el tipo de hombre que junto a él fue a morir o a vencer (un tipo de hombre que usted no comprende y que quizás ahora aprenda a conocer), todo eso coloca a Fidel Castro tan por encima de aquellos episodios estudiantiles que revivir, en cualquier forma que se haga, ciertas acusaciones equivale a calumniar. A eso no le haremos el juego y no responderemos, por lo tanto.

Habla usted «de la sangrienta cita del Moncada». Dice que Fidel será enjuiciado por ella. Vuelve a equivocarse, Dr. Andreu; el fallo inapelable de la Historia ha sido dictado. La sentencia está en la movilización popular por la amnistía política que usted mismo reclamó, la sentencia está en la fuerza creciente de Fidel Castro que usted mismo reconoce. Si no es por esa amnistía no se puede lograr la esperanza de paz de aquellos días y si no es por esa fuerza creciente no habría tantas esperanzas de redención en estos días. La sentencia está, en fin, en la personalidad ya respetada.

¿Pero quiere usted, Dr. Andreu, más testigos de aquellos hechos? ¿Quiere usted testimonios más elocuentes? ¿No le basta con mi posición junto a Fidel Castro? Yo viví desde dentro todo el proceso del 26 de Julio. Mi hermano Abel tenía conocimiento de sus más mínimos detalles, mi novio Boris Luis Santa Coloma fue uno de los principales dirigentes de aquella «Cita Histórica», en mi apartamento de la calle 25, número 164, radicaba el cuartel general del movimiento.

A mí nadie puede hacerme cuentos sobre cómo se planeó y desarrolló el empeño revolucionario de los combates de Santiago y Bayamo. Luego estuve dentro de las balas, asistí a los heridos, vi cómo Abel, Boris y tantos otros más eran asesinados en mi presencia. ¿Cree usted que yo que conozco como nadie, y que he sufrido como nadie, la masacre del 26, 27 y 28 de julio estaría junto a Fidel si me cupiera alguna duda sobre su actuación en el Moncada?

Entre los testigos excepcionales de aquellos hechos, entre los que comparecimos «al juicio sin limitaciones» de estos años de martirio estoy yo. Y en ningún momento, ni en la soledad de mi celda de Boniato y Guanajay, ni en la tristeza infinita de verme en la calle a los pocos meses, ni en el dolor supremo de verlos salir del presidio sin Abel, Boris y tantos otros compañeros y hermanos de ideal, en ningún instante ha pasado por mi imaginación la duda sobre la actuación de Fidel Castro.

Puedo, pues, decir ante el Tribunal de la Historia que, en la cita histórica del 26 de Julio, Fidel actuó como un patriota, como un compañero y como un hermano. Que retrocedan los calumniadores. La actuación futura está llena de grandes responsabilidades para Fidel Castro y la Historia también habrá de juzgarla. Hoy en día representa a la fuerza emocional mejor organizada que ha tenido Cuba en largos años de lucha por su destino superior. El estudiantado por una parte y el 26 de Julio por la otra forman las dos grandes corrientes de una nueva generación revolucionaria.

En medio de ellas el coronel Cosme de la Torriente está haciendo esfuerzos patrióticos por evitar la guerra. Nuestro más alto ideal está en Cuba «con todos y para el bien de todos» que hemos visto fracasar una y otra vez por la acción disociadora de la pequeña secta de políticos incapaces y malvados que nos han venido gobernando.

Hacia ese ideal se proyecta Fidel, y sepa bien claro el Dr. Andreu que está tomando todas las precauciones, toda la experiencia de más de cien años de lucha, para evitarle a Cuba una nueva y desastrosa frustración.

Carta a René Guitart Rodríguez

La Habana, enero 17-1956

Querido Guitart:

Sus dos cartas las recibí, podrá suponer qué tranquilidad, aunque siempre pensé poder estar con usted en esos momentos, es en lo único que desde niños no he estado junto a Abel, siempre estuvimos unidos de niños en nuestros juegos y llegamos a mayores tan identificados que, a pesar de tener nuestros padres, no podíamos estar separados, yo lo necesitaba a él y él a mí. Aquí teníamos nuestro apartamento, él era mi padre y mi hijo, cómo hubiera querido estar junto a él, junto a ellos, en esto último. Como usted, las fuerzas las hubiera tenido, siempre pensé que sería mi primera visita a Santiago, a pesar de eso la tranquilidad me ha acompañado, sé que un padre estuvo junto a ellos.

Sobre lo que me dice del Caney,[17] yo creo, [que] si se puede, deben trasladarse, y mi papá estará de acuerdo con esto, allí está Boris; y él, con sus dieciocho compañeros, deben estar en el mismo lugar, ya que fue una misma pelea, en ese lugar se pondrá algún día un paredón donde se diga fueron fusilados. Usted y el abogado, al que tanto tenemos que agradecerle, deben ponerse de acuerdo y ver qué es lo mejor, mis deseos son saberlos en Santa Ifigenia, pero lo que ustedes consideren será lo correcto.

Guitart, no piense nunca que si no le escribo o si cuando lo veo no soy expresiva con usted, es por falta de cariño. No puede imaginarse usted cuánto lo quiero, cuando lo veo me emociono, no quiero llorar y entonces no puedo ni hablar, además, que todo lo pasado me ha dejado huraña con las gentes,

[17] Se refiere a la posibilidad de trasladar hacia el cementerio Santa Ifigenia los restos de los combatientes caídos en el cuartel Moncada que habían sido enterrados por los soldados batistianos en un intrincado lugar cerca de El Caney. El padre de Renato, con la ayuda de otros colaboradores, se encargó de juntar en el cementerio a todos los caídos, en una labor clandestina sin precedentes.

y si estamos delante de alguien ya soy esquiva. Creo esto se me irá pasando, y vuelva a ser como era, seguro cuando se le haga el verdadero monumento a nuestros muchachos: la Libertad de la Patria, la Cuba nueva y feliz que ellos quisieron y no podrán ver. Pero entonces, si es que no hemos muerto por Cuba, viviremos para ella y quizás así volvamos a ser felices y nos miremos, nuestras sonrisas sean verdaderas, porque ellos también sonreirán, entonces tendrá una hija alegre, que al verlo llegar no la encuentre, como me encuentra ahora, queriéndole decir mucho y no diciéndole nada.

Dele un beso a Dinorah [Rosell], y para usted, todo el cariño de esta hija, que aunque le luzca muy valiente, es nada más que un pedacito de cosa con un deseo muy grande de lo poquito que le queda dárselo a Cuba.

Haydée

Carta a René Ramos Latour (*Daniel*)

Dic. 22-[19]57

Querido Daniel:

Te mandé la carta que hizo Alfredo, también una para Mario Ll., donde Alejandro dice aguanten hasta que mande el documento, por la carta de Alfredo te darás cuenta.

Esta es para decirte Pepe Luis está aquí, dice hizo cuanto pudo allá, pero le es imposible estar en los pueblos, y en la ciudad no consiguió donde parar, que el asunto de su Central está arreglado, en fin, venía a decirte todo esto y se cruzaron en el camino, yo pienso si el trabajo bien ahí, qué tú crees para Las Villas tal vez el ayudante que piden allá pueda ser él, es disciplinado, le hablé de eso y está dispuesto, escríbeme enseguida y dime qué crees, está aquí, o si no, qué se hace con él. Él tiene un problema personal en La Habana, se encontró con eso cuando llegó, una hermana de él se casó con un miembro del SIM,[18] eso lo acompleja allá pues todo el mundo lo sabe (esto me cuenta él) por eso pensé que puede ser el ayudante del médico de Las Villas, como eres tú quien tiene que decidir avisa pronto, gente ocupando casa sin hacer nada fastidia.

Escribió Pinar, dicen mandó $2000, aquí no llegaron, si ves a esa gente díselo y que lo manden, bien sabes cómo estamos.

Trata de ver a alguien que esté en contacto con mi hermano, él la Isla Mov.[19] se ha quedado como Responsable de Organización, yo pienso que la DM[20] debe mandar una carta, en esa hay tres miembros de

[18] Servicio de Inteligencia Militar creado en 1934 para vigilar los movimientos internos del Ejército o cualquier otro que afectara la seguridad del Estado. Después de 1952 se convirtió en uno de los principales órganos represivos del régimen dictatorial contra los revolucionarios. Se disolvió en 1959.

[19] Se refiere a Aldo Santamaría, en ese momento al frente del MR-26/7 en Isla de la Juventud.

[20] Dirección del MR-26/7.

La Nacional,[21] son Nica, Mario y mi hermano, pertenecían a ella cuando cayeron presos, por lo tanto, debía respaldarlos la DM para que arreglaran ese problema, aquí se recibió una circular de la Isla firmada por Mov… expulsando a Fuentes, habla de esto con Alberto y si creen eso, mandaríamos de aquí un papel con el cuño de la DM firmado por Dévora [sic] y por mí para que lo firmaran ustedes, no debemos dejar coja fuerza eso porque se nos va a formar un 26 chiquito allí, Dévora está de acuerdo con esto, contéstame qué creen de esto y qué dices tú [de] lo de Pepe Luis, no me gusta escribir y escribo, así que contesta tú.

Bueno, termino, cariños para todos.

Carín

[21] Se refiere a la Dirección Nacional del MR-26/7 (en lo adelante DN del MR-26/7).

Carta a René Ramos Latour

Dic. 28-[19]57

Querido Daniel:

Unas letras para que sepan las bolas de aquí, una: Ulises vino con diez hombres por Pilón, los cogieron a todos y los mataron, esto lo afirman; otra: los muchachos bajaron a Manzanillo y hubo lucha con el cuartel, con ellos venía Raulito; todo esto son conversaciones que se oyeron por teléfono.

Recibí otra nota de Alfredo, insiste en que hay que lanzar la consigna de guerra general, esto no [lo] entiendo bien, yo creía quería decir huelga y en vez de poner huelga había puesto *guelga*, aunque me extrañó tremendo error, pero lo de guerra general no lo entiendo. Alejandro quiere que su carta salga en forma de folleto sin quitar nada, pásale el recado a Zoilo y entrégale la copia. No me has dicho nada de lo de Pinar, informaron habían entrado los mil pesos y aquí no han llegado.

Estoy aguantando la correspondencia hasta que llegue Alfredo, es decir, alguna donde piden orientación, creo cuando venga traiga de una vez la línea a seguir.

En la Isla hay líos, dice Roque, Alberto le mandará una carta poniéndolo de organizador; Benítes [sic] dice es él, él es el amigo más íntimo de Alejandro, en fin, es terrible, sobre esto yo creo debemos mandar una carta dándoles un voto de confianza a los que están allí y pertenecen a la DM, estos son Nica, Mario y Aldo, aunque Montané dice tiene que ser de Alejandro, si no, él no acepta nada.

En cuanto estén las copias fotostáticas se las mandas a Zoilo, denle esa copia a máquina para que empiece a trabajar.

Cariños,

Carín

Carta a Celia Sánchez Manduley (*Aly*)

Enero 19-[19]58

Querida Aly:

Podrás imaginarte qué días de angustias se han pasado, qué mala suerte.

Sobre el dinero, no se ha mandado por no tener con quien, dices en tu papel ayer mandé a pedir, aquí no llegó nadie, pensábamos mandarlo con Napoleón, yo creo cuando manden por dinero deben mandar uno que llegue hasta aquí, tu papel lo trajo una mujer de Manzanillo y no sabía si la persona esperaría o no tenía que subir, en fin, que cuando el dinero pasa de mano en mano llega al mes.

Daniel escribió diciendo lo que recibimos. Sobre los encargos que Alex [Alejandro (Fidel)] le hizo a Daniel, él se está ocupando, tú no puedes imaginarte cómo está la represión en el llano, es algo que espanta, creo que uno a uno iremos cayendo presos o algo peor, piensa Aly que a ti te es imposible estar por aquí, supón los trabajos nuestros, puedo decirte que Daniel, como todos, hace el esfuerzo más grande por atender los pedidos de ustedes. El dentista no ha llegado, se mandará como pides.

Tengo esperanzas como nunca en recibir juguetes de afuera,[22] Daniel también cree eso se dará ahora. Dime si te gustó el radio, tenemos tres aquí, vamos a ver cómo los mandamos, son más chiquitos. Dime si recibiste lo que te mandamos, esa cadena es para Almeyda [sic], la fosforera para Alex y el abrigo para Camilo, los uniformes que pides se están haciendo, trataremos de hacer los cien que pides. La fosforera se la manda Buby y el suéter también se lo mandó Buby a Camilo. Manden a decir rápido qué se hace con la entrevista del español y los rollos de fotos, también con una cinta.

Mandamos cuatro mil pesos, quisiéramos mandar más pero nos da miedo.

[A] Armando [Hart] le cogieron los apuntes que traía, pero hasta ahora no han podido coger nada, eso lo entendía nada más que él.

Bueno, cariños para todos,

Carín

[22] Se refiere a las armas que se compraban en el extranjero.

Carta a Celia Sánchez Manduley desde Miami

Mayo 20-[19]58

Querida Celia:

Qué bien hiciste en no venir, qué triste se siente uno aquí,[23] pienso también en ti con la enfermedad de tu papá, he sabido se ha puesto un poquito peor, piensa que cuando se tiene esa edad todo es malo, y lo que pasa que lo que es malo es la edad, tal vez si la suerte me acompaña pueda estar pronto con ustedes, por carta a Fidel te enterarás de todo, ya he visto telas, relojes, mil cosas, no sé si podrá ir eso, el barco es chico, si se pudiera dar un viaje con estas cosas resolveríamos en grande este problema.

De aquí puedo decirte esta es la parte más desagradable que hay sobre la tierra, qué soledad, aunque más no se puede sentir a Cuba dentro, hay veces que siente uno tal deseo de estar en ella que hay que controlarse para no ir corriendo.

Te diré emigración sabe estoy aquí, andan locos buscándome, no saben cómo entré, me dejan tarjetas en todos los lugares que concurren cubanos, me dicen me presente no me pasará nada, yo no lo pienso hacer, después sería más difícil la salida. Bueno, no te cuento más, lo importante lo verás en la carta a Fidel, si sigo escribiéndote a ti todo sería triste.

Un abrazo bien fuerte de,

Yeyé

[23] Tras la huelga nacional revolucionaria del 9 de abril de 1958, convocada por la DN del MR-26/7, Fidel le pide a Haydee que viaje a Miami con el fin de hacer contactos y recaudar fondos para continuar la lucha en la Sierra Maestra. Haydee viaja en mayo en calidad de delegada especial de la DN del MR-26/7, con la responsabilidad de ocuparse de todas las finanzas en el exterior. Sale con pasaporte a nombre de Nelly Venzal Alomá, y no regresa a Cuba hasta el 2 de enero de 1959. Ver en este libro la conversación con Carlos Franqui en p. 74 y la entrevista de Nils Castro en p. 420.

Carta a Fidel Castro Ruz desde Miami

Mayo 27-[19]58

Querido Fidel:

Supongo recibirías mi otra carta, te hago esta para decirte Carlos [Franqui] me mandó a decir para el cinco o seis iría a esa o, es decir, mandaría el Barco, estoy muy preocupada, me dijo Ricardo [Lorié] no se podía ir por donde yo pensé, creía se pudiera hacer la operación por donde vive Pepito R. o por donde fue Ricardo, dice esto está tomado por el ejército, así que sobre esto debes avisarme, puedes hablar con Mejías que está en Venezuela, le dices avise a Carín puedo ir o no puedo ir. Fíjate bien, si me dices sí puedo ir, es que se puede ir por estos lugares, y si me dices no puedo ir, es que efectivamente el ejército está por ahí, también puedes escribirme y en Sto. mandarían una persona aquí.

No puedes suponer, Fidel, los deseos que tengo que esto fuera, me siento muy triste aquí, únicamente que yo vea soy capaz de mandarles algo puedo seguir por estos mundos; estar fuera de Cuba, lejos de todos, es peor que la cárcel, da sentimiento hasta que no lo persigan, que pueda estar libremente por las calles.

Desde que llegué todos quieren verme, yo quisiera tú me escribieras, me hicieras indicaciones, ven todos en mí algo tan cerca de ti, que sería terrible para mí equivocarme, naturalmente que será difícil, a todos digo las necesidades de esa, que ese es mi único pensamiento y debiera ser el de todos aquí, he tenido suerte ya que todos han visto muy bien mi llegada aquí, casi todo el mundo que llega aquí viene con delirio de jefaturas, ellos han visto bien mi deseo es poder hacer algo por ustedes, creían venía a dar órdenes y mítines, al ver mi actitud casi ha sido una lección para muchos.

Te mando la carta de Gustavo [Arcos], tú dirás qué hacer, aunque le he dicho Ricardo irá allá, no lo ha hecho por lo que tiene que hacer aquí. Bueno, termino, te ruego me escribas o dile a Celia lo haga.

Un abrazo para todos y para ti de Yeyé.

Carta a Fidel Castro Ruz desde Miami

Junio 19-[19]58

Querido Fidel:

Unas letras, ya que por Luis [Buch] estarás enterado ampliamente; de mis gestiones con el ex[24] están por ver, me mandó un recado que no me fuera de aquí, esperaré una semana más, después iré a verlo con José Manuel y Miró, esto es para que testigos puedan ver cómo se negó a una verdadera unidad, para cuando tú lo necesites puedas hablar públicamente de esto y puedas poner esas personas por testigos, yo no le he dicho a ellos de esta intención mía, sino que con su presencia es mejor, después de estar allí le diré que vine con esas personas respetables y que nunca serían capaces de mentir, para que vieran, y en su momento fueran testigos [de] que Fidel Castro no rechaza una verdadera unidad, esto lo hago porque el problema unidad está siendo un problema serio. Fui a ver a Nueva York al señor que una vez dijo sentiría orgullo de ser ministro de Defensa de tu Gobierno, esto se lo dijo a unos americanos; no sé si Armando [Hart] te contaría eso; es al que tú le mandaste una carta con [Felipe] Pazos, que en ese momento estaba en Santiago; le dije que tú me habías mandado aquí únicamente por verlo a él, que en él tenías todas las esperanzas, que él era la persona llamada a terminar la Revolución Cubana, en fin, Fidel, una historia más; para presionarlo le dije que si estaba dispuesto tú le mandarías una persona de toda tu confianza a tratar con él; teníamos una clave, si yo te decía viniera mi hermano, era para que enviaras a la persona, que él tenía que pensar que al venir una persona de allá no se podía andar

[24] Presumiblemente Haydee se refiere al expresidente de Cuba Carlos Prío Socarrás quien, desde Miami-Dade, conspiraba contra Batista. En una nota adjunta a una carta del 28 de mayo de 1958 de Miró Cardona a Fidel, conservada en el AOAH, Haydee le advierte que habló con Prío y este no le comentó nada a Miró: «Esto es de Miró, cada vez que me hablan de unidad para poder quitarlos del medio les digo te escriban, sobre lo que hablé con Prío ni a él se lo dijo, quiero decir, a Miró, que habló después que yo, eso me hace pensar ha tomado las cosas en serio».

después con esperas; me dijo que sí, [que] qué querías, le contesté que plata y barco, me dijo estaba bien, habló esto con Luis Pérez y él fue como si lo mandaras, veremos, tengo fe en esto, dicen él es un hombre [que] dice sí o no.

Lo que me dices trabaje de acuerdo con Luis Pérez, todo lo hago de acuerdo con él, además [de] que tiene que ser, nos entendemos perfectamente. El jueves tengo cita con G. A. P. [Guillermo Alonso Pujol] antiguo exvice. Le hablaré de $30 000.

Recibí carta de La Habana, me dicen la falta de dinero que tienen, dicen que hasta hambre pasan, que no tienen para máquinas y apartamentos, hoy voy hacer unas gestiones aquí a ver si puedo mandarles aunque sea $2000, pienso que esa gente sin dinero sus vidas corren doble riesgo.

Fidel, te voy a pedir un favor, sé bien que todas las vidas valen igual, en este caso no pido por su vida, sino que muera distinto a todas las personas que tanto he querido, Abel [Santamaría], Boris [Luis Santa Coloma], Frank [País], Enrique [Hart], no me importa o, es decir, si tiene que morir, sería terrible fuera como Abel, sería demasiado para mamá y Nino; manda a buscar a Aldo, verás es de la calidad de Abel, es inteligente y muy valiente, sé bien todas las preocupaciones que tienes para ocuparte de esto, pero te lo ruego, que Celia [Sánchez] escriba a Sto. Ellos saben cómo comunicar con mi familia, después que esté ahí ya estaré tranquila, además, sé bien será un gran soldado, es muy conocido para dejarlo en la ciudad.

Estos artículos son de un periodista cubano, peleó en la 2da. Guerra, simpatiza enormemente contigo, era periodista [de] *Life* y lo quitaron por defenderte a ti, hace mucho por el 26, cuando tengas tiempo hazle una carta. También Miró espera respuesta tuya, no puedes imaginarte cómo todos giran alrededor de ti, aunque no soportan ellos no sean nadie y tú seas Fidel, quiero aclararte estoy hecha una politiquera con todos, a todos les digo lo mucho que tú los recuerdas y los quieres, la fe que tienes en ellos, en fin, me he dado a la tarea de aglutinar a todos alrededor tuyo, tú sabrás después quiénes deben seguir o no.

Voy a tocarte un punto que te vas a tirar de los pelos: Llerena, esto es terrible con él, cuando llegué Raúl [Chibás] y [Manuel] Urrutia me contaron todo, creí eran un poco exagerados, ahora comprendo lo que ha aguantado Raúl, solamente él lo aguanta, tendría que escribirte tanto sobre esto que no acabaría, Franqui puede informarte y después que él se fue ha habido cosas más graves, a tal extremo que Raúl dice no aguanta más y Urrutia suspendió el viaje que iba con él, en fin Fidel, el amiguísimo de Fausto y Armando [Hart] es un Conte Agüero cualquiera. En este momento me llamó Raúl Chibás desde New York con este mismo problema, dice él te escribirá, que sabes bien lo enemigo que es él de escribir cosas desagradables, pero sabe [que] Llerena te va a mandar su informe y te dice le des un amplio voto de confianza, que no lo hagas; yo

creo esto debe funcionar como comité sin presidencia por el momento hasta que Raúl te informe bien, puedes confiar de verdad en él. Cuando nos reunimos a mi llegada aquí, él quiso renunciar, Llerena, yo le rogué en nombre tuyo y de la dirección no lo hiciera, pensaba en esos momentos, y así mismo me lo dijo Raúl, no convenía.

Esta carta la empecé ayer, hoy 20 me mandó un recado Carlos [Franqui] me dice no me mueva de aquí Miami; él fue a New York, que está preparando algo grande para tirar; también vino a verme Lincoln Rodón, su planteamiento es si P.[25] da un millón de pesos o las armas que tú pidas, [si] estarías dispuesto a pactar; le contesté que valía la pena hablar, pero tenía que ser contigo, yo le daría vía de verte.

He podido buscar algunas armas, como una calibre 30, 4 o 5 Garan y algunos esprinfer,[26] no sé cómo se escribe esto, todo eso se lo entregué a Luis Pérez, cuando se fue me dijo se lo diera para que lo mandaran a Raúl.

Hoy me llegaron unas cartas de Llerena, te las mando. Esta carta va con un desorden grande, hoy es 22, llegó Marina y Hart,[27] figura qué desagradable encuentro, están destruidos; enseguida lo cogió Miró y Lincoln [Rodón], quieren él [Enrique Hart] haga algo en favor de la unidad, menos mal vino a verme, dice no hará nada que no sea táctica de 26, que le den algo que hacer, da lástima verlo y todo esto sin un centavo, si tú pudieras hacerle una cartica lo estimularía tanto y a la vez decirle que él puede hacer mucho, yo le he dicho se dé a la tarea de denunciar todas esas cosas legales, también hoy me enteré Aldo lo cogió el Buró,[28] estoy muy preocupada, ¿tú crees por eso lo indultaron?

Hoy 22 a las cuatro de la tarde vi a Carlos [Franqui], dice para el 28 te tirará unas cosas en el lugar donde estuve yo, es decir, donde vive la Sra. que se fue con los dos hijitos, que te dejará caer eso, por lo que me dijo es poco y malo, 100 Springfield y 40 000 tiros 30, 06, que si esto sale bien te mandará algo como para que te acuerdes de él, esta entrevista fue delante de Miró Cardona, este último es el más fuerte trabajador de la unidad, volví a repetir que eso tenían que hablarlo contigo, me dijo Carlos vio a una periodista que estuvo ahí que le dijiste le mandara a Tony de Varona, no sé qué habrá de

[25] Presumiblemente Prío Socarrás.

[26] Fusiles Garand y Springfield.

[27] Marina Serafina Dávalos Rodríguez-Torices y Enrique Armando Hart Ramírez, padres de Armando y Enrique Hart Dávalos.

[28] Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (Brac). Institución policial creada por la dictadura batistiana en 1955 y con agencias en todas las provincias del país que transmitían la información de interés al órgano central. Encarceló, torturó y asesinó a cientos de personas por medio de la Policía Nacional y el Sim.

verdad en esto, de todas formas como algo hay que responder sobre esto, siempre repito eso tienen que discutirlo allá. Si es verdad que llega lo que me dijo este señor debes enseguida avisar por Venezuela, que Roque me llame y diga [si] recibiste los regalos. Ya no sé ni cómo va esta carta, va con tantas paradas [que] creo no tiene coordinación, así que pónsela tú.

Bueno, trataré de escribirte la próxima con un orden.

Un abrazo de

Yeyé

Carta a Manolín Santiago desde Miami

MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO 26 DE JULIO
COMITÉ DEL EXILIO

Con esta fecha y por sugerencia del compañero Israel Tápanes, de la Delegación de Los Ángeles, California, se remite esta comunicación al Sr. Manolín Santiago, del Comité del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en la ciudad de San Francisco, California.

Miami, 27 de octubre de 1958

Sr. Manolín Santiago[29]
C/O. Sebastián Aguilera
1542 Alabama St.
San Francisco 10
California

Estimado compañero:

Con motivo de emprender una recaudación que nos permita obtener la suma de $10 000.00 (DIEZ MIL PESOS), en el menor tiempo posible, consistente el mismo en TREINTA DÍAS, dadas las circunstancias de la fortísima lucha que venimos librando con los sostenedores de la Dictadura, me permito remitirle un llavero en el cual está el emblema de nuestro glorioso Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

Como quiera que la cantidad estipulada para la venta de los mencionados llaveros, ha sido fijada en el montante arriba sentado, ruego a Ud. que, a vuelta

[29] Esta carta, que ofrece evidencia de la labor de recaudación llevada por Haydee en sus funciones de Tesorera del Comité del Exilio, muestra también lo variado de sus iniciativas. Lo común era emitir bonos que se vendían por diferentes cuotas, acá se habla de llaveros para recaudar fondos. Por otra parte, el hecho de que el destinatario de esta carta resida en California y esté vinculado al Comité habla de lo amplia que era la red en los Estados Unidos. (Nota de los compiladores).

de Correos y a la mayor brevedad posible, me comunique cuántos desea, los cuales serán para vender a $5.00 cada uno.

Como anteriormente, le dejo significado que el plazo para la entrega del importe de dicha venta es de TREINTA DÍAS, siendo imposible el envío de nuevos pedidos, así como la devolución de los llaveros que no fueren vendidos.

Al tanto de sus noticias y en la seguridad que pondrá todo el esfuerzo posible en este empeño de recaudación, queda de Ud. atentamente,

Haydée Santamaría

Rds.

El que suscribe Pedro Reynaldo Dávila Santana, hace constar que le fue entregado un llavero para remitirlo al compañero Manolín Santiago. Y para constancia firma la presente en la ciudad de Miami, a los veintisiete días del mes de octubre del año mil novecientos cincuenta y ocho.

Pedro Reynaldo Dávila Santana

HAY UNA SOLA FECHA: ANTES DEL MONCADA Y DESPUÉS DEL MONCADA

1959-1969

Carta a Andrés Lizarraga

La Habana, marzo 2 de 1960

Sr. Andrés Lizarraga
Santa María y Quintana
Burzaco F.N.G.R.
Argentina

Estimado Lizarraga:

Tengo el gusto de felicitarlo calurosamente por haber sido premiada su obra «Santa Juana de América» en el Primer Concurso Literario Hispanoamericano, convocado por esta Casa de las Américas. Ha sido para nosotros una gran satisfacción que el premio haya correspondido a una obra de verdadera integración americana. No es, como usted dice, casual que gente cubana distinga a un autor argentino que ha escrito historias de bolivianos. Su premio es prueba concreta de un hondo sentimiento de unidad en nuestro Continente.[1]

Al mismo tiempo le informamos que tan pronto obtengamos la autorización del Banco Nacional de Cuba, depositaremos el cheque de $1000.00 a su nombre en un banco de Buenos Aires, notificándosele a usted por cable la operación.

La publicación de su obra se hará junto a las demás obras premiadas en una edición popular de 5000 ejemplares que serán distribuidos por toda América. Pensamos que dicha edición esté lista para fines de abril a más tardar, por lo cual

[1] Aunque el trabajo de la Casa de las Américas incluyó desde sus inicios los vínculos culturales con Canadá y los Estados Unidos, siempre han sido prioritarios, por razones obvias, el reconocimiento, la promoción y los nexos con la América Latina y el Caribe. Es por ello que cuando Haydee hace referencia a «este Continente» o «nuestro Continente» –que distinguimos con inicial mayúscula– habla de esta última región. A menos que se aclare lo contrario, todos los originales o copias de las cartas que se reproducen en lo adelante se encuentran en el Archivo Casa.

necesitamos urgentemente una copia revisada de «Santa Juana de América» con las indicaciones tipográficas que usted estime conveniente.

Del producto de dicha edición el autor recibirá más de un 10 %, siendo destinado el resto a cubrir los gastos de edición y a la creación de una pequeña editorial que permita a los escritores americanos la publicación de sus obras fácil y seguramente.

Reiterándole nuestra felicitación y esperando prontas noticias suyas queda de usted atentamente,

Haydée Santamaría
Directora

La Casa de las Américas

Entrevista de Edith Depestre[2]

Las Américas no son un continente imaginario, sino tierras vivas, habitadas por millones de hombres y mujeres con necesidades reales, preocupaciones trágicamente cotidianas, aspiraciones cuya satisfacción no puede ser dejada para mañana. Una misma amenaza pesa sobre este Continente, la amenaza del hambre, del analfabetismo, de la enfermedad, del oscurantismo, la amenaza del totalitarismo de los tiranos y sus monopolios, la amenaza del imperialismo yanqui que ha hecho del subdesarrollo una institución muy lucrativa para perpetrar mejor sus fechorías. Mas, esta trágica amenaza que pesa sobre todos los pueblos latinoamericanos no es, felizmente, el único lazo que los une. Hoy los indios de las altas mesetas del Perú y de Bolivia, los hombres y mujeres del fondo de Chile y de Argentina, los dominicanos que sufren en las cárceles de Trujillo, tienen en común, una misma y deslumbrante esperanza que se llama la Revolución Cubana.

La Casa de las Américas, una de las numerosas instituciones culturales nacidas con la Revolución, tiene como propósito el de estrechar los lazos de amistad entre los diferentes pueblos del continente, lo que ha ido logrando firmemente. Por ello, hemos ido a ver a la doctora Haydee Santamaría para hacerle algunas preguntas sobre las actividades del organismo que ella dirige.

¿Con qué objeto ha sido creada la Casa de las Américas?

La Casa de las Américas se propone ser un hogar de cultura latinoamericana y promover al mismo tiempo intercambios literarios y artísticos con los diferentes países de nuestro Continente. No nos dirigimos solamente a los intelectuales y a los artistas, sino también a los representantes del pueblo, al verdadero creador de la riqueza de la nación, al humilde que suda y no ve el fruto de su trabajo, al explotado, al que nunca recibe recompensa.

[2] Publicada en la revista mensual ilustrada *INRA*, La Habana, año I, núm. 8, septiembre, 1960, pp. 38-39.

¿Cuál ha sido la primera gran manifestación cultural organizada por la Casa de las Américas?

La Semana Bolivariana. Tuvo lugar del 21 al 24 de julio del año pasado. Este testimonio de fraternidad panamericana fue seguido de cerca por un ciclo de conferencias «Cuba en América», en el curso del cual hablaron, entre otros, el comandante Raúl Castro y el ministro Raúl Roa.

¿Tienen también el propósito de hacer intercambios culturales con los Estados Unidos?

Evidentemente. Además, la inauguración de la Casa de las Américas fue seguida por el concierto del barítono norteamericano William Warfield. Hemos organizado también una recepción para el escritor del mismo país Waldo Frank, presidente del Comité Pro Justo Trato para Cuba, y contamos con recibir muy pronto a varios miembros de ese Comité.

En el mes de diciembre último la Casa de las Américas organizó una Semana Mexicana, ¿cómo fue acogida por el público?

Nos sorprendió el gran interés suscitado por la Semana Mexicana. Usted sabe que hicimos venir de México una exposición de pintura y de grabados. Paralelamente a la exposición, organizamos conferencias sobre el arte mexicano y vinieron además varias orquestas para dar a conocer la música de su país al gran público cubano. Este, cuya sed de cultura es notable desde el triunfo de la Revolución, acudió en gran número para contemplar las telas de Diego Rivera y los grabados de [Leopoldo] Méndez.

La Casa de las Américas tiene también un Centro de Estudios. ¿Cuáles son las enseñanzas que allí se imparten?

Nuestro Centro de Estudios es una institución de educación al servicio del pueblo. Se enseña allí francés, inglés, portugués, Historia de América, Historia de Cuba, Literatura Cubana, Literatura Hispanoamericana, Geografía Política. Acaba de crearse un curso especial sobre la Revolución en el cine que va acompañado naturalmente de proyecciones de películas revolucionarias. Los cursos son gratuitos y frecuentados por gente del pueblo, en su gran mayoría. La Historia de América ha atraído el mayor número de alumnos, seguido de cerca por la Literatura Cubana.

¿La biblioteca de la Casa de las Américas está abierta únicamente para los alumnos del Centro?

La biblioteca José Antonio Echeverría está abierta para todo el mundo. Dispone de unos veinticinco mil volúmenes, concernientes la mayor parte a cuestiones

americanas, que se pueden leer allí mismo o llevárselos a casa. Tenemos también una discoteca especializada en folclore latinoamericano, pero también con discos de música clásica europea y americana.

Una de las actividades de la institución que usted dirige ha sido la convocatoria del Primer Concurso Literario Latinoamericano. ¿Cuáles han sido los resultados de ese concurso?

Un jurado compuesto por los más grandes escritores latinoamericanos se reunió en La Habana para leer las setecientas obras enviadas desde todo el continente, con motivo del concurso que convocamos. El premio de ensayo fue otorgado al argentino Ezequiel Martínez Estrada, el del mejor cuento al guatemalteco José López Valdizón, el premio de poesía al ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, el premio de la mejor obra de teatro al argentino Andrés Lizarraga y, en fin, el premio de novela le correspondió a nuestro compatriota José Soler Puig por su notable *Bertillón 166*. Acabamos de editar las cinco obras premiadas que pueden adquirirse en todas las librerías del país.

Aparte de las actividades de que acabamos de hablar, la Casa de las Américas ha organizado varias mesas redondas, conferencias, debates televisados, etc. Este primer año de existencia de la institución ha estado particularmente lleno de actividad. ¿Puede confiarnos algunos de sus proyectos para el porvenir?

Queremos organizar cursos de verano con la participación de profesores extranjeros especialmente invitados. Nos proponemos también publicar una revista bimensual que contará entre sus colaboradores con los más grandes escritores de América Latina. Evidentemente, vamos a proseguir todas nuestras actividades del año precedente y a convocar un segundo Concurso Literario Hispanoamericano. Pero uno de los proyectos en el que más cariño estamos poniendo es la creación del Hogar Interamericano con el fin de albergar a los trabajadores, estudiantes e intelectuales latinoamericanos que nos visitan. Nos han conmovido los numerosos chilenos, argentinos, mexicanos y brasileños que de paso por Cuba nos informaron que conocían ya la Casa de las Américas en su país. El Hogar Interamericano, cuya construcción será terminada en los próximos tres meses, responde a una necesidad: la de alojar a nuestros hermanos latinoamericanos que vienen a ver de cerca la Revolución Cubana, este «nuevo sol que iluminará el futuro histórico de nuestro Continente», según las palabras del presidente Dorticós.

Carta al director de la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*[3]

Señor director:

Ha dedicado usted el suplemento núm. 47 de *Cuadernos*, órgano del Congreso por la Libertad de la Cultura, a la difamación de la Revolución Cubana,[4] y este es un hecho que afecta por igual a la verdad histórica y a la misión del periodismo. Por ello, y obedeciendo a un natural impulso por la justicia y la veracidad, me determino a formularle algunas objeciones elementales, atinentes a las arbitrariedades más notorias, ya que el análisis y refutación de los exabruptos de sus colaboradores exigiría una revisión total del proceso revolucionario. En resumen, porque se trata de prejuicios de carácter anatómico, la tarea resultaría tiempo y afán perdidos.

Todos los artículos que usted publica en una recolección de residuos, son tendenciosos y pérfidos, lo que delata que cualquier razonamiento y cualquier prueba de falsedad serían estériles, desde que los inspira una pasión fanática

[3] Esta carta apareció en la sección Correspondencia de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, París, núm. 54, noviembre de 1961, pp. 96-99. El Congreso por la Libertad de la Cultura nació como reacción al Congreso Mundial por la Paz –foro de artistas e intelectuales propulsado, desde 1948, por el movimiento comunista y la URSS–, y formó parte de la estrategia para evitar la «influencia del comunismo» en los países de mayor riesgo. Fue creado y financiado de manera encubierta por la CIA. El Congreso llegó a contar con oficinas en treinta y cinco países, y patrocinó o editó más de veinte revistas –entre ellas, *Encounter* en Inglaterra, *Preuves* en Francia, *Der Monat* en Alemania y *Tempo Presente* en Italia–. *Cuadernos*, destinada a Latinoamérica, se publicó entre 1953 y 1965 como instrumento para la Guerra Fría cultural; se publicaba en París, en lengua castellana. Estuvo dirigida por Julián Gorkin hasta 1963.

[4] Haydee hace referencia al suplemento *Cuba 1961* perteneciente al núm. 47, marzo-abril, 1961 de la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*. En él colaboran: José Ignacio Rasco, Felipe Pazos, Manuel Antonio de Varona, Aureliano Sánchez Arango, Humberto Medrano, Pedro Vicente Aja, Ángel de Cerro y Néstor Suárez Feliú.

de tipo netamente eclesiástico, en defensa de una concepción social y política que no se relaciona sino indirectamente con la situación de Cuba, y sí directa y fundamentalmente con la quiebra del sistema imperialista de dominio por la violencia y la corrupción, que es lo que el Suplemento defiende en esencia. Falsedades, errores e incomprensión configuran una mentalidad reaccionaria contra la que no hay razonamiento posible.

En el agobio de la lectura asfixiante de las sesenta y cuatro páginas del libelo, nutridas de rencor y resentimiento, no alumbra siquiera un reflejo mortecino de la verdad de los hechos. Expone usted un panorama excesivamente sombrío, en el que las atrocidades del despotismo sin piedad que estuvo manejado por los administradores y empresarios del capital extranjero se confunden y equiparan a las obras de progreso y regeneración moral. Nadie ni ignora ni discute, fuera del ámbito de los suscriptores de diarios y revistas de la categoría del Suplemento de *Cuadernos*, la admirable obra que ha realizado el pueblo cubano, y el lenguaje que emplean sus colaboradores pertenece a los vergonzantes defensores de la esclavitud blanca, que paga con esplendidez los servicios de la prensa mercenaria como paga a sus instructores y reclutas criminales.

Hasta la conversión de cuarteles en escuelas, la alfabetización masiva y total llevada a cabo con verdadero espíritu apostólico y no demagógico, la implantación de un régimen económico racional y equitativo y el imperio de la decencia en las funciones públicas y en la vida privada, les sirve a sus colaboradores para escarnio y vilipendio. Pero no necesito descender al examen de la insensata e irresponsable adulteración de los hechos por sus colaboradores, cuando usted mismo, en el editorial que precede a esa profusión de tergiversaciones insidiosas, ofrece un compendio de los lugares comunes de la propaganda contrarrevolucionaria. De veras es una pequeña obra maestra de trivialidad y argucia, en la que no falta la demostración de eclecticismo con una mención erudita con que pone a Lenin, acaso sin quererlo, a la altura de Perogrullo atribuyéndole que dijera «que los hechos son muy tozudos y que una política se juzga por sus resultados». ¿Y juzga usted los hechos de la Revolución Cubana por los resultados o por el catecismo del Departamento de Estado Norteamericano?

El pretexto central de todo el alegato que usted hace en defensa indirecta del régimen de expoliaciones y apremios que mantuvo vigente ese Departamento mediante el gobierno delegado en Cuba durante sesenta años, es el comunismo con que director y colaboradores del Suplemento de *Cuadernos* califican lo que abierta y categóricamente se ha denominado república popular socialista. Ese pretexto, lo sabe usted tan bien como todo el mundo, es uno de los postulados del macartismo, descalificado ya y puesto en la picota para irrisión pública, mera fórmula para la exportación a los países que todavía yacen bajo el yugo del fanatismo

político, el mismo postulado que calificó a los revolucionarios del siglo pasado con los epítetos de ateos, herejes y masones. En consecuencia, es impropio de una revista que se edita y difunde en una urbe de alta cultura recoger esa receta de curanderismo político.

Usted afirma, en un párrafo confuso y cargado de intención malevolente, que «La organización comunista, impopular por sus continuas coyundas con el oficialismo corrompido o abiertamente dictatorial, sistemáticamente excluida de los pactos suscritos por las fuerzas revolucionarias, ausente de la Junta de Liberación Cubana, ha monopolizado el concepto de revolución, ha secuestrado la voluntad popular y ha instaurado un poder único y totalitario». Tal declaración solo puede hacerse después de haber aniquilado todo vestigio de probidad mental. No existe tal organización, y si pretende usted sugerir la existencia de una camarilla sectaria que ha instaurado «un poder único y totalitario», se equivoca o falta a la verdad. Eso ocurre, precisamente, en los Estados Unidos donde un *gang* científicamente organizado gobierna con el respaldo de las fuerzas armadas y de las fuerzas de penetración financiera. Y también existe allí, donde usted vive alejado, pero preocupándose por lo que muy lejos y por encima de usted acontece, en la república constitucional y democrática de De Gaulle, que masacra poblaciones enteras en Argelia y que sofoca en sangre, en las calles gloriosas de París, cualquier intento de la «voluntad popular» que usted invoca. Los que representan la «democracia cubana», a quienes usted apadrina, son los que armaron tropas de bombardeo y desembarco custodiadas por aviones y *destroyers* norteamericanos, y que costearon actos de sabotaje y terrorismo. Todo ello en tanto los alfabetizadores cumplían su humanitaria tarea, los campesinos labraban sus tierras, los estudiantes preparaban el advenimiento de una república de ciencias, artes y letras para todos, y los obreros levantaban un nuevo mundo de paz y trabajo. Si usted lo sabe, no puede fingir que lo ignora, y si publica lo que no sabe que es falso, incurre en un agravio a la dignidad de la prensa. Como usted está todavía más lejos de Cuba que de Francia, puede interpretar a su manera lo que no admite sino su recto sentido literal, y decir que confundimos a los anticomunistas con los contrarrevolucionarios. Contrarrevolucionarios y anticomunistas se han asociado, y ha sido el Gobierno de los Estados Unidos quien reclutó, en un solo ejército de bandidos y aventureros que invadió recientemente a Cuba, a unos y otros. Con el lema del anticomunismo combate la libre voluntad del pueblo cubano de vivir sin amos. En realidad, aunque ambos vocablos no sean sinónimos, la palabra reaccionario implica a las dos, y este es el calificativo recto y justo de la posición de su revista. El reaccionario responde a una complexión orgánica de pensar, sentir y querer, que puede manifestarse como anticomunista, contrarrevolucionario o en otras muchas formas de oposición a la libertad de

pensamiento y de acción de los demás. Tomar ese partido es pertenecer a un tipo humano refractario al progreso más que a una afiliación política.

Lo que asombra en su editorial es la intrepidez con que usted ataca en la Revolución Cubana la cultura y la civilización en bloque, y asimismo el uso irreflexivo de *slogans* elaborados para consumo de semianalfabetos, como el de que Cuba sea «un nuevo satélite de los totalitarismos chino y soviético». Este lenguaje es impropio de un director de revista de cultura y hasta del hombre de la calle que conoce más o menos bien lo que ocurre en el mundo. Desconoce usted a qué condiciones económicas redujo el Gobierno americano al de Cuba al quitarle la cuota azucarera, en qué consistía su único recurso económico bajo control desde 1902; la negativa a refinar petróleo, que era la paralización instantánea de sus actividades todas; la interdicción a su libertad de comercio, y, en fin, el bloqueo continental que la reducía, prácticamente, a perecer estrangulada o a entregarse incondicionalmente a sus amos anteriores. No es correcto, por no decirle que es indecoroso, hablar así y omitir todas las circunstancias de hecho, además de las lógicas y legales, con que el pueblo en masa y no sus dirigentes solo, decidió hacer de su soberanía una realidad y no un artilugio leguleyesco. Todo esto le sugiere a usted que «Cuba se ha convertido en un Estado militarista y policíaco más». Sin duda alude, como a otros, a Santo Domingo, Nicaragua, Guatemala, Paraguay, España y Portugal, con los que los Estados Unidos mantienen amistosas relaciones, y que son hoy los únicos países que cumplen fielmente las consignas del Departamento de Estado, manteniendo a sus pueblos bajo el látigo y la férula.

Pero, finalmente, cuando usted dice que «la transformación de los cuarteles en escuelas ha conducido a la militarización de los centros educacionales y de todo el país», comete usted un atentado a la verdad y al pudor. Porque sin duda sabe que están en acción por todo el territorio de la isla más de doscientos cuarenta mil alfabetizadores que enseñan a los campesinos y a los obreros a leer y escribir, y que el pueblo entero está en armas y no, por cierto, militarizado, que es cosa antagónica, para defender su patria y su dignidad. Si esto también es motivo de repulsa, entonces nada más le tengo que decir:

¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Haydée Santamaría (Directora)
La Habana, 27 de junio de 1961

Conversación con Carlos Franqui[5]

Celia: La primera vez que vi a Frank, cuando lo conocí, fue una oportunidad en que fue a casa, en Pilón, con Pedrito Miret, después que Fidel salió de la prisión.[6]

Haydee: Recuerdo a Frank por primera vez en una reunión que tuvo la Dirección Nacional del 26 de Julio, que lo llamaron para que se hiciera cargo de Santiago. Se le mandó venir a La Habana, a principios del año 1956, antes del viaje a México, a entrevistarse con Fidel.

Yo tengo dos cartas de él, una de las cuales recibí después que él murió. Él siempre me estaba diciendo: «Si no estuvieras tan apegada a los muertos, serías mejor revolucionaria». Al morir Josué [País], me mandó una carta en la que me decía: «Yeyé, por primera vez te comprendo; te pido perdón».

Después que lo mataron recibí otra carta que había escrito unos días antes. Me decía que lo estaban persiguiendo, pero que lo único que deseaba era que lo dejaran treinta días con vida «para redondear todo el asunto».

Celia: Antes de que él fuera a mi casa de Pilón, yo lo había visto con Pepito Tey en una reunión que tuvimos en Manzanillo, después que Fidel salió de Isla de Pinos, cuando se constituyó el 26 de Julio. Él fue con Pedrito Miret a Pilón, porque estábamos estudiando el desembarco y queríamos inspeccionar los

[5] Entrevista «Haydée Santamaría y Celia Sánchez en *Revolución*. Conversación con Carlos Franqui». Tomada del periódico *Revolución*, La Habana, año V, núm. 2016, 26 de julio de 1962, pp. 2-3. Formó parte también de los libros de Carlos Franqui: *Cuba: El libro de los 12*, México, Ediciones Era, 1966 y *El libro de los doce*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1967.

[6] Se refiere al encarcelamiento al que fue sentenciado Fidel Castro tras su juicio en solitario el 16 de octubre de 1953 en la sala de estudio del Hospital Civil de Santiago de Cuba, donde pronuncia su alegato conocido como *La historia me absolverá*. Es condenado a quince años de prisión y enviado al Presidio Modelo de la Isla de Pinos. Por presión popular es liberado, junto a otros veintinueve combatientes del Moncada, el 15 de mayo de 1955.

mares de aquella zona, para ver las profundidades y las posibilidades. Las profundidades yo las conseguí en las oficinas de Pilón. Pedí un día prestados unos mapas que tenían todos los datos y no los devolví. Recuerdo que después los encontraron en el Granma y se los llevaron a papá a casa, envueltos en un ajustador, para hacerle creer que yo había venido en el desembarco.

Teníamos un plan para esperar a Fidel y para ver si se podían entrar armas. Se decidió que [Manuel] Echevarría, que decía que era conocedor de la zona, podía ser el guía por Pilón, el Macho o la Magdalena,[7] que por ahí hubiera sido perfecto el desembarco. De haber entrado ellos por ahí, hubieran podido coger las armas de Pilón, o las de Niquero, y haber tomado camiones, camionetas, etc.

Desde el día 29, nosotros teníamos por todos aquellos lugares camiones, *jeeps* y tanques de gasolina. Había grupos de Manzanillo y de Campechuela; pusimos conocedores de la zona en todos los lugares.

También teníamos contacto con la familia de Crescencio [Pérez], con los Acuña, por si acaso desembarcaban por allá. Teníamos también a [Luis Enrique] Carracedo, que le decían el Jabao; al hijo de Crescencio, Ignacio, que después murió en el combate de Jiguaní, que era tirador de caña del central.

A la gente de Campechuela las mandamos para el monte, para que fueran preparándose. A todas estas, sin armas, porque solo teníamos dos M-1.

Cuando el desembarco estábamos en la sierra. Llegamos la madrugada del día 29 a casa de Crescencio. Nos pasamos todo el día 30 esperando. Cuando nosotros llegamos a casa de Crescencio, le dije: «Crescencio, levántese; Fidel llegó por aquí y usted se tiene que ir con toda la gente suya a esperar a que llegue, sin decirle nada a nadie». Crescencio, de lo más apacible, dijo: «Un momento». Fue al cuarto y al rato salió ¡de punta en blanco!, con zapatos bajos, guayabera, lacito y un sombrero de fieltro, como si hubiéramos estado en una fiesta y no en el campo. Y con su revólver a la cintura. En Niquero, [Manuel] Fajardo y su gente se encerraron en una nevera de una fábrica de hielo que, por suerte, no estaba fría.

Nos enteramos inmediatamente del desembarco, por los movimientos. Empezaron a bombardear por Niquero, cerraron los caminos y nada más transitaban los casquitos.[8]

Nosotros tratamos de internarnos en la sierra, a esperar contacto con Fidel. Como no teníamos contacto, yo decidí bajar; ya a Ignacio lo habían cogido preso en Pilón.

[7] Localidades de Granma y Santiago de Cuba.

[8] Nombre dado popularmente a los soldados del Ejército batistiano, por el uso permanente que hacían del casco, a diferencia de los combatientes del Ejército Rebelde.

En ese tiempo, como no llueve, los caminos no estaban malos. Una hora hasta Niquero y de allí al lugar del desembarco un cuarto de hora. Nosotros teníamos gente en la línea de teléfono, para cortar el teléfono de Niquero a Pilón y que el Ejército no tuviera comunicación. Así se hubiera podido haber hecho un ataque a Niquero por un grupo, y otro a Pilón, de la misma gente del Granma.

Estando en Pilón era como si ya estuvieran en la sierra, porque está en la falda de la sierra. No hubiera habido problemas. Lo peor fue… Si en vez de desembarcar por el pantano lo hacen por la playita,[9] aquello hubiera sido un paseo: desembarcar y encontrar camiones y gasolina y *jeeps*, y un cuartel que atacar, como venían ellos de armados y que hubiera sido por sorpresa. A mí, todos los guardias me conocían y yo me paseaba por todos aquellos caminos en camioneta sin que me reconocieran...

Haydee estaba en Santiago.

Haydee: Sí, yo estaba en Santiago, en la casa de Rodríguez Font. Estaban Frank [País], Armando [Hart], Vilma [Espín]. No recuerdo bien, creo que estaba también [Félix] Pena, Josué [País], Otto Parellada, Pepito Tey. Yo creo que todo ese grupo estaba; a la salida fue cuando nos dividimos.

Conocí a Fidel poco tiempo después del 10 de marzo, en mi apartamento de la calle 25 en La Habana. Abel lo llevó allí un día. Yo recuerdo que había acabado de limpiar y él caminaba de un lado a otro y me echaba cenizas en el suelo. Yo pensaba: «¿A quién me habrá traído aquí Abel que me está ensuciando todo?». Cuando se fue le pregunté a Abel y él me dijo que era un muchacho, qué sé yo, y me empezó a hablar de él.

Recuerdo que antes del desembarco Celia se quería ir para México para tratar de venir con Fidel, y Frank vino a La Habana para decir que no. Nosotros no conocíamos bien a Celia todavía.

Celia: A mí me decían unos que debía irme, porque era peligroso que yo me quedara, que me conocían; pero Frank no quería, él no era de esa idea. Yo vine para La Habana.

[9] Estaba planeado que el desembarco del yate Granma se produjera por la playa Las Coloradas, sin embargo, encalló el 2 de diciembre por una punta de mangle llamada Los Cayuelos, a dos kilómetros de su supuesto destino. Esto impidió la entrada del equipamiento que traían y los retuvo varias horas en terreno cenagoso mientras sobrevolaban los aviones militares; también desequilibró el plan de apoyo preparado por los combatientes de la clandestinidad para el mismo momento en que ocurriera el desembarco, supuestamente, el 30 de noviembre.

Haydee: Cuando Celia nos dijo que quería irse, llamamos a Frank y se lo dijimos; nos contestó que le pusiéramos impedimentos, porque ella era muy necesaria aquí.

Celia: En el apartamento de Mario Hidalgo hablé con Yeyé del asunto. Ella me dijo que yo me decidiera si convenía o no que me quedara. Pero yo quería estar aquí cuando llegara el momento y pensaba: «¿Si me voy a México y luego no me dejan venir?».

Haydee: Yo tenía esa misma preocupación, y así se lo dije a Celia, de que a lo mejor me iba y no me querían traer. Después tuve la gran satisfacción de que Fidel dijo que si yo hubiera estado en México no me hubieran dejado.

Celia: Sí, pero ¿y si en el momento de arrancar dicen que no? A mí eso me daba terror.

Haydee: Sobre Celia, Frank nos dijo: «Yo tengo la gran preocupación de que por no dejarla ir le vaya a pasar algo, pero ella es de más utilidad aquí porque conoce esta zona». Frank no hablaba mucho, pero nos dijo que ella «era decisiva».

Celia: Y yo prefería quedarme aquí antes que irme y que no me quisieran traer luego.

Haydee: Esa también era mi preocupación. Ahora comprendo que si hubiera venido en el barco hoy no estuviera viva.

Celia: Además, hubiera sido una preocupación para los demás y para Fidel, porque habrían tenido que venir cuidando a una mujer.

Haydee: Yo a cada rato soñaba con eso, que estaba en México y que me dejaban. Recuerdo que mi gran sueño también, cuando estaba en la sierra, era bajar con Fidel. Cuando íbamos subiendo por las montañas y yo no podía subir, y la única que podía era Celia, Fidel me decía: «¿Descansamos?», y yo le decía que no, que siguiéramos... pero yo no podía más.

Me reconfortaba aquel pensamiento: «Ahora estoy subiendo, pero yo bajaré algún día con ellos para Santiago». Esa fe me sostuvo cuando la muerte de Enrique [Hart] y cuando Armando [Hart] estuvo preso. Sin embargo, cuando bajaron a Santiago yo estaba en Miami.

Por lo menos, mandábamos dinero.

Celia: Se tuvo dinero y se tuvo avión, y se trajeron armas y abastecimientos.

Haydee: Yo soñaba con eso. Era como si me fuera a encontrar en Santiago con Abel, que iba a poderle decir: «¡Estamos aquí!». Era una cosa como de compromiso con los muertos. Yo nunca voy al cementerio; sin embargo, yo me decía, como una cosa simbólica: cuando baje con los muchachos y ellos vayan al cuartel, yo voy al cementerio a decirles que ya estamos aquí. Eso me reconfortaba para poder seguir caminando.

Cuando Fidel me dijo que tenía que ir para Miami... Si me lo hubiera dicho Raúl, el Che, el propio Armando, no voy. Pero eran momentos terribles y Fidel me dijo: «Vamos a ver si tú no fallas», por eso me fui. Fue después del fracaso de la Huelga de Abril.[10]

No fue solamente recaudar dinero, sino entrevistarse con todos los grupos. Por primera vez, a los dos meses de estar yo allí, se pudo decir que el Movimiento se organizó.

No solo en Miami, sino en todo Estados Unidos. Nosotros recaudábamos doce o quince mil dólares mensuales, pero peseta a peseta, centavo a centavo. De California a lo mejor venían ochocientos dólares, o de Nueva York.

Y otros problemas, como con Díaz Lanz y [Ricardo] Lorié, que tenía que darles miles y miles. Recuerdo que a Lorié, en un viaje, le di quinientos mil dólares. Se fue para Venezuela y mandó a su mujer con diez mil dólares no sé a dónde, y todo eso guardándolo, callándolo, porque yo sabía que al menos algo llegaba a la sierra. Creía que no valía la pena decirlo por carta, porque ellos llegaban a donde Raúl o a donde Fidel y hablaban con ellos, no iba a hacer nada con cartas.

* * *

[10] La huelga nacional revolucionaria (conocida como Huelga de Abril o Huelga del 9 de Abril), convocada en 1958 por la DN del MR-26/7, pretendía paralizar el país y desatar un movimiento de masas que acelerara el derrumbe de la dictadura de Fulgencio Batista, en los preludios de la contraofensiva rebelde. Pese a que no logró los objetivos propuestos, sacudió el país y costó valiosas vidas. Este fue uno de los reveses más serios de la lucha insurreccional y la tiranía desató una feroz represión desde La Habana hasta la Sierra Maestra. Tras el fracaso de la huelga, se realizó una importante reunión el 3 de mayo de ese propio año, en el lugar conocido por Altos de Mompié, en la Sierra Maestra, donde se analizó cuidadosamente el resultado y, para el posterior desarrollo de la guerra revolucionaria, quedó establecida una dirección única del MR-26/7 en la sierra y el llano, cuyo máximo conductor político y militar fue Fidel Castro.

Melba es la que recuerda todas las cosas con mayor exactitud.[11] Yo no recuerdo con precisión las horas, tal vez ella tampoco ahora, después de tantas cosas y tantos años, pero antes, cuando nos poníamos a hablar de aquellas horas, a ella le era más fácil reconocer los hechos en detalles.

Si yo comienzo a hablar y sigo hablando por mucho rato sobre el Moncada, con seguridad me voy a recordar de muchas cosas.

Ahora en lo que más pienso es en los que fuimos al Moncada y en Fidel, y me pregunto: ¿cómo es posible que siendo Fidel como es, haya habido quien lo traicionara?, ¿cómo es posible que no lo hayan conocido?, ¿cómo es posible que todos no estuvieran perfectamente identificados con Fidel, con la Revolución?

Cada vez que veo a Fidel, que hablo con él, que lo escucho en la televisión pienso en los demás muchachos, en todos los que han muerto y en los que están vivos y pienso en Fidel, en el Fidel que conocimos y que actualmente es el mismo. Pienso en la Revolución que es la misma que nos llevó al Moncada.

Estábamos en la casa de Siboney, Melba, Abel, Renato [Guitart], Elpidio [Sosa] y yo. A Renato se le ocurrió hacer un «chilindrón de pollo». Me reí cuando me lo dijo y empecé a argumentarle que no era un «chilindrón» sino un «fricasé».[12] «Así le dicen en Vuelta Abajo», insistía Renato.

Mientras cocinábamos y sin interrumpir la conversación con Melba y Renato, mirando a Abel, pensaba en la última vez que estuvimos en el central para despedirnos de los viejos y la familia. Cuando fuimos a dejar la casa por la madrugada para regresar a La Habana, Aida nos advirtió que pusiéramos cuidado en no despertarle a la niña. Abel quiso cargarla, quiso besarla. Yo dije: «Déjanos, a lo mejor es la última vez que la vemos». Aida me miró alarmada, y yo quise hacer un chiste: «A lo mejor es en la carretera donde quedamos». «No seas trágica», me dijo Aida, y nos fuimos.

Cuando estuvo hecho el «chilindrón» de Renato, Abel no quiso comer. Iba a Santiago a acompañar a un viejo matrimonio que vivía frente a la casa de Siboney. «Tal vez sea el último carnaval que vean», pensé.

[11] En ocasión del séptimo aniversario del 26 de Julio, el suplemento literario semanal *Lunes de Revolución* publicó los testimonios de tres de los participantes en el asalto al cuartel Moncada: Fidel Castro, Haydee Santamaría y Melba Hernández, así como de testigos del acontecimiento, en su número 69 del 25 de julio de 1960, pp. 2-32. Este fragmento de la conversación con Haydee y Celia, bajo el título «Relato de Haydée Santamaría», fue incluido como adelanto en la p. 9.

[12] En Cuba, el chilindrón y el fricasé son comidas de elaboración similar (carne de ave, cerdo, cordero o chivo guisada con puré de tomate y especias, que se sirve cuando la salsa está espesa). Los nombres de los guisos dependen del tipo de carne que se utilice y la región del país donde se elaboren.

Melba estaba a mi lado, hacía siete meses que no nos habíamos separado ni un solo día.

Pensaba en casa, en Melba que estaba a mi lado, en los muchachos. A esa hora no se me hubiera ocurrido pensar en la muerte, pero había dos cosas que me punzaban con dolor. Si todo se acaba, que quede Fidel, por él se hará la revolución y nuestras vidas y nuestros hechos tendrán una significación; la otra se me reveló mucho después, con una terrible angustia, cuando nuestros muertos quedaron entre la sangre y la tierra y ya supimos que no los volveríamos a ver, temí que me separaran de Melba. Recuerdo a Melba tratando de protegerme, yo tratando de protegerla a ella y unos a los otros tratando de protegernos. Cualquier cosa se hace, cualquier cosa, cuando otras vidas están en nuestras manos. Cualquier cosa bajo las balas, bajo las ráfagas de ametralladoras, entre los gritos de dolor de los que caían heridos, entre las últimas quejas de los que morían. Cualquier cosa es poco y mucho, y nadie sabe cómo un hecho de esta naturaleza va a desarrollarse. Nadie sabe lo que va a hacerse en los minutos que siguen. Hay cosas que sí se saben, como todo lo que se ama. Fui al Moncada con las personas que más amaba. Allí estaban Abel y Boris y estaba Melba y estaba Fidel y Renato y Elpidio y el poeta Raúl [Gómez García], Mario [Muñoz] y [Fernando] Chenard y los demás muchachos, y estaba Cuba, y en juego la dignidad de nuestro pueblo ofendida y la libertad ultrajada, y la revolución que le devolvería al pueblo su destino.

Los muchachos llegaban con hambre. La medianoche nos encontró conversando, riéndonos, se hacían y decían bromas a todos. Servíamos café y un poco de lo poco que había quedado de la comida, de la comida que Abel no comió. Volvíamos a los cuentos, a la anécdota de mi llegada a Santiago con dos maletas llenas de armas, de tal modo pesadas, que un soldado que la movió al pasar junto a mí en el coche del tren me preguntó si llevaba dinamita. «Libros –le dije–. Acabo de graduarme y voy a ejercer en Santiago. Aproveché el carnaval para divertirme un poco después de los estudios. Usted sería un buen compañero para divertirme en el carnaval». El soldado sonrió amistoso y me dijo dónde debíamos encontrarnos. Bajó conmigo al andén, llevando mi maleta. Abel y Renato estaban esperándome en la terminal. Yo me acerqué para decirles: «Esa es la maleta», y agregué: «Es un compañero de viaje». Y al soldado: «Son dos amigos que vienen a esperarme». El soldado entregó la maleta y partimos.

Uno de los muchachos le hacía chistes a Boris. «Ten cuidado con Yeyé que tiene una cita en el parque con un soldado de la dictadura», y todos nos reíamos.

Después llegó Fidel y, unos solos y otros en grupo, llegaron todos.

Después salimos.

Luego estábamos en la máquina Melba, Gómez García, Mario Muñoz y yo. Después y durante todo el viaje al Moncada pensaba en casa, pensaba en la

mañana que vendría: ¿qué pasaría?, ¿qué dirían en casa?, ¿cómo sería el día que comenzaba?

Después llegamos.

Después fueron los primeros segundos y los primeros minutos y luego fueron las horas. Las peores, más sangrientas, más crueles, más violentas horas de nuestras vidas. Fueron las horas en que todo puede ser heroico y valiente y sagrado. La vida y la muerte pueden ser nobles y hermosas, y hay que defender la vida o entregarla absolutamente.

Estos son los hechos que Melba recordaba con precisión.

Los que yo inútilmente he tratado de olvidar. Los que yo, envueltos en una nebulosa de sangre y humo, recuerdo. Los que compartí con Melba. Los que Fidel narra en *La historia me absolverá*. La muerte de Boris y la de Abel. La muerte segando a los muchachos que tanto amábamos. La muerte manchando de sangre las paredes y la hierba. La muerte gobernándolo todo, ganándolo todo. La muerte imponiéndosenos como una necesidad y el miedo a vivir después de tantos muertos; y el miedo a morir sin que hayan muerto los que deben morir; y el miedo a morir cuando todavía la vida puede ganarle a la muerte una última batalla.

Hay esos momentos en que nada asusta, ni la sangre, ni las ráfagas de ametralladoras, ni el humo, ni la peste a carne quemada, a carne rota y sucia, ni el olor a sangre caliente, ni el olor a sangre coagulada, ni la sangre en las manos, ni la carne en pedazos deshaciéndose en las manos, ni el quejido del que va a morir. Ni el silencio aterrador que hay en los ojos de los que han muerto. Ni las bocas semiabiertas donde parece que hay una palabra que de ser dicha nos va a helar el alma.

Hay ese momento en el que todo puede ser hermoso y heroico. Ese momento en que la vida por lo mucho que importa y por lo muy importante que es, reta y vence a la muerte. Y una siente cómo las manos se agarran a un cuerpo herido, que no es el cuerpo que amamos, que puede ser el cuerpo de uno de los que veníamos a combatir, pero es un cuerpo que se desangra, y una lo levanta y lo arrastra entre las balas y entre los gritos y entre el humo y la sangre. Y en ese momento una puede arriesgarlo todo por conservar lo que de verdad importa, que es la pasión que nos trajo al Moncada, y que tiene sus nombres, que tiene su mirada, que tiene sus manos acogedoras y fuertes, que tiene su verdad en las palabras y que puede llamarse Abel, Renato, Boris, Mario o tener cualquier otro nombre, pero siempre en ese momento y en los que van a seguir puede llamarse Cuba.

Y hay ese otro momento en que ni la tortura, ni la humillación, ni la amenaza pueden contra esa pasión que nos trajo al Moncada.

El hombre se nos acercó. Sentimos una nueva ráfaga de ametralladoras. Corrí a la ventana. Melba corrió detrás de mí. Sentí las manos de Melba sobre

mis hombros. Vi al hombre que se me acercaba y oí una voz que decía «han matado a tu hermano». Sentí las manos de Melba. Sentí de nuevo el ruido del plomo acribillando mi memoria. Sentí que decía sin reconocer mi propia voz: «¿Ha sido Abel?». Miré al hombre, que bajó los ojos. «¿Es Abel?». El hombre no respondió. Melba se me acercó. Toda Melba eran aquellas manos que me acompañaban. «¿Qué hora es?», y Melba respondió: «Son las nueve».

Estos son los hechos que están fijos en mi memoria. No recuerdo ninguna otra cosa con exactitud, pero desde aquel momento ya no pensé en nadie más, entonces pensaba en Fidel. Pensábamos en Fidel. En Fidel que no podía morir. En Fidel que tenía que estar vivo para hacer la Revolución. En la vida de Fidel que era la vida de todos nosotros. Si Fidel estaba vivo, Abel y Boris y Renato y los demás no habían muerto, estarían vivos. En Fidel que iba a hacer la Revolución Cubana y que iba a devolverle al pueblo de Cuba su destino.

Lo demás era una nebulosa de sangre y humo, lo demás estaba ganado por la muerte. Fidel ganaría la última batalla, ganaría la Revolución.

Haydee: Nueve años nada más... Cuando la inauguración de la Ciudad Escolar, allí fue cuando de verdad me di cuenta de que estábamos haciendo la Revolución.

Celia: La gente que conocía a Fidel de antes, se da cuenta de verdad de lo que es Fidel. El que ve la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, las milicias armadas, que Fidel habló de ello a principios de la Sierra, cuando no se tenía ni qué comer…

«La ciudad escolar de veinte mil niños, que vamos a hacer tantas y tantas, la educación, al pueblo prepararlo, porque aquí nosotros tendremos que seguir armándonos...». Y yo pensaba: «¿Armarnos?, ¿para qué?», si una vez que ganemos no lo necesitaremos. Incluso allá no era tan fácil armar a los campesinos, a pesar de estar tanto tiempo avasallados y oprimidos, y Fidel tenía que hablarles y hablarles. Sí, ¡Fidel lo veía todo tan cerca!

Son cosas que Fidel hablaba allí y todo se va viendo ahora en la realidad. Las tiendas del pueblo, cómo las organizó en la sierra cuando había la especulación, que había que acabar con el intermediario. Todo lo veía...

Haydee: Llegamos juntos y dormimos todos en una misma casa. Frank y tú salieron unas horas antes, después salimos nosotros.

Celia: Sí, Frank y yo caminamos toda la noche y a las cinco de la mañana nos encontramos con Fidel. Primero salimos Frank y yo con Echevarría; nos encontramos por el camino con Luis Crespo, que andaba perdido porque se había dispersado en un combate.

Haydee: Frank y tú salieron por la noche; nosotros salimos a las cinco de la mañana, Vilma y yo; después salió Faustino [Pérez] con otro muchacho. Nosotros nos perdimos y dormimos a la intemperie.

Celia: Y por la mañana, cuando llegamos al campamento, lo preparamos todo para hacer ver que Fidel estaba en otro campamento y causarle un buen efecto a [Herbert] Matthews. Y Raúl iba y venía siempre con la misma gente.

Después fue Bob Taber con los otros americanos, que fue cuando hicimos un campamento en Manzanillo, a una cuadra de la cárcel, en un marabuzal.

Haydee: Pero el viaje de Bob Taber fue más accidentado. Recuerdo que nos escondimos en un cafetal, en casa de Lalo Sardiñas, donde estaban los guardias. Fue la primera vez que se caminó en la sierra de día. Fidel se enteró que nosotros estábamos en esa situación y mandó a Camilo [Cienfuegos] con su gente, a quienes les dijo: «Rescátenlos, como sea».

Celia: Nos conocimos en La Habana, en casa de Melba Hernández; después de la reunión del Movimiento yo vine a La Habana a verte a ti y a Pedrito Miret. Nos pasamos toda la noche conversando; tú eras entonces novia de Armando [Hart]. Fue un día antes de tu boda. Estábamos una vez en el parque de 8 y 19 y no sabía que eran novios. Los vi de brazo por la calle y pensé: «¡Qué bien conspira esta gente!». Pero era de verdad, era una conspiración agradable.

Haydee: Sí, pero seguro que estábamos hablando de la Revolución.

Celia: Cuando el campamento de Manzanillo, íbamos Haydee y yo, que íbamos con el primer grupo y las primeras armas. El primer grupo, del que murieron en la sierra Paz [Borroto], Cuevas, Coroneaux, Pena, un muchacho que murió después en la batalla de El Uvero, Nano Díaz. También murió el fotógrafo que era de Puerto Padre.

Sí, la primera vez que nos encontramos con Fidel fue en febrero.

Haydee: Recuerdo que Frank estaba limpiando un arma y me dijo: «Yeyé, hay que ver cómo se saca a Fidel de aquí; se tiene que ir para un país de América Latina y reorganizar el Movimiento. Yo no he hablado todavía con él, pero vamos a ver cómo le decimos eso. Pueden matarlo y no podemos permitirnos ese lujo».

Cuando llegamos a hablar con Fidel, nos miramos para ver cómo se lo decíamos y en eso Fidel nos dice: «¡Mira cómo están los guardias allá abajo tirando tiros y no se atreven a subir aquí! ¡Si me traen ustedes tantas balas y tantos rifles yo les prometo que dentro de dos meses entro en combate de

verdad!». ¡Ni Frank ni yo pudimos decir ni medio, porque lo decía con una convicción! Y no era mucho lo que pedía: veinte rifles y un poco de parque.

Celia: Y Frank se fue tan convencido de todo que ya veía aquello igual que Fidel. Y cuando esa reunión había unos dieciocho en la sierra nada más.

Aquella noche salimos a caminar para ver si encontrábamos una casita que se veía por el día. Íbamos Fidel, Armando, Frank, Vilma y yo; y Luis Crespo, que siempre andaba perdido, y quiso ir de guía. Nunca encontramos la casita; caminamos tanto de noche que no supimos volver al campamento; nos acostamos en el campo raso. Esa madrugada llegó Matthews. Cuando Universo [Sánchez] llegó con la noticia, se le comunicó que dijera que Fidel estaba en otro campamento, que lo esperara allí. Almeida, el Che y Raúl [Castro] habían quedado allá.

Ese campamento lo hicimos para llevar a los muchachos de Manzanillo y empezar a mandar armas y gente. Era una finquita con una arrocera, al lado de la cárcel de Manzanillo, a una cuadra casi. Allí mismo, en un marabuzal, hicimos el campamento. Nadie pensaba que donde no había un árbol siquiera, pudiera haber un campamento. Nosotros metimos a la gente allí y se trajo a todo el mundo de Santiago, que fue el primer grupo.

Cuando nos íbamos llegó el recado de que iban a mandar a Bob Taber con otros americanos y que Haydee viniera para La Habana con Armando para arreglarlo todo. Eso fue en marzo.

Haydee: Sí, y fue cuando cogieron a Armando en la Virgen del Camino. Yo me escapé corriendo, como un muchacho. Yo llevaba mucho dinero y me entró tal terror cuando vi que cogieron a Armando, pensando que me iban a quitar el dinero de la recaudación, que salí corriendo. Uno de los policías salió persiguiéndome, pero me metí entre los automóviles... Me escapé igual que se escapa un muchacho de una escuela.

Celia: Nosotros nos quedamos para arreglar eso en Bayamo. Nicaragua y yo nos quedamos escondidos en una casa de una familia que era muy cobarde. A Lalo Sardiñas lo dejamos en la sierra, en una casa con Guerrita, para que hiciera contacto con el guía. Estábamos en la casa esperando noticias, cuando llega Quiquí Escalona con un recado de [René] Vallejo de que Armando estaba preso, pero que no sabían nada de Yeyé ni de los americanos.

Pero Escalona parquea el pisicorre en sentido contrario y en eso viene la policía a ver quién era el dueño; cuando salió Guerrita a hacerse cargo del muerto, estalló una bomba en la esquina. Y la policía empezó a registrar las casas, con las pistolas en la mano. Nicaragua y yo estábamos solos y saltamos

por una pared que estaba al fondo. Nos quedamos sin contacto y a las seis de la mañana llegó Haydee con los americanos.

Haydee: Cuando llegué a Bayamo no había dónde estar, porque en las casas no había nadie. Empecé a dar vueltas con los americanos en la máquina y les decía que esa era la clave que nosotros teníamos.

Celia: A Guerrita lo cogieron preso y era el único que tenía contacto. Nosotros saltamos por la pared, pero cuando se fueron los guardias, volvimos a meternos dentro de la casa. La familia nos decía después que teníamos que irnos y nosotros que no. Me desarmaron la cama para que no pudiéramos dormir, pero yo me acosté en la cama de la niña; Nicaragua quedó vigilándolos, para que no nos fueran a denunciar. Me despertaron a las seis de la mañana y yo les dije que era muy temprano todavía para salir. «¿No van a colar café?», les pregunté, y ni café nos hizo la mujer.

Después, cuando llega esta gente, ya no teníamos casa en Manzanillo donde vernos.

Haydee: Nos pusimos a dar vueltas –iba Marcelo Fernández con nosotros– y los americanos preguntaban; nosotros les decíamos que era la contraseña. Me acordé entonces de un dentista que yo conocía y le dije a Marcelo que me bajara, que diera tres vueltas y volviera. Hablé con el dentista y aunque no quería, a la cañona le dejamos la gente allí y nos fuimos para Manzanillo.

Celia: Nos reunimos todos por fin en casa de Vallejo, adonde llegó Yeyé con todas las cámaras de películas. Nos fuimos por la noche en un *jeep* y nos bajamos en Cerro Pelado, detrás del cuartel. Lalo Sardiñas nos llevaba y por el camino se encontró con Rafael Castro; nosotros pensamos que nos había vendido. Él nos dijo: «Vayan a mi casa, que yo los espero», y nosotros no sabíamos qué decirle, porque pensaba que trabajaba con los guardias. Vamos para casa de Lalo Sardiñas y nos dicen que los guardias venían, etc.; entonces, nos metimos en el cafetal de Lalo.

Los guardias llegaron a la casa de Lalo y nosotros no podíamos salir del cafetal. A Fidel le avisaron que a nosotros nos tenían rodeados y le dio la orden a Camilo de que saliera con sus hombres a rescatarnos «como fuera». Fue la primera vez que se caminó de día en la sierra. Era el mes de marzo, poco después del asalto a Palacio.

Haydee: Y cuando vimos a Camilo creíamos que era la gente del ejército.

Celia: Si ellos se meten un poquito dentro del cafetal, nos cogen. Cuando llegamos al campamento con Fidel, nos encontramos que estaba allí Rafael

Castro, que le había llevado una ametralladora. Lalo y Rafael se conocían ya y, sin embargo, ninguno de los dos se había dicho nada.

Haydee: Nosotros estábamos en ese momento en manos de Lalo.

Celia: Recuerdo que era sábado de gloria y había baile en todas las casas. Cada vez que los perros ladraban, Lalo nos quería enterrar vivos, del miedo que tenía a que nos sorprendieran.

Haydee: Y los americanos detrás de nosotros, que ya no podían caminar.

Celia: De ahí fuimos para el Turquino. Fue la primera vez que subimos al Turquino. Incluso, la primera vez que Fidel subió.

Haydee: Y cuando me quité los zapatos la sangre corría.

Celia: Se le hicieron unas llagas enormes. Yeyé siempre estaba buscando alpargatas, que eran mejores para ella, pero había que estar lavándolas a cada rato y poniéndolas a secar cerca del fuego. Todos los días se le quemaban.

Haydee: Sin embargo, Celia caminaba, caminaba, caminaba. Y yo decía: «¿Cómo es posible?, ¿cómo yo no voy a poder si soy igual que ella?».

Celia: Pero tú tenías el problema de los pies y del asma.

El primer combate fue en El Uvero. Primero asesinaron a [Guillermo] Domínguez, que lo mataron los guardias en un camino. Él tenía una escuadra, se adelantó y pasó por un camino por donde estaban los guardias; lo sorprendieron y lo asesinaron. Cogimos a uno de ellos preso, que era el que decía el Che que tomaba la sopa. Fue el día que Haydee bajó.

Haydee: Y cuando el ataque a San Ramón, Fidel no nos quería llevar.[13]

Celia: Juntas las dos, la primera vez fue en San Ramón.

Haydee: Estábamos en La Habanita cuando lo de San Ramón; nosotras pensábamos que no nos iban a llevar. Celia me decía: «Tú haz como si no piensas en eso». Entonces viene Fidel y nos dice: «Nos van a esperar... no sé dónde».

[13] El ataque al cuartel de San Ramón, en Campechuela, actual provincia Granma, formó parte de la estrategia de Fidel para tomar armas que permitieran continuar la lucha armada y, por otro lado, en apoyo a la Huelga del 9 de Abril. El ataque fracasa, pero demuestra la decisión y el empuje del Ejército Rebelde de llevar adelante su lucha.

Celia: Nosotras dijimos que queríamos ir y que por qué nos iban a dejar. Así que fuimos. Vilma [Espín] también estuvo en el combate de San Ramón. Se llagó todos los pies en la caminata.

Haydee: A Horacio Rodríguez lo dimos por muerto, porque lo hirieron en el ataque a San Ramón. Unos campesinos dijeron que lo habían matado. Salimos para enterrarlo y cuando llegamos allá estaba vivo. Vallejo lo operó esa misma noche en un bohío, alumbrándose con una «chismosa», tenía varias perforaciones en el vientre. Horacio murió en Manzanillo el 1º de enero de 1959, casi dos años después, el día del triunfo. En el combate de San Ramón fue la primera vez que se utilizaron los morteros y la ametralladora 50.

Celia: Eso fue en marzo de 1958. El avión llegó unos días antes con la ametralladora 50.

Haydee: El combate empezó como a las dos de la mañana.

Celia: El cuartel estaba en medio del poblado y había que tener mucho cuidado. Fue más bien un golpe de efecto; no se iba con la intención de tomar el cuartel, sino hacer ver que teníamos morteros y calibre 50, y de probarlos.

Haydee: Después de San Ramón nos encontramos a unos soldados que estaban heridos y se hicieron prisioneros. Angelito Verdecia tuvo un ataque y cogió unos prisioneros. Fidel había puesto muchas emboscadas, porque sabía que al atacar allí iban a mandar refuerzos.

Se perdió la noción del tiempo, porque pasó la noche y el día y llegaban las noticias de las minas que estallaban, etc.

Celia: También hicieron explosión unas granadas en un camión y murieron muchos guardias. Vinieron los aviones a bombardear. A las cinco de la mañana del otro día llegamos a una casa a las Vegas de Jibacoa, Fidel, Haydee y yo. Estábamos muertos de cansancio; antes de acostarnos llegó un mensaje del Che. Fidel me dijo: «Lo lees, si es algo importante me lo das; si no, después», y se acostó. No era importante y lo guardé. Nos rendimos los tres enseguida. Y a las diez de la mañana los aviones bombardeaban la casa.

Haydee: Yo me desperté y Fidel también. Celia me dijo que me llevara unos fulminantes eléctricos que teníamos y que saliera con Fidel, que ella iba a buscar el mensaje del Che. Fidel salió caminando y yo corriendo detrás.

Había una peña grande y Fidel me decía que me metiera debajo, pero yo quería que se metiera él. En eso viene el avión, nos ve y comienza a disparar.

Nos metimos los dos de lo mejor. Pero el avión siguió tirando y Celia no aparecía. Fidel me decía: «Lo que pasa es que no le ha dado tiempo a llegar aquí». Yo pensaba que no, que era que le había pasado algo.

Cada vez que el avión pasaba, yo le daba gritos a Celia. ¿Y sabes lo que había pasado? ¡Que esta mujer se acostó a dormir otra vez y no oyó nada! Lo que la despertó fue cuando el avión volvió a bombardear la casa.

Celia: Cuando me desperté no vi a nadie en la casa. Yo no recordaba nada y me había quedado dormida.

Haydee: Parece que habló con nosotros medio dormida, porque cuando salimos siguió durmiendo.

Después de ese viaje, cuando volví al llano, cada vez que veía un avión pensaba en la gente de la sierra, que si los estarían bombardeando. Yo creo que ni en el Moncada yo padecí tanto.

En el Moncada fue tanto el sufrimiento que llegó un momento en que estaba insensibilizada... «Abel está muerto, Boris está muerto, ¿cómo yo no lloro ni siento nada? ¿Por qué no sufro?». Así pensaba yo. Vine a reaccionar cuando vi a Fidel.

Melba y yo estábamos en los altos, en el vivac,[14] cuando sentimos una bulla y ella me dijo: «Ahí está Fidel». Cuando vi a Fidel vivo reaccioné y empecé a llorar, creo que estuve la noche entera llorando.

Antes de ver a Fidel yo pensaba que estaba muerta, me pellizcaba para ver si estaba viva y no me sentía. Melba creía que Fidel no estaba vivo, pero yo decía: «Si Fidel vive, no importa lo demás». Lo del Moncada fue muy fuerte para todos, porque una no estaba preparada para esa cosa tan horrible que pasó.

Panchito Cano fue el que nos vio a nosotras allí. No en los primeros momentos, pero sí el mismo día. Cuando vimos a Panchito Cano, Melba y yo sentimos la misma sensación: este hombre no es guardia ni es malo. Él nos retrató a nosotras...

Nos sacaron del vivac en una máquina y nos ponen a Melba y a mí detrás. Delante iba un hombre, de espaldas, pero yo ni lo veía porque me daba igual todo… y era Fidel. Si me hubiera dado cuenta de que era él a lo mejor no me hubiera podido controlar. Cuando llegamos a la cárcel de Boniato que se bajó, vi que era él.

[14] Real Cárcel de Santiago de Cuba en sus orígenes coloniales; en el momento que narra Haydee era la Cárcel Municipal, conocida como vivac, servía para mantener fuera de circulación a los sospechosos o ejecutores de actividades revolucionarias pendientes de juicio.

Cuando me vio me dijo: «Abel anda huyendo por las lomas». Él no sabía que estaba muerto, y yo tuve que darle la noticia.

Celia: Él siempre dijo de ir para las lomas.

Haydee: Boris [Luis Santa Coloma], mientras tanto, había ido para Siboney, y allí se encontró a Ramirito Valdés. Le preguntó a Ramirito por nosotras dos y cuando le dijo que no sabía de nosotras, viró para Santiago de Cuba. Entonces es cuando lo cogen, ya él había tomado el camino de las lomas y viró.

El día 27 los militares trataron de hacer ver las cosas a su manera. Río Chaviano dio una conferencia de prensa. Yo recuerdo que él mostró los impactos de las balas, diciendo que eran de los ataques. Le pregunté dónde estaban los atacantes y dónde los guardias. Cuando me lo dijo le contesté: «Entonces los impactos no son de los atacantes, sino de los guardias».

Habló de las armas que traían «fabricadas en Montreal», y yo le pregunté: «¿Usted cree que en Montreal se fabrican armas?». Luego sacó la ametralladora de Pedrito Miret, que era un arma vieja que yo conocía de antes, de Cayo Confites y de la Universidad. Pero cuando más se indignó fue cuando se le preguntó: «¿Dónde estaba usted en el momento del combate?».

Pero en el Moncada quedó vivo Fidel. Abel, en el hospital decía: «Bueno, aquí nos van a matar, pero Fidel es el que no puede morir». Y se lamentaba: «¿Por qué yo no iría con Fidel, se darán cuenta los que están con él que Fidel no puede morir?». Sabía que lo iban a matar, pero su obsesión era Fidel, que no le pasara nada.

Abel tenía un carácter alegre, optimista; tanto, que yo nunca pensé que le podría ocurrir nada. Recuerdo que teníamos una perra que iba a tener perritos y unos días antes de irse para Santiago, Abel estaba sacando la cuenta para saber si vería ya los perritos cuando regresara.

Cuando llegamos a Siboney sembró una mata de mangos y le dijo a un amigo: «Dentro de tres años tiene mangos, tú verás cómo voy a comer mangos». Eso a mí me confortaba, porque pensaba que si él decía eso era porque iba a algún sitio donde no lo podían matar; esa seguridad cuando hablaba del futuro, de lo que iba a hacer.

Esa noche en Siboney, él se reía y nos decía: «¡Qué susto le va a dar Fidel a la gente!, ¡como voy a gozar por el susto que le va a dar Fidel a la gente en Cuba!». Susto no por el ataque, desde luego, sino por la Revolución.

Sin embargo, Boris, yo tenía la seguridad de que moriría. Cuando él salió en la máquina me dijo adiós, yo sabía en ese momento que más nunca lo iba a volver a ver. Y él lo pensaba así también. Muchas veces nos decía que en esto uno cae, que tiene que acostumbrarse. «Después de todo –decía–, ¿tú sabes, Haydee, lo que es morir así? Eso no lo va a tener todo el mundo. Yo lo único

que pienso es en la vieja. Además, tú eres joven y tú vas a seguir luchando, pero ¿y la vieja?». Por eso yo me ocupo tanto de la madre, porque era su obsesión.

Camilo me daba también la impresión de que no pensaba en nada de eso, aunque creo que tenía el presentimiento de que iba a morir joven.

Celia: Una semana antes de que desapareciera, fuimos a la Ciénaga de Zapata. Estaba Fidel en el comedor, haciendo unos cuentos de la sierra, estaba Camilo acostado y yo leyendo. Entonces Camilo dijo: «Bueno, dentro de unos cuantos años verán a Fidel contando historias todavía, pero cuando eso ya estará viejito y diciendo: "¿Tú te acuerdas, Camilo?"». Y ya Camilo se había muerto casi cuando aquello terminó. Eso fue una semana antes de que desapareciera.

También [Ramón] Paz fue un guerrero valiente de verdad y Fidel tenía mucha confianza en él. Paz se vio muchas veces en peligro de muerte, estuvo en muchísimos combates peligrosos y él nunca hablaba de la muerte. Y el día que lo mataron había empezado una carta a sus hijos en la que se despide de ellos y les aconseja que deben seguir la lucha, que siguieran a Fidel. No llegó siquiera a firmarla.

Haydee: Hace poco, en una entrevista con Pablo Armando Fernández, yo le decía que sentía que el Moncada no tenía el nivel histórico que debía tener; me quejaba con él.

Celia: Porque tú ves el Moncada igual que todos nosotros; que el Moncada fue la chispa, el comienzo de esta lucha. El Moncada fue la madre de la Revolución.

Haydee: Y Pablo Armando me decía que yo hablaba del Moncada sin tristeza. Yo le explicaba que para mí el Moncada era como cuando una mujer va a tener un hijo: los dolores hacen gritar, pero esos dolores no son dolores. Es la misma sensación que yo tenía en el Moncada: un dolor profundo, pero sentía que había nacido algo de mi ser, que yo había dejado de ser una niña para ser mujer. Hay dolor, porque uno dejó mucho allí.

El 1º de enero, con la gran alegría del triunfo, venían a la mente tantos recuerdos de tantos muertos…

Celia: Y en las concentraciones y en todo. Yo leía lo que decía el Che de El Vaquerito y pensaba cómo estaría él ahora si viviera.

Haydee: El día 1º de enero fue cuando de verdad me di cuenta de que Abel estaba muerto, que Enrique [Hart] estaba muerto, que todos estaban muertos. Cuando yo vi aquel desfile y miraba y no los veía.

Celia: Las reacciones de Camilo yo las veo en todas las cosas. Para mí sigue viviendo. Veo un cuadro suyo, una imagen, la Ciudad Escolar y solo pienso en cómo nos iba a chotear, cómo se iba a reír.

Con El Vaquerito me pasa igual. Él estaba de Suministros en Las Vegas y cada vez que venían los muchachos a buscar el suministro de la tropa y se asomaban por la ventana, él decía: «¿Qué te parecen nuestros patriotas del futuro?, esos serán los del libro primero de lectura... ya verás tú». Todo aquello decía cuando veía las caras barbudas y peludos los muchachos...

Haydee: Hay cosas para las que no cabe duda que uno [no] está preparado, y lo del Moncada fue una de ellas. Después del Moncada fue cuando nos forjamos, nos acostumbramos a ver sangre, a ver dolor, a luchar.

Celia: Es cuando se da cuenta uno de lo que es la lucha.

Haydee: Yo no puedo decir si hoy las preocupaciones ideológicas de Abel hubieran sido superiores. Tenía un interés extraordinario por leer a Lenin y por la Revolución soviética. Se leía *El Capital* una y otra vez. Muchas veces yo llegaba tarde y él siempre estaba leyendo a Martí. Él era un martiano tremendo. Hace poco a mí me trajeron un busto de Martí que era de él. Fue cuando trabajaba en Ariguanabo, que ganaba sesenta y cinco pesos y se lo pagaba todo en La Habana. Él dejaba seis centavos para la merienda, pero él y otro compañero los ahorraban y se compraron un busto de Martí. El busto de Martí quedó en el despacho de Abel en Ariguanabo y le dijo al otro compañero que se quedara con él. Hace poco me lo trajo.

A todo el mundo él le hacía el cuento de cómo compró el busto. A mí una de las cosas que más me ha dolido siempre es que Abel hubiera muerto tan pronto. Me hubiera conformado con que hubiera muerto, aunque sea, tres años después. Murió tan rápido que quedó en la nada.

Carta a Jacobo Arbenz

La Habana, 13 de diciembre de 1963
Año de la Organización

Cro. Jacobo Arbenz
Presente.

Distinguido compañero:

A través del Dr. [Manuel] Galich recibí una carta suya planteando el problema de su hijo.

Queriendo atender a su solicitud pregunté en el Ministerio y me informaron que es imposible. Paso a exponerle las razones que me adujeron y otras que me informaron, pero que conozco y considero mi deber hacérselas saber, por tener la plena confianza en que no solamente serán comprendidas, sino serán una tranquilidad para usted.

El Ministerio se encuentra ante un serio problema cuando un alumno llega a preuniversitario sin la base que es esencial para los estudios posteriores. Problemas para el alumno que se ha comprobado nunca llega al desarrollo que una base sólida le hubiera proporcionado; problemas para el profesor que encuentra diferentes niveles, y que en clases numerosas como son todas nuestras aulas hoy en día resulta imposible superar; problemas para el resto de los alumnos que no avanzan lo que lógicamente sería con todos a un mismo nivel.

Ante esta situación, cuando un alumno no vence el año, sobre todo, un año fundamental, pues es un pase de calidad en los estudios, el salto de secundarias a preuniversitario, el Ministerio adopta varias medidas; en algunos casos –aislados y muy justificados– permite que repitan el año, en la mayoría, se trata de inclinar a esos estudiantes a cursos técnicos.

Se ha dado el caso de aulas de profesores deficientes que han sido la causa del suspenso de estudiantes, desgraciadamente no podemos hacer excepción tampoco y nuestro deber es mejorar ese profesorado y hacer comprender al alumno que tiene que repetir el curso, por el bien de nuestra juventud estudiantil.

Puede tener la seguridad [de] que su hijo no puede sentir vergüenza, sino orgullo al acatar un principio, inclusive será un ejemplo para sus condiscípulos, que verán en el hijo de un revolucionario e ilustre latinoamericano, un estudiante disciplinado y humilde para aceptar honores y errores.

Sé que usted comprende nuestra posición, nuestra difícil posición, en que por la responsabilidad que tenemos no podemos infringir ciertas normas en que basamos el éxito de la educación cubana, de la juventud cubana, en que tenemos puesta nuestra gran esperanza.

Reciba usted el sincero respeto y admiración de,

Haydée Santamaría
Directora

Carta a Pablo Armando Fernández

La Habana, 13 de diciembre de 1963
Año de la Organización

Sr. Pablo Armando Fernández
Embajada de Cuba
Londres, Inglaterra

Querido Pablo:

Hace tiempo que debí haberte escrito, falta de tiempo y lo poco que me gusta escribir son mis excusas. Esto no quiere decir que no los recuerde mucho.

Viajó en estos días Luis Ricardo, amigo, amigo de verdad, y persona muy cerca de nosotros, con él puedes trabajar muy bien. También creo que te vas a sentir en confianza, sé que fuera de Cuba, sobre todo, hay que estar muy unidos, ser casi una familia para trabajar y vivir con tranquilidad.

Nos han llegado informes de tu buen trabajo, te acuerdas que yo no te di muchas esperanzas porque sé lo difícil que es el Servicio Exterior, también porque tú no eres muy realista, y quién sabe todo lo que te imaginabas se podía hacer. Parece que tenemos parte y parte de razón, y que se pueden hacer cosas, tú lo has demostrado; que hay dificultades, también lo habrás comprobado.

Deseo, por Cuba, que sigas teniendo cada vez más la razón y espero que tu trabajo, deberá, con una colaboración, ser cada día mejor. Hacen falta afuera esfuerzos similares [a] los que nuestro pueblo y dirigentes están haciendo para salir adelante. Sé que tú puedes hacerlo.

Los niños están creciendo, cuando vengas no vas a reconocerlos, sobre todo a Celia María, no se parece a Abel, ni en físico ni en carácter.[15] Armando [Hart] en

[15] Celia María y Abel Enrique Hart Santamaría, hijos de Haydee Santamaría y Armando Hart.

Educación, obsedido y con la fijación mental en que conoces para los problemas de educación y de la Revolución.

Saludos cariñosos a Maruja y a toda la familia.

Recibe la amistad de,

Haydée Santamaría
Directora

Carta a Senén Caravia Carrey

La Habana, 20 de marzo de 1964
Año de la Economía

Sr. Zenén Caravia Carrey[16]
Prisión de Boniato
Pabellón 2 D,
Santiago de Cuba

Señor Caravia:

He recibido su carta, me pide algo [a lo] que tiene derecho, nuestra presencia en el juicio para su terminación. No había concurrido ya que declaré y creí no tenía más que hacer, no me explico por qué esa declaración no está vigente cuando no tengo otra cosa que decir. Lo que dije: no recuerdo su cara, pudiera decirle, ninguna cara de aquellos días; traté de olvidar para poder seguir siendo una persona normal, para no convertirme en un monstruo como aquellos que conocí allí, y ya usted ve, hoy, que haría falta mi memoria para ayudar a la justicia revolucionaria, no la tengo.

[16] Caravia fue juzgado en 1959, acusado de delatar a los combatientes del Hospital Civil que habían quedado escondidos entre los enfermos (entre ellos Abel Santamaría), y condenado a la pena máxima, la cual le fue conmutada por falta de pruebas, quedando la sentencia en treinta años de prisión. Se le concedió la libertad condicional y la autorización para salir del país. Fue la propia Haydee quien firmó la autorización para su libertad condicional, según refiere en carta incluida en este libro, p. 517. Reproducimos esta carta con la escritura del nombre Zenén Caravia como aparece en el original de la respuesta. Pero, según consta en otras cartas manuscritas del propio Caravia (conservadas también en el Archivo Casa junto a los sobres postales), su nombre se escribe con S y no con Z. Al parecer, la persona que mecanografió la carta enviada a Haydee desde la prisión, lo escribió con Z y por eso se reprodujo así en el original enviado.

Caravia, usted me dice que a mí me consta su inocencia, eso es afirmar una cosa [por la] que no me hago responsable ante la historia, no puedo decir este hombre es inocente, ojalá pudiera afirmar es inocente o es culpable, pero como le digo, mi memoria me falla y cuanto puedo decir [es] no recuerdo a este hombre, si eso lo defiende del todo, también le digo qué voy a hacer, pero le repito, decir que es inocente, como usted afirma, no lo puedo afirmar yo, repito, como no puedo decir es culpable.

Bien, señor Caravia, si su posición depende de mi presencia y [de] decir lo mismo que ya declaré, iré en la próxima citación. Poco puedo ayudar a la justicia revolucionaria en esto, pero confío plenamente en ella y le aseguro que será justa, no se equivocará.

Le saluda,

Haydée Santamaría
Directora

Carta a Dulce Bello

Agosto 28 de 1964
Año de la Economía

Dulce Bello[17]
San Miguel No. 64-Oeste
Santa Clara
Las Villas

Estimada Dulce:

Con gran sorpresa recibí tu carta, ya que hacía muchos años que no sabía de ti. Efectivamente, no es raro que no hayas podido verme pues es tanto el trabajo que ni para estar con mis hijos y con Armando tengo tiempo, no obstante esto, siempre trato de atender a todos mis amigos y para ti también haré un tiempo. En La Habana puedes comunicarte conmigo a través de mi secretaria en el 32-3587, que me avisará de inmediato para recibirte.

Entiendo, igual que tú expresas en tu carta, que la amistad no la enfría la distancia, tanto es así que cuando te casaste estaba yo en Oriente, en la clandestinidad, perseguida, luchando y viendo caer a mis más queridos compañeros, y te mandé un regalo para que tuvieras presente mi recuerdo. Ese es mi concepto de la amistad, aunque sé que no es el de todo el mundo porque en los años más duros de mi vida, después del Moncada, cuando regresé a mi pueblo, pocos me acogieron con igual afecto; sin embargo, creo que a todo el mundo no se le puede exigir los mismos sentimientos, la misma capacidad emotiva, la misma comprensión, la misma inteligencia, la misma humanidad y creo también que en comprender eso está la medida de cada hombre.

Recibe un saludo afectuoso,

Haydée

[17] Amiga de Haydee de la infancia.

Palabras pronunciadas en el acto de homenaje a Frank País a ocho años de su asesinato[18]

Compañeras y compañeros:

Hoy, cuando veníamos[19] caminando por esas mismas calles que tantas veces recorrimos; hoy, cuando pensábamos qué podíamos decir, no podíamos coordinar nuestros pensamientos. Cuando veíamos este cortejo pensábamos en aquel al que no pudimos venir cientos de compañeros, cientos de hermanos, pero pensábamos que también cientos de compañeros vinieron a acompañar a Frank; solo pudieron venir pocos compañeros de Frank y este mismo pueblo que hoy hizo este recorrido.

Recordábamos muchas conversaciones, sobre todo una que se nos quedó grabada en lo más profundo de nuestro corazón. Conversando esta mañana con algunos compañeros me dijeron que esos que se decían poquísimos compañeros de Frank se preguntaban si Frank comprendería esta Revolución, siendo él un pequeño burgués. ¡Frank un pequeño burgués que muchas veces se quedó sin comer! ¡Frank que me decía emocionado que nunca desde pequeño pudo hacerle un pequeño regalo a su madre! ¡Y que un día acordaron los hermanos hacerle un regalo, sin saber dónde buscar el dinero y ponerse de acuerdo para una mañana salir tras un carro de repartir carbón y finalmente, después de cinco meses levantándose a las cinco de la mañana, llenaron un baúl que fue lo que le regalaron a su madre para que pudiera planchar la ropa que lavaba!

No tienen derecho ni a vivir ni a respirar los que hablan mal de Frank. Esos canallas, que jamás conocieron a Frank. Frank era un hombre lleno de sentimiento, pero también lleno de valor. Frank luchó para que los niños no tuvieran jamás que recoger carbón; murió para que esos niños tuvieran hoy lo que tienen. Ayer como hoy el pueblo era el que estaba al frente de la verdadera lucha, no eran esos que se llaman hermanos de Frank País.

[18] Palabras pronunciadas por Haydee en el acto celebrado en el cementerio de Santa Ifigenia, Santiago de Cuba, y publicadas en el periódico *Revolución*, La Habana, 31 de julio de 1965, p. 2.

[19] Haydee solía utilizar la primera persona del plural, aunque expresara un criterio muy personal o hiciera referencia a sí misma.

Los verdaderos hermanos de Frank País están aquí, los verdaderos hermanos de Frank País estamos aquí, dispuestos a dar la vida como Frank. No pensábamos decir esto, pero siempre ocurren cosas. Y veníamos indignados al pensar en esos que calumniaban al más valiente de los hombres.

¡Cuánto adelantaríamos con Frank, con todos esos compañeros que, aunque no podemos mencionar la lista porque se haría interminable, como el compañero Raúl Pujol!

Cuando el asesinato de Frank no estábamos aquí en Santiago. Fue un rudo golpe. Uno de los más rudos. Cuando nos enteramos de la muerte de Frank no sabíamos si llorar o salir a morir también. Cuando supimos del asesinato de Frank, pensamos que habíamos perdido no solo a un compañero sino a un dirigente que nos hacía falta. Pensábamos que sin él era difícil, y pensábamos que sin Frank no podríamos dar una batalla más y, sin embargo, pensábamos en qué equivocados estábamos. Porque desde allí, vistiendo su honroso traje verde olivo, nos indicó cuál era el camino. Frank desde allí indicó a aquellos hombres qué hacer. Nos dimos cuenta de que Frank vivía, que Frank no había muerto. Hoy nos damos cuenta de que Frank está en cada uno de nosotros; está en cada escuela, en cada hombre humilde de esta Patria.

Para ser hermano de Frank hay que erguirse, no arrastrarse, no ser «gu-
100 sanos». A este pueblo de Frank, a este glorioso pueblo de Antonio Maceo, ¡no lo confunde nadie! Que ellos sepan que sabemos quiénes son, que si no quieren vivir en el pueblo de Frank País, ¡que se vayan!, ¡que se vayan!, ¡que se vayan para el pueblo donde le echan los perros a los hombres como los Maceo! ¡Es allí donde merecen estar hasta el día en que allí se levanten los hombres como los Maceo y como Frank País!

Hoy nos sentimos no como quienes vienen a conmemorar estos ocho años, venimos a decir con alegría, con emoción, que cómo no van a estar aquí Frank, Pepito [Tey], otros hombres que incluso sin ser de aquí vinieron aquí a morir por esta lucha necesaria; esta lucha en que Frank también estaría, pero como él no está, están ustedes.

Ellos no están solo aquí, están en Cuba, en las nuevas generaciones. Frank hubiera hecho lo mismo por estos niños que se pasean bajo el sol; como William Soler, que no era mucho más que un niño. Esos son los hombres, los humildes de este pueblo que siempre han sabido poner el nombre de la Patria en alto.

No queríamos venir aquí, porque pensábamos que siempre hay compañeros que pueden hablar mejor que nosotros de Frank. Y pensábamos que nosotros no debíamos tener miedo; nosotros que no temimos a Chaviano, ni a los Chaviano, no debíamos temer hablar a este pueblo, aunque siempre hay quien puede hacerlo mejor que nosotros.

No nacimos la primera vez en este pueblo, pero sí nacimos la vez que salvamos la vida en este pueblo. Siempre decimos que tenemos dos vidas. Fue aquí, después del Moncada, donde nacimos; nacimos al lado de este pueblo donde recibimos el aliento. Fue aquí donde encontramos a Frank País, fue aquí donde luchamos junto a Frank País.

Si hoy no decimos frases más bonitas, no es porque no las sintamos ni lo deseáramos. Podemos decirles que compartimos los mejores y los peores momentos al lado de Frank, y conocimos al hombre infatigable, el profundo pensamiento de Frank. Y sabemos lo que pensaba Frank respecto a los humildes de su pueblo, pero no solo de su pueblo, sino por los humildes de Cuba, de todos los pueblos del mundo.

Sabemos qué hubiera dicho hoy Frank del imperialismo, sabemos qué hubiera dicho de la agresión imperialista a Santo Domingo, y hubiéramos tenido que aguantar a Frank para que no dijera o hiciera lo que seguramente habría de decir y hacer. Y esto no lo decimos por demagogia, no nos gusta hablar con demagogia de compañeros muertos, pero eso lo saben ustedes tan bien como nosotros.

Los que no vinieron aquí, pero que se ocupan de hablar mal de Frank, esos no cogen sol como ustedes. Y Frank era un hombre que cogía sol, que murió de cara al sol. Cuando decimos Frank, en su nombre están todos, en su pensamiento están todos.

Es en Santiago, compañeros, donde por primera vez hablo en un acto masivo porque, aunque ustedes no lo crean, es por primera vez que me enfrento a hablar en un acto de masas, aquí donde por primera vez me enfrenté a la tiranía.

Aquí en el Santa Ifigenia ustedes saben que están partes de nuestras vidas. La primera vez que vinimos fue con Frank: veníamos aquí donde no teníamos el valor de venir, precisamente quienes teníamos valor para enfrentarnos a la tiranía. Frank nos dio el valor necesario.

Hoy Frank también me ha traído aquí, a su tumba, y por eso sabemos también que Frank está con nosotros. Cómo vamos a sentir dolor si hoy venimos a la tierra de Frank y vemos a los hombres y mujeres trabajadores que lucharon por alcanzar seis millones de toneladas; cómo vamos a sentir dolor si aquí está la trinchera de trincheras de Frank, si aquí está Fidel.

Aquí estoy diciéndoles a todos que pudiera decir tantas cosas, pero no hace falta decir más, aquí estamos diciéndoles a todos, al imperialismo, a todos los imperialistas: ¡aquí está el pueblo de Frank! ¡aquí están sus soldados, los que no permitirán que nadie calumnie a Frank!

Los que no estén convencidos de quién era Frank, ¡que se larguen!, ¡o que se den un tiro! ¡Que no manchen esta tierra de Frank, que no manchen a Frank, que no crean que la generosidad de la Revolución es cobardía! ¡Que a lo mejor dejamos un día de ser generosos!

A seis años de Revolución; si a seis años de construir, si ellos no han cambiado de opinión, nosotros no tenemos que permitir que insulten a Frank. ¡Está bueno ya!

Frank no era capaz de levantar la mano contra nadie, pero si se levantaban las manos contra el pueblo, había que ver quién era Frank, cuál era el valor de Frank. Cuánto nos duele hoy haber intervenido en algunas ocasiones para decirle a Frank dale tal o mas cual oportunidad a fulano; hoy pensamos y nos duele, porque con quien hay que ser generoso es con los niños por los que tanto se lucha.

Esos que «defienden» hoy tanto a Frank no sabemos que nunca le dieran a Frank la oportunidad de un trabajo o de un estudio, aunque Frank sabía lograr eso con honestidad.

¡Qué casualidad que no estén con Frank los que vivían en el Vista Alegre! ¡Pero sí están con Frank los que lo ocultaban en sus casas humildes! Frank pudo ir a ocultarse al Vista Alegre, pero él prefirió ir a las casas de los humildes.

Frank, ¿cómo te va a fallar tu pueblo?, ¿cómo te va a fallar Santiago? Frank, este pueblo no está aquí por casualidad, es la tierra de los Maceo; ni por casualidad se asaltó el Moncada, ni por casualidad desembarcó el Granma. Frank, hoy no solo es tu pueblo el que lucha, también luchan los pueblos donde hay hambre. Hoy hay grupos que luchan en Venezuela; los hay en muchas partes.

Tenemos en esos grupos a Frank País. Por eso hoy sentimos aquí, como otras veces, porque lo hemos sentido muchas veces en este pueblo, que salimos en una máquina con Frank; no sabíamos si íbamos en una máquina, con Frank, o con Renato [Guitart], o con Abel [Santamaría]. No importaba en qué máquina, en cualquiera íbamos con la misma fortaleza, con la misma emoción.

Hoy, si tuviéramos que hacerlo, lo haríamos con ustedes en una máquina, o en un tanque, pero no ya para enfrentarnos a una tiranía dentro del país, sino a los «marines», y lo haríamos tan confiados como aquella vez.

Y hoy decimos, como hubieras dicho tú, y Pedrito, que sabía tan bien decir, hoy decimos como dirías tú, Frank, ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Carta a Pablo Neruda

La Habana, 7 de mayo de 1965
Año de la Agricultura

Sr. Pablo Neruda
Santiago de Chile
Chile

Estimado amigo:

Hace algún tiempo, nuestro compañero Roberto Fernández Retamar le escribió a usted en relación con el asunto de que voy a tratarle en esta carta. Nuestra Casa de las Américas, donde se le recuerda a usted siempre con tanta admiración y cariño, estaba interesada en publicar, en su Colección Literatura Latinoamericana, una selección de su obra poética. En esta colección estamos editando lo mejor del pensamiento y las letras en nuestra América: tanto Bolívar y Mariátegui como Vallejo y Cortázar figuran en dicha colección. Es innecesario que le diga que consideramos imprescindible la presencia de usted en ella.

Para hacer realidad este deseo nuestro, encargamos a Fernández Retamar la selección de dicha antología, que aparecerá precedida de un breve prólogo. El compañero Retamar nos informó que él le hizo llegar a usted dicho prólogo (anticipado en la revista *Bohemia*), pidiéndole además la correspondiente autorización. Aunque su respuesta no ha llegado aún, vamos a editar el libro, garantizándole desde ahora, por supuesto, que serán respetados sus derechos de autor; y vamos a proceder de inmediato a ella porque, una vez que maestros, alumnos y lectores en general conocieron de nuestra decisión, se han dirigido a nosotros insistentemente en demanda del libro. Estamos seguros de que usted aprobará esta decisión de satisfacer esa demanda, en [un] país donde su nombre, su obra y los ideales a los que usted ha consagrado su vida, forman parte de nuestra diaria existencia.

Reciba, admirado poeta y amigo, un abrazo fraternal,

Haydée Santamaría

Carta a Arnaldo Orfila Reynal

La Habana, 17 de noviembre de 1965
Año de la Agricultura

Ref.: D-76

Sr. Arnaldo Orfila Reynal
a/c. Embajada de Cuba
México, D. F.

Muy querido amigo:

Hemos recibido con sorpresa la noticia lamentable de que Ud. se ha visto obligado a abandonar las importantísimas funciones que desempeñaba en el Fondo de Cultura Económica. Me parece, e interpreto también en esto a nuestro Gobierno y nuestro Partido, que el prestigio del Fondo, adquirido en los últimos años, se debe, en gran medida, al acierto con que Ud. lo condujo y, sobre todo, a un espíritu superior a limitaciones ideológicas o a convencionalismos de orden político o económico. Ese espíritu amplio, abierto a todas las corrientes del pensamiento universal y a todas las posiciones estéticas, literarias y científicas, solo regido por el de la alta calidad de las obras, tiene la inconfundible marca suya, de su personalidad. Creemos que la sustitución operada en el Fondo puede tener su origen precisamente en esa actitud suya, que tanto levantó el nombre de esta empresa.

Cuba es hoy un país abierto a los mejores valores continentales y mundiales, y el proceso de reconstrucción nacional e integral en que está empeñada le impone una necesidad nunca satisfecha de elementos técnicos, capaces y honestos, para que se incorporen en esa tarea al lado de los cubanos. Usted posee esas condiciones deseables. Su experiencia y sus conocimientos en el ramo editorial vendrían a llenar un vacío en nuestro país, cuyo Gobierno Revolucionario –Ud. lo sabe– está prestando a la cultura en general uno de sus esfuerzos

más decididos. En dos palabras, las puertas de Cuba están abiertas para Ud. y Ud. es valioso y necesario para Cuba.

Con mis sinceras expresiones de afecto me es grato enviarle un cordial saludo.

Haydée Santamaría

Bueno entre buenos[20]

Cuando di su nombre en el hotel, no era mucho lo que sabía de Martínez Estrada: algo leído, algo de su actitud siempre decorosa, y el nombre ese, que me parecía, no sé por qué, de una persona si no alta por lo menos bien plantada. Mientras lo esperaba, vi que se me acercaba un anciano muy pequeño, muy encorvado, muy frágil. Se dirigió a mí, y le respondí cortésmente, pero quizás con un poco de impaciencia, porque yo estaba esperando a otra persona. Naturalmente, aquel viejito era esa otra persona. Debo reconocer que me sorprendió saber que era don Ezequiel Martínez Estrada. Nadie que leyera una página suya, tan fuerte, tan enérgica, podría imaginarlo así. Pero una sonrisa inmensa lo iluminaba, una sonrisa que le comía los ojos, la nariz, la cara. Hablamos unos momentos, y salimos a comer. Pronto empezó a toser, y tosía tanto, y se estremecía tanto tosiendo que pensé, sinceramente, que esa misma noche se iba a morir; pensé que, en todo caso, no duraría mucho, y me preocupó y angustió verlo tan poquita cosa, acabándose casi. Afortunadamente, sabemos que nos vivió más de cuatro años, y que esos cuatro años, para gran alegría nuestra, iban a ser dedicados a nuestro país, a nuestra Revolución, que él entendió y defendió con una inteligencia y un valor que son ejemplo para los hombres de nuestro Continente. Aquel hombre era fuerte y grande, aunque su cuerpo no lo acompañara; aquel hombre era juvenil, aunque fuese un anciano.

Enseguida se veía que era un maestro, un maestro admirable que enseñaba incluso cuando no se proponía hacerlo, porque sabía mucho y trasmitía su saber en la conversación más sencilla. A mí me sorprendió y me alegró muchísimo todo lo que él conocía ya, y todo lo que llegaría a conocer de nuestro Martí. Quizás ha sido a dos argentinos a quienes he oído hablar con más pasión, con más identificación, de José Martí: uno es don Ezequiel; el otro, Che. Cada uno de ellos, a su manera, entendió a Martí íntimamente, y sus vidas han quedado marcadas por la influencia de este padre magnífico que desde

[20] Publicado en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, vol. 5, núm. 33, noviembre-diciembre, 1965, pp. 16-17.

la niñez venimos leyendo, y más que leyendo, y que siempre tiene cosas que enseñarnos.

Después, cada vez que veía a don Ezequiel en la Casa de las Américas, nos sentábamos a conversar por horas; o me daba pena tener que cortar nuestros encuentros, con tantas cosas que hacer, y no podía más que saludarlo al pasar. Él tenía necesidad de amistad, de afecto, de comprensión. Hoy me gustaría ir a su mesa, donde esperaban sus ojitos brillantes de inteligencia y bondad. Lo que nos ha dejado es un tesoro, y ya no tenemos cómo agradecérselo. Pero él supo en vida de nuestra gratitud, de nuestro cariño. Conservo de él no solo alguna de esas cartas peleonas que escribía cuando algo estaba mal o a él le parecía que estaba mal, sino sobre todo cartas de una enorme ternura. En alguna me llamó hija; en más de una, yo lo llamaba maestro.

Este amigo sabio y paternal nos falta ahora, y lo echamos mucho de menos. Pero sabemos que cumplió largamente con su deber, y que eso debió complacerlo, como lo complacería el saber que sus páginas y su conducta son reverenciadas por el pueblo de Cuba, que fue también el suyo, como suya fue esta Revolución nuestra. En fin: no puedo ni quiero hacer literatura con él. Fue grande entre los grandes, y bueno entre los buenos.

Premio Casa de las Américas 1966 [21]

«No creemos que un escritor deba ir a la política» –afirmó–, «pero sí tener una posición política. Llegó el momento de tener ustedes una línea [...]. Nos sentimos satisfechos al decir que el Premio de la Casa de las Américas no es político [...]. Esta Dirección sí es política y consideramos que el Premio no tiene que serlo. Es imposible que una institución como esta diga a quién se debe premiar, porque vivimos en un país donde queremos que la moral llegue a sus más altos niveles. Siempre deseamos que el Premio se dé con honradez. Es difícil escoger, cuando existen muchos trabajos buenos y siempre decimos que es preferible que no se den premios antes de dárselo a un trabajo que no lo merezca». Y señaló la Directora de la Casa de las Américas: «Ofrézcanle el Premio al mejor y así diría que esta es la mejor política [...]. Y nuestra política».

[21] Fragmento de las palabras de Haydee Santamaría al constituirse el Jurado del Premio Literario en 1966. Publicado en la sección Últimas actividades de la Casa de las Américas, en *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 35, marzo-abril, 1966, p. 130. Estas ideas de Haydee aparecen esbozadas desde los inicios del Premio en las cartas de invitación que enviaba a los posibles jurados. En una misiva del 17 de julio de 1964 enviada a Mario Benedetti le escribe: «Como en años anteriores se reunirá en La Habana, en enero, un Jurado internacional para otorgar el Premio Literario Casa de las Américas 1965. Desearíamos usted aceptara nuestra invitación como integrante de este Jurado, que tiene una sola limitación y obligación: premiar la obra de más calidad literaria».

Carta a Nicanor Parra

La Habana, 27 de junio de 1966

D-608

Sr. Nicanor Parra[22]
Macul 774,
Santiago-Chile

Estimado amigo:

Leí con inusitado interés en mí, que soy mala lectora de poesía, *La Cueca Larga*, y aunque mi juicio no es el de un crítico o un literato, me gustó tanto que no puedo dejar de expresarle con simples palabras mi entusiasmo ante el primer libro de poesía que leo completo. Es un libro lleno de vida, recuerdo especialmente la emoción con que leí la anécdota de la niña que se fue, me pregunto si esto está basado en la realidad o es imaginación.

Esta pequeña introducción no podía dejar de hacérsela antes de pasar a otro motivo de esta carta, invitarlo a venir a nuestro país en ocasión de cumplirse el 18 de enero de 1967 el centenario del nacimiento de Rubén Darío. Esta Casa de las Américas ha decidido organizar en torno a esa fecha, a manera de conmemoración, un coloquio que, bajo el nombre Encuentro con Rubén Darío, reúna a los más destacados poetas de nuestro Continente –y también a algunos de España–, a más de estudiosos de la obra del gran poeta americano.

[22] Nicanor Parra, a pesar del enorme interés manifestado en una carta-respuesta que le envía a Haydee poco tiempo después de la suya, no pudo estar presente en el encuentro, tras un largo viaje a Perú que lo dejó agotado, por lo que le era «físicamente imposible aceptar por ahora el desafío de ese Endriago de Siete Cabezas que se llama Rubén Darío», según se lee en el original manuscrito del 13 de enero de 1967. *La cueca larga*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1958, es su tercer poemario.

En dicho coloquio, que se extenderá del 15 al 22 de enero, deseamos que los poetas invitados lean sus textos más recientes, y se den a conocer trabajos sobre la obra de Darío. Esos materiales serán recogidos posteriormente en un número especial de la revista *Casa de las Américas*.[23]

Queremos, de esa manera, rendir un homenaje vivo a quien abrió nuevos caminos a la poesía de lengua española, y significó uno de los instantes más altos de universalización de nuestra cultura.

Desde luego, le estamos escribiendo para invitarlo a participar en este encuentro que, dada la alta calidad de su obra, estaría incompleto sin su valiosa participación.

En espera de su respuesta reciba un cordial saludo de

Haydée Santamaría

[23] Buena parte del número 42, mayo-junio, 1967 está dedicado a la publicación de los textos leídos durante el encuentro.

Aquel 26 de Julio

Entrevista de Lisandro Otero[24]

Lisandro Otero: *¿Qué les parece si hablamos algo de 25 y O? ¿Cómo fue que se alquiló el apartamento ese? ¿Quién lo consiguió...?*

Haydee: Nosotros vivíamos ahí ya cuando el 10 de marzo.[25]

Era la casa de Abel y tuya.

Haydee: Ahí nos coge a nosotros el 10 de marzo.

¿En qué año vinieron para La Habana?

Haydee: Abel vino antes.

Melba: Tú viniste unos meses antes.

Haydee: ¿Qué tiempo antes del 10 de marzo?

Melba: Yo creo que muy poquito tiempo. Yo creo que prácticamente ustedes estaban acabados de mudar, uno o dos meses, o algo así, para 25 y O, ¿no?

Entonces, esa era la casa donde vivía Abel. Empezaron las reuniones. Abel se encontró un día con Fidel. ¿Tú te acuerdas de la reacción de Abel?

[24] Esta entrevista, acompañada de numerosas fotos, fue publicada en la revista *Bohemia*, La Habana, núm. 36, 9 de septiembre de 1966, pp. 4-19. En su párrafo introductorio dice: «Originalmente publicada en el colega *Juventud Rebelde*, esta entrevista del fraterno compañero Lisandro Otero, timonel de la revista *Cuba*, a Melba Hernández y Haydée Santamaría, que *Bohemia* se complace en reproducir, exhibe un doble valor, histórico y humano. Ahí están, en un recuento pormenorizado, todos los antecedentes del asalto al cuartel Moncada. De la plática, sin retoques literarios, en espontáneo caudal de recuerdos, Haydée y Melba describen, con vívida emoción, hechos, nombres y circunstancias que precedieron al gran acontecimiento del 26 de Julio. Se trata, ciertamente, de un pedazo de historia».

[25] Golpe de Estado militar del 10 de marzo de 1952 encabezado por el general Fulgencio Batista, contra el presidente Carlos Prío Socarrás.

Haydee: No, yo no sé, porque yo no sé dónde Abel se encontró con Fidel. Yo recuerdo que Abel un día viene y me dice: «Yeyé, ¿tú sabes que he conocido una persona que te va a impresionar mucho?»; no me dice el nombre, pero yo tenía un poquito de miedo, ya después del 10 de marzo, un poquito de miedo en aquel momento con la gente con que Abel se podía reunir.

Es decir, en aquel momento consideraba a Abel de una importancia tremenda; en realidad, no era miedo a que él afrontara el peligro, sino a que fuera a reunirse, que pudiera perderse; hasta que conocí a Fidel yo tenía a Abel como la persona en que más confiaba para toda la cosa política, la de más claridad política. Hasta que conocí a Fidel.

Entonces un día lo trae a la casa y a mí la cara me es conocida, me luce que lo conozco, y digo: ¿de dónde será este hombre?, yo lo conozco; parece que lo había visto en fotografías, o algo; y entonces él empieza a caminar, venía con un tabaco, empieza a caminar de un lado para otro, igualito, así, unas zancadas grandes, grandes, grandes, y yo iba caminando con la vista junto con él; y él iba, ¡pam!, echando cenizas, ¡pam!, echando cenizas, y yo había acabado de limpiar y tenía aquel piso limpiecito. Sin saber ni qué era Fidel, sin saber quién era, me impresionó de una manera, que creo que fue a la única persona de los que entraban allí que yo no le pusiera un cenicero; yo no me atreví ni a hacer eso, yo no sabía ni qué era Fidel ni quién era. Caminaba de un lado para otro, y yo veía que las cenizas volaban; otros me hacían eso y yo les decía: «Óyeme, tú, echa aquí la ceniza». Pero a Fidel no se lo hice; yo no sabía qué era Fidel y no se lo hice. Lo miraba dar aquellas zancadas. Entonces, ya no le alcanzó la sala y paseaba por el pasillito que entraba al cuarto, paseaba desde la sala al cuarto e iba regando las cenizas del cuarto a la sala. Pero yo no me atreví a decirle: «Toma un cenicero», ni nada; y, además, hablando y hablando.

Cuando él se fue, Abel se va con él; y cuando Abel regresa, digo: «Abel, ¿quién es ese que tú trajiste aquí?». Dice: «Esa es la persona de la que yo te hablé. Ese es Fidel, Fidel Castro». Digo: «¡Ah!, por eso me parecía conocida su cara». Y me dice: «¿Qué te pareció?». Yo me quedé un poco así, y digo: «Bueno, hasta ahora lo que me pareció es que me embarró todo el piso».

Melba, ¿cómo se conocieron ustedes, en qué momento, en qué ocasión?, ¿cómo ustedes trabaron amistad? Es decir, Chucho y tú y Abel y Yeyé.

Melba: Yo conocí primero a Yeyé. Elda Pérez un día llega a mi casa, porque nosotros andábamos buscando los contactos para desarrollar una tarea, para desarrollar la lucha, y no los encontrábamos realmente. Entonces Elda Pérez llega un día a mi casa y me plantea: «Melba, yo conocí a un joven que tengo mucho interés en que tú también lo conozcas; mira, es un joven distinto, y cuando te habla, te habla tan sinceramente, que yo tengo mucho interés en que se vean».

Entonces, me dio los datos: «Trabaja en la Pontiac, es de la provincia de Las Villas, vive aquí en 25, cerca de la casa, con su hermana, y yo tengo interés en que tú vayas a esa casa». Entonces, un día nos decidimos Elda y yo, y fuimos a la casa, Abelito no estaba, pero estaba Yeyé; entonces empezamos Yeyé y yo a hablar, y de entrada me impresionó muy bien lo que Yeyé conversaba, me impresionó el ambiente. Estando allí llegó Abel a comer, a la salida del trabajo, llegó Abel; nos presentaron, yo no sé quién nos presentó, si Elda o Yeyé, alguien nos presentó. Nos sentamos a hablar el grupo y empezamos a comentar los acontecimientos, el golpe de Batista, cómo Cuba no tenía otra salida que no fuera...

Perdona, ¿en qué fecha fue eso aproximadamente?

Melba: Esto fue como en el mes de abril de 1952, estaban muy «fresquecitos» los acontecimientos; entonces Abel empezó a hablar de la necesidad de un movimiento serio para resolver los problemas del país, y se refirió a un joven, y me dijo –tuvo conmigo la misma expresión que con Yeyé– que él conocía un joven que tenía mucho interés en que yo lo conociera, porque cuando lo oyera hablar me iba a impresionar mucho con lo que él planteaba, y que él consideraba que ese era el camino correcto a seguir. Así fue.

Entonces, a partir de ese momento yo vivía en la casa de Yeyé: era mañana, tarde y noche. Cuando yo no estaba en casa de Yeyé, ella estaba en la mía, y seguimos en estrecho contacto. Entonces posteriormente a eso vino el Primero de Mayo en que hubo un acto en el cementerio y Abel me planteó: «Mira, vamos a aprovechar esta oportunidad para que tú conozcas a la persona de que te hablo», y esa persona era Fidel.

Entonces a partir de ahí siguieron los contactos y las relaciones.

Como vivía prácticamente en la casa de ella, fui conociendo a otros compañeros. Recuerdo que a uno de los primeros compañeros que conocí fue a Raúl Gómez García, y recuerdo que sobre Montané había este comentario, que era muy simpático. Yeyé decía –con la chispa esa de ella–, decía: «Pero aquí viene un joven, Melba, que es muy feo, muy feo, pero cuando tú lo empieces a tratar te vas a dar cuenta qué distinto es, qué simpático». ¿Tú te acuerdas de aquello Yeyé?

Haydee: ¡Ya no se ve tan feo!

Melba: ¡Ya no se ve tan feo!, así decía. Y entonces Abel la apoyaba en eso. Abel decía: «Es verdad, cuando se le empieza a tratar no se le ve tan feo».

Haydee: Lo más lindo es que cuando tú lo conociste, yo te dije: «Cuando tú veas aquí una persona muy fea, ese es él». Y cuando llegó Montané…

Melba: Además, me lo describiste. Tú me dijiste, es muy feo y anda siempre de guayabera y un lacito; cuando tú veas entrar uno muy feo, ese es él. Entonces

al cabo de las noches, ese compañero iba allí pero no coincidíamos, y al cabo de las noches tocan, yo recuerdo el timbre y Yeyé dijo: «Ese puede ser él». Y efectivamente, cuando se abrió la puerta, yo la miré y dije: «Este es, ¿no es verdad?».

Haydee: Entonces, delante de Montané le dije: «¡Oye, lo conociste por feo!», porque yo le dije: «Cuando venga el más feo». Entonces dice él: «¿Cómo que me conoció?». «Yo le dije que cuando ella viera entrar al hombre más feo que hubiera visto, ese eras tú». Entonces, recuerdo… ¿A que tú no te acuerdas de lo que él te dijo?

Melba: No.

Haydee: «Yo soy feo, pero salsoso». Entonces empezó a conversar, y tú dijiste: «¡Verdad que es feo! Tiene que ser muy simpático para que no se vea feo, como tú dices».

Melba: Y así nos empezamos a conocer todos los compañeros.

Se reunían, entonces, en el apartamento. ¿Ustedes recuerdan algo, más o menos, de lo que se conversaba?

Melba: Y ahí en el apartamento se imprimía el periódico clandestino en mimeógrafo, primero tenía el nombre de *Son los mismos*, después pasa al nombre de *El Acusador*,[26] y en el apartamento de 25 y O fue donde se empezó a tirar el periódico, ese detalle yo no lo recuerdo. Pero sí recuerdo que allí se tiraba el periódico, y recuerdo, además, que los periódicos impresos los guardábamos en el sofá, como era un sofá cama, en un vacío que tenía el sofá guardábamos los periódicos y de ahí se empezaban a distribuir.

Haydee: Y era terrible, porque como era en mimeógrafo, cuando se terminaba, para que no quedaran marcas, por si venía la policía, había que limpiar aquellas paredes de la tinta.

[26] Dirigido por Raúl Gómez García y con Abel Santamaría como subdirector, de *Son los mismos* se publicaron ocho números entre abril y julio de 1952. Colaboraban además Haydee, Melba, Elda Pérez, Jesús Montané y el poeta Jesús Orta Ruiz. Es Fidel Castro quien sugiere poner un nombre más combativo, después de conocer a Abel el 1º de mayo de 1952 e integrarse al grupo, del cual llega a convertirse en líder. *El Acusador*, dirigido por Gómez García y con Fidel como orientador ideológico, sale por primera vez (y de forma simultánea con *Son los mismos*, aunque por corto tiempo) el 1º de junio de ese año. A los antiguos redactores se suman Joaquín González, Juan Manuel Martínez Tinguao y Fidel. Por una delación, el 16 de agosto fue incautada casi la mitad de la tirada de diez mil ejemplares, dedicada a Chibás, y fueron detenidos varios de los colaboradores, lo cual hizo que cesara su publicación.

Pero un día llegó la policía y tuviste que esconder el mimeógrafo en el clóset.

HAYDEE: La ametralladora… ¡no, los periódicos!, lo de la ametralladora fue después. Lo del periódico fue antes. Metí los periódicos en los baños de servicio; en cada pasillo había baños de servicio, unos clósets, pero inclusive había un baño que yo había visto siempre pensando dónde podía meter las cosas. Entonces, ese día metí todos los periódicos; vino la policía y no encontró nada. Eso que dice Melba del timbre de Montané, es que yo conocía el toque de cada uno de ellos.

MELBA: Teníamos los toques.

HAYDEE: No, pero eso fue antes, antes de tener los toques, después hicimos más o menos los toques de contraseña; pero [por] como cada uno tocaba, yo sabía cuál era.

MELBA: Sí, eso era al principio.

HAYDEE: Yo estaba muy al tanto; yo sabía cuándo era Abel, por la noche yo me quedaba en la ventana esperando que Abel viniera para abrirle la puerta, porque yo siempre tenía la idea de que cuando él fuera a abrir la puerta alguien podía esperarlo y cogerlo preso, y para que él no supiera que yo estaba despierta –yo dormía con la ventana abierta–, yo decía: «Es que te sentí en el elevador»; yo sentía cuando a veces él cogía el elevador, yo sabía cuándo era Abel; uno se acostumbra.

Aquel día oí abajo un barullo, un barullo de muchos pasos, además, pisadas muy inertes, y dije: «¡La policía!». Entonces, cogí –porque yo los tenía muy a la mano, porque sin decirle nada a nadie ya yo había pensado qué hacer–, cogí aquellos bultos, que yo no sé de verdad cómo pude, y los empecé a poner allí.

Bultos que contenían los periódicos, y los metiste en el clóset del pasillo.

HAYDEE: En el clóset del pasillo, que era al final del pasillo. Inmediatamente pensé: «Seguro que ellos van a venir por los dos elevadores, y el clóset ese está más para el elevador que da para O»; y corrí tanto, tanto, que cogí los tres paquetes y los metí allí. Efectivamente, por el elevador de O salió una gente, y cuando los vi ya había metido el último paquete y estaba la puerta abierta, enseguida vi que era la policía; me hago como que voy a coger el elevador, entonces estaba la puerta abierta; cuando ellos están ahí parados, digo: «Óiganme, no me vayan a cerrar la puerta, que tengo la llave adentro...». Y ahora recuerdo que yo me dije: «Bueno, ¿y si ellos me preguntan qué vine a hacer? Voy a decir que botar la basura»; después me digo: «No, porque si vienen a registrar yo no digo que fui a botar la basura, porque si lo digo van a ir a ver qué boté».

Me dicen: «¿Y usted dónde va?» Digo: «Voy a la bodega un momentico, pero miren, no me cierren la puerta porque no tengo llaves». Dicen: «¿Y usted la deja abierta?». Digo: «Sí, sí, aquí no hay problemas, aquí todos nos conocemos, aquí no hay problemas». Y les dije: «¿Quiénes son ustedes?, ¿ustedes son compañeros de Abel?». Y dijo uno de ellos: «Sí. ¿Por qué?». Digo: «¡Ah!, bueno está bien, él viene a almorzar». Dicen: «Sí, nosotros somos compañeros de Abel». Digo: «¡Oh!, yo nunca los he visto a ustedes en el trabajo», lo dije varias veces, «Yo a ustedes no los conozco, y yo conozco a casi todos los que trabajan con Abel; pero, bueno, de todas maneras, miren, yo voy a la bodega, siéntense ahí, porque él debe estar al llegar», o qué sé yo, algo de eso les dije.

En eso salió el otro grupo de hombres por el otro elevador, pero yo me hice la sorprendida. Entonces digo: «¿A Abel le ha pasado algo?». Dicen: «No, venga para acá, no se haga la boba».

¿Había alguien más en el apartamento o estabas sola allí?

Haydee: Sola. Era por la noche... ¿era por la noche?

Melba: No, por la noche fue cuando la ametralladora, eso fue por el día.

Haydee: Entonces me dicen: «Venga para acá, no se haga la boba». Y digo: «¡Eh!, ¿qué pasó?», y me hice la niña; además, yo tenía la cara un poco de boba también, era muy flaquita, flaquita, flaquita. Y digo: «¿Qué pasó?, ¿díganme qué pasó?, ¿qué ha pasado?».

Miraba que había unas manchitas que yo había tratado de quitar de la tinta y no había podido quitar, y entonces con disimulo cogí una silla, y les decía: «Siéntese, siéntese aquí», e iba pegando la silla para tapar las manchas esas. Y registraron... ¿no pasó nada, no?

Melba: No pasó nada, porque es que no pasó nada, no había nada.

Haydee: ¿Pero no esperaron a Abel?

Melba: No pasó nada, porque es que no pasó nada, segundo registro, cuando la ametralladora...

Haydee: Entonces yo llamo [para] que vengan a sacar eso corriendo, pero yo tenía miedo de que se quedaran vigilando, y no me acuerdo ni de cómo lo sacaron.

Melba: Yo recuerdo que tú agarraste un paquete, pasado un tiempo, y te apareciste en mi casa. Entonces, con el paquete –eso a mí no se me olvida–, estando tú y yo frente a la casa donde vivía, pasó el carro de Salas Cañizares, ¿tú no te acuerdas de eso? Salas Cañizares con todos sus matones, y nosotras muy frescas con un paquete en las manos; inclusive comentamos: «Míralos por donde van, y si supieran lo que teníamos aquí». ¿Tú no te acuerdas de ese detalle?

Haydee: Ahora me acuerdo. Nosotros creíamos que aquellos papeles eran grandes.

Eran los periódicos.

Melba: Eran los periódicos. Esa fue una parte, la otra parte yo no sé cuál fue el destino.

Haydee: Yo no me acuerdo cómo sacamos.

Bueno, ¿y cómo fue lo de por la noche, el registro de por la noche?, la cosa de la ametralladora. ¿Había una reunión ahí?

Melba: No, no había una reunión, allí estábamos siempre todos. Los compañeros fuera de las horas de trabajo caían allí, nos reuníamos y conversábamos, pero no era una reunión oficial.

Haydee: Es que allí había reunión permanente. Tinguao había traído una ametralladora. ¡Aquella ametralladora! De verdad que no pensé que con aquello tumbáramos a Batista ya. Tinguao la trajo y dijo: «¡La ametralladora! Tú tienes que cuidarla». «Bueno, la cuido con una condición: yo te doy mi palabra que aquí nadie la coge si tú me enseñas a manejarla». La ametralladora todo el mundo la acariciaba. Yo decía: ¡nos la van a coger! No era el temor a que nos la cogieran, a que íbamos a ir presos, sino que con aquella ametralladora íbamos a tumbar a Batista, si aquella ametralladora se perdía nosotros no podríamos tumbar a Batista. Y yo empiezo a idear ¿qué hago? Pondría un hilo y la guindaría. El apartamento es en un sexto piso, y todas las ventanillas del baño están iguales, son de esas ventanillas que cierran así...[27]

Pego un cordel con una puntilla bien gorda para afuera en el marco, porque me acuerdo que la quise clavar en la pared y no pude, en el marco; no una, dos o tres, porque yo decía: si me falla una... Entonces un cordel clavado; lo puse en la ventanita, quedaba así.

Y aquel día cuando yo siento... porque aquel día sí me sorprendieron: estábamos riéndonos allí, jaraneando, yo siento el elevador «¡pram-pa-pa-pa!» –como entraban ellos, ¿no?–, digo: «¡La policía!». Entonces salí corriendo para el cuarto, para el baño. Para ir al baño había que ir al cuarto. Y cojo y me encaramo en el bidet que estaba al lado y voy bajando, para que no hiciera

[27] Haydee se refiere a una ventana pivotante cuya hoja gira alrededor de un eje horizontal haciendo que una mitad de la hoja vaya hacia afuera y la otra hacia adentro, lo cual permite que quede un espacio abierto arriba y otro abajo; por este último ella salió y amarró el cordel al clavo que colocó en el marco exterior de la ventana.

¡pam!, y se me fuera a caer, voy bajando y bajando. El único peligro era que una gente de otro piso la viera, pero yo había tratado...

Melba: Él era el hijo de Pilar García. ¿Cómo se llamaba?

Irenaldo.

Melba: Que entonces era un simple soldado, no tenía grados ni nada de eso. Un sargento o algo así...

Haydee: Entonces yo traté, porque ya yo había chequeado que cuando bajara la ametralladora no me fuera a quedar en ninguna ventana, sino que me quedara entre piso y piso. Entonces yo voy corriendo, corriendo, y ¡pam!, y bajo aquello. Y cuando entra aquella gente –todo el mundo sabía lo de la ametralladora–, dicen: «Bueno, pues hay que registrar, hay que registrar». Y nadie quería que fueran a registrar. Y yo estaba de lo más tranquila, yo tenía confianza en que no iban a encontrar la ametralladora allí. Y estaba Fito, me acuerdo...

Melba: Fito y yo nos íbamos en el momento que llegó la policía.

[A Haydee] ¿Qué Fito, tu primo?

Melba: Sí. Entonces, viendo lo que estaba pasando, pues no nos fuimos, nos quedamos allí. Y la cosa también de inexperiencia nuestra, porque si yo salía lo lógico era que hubiera huido, pero lo que hice fue correr la misma suerte. Entonces Fito y yo regresamos...

Haydee: Pero después no quisieron saber lo que era la ametralladora aquella.

Melba: ... y nos quedamos durante todo el registro.

¿Qué cosa era, una Thompson?

Haydee: ¿Qué? ¡Aquello nunca disparó, ni tiró, ni sirvió para nada! ¡Era un trasto viejo! Aquello no tiró nunca un tiro. Entonces yo voy corriendo y saco aquello, y yo recuerdo que Abel y Fidel entretenían a la gente, pero era que ellos sabían que había una ametralladora; pero, en fin, van a registrar y no encuentran nada.

Dijiste Fidel. ¿Fidel estaba allí esa noche?

Melba: Yo creo que Fidel no estaba, te voy a decir por qué.

Haydee: ¡Sí, chica!

Melba: Me parece que Fidel no estaba, Yeyé...

Haydee: ¿Quién fue quien habló con ellos?

Melba: Abel. Esa es la cosa más interesante de ese registro...

Haydee: ¡Ah!, yo creía que era Fidel quien había hablado con ellos. Déjame decir esto de la ametralladora, qué pasó: ellos van y registran todo, y no la encuentran, y ya después que habían hablado con ellos, dice él de lo más gracioso: «Fíjate que han visto la ametralladora y se han hecho los bobos», porque todo el mundo creía que estaba allí. «Han visto la ametralladora y se han hecho los bobos, así que eso quiere decir que a esta gente podemos captarla». Cuando ellos van al cuarto, registran y viran, y no traen nada, dice Abel bajito, me dice a mí muy bajito: «Fíjate, Yeyé, que no han cogido la ametralladora, quiere decir que a esta gente podemos captarla. No nos quieren entregar». Claro, él no sabía lo de la ametralladora.

Melba: Pero como yo no sabía que Yeyé ya había actuado tan rápidamente, yo hice así ¡pam!, y me instalé en el sofá pensando que estaba en el sofá abajo. Allí me prendí y no había manera de que me levantase. Entonces ellos insistentemente me levantaron del sofá...

Haydee: Y yo te dije: «Melba, chica, quítate para que lo registren todo».

Melba: Cuando levantaron aquello, yo dije: «Bueno, ahora sí que lo hemos perdido todo». Y cuando veo que levantan el sofá, y veo el sofá vacío, yo dije: «¿Pero qué es esto? ¡Con qué rapidez ha actuado Yeyé!». Y entonces empecé a pensar cómo Yeyé se las había arreglado.

Ahora, lo interesante de esa reunión, porque presenta la personalidad de Abel, es que a Abel no le faltó juicio para decir que los había captado. Claro, eran gentes muy inmorales para que se dejaran impresionar por nosotros, pero yo recuerdo que Abel le empezó a hablar precisamente a Irenaldo, y ahí fue donde supimos que él era hijo de Pilar García, y que era cabo o sargento, no era más; entonces Abel le empezó a hablar, y a hablar, y a hablar, y aquel hombre se interesó tanto con lo que Abel hablaba que después del registro se quedaron conversando un tiempo más allí. ¿Tú no te acuerdas de aquello, Yeyé?

Pero de verdad que ese Irenaldo oía a Abel con una atención enorme. Por supuesto, todo lo que Abel planteaba era dentro de nuestra línea, sin decir en lo que nosotros estábamos, pero censurando el golpe de Estado, y yo recuerdo que cuando Abel le hablaba él trataba de justificarse un poco, él se justificaba. Tanto es así que cuando después yo veo que Irenaldo es uno de los asesinos más grandes de La Habana, yo me sorprendo, porque ese no fue el Irenaldo que sostuvo aquella conversación con Abel en el apartamento. ¿Tú no recuerdas ese detalle, Yeyé?

Haydee: Sí, yo recuerdo que te dijo…

Melba: … que lo captamos.

Haydee: No, no, pero qué dijo él: «Bueno, lo que pasa es que tú crees que todo el mundo piensa como tú».

Melba: También recuerdo que dijo eso.

Haydee: «… por eso aquí toda la juventud es después la que padece, porque son los camajanes los que llegan al poder». «Sí, yo estoy de acuerdo, pero lo que pasa es que lo que tú quieres no puede ser».

¿Quién fue el que dijo «lo que tú quieres no puede ser»?

Melba: Irenaldo, contestándole a Abel sus planteamientos. Pero que se impresionó y oyó la conversación de Abel, la atendió.

Haydee: Pero a Abel lo lleva un poco, de verdad que él cree que han visto la ametralladora y que no la cogieron. Entonces, yo soy tan feliz, porque dije: «Ya está mi ingreso». Porque muchas veces: «Bueno ¿y nosotros qué somos?», y Abel muchas veces me decía: «Bueno, aquí cada cual va ganándose, se lo va ganando...».

Melba: Nosotras no sabíamos lo que éramos, nunca.

Haydee: Entonces cuando salgo con mi ametralladora y digo: «Bueno, señores, pues la he salvado…». ¿Cómo se llamaba?, le teníamos un nombre.

Melba: Sí, chica, ¿cómo es el nombre de la ametralladora?

Haydee: Tinguao tiene que acordarse. Le traíamos un nombre.

Melba: Y sobre todo con la alegría que hacíamos todo eso. Porque después que salió la policía y Yeyé sale con la ametralladora: «Aquí está», aquello fue una alegría.

Ustedes también en el apartamento de Abel a veces se reunían para comer.

Haydee: Todos los días.

Melba: No, no, de eso yo quiero hablar. Allí no se reunían para comer. Lo que pasa es que Yeyé le daba comida a todo el que llegaba allí...

No, pero hay una famosa tortilla de papas que tú hacías allí...

Melba: No, porque Yeyé cuidaba mucho de las comidas que le gustaban a Abel. Entonces, una de las obsesiones de Yeyé era hacer lo que a Abel le gustara, hacer lo que a Abel le alimentara. Entonces se hacían las tortillas

esas y sobre todo las frituras de seso, que es verdad que era lo que le gustaba mucho a él.

Haydee: Lo que pasa es que a Fidel le gustaba mucho la tortilla.

Melba: Y a Fidel le gustaba mucho la tortilla. Después ya al final fue cuando Fidel un día hizo unos espaguetis.

Haydee: No, Fidel llegaba y comía...

Melba: No, porque él dice: ustedes se reunían y hacían comidas. No, lo que pasa es que todo el mundo comía, y Yeyé a todo el mundo le ponía el plato por delante. Entonces los compañeros se iban sentando, aquello lo que parecía era un restaurante: allí todo el mundo comía.

Haydee: ¡Y Montané era el más goloso!

Melba: Sí, ahí resaltaba Montané. Incluso había ocasiones en que yo me molestaba, y le decía a Yeyé: «Pero Yeyé, pero qué cosa más fresca esa, yo considero que esto es un abuso, ya esto es un abuso», y yo empezaba a pelear, pero ella seguía ahí repartiendo su comida. Pero, sobre todo, a mí lo que me molestaba era Montané, que no perdía una sola comida.

¿Ya tú eras novia de Montané?

Melba: No, todavía.

Haydee: Luego, Montané llegaba a última hora, y lo que quedaba era el plato mío, que era lo que a ti te molestaba...

Melba: Eso era lo que me molestaba.

Haydee: Entonces Montané decía: «Yeyé...» –porque de verdad es que a Montané le gustaba, le encantaba aquella comida– «¿no hay nada para mí?». «Sí, queda un poquito ahí», y le daba el plato mío. Entonces Melba es cuando se ponía violenta, porque yo me quedaba sin comer.

Melba: Porque Yeyé no comía, Yeyé no almorzaba...

Haydee: Pero ahí era constante. ¿Te acuerdas cuando Gómez García empezó a ir a almorzar y a comer? ¡Pobrecito!

Melba: Y con Gómez García también hay una anécdota; yo no sé si tú recuerdas, Yeyé, un día que Gómez García llegó con un cartuchito y unos platanitos, para que tú hicieras una tortilla.

Haydee: ¡Una tortilla! A él lo botaron del trabajo, a Gómez García lo botaron del trabajo.

Melba: Sí. Entonces tenía muchas dificultades, y parece que a él le daba pena venir así, de fresco, a sentarse a comer. Y entonces llegó con el cartuchito y los platanitos.

Haydee: Ese día trajo unos platanitos que no valían tres quilos.

Melba: No valían nada.

Haydee: Entonces dice: «Yeyé, mira…» –con aquella cosa, para ayudarnos– «tú crees que...». Yo creo que tendría un medio y lo compraría de plátanos para hacer tortilla.

Melba: Entonces yo recuerdo que Yeyé empezó a jaranear con él: ¡Ah! tus plátanos, y qué sé yo qué y qué sé yo cuánto; entró, le hizo comida, y comió Gómez García.

Haydee: Pero ellos llegaban allí preguntando qué había. Ya en los últimos tiempos, que no teníamos dinero, yo trataba de hacer cosas que rindieran, cosas que rindieran mucho; me acuerdo que compraba mucha harina de maíz tierno, compraba cuatro o cinco libras de harina de maíz tierno, que valía a quince centavos la libra, ya molido y todo, luego compraba un poquito de carne de puerco, y hacía tremenda cazuela, y se volvían locos. Y las tortillas, porque me mandaban huevos del campo, y Aida también me mandaba papas, que a Fidel le encantaban y a Abel le encantaban. Porque ya cuando yo me preocupaba mucho de la comida de Abel es cuando todavía teníamos, Melba, que yo le hacía mucho seso, le hacía mucho hígado, cosas que le alimentaran...

Melba: Sí, antes de salir Abel del trabajo.

Haydee: Pero después sí ya no se podía llegar a eso, porque ya, figúrate, no se podía, no alcanzaba. Entonces hacía una tortilla. Yo había comprado hasta una sartén para hacer la tortilla. Y a Fidel le encantaban las tortillas y decía: «Pero yo un día quiero llenarme de esta tortilla». Y después de eso yo le he hecho a Fidel tortillas y dice: «Yo creo que tú has perdido la cosa de hacer tortillas», y el problema es que de verdad ahora le hago una tortilla entera, y no es como aquello, que se comía un pedacito y quedaba con unos deseos tremendos. Pero de todas maneras la tortilla le sigue gustando, porque es que yo hago la tortilla muy a la española, muy qué sé yo, y le gusta a la gente.

¿Ustedes se acuerdan de algo de lo que se leía allí, de lo que se hablaba, los libros que tenían en la biblioteca, los libros que se prestaban?

Haydee: Abel tenía, figúrate, muy pocos libros, pero su obsesión eran los libros. Pero Abel tenía una cosa también…

Melba: Abel leía mucho.

Haydee: Leía mucho. Pero, fíjate, qué cosa más grande. Abel, cuando empezaba a leer una cosa muy mala, la terminaba. El leía y muchas veces decía: «Pero qué cosa más mala es esta. Óyeme, Yeyé, léete esto para que tú veas; no he visto cosa en mi vida más mala que esta». Y yo le decía: «Pero ven acá, Abel, ¿y por qué tú la estás leyendo?». «Porque quiero ver hasta dónde llega aquí la imbecilidad». Y cuando la terminaba de leer decía: «Léela». Yo empezaba a leerla y no podía leerla, y decía: «Abel, pero no se puede leer». Y decía: «No, no, pero espérate, sigue leyendo para que tú veas que lo más malo está al final». Y lo más malo estaba al final, y usted leía el libro. Yo decía: «Pero cómo es posible». Él se entusiasmaba con aquel libro malo, que yo no entendía.

Melba: Esa era otra característica de Abel. Por ejemplo, Abel no disfrutaba solo sus cosas. Él todo lo compartía con los demás. Decía: «Esto no dejes de leerlo; léelo con cuidado, pero es bueno que se lea, es bueno que se lea, debemos comparar». Y todo, todo lo compartía con todo el mundo.

Haydee: ¿Te acuerdas con *La isla de los pingüinos*? Yo la tenía, la estaba leyendo, y dice: «¿Qué tú estás leyendo?». Y empieza a leer *La isla de los pingüinos*, y hubo que leer. ¡Cuánta gente leyó en ese apartamento *La isla de los pingüinos*! ¿No te acuerdas?

Melba: Sí, sí. Había que leer lo que él leyera.

Haydee: Pero después había que hablar de eso.

Melba: Yo recuerdo que Abel estaba leyendo, si no era un folleto era un libro muy chiquito, y era yo no sé si sobre la familia o sobre la educación del niño socialista, y recuerdo una mañana que yo llegué allí, un mediodía, que él estaba almorzando, y entonces yo agarré una silla y me senté allí al lado de él en la mesa, y entonces decía: «Mira, así es como tenemos nosotros que desarrollar nuestra sociedad una vez que hayamos triunfado». Y entonces empezaba a analizar aquello y hasta me parece que ese es el origen de la idea del Camilo Cienfuegos y de todo este tipo de ciudades escolares que se han constituido.

Haydee: Yo me acuerdo de muchísimas cosas más. Inclusive yo le contaba a ella que cuando pasábamos por Columbia[28] él paraba la máquina y me decía: «¿Te das cuenta, Yeyé?, cuando ahí haya veinte mil niños metidos. Pero tú no te das cuenta de que cuando ahí haya veinte mil niños no va a haber un golpe de Estado. Y cuando uno llegue aquí y en vez de ver tanto soldado se ponga a pasear y vea

[28] La Ciudad Militar Columbia (o Campamento Columbia), ubicada en el municipio Marianao de La Habana, fue la principal fortaleza militar en Cuba desde la primera intervención estadounidense hasta 1959, cuando fue convertida en la Ciudad Escolar Libertad.

tanto niño». Porque es lo que yo te decía el otro día, que nunca hablaba de él muerto, nunca, nunca...

Melba: Nunca, nunca, eso no formó parte de los planes de él.

Haydee: Nunca. Él decía y cuando veamos esto...

Melba: Pero, Yeyé, ninguno de ellos, porque Boris Luis tampoco se proyectó así. Recuerda que Boris decía: «Cuando lleguemos al poder…» –que esa es una sola de las realizaciones más grandes a los que traten de negar esta cosa–, cuando caminando por las zonas residenciales de la burguesía, Boris decía: «Cuando lleguemos al poder…», lleguemos...

Haydee: Sí, pero después él me decía muchas veces, cuando estábamos solos: «Déjame venir por ahí». Y le decía: «Boris, ¿por qué a ti te gusta ver tanto estas casas por aquí?». Y decía: «Porque ya estoy disfrutando...».

¿Qué decía él, cuando lleguemos al poder qué, que dejaste la frase inconclusa?

Melba: Él decía: «Cuando lleguemos al poder, todas estas casas serán del pueblo». Y entonces desarrollaba allí su tesis, porque esas casas eran mal adquiridas, con dinero robado, con qué sé yo qué.

124 *¿Eso era por Miramar, por allí?*

Melba: Por Miramar, por el *Country*.

Haydee: Por el Laguito.

Melba: Abel estaba tan seguro de que seguiría viviendo, que fíjate que la noche en que hicimos la comida allá en la Granjita de Siboney, con Renato [Guitart], Abel aquella misma noche dijo: «Y entonces tal día» –uno o dos días después, no sé cuándo– «nos reuniremos aquí, entonces haremos otra comida, la comida de la victoria». ¿Tú recuerdas aquello? O sea, que nunca estuvo en los planes de Abel...

Haydee: Fíjate que después de eso…, yo no sé si tú recuerdas que cuando Abel decía eso, nosotras nos íbamos para un rincón y decíamos: «¿Tú ves cómo Abel no va a morir?». ¿Te acuerdas con la mata de mango? Siembra la mata de mango y decía: «Tú verás dentro de cinco años los mangos tan sabrosos que vamos a comer».

¿Dónde la sembró?

Haydee: En Siboney.

¿Está allá? ¿Está allí la mata?

Melba: Yo no sé.

Haydee: Sí, Montané la vio. Junto al platón que cubría el pozo, recuerdo que cuando nosotros llegamos decía: «Tú veras dentro de cinco años los mangos que vamos a comer aquí». Porque entonces ya esos eran los mejores mangos. ¿Te das cuenta? Él era optimista.

¿Tú crees que el carácter de Abel era similar al de Fidel?

Haydee: Guardando la distancia, yo creo que en optimismo eran iguales. Y que servía para cualquier tarea. Mira, a mí mucha gente me dice: ¿qué sería de Abel ahora? Yo te digo a ti que yo lo he defendido mucho porque sirve para cualquier cosa, hubiera servido para cualquier tarea. Entonces a mí me parece, no sé, que al principio tal vez hubiera estado en el Ejército; después... Abel hablaba con entusiasmo de la agricultura, pero con una pasión de la agricultura; él hablaba con una pasión de la educación que eso no tenía nombre, y con una pasión de la organización y del hombre nuevo, de la formación del hombre nuevo.

Melba: Yo considero que en la organización Abel tenía grandes dotes, pero grandes, grandes dotes. Hace uno o dos días yo estaba pensando eso; si Abel viviera, ¿cómo contemplaría él la cosa esta de la organización? Porque Fidel, naturalmente, era el dirigente de aquello, era la figura más alta, pero no queda la menor duda de que Abel lo complementó perfectamente en la organización de aquel grupo.

Haydee: Captaba lo de Fidel de tal manera, él interpretaba a Fidel de tal manera, que Fidel hablaba y uno creía más o menos, y entonces uno decía algo y decía: no. Interpretaba a Fidel de una manera que podía ejecutar las cosas, porque sabía interpretar de una manera tan bien. Y yo muchas veces le decía las dificultades, y yo le decía: «Abel hay tantas cosas enraizadas aquí, ¿que cómo podremos hacer?». Y él decía: «Pero es que no te das cuenta de que es el hombre nuevo, es el hombre nuevo lo que va a venir aquí; será de otra formación, será de otra manera». Y yo decía: «Pero eso es muy difícil», y decía: «Pero eso es muy importante».

Melba: Abel era muy alegre. Yo no recuerdo todavía a Abel ni triste ni serio, aún en momentos de preocupaciones; a Abel no se le vio jamás esa cosa así, se le veía muy alegre, porque es que era optimista.

¿Ustedes se acuerdan de las conversaciones en el apartamento de 25 y O?, ¿cómo se empezó a planear la idea del Moncada? ¿Cómo empezó a surgir la cosa?

Haydee: Allí nunca se habló del Moncada, allí la palabra Moncada nunca se usó.

Surgió la idea de dar un golpe revolucionario. ¿Cómo fue el origen de todo aquello? ¿Cómo se fue llegando ahí? Estaba la gente de Artemisa, por un lado, las prácticas que se hacían.

Haydee: Lisandro, eso es un poco difícil, pero yo voy a decir lo que yo veía o sentía en aquel momento: nosotros estábamos buscando y buscando, nos incorporábamos a todas las cosas, y teníamos un momento al principio que teníamos alguna idea de que tal vez los auténticos,[29] podíamos contar con las armas de los auténticos, que podíamos adquirir esas armas de alguna forma. Y a esa tarea se dio un poco Abel, a esa tarea de organizar grupos para después de organizados, después de adiestrados, presentarlos a los auténticos y que los auténticos vieran en qué decisión estábamos nosotros.

Un día lo vi un poco pensativo y le dije: «Abel, ¿qué pasa?». Me dice: «Mira, Yeyé, tenemos que buscar las armas donde sea, porque esta gente no nos va a dar una bala. Y hay que darse a la tarea de comprarlas con nuestro dinero, o de robarlas, pero no esperemos más, no esperemos más de esta gente».

Melba: Eso sucedió, Yeyé, después que se hizo toda aquella movilización de las fuerzas nuestras que se agruparon en tres o cuatro casas en La Habana, una noche, ¿no te acuerdas?, que se hizo un contacto con los que representaban a los auténticos aquí, que yo recuerdo que se desalojaron las casas, entre ellas se desalojó la casa mía; mi mamá y mi papá se fueron y yo llegué, todavía no se había terminado aquella operación y recuerda que nosotras dos comentábamos eso.

Entonces, después de aquella movilización que ha sido la cosa más perfecta y más organizada y más linda, porque, por ejemplo, en la casa mía, que era una casa grande, no cabía un compañero más, y cuando yo entré en ella pensé que no había nadie, se oía hasta el zumbido de las moscas allí. Recuerdo que estaban los representantes de los auténticos con una lista –jamás se me olvidará, porque yo nunca había oído hablar de lanzallamas–, decían: tantos lanzallamas. Nosotros nos ilusionamos muchísimo con eso. A las pocas semanas de aquella actividad fue que se dieron cuenta de que era un engaño, que nos estaban entreteniendo. Y ahí fue cuando se iniciaron los nuevos planes.

Entonces, ¿cómo fue ya, por fin, que se arrancó hacia el Moncada? ¿Estaban en aquellas casas, donde ustedes se reunían, tenían una organización militar, aún no hablaban concretamente del Moncada, pero hablaban de la necesidad de un golpe revolucionario?

Melba: Mira, Lisandro, Yeyé te lo dijo: la organización militar se empezó a trabajar desde los primeros momentos; cuando nosotros les presentamos a

[29] Se refiere a los militantes del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos).

los auténticos a nuestros hombres, estaban correctamente organizados desde el punto de vista militar, quizás no en el manejo de determinadas armas, pero sí con una disciplina militar. Entonces, al darse cuenta Fidel y Abel de que los auténticos estaban jugando con nosotros, nos estaban engañando, fue entonces cuando se entró en nuevos planes, que no sé si es correcto fijarlo así en el tiempo, pero yo sí digo que esa reacción la tuvimos después de ese mes de diciembre. ¿No recuerdas que nosotros tomábamos el mes de diciembre con la alegría de que ya era lo último porque íbamos a entrar en la lucha? Y a partir de ese momento llegaron los nuevos trabajos, lo que planteaba Abel: las armas las tenemos que adquirir nosotros, no sabemos cómo, comprarlas o lo que fuera; y ahí fue donde entramos entonces en la segunda etapa que culminó en el Moncada; no en la organización de nuestros jóvenes, porque nuestros jóvenes estaban organizados ya.

Ahora, en esto de la organización de nuestras fuerzas también había una cosa muy interesante que Yeyé y yo sufríamos domingo tras domingo; yo no sé si tú te acuerdas, Yeyé, que se reunían las células, o los grupos, no sé cómo era aquello, y entonces cada domingo representaba una depuración de nuestra fuerza; cada domingo se reafirmaban los mejores y se separaban los que no reunían las condiciones para aquella acción. Y esta depuración se mantuvo, yo creo, que hasta los mismos instantes en que fuimos allá. ¿No es verdad, Yeyé?

Ahí se veía mucho también el trabajo de Ñico López y el trabajo de Calixto García, el que hoy es comandante de nuestro Ejército, ¿no es verdad?, en el trabajo aquel de citar a los grupos, de reunirnos, unas veces en la casa del Partido, otras veces nosotros no sabíamos dónde; pero yo sí recuerdo que tú y yo siempre estábamos en la tensión de qué pasará; igual que los domingos que se dedicaban a las prácticas de tiro, si se demoraban, las ocho de la noche, ¡no llegan!; las diez de la noche, ¡no llegan! Y cuando llegaban...

Haydee: Y cuando llegaban todos enfangados.

¿Y cómo se hizo contacto con el grupo de Artemisa?

Melba: Lo que más yo sé lo conocí en algunas visitas que hice por las zonas esas de ahí de San Cristóbal, que conversé con mucha gente humilde y del campo, que tenían el recuerdo de Abel tal como si hubiera ocurrido en ese momento el encuentro de ellos; bueno, tú lo tienes que recordar, cuando Abel salía, concretamente aquel 28 de enero, Abel no estaba en La Habana, estaba en la provincia de Pinar del Río; Abel y Fidel, y algunos otros más que yo no sé, salían a preparar todo ese trabajo de captación y de organización de los grupos. Abel y Fidel los visitaban en sus bohíos y en sus hogares, y hablaban de la organización del Movimiento y de la necesidad de ir a una lucha armada.

Haydee: ¿Te acuerdas del perro? Abel se apareció con un perro. Había que darle boniato, picadillo, porque era lo que tenía que comer. Fíjate cómo fue aquel perro que aquella casa se desbarató: allí no hubo colchoneta, no hubo sofá, porque, además, ¡qué bruto salió el perro! Abel quería enseñarlo a que trajera las chinelas: «¡Silver, Silver, búscame las chancletas!». Y Silver cogía lo que encontraba, traía un pantalón, pero ya cuando lo traía eran tiras del pantalón, ¡y yo me ponía tan brava! Y Abel me decía: «Tú verás que él aprende, él aprende».

—Silver tráeme, qué sé yo, aquel libro; y Silver iba y le traía la almohada, pero aquella almohada rodando por aquel piso estaba toda desbaratada. «¡Pero Abel…!». Y Abel decía: «Él aprende, ¿qué es lo que tú quieres, que aprenda de un viaje?». Silver jamás aprendió y lo destrozó todo.

Melba: Se convirtió en el personaje más importante de la casa. Además, ¡qué paciencia!, y Silver nunca hacía nada bien hecho. Entonces, le decía: «Bueno, Silver, siéntate ahí», y Silver se encaramaba arriba de la mesa, cogía el tapete aquel, rompía el tapete, y me decía: «¿Tú ves cómo está aprendiendo?». «Sí» –decía yo– «aprendiendo a romperme el tapete». «Pero se encaramó arriba de la mesa». «Pero si tú le dijiste que arriba del sofá».

¿Cómo se decidió que ustedes fueran a Santiago, y cómo fue el viaje allá, cómo se desplazaron, cómo se trasladaron? Yo creo que tú tuviste un problema con un soldado en el tren, o algo así.

Haydee: Sí, ya eso lo he dicho varias veces. Nosotras sí sabíamos que íbamos a ir. A nosotras nos prometieron que no nos dejaban fuera, a Santiago o donde fuera. Ya nosotras cuando veíamos la cosa que se estaba acercando, sobre todo cuando Abel desapareció. Cuando Abel desapareció yo estaba muy ansiosa.

Melba: Le preguntábamos de vez en cuando, no muy a menudo, a Fidel por Abel.

Haydee: Yo le dije: «Fidel, dime nada más que Abel está bien». Y entonces me dijo: «Él está bien, y estate tranquila, que tú te vas a reunir con él, tú te vas a reunir con él».

Melba: Las primeras veces le preguntábamos, y entonces...

Haydee: Desde que él me dijo que me iba a reunir con él, ya yo no le pregunté más.

Melba: ... y entonces después él venía, y de vez en cuando nos decía: «Abel está bien»; nos daba algo que nos alentaba.

¿Y dónde estaba Abel?

Haydee: En Santiago, pero nosotras no lo sabíamos.

¿Qué tiempo antes se fue Abel para Santiago?

Haydee: Abel se fue como un mes y pico antes.

Melba: Un mes y pico.

Haydee: Y ahí fue donde yo me di cuenta de que no nos iban a dejar, porque yo tenía mis dudas.

Melba: Yo también, porque además lo habíamos discutido mucho.

Haydee: Entonces él me dijo: «Tú te vas a reunir con él, despreocúpate, estate tranquila, tú te vas a reunir con él»; me lo repitió así y me tranquilizó. Yo conocía a Fidel y sabía que no me lo decía por gusto.

En ese tiempo que Abel estuvo fuera, Abel me dijo que me fuera para casa de Melba; entonces yo le dije a Fidel: «¿Tú no crees que yo me quede aquí en el apartamento por si a ustedes les hace falta?». Y me dijo: «No va a hacer falta tu vuelta por aquí, dame la llave y vete, como te dijo Abel, para casa de Melba; además, tú no has tenido unas vacaciones hace mucho tiempo, así que despreocúpate del trabajo y pasea todo lo que puedas; cógete unas vacaciones, como si fueran unas vacaciones de verdad de trabajo».

Un día vino Fidel y me dice: «Bueno, te tengo una buena noticia. ¿Supiste de Abel? ¡Vas a ver a Abel!». Entonces yo corrí y te lo dije: «Melba, ¿a ti te han dicho algo?». Y dice Melba: «No». Digo: «Entonces, ¿tú no irás?». «No sé» –porque no nos decían mucho–...

Melba: Nos decían muy poquito.

Haydee: No, pero no era solo a nosotras; no se crea que a nosotras por ser mujeres... era la forma de trabajo.

Melba: Tú llegaste y me dijiste: «Bueno; ¿y qué ropa llevo?».

Haydee: Una maletica llevé. Entonces ya Ernesto [Tizol] me trae el pasaje, y viene muy preocupado porque no se había podido encontrar en primera, porque en primera era más fácil, porque era menos gente y las maletas de armas podían ir mejor. Porque en segunda aquello, como eran los carnavales, iba aquel tren que era del demonio. Entonces ya el tren iba a arrancar y Ernesto me metió las maletas en los asientos; había un soldado, que es el que estaba sentado allí.

Melba: Yo no recuerdo cómo nos despedimos nosotras, dónde nos despedimos...

¿Ustedes no fueron juntas a Santiago?

Melba: No.

¿Cómo a ti te dijeron que tú ibas para allá?

Melba: Nosotras dos vivíamos en estado de alerta permanentemente, por los temores esos de que nos dejaran fuera de la cosa. Inclusive discutimos muchas veces con Abel y Fidel, y siempre nos dejaban así en una nebulosa. Después vino lo de Fidel, que le dijo: «Tú vas a ver a Abel», y ya eso nos fue dando cierta tranquilidad, pero no perdíamos el estado de alerta. Entonces, cuando Yeyé me avisa: «Me voy», que se va Yeyé, al poco rato llega Fidel y le digo: «Ven acá ¿qué es lo que pasa aquí?, ¿yo me voy a separar de Yeyé? ¿Vamos a estar separadas?». Y me dijo: «No, tranquilízate, que tú también la vas a ver a ella». «¡Ah!, ¿yo voy a ver a Yeyé?». «Sí tú vas a ver a Yeyé, y vas a ver a Abel». Entonces, Yeyé se fue hoy, y al día siguiente llegó a la casa y me dijo lo mismo que a ella: «Prepárate, que sales esta noche». «¿Para dónde?», yo no sabía para dónde yo salía. Y entonces le hice la misma pregunta: «¿Pero es un viaje por muchos días, llevo mucha ropa?». «Lleva la que tú quieras». Entonces también me fui con una maletica chiquitica, y ya entonces en el tren, que me llevó Ernesto –yo no sé quién te llevó a ti–, Ernesto Tizol en el tren con el boleto, el pasaje, fue cuando supe, pero el tren casi andando, que para donde iba era para Santiago. Ya entonces, además, me dieron una serie de instrucciones; yo no sé tampoco si te las dieron a ti.

Haydee: A mí casi no me dieron.

Melba: Qué me dijeron: vas a llevar tales cosas, que son muy delicadas. Me dijeron: «Fíjate bien, si se produce un registro, lo más importante es que tú no caigas presa, porque eso lo podemos recuperar. Si se produce un registro, olvídate de lo que llevas y trata de no caer presa». Recuerdo que así me dijo Ernesto. Claro que, yo no sé, con toda seguridad yo hubiera caído presa...

¿Qué era lo que llevabas, armas?

Melba: Llevábamos las armas. Me parece que yo hubiera caído presa, porque sé que aquellas armas valían tanto para uno, que yo no sé cómo hubiera reaccionado.

Yeyé, tú estabas diciendo algo de que Ernesto te puso las maletas en una forma... ¿cómo fue?

Haydee: Ernesto, cuando llegamos al tren, estaba muy lleno, muy lleno, y no había dónde poner las maletas. Entonces dice Ernesto: «Mira si tuvieras pasaje

de primera, pero no pudimos entrar». Yo dije: «No importa, si lo mismo se va en segunda», y dice: «No, es por lo que llevas, que es más fácil de colocar en primera, que siempre había más...», no se metía tanto la gente. Entonces ya el tren iba a arrancar y no había dónde poner las maletas, y Ernesto puso las maletas –eran dos– a la entrada del tren...

Melba: Ahí fue donde pusieron las mías también.

Haydee: Pero yo le dije: «No, no, no, ahí no, porque fíjate que se pueden confundir...».

Melba: Y se podían caer, además, por el balanceo del tren.

Haydee: Entonces digo: «Ponlas aquí», me las puso en el asiento, entre asiento y asiento las tiró y las puso así. Había un soldado sentado allí... no, todavía no estaba el soldado allí sentado. Hasta yo le dije: «Mira, aquí hay un asiento vacío, ponlas ahí». Entonces me puso las maletas abajo y yo me encaramé con los pies arriba. Pero había una gorra, y vino el soldado y se sentó, y al soldado le molestaban las maletas, igual que a mí, y a cada rato trataba de empujarlas y no podía. Entonces es cuando veo a [Fernando] Chenard, que yo no sabía que Chenard estaba sentado dos o tres asientos más allá que yo, y ya con la vista nos miramos, y entonces ya en una cosa de esa, que ya habían pasado tres o cuatro horas, y el soldado le molestaban las maletas. Entonces el soldado en una de esas trató de echármelas bien para mí, y fue cuando él me dijo: «¡Óigame, pero ¿qué traen esas maletas?!». Yo le dije que eran libros y eso, y ya cuando yo veo que el soldado estaba molesto con las maletas, empiezo a conversar con el soldado, a conversar, a darle conversación, a decir: qué bueno que no iba a hacer un viaje tan aburrida, que me había caído un compañero de viaje. Para ver si con eso lo dominaba, que no le molestaran tanto las maletas. Y así fue: no le molestaron más las maletas, y siguió. Y tanto, que ya cuando llegamos a Santiago, que fue un viaje terrible en ese tren tan lleno, yo vi la posibilidad de que él me bajara las maletas y que fuera más seguro. Entonces digo: «Miren que tener que bajar estas maletas ahora, que traigo libros aquí y a lo mejor no hay nadie esperándome». Yo me iba a bajar y sabía que había alguien esperándome, pero dije: «Es mucho mejor que, de que suban al tren, que de aquí me las bajen». Dice: «Yo se las bajo, yo se las bajo, cómo no, yo se las bajo». Porque ya nos habíamos combinado para pasear y para bailar en los carnavales, todas esas cosas las habíamos conversado. Y el hombre iba con una maleta, porque no podía con las dos. Y cuando yo veo así desde lejos a Abel, salí un poco más aprisa que el hombre, y cuando Abel me ve al lado de aquel soldado con las maletas, ¡se quedó...! y Renato [Guitart] se quedó así también, voy hablando con el hombre y digo: «Miren,

este es un compañero que ha hecho el viaje conmigo, y ha sido muy gentil, ha hecho el viaje muy bien, y ahora, hasta eso, me va a bajar las maletas. ¿Me va a bajar la otra?». Dice el hombre: «Sí, cómo no». Entonces dice Abel: «No, yo subo». Y le digo: «No, no, no, qué va, si yo soy más amiga de él que de ti, si ya hemos hecho unas relaciones de lo más amistosas», qué sé yo... «¿Me va a bajar la maleta?». Entonces nosotros estábamos con la otra maleta, esperando que el soldado bajara con ella. Tanto se demoró, que dice Abel: «Renato, vete tú con esa maleta, coge la máquina y vete tú con esa maleta». Entonces ya Renato se fue con una maleta y nosotros esperamos la otra. El soldado la bajó de lo mejor.

No había ningún peligro, bajó las maletas. Entonces nos despedimos del soldado, nos dimos la mano. Bueno, nosotros habíamos quedado en vernos en un banco, y todas esas cosas así de jaranear. Entonces en la máquina Abel decía: «Óyeme, qué apuro me has hecho pasar. Cuando yo te vi con ese soldado yo no sabía si huir, si irme, no sabía si te habían cogido. Pero te vi la cara...». Claro, yo puse una cara para que Abel se diera cuenta de que no había problema y hablando con el soldado, para que Abel viera... «Pero cuando te vi la cara a ti dije: esta se trae su lío». Y por eso se quedaron, porque me vieron en la cara que no pasaba nada. Y el soldado nos bajó las maletas, y nos fuimos para allá...

¿Y entonces de ahí a dónde fueron?

Haydee: Para la Granja.

Para la Granja directo. ¿Y cuando llegaron allí, quiénes estaban?

Melba: Estaba Elpidio...

¿Tú también, Melba, fuiste directo para la Granja?

Melba: Sí, al día siguiente. A mí jamás se me olvidará la alegría cuando vi a Yeyé. Fíjate, sobre ese trabajo tan perfecto, que uno recuerda hasta con alegría, también sorprendimos a Abel y a Renato cuando nosotras llegamos con la caja, era una caja de flores...

Haydee: Las mías eran maletas...

Melba: Sí, maletas, pero independientemente los fusiles no cabían en la maleta, y entonces buscaron un jardín y pusieron los fusiles dentro de la caja de flores, con un lazo muy lindo...

¿De esas largas, de gladiolos?

Melba: De esas largas, de regalos. Entonces cuando yo llego allí, Abel y Renato bajaron rápidamente las maletas, y yo bajé la caja de flores, que pesaba mucho; eran tres fusiles los que iban dentro. Entonces mientras Renato le daba la vuelta al carro yo tenía la carga aquella; entonces me viro para Abel y le digo: «Abel, coge aquí». Él me miró así con una mirada un poco extraña, y dice que él pensó: «¡Pero mira que a estas mujeres se les ocurren cosas! ¡Ocurrírsele venir aquí con una caja de flores!». Entonces como él me miró así, yo me di cuenta de que no entendía y le dije: «Sí, coge aquí, porque pesa» –muy bajito– y al decirle «pesa», se dio cuenta, y la agarró y dice: «Melba, perdóname, yo estaba pensando esto y esto» –lo que yo acabo de referir–, «yo estaba pensando esto de ti; perdóname que te he tenido un rato con la caja de flores». O sea que el trabajo era tan bueno, que nos sorprendíamos todo el mundo, hasta ellos mismos se sorprendían con las cosas.

Haydee: Yo traía mis maletas llenas de parque. Entonces hubo que coger unas maletas un poco tipo de madera, entonces se llenaron mucho de parque y por eso pesaban tanto. Porque yo decía: «¿Qué vendrá aquí?, ¿qué vendrá aquí?». Y empezaban a vaciar esa noche para echarlas en el pozo, yo vi que venían llenas de parque.

¿Las guardaron en el pozo de la Granja? ¿Y cómo evitaron que se mojaran?

Haydee: Era un pozo seco; fue un pozo que se hizo.

Melba: Se hizo no, el pozo estaba ya, lo que estaba clausurado, estaba cerrado. Era un pozo de la casa.

Haydee: Alrededor tenía brocal.

Melba: Ahí fue donde se puso el platón para disimular la cosa, y Abel sembró la mata de mango.

Haydee: Se sacaba el platón y se echaban las armas, se bajaba con una escalera y se colocaban las cosas.

¿Y entonces cuando llegaron a la Granja, quiénes estaban allí?

Melba: Cuando yo llegué estaba Yeyé con Elpidio, porque Renato y Abel me fueron a esperar. Entonces una de las cosas que yo también recuerdo mucho de Abel, porque Abel no conocía Santiago de Cuba, y además Abel era un muchacho muy apegado a la historia de nuestro país, muy apegado. Como para llegar a la Granja Siboney hay que pasar por las Lomas de San Juan, y todo eso es un pedazo de la historia de Cuba, recuerdo que él le dijo a

Renato: «Vamos a darle una vueltecita a Melba para que vea la ciudad», que yo tampoco la conocía. Entonces en el camino él me iba describiendo todo, él decía: «Mira qué lugar más lindo, mira aquí donde hay un cañoncito, donde está el monumento ese», y él las iba explicando. Y recuerdo que estaba muy impresionado con las montañas, y me decía: «Qué dichosa eres, fíjate que la cima de esa montaña a esta hora nunca se ve, sin embargo, fíjate que ahora se ve claro, porque le da la luz; en el tiempo que llevo aquí es primera vez que yo veo la cima de la montaña esa». O sea, que él lo vivía todo, y ahí en la misma máquina fue cuando me dijo: «Este lugar es precioso, y este es un gran pueblo».

Haydee: La mañana esa cuando yo llegué, no recuerdo bien la hora que era, conversamos y nos acostamos; pero a las seis de la mañana, yo estaba cansada, en ese viaje no había podido ni pegar los ojos, y a las seis de la mañana estaba Abel llamándome: «Yeyé, levántate». «¿Pero por qué? ¿Qué pasa?». Dice: «No, no, no, para ir a la playa». «Déjame dormir». «¿Pero cómo te vas a perder eso? Te voy a llevar a la playa de Baracoa», creo que era...

Melba: La de Siboney.

Haydee: ¿No se llama Baracoa?

Melba: Siboney.

Haydee: Siboney se llama. Yo lo que sé que digo: «Pero si yo tengo más ganas de dormir». «¡Pero tú eres boba! ¿Tú sabes que es una de las playas más lindas que he visto en mi vida? Mira, tiene una arena...». Entonces me empezaba a hablar de la arena, y yo estaba que me dormía. «Sí, Abel, la arena es muy linda, pero yo tengo mucho sueño». «No, que después a lo mejor no podemos ir; levántate, levántate». Entonces me trajo café; parece que Elpidio había hecho café, me trajo café, y dice: «Vamos, que después no vamos a poder ir. ¿Y tú no trajiste trusa?». «¿Cómo iba a traer trusa si yo no sabía para dónde venía? Si yo le pregunté a Fidel que qué traía, y me dijo que lo que me diera la gana». Dice: «Bueno, en Cuba lo primero que uno echa en la maleta es una trusa». No le dije nada. «¿Cómo te bañarás, cómo te bañarás?». Y un lío para que yo me bañara. «¡Yo no tengo ganas de bañarme, viejo!». «No, no, no». Por fin no había trusa, no apareció la trusa, pero me tuve que levantar, ¡un sueño! Me cogió, me llevó, me enseñó la playa, cómo se bañaba la gente, la arena. Aquello fue a las seis y media de la mañana, nosotros en esa playa; entonces me llevó por todo aquello, y dice: «Deja ver, porque después no voy a tener tiempo. ¡¿Cómo tú no vas a poder ver esto?!». Y cuando me dice eso, «No vas a poder ver esto», en el sentido de que no iba a haber tiempo, digo: «¡Uy!, la cosa es rápida...».

Melba: Ahí fue cuando yo llegué.

Haydee: Que yo te lo dije: «Melba, yo creo que la cosa es rápido».

¿Qué día llegaron ustedes a Santiago?

Melba: Yo llegué el 24, y entonces tú llegaste el 23; tú llegaste un día antes que yo, sí, porque tú saliste por la noche y llegaste por la mañana, y yo salí a la noche siguiente y llegué a la mañana siguiente.

¿Por fin se bañaron en la playa?

Haydee: Él se bañó, pero yo no pude. Y rezongando ahí nada más: «¡Mira que no traer trusa! ¿Pero tú has visto, Elpidio, que Yeyé no ha traído trusa?». Recuerdo que en un momento Abel nos dice: «Las máquinas –porque Abel dejaba caer algo ya allí–, las máquinas van a entrar por aquí y se van a esconder aquí...».

Melba: Y a nosotras, en nuestro estado de alerta, nos hicieron pensar muchísimo, y además volvernos más inteligentes.

Haydee: Las máquinas van a estar aquí… Y entonces empezamos, esa tarde entera, a limpiar aquello, todo el día, y teníamos las manos muertas de cansancio, porque dijimos: bueno, si las máquinas van a entrar aquí y hay un cristal o algo, o una puntilla, se puede ponchar alguna máquina. Entonces todo el día 25 era así, así, buscando, buscando, buscando las ramitas, los clavitos, los pedacitos de vidrio, todo el día en aquel trabajo...

Melba: Y fíjate, ya por la noche teníamos las manos con llagas.

¿Con la palma de la mano limpiaban aquello?

Haydee: Sí, para que no tuviera ni un cristalito.

Y fíjate lo que son las coincidencias, entonces yo me pongo a limpiar un pedacito, así, así, así, y era velando a Boris; no llegaba la gente, y yo decía: «¿Entonces Boris no vendrá para acá?».

A estas alturas, ¿ustedes estaban solas allí?

Melba: Con Elpidio. Y Abel y Renato en las otras gestiones por fuera.

¿Pero ellos eran los contactos, entraban y salían?

Haydee: Sí. Nosotras no salíamos fuera de la casa, a excepción de esa mañana que yo te cuento, que Abel me llevó.

Bueno, esto está hecho para muchas máquinas, así que van a venir muchas máquinas. Yo decía: «¿Boris vendrá para acá?». Entonces me pongo a

limpiar un pedazo así, pero bien, bien, bien –¿tú te acuerdas?–. Tú me dijiste: «Yeyé, pero está bueno». Y digo: «No, porque yo voy a velar cuando venga la máquina de Boris, para que la parquee aquí», porque lo había limpiado, pero así, así, así... Entonces velando cuando venía la gente, velando cuando venía la gente. Entonces esa noche, ese 25, como a las nueve o las once de la noche, cuando yo veo a Boris, lo primero que se me ocurre decir: «¿Y dónde tú parqueaste?». Y él se quedó un poco azorado: «Yo parquee donde me dijeron». Digo: «¡Ay!, ¡tanto que yo he limpiado tu pedazo!». Porque me sorprendió. ¡¿Y tú sabes que la máquina de Boris se ponchó?!

Melba: La única que se ponchó.

Haydee: Cuando nosotros íbamos para el hospital, que íbamos para allá, nos encontramos la máquina de Boris.

Melba: Yo sostengo que no se ponchó allí en el patio, porque es que fue un día entero de trabajo, pero de un trabajo de esos minuciosos. ¿Tú sabes dónde se debe haber ponchado Boris?, quizás al salir por el puentecito, al salir del patio de la Granja para la carretera.

Haydee: Pero la coincidencia es que cuando veo a Boris le digo: «¿Dónde tú parqueaste?». Porque aquel pedacito se lo había limpiado, pero limpiado así, así, que poco me faltaba pasar la cara por ahí para saber si había algo. Y cuando nosotras fuimos para el cuartel vimos la máquina de Boris ponchada... Tú me dijiste: «Míralo». Entonces Boris, parece que él pensó –porque esto sí ya son ideas de uno– que nosotros íbamos a ver su máquina, porque él estaba ya con la escopeta y nos hizo así, como para que viéramos que estaba allí, detrás de la máquina.

Melba: Además, nos entró una tranquilidad enorme cuando lo vimos allí. Ya estaban los tiros andando, y él velando los carros que pasaban, velando el paso de nosotros.

Por fin, ¿cómo se fue para el Moncada?

Melba: En otros carros.

¿Y cómo llegó la gente allí a la Granja aquella noche?

Haydee: Iban llegando en carros.

¿Iban llegando en los mismos carros que salieron al día siguiente?

Haydee: Sí.

¿Y pasaron esa noche allí?

Haydee: Sí. Y a la llegada de cada carro de esos, ¡ay, Dios!, qué alegría. Yo te digo que parecía...

¿Era gente que ustedes no veían hacía tiempo?

Melba: Yeyé, nosotras nos sentamos en el portalito allí, como estaban los muebles en el portalito de la casita, y cuando veíamos la luz, no la luz, el reflejo de la luz en la carretera; decíamos: «Ahí viene otro carro». Y efectivamente, iban llegando, ¡qué alegría!

Haydee: Pero es que los esperábamos como si estuviéramos reunidos para una fiesta. Bueno, ellos nos veían a nosotras y decían: «¡Ustedes aquí!». Porque era un poco de sorpresa para todo el mundo. Porque cada uno no sabía bien quiénes nos íbamos a ver aquí. Cuando nos veían a nosotras, cómo se ponían. Cuando yo veo a Boris en la casa, yo te digo: «Melba, Melba», y dice él: «No sé si ya Melba me vio». Entonces ahí cuando Boris llega, empezamos a conversar. Yo vi a Boris un poquito decaído, y digo: «¿Qué te pasa, tú no estás contento?». Dice: «¿Y tú crees que estar contento nada más que se expresa riéndose como tú?», me dice. Porque Boris tenía más altibajos en sus expresiones y sus cosas. Y le digo: «No». Y entonces llegaste tú y nos pusimos a hablar, y después llegó Chenard y un grupo, y empezamos a hacerle el cuento del soldado: «Óyeme, tú sabes lo que pasó», ¡y qué sé yo!, y él se echó a reír. Yo me eché a reír.

Él tenía ganas. Pero después no; después estaba contento también. Tenía hambre, creo que tenía mucha hambre. ¡Ah! se puso también a pelearme porque no le había guardado nada: «Le has dado comida a todo el mundo y no me has guardado comida a mí». Porque él era un poquito absorbente. Él se molestaba un poco por que uno se preocupara en general de todo el mundo.

¿La salida por la mañana cómo fue?

Melba: La salida fue de noche todavía. Fíjate que la acción empieza a las cinco y veinte. Entonces era de noche, nos cogió el amanecer en la carretera. Entonces uno de los carros primeros que salió fue el de Abel, porque ahí lo que yo más recuerdo fue la discusión, porque Abel se fue y ni nos dimos cuenta de que Abel había salido.

Haydee: Yo sí me di cuenta cuando Abel salió.

Melba: Cuando ellos salieron, entonces Fidel planteó, ya saliendo los carros: «Bueno, entonces ustedes dos nos esperan aquí»; y Yeyé y yo nos miramos y dijimos: «Pero ¿cómo esperar aquí?, eso es imposible». Entonces planteamos otra vez la protesta eterna, permanente, de aquella cosa. Fidel se confundió

un poquito, y dice: «Pero es que Abel ya salió, ¿y cómo asumir la responsabilidad de que ustedes vayan sin que él lo sepa?». Entonces, fue cuando intervino Mario Muñoz, y dijo: «No, lo que ellas plantean es justo, yo me comprometo a llevarlas conmigo y lo que ellas van a hacer en este tipo de trabajo, yo me las llevo bajo mi responsabilidad».

Haydee: En cambio, cuando Abel nos vio allí, fue como si nos estuviera esperando.

Melba: Para él no fue sorpresa.

Haydee: Él nos dijo: «Bueno, ¿y por qué ustedes están aquí?». Cuando Abel nos vio allí...

¿Ustedes no sabían en ningún momento a dónde iban?

Melba: No, ni sabíamos que íbamos a estar junto con Abel.

Y todavía en ese momento en que estaban subiendo al automóvil, ¿no sabían a dónde iban?

Melba: Nadie sabía nada.

Cuando entraron ¿qué estaba pasando? ¿Ya sonaban los tiros?

Melba: Ya sonaban los tiros. Nosotros llegamos al hospital debajo de la balacera...

Haydee: Y cuando llegamos al hospital nos bajamos debajo de la balacera. Tanto, que nosotras salimos corriendo para el hospital y Abel nos decía «¡Agáchense!», pero parecían pocas las piernas para correr, yo por lo menos, si me agaché, no me acuerdo.

Melba: Pero tampoco podíamos agacharnos, porque lo que había era que ganar tiempo.

Haydee: Nosotras salimos de la máquina, porque la máquina no pudo llegar hasta la puerta.

Melba: No pudo llegar por el tiroteo, y como nosotros íbamos en el último carro.

Haydee: Nosotras tuvimos que correr un tramo bastante largo para llegar al hospital.

¿Cuántos metros, más o menos?

Haydee: No recuerdo...

¿Sería una cuadra?

Melba: Casi, casi, porque nosotros tuvimos que atravesarlo todo.

Haydee: Todo, si la máquina...

Melba: ...la máquina no pudo llegar frente al hospital.

Haydee: Nosotras nos quedamos por un lugar, y nosotras tuvimos que correr, correr, una cuadra, ¡cómo no!

¿Qué estaba pasando allí?

Haydee: Los tiros.

Sí, pero en el hospital, ¿qué sucedía allí?

Melba: Los compañeros nuestros peleando. Nosotras caímos en lo que pudiéramos decir que era la retaguardia, protección de la vanguardia de la lucha, que eran las ventanas que daban frente al hospital. Nosotras estábamos en la entrada.

Haydee: Abel daba al frente.

Melba: Aquí en esta ventana [hace las indicaciones sobre un dibujo] está Abel con un grupo de compañeros y este es el cuartel.

Haydee: Y entonces nosotras a no dejar entrar a nadie.

Melba: La misión de nosotras era proteger la acción de esta gente. Entonces nosotras estamos aquí situadas por los compañeros que están tirando tiros. Hay tiros por aquí y otros por allá.

Haydee: Y los tiros que venían de aquí querían entrar...

Melba: Claro, tomar el hospital.

Haydee: Y eso de dejar entrar ahí a la gente, tremendo...

Melba: No, es imposible, el hospital no nos lo tomaron.

Haydee: No, el hospital no lo tomaron en ningún momento.

Melba: En el hospital entraron exactamente a la hora de haber cesado el fuego.

Haydee: Porque, fíjate, que en un momento, cuando pasa la parte más violenta, que iban a entrar, cuando tiran, que a Gómez García lo aturden, por poquito ahí entran.

Melba: Pero quedó instantáneamente muerto allí.

¿Quién fue?

Melba: Un policía, que fue el más arriesgado, avanzó y llegó al vestíbulo del hospital, y allí se cruzaron los tiros, el policía cayó, ¿te acuerdas, Yeyé?, con

un tiro aquí, totalmente muerto, y la ametralladora que llevaba el policía la cogió Julio Trigo que después no la quería soltar, cayó el policía y cayó herido un compañero nuestro: el compañero nuestro fue uno de los Matheu, no sé si Horacio o Wilfredo, uno de ellos dos cayó herido; pero por las investigaciones que nosotros hicimos, se le hospitalizó, y no era una herida mortal; mortal fue la del policía.

Ese fue el policía que venía caminando...

Haydee: Venía caminando, y se le decía: «¡Vire, vire!», y él siguió avanzando.

Melba: Pero antes había caído Feró –pero había caído en el portal–, que fue al que Yeyé corrió para atenderlo y donde se aturdió Gómez García con esos tiros. Feró cayó en el portal, y entonces la mujer de Feró, que vivía al frente, empezó a dar gritos...

Melba: Feró es un teniente de aquella época, un teniente de Batista. Yeyé avanzó a prestarle auxilio a Feró, y contuviste a la mujer para que no pasara, que no se pusiera detrás de Yeyé; avanzamos entonces Raúl y yo; pero que a Raúl Gómez García una bala le pasó muy cerca y lo aturdió un poco; entonces Yeyé atendió aquí a Feró, y contuviste a la mujer para que no pasara, ¿no es verdad?, la convenció de que no pasara, en medio de la balacera.

Haydee: Hay un momento en que yo me paro para decirle a la mujer algo, porque tú me gritaste a mí, lo que me hace agacharme...

Melba: Porque hay un momento en que Yeyé se olvida de ella misma queriendo proteger a la mujer. Y como nosotros estábamos detrás, entonces le gritamos.

Haydee: «¡Te van a matar!», tú me gritaste.

Melba: Y después la caída del policía en el vestíbulo del hospital.

Haydee: Y fuimos a buscar un médico.

Melba: Sí, fuimos a buscar un médico, pero los dos habían caído mortalmente heridos, uno y otro habían caído mortalmente heridos, porque es verdad que los nuestros sabían tirar.

Mientras tanto estaban disparando desde la ventana los compañeros.

Melba: Hacia el cuartel.

¿Y la reacción entre los médicos, la gente que estaba allí hospitalizada?...

Melba: Había algunas enfermeras muy valientes que se incorporaron al trabajo con nosotras.

Haydee: La actitud general de todos, después que nos escondimos, fue una actitud muy buena; más las mujeres. Las enfermeras se portaron muy bien, y en todo momento nos brindaron protección y nos buscaron ropa de enfermeras.

Melba: Y todos los compañeros nuestros que se hospitalizaron fue por ellas, y los enfermos se portaron muy bien también, los enfermos reaccionaron muy, muy bien.

Entonces, ¿qué tiempo aproximadamente ustedes estuvieron allí?

Melba: En el hospital estuvimos exactamente desde las cinco y pico de la mañana, o seis menos cuarto, o algo así, hasta las ocho de la mañana. Entraron a las ocho de la mañana en punto, porque miramos el reloj, fue cuando ellos entraron al hospital, hacía una hora que se había terminado el tiroteo.

¿Ustedes no se dieron cuenta de la retirada? ¿Cómo fue que se dieron cuenta de la retirada?

Haydee: Cuando no sentimos tiros.

Melba: Porque al compañero que venía a avisarnos, que era Chenard, lo detuvieron en el camino.

Haydee: Pero de todas formas Abel decía que mientras más se combatiera allí, más tiempo se le daba a los otros compañeros para regresar a Siboney e irse para las lomas. Porque fíjate, que en un momento Abel miró el reloj y dijo: «Hace (tanto) tiempo que no se están tirando tiros desde el cuartel, así que ya puede haberle dado tiempo de haber llegado a Siboney». Y él se refería a Fidel, porque decía la gente, pero era Fidel, ¿no? Porque se había quedado que cualquier cosa se reunirían en Siboney para irse para las lomas; allí quedó un poco de parque...

¿Eso estaba ya preestablecido?

Haydee: Sí.

¿Cómo entró la gente de Batista en el hospital?

Melba: Había cesado el fuego...

Una hora antes.

Haydee: Una hora y no habían entrado...

Había pasado el fuego general.

Haydee: Pero hasta después de la hora no entraron ellos.

Melba: Ya no sonaba un solo tiro cuando ellos entraron, en esa hora fue que se aprovechó, con el auxilio de las enfermeras y los enfermos que estaban allí, y se distribuyeron uniformes, se hizo eso que todos saben de vendarle el ojo a Abel; a nosotros nos llevaron a la sala de niños; o sea que se tomaron medidas como para que no localizaran a ninguno de los combatientes que allí había en esa hora. Entonces, cuando la tropa de Batista tuvo el valor de entrar, entraron no sé en número de cuántos.

¿Qué decían, que hacían?

Melba: Unos estaban en camas de enfermos. Yeyé y yo estábamos en la sala de niños como mamás de los niños.

Haydee: No estábamos juntos.

Melba: No estábamos juntos, nos distribuimos en todas las salas del hospital.

Haydee: Y en la sala en que estábamos nosotras había una puerta... ¿Por qué veíamos, tenía tela metálica? Nosotras veíamos hacia afuera, Melba.

Melba: Tú sabes que yo no me acuerdo de eso.

Haydee: Nosotras veíamos hacia afuera.

Melba: Nosotras nos asomábamos porque teníamos la preocupación; entonces, de vez en cuando, nosotras nos asomábamos un poquitico así, que yo recuerdo cuando llegaron a la sala de Abel, que estaba inmediata, próxima a la nuestra, que Yeyé dijo: «Localizaron a Abel, Melba, cogieron a Abel». Vimos eso: Abel saliendo de la sala y otro grupo de compañeros: además, que los iban agrupando, los iban descubriendo y los iban situando en un punto, hacia donde nos llevaron después a nosotras también.

Haydee: ¿Nosotras estuvimos juntas con ellos?

Melba: No, juntas no, porque los iban sacando en grupo. Por ejemplo, detectaban, descubrían un grupo, digamos de cuatro o cinco, o seis, no sé la cifra, y se los llevaban; descubrían otro grupo, y se los llevaban. A Abel se lo llevaron.

Haydee: Antes que nosotras, porque yo no me di cuenta con el grupo que nos llevaron a nosotras.

Melba: Yo tampoco me di cuenta.

Haydee: Porque cuando yo me fui, no fui buscando a Abel, y entonces cuando yo no vi a Abel, caminé así... Inclusive yo no me di mucha cuenta cuando lo de Melba, que Melba se dio cuenta; yo no me di cuenta de eso.

Melba: Lo de Muñoz fue a una distancia como de aquí a la puerta. Muñoz, fíjate que Muñoz no iba en grupo, Muñoz iba solito, y nosotras sí íbamos en un grupo.

Haydee: Que tú me dijiste: «¡Mira a Muñoz!», ¿no? Nosotras íbamos en un grupo.

Melba: Nosotras íbamos en un grupo y Muñoz iba a una distancia como de aquí a la puerta de nosotras; era tan próximo que se oía la discusión de Muñoz con los soldados; de que yo soy un médico, yo soy un médico, y se viraba, porque como él iba con su bata de médico; entonces le dispararon ahí, delante de nosotras; entonces, yo le hice así a Yeyé.

¿Cómo le dispararon, uno de los que iba al lado de él, o el de atrás?

Melba: Uno de los que iba detrás.

¿Por la espalda?

Melba: Por la espalda. Era a culatazos y a todo. Entonces, cuando nosotras pasamos por el lado de Muñoz, yo me recuerdo, que me recuerda también un poco a Frank, que Muñoz cayó así sobre la acera y parte del cuerpo colgado.

Haydee: Tú me dijiste: «¡Mira a Muñoz!».

Melba: Cuando pasamos por el lado de Muñoz, yo le dije a Yeyé: «¡Yeyé, mira a Muñoz!». Muñoz muerto ya.

Haydee: Yo nada más que te dije: «¿Está muerto?».

Melba: O a lo mejor no estaba muerto.

Haydee: Tú me dijiste: «Sí». Digo: «¡Menos mal!».

Melba: La cabeza le colgaba un poquito.

Haydee: No, porque tú te agachaste.

Melba: No, lo que yo hice fue que me separé un poquito del grupo para ver.

Haydee: Tú hiciste un gesto, dijiste: «¿Está muerto?». Y tú dijiste: «Sí». Yo dije: «¡Menos mal!». Porque allí se veía que lo mejor que podía pasar es que le dieran el tiro a uno.

Melba: Morirse era lo mejor. Como murió Muñoz, eso era lo mejor.

Aunque la preocupación de Abel era que conserváramos las vidas. Fíjate, no porque fuera Yeyé y porque fuera yo o porque fuéramos mujeres, sino porque la preocupación de Abel era que alguien quedara vivo para que aquello se conociera, y que aquello no podía terminar. Esa era la preocupación de Abel. ¿Tú no estás de acuerdo con eso Yeyé? En ningún momento él pensó: bueno, mi hermana y Melba; no, él no pensó en eso. Él nos describió el cuadro, porque él dijo: «Esto termina aquí así, esta gente son unas fieras, no nos van a perdonar esta acción, y aquí nadie va a sobrevivir. Ahora, sí es necesario que sobrevivan ustedes dos –porque veía la posibilidad de que sobreviviéramos por

el hecho de ser mujeres–; que sobrevivan ustedes dos para que esto se sepa, porque esto no se puede perder. Además, esto no quiere decir que es el final, esto tiene que continuar». Esa era toda la preocupación de Abel en aquellos momentos. Tenía toda la razón.

Haydee: Él decía: «¿Qué será de Fidel?».

Melba: Fidel era la preocupación.

Haydee: «Seguro que ha logrado huir». Él se lo preguntaba y se lo contestaba; esa era la preocupación de él.

Melba: La vida de Fidel era la preocupación de todos.

¿Ustedes no intentaron en ningún momento, después que cesó el tiroteo, evacuar el hospital? ¿No era posible?

Melba: No era posible, el cerco era muy duro. No era posible. El que intentara salir del hospital en aquel momento, quedaba allí.

Haydee: Lo que sí yo creo es que nos hubieran tirado y nos hubieran matado, no nos hubieran cogido.

Melba: Sí, hubiéramos muerto.

Haydee: A lo mejor hubiera sido lo mejor. Pero, claro, la vida es una cosa que...

Melba: Bueno, sí, lo mejor, porque, total, cayeron todos. De allí no se podía salir, era una ratonera.

Haydee: Hubo un momento en que yo le dije: «Abel, ¿qué tú vas a hacer?». Y él me dijo: «¡Eh!, ¿por qué tú estás así? Melba no está así, mira qué bien está Melba». Yo dije: «Sí, pero es que Melba no se ha dado cuenta de que a ti te van a matar –y en eso llegó Melba–, porque si ella se diera cuenta de que a ti te van a matar, no estuviera así». Y entonces me dijo: «Seguro que nos van a matar y nos van a matar a todos. Ustedes son las que se pueden salvar, pero de ustedes depende, con la inteligencia que ustedes actúen».

Melba: Esa fue una de las recomendaciones.

Haydee: Y en eso llegaste tú y lo volvió a repetir. Entonces yo dije: «Pero es que no puede ser, a ti no te pueden matar, Abel, tú no sabes si Fidel está vivo». Entonces, él se queda así fijo, y dice: «¡Si Fidel estuviera vivo! ¿Dónde estará Fidel? ¡Si Fidel estuviera vivo!». Se quedó así. Le dije: «Pero tenemos que hacer algo». Entonces, cuando yo vi que Abel no tomaba ninguna determinación dije: «¡Melba, Melba!». Y fue cuando tú viniste. «Melba, ¿qué vamos a hacer con Abel?». Entonces Abel dijo: «Conmigo nada, ustedes son…». Y entonces le dije a Melba: «Acuérdate de que Fidel nos dijo que cuidáramos

a Abel». Abel se sonrió, yo no sé si se dio cuenta de que yo lo hacía para que él obedeciera aquello de Fidel. Él se sonrió, y dijo: «No, no, yo hago lo que los demás. A ver ¿qué ustedes creen que debemos hacer?». Yo no sé por qué surge la idea de vestirnos de enfermos, yo no sé de quién surge la idea esa.

Melba: Surgió de alguien del hospital. Pero cuando se le dijo así fue cuando él aceptó vestirse de enfermo y aceptó darse por hospitalizado.

Haydee: Entramos hasta la sala…

Melba: Entramos a investigar... Hasta que nosotros no dejamos a Abel ya bien situado y en la sala de ojos, no lo soltamos.

Haydee: Llegamos allí y yo dije: «¿De qué es la sala?». No, aquí están los enfermos de los ojos. Y entonces empecé a vendarle el ojo, y viene la enfermera y dice: «¿Tú crees que no se puede saber que ese ojo no está vendado por un médico?», y entonces se lo quitó y lo vendó ella. Entonces, yo miro las caras de toda la gente allí, miré a un viejito y le digo: «Abel, acuéstate aquí». Y dice: «¿Por qué aquí y no aquí?». Le digo: «No, aquí, acuéstate aquí». Yo le dije: «Viejo, yo lo acuesto aquí porque yo sé que usted lo va a cuidar». Entonces, el viejo se quedó así... «Sí, viejo, usted lo puede cuidar, usted lo va a cuidar, ¿verdad?».

¿Qué te contestó el viejo?

Haydee: El viejo me acarició el brazo. Yo no sé lo que me dijo el viejo. Yo le dije: «Es mi hermano, es mi hermano». Entonces le dije: «Abel, ven para acá». Díceme: «Pero déjame aquí»; dígole: «No, acuéstate aquí». Y dice: «¡Está bien!». Se tiró en la cama con la gasa esa blanca que se ponen. Yo hice así, y miré y los demás enfermos estaban tapados por aquí, y lo tapé como estaban los demás enfermos, y él se rio. Dice: «¿Por qué me tapas si yo no tengo frío?». Y digo: «¿Pero tú no ves que todos los enfermos están tapados?». Entonces se rio, como diciendo...

En realidad, yo no sé, yo no he podido dar con la persona que me diga cómo descubrieron a Abel. La gente dice una cosa, dice otra. Pero con una enfermera allí que me dijera cómo descubrieron a Abel, yo no he podido saberlo. Porque se dice que Senén Caravia; claro, si no fue a Abel fue a los otros, Senén Caravia no cabe la menor duda que los acusó, pero en el caso de Abel yo no sé cómo fue, ni el caso de los demás.

¿Quién es Senén Caravia?

Haydee: El que se considera que delató a casi todos y a muchos de los que estaban allí, Senén Caravia los entregó; para mí que a los que mataron allí Senén dijo: este, este, el otro. Porque Senén Caravia era fotógrafo. Lo cogemos preso allá dentro y lo metemos en un cuarto preso, porque él entró a refugiarse de

los tiros allí con una camarita fotográfica, porque parece que estaba tomando fotografías de los carnavales, o algo, y entró a refugiarse. Y decía: «Lo que yo quiero es refugiarme», es lo que decía cuando lo cogimos. Si es esa persona, yo recuerdo que lo puse en un lugar preciso y dejé a alguien cuidándolo allí, a esa persona. Entonces, esa persona, que es la misma cuando nosotras entramos, cuando entran allí, dijo: «Miren: esta, esta, esta fue la que me cogió preso».

Melba: ¿A quién descubrieron primero a ti o a mí?

Haydee: A mí.

Melba: A ella. Y entonces dijo: «Falta una que es trigueña».

¿Dónde está él, dónde está ahora él? ¿Tiene alguna idea de dónde anda?

Melba: Está preso, ¿no?

Haydee: Está preso.

Haydee: Otra cosa que yo estaba recordando, Melba, es que cuando nosotras estábamos en la celda en el vivac, cuando apareció Montané, que Montané apareció así...

Melba: Sin espejuelos.

Haydee: Que tú dijiste: «¡Mira, mira quien está ahí!». Y yo lo miré, porque yo pensé: Melba se está volviendo medio loca. Me decías: «¡Mira, mira, mira quien está ahí, es Chucho!». Yo pensé: Melba está viendo visiones, no quería mirarlo, porque la celda de nosotras daba directamente al patio, y del patio se veía lo que es la oficina principal. Entonces, cuando yo hago así y miro, y de verdad veo a Montané mirando para arriba... daba la impresión que nos estaba mirando a nosotras, aunque yo no creo que nos estaba mirando, porque él sin espejuelos no ve nada, pero nos estaba buscando, porque cuando yo le dije eso a él, me dijo: «Sí, yo las estaba buscando a ustedes».

Entonces, cuando yo veo a Montané y veo que de verdad es Montané, y yo digo: «¡Es Montané!». En aquellos momentos estaba insensible; insensible que me acordaba de Abel, me acordaba de Boris, pero estaba insensible; yo ya en el vivac, inclusive cuando salimos, porque tú te acuerdas cuando ese me puso el tabaco, que tú fuiste la que le diste el manotazo. Un soldado me pone un tabaco aquí, se me quedó, que tuve una llaga ahí...

¿En el brazo?

Haydee: En este brazo, cuando nos trasladaban del cuartel al vivac. Entonces Melba le dio un manotazo, y yo no sentí nada, no sentí tabaco ni nada.

Inclusive a los dos o tres días me vi aquella llaga, y yo dije: «¡Ay, de qué me habrá salido esto aquí!». Fíjate si yo estaba totalmente traumatizada.

Entonces, cuando Melba dice: «Mira a Montané», yo no lo creía. Cuando vi a Montané, yo recuerdo –fíjate cómo reacciona la gente– que cuando yo lo noté, dije: «Este es Montané, es Montané», decía: «Melba me ha impresionado; no, porque aquello es una mata» –había una mata en el patio–, «aquella es una mata, esto es una reja». Entonces, yo empecé a buscar todas las cosas para ver si yo reconocía todo y aquel era Montané. Y empecé a buscarlo y era Montané. Yo recuerdo que te decía: «Melba, acostúmbrate a que todos están muertos».

En aquel momento ustedes no sabían la suerte que habían corrido los demás compañeros. Estaban completamente incomunicadas.

Melba: Sí, conocíamos la de Abel, porque eso lo vivimos, pero no conocíamos la suerte ni de Fidel, porque la obsesión de nosotras era saber la suerte de Fidel.

Haydee: Entonces, Melba no admitía que Fidel estaba muerto. Yo recuerdo que tú decías: «¡No, no!». Y yo decía: «Melba, acostúmbrate a que todos están muertos». Y yo decía todos, porque todos era Fidel, ¿te das cuenta?, en cierto modo. Ya sabíamos que Abel, Boris y los demás compañeros estaban muertos; nosotras sabíamos que estaban muertos los del hospital. Melba decía: «No, porque Fidel no». Y yo decía: «Melba, acostúmbrate a que todos están muertos, todos están muertos». Era como acostumbrar un poco a Melba a esa idea. Y Melba: «No, no, no puede ser». Y yo decía: «Todos están muertos». Desde que apareció Montané nosotras nos clavamos a la reja...

Melba: ¡Fíjate cómo se van reconstruyendo las cosas!

Haydee: ...sin decirnos nada, porque no queríamos, no quería darte aliento a ti.

Melba: Yo recuerdo que desde que apareció Chucho en el patio, entonces a ti te entró la obsesión por los demás, que teníamos que ver, y entonces nos pasábamos el día pegadas a la reja, y a medida que iba llegando uno más, íbamos reaccionando ante aquello.

Haydee: Primero, alegría, reaccionamos con alegría y después con tristeza.

Melba: No sabíamos ni qué sentíamos.

Haydee: No, con tristeza, porque no era Fidel. Porque fíjate: «¡Mira, fulano!», y después... «No» –decíamos– «no es Fidel», pero por lo menos, el derrumbe de que no era Fidel.

Melba: Cuando supimos por el periódico que Ernesto Tizol estaba vivo también, ¿no te acuerdas?, que salió una nota en el periódico de que lo habían

hecho prisionero no sé dónde, entonces eso y la vida de Chucho nos fue, sobre todo a ti, llenando de esperanza.

Haydee: Yo pensaba: «¿Por qué Fidel no se va a haber salvado?».

Melba: Yeyé, ¿tú recuerdas el día que Fidel llegó al vivac, que pasó como un relámpago, y el movimiento de soldados fue lo que nos hizo pensar a nosotras que era Fidel? No lo vimos a él, pero la actividad que se registró...

¿Ese fue el momento en que se enteraron de que Fidel estaba vivo?

Melba: Ese fue el momento.

Haydee: Yo sentí un revoloteo, pero un revoloteo tan grande y no vimos a Fidel. Pero al Fidel aparecer yo me agarré y me quedé así, miré a Melba, y Melba estaba así... yo no sé si Melba se dio cuenta porque nosotras no decíamos nada, nosotras una a otra no nos decíamos nada.

¿Dónde estaban ustedes?

Haydee: En la celda nuestra con las rejas por delante. Primero vimos los pies: «Esos son los pies de Fidel»; veo la cara de Fidel. Entonces hay una cosa, cuando veo la cara de Fidel es cuando me derrumbo, porque pensé: «¿Será verdad, será mentira?». Entonces fue cuando yo de verdad me derrumbé, me derrumbé, me derrumbé, y estuve toda una noche...

Melba: Esa noche yo creía que Yeyé no sobrevivía. Yo recuerdo que esa madrugada, que teníamos aquellas camitas que el bastidor estaba muy malo, en muy malas condiciones, cuando nos acostábamos en ellas casi tocábamos el suelo, y hubo un momento en que yo me acerqué a la cama de Yeyé, y Yeyé estaba prácticamente desaparecida en aquel huequito. Yo pensé: «Bueno, Yeyé no vive un día más».

Haydee: Pero fue cuando yo vi a Fidel. Hasta que yo vi a Fidel, yo estaba un poco insensible; un poco no, totalmente, yo no sentía ni padecía mucho, ni nada. Yo creo que lo único que sentía un poco era que Melba comiera, y le decía: «Come». De lo único que yo tenía un poco de conciencia era de cuidar a Melba; yo preguntaba: «¿Tú comiste?». No había nada más en mí de nada. Eso me empezó a pasar desde el vivac, desde el cuartel, desde el momento en que yo me enteré que Abel estaba muerto.

Melba: Cuando Fidel preguntó lo de Abel, que se le contestó, yo recuerdo que él dijo: «La primera tarea de nosotros es reconstruir los muertos»; yo no sé si tú te acuerdas. Y empezó a mencionar nombres de compañeros, ver quiénes habían caído, quiénes quedábamos vivos. Eso fue ya en el pasillo de la cárcel de Boniato.

Haydee: Fidel me dice: «Yeyé, Abel sigue por las lomas». Y le dije: «No, Fidel, Abel está muerto». Entonces, cuando yo le dije eso, yo me quedé también un poco sin oír lo demás.

¿No te fijaste qué reacción tuvo él?

Haydee: Él bajó un poquito la cabeza, y no sé más nada; hizo un poquito así... Y no sé más nada, más nada, porque ya lo que Melba y él hablaron no lo sé. Porque yo sí le dije: «Abel está muerto», pero se lo dije muy natural, muy natural, como si Abel estuviera allí. ¡Ah! yo sí sé que él bajó la cabeza y se quedó así; pero yo le dije: «¡No importa, Fidel, tú estás vivo!». Yo no sé lo que hablaron ustedes, yo no sé, porque después yo estuve en Boniato dos o tres días en la cama, que Raúl [Castro] me dice: «¿Qué te pasa?». Y le dije: «Es que estoy tan cansada y tengo sueño... ¡que tengo unas ganas de dormir!». Y entonces estuve en Boniato tres o cuatro días durmiendo seguido.

¿Qué tú hablaste con Fidel en ese momento?

Melba: Sí, en ese momento él nos planteó, cuando Yeyé le informó que Abel estaba muerto, entonces él preguntó: «¿Qué cantidad de compañeros hay muertos?». No podíamos recordar. Entonces él dijo: «La primera tarea nuestra es saber reconstruir los hechos; saber cuántos compañeros hay muertos»; y empezó a mencionar nombres de compañeros que no recordábamos.

El último punto que yo quería que me dijeras es el siguiente: cuando vienen en el vapor Pinero para La Habana, de Isla de Pinos a La Habana, allí, en el puente del Pinero es donde se habla y se sientan las bases del Movimiento 26 de Julio. Entonces ¿después de eso hay una reunión de fundación? Lo último que quería hablar era eso y conocer el momento en que se integra ya el Movimiento en sí.

Melba: Allí se habla...

La fundación del Movimiento 26 de Julio es allí, en el puente del barco, viniendo de allá...

Haydee: La parte de arriba, en el puente del barco. Allí nos reunió, y ahí es ya donde Fidel traza las líneas del Movimiento. Inclusive, ahí surge que debe llamarse 26 de Julio; quedó en que sí o no, pero por lo menos, ¿te acuerdas?, de si se ponía Moncada o si se ponía 26 de Julio. Surgieron esos dos nombres. Pero casi todo el mundo consideró el 26 de Julio. Entonces, de ahí surgió... no se dijo que era así, pero, vaya, quedó en que si sería Moncada o 26 de Julio. Ya casi todo el mundo estaba por el Movimiento 26 de Julio.

De ahí también yo recuerdo, Melba, a ver si tú recuerdas más, que Fidel habla de que hay que agotar todos los medios para la cosa política, para que no se vea que queríamos la guerra y que deseábamos la guerra, sino agotar todos los recursos. Así que ahí, el mismo día que le dan la libertad, ya los compañeros y Fidel piensan que van a continuar peleando.

Me interesa la reunión esencial, la fundamental. ¿Es esa? ¿O hay después una más importante?

Haydee: ¡Uff!, hay muchas más, más organizadas que esa.

¿Cuál es la primera; dónde realmente se estructura la cosa; dónde se puede decir que nace? Yo lo que quiero es encontrar el momento donde se puede decir que nace el Movimiento 26 de Julio.

Haydee: Yo creo que ahí, ahí en el Pinero. Nace lo que crece después.

¿En el puente del barco ese navegando entre Nueva Gerona y Batabanó?

Haydee: Sí. Y se habla que debe ser 26 de Julio, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

150 Melba: Y Fidel traza los planes perspectivos de la lucha, y plantea que nosotros tenemos que quemar una etapa y demostrar que en el país no hay otra salida que la lucha armada. La lucha armada la debemos hacer, y entonces Fidel hace los planes de lo que habría de ser el Movimiento 26 de Julio, posteriormente. Pero es allí, en el barco Pinero, donde se funda el Movimiento 26 de Julio.

Carta a Faustino Pérez

La Habana, agosto 5 de 1966
Año de la Solidaridad

Co. Faustino Pérez
Presente

Fausto:

Leí la novela de Oltuski,[30] la encuentro buena, es decir, cuando una cosa la encuentro buena digo me gusta o no me gusta, porque en el orden literario no puedo opinar, ya que en esto soy analfabeta. Te repito, la encuentro fácil y entretenida; pero, aquí viene el pero, no encuentro bien la forma hecha como memorias, creo que las memorias personales se escriben para uno, o si uno es una personalidad; puedo decirte que yo tengo algo personal escrito, aunque sin coordinación, y ni Armando [Hart] lo ha visto, porque encuentro en esto vanidad, por eso te digo sinceramente mi opinión, aunque no me la pediste. Si me la pidieras te diría que lo haría en forma de novela con los nombres cambiados. Únicamente dejaría el de Fidel, el Che y Raúl, los otros, todos, sin sus propios nombres. Me dirás que es lo mismo. Yo te contesto que, a mi juicio, no.

También en la pág[ina] 59 hay algo que te indico que no me gusta. En la página 64 lo de Joe [Westbrook], eso lo veo tan mal que sentí tristeza [de] que un compañero en estos momentos escriba eso, aunque sea verdad; Joe se ha

[30] Presumiblemente se trata de los originales de lo que luego fue *Gente del llano*, La Habana, Editora Imagen Contemporánea, 2001. Libro que narra con estilo novelado la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista hasta el triunfo de la Revolución Cubana, desde sus dos escenarios principales: la sierra y el llano. Su autor, un luchador del llano –de ahí el título del libro–, destaca la tensión de la lucha clandestina, el peligro constante, las torturas, la muerte y cómo las diferentes ideas políticas se fueron amalgamando en una sola para la construcción de una nueva sociedad.

ganado un lugar en nuestra historia y algo así, hasta al propio Fidel, tiene que desagradarle. Sé bien que él lo escribe porque es verdad, pero está hecho con un sentido intelectual, como son ustedes. Yo creo en la verdad, pero con un sentido más práctico, no como ustedes, en que las cosas son negras o blancas, ¡y ya! Entre esos dos colores hay cientos y no por eso dejan de ser ciertas.

Y lo de la página 86, donde se trata [acerca de] si Fidel es religioso o no, donde dice que ustedes, Franqui, Armando, Fausto y Enrique «estuvieron de acuerdo en que era necesario vigilar ese aspecto», me da la impresión de cuatro mojones vigilando el universo.

Bueno, sé que no te vas a poner bravo con esto, sino a reírte, que es peor.

Fraternalmente,

Haydée Santamaría

Carta a Estela Bernal

La Habana, 28 de septiembre de 1966
Año de la Solidaridad

Ref.: D-1093

Sra. Estela Bernal[31]
Edificio Argos, Apto. 7
Vedado

Compañera:

Leí su carta y veo en ella su idealismo, bello, hermoso, de esos idealismos que creen [que] las cosas caen del cielo, no de ideales concretos [de] que somos nosotros, hombres y mujeres, quienes tenemos que crear esas condiciones. ¿Cree usted que la leche se saca del mar? ¿No sabe usted que este país consume hoy día más leche de la que jamás, en toda su vida, consumió nuestro pueblo?¿Sabe usted que todos nuestros niños, negros, blancos, campesinos, tienen un litro de leche hasta los siete años? ¿Sabía usted que hasta el triunfo de nuestra Revolución un 30 % de niños hijos de campesinos, desempleados, negros discriminados, morían por no tener ni un pedazo de pan? ¿Sabía usted que en los hospitales de nuestra Patria no daban ni siquiera esa «tacita» del desayuno y hoy tienen toda la que el médico indique?

[31] Cientos de cartas de todas partes de Cuba –con solicitudes, consultas, agradecimientos, felicitaciones, quejas o reclamos–, como la de esta ciudadana habanera, fueron leídas y respondidas por Haydee en el tiempo que le permitían sus múltiples tareas. En su carta del 30 de agosto de 1966, Estela Bernal le pide a Haydee que estudien el asunto de la cuota de leche extra que se le elimina a los niños a partir de los siete años, y su preocupación adicional ante una noticia dada por Fidel en un discurso –escuchado por ella la noche anterior– sobre la producción de helados, lo cual le hace suponer que afectará la entrega de esa leche. Estas cartas de mujeres y hombres del pueblo, de quienes no podemos ofrecer otra referencia que no sea la de sus direcciones postales, aparecerán en lo adelante marcadas con un asterisco al lado del nombre del remitente.

¿Quiere saber qué sentiré yo cuando le quiten la leche a mi hijo? Pues que trabajo incansablemente para que el hijo de mi hijo, para que los hijos de todos, ¡de todos!, los hijos que siento tan míos como el que llevé en mi vientre, tengan toda la leche; pero además, algo más que la leche, toda la dignidad, toda la igualdad que deben tener los seres humanos. Cuando a mi hijo Abel no le toque su litro de leche, recordaré al otro Abel que no murió, que no luchó por un litro de leche, que supo morir por algo mucho más grande, por algo que tendrán todos nuestros niños, por algo que no tuvo ese otro Abel; y si este hijo protestara por no tener ese litro de leche, le quitaría el nombre que lleva, porque ese otro Abel no tuvo tanta leche y fue un hombre fuerte, valiente, digno.

Señora, soy más ambiciosa que usted, no me conformo con tan poca cosa para mis hijos y para los hijos de mis hijos. Ese granito de arena del que usted habla, lo pongo desde hace quince años, pero lo pongo con trabajo, lo pongo en la fe que tengo en mi pueblo, que lucha por millones y millones de litros de leche, que lucha por la igualdad, por la dignidad. Qué poco sabe usted del hambre del indio, del negro. Qué poco ama usted la grandeza.

¿Sabe usted con qué se hacen los helados? Si lo supiera, sabría que no se les quita leche a nuestros niños, se hacen con crema, que no resta nada al consumo de leche. Cuando oiga a Fidel, escúchelo, que dice cosas como para despojarnos del egoísmo que nos pueda quedar.

No sufriré por este hijo cuando cumpla sus siete años. Cómo sufrir si este hijo tiene un nombre, tiene un pueblo digno, tiene un sol y un cielo que, si por defenderlo, tuviera que dar su vida, sería ese día la madre más orgullosa, como un día fui la hermana. Luche, trabaje y tenga tiempo para todo, yo lo tengo hasta para contestar estas cartas.

Reciba usted un saludo revolucionario.

¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Haydée Santamaría

Charla sobre el Moncada[32]

Compañeros:

Cuando se nos invitó a venir aquí a hablar sobre la fecha del 26 de Julio, como siempre, nuestra primera reacción fue negarnos. Eso nos ocurre siempre, porque, en primer lugar, son catorce años hablando de algo que, aunque sea infinito, siempre es difícil hablarlo.

En mi caso, he dado algunas entrevistas también, bastante informales, aunque los periodistas las hayan formalizado con la habilidad que deben tener en eso. Pero hablar en público, sea pequeño o grande, nunca lo he hecho.

Ocurre que no tengo mucha facilidad para hablar: no es la cosa que más fácil me resulta hacer en mi trabajo. Tal vez es más fácil hablar cuando se habla de trabajo diario, en lo que se trabaja, en lo que se hace, en lo que se produce, en lo que se crea. Y hablar de algo que pudiéramos decir que no fue producir, no fue crear, no fue hacer, sino que es un crear distinto al que hacemos hoy. Por eso nos es mucho más fácil hablar de nuestro trabajo, de cualquier trabajo, de cualquier cosa que sea de estos ocho años para acá.

Muchas veces nos decimos: «¿Por qué nos va a ser difícil hablar de algo que no nos fue difícil hacer?», pero nosotros mismos no nos podemos contestar eso. Hay ocasiones en que cuando se hace algo como lo fue ese hecho, creemos haber, si no olvidado, tratado de olvidar, y nos damos cuenta de que no es así. Entonces a nuestra mente vienen tantos recuerdos y pensamientos que van mucho más aprisa de lo que podemos expresar, y es difícil poder expresar lo que se piensa tan aprisa, porque son mil pensamientos a la vez y nada más que se puede decir uno.

[32] La charla tuvo lugar el 13 de julio de 1967 en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de La Habana, y se publicó bajo el título *Haydée habla del Moncada*, La Habana, Ediciones Políticas, Instituto Cubano del Libro, 1967. También apareció en formato tabloide con ilustraciones de Posada en 1968 y fue editada por la Casa de las Américas en 1985. La versión que aquí se reproduce está tomada de esta última edición.

A nosotros nos sucede algo con las fechas, porque lo que se ama vive siempre, pero la fecha también trae algo a nuestro recuerdo, a nuestro sentir, que nos hace más difícil hablar. Porque en estos días pensamos que hace catorce años cayeron –aunque quedaron para siempre en la historia y en los hombres– un grupo de héroes a los que conocíamos, a los que queríamos.

Hemos vivido cosas como todos los cubanos, unas más grandes, otras más pequeñas, pero todas con un sentido profundísimo. Nos hemos preguntado por qué razón, si hemos vivido después del Moncada, la Sierra –antes de la Sierra, la clandestinidad–, después un 1959, un Girón, cosas enormes, ¿qué razón hay para que el Moncada sea algo distinto a lo otro? Y esto no quiere decir que podamos querer más a uno que a otro.

Yo algunas veces he dicho –no sé si en alguna entrevista o con alguna persona con quien he hablado– que a mí esto se me reveló muy claramente cuando nació mi hijo. Cuando nació mi hijo Abel fueron momentos difíciles, momentos iguales a los que tiene cualquier mujer cuando va a tener un hijo, muy difíciles. Eran dolores profundísimos, eran dolores que nos desgarraban las entrañas y, en cambio, había fuerza para no llorar, no gritar o no maldecir. Cuando ocurren dolores así, se maldice, se grita y se llora; ¿y por qué se tienen fuerzas para no llorar y maldecir cuando hay dolores? Porque va a llegar un hijo. En aquellos momentos se me reveló qué era el Moncada. A pesar de aquellos dolores, de aquella cosa que creíamos, sentíamos perdida, de aquel dolor, más doloroso que cualquier dolor, ¿cómo no maldecíamos y cómo no llorábamos y cómo estábamos serenos? Pensamos que únicamente por la llegada de algo grandioso se pueden resistir esos dolores.

La llegada del hijo, el hijo que esperamos, no se puede recibir llorando, ni gritando. Sobre todo, cuando decía de lo primero, también hablaba del primer hijo. No se quiere al primero más que al segundo ni más que al último; pero sí el primero es distinto: no estamos preparadas para recibirlo, no sabemos si resistiremos los dolores, no sabemos si seremos buena madre, no sabemos si sabremos criarlo. Y eso nos produce una cosa distinta al segundo y al tercero, y a los que vengan después, porque ya sabemos que sí podemos resistir, que sí sabemos criar; queremos a ese segundo o tercero igualito que al primero, pero ese primero es lo inesperado, es para lo que una no está preparada.

Y ahí se me reveló muy claramente qué había sido el Moncada. No era el hecho que más pudiéramos amar ni el más grande, pero sí el primero, ese primero que no sabíamos cómo podíamos enfrentarnos a él, hasta dónde seríamos capaces de resistir. Y tal vez íbamos preparados para ver morir, para dejar allí a los que debían haber vivido muchos años. Pero también surge lo inesperado: no estábamos preparados para vivir lo que vivimos allí.

Hasta aquellos momentos sabíamos que podían existir cosas terribles, habíamos oído hablar mucho de lo que eran capaces los hombres. Pero nuestra

fe en los hombres siempre nos hizo pensar que eran hombres; por nuestra fe en los hombres no podíamos pensar que una sociedad podía convertir a hombres en monstruos. Y fue un choque, un dolor, una alegría, que cambió nuestra vida totalmente; tanto, que siempre hablamos de antes y de después.

Cuando hablamos muy naturalmente de cualquier cosa insignificante, decimos: «Esto nos pasaba antes», o decimos: «Esto nos pasaba después». Y ese antes y ese después es antes del Moncada y después del Moncada.

La transformación después del Moncada fue total. Se siguió siendo aquella misma persona, pudimos seguir siendo aquella misma persona que fue llena de pasión, y pudimos, se pudo seguir siendo una apasionada, pero la transformación fue grande, fue tanta, que si allí no nos hubiéramos hecho una serie de planteamientos, hubiera sido difícil seguir viviendo o por lo menos seguir siendo normales.

Allí se nos reveló muy claramente que el problema no era cambiar un hombre, que el problema era cambiar el sistema; pero también que, si no hubiéramos ido allí para cambiar a un hombre, tal vez no se hubiera cambiado un sistema.

Allí pensamos cuánto podíamos seguir haciendo y la enorme voluntad que teníamos que seguir teniendo. Porque recordamos siempre –lo recordamos como si fuera ese primer día– cuando Abel nos decía: «Después de esto es más difícil vivir que morir, por lo tanto, tienes que ser más valiente tú que nosotros; porque nosotros vamos a morir y ustedes, Melba y Haydee, tienen que vivir, tienen que ser más fuertes que nosotros, es más fácil esto que lo otro». Aquello nos ayudó a pasar las horas más terribles que podamos haber vivido, pero también nos ayudó a vivir.

Tal vez sea un poco difícil para ustedes los estudiantes comprender el porqué, ya que hoy todo es distinto, ya que hoy ir al combate es distinto. Hoy vamos al combate con todo el respaldo de un pueblo, con todo el respaldo de los seres queridos. Allí nos preparábamos para un combate, no con ese respaldo del pueblo que pudiéramos haber tenido o no haber tenido –no sabemos–; ni siquiera con el respaldo de la familia. Y es difícil prepararse para un combate así.

Hoy nuestros padres se sienten orgullosos de vernos coger un rifle para ir a combatir al enemigo. En aquellos momentos éramos unos locos, en aquellos momentos llevábamos el dolor a las personas que tanto queríamos; y sentíamos el dolor de quedar y que no nos comprendieran, sentíamos el profundo dolor de quedar y de que nuestros niños nos recordaran como una locura, como un grupo de locos.

Esto no quiere decir que no tuviéramos fe en nuestro pueblo y en nuestros niños, pero es que los hechos quedan, cuando quedan, también del hecho, algunos hombres firmes. Porque el Moncada se hace grande por la

firmeza de los que mueren y por la firmeza de los que viven. El Moncada no hubiera sido nada sin la firmeza de los que murieron y sin la firmeza de los que vivieron.

Y ese temor lo teníamos, y esa preocupación la teníamos: si quedamos todos, ¿cómo pensarán de nosotros por lo menos estos primeros años? Aquel dolor era profundo, era infinito, porque íbamos a darlo todo e íbamos a obtenerlo todo.

Sabemos que haber ido allí no fue tampoco una cosa heroica, sino un privilegio. Muchas mujeres, si hubieran tenido la oportunidad que tuvimos nosotras de tener cerca un Abel, un Boris, un Fidel –y tantos, que nombrarlos solo sería una lista interminable–, hubieran podido ir. No tuvieron ese privilegio.

Pero era difícil también. ¿Qué muchacha hoy de dieciocho, veinte o veinticinco años tiene ese temor? El temor no es de empuñar el rifle, el temor es de qué dice su hijo si no empuña el rifle, el temor es de qué dice su sobrino pequeño si no empuña el rifle; ese es el temor de hoy.

Recordamos que en aquellos momentos para nosotros era una preocupación tremenda qué diría de nosotros una sobrinita [Carín], que en aquellos momentos tenía dos años, cuando fuera mayor. Aquella niña significaba para Abel y para mí mucho, y nos preocupaba qué pudiera decir. ¡Qué distinto es hoy! Hoy la preocupación es cuando mi hijo Abel le pregunta a mi padre: «¿Y por qué tú no te vistes de verde olivo?». Por eso he querido expresar esto, para que entiendan también qué distintos eran los tiempos.

En aquellos momentos un hijo podía decir: «Mi padre no me quería, me dejó, se fue allá, me dejó sin comer, me dejó sin casa». Porque era en aquellos momentos. Pero en estos momentos ¡qué distinto es! El hijo pregunta: «¿Eres vanguardia, fuiste al campo, fuiste a Girón, eres miliciano, ¿por qué no vistes de verde olivo?». Hoy nuestros hijos nos empujan más todavía, a pesar de la mucha pujanza que podamos tener nosotros. Allí era el dolor, era el dolor de oír decir a Tassende, José Luis: «A mi hija la quise siempre, no la abandoné, por lo mucho que la quiero vine aquí». Él no tenía la seguridad de que su hija iba a saber eso, en cambio, lo decía y lo repetía. Oíamos a otros compañeros cuando decían: «Tal vez mi madre crea que no la quiero porque le doy este dolor, y tal vez en este momento la quiera más que nunca la he querido». Hoy, para las madres, el orgullo es distinto, aunque el dolor sea igual.

Ahí nos ponemos a pensar qué difícil era aquello; y qué contradicción porque con qué facilidad hacíamos todo. Y poco tiempo en nuestras vidas ha podido ser más feliz que cuando aquel pequeño grupo nos preparábamos para el Moncada. No sabíamos qué iba a ser el Moncada, pero no importaba, porque de todas maneras sería un Moncada.

Pocas veces hemos podido ser más felices, que cuando grupos como aquel, un grupo pequeño. Sobre todo, tal vez esté recordando en este momento a los

que visitaban en 25 el apartamento que teníamos Abel y yo que, por no tener trabas familiares, por no tener problemas de ninguna clase, todo iba allí, todo se hacía allí. Allí vivimos, no momentos tristes, allí vivimos días, meses, tal vez como nunca jamás hemos vivido. Porque después la lucha fue mayor, los grupos fueron mayores, y la lucha se extendió para suerte de todos en la isla entera.

Pero al estar concentrados, al ser un grupo, concentrados allí en aquel pedacito de apartamento –porque era un pedacito de apartamento–, cabíamos todos, comíamos todos, vivíamos todos, y éramos felices todos. Nunca hemos saboreado comidas más sabrosas que aquellas; nunca hemos compartido como compartíamos aquella pequeña cosa. Cocinábamos para cinco y llegaban veinte, y los veinte comían, por lo menos sentían que comían, porque era muy poco lo de cinco para veinte; porque ya lo de cinco también era escaso. Pero la alegría de estar allí todos, la alegría de compartir todo... En aquel pedacito dormíamos todos y cabíamos todos. El suelo nos parecía a todos los colchones que más muelles puedan tener en la vida. Por eso les digo que fue fácil, aunque el pensamiento de la familia, el pensamiento de lo que se avecinaba, el pensamiento del dolor y –lo más duro tal vez– de la incomprensión, también venía a nuestras mentes, a la mente de todos; aunque sabíamos que el deber era aquel y que tarde o temprano nos iban a entender, o por lo menos teníamos que pensar eso.

A aquel apartamento, que recordamos siempre lleno de vida, que recordamos siempre lleno de hombres, nos ha sido difícil volver a ir, nada más que porque nos tortura pensar que ahí no hay vida. Hoy está arreglado, se arregló como en aquellos días, ¡pero no hay vida! Tal vez, si en vez de arreglar eso así solamente, hubiera vida, fueran estudiantes, estuviera siempre lleno, viéramos vibrar allí a aquellos mismos hombres –que hoy son estos–, fuera fácil ir allí. Pero no podemos pensar nunca que no hay vida donde hubo tanta vida.

De allí –como muchos o todos sabrán porque lo habrán leído muchas veces– se partió en distintos grupos hacia Santiago. Si allí hubieran podido quedar grabadas tantas conversaciones, tantos hechos, y tanta vida, sería algo inmenso; porque por mucho que se hable, por mucho que se quiera decir, hablar de tanta vida no se puede ni en cien años. Pudiéramos recordar tantas conversaciones; recordamos a tantos compañeros llenos de felicidad y preocupaciones. Porque era distinto a hoy, compañeros, era muy distinto a hoy; todo era muy distinto a hoy.

Para comprar el rifle, para comprar las balas, había que dejar de comer; tenían nuestros compañeros que dejar de fumar; tenían que dejar de tomar la tacita de café que valía tres centavos, para comprar aquellos pedazos de rifle y aquellas cuantas balas; había que pasar mucha hambre para poder adquirir tan poco. Pero lo más grande es que nunca sentíamos hambre.

Hoy tenemos el mejor rifle, la mejor bala, y también la comida. Hoy ninguno de los que están aquí, de los que viven en nuestro país se va a un hecho sabiendo que deja a sus hijos en la miseria. Todos saben que van a un hecho y que pueden morir, pero sus hijos serán hijos de héroes, serán hijos de la patria, tendrán educación, tendrán padre, tendrán madre, ¡tendrán dignidad!

Los que iban allí dejaban a sus hijos sin padre, sin escuela, sin comida, sin casa, y solamente iban en busca de la dignidad. Y la dignidad no se encuentra en tan poco tiempo ni es tan fácil. Pero todos pueden imaginar esos momentos. Todos los que aquí tengan hijos, piensen que van a ir a un hecho y al otro día su hijo no tiene qué comer, no tiene leche, no tiene escuela, no tiene padre. Fíjense qué distinto es todo. Hoy tiene escuela, tiene padre, tiene bandera, tiene luz, ¡tiene a Fidel!

Si insisto en eso es para que entiendan bien; porque los años a nosotros mismos nos transforman, y muchas veces pensamos: «Pero ¿por qué padecimos tanto?». Y es porque hoy todo es distinto. Hoy iríamos a combatir y yo no diría lo que dijo Pepe Luis [Tassende]; yo sabría que mis hijos tendrían madre, yo sabría que... únicamente que todos nos convirtiéramos en polvo. Pero si no fuera así sabría que mis hijos tendrían escuela, tendrían maestros, tendrían universidades a las que vendrían a estudiar; tendrían tanto como lo que hoy tiene la hija de Pepe Luis, y Pepe Luis no lo sabe.

Después ya vinieron hechos como el desembarco, pero estábamos más preparados para todo, aun para que nuestros familiares nos entendieran y nos ayudaran. Porque no se puede sufrir más que cuando una madre o un padre creen que un hijo es loco porque va en busca de la vida y no de la muerte. ¡Allí íbamos en busca de la vida y no de la muerte! Es fácil comprender eso hoy, y era fácil para nosotros comprenderlo; pero no para todos. Y no para nuestros propios familiares.

Fuimos al Moncada con aquella misma pasión con que hoy vamos a cortar caña, con esa misma pasión con que vemos nuestras escuelas llenas de niñas y niños del campo. Porque cuando fuimos al Moncada, vivíamos todo esto en nuestras mentes. No sabíamos si lo veríamos, pero aquella seguridad de que vendría, la teníamos. Y por eso íbamos en busca de la vida y no de la muerte.

Pero, de todas maneras, aunque no queramos admitirlo, la muerte lo tronchó y por minutos lo devoró todo. Hubo momentos allí en que nada más que veíamos y sentíamos la muerte por todas partes. Y queríamos encontrar la vida y no podíamos. Hubo momentos en que no podíamos conformarnos con que viviera el que no tenía que vivir y que muriera el que debía de vivir. Pero también hubo los momentos tal vez más luminosos que se hayan podido vivir. Porque nunca he visto resistir con más fortaleza y con tan poca cosa para defenderse. Cuando se pelea en cierta igualdad de condiciones o con un apoyo total de los buenos de la tierra, es distinto; pero cuando se pelea casi con un

palo y sin el apoyo de esos hombres buenos –porque no sabían que peleábamos ni por qué peleábamos–, resistir es más grandioso.

Narrar cosas de allí, podrían narrarse muchas. Por eso les digo que a nosotros nos es difícil porque no sabemos lo que ustedes quieren escuchar o si tal vez ustedes piensan que todo lo que narro es demasiado trágico. Yo no soy trágica, ni allí ni aquí. Mi temperamento es bastante informal. Cuando digo informal, inclusive es para reunirme; tengo fama entre mis compañeros de no poder llevar una reunión, de ese tipo de reunión formal, analítica, porque no es mi temperamento. No soy triste, ni allí ni aquí, ni antes ni después. Pero de todas formas hay una gran verdad; hablar de aquello es hablar más que de la llegada de un hijo, porque fueron muchos hijos a la vez, en un mismo parto; y fue el dolor de recibir muchos hijos en un mismo parto.

Allí tuvimos momentos en que, al no saber de Fidel, queríamos en realidad desaparecer. Estábamos con tal seguridad de que si Fidel vivía, vivía el Moncada, de que si Fidel vivía, vivirían muchos Moncadas, de que si Fidel vivía, se encontrarían muchos Renatos, muchos Gómez García, muchos Pepe Luis; si Fidel no vivía, existían, pero ¿quién los descubriría como los supo descubrir él? Y al saber que Fidel vivía, vivimos nosotros, vivió el Moncada, ¡vivió la Revolución!

Estudiante: *Nosotros quisiéramos rogarle que usted nos narrara más detalladamente cómo fue que ustedes supieron que Fidel vivía, porque nosotros hemos leído algo sobre eso, pero quisiéramos oírlo de sus labios.*

Haydee: Nosotros, Melba y yo, aún en el propio cuartel teníamos alguna esperanza de que Fidel estaba vivo, porque se decía que Abel era el jefe de aquello, y teníamos la seguridad de que si había muerto Fidel y lo habían encontrado allí, sabrían inmediatamente que Fidel era el jefe.

De todas maneras, después de dos o tres días –no recuerdo cuántos días estuvimos en el cuartel, creo que fueron tres, no recuerdo bien–, nos llevaron para el vivac. A Melba y a mí nos tenían separadas de los demás grupos. Nosotras no sabíamos bien a cuántos habían asesinado; o quizás no lo sabíamos porque no queríamos saberlo. Y recordamos que nosotras estábamos en un alto, no sé por qué nos bajaron por unas escaleras –no recuerdo bien, no sé cómo era todo aquello porque no conocía el cuartel–, nos llevaron a un sótano y allí vimos a un grupo de compañeros y miramos. Quisimos mirarlos a todos a la vez para saber quiénes vivían y quiénes habían muerto, y buscaba muchas caras: buscaba a Fidel, buscaba a Abel, buscaba a Boris. Melba también buscaba a muchos, y entre ellos a Abel, porque lo quería tanto como lo podía querer yo. Sabíamos que Abel y Boris no podían estar allí, pero los buscábamos. Teníamos la duda de si estaba Fidel y no lo vimos.

Así nos llevaron para el vivac y estuvimos allí no sé cuántos días. Ahí perdimos un poco la conciencia del tiempo, del día, de la noche, de la muerte y de la vida, porque allí no sentíamos ni padecíamos; estábamos más allá de lo que era morir o vivir, que es peor que vivir o morir. Un día vimos un movimiento y nos asomamos por una reja. Habría que saber la composición de aquella celda que estaba en altos y la entrada era en bajos; había un patio en el medio, como son las casas de Santiago, que tienen un patio central. Estábamos creo que en un primer piso; la entrada por donde entraban las personas daba exactamente a la puerta de nuestra celda. Podíamos mirar, aunque por pedazos, no totalmente; si queríamos ver los pies, teníamos que agacharnos más; si queríamos ver la cabeza, teníamos que subir más. En una de esas oímos algo y nos asomamos, y vimos a Montané. Yo no lo reconocía porque estaba sin espejuelos; imagínense, barbudo y flaco. Pero de todas maneras Melba enseguida supo que era Montané. Yo casi no lo quería creer y no quería quitarle esa ilusión a ella, pero mirando y mirando vi como que buscaba y me di cuenta de que efectivamente era una persona que no veía sin espejuelos. Pensé: «Ese es Montané», y le dije: «Melba, es Montané». Cuando Montané apareció allí, ya esperábamos a Fidel, porque en esos momentos no teníamos esperanzas de que nadie llegara.

No sé cuántos días, si ocho o nueve, habíamos pasado en aquella celda, y no llegaba nadie. Creíamos que todos habían sido cogidos por las montañas, porque ya sí teníamos conciencia de que no habían sido asesinados en el Moncada, y pasaban días y días y no aparecía nadie. Sabíamos que con lo que ellos habían partido no podían resistir; podrían luchar un día cuando más. ¿Cómo podrían resistir a aquel ejército con aquellas cuatro balas con que habían partido para las montañas? Y creíamos que no aparecerían. Pero al aparecer Montané se nos reveló que Fidel también podía aparecer. Ya desde aquel momento no nos separamos un minuto de aquella reja. No nos dijimos ninguna de las dos qué esperábamos; nos clavamos en aquella reja en una forma que, aun cuando nos traían la comida, y había que sacar una vasija por entre la reja para que echaran allí un poco de algo –sacábamos aquella cosa llena, la vaciaban y la volvían a llenar, o no sabíamos si la devolvían igual– nosotras no teníamos conciencia de nada de lo que ocurría por allí, por aquel pasillo, en aquel plano esperando a Fidel.

Creo que pasaron dos o tres días desde que apareció Montané hasta que apareció Fidel. Y allí esperamos y esperamos, aferradas a aquellos hierros, hasta que un día también sentimos unos pasos, unas voces, todo más alto, más grande, es decir, algo distinto pasaba en aquel pedazo de sala: caminaban muchos, gritaban muchos, algo grande ocurría. Y si algo grande ocurría, ¿qué podía ser? No lo dijimos ninguna de las dos, pero las dos pensábamos: «¡Es Fidel!».

Hasta que en un momento veo unas manos, unas manos en movimiento, unos dedos; no sé por qué, pero era la mano de Fidel. Y no sé si lo dije alto o bajito, si lo grité o si lo pensé, pero sí dije: «Melba, ¡es Fidel!». Si lo pensé, Melba me adivinó el pensamiento; y si lo dije bajito, me oyó, porque ella miró más, buscó más y entonces me agarró y me apretó y me dijo: «Yeyé, ¡es Fidel!». Era casi imposible creerlo, aunque nunca pensamos que pudiera haber muerto tanta vida. Cuando me dijo: «Es Fidel», creía que a Melba también la ilusión la había llevado, y decía que no, que no podía ser. No sé cómo Melba me indicó, qué me dijo; me llevó y le vi la cara. ¡Y era Fidel!

Ya en aquel momento en que Fidel apareció, en aquel mismo minuto en que Fidel apareció, ya podíamos morir o vivir. Pero no era aquello otro que habíamos sentido que había en las dos, que no era vida ni era muerte: allí ya no nos importaba vivir o morir, porque ya podíamos o morir o vivir. Pero sí salimos de aquella cosa –que hay que vivirla para saber lo que es– que es no estar muerto ni estar vivo. Y ya, desde aquel mismo minuto, sentimos las dos que no importaba vivir o morir, ¡porque ya el Moncada estaba vivo!

Pero vivimos y seguimos viviendo las dos con aquella misma pasión que nos llevó al Moncada y con esa misma pasión que hoy todos ustedes tienen por el Moncada, por la Revolución, por Fidel; que todo se une para ser una misma cosa.

No vamos a decir que fuimos al Moncada para hacer una revolución socialista. No es verdad. Por lo menos, en este momento, hablo muy personalmente. Fuimos con la idea de hacer un cambio, de que hombres mejores gobernaran, y de que los hombres no robaran; pero no de hacer ese cambio. Allí fue cuando precisé el cambio. Pero sí fuimos allí, si no para hacer un cambio radical, sí para hacer un cambio, y sí para decirle a nuestra patria, a nuestro pueblo: «Hay quien muere por la bandera», por esa misma bandera que hoy tenemos, por esa bandera que hoy amamos, aunque la vemos más internacionalista.

Allí no fuimos con esa idea. No sabíamos mucho de cambios tan profundos, pero sí sabíamos que queríamos esto, que era esto: lo que no podíamos precisar cómo era, y sabíamos que con Fidel precisaríamos cómo era y lo haríamos como debía ser, como nuestro pueblo quería que fuera, y que nuestra bandera seguiría siendo nuestra bandera, aunque fuera internacionalista.

Allí fuimos siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos, porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros. Allí fuimos con las ideas de Martí y hoy seguimos con las ideas de Martí, con las ideas de Lenin, con las ideas de Marx, con las ideas de Bolívar, con la revolución de Bolívar, con la revolución del Che; con la dirección de Martí, con la doctrina de Marx y con Bolívar, con el Continente que Bolívar quiso unir y quiso hacer.

Por eso, compañeros, les digo esto. Porque somos marxistas-leninistas, nuestra bandera la amamos, nuestro himno lo queremos, porque es un himno de combate y se hizo en el combate, no se hizo en la paz. El himno que se hace en la paz no es un himno, no es el himno de una nación, no es el himno que representa a un pueblo; pero nuestro himno se hizo en el combate, y por hacerse en el combate es combativo y no tenemos que cambiarlo. Nuestra bandera surgió en el combate, se pintó y se hizo en el combate; y por hacerse en el combate es nuestra bandera, porque no la hicimos en la paz. Y cuando digo la paz, digo la paz que deseamos: no digo la paz que nos quieren imponer. Somos marxistas-leninistas, militamos en un Partido Comunista, en un verdadero Partido Comunista, donde nuestros militantes están produciendo lo que el pueblo necesita, donde nuestra Juventud Comunista está produciendo lo que nuestros niños necesitan y está estudiando y está produciendo. Porque no se han hecho comunistas en una escuela y con un libro, se han hecho comunistas trabajando, produciendo, creando y estudiando; militamos en un Partido Comunista del que nos sentimos orgullosos, al que sí siempre quise pertenecer. Y nuestro Partido es orgullo de nuestra América. Pero ese partido es así porque su militancia produce y no solamente se dedica a estudiar en escuelas con comida, con cama y con agua fría; porque estudia bajo el sol y produce bajo el sol, porque es la necesidad. ¡Así se forma un comunista!

Y si les digo esto es porque el orgullo de ser marxistas-leninistas no nos ha quitado el orgullo de ser martianos; no nos ha quitado el orgullo de decir que Bolívar tenía una razón que puede realizarse, de pensar que se va a realizar, y de saber que no sabemos cuánto tiempo tardará, pero se hará. ¡Porque hay Bolívares también en este Continente, vivos, siguiendo la enseñanza de Bolívar!

Así que, si allí no nos llevó la idea de hacer una revolución socialista, la experiencia y la necesidad nos enseñaron que era la única vía para darle a nuestro pueblo la verdadera libertad.

Y encontramos en aquel Moncada y en tantos Moncadas la verdad: ¡La verdad es el comunismo! ¿Cuándo se puede hacer? ¿Quién lo puede decir? Porque mientras haya un pueblo que necesite de nosotros, el comunismo con toda su abundancia no se puede hacer aquí: mientras haya un niño que muera porque no tiene leche, no podemos hacer el comunismo. Ahora, eso no quiere decir que no se hará. ¿No es esa la verdad?

¡Con profundas raíces martianas, hoy consideramos y creemos que somos marxistas...!

Estudiante: *Compañera Haydee, yo quisiera formular una pregunta con relación a la víspera del ataque al cuartel Moncada. Nosotros quisiéramos conocer cuál*

fue la impresión más fuerte que usted recibió esa noche del 25 de julio antes de procederse al ataque al cuartel Moncada.

Haydee: Si me situara ahora pudiera decirte otras cosas. Si quieres que vaya a aquel momento y que me sitúe en aquel momento, era como quien va a su fiesta de quince años. Aquella noche fue una de las noches de más alegría. Aquella noche no puedo decirte qué fue lo que más me impresionó, porque todo era impresionante. Aquella noche me impresionó que no sabía qué iba a pasar, pero sabía que sería algo grande. No sabía si vería más el sol de mi patria, que solamente por eso merece la pena vivir, pero sabía que, si no lo veía, era grande también.

Aquella noche fue la noche de la vida, porque queríamos ver, sentir, mirar todo lo que ya tal vez nunca más miraríamos, ni sentiríamos, ni veríamos. Todo se hace más hermoso cuando se piensa que después no se va a tener. Salíamos al patio, y la luna era más grande y más brillante; las estrellas eran más grandes, más relucientes, las palmas más altas y más verdes. Las caras de nuestros compañeros eran las caras de algo que tal vez no veríamos más y que tendríamos toda la vida.

Por eso la cosa más fuerte era que todo era más hermoso, todo era más grande, todo era más bello y todo era más bueno. Nosotros mismos nos sentíamos mejores, nos sentíamos más buenos. Pensábamos en nuestros padres y los veíamos más buenos; no recordábamos si alguna vez nos regañaron y nos pegaron injustamente. Pensábamos... Pensaba en mi sobrinita y la encontraba la niña más bella de la Tierra, porque tal vez no la volvería a ver y no la volvería a tener [se refiere a Carín]. Y todo era más bello, infinitamente bello. La noche era más linda, era como algo que merecía verse toda la vida, y a lo mejor ya no veríamos más.

Miraba a Abel y me confortaba pensar que tal vez no le vería más, pero no tendría la necesidad porque yo tampoco viviría. Pero de todas maneras lo miraba. Mirábamos a Fidel, y sí había algo que nos decía que sí viviría, que él sería tal vez el único que viviría; porque tenía que vivir. Y lo mirábamos pensando que, si no lo veríamos más, cómo podríamos dejar de mirarlo un minuto.

Compañeros, tal vez es distinto ir a un combate hoy o tal vez no, tal vez sea igual. Pero por lo menos en aquel momento, de verdad, lo que más había en mí era toda la belleza que había en la naturaleza, que había en el ser humano. Todo lo encontrábamos tan bello, que hasta unos taburetes de los que dos o tres días antes nos reíamos porque no servían, en aquellos momentos antes de partir, ¡qué hermosos eran!

Así que creo que si me dices qué cosa veía con más profundidad, era todo: porque todo era bello.

Estudiante: *Compañera Haydee, nosotros quisiéramos que usted nos explicara qué experimentó después de conocer que el ataque al Moncada había fracasado.*

Haydee: Compañera, tal vez a ustedes les parezca que esto no es verdad, pero –les digo con sinceridad– es verdad. ¡Nunca pensé que el ataque al Moncada había fracasado!

Alguien del público: *Hace rato yo tenía el propósito de hacerle una pregunta, y usted en parte ha hablado sobre ella. Sin embargo, creo que no soy yo solo, sino que muchos estamos interesados en saber una cosa. Por ejemplo, usted dijo al principio que precisamente a partir del Moncada ustedes tomaron conciencia de que no bastaba con la sustitución del gobernante, sino que era necesario sustituir el sistema. Después explicó que ustedes fueron allí siendo martianos y que lo siguen siendo, pero que también son marxistas-leninistas, como tantos otros que con posterioridad nos hemos comprometido con el desarrollo de la Revolución.*

Sin embargo, lo que nosotros quisiéramos saber –porque es una experiencia personal– es esa readaptación sicológica en la profundización de la conciencia que significa ese cambio de ser marxista, con lo que implicaba la propaganda que se hacía alrededor de que el comunista era antidios, antipatriótico y todas esas cosas: ¿Fue una dolorosa experiencia esa, de ir profundizando en su conciencia hasta convencerse de que mediante el marxismo era como se podía hacer la felicidad de Cuba? Ese proceso de readaptación, particularmente en usted, ¿cómo se produjo? ¿Mediante la lectura, círculos de estudio? ¿Cómo fue que llegaron ustedes a ese convencimiento del marxismo-leninismo?

Haydee: Mire, compañero, en este caso tengo que hablar muy personalmente.

Nada que es, y que se nos plantea en la vida como una necesidad, es doloroso. Entonces, nos planteamos la necesidad y la transformación fue normal, como el que va creciendo, como un niño que nace y no sabe caminar, y primero se para, después camina, después corre, después tiene diez años, después quince y después veinte. A nosotros muy personalmente, se nos fue presentando así; yo no puedo hablar en nombre de ningún compañero en este caso.

Primeramente, el cambio tenía que ser total; por lo tanto, lo nuestro tenía que ser nuestro. Y la necesidad era que fuera nuestro; y como la necesidad no es dolorosa pues ya está.

Después seguimos haciendo tareas, funciones, y fuimos viendo la necesidad de hacer un hombre nuevo, una conciencia nueva. Pensamos: «¿Cómo se hace?». Pues transformando también el sistema, y que el sistema sea capaz de transformar al hombre. Pues hay necesidad de una doctrina para transformar

al hombre, y nos fue fácil encontrarla. Lo que yo no quería era una doctrina falsa; yo no aceptaba, ni antes ni después, una doctrina falsa. Porque en mi caso personal, compañero, para mí ser comunista no es militar en un partido; para mí ser comunista es tener una actitud ante la vida.

Aquí tengo un papelito en el que me preguntan qué puedo decir del pensamiento político de Abel y de sus proyecciones.

Abel, por desgracia, murió en su primer hecho, por lo tanto, muy rápido. No fue de los compañeros que murieron después en el desembarco, o en Girón, como ha sucedido con frecuencia; que muchos de los que fueron al Moncada después murieron en la Sierra Maestra, o en Girón, y por lo tanto la transformación en esos compañeros se hizo igual que en todos nosotros.

Pero Abel era un muchacho muy estudioso, y Abel, aunque tenía ideas que pudiéramos llamar –o llamábamos en aquel momento– de izquierda, encontraba siempre respuesta en Martí. ¡Porque hace catorce años de esto! Entonces en Martí estudiaba, leía a Martí, y a través de Martí fue buscando otras cosas que ya no trataban solamente de su patria o de la América Latina. Quería saber algo más de otros continentes. Entonces leyó a Lenin y a Marx dentro de lo que podía leer en aquel momento en que no había ni mucho tiempo, ni dinero para comprar libros, ni para encontrarlos siquiera.

Yo creo –porque aquí hay que adivinar un poco también– que Abel en aquel momento se planteaba que había que transformar a Cuba; pero también se planteaba que no se podía dejar morir a Cuba. Y dejar morir a Cuba era seguir hablando, seguir diciendo que no había condiciones. Porque había que producir hechos para que se hicieran las condiciones y no una sola vez, en varias oportunidades me dijo: «Nosotros formaremos las condiciones, y las seguiremos haciendo nosotros o las harán otros. Pero lo que sí no podemos seguir tolerando es decir que en Cuba nada merece la pena, que hay que tratar de vivir lo mejor posible, que todos los cubanos son miserables y no merecen nada».

Él decía: «Todos los cubanos se lo merecen todo, y no importa que nosotros arriesguemos algo para que esos cubanos se den cuenta de que se merecen que por ellos hagamos un hecho y quedemos ahí». Es decir, que Abel se planteaba que había que hacer una acción para demostrarle al pueblo que todavía había dignidad en los hombres; aunque no había dignidad en los que formaban el sistema... Y quería despertar eso. No sé si se planteaba morir o vivir. Siempre hablaba como el que iba a vivir muchos años; siempre hablaba de lo que iba a ver y siempre hablaba de lo que iba a suceder. Por eso no sabemos si hablaba porque pensaba que él lo iba a ver o porque imaginaba lo que iban a ver otros.

Pero sí, Abel era de unas condiciones de verdad excepcionales, de una bondad extraordinaria y de una rectitud tremenda, de una sensibilidad infinita;

de hacer en cada momento lo que se debía hacer. Y consideraba que en ese momento había que hacer eso. Su pensamiento político en aquel momento en Cuba era esta Cuba. No sé qué nombre le había dado en aquel momento, porque nunca se lo pregunté; pero sé que era esta Cuba la que quería. Sí decía que era necesario que todo el mundo supiera leer y escribir igual que mirar, igual que comer. Y muchas veces que pasábamos por Columbia, decía: «Cuando esto esté convertido en una escuela y ahí haya miles de niños y no miles de soldados, todo andará bien, no puede andar mal». Y esa Columbia, Ciudad Libertad, está llena de miles de niños y no de soldados. Por eso creo que el pensamiento político de Abel era esto, pero no sé el nombre que le había dado.

Estudiante: *Yo quisiera hacerle una pregunta, volviendo a los sucesos del 25 y 26 de julio; mientras ustedes estaban en el hospital y posteriormente a toda la acción del Moncada, ¿qué fue lo que más la conmovió a usted de todo lo que sucedió allí en el hospital?*

Haydee: ¿En el combate del Hospital Civil?

Estudiante: *Sí.*

Haydee: Es difícil decir lo que más nos conmovió, pero pudiéramos decir algunos hechos porque es difícil algo tan grande reducirlo a una respuesta sola.

Fue un combate chiquito, pero muy grande. Fue un combate en el que ya se planteó, al ver que no había salida, morir sin una bala en el rifle. Cuando ya se vio que no había forma de salir de allí y que el combate había terminado –eso se oía y se notaba por los tiros– nos dimos cuenta de que de allí no se podía salir; entonces Abel, que es quien dirigía aquello, preguntó qué había para seguir luchando y peleando, si ya había terminado el combate. Entonces me dijo: «Porque mientras más tiempo estemos combatiendo aquí más podremos salvar a otros y porque siempre un combatiente tiene que morir sin una bala en el rifle, si una bala no lo ha tumbado antes».

Eso recuerdo que me impresionó de una manera tremenda, pues no había esta conciencia de hoy, compañera, no había las escuelas, ni las universidades de hoy. Y oír aquello allí era tremendo. Hoy lo dice cualquiera, hoy lo dice cualquier maestro, hoy lo dice cualquier niño. Pero en aquel momento no.

Me impresionó por qué aquellas enfermeras, sin saber quiénes éramos –porque no se lo dijimos– nos ayudaron; por qué distinguieron que éramos buenos y no malos; por qué, a pesar de ir vestidos con el mismo uniforme que usaba el ejército profesional de la tiranía, sabían que no éramos soldados de la tiranía. En un momento me acerqué a una de ellas y le dije: «¿Y por qué nos ayudas?». Dijo: «Porque son buenos». «¿Y por qué tú sabes que

somos buenos?». Dijo: «Porque no son de Batista». «¿Y por qué tú sabes que no somos de Batista?». «Porque son buenos». «¿Por qué tú sabes que somos buenos?». «Porque no son de Batista». «¿Y por qué tú sabes que no somos de Batista?». «Porque son buenos». Y no la pude sacar de ahí.

Y aquello fue algo que me impresionó de una manera tremenda; que me dijo y me planteó que merecía la pena todo tipo de sacrificio. Porque ¿cómo una persona, una mujer que era alumna enfermera sabía distinguir lo bueno y lo malo sin que nadie se lo hubiera dicho? Y también me sentí orgullosa, porque pensé: «No nos han confundido con los malos, aunque venimos disfrazados de malos».

Y así, compañera, puedo decirte que me impresionó hasta ver caer, hasta ver morir a un enemigo. Me impresionó tremendamente ver caer a aquel que veníamos a combatir; tanto, que me paralicé. Porque pensé que aquel hombre tenía madre, tenía hijos tal vez, mujer, y no había nacido ni bueno ni malo; que le habíamos disparado porque un sistema lo había convertido en malo, o tal vez ni siquiera era malo. Y a mí me impresionó por mucho tiempo aquel primer hombre que vi nacer y morir, aquel hombre que íbamos a combatir; cuando sentí caer su cuerpo, me impresionó tanto que por mucho tiempo no olvidé aquella caída.

Por eso yo les digo que es difícil hablar de esto. Me podrán decir: «¿Y por qué?». No sé, no sé. Pero no quiere decir que aquello me hiciera flaquear y no siguiera mirando y no siguiera viendo caer, porque no lo hacíamos por gusto, era una necesidad.

Soy enemiga ya no de matar por gusto, soy hasta enemiga de ser violenta por gusto. Creo que hay que hacer un gran esfuerzo para ser violenta, para ir a la guerra, pero hay que ser violenta e ir a la guerra si hay necesidad. Pero lo que no se puede perder ante eso es la sensibilidad. Hay que seguir con la misma sensibilidad y calidad humanas, igual que antes de haber matado; porque se haya matado por necesidad, no es un placer matar, es un dolor matar. Pero si es una necesidad, hay que hacerlo.

Por eso siempre, ya no en casos así, mi sistema no es la violencia sino la conciencia.

Cuando en la clandestinidad había que poner una bomba, y algunas veces me tocó a mí estar al frente de esa tarea, es decir, mandar a hombres a poner una bomba, escogía al mejor, escogía al que tenía más condiciones, escogía al que tenía más calidad humana, para que no se acostumbrara a poner una bomba, para que no sintiera placer en poner una bomba, para que le doliera poner una bomba, aunque la necesidad lo llevara a ponerla.

Y siempre, siempre que en mí recayó eso –que en nuestro movimiento unas veces eso recaía en un compañero o en otro–, cuando tenía yo la responsabilidad, muchas veces se me decía: «¿Cómo mandas al mejor?». Y decía: «Porque

nunca mando al que no creo bueno; siempre mando al que creo que va a hacer eso porque es un deber, no un placer».

Por eso les digo que ver caer a aquel que fuimos a matar, fue algo que en mucho tiempo no olvidé.

Mi impresión en aquel combate fue grande, al ver no solamente a nuestros muertos, sino a aquellos que no eran nuestros. Tanto, que no dudamos en curarlos, porque creo que el valor de un combatiente, su grandeza, su verdadero combate, no está en tirar más tiros, sino en tirar certeramente y matar cuando se debe matar; si puedo matar de un tiro no lo mato de cuatro, porque no gozo tirando tiros.

Profesor: *Compañera, quisiera que hablara algo del juicio del Moncada y lo que sintió cuando estuvo frente a un tribunal.*

Haydee: Aquel juicio fue tan esperado... Pero había tantas preocupaciones por la vida de Fidel, que se combinaron las dos cosas.

Recuerdo que cuando pasábamos en las guaguas por Santiago de Cuba, ya en ese mismo minuto, empecé a querer a ese pueblo como quería al pueblecito pequeñito donde nací. Porque ya ese pueblo también había distinguido que éramos buenos, que no éramos malos. Y esas son cosas inolvidables. Recuerdo cómo aquel pueblo quería ver el juicio. Y recuerdo cuando me enfrenté a aquel tribunal, cómo un tribunal, aun llamado de los mejores, es cobarde. Y dejé de creer en los jueces, y dejé de creer en el derecho, en los abogados, en los magistrados. Y empecé a creer en los hombres.

No sé si algunos de aquellos que estaban allí hoy serán revolucionarios –y si son revolucionarios son mis compañeros–, pero eso no quiere decir que yo pueda dejar de expresar lo que sentí.

Cuando me paré allí, aquella toga que se llamaba «la justicia» la detesté. Y hoy todavía sigue existiendo aquí y no la tolero. Creí tanto en los hombres y creí tan poco en los jueces que pensé que la justicia no me la tenían que hacer aquellos con todas sus togas y sus gorros, que nunca vi nada tan ridículo en aquel momento. Estoy diciendo lo que sentía en aquel momento. Lo encontré tan ridículo y sentí tanto desprecio por aquello, ¡y me sentí tan fuerte! Iba presa, esposada, maniatada y me sentía más fuerte y más libre que aquellos que con la toga de la justicia me iban a juzgar. Y así fue cuando me fueron a juzgar.

Cuando me paré allí, no sentí deseos de hablar, porque para mis compañeros no tenía que hablar; el pueblo no estaba allí; estaba la represión y aquellos que se llamaban «la justicia». Y sentí un momento el deseo de pararme y decir: «Ante ustedes no declaro, declararé alguna vez ante los hombres, porque ustedes me dan la impresión de mamarrachos. La justicia no se lleva en una gorra ni se lleva en un trapo negro; se lleva en la dignidad, se lleva en la verdad, se lleva en

morir por defender la justicia». Y sabía que ninguno de aquellos estaba dispuesto, no ya a morir, ni siquiera a oír. Pero entonces pensé también: «Como no quieren oír, van a oír». Y allí declaré y dije, los emplacé y les dije: «Salí del Hospital Civil con veinticinco compañeros y hay dos, faltan veintitrés. Ustedes que son la justicia digan dónde están». Y no me contestaron.

En aquel momento, aunque dicen que no eran malos, ni tan malos, sentí por ellos lo mismo que por Chaviano. Tal vez sea injusta y por eso no quiero hablar de esas cosas; pero no puedo decir algo que no es verdad. Y por eso sigo detestando esa llamada justicia y por eso estoy contra esa justicia y sigo alzada contra esa justicia, y no le pregunto nada a los jueces sobre esa justicia. Porque creo nada más que en el análisis, en la conciencia y no en una justicia porque me lo diga un libro. Porque un ser humano no es este vaso, que lo haces así o lo haces así, un ser humano es una vida. Y no hay diez mil libros que me puedan escribir a mí para aplicar una justicia. Aplico la justicia discutiendo, hablando, pero no aplicando mecánicamente lo que me dicen los libros o lo que me dice una ley, aunque me la haya hecho la Revolución; porque la Revolución no se equivoca, pero el hombre que hizo la ley se puede equivocar. Estoy en desacuerdo total con esa justicia, porque tengo fe en el ser humano y debe haber otro mecanismo de justicia; no el papel que diga esto y esto. Y en eso estoy alzada todavía.

Estudiante: *Nosotros quisiéramos que nos hablara sobre* La historia me absolverá*, cómo supieron de ella, cómo después ustedes la divulgaron...*

Haydee: Yo creo que de eso se ha escrito y se ha hablado pero, de todas maneras, te puedo decir que *La historia me absolverá*... Nosotros fuimos conociendo ya de la declaración de Fidel a través de unas vías y mecanismos que se utilizan en la cárcel que son tremendos, tanto que nos han servido para que ahora no se utilicen. A la salida de Melba y mía de la cárcel nos comunicamos con Fidel a través de Lidia, su hermana, y por esos mecanismos y vías se fue sacando. También por mecanismos y formas de los que creo que se ha escrito.

Pasamos una serie de cosas tremendas para hacer aquello. ¡Figúrate tú! Y se repartió.

La fuimos conociendo poco a poco. Unas veces nos llegaba no la página que correspondía sino la última, otras veces la primera; y tuvimos que irla coordinando y haciendo.

Pero también ahora que me hablas de eso, recuerdo algo que Fidel siempre nos enseña a cada minuto. Fidel nos manda a decir a nosotros que saquemos cien mil copias de *La historia me absolverá*. Dijimos: «Este hombre ha enloquecido en la cárcel, ¡cómo vamos a sacar cien mil de *La historia me absolverá* si no podemos sacar ni quinientas». Entonces escribimos para allá: «Fidel, sacar cien mil de *La historia me absolverá* no es posible, mira...».

«¿Por qué, no tienen dinero?». «No, no es cuestión de dinero, hemos logrado una imprenta, hemos recogido dinero; es que eso es mucho». Nos contesta: «Bueno, ¿y qué problema hay entre sacar veinticinco y sacar cien mil?». Entonces yo me pongo a analizar: «Está todo hecho, lo único que, después, lograr todo eso… Vamos a darle hasta que podamos». Y efectivamente.

Después nos escribe y dice: «Miren, yo estoy en la cárcel y veo más que ustedes; ustedes tienen que sacar cien mil. Ahora bien, cien mil porque da el mismo trabajo sacar cien mil que veinticinco. Todo es lograr la preparación, toda esa cosa que hay que hacer; pero después que todo está hecho, veinticinco se sacan en diez minutos y cien mil se sacan en veinticuatro horas. Así que ustedes sacan hasta que puedan. Ahora bien, las primeras quinientas que salgan, las sacan inmediatamente de la imprenta y las ponen en lugar seguro. Y así van haciendo con quinientas y quinientas y quinientas».

Creo que logramos sacar... Yo no recuerdo; no sé si habrá algún compañero por aquí que en eso nos ayudó.

Un compañero: *Fueron diez mil.*

Haydee: Entonces no sacamos cien mil sino diez mil, porque cuando llegamos a las diez mil, vimos que nos podían descubrir y que podía caer una imprenta, una gente, una serie de cosas, y que eso valía más. Entonces le mandamos a decir a Fidel: «Sacamos nada más que diez mil por esto y esto». Y contestó: «Por eso yo les dije que sacaran cien mil, que sacaran hasta donde pudieran. Ahora, si les digo que saquen quinientas ustedes se preparan para quinientas y no hubieran sacado diez mil».

Eso lo relato para que vean cómo eran las cosas...

Pero eso fue fácil. Fuimos conociendo *La historia me absolverá*, fue saliendo por párrafos, la íbamos sacando por vías distintas, y la íbamos componiendo y la íbamos llevando. Conseguimos un dinero.

También podemos decirte que cuando ya la teníamos no había cómo repartirla, ni teníamos máquina, ni un quilo. Y recuerdo a unos compañeros, entre ellos Gustavo Ameijeiras, que me dijo: «Mira, si me consigues cuarenta y cinco pesos, me venden un cacharro». Conseguimos los cuarenta y cinco pesos, compramos el cacharro. Entonces dijo: «Mira, si me consigues dos pesos, le echamos gasolina». Conseguimos los dos pesos y le echamos gasolina y le llenamos todo aquel baúl de *La historia me absolverá*. Llegó hasta Oriente con ella.

Cuando regresó, le pregunté: «Ven acá, ¿y cómo fue posible eso?». Dijo: «¡Ah!, pues muy fácil; porque donde quiera que iba me encontraba a un amigo, pero no un amigo revolucionario, de esos amigos que uno tiene por ahí que no sabe qué son, si son o no revolucionarios. Me decían: "—¿Ya te tranquilizaste, ya te dejaste de locuras? —Sí, chico, cómo no; ahora ando en una

empresa ahí..."»; la inventó él, creo que de seguros de vida. «Pero, figúrate, ahora tengo unos cuantos que hacer en Santa Clara, pero no tengo un quilo y el tanque de gasolina...», y lo invitaban a tomar un café con leche. Así llegó a Santa Clara... Y así llegó hasta Oriente.

No iba a donde estaban los revolucionarios, porque él suponía que ir a donde estaban los revolucionarios podía traer dos cosas: o que no tuvieran dinero, o entregarse con su maquinita, su cacharrito. Entonces llegaba a los que no estaban... Por lo menos, él no sabía si eran revolucionarios, y muchos no lo eran, y les hacía una historia, un cuento, que ya se estaba formalizando, ya no estaba en esos líos de revolución, que había formado un negocio, qué sé yo... Entonces les decía: «Pero mira, fíjate, ahora cuando haga este seguro en tal lugar, voy a coger tantos pesos; échame ahí $1.50 de gasolina». Y le echaban el $1.50 de gasolina. Y así llegó ese compañero a Oriente y repartió *La historia me absolverá*.

Que también ahora se dice: «¡Qué fácil!». Yo les diría que eran difíciles los cuarenta y cinco pesos, difícil comprar el cacharro, y a nombre de quién se comprara. ¿Por qué a nombre de quién? Si lo compraba a nombre de uno de nosotros, estaba cogido. ¿Quién se prestaba a comprar el cacharro a nombre de nosotros? Así que no eran solamente los cuarenta y cinco pesos. Entonces el problema fue que él no compró el cacharro, sino que alquiló el cacharro. Y como alquiló el cacharro, pues tenía todas las cosas en regla, no estaba a nombre de él y no tuvo problemas. Eso también es una cosa que parece tan fácil ahora...

Familiar de un mártir: *Yo quisiera que la compañera hablara del primer aniversario del ataque al cuartel Moncada, el primer año, cuando se fue al cementerio y se repartió* La historia me absolverá.

Otro compañero: *Que tú te fajaste con la policía y todo. ¿Tú te acuerdas, Haydee, que le dieron golpes a Lidia, la hermana de Fidel?*

Haydee: Yo creo que tendrá que venir una de las compañeras a narrar esto, porque de verdad que tengo una nebulosa en eso. Yo recuerdo que fuimos y recuerdo que una compañera también me quitó de delante a un policía porque me fajé con él.

Familiar de un mártir: *Sí, sí. Tú te fajaste con el policía y le decías: «Mátame, que yo sí es verdad que no tengo miedo; mátame, cobarde». Y tuvo que irse.*

Haydee: Mal hecho aquello, mal hecho. Porque el objetivo era celebrar el aniversario y no que me mataran; pero bueno, hacía un año también... Fue una cosa mal hecha, no era una cosa de valor.

Estudiante: *Había una compañera aquí que estaba interesada en preguntarle el proceso de la cárcel, que es muy interesante, porque allí también se combatía.*

Haydee: Nosotros en realidad no podíamos combatir mucho porque éramos Melba y yo solas presas.

Estudiante: *No, los compañeros que estaban...*

Haydee: Ah, después que Melba y yo salimos... Fue tremendo aquello.

Estudiante: *No, estando allí, los compañeros...*

Haydee: ¡Ah, ya!, en Boniato...

Estudiante: *El proceso de los seis meses a que estuvieron condenadas.*

Haydee: Fue un proceso de quietud, o por lo menos yo me sentía muy quieta, no sé, porque estábamos Melba y yo presas allí, no podíamos hacer nada; no fue como cuando estábamos en Santiago, que pasamos dos meses con todos los compañeros y sí había una combatividad porque había un objetivo, estaba el juicio, la preparación del juicio, la *Marcha del 26 de Julio*, que se sacó allí mismo. Entonces, estábamos con un espíritu combativo, y esos dos meses en Boniato fueron magníficos, maravillosos, tremendos, de combate contra la tiranía.

Pero en Guanajay para mí fue un proceso de estar tirada en una cama, leyendo. No podíamos hacer nada más. Estábamos solas, no había más presas políticas, lejos de los compañeros, no teníamos nada que hacer. No sé si algún día dimos un escándalo allí por gusto, no sé. Para mí aquello fue un proceso de quietud, más bien el impacto fue cuando salí.

La cárcel para mí no fue dolorosa. Primeramente, en Boniato fue muy buena porque fue muy combativa, fue llevar adelante el juicio, fue luchar por la vida de Fidel, y fue luchar por nuestros muertos; fue luchar desde allí para que no los desaparecieran. No era que creyéramos en polvo ni en huesos, pero era darle también un golpe a la tiranía, que no nos arrebataran ni nos desaparecieran a nuestros muertos, aunque, en definitiva, nuestros muertos están en cualquier parte. Pero de todas maneras allí era también combatir y luchar por que no los desaparecieran. Y desde allí dirigimos la tarea de cómo se debería hacer en Santa Ifigenia y en otros lugares para que no nos desaparecieran esos cadáveres.

Así que Boniato fue bueno, combativo. Guanajay fue terrible, por la quietud, por el no hacer nada, por el no poder hacer nada. Pero, en cambio, la salida sí fue un choque tremendo, fue otra vez enfrentarnos con ese maravilloso sol, con esas maravillosas palmas, y verlas, y saber que otros no las verían.

Fue enfrentarnos con la realidad, con la desesperación de cómo se encauzaría nuestra vida, quién nos daría trabajo, cómo nos podríamos sostener para poder combatir.

En aquellos momentos mi familia ya tenía mucha conciencia y entendía mucho nuestra lucha, pero de todas maneras no cabía la menor duda de que querían que fuéramos para la casa. Nosotros vivimos siempre en el central Constancia, hoy central Abel Santamaría; todavía mi mamá vive allí y mi papá hace dos años que murió allí. Aunque Abel y yo vivíamos aquí en La Habana, no quiere decir que no fuéramos los fines de semana; esa Semana Santa en que no había trabajo, vacaciones, diciembre; aunque vivíamos aquí, aquel vínculo con la familia y el pueblo, nuestro pueblo, no se había cortado.

Entonces, mi familia quería llevarme para allá, naturalmente, porque aquí en La Habana estaba sola, caería otra vez presa. Por lo menos con mis padres y mis hermanos ya no había problemas de incomprensión, sino un problema de que en aquellos momentos Melba y yo no podríamos hacer nada, al contrario, querían llevarse a Melba para allá también. La lucha de ellos era por llevarnos a Melba y a mí para allá, porque en un pueblo pequeño y en un central es distinto; sobre todo mi familia tenía allí relaciones, era una familia –no podemos decir de las más humildes–, de esas familias que en un pueblo representan algo, aunque en La Habana o en una gran ciudad se perderían. Y no solamente querían llevarme a mí sino llevar a Melba.

Aquello era desesperante, era desesperante no ya sentirme presa por la tiranía, sino sentirme presa en un pueblo, pequeño pueblecito; digo pueblo en este sentido de amistades, vecinos que me querían mucho; había nacido ahí, entonces se pasaban la vida vigilándome; era desesperante aquello. Pero fue bueno para poder convencerme de que había que seguir viviendo y luchando, sin Abel y sin Boris, que en el caso personal eran casi quienes decidían mi vida. Abel que me tenía aquí, que me quitaba la opresión... Ya tenía que vivir sin ellos; además, sin todo lo que ellos eran, también sin lo que ellos significaban para yo poder luchar.

Y fue terrible esa salida, fue terrible porque a nosotros en la cárcel no nos dejaban salir de la celda, en Guanajay, nada más que un día de visita que teníamos nos traían por un patio que era un patio donde no había ni sol ni aire.

Cuando salí a la calle después de esa condena fue más terrible la salida que la condena, porque era enfrentarse con todas aquellas cosas maravillosas que yo creía no volvería a ver, y que no iban a verlas tantos de los que deseábamos que las vieran.

Pero de todas maneras seguimos adelante, vinimos para La Habana, vivimos en casa de Melba. Eran momentos muy difíciles. Melba no podía trabajar. El padre de Melba con una inseguridad tremenda porque estábamos ahí, en su casa; éramos dos peor que la enfermedad. Pero de todas maneras seguimos

ahí, y seguimos luchando hasta que ya salieron nuestros compañeros de Isla de Pinos y salió Fidel de Isla de Pinos. Y fue vivir otra vez, fue luchar otra vez, fue la acción otra vez, fue ya otra vez la vida.

Familiar de un mártir: *Pero desde el momento que estaba en casa de Melba, con la incorporación de Manuel [Hernández] y Elena [Rodríguez del Rey], que siempre se reunían allí, empezó ya inmediatamente a gestarse aquello...*

Haydee: Naturalmente. No quiere decir que nosotras nos quedáramos quietas, en ningún momento, pero es que nos parecía poco, ¿te das cuenta? Melba y yo desde que salimos de la cárcel no dejamos un minuto de hacer algo, pero no nos sentíamos satisfechas, nos parecía poco, aun con todas esas imprudencias que cometíamos. No nos sentíamos plenamente satisfechas, necesitábamos más acción, hacer más. Y las dos nos desesperábamos por no poder hacerlo. Claro, hacíamos, y tuvimos compañeros que cooperaron enormemente con nosotros, inclusive compañeros a los que no les importaba que nosotros fuéramos «la peste» y compartían eso con nosotros, esa «peste» con nosotros. Pero aun esos compañeros se desesperaban también. No quiero decir que no esperábamos la dirección de Fidel. Melba y yo, sobre todo, estábamos convencidas de lo que se iba a hacer cuando Fidel pudiera salir. No es que no hiciéramos nada, sí, hacíamos, pero yo no sé... tal vez al que nos viera allí le parecía que hacíamos mucho, pero a Melba y a mí no nos parecía así... Un desespero de no hacer nada. Claro, quien nos viera así podía decir: «Estas mujeres todavía...».

Estudiante: *El problema era que no se perdiera el espíritu.*

Haydee: No, eso no se perdió ni en la cárcel, ni en el Moncada, ni aun en el subconsciente en esos momentos que yo les he narrado, en que es peor estar viva que muerta. Creo que ni aun en esos momentos se llegó a perder.

Estudiante: *Compañera, quisiera preguntarle qué hechos anteriores al Moncada hicieron que ustedes adquirieran esa fe en Fidel; que nombre algunos hechos.*

Haydee: Mira, nosotros –como creo que mucha juventud en esa época– estábamos en distintos grupos. Había un tal «Triple A», otro... Ya a mí se me han olvidado todas aquellas letras. Era una cosa tremenda. Que si venía quién sé yo, que si venía qué sé cuánto... Y nosotros en aquel momento del 10 de marzo estábamos dispuestos a luchar con cualquier grupo porque nos parecía que lo más importante era no admitir aquello que se nos había impuesto, y por lo menos era una forma de luchar contra aquello, aunque no hubiéramos estado de acuerdo con todo lo anterior. Y así estuvimos hasta que nos encontramos a Fidel. Cuando nos encontramos a Fidel, todo empezó a hacerse posible, todo

fue hablar de una verdad y una realidad; y partir de algo, porque no teníamos nada.

Y cuando veíamos a todo un mundo de gente que decía que tenía tanto y más cuanto, y diez mil y cincuenta mil y cuarenta mil aviones... ¡qué sé yo! Casi para la guerra mundial era todo lo que tenían ellos. Entonces nos encontramos a Fidel que dice: «No tenemos nada, no hay nada, y hay que buscarlo; y el problema aquí ya no es de cantidad, sino de empezar». Y empezamos con unas ametralladoras que yo creo que jamás dispararon. Entonces aquello ya fue algo, algo. Hasta que ya, con la dirección de Fidel, se pudieron ir logrando una serie de cosas, una serie de balitas, una serie de riflecitos con los que podíamos practicar. Y aquellas balitas y aquellos riflecitos a nosotros no nos parecían riflecitos ni balitas, la verdad es que nos parecían cañones.

Ya se hablaba de lo que se iba a hacer, aunque no se concretara el hecho en sí porque aquello era muy secreto. Fidel nos enseñó que aquello se iba a hacer por ser secreto. Empezaron a buscársenos tareas, a dársenos tareas, y nosotros veíamos una serie de cosas.

También en mi caso personal hasta ese momento Abel era la persona que yo había conocido con más condiciones para dirigir una acción, y aquella gran fe de Abel en Fidel, aquella gran pasión –que ya la fe era algo que se convertía en pasión de todo, de lo que Fidel podía hacer, de todo lo que iba a hacer–, no cabe la menor duda de que influyó mucho en mí también. Pero después su actitud en el Moncada, después su acción en el Moncada; después su actitud en la cárcel, después su acción en la cárcel... ¿Te das cuenta?

Estudiante: *Fue lo que definió ya su duda entre Abel y Fidel, ¿no?*

Haydee: No, mi duda entre Abel y Fidel, no.

Estudiante: *No duda precisamente, pero sí ya la personalidad de Fidel ahí...*

Haydee: No, la personalidad; de verdad les digo, la personalidad de Fidel. A mí me ha molestado siempre mucha gente que dice: «¡Fidel ha cambiado mucho, cómo ha cambiado Fidel!». Mira, Fidel ha cambiado igual que todo el mundo. Claro, que si Fidel se hubiera quedado como cuando el Moncada, imagínate tú, sería un anormal; porque aun nosotros, que no somos Fidel, hemos cambiado, ¿no? Aun nosotros, que no somos Fidel. Les hablo de esa transformación que yo tuve, así que, naturalmente, quiere decir que Fidel tiene que haber cambiado a millones, porque si yo cambié, que soy una hormiga al lado de un elefante, imagínate cómo cambiaría el elefante.

Pero sí me molesta cuando hay gente que es de esa época y de la generación de Fidel, que se encuentra a una y dice: «Bueno, ahora sí yo estoy con Fidel, porque Fidel ha cambiado mucho». Y yo le digo: «Chico, la verdad es

que el que cambió fuiste tú, porque a los tres días de yo conocer a Fidel no tuve dudas. Así que Fidel no ha cambiado, el que cambió fuiste tú; y es bueno que hayas cambiado y es correcto que hayas cambiado. Pero no vengas con el cuento de que Fidel ha cambiado, el que cambió fuiste tú, yo no era compañera de Fidel en la universidad como tú, yo no lo conocía como tú, y a los tres días de ir Fidel a mi casa yo te digo a ti que ya quien me dirigía a mí no era Abel, era Fidel. Y eso nada más que lo hace alguien de una personalidad y de unas condiciones tremendas, ¿no?, porque yo te digo que Abel para mí no era cualquier cosa; y ya a los tres días...».

Y yo me he encontrado sobre todo a muchos universitarios que me dicen casi con un orgullo: «Tú sabes que yo soy del curso de Fidel. Oye ¿pero tú sabes lo que pasa? Que ahora yo sí... Porque, oye, ¡cómo cambió Fidel!». ¡No seas bobo, chico!; mira, di que cómo tú has cambiado y que por suerte para ti has cambiado, porque Fidel no ha cambiado. Fidel es el mismo con una serie de cosas más que lo van transformando, porque lo que no se transforma no existe ¿no? Y Fidel imagínense qué transformación es. Pero no para que alguien que lo conociera en la universidad me venga con el cuento ahora de que no tenía fe en él, porque ahí sí es verdad que digo: «¡Qué imbécil eras, mi hijito, porque yo en tres días...!, y no soy tan inteligente». Porque yo les digo que el cambio mío, inmediato, de aceptar el mando de Fidel no era solamente porque Abel lo aceptaba, ¡sino porque Fidel era Fidel, Fidel!

Estudiante: *Compañera, yo quisiera ver si usted me puede contestar esta pregunta. Cuando ustedes fueron a asaltar el cuartel Moncada, los compañeros que no lo quisieron asaltar, los diez compañeros que no lo quisieron asaltar, ¿qué fue lo que hicieron?*

Haydee: Mira, allí aquella noche todos los compañeros estaban preparados para ir a un combate. Además, muchas veces se habían movilizado anteriormente y se creían que era para el combate, ¿te das cuenta? Es decir, no fue la primera vez que se hizo una movilización para ir a un combate, sino que en varias oportunidades se había movilizado a esos compañeros para que ellos creyeran que era el combate, para probarlos. Y todos los compañeros habían respondido presente siempre, y se creían que era el combate; se presentaban decididos en el lugar indicado, y decían: «¿Para dónde? ¿Cuándo? ¡Vamos!».

Entonces, el día que se movilizó para el Moncada, para la acción del Moncada, también hubo esa movilización. Y todos fueron al lugar. Pero en muchas oportunidades habían ido a otros lugares cercanos a La Habana, Pinar del Río... Siempre se les hacía ver que se iba a un combate para probar los que estaban decididos.

Aquella noche ya Fidel les habló de que aquel día sí era un combate como para los que se había movilizado muchas veces; que el combate era de una

desigualdad tremenda y que por lo tanto había que prepararse no solamente para triunfar en el sentido de triunfar en la toma del cuartel, sino para otro tipo de triunfo también; que era una acción encaminada a un hecho; que si no se podía lograr el objetivo lo correcto era volver otra vez a Siboney rápidamente, recoger un poco de parque que se había dejado en previsión de eso –es decir, que aunque poco, se tenía esa preocupación–, y que cada uno con su rifle volviera, porque no había la mayor garantía; que por un factor sorpresa siempre podía haber una falla –la que hubo–, y si no se lograba la acción, el objetivo, entonces se debía volver otra vez ahí para seguir combatiendo. Que si se lograba en algunos lugares adquirir algunas armas, regresar con esas armas, y si no, con las que llevábamos y aquel poquito de parque que se había dejado guardado ir hacia la montaña; que en la montaña la lucha seguiría, no sabíamos hasta cuándo; que era dura. Que si lográbamos tomar el cuartel se le entregarían armas al pueblo y se resistiría en Santiago hasta que se pudiera; y ya cuando no se pudiera resistir en Santiago, con las armas adquiridas, más parque adquirido y además muchas personas que teníamos la seguridad de que iban a seguirnos, iríamos también hacia las montañas.

Algunos compañeros en aquel momento dijeron que no tenían fe en la acción, que eso era una locura, que eso no se podía lograr. Parece que aquellos compañeros se hacían idea de que nosotros teníamos aviones, y todas esas cosas, o se acobardaron sencillamente. Entonces ellos tomaron una máquina que inclusive se les dejó, se les dijo que fueran los últimos, que salieran todos y que lograran ir para La Habana, ya que no se obligaba a nadie a que fuera ahí, a ese ataque.

Nosotros, por muchos hechos y muchas cosas que no son subjetivas, consideramos que aquellos compañeros se adelantaron un poco y desviaron otras máquinas. Porque iba una máquina detrás de otra, y nada más había un guía; es decir, se sabía que la que seguía a Abel hasta tal punto iba para tal lado, la otra para la Audiencia y la otra para el cuartel; y lo más que podía suceder en aquello era que algunos se equivocaran y en vez de ir al cuartel fueran al [Hospital Civil] Saturnino Lora o fueran a la Audiencia, y eso no era una cosa de tanta gravedad, o algunos se podían desviar hacia el cuartel, que se temía eso, porque todo el mundo quería ir al cuartel. Pero esa máquina que iba para La Habana, se adelantó, se desvió cuando llegó a la ciudad, y eso hizo que otras máquinas siguieran a esa y que se desviaran, lo que causó algo que fue fatal, no solamente por todo el aporte que esos compañeros hubieran podido dar, sino porque ellos sí estaban decididos a la lucha –me refiero a los que se desviaron–. Y siguieron dando vueltas y vueltas por Santiago de Cuba, y también fueron cogidos muchos y asesinados muchos, por su decisión de que ellos sí no se iban.

Todo aquello resultó una cosa tremenda. No se hizo ningún juicio contra ellos, se les dejó salir. Tal vez la cosa más grave que cometieron fue salir

y adelantarse al grupo, pero también salieron delante del grupo después que llegaron a Santiago, porque antes de llegar a Santiago era muy difícil, en la carretera era difícil que se lo pudiéramos permitir nosotros.

Y esos diez... Yo no sabría decirte, sé que era un grupito... Lo que pasa es que se ha escrito.

Estudiante: *Yo creo que no eran tantos, eran tres o cuatro.*

Haydee: Yo no sé. Eso también fue una cosa no muy pública allí, porque Fidel con su tremenda comprensión no quiso poner a esos hombres en la picota. Y entonces dijo: «Un grupo que no quiere, debe... Hagan esto y esto otro». No se dijeron mucho los nombres; fue algo a lo que no se forzó a nadie.

Entonces Fidel ya en aquel momento tenía esa misma sensibilidad y fibra humana de la que nunca se ha desprendido, aunque tenga que tomar actitudes tremendas en un momento determinado. Porque yo te diría que una de las cosas que Fidel dijo allí fue: «No disparen por gusto; no maten por gusto». Eso mismo, eso que lo llevó a decir: «No maten, no disparen», lo llevó también a no llevar a estos que no estaban decididos. Inclusive no los consideró traidores, sino que no estaban en ese momento en condiciones de ir al plan. Pero no recuerdo cuántos eran, no sé si se ha escrito... No recuerdo.

Además, tal vez algún compañero de esos haya tenido después grandes actitudes heroicas, y tal vez alguno hoy ni viva porque haya muerto en Girón, o acá, o allá. ¿Te das cuenta? Porque un hecho solamente no decide la vida, siempre y cuando no se sea traidor.

Yo creo, compañeros, que en definitiva no sé si les he hablado cosas que a ustedes les interesan, y si se ha logrado lo que aspirábamos. Porque esto en realidad es un ensayo, pudiéramos decir.

Familiar de un mártir: *Oye, Haydee, hay algo que la compañera te había preguntado sobre Renato Guitart aquella noche.*

Haydee: Mira, Renato Guitart aquella noche... y no solamente aquella noche, nosotros convivimos con Renato Guitart algunas noches, porque Renato y Elpidio [Sosa] eran los compañeros que estaban con Abel allí fijos. Con Renato, fueron algunos días y algunas noches las que compartimos. Renato, a pesar de ser uno de los compañeros que no conocíamos, aunque lo habíamos visto alguna vez, era un compañero clave, a quien nada más conocían Fidel, Tizol, Abel, los compañeros que sí sabían cómo era todo, porque él tenía algunas cosas que sí eran objetivos muy precisos, que no se podían... Entonces no lo conocíamos, lo habíamos visto una vez, y no sabíamos ni su nombre, que había llegado al apartamento de 25 a llevar o a traer algo. Pero en aquellas tres o cuatro noches, tres o cuatro días que conocimos a Renato, nos pareció que

había sido la misma cosa, un compañero de los mismos con que habíamos estado siete, ocho, diez meses, conviviendo y haciendo aquello.

Aquella noche con Renato fue igual que con muchos de los compañeros; muchas conversaciones, muchas cosas, pero nada específico, ¿te das cuenta?, porque era un compañero queridísimo, es más, era un compañero que habíamos conocido tres o cuatro días y que llegó a parecernos que había sido de los que había estado con nosotros desde el comienzo. Porque no quiere decir que él había trabajado tres o cuatro días nada más; quiere decir que nosotros no lo habíamos conocido, que había trabajado en los primeros momentos, pero no lo conocíamos. En aquellos tres o cuatro días conocimos que era un compañero a darse completamente, muy alegre, de un optimismo tremendo. Comimos, cocinamos, cantamos, hicimos una noche grande también. Así, algo concreto de Renato no...

Estudiante: *Pero la actitud de él esa noche ¿cómo fue?*

Haydee: Te lo estoy diciendo, era todo optimismo, era todo alegría, era todo trabajo, no paró un minuto, porque como él era el que conocía Santiago y además, era del que no se sospechaba al verlo porque era de allí, trabajó tal vez esa noche más que cualquiera, por su condición de santiaguero al que conocían. Era un compañero lleno de optimismo y lleno de alegría y lleno de fe. Melba y yo hemos comentado muchas veces que parecía que Renato estaba en algo, como el que iba a un trabajo agradable, a una fiesta agradable, además, de una fe tremenda. Él era optimismo todo. Esa fue la actitud de él esa noche. Esa noche fue tan llena de cosas que tampoco te puedo decir todo. Yo te he contado qué fue esa noche, fue una noche llena de todo y de quererme llenar de todo también. Entonces era un poco difícil concentrar la atención en un solo compañero.

Bueno, yo creo que... ¿Cuántas horas son las que yo llevo aquí hablando?

Estudiante: *Como tres horas.*

Haydee: Miren, les digo de verdad, no es que yo pueda decir que me sienta insatisfecha de reunirme con ustedes y de esta conversación, pero no estoy plenamente satisfecha. Porque hay cosas que es difícil recordar en una noche o que es difícil decirlas, y que estas son cosas para contar en un salón solos sin estos «tarecos» [*señala los micrófonos*]. Entonces yo les diría que no es lo mismo, yo no creo que es la misma conversación que yo he tenido con algunos otros compañeros, con los que he empezado a hablar sin querer y nos ha llevado a esa conversación, y hemos conversado horas, y hemos recordado cosas tremendas. Aunque me siento bien ya, pero hay veces que yo no le puedo ver ni las caras a ustedes, porque sobre todo, cuando las luces están encendidas

yo no les veo las caras a ustedes. Y no cabe la menor duda de que ver la cara, saber si están deseando que se diga eso, saber si están sintiendo eso, saber si quieren que se les siga hablando de eso, hace mucho en uno; y hay momentos en que yo estoy hablando sin verlos a ustedes.

Estudiante: *En otra oportunidad quizás podríamos reunirnos...*

Haydee: Yo creo que es bueno para estos compañeros de las escuelas que están estudiando, y no yo sola... Yo tenía un poco de miedo. Decía: «Mira que estos son compañeros que están estudiando Ciencias Políticas», y yo les tenía miedo a los de Filosofía, yo les tenía miedo por ahí a algunos, ¿cuáles eran, que ahora no me acuerdo? Pueden esperar de una otra cosa, otra conversación, un poco por la leyenda que tal vez uno pueda tener, tal vez hasta por el grado de afecto que ustedes puedan sentir hacia una por lo que representa, y por lo que representó en el propio Moncada, por lo que me liga a los compañeros, decía: «Pueden esperar mucho, y fíjate que las cosas cuando son demasiadas no se pueden contar como son». A lo mejor un día cualquiera, con un compañero cualquiera, conversamos y sale todo mucho mejor. También tenía miedo: «¿Cómo son los alumnos allá? ¿Se consideran verdaderos profesores?». Entonces uno se siente un poco... ¿te das cuenta? Los de Filosofía... Hay cierta cosa que lo cohíbe a uno. A lo mejor con esos mismos alumnos con que estoy hablando, si se reúne un grupito, me encuentro con él o nos encontramos, hacemos un grupito y resulta mejor. Eso es un defecto mío, no lo puedo remediar. En cambio, yo les diría que cuando me pongo a hablar de otra cosa, como cuando me pongo a hablar del Partido, eso ya es otra cosa... Me parece que estoy en una actitud de arenga, porque es distinto.

Es que mientras más pasan los años, más grande se hace ese hecho, porque la Revolución es más grande y lo ha hecho más grande, mientras más se avance en la Revolución, mientras más haga este pueblo, más grande será el Moncada. Entonces nos será más difícil cada día hablar del Moncada.

Una mujer de la Revolución Cubana

Entrevista de Margarita García Flores[33]

Es difícil reconocer en la mujer elegante, vestida de azul, muy bien peinada y de modales suaves que he visto en varias fotografías a la guerrillera de rostro angustiado, a la mujer que encontró una nueva acepción de la dignidad, a Haydee Santamaría.

Estamos en la dirección de la Casa de las Américas.

El despacho de Haydee es muy sencillo, con muebles ligeros, flores y libros que le dan un aspecto de lugar propicio para conversar durante horas. No se parece a esas oficinas frías, impersonales, donde lo que más importa es la eficacia.

Podría pensar que Haydee Santamaría me interesa porque es un símbolo, una figura romántica, porque ha tomado parte en acontecimientos que han transformado a Cuba, porque construye un país. Tal vez, sí, mi interés sea romántico –si puede decirse que es «romántico» trabajar en cosas tan concretas como las que hacen ella y todas las mujeres cubanas–, pero también tiene otro matiz. ¿Cómo se hace una revolucionaria? ¿Cómo y por qué una mujer es consciente de que debe luchar? Las Josefa Ortiz de Domínguez, Mariana Pineda, Haydee Santamaría son únicas porque todo en sus vidas estaba trazado para que siguieran otro destino. Haydee se crio en un ambiente preparado para ablandarla, para matar el espíritu combativo, en el central Constancia. Sin embargo, ella y su hermano Abel desde muy niños protestaron por las injusticias; todavía eran unos mocosos cuando organizaron una huelga en el central.

La tarde que la visito, Haydee me recibe con una broma: «Me fui a peinar porque me iba a entrevistar una periodista capitalista y no deseo que piense que las mujeres cubanas andamos desarregladas, descuidadas». La periodista capitalista, con los pelos más parados que nunca, le contesta que, gracias a una amiga, pudo peinarse el 31 de diciembre, que ha visto cuán bien se arreglan las cubanas y cómo están llenos los salones de belleza por las

[33] Publicada en la revista *Sucesos*, México, núm. 1765, 1 de abril de 1967, pp. 61-65, bajo el título: «Una mujer de la Revolución Cubana: Haydée Santamaría».

mismas mujeres dedicadas a tareas oscuras que no llaman la atención de las periodistas románticas que van en busca de la épica.

Estuve varias horas con Haydee Santamaría. La mayor parte de nuestra conversación es la que aquí se reproduce con el tú y el usted mezclados. Siento no poder transmitir el entusiasmo, el tono conmovido con que Haydee habló esa tarde. Al despedirnos me regaló un ejemplar de La sierra y el llano*; la dedicatoria dice: «Espero que nos comprendas».*

¿Cómo se decidió a pelear, a hacer la Revolución?

Es difícil de contestar, porque no es tan corto. Nos iniciamos en la lucha, como casi la mayoría de los jóvenes, en los problemas estudiantiles. Le hablo de una época anterior al golpe de Estado de Batista, el del 10 de marzo. Después de este golpe fuimos más activos, ya que considerábamos que no solamente la lucha en la calle, la lucha estudiantil era lo que se necesitaba. Empezamos una tarea mucho más violenta, y a organizarnos. Entonces nació el grupo de los que fuimos al Moncada. Nos preparamos durante un año; conocimos a Fidel. No sé si usted sepa lo que sucedió en el Moncada. Luego estuvimos presos los que quedamos con vida. Fidel y varios compañeros se fueron a México. Nosotros nos quedamos en Cuba y aquí nos encargamos de organizar el Movimiento 26 de Julio –fecha del ataque al cuartel Moncada–. Posteriormente nos fuimos a la sierra, a la clandestinidad en el llano, e hicimos tareas como las hicieron cientos de mujeres cubanas. Por eso me gustaría contarle cómo intervinieron todas las mujeres en nuestra lucha. Cuando se nos hace una pregunta de cómo luchamos, siempre recordamos a tantas y tantas mujeres que tomaron parte en esto y hoy no son conocidas por los extranjeros que nos visitan, y que son verdaderas heroínas.

Nosotros recordamos tantas cosas cuando estamos solas, o en fechas como el fin de año que, como usted habrá podido ver, lo celebra todo el pueblo en la Plaza de la Revolución…

Yo vi a ciento diez mil personas cenando juntas, y no hubo chipote con sangre y sí mucho mozambique.

Causa alegría ver a todo el pueblo, mujeres, niños, viejos, divirtiéndose *–prosigue Haydee–*. Nosotros recordamos a todos los que lucharon para hacer esto posible y que hoy no pueden verlo. En estos momentos recibimos recuerdos tristes, alegres. También durante el desfile, el día 2, recordamos a aquellos compañeros en la sierra, sin zapatos, sin saber marchar, aprendiendo a manejar un riflecito. Y hoy vemos nuestras tropas armadas, con los mismos compañeros marchando, pero ahora con armas modernas y bien adiestrados. Al verlos sentimos mucho orgullo y una alegría infinita, pero también recordamos que no está Frank [País], que no está Abel [Santamaría]. Ahora, en el

desfile, vemos a compañeros que cuando murieron Frank y Abel tenían ocho o nueve años, y es como ver a Frank y a Abel marchando. También recordamos a aquellas campesinas que luchaban con tremenda pasión...

¿Podría contarme una anécdota sobre estas mujeres?

Sí. La he contado varias veces, ¡es que no podemos olvidarlo nunca! En el mes de abril, que fue muy violento, hubo una huelga que fracasó. En esos momentos se hizo más fuerte, más brutal, la represión y bajar al llano era casi dar la vida. En la sierra hacía falta unos detonadores y Fidel estaba muy preocupado. Yo le dije que iba a bajar y él no quería, pues sabía lo que arriesgaba. Le prometí que no me pasaría nada, que tenía la seguridad de que volvería con los detonadores. Me dejó ir, aunque con mucha preocupación. Yo tenía que partir a las cinco de la mañana. Esa noche me puse a pensar cómo bajaría al llano. La compañera en cuya casa pasábamos la noche tenía siete hijos, entre ellos una niñita como de tres a cuatro meses. Eran momentos desesperados en los que había que arriesgarlo todo. Llamé a esa madre, le dije que necesitaba su niña chiquitica para bajar al llano. Ella lloró; yo le expliqué que era la única forma de bajar al llano, vestida de campesina. Me la dio; me dijo que si yo iba a morir, pues «¡bueno, qué vamos a hacer!». Así pude bajar. La niña lloraba. Me encontré un *jeep* del ejército; dije que iba al pueblo más cercano, que mi hija estaba enferma y por eso lloraba; que por allá no había médicos, porque los «alzados»[34] no permitían que llegaran. Les dije un montón de cosas, y en el mismo *jeep* del ejército me llevaron al médico. Así llegué a Manzanillo. Inmediatamente tomé una guagua y fui a Santiago de Cuba. Lo mismo sucedió cuando regresé. Si cuento esto es para que vea usted la reacción de esa madre. Cuando regresé con los detonadores y con la niñita, en la misma forma, diciendo que había ido al médico, le pedí a este que me diera una carta, porque en realidad la niñita estaba llena de enfermedades, raquítica, y el médico le mandó todo lo que necesitaban en aquel momento no solo esa niña, sino todos los niños de Cuba. Regresé con mucho cuidado, porque si estallaban los detonadores también moriría la niña junto conmigo. Cuando devolví su hijita a la campesina, esta cayó desmayada y se necesitaron inyecciones y muchas cosas para que reaccionara. Porque al darme a su hijita pensó que yo no regresaría más. ¿Ve hasta dónde era capaz de ayudar una mujer? No

[34] Así eran conocidos los revolucionarios que subían a combatir a la Sierra Maestra antes de 1959 y que se insertaban en el Ejército Rebelde. A partir de 1960, se conoció como alzados a quienes se oponían a la triunfante Revolución y subieron a las montañas de varias regiones del país, cobrando especial fuerza en El Escambray (actuales provincias de Villa Clara, Cienfuegos y Sancti Spíritus), para crear grupos armados –incentivados y sostenidos por la CIA– e intentar derrocar al Gobierno.

nos entregó su niña de meses porque no la quisiera; para ella era más difícil hacer eso que ir ella misma; pero es que con ella no podíamos realizar la tarea y con su hija sí. Yo le puedo decir cómo aman todas las mujeres del campo a sus hijos –no solo las de mi patria, seguro que las del país de usted también–, mucho más, tal vez, que las grandes señoras de la ciudad.

Podría contarle cómo tomaban el rifle, cómo curaban a los heridos, cosas tal vez más fáciles de hacer que la que acabo de relatarle. Combatir, curar a un herido, esconderlo, era bastante más fácil para esa campesina que entregarme a su hijita, sin saber si yo iba a regresar con ella. Así trabajó la mujer en nuestro país en la lucha insurreccional.

En el presente, ¿no hacen ustedes demasiados sacrificios por construir esta nueva sociedad?

Cuando una mujer trabaja para los demás, lo hace con gusto; cuando una mujer construye algo para sus hijos, por mucho que sea el trabajo, le es muy fácil hacerlo. En estos momentos no hay mujer que tema que un hijo suyo se quede analfabeto o sin escuela. Hoy las mujeres, todas las madres de nuestro país tienen la seguridad de que sus hijos van a estudiar lo que deseen: medicina, ingeniería, para aviador o pintor... Solamente con esto, ¿de qué no es capaz una mujer para trabajar, para construir esta nueva sociedad? Antes iba a la escuela un grupo privilegiado de muchachos, a las llamadas escuelas particulares; a las públicas iban muy pocos. No había todas las escuelas que se necesitaban. Además, a los niños los sacaban de la escuela a los ocho años, porque los ponían a trabajar, a ganar unos pesitos, y se quedaban en el segundo año. Hoy, al contrario, a los de diecisiete y dieciocho años que están en un trabajo y pueden hacer una carrera, les damos su salario para que estudien. Hemos visto muchachos que después de terminar su secundaria básica pasan a medicina o a otra carrera.

Hoy combinamos la función de ser mujeres –por lo tanto, la de ser madres, hermanas, esposas, que para nosotros es importantísimo y no lo olvidamos– con el trabajo que nos ha asignado la Revolución, que es tan importante como todo lo anterior. Ahora tenemos la suerte de disponer de círculos infantiles, donde llevamos a nuestros hijos pequeñitos a la hora que nos convenga –desde las seis de la mañana–, y donde podemos dejarlos a dormir. En mi caso, podría dejar a mis hijos en casa, porque tienen abuelas, tías, que se sentirían muy felices de estar con ellos, pero soy yo la que quiere que vayan al círculo, porque se me hace que están mejor allí que con una abuela o con una tía; porque en el círculo comparten las cosas con todos los niños, juegan con ellos y reciben la alimentación que necesitan, no solo la que les gusta, la que les daría la abuela para malcriarlos. ¿Qué será para una madre dejar a los pequeños en el círculo, a los mayores en la escuela, y ella irse al trabajo? Ella almuerza

en el comedor obrero; los hijos comen y almuerzan en el círculo y en la escuela. A las cuatro, a las seis, a la hora en que salen de su empleo, recogen a los niños y se van todos para la casa. Pero ella va con mucho menos quehacer que si hubiera tenido que cocinar para toda la familia. Lavar, planchar, hacerlo todo en la casa es muy pesado... Estas son las mujeres que luchan hoy en Cuba. ¡Claro, no son las dueñas de centrales, no son las mujeres dueñas de joyerías, ni las que compraban en esas joyerías! Son las mujeres que no trabajaban en la calle, pero sí eran esclavas de la casa. Porque es muy cómodo decir que el trabajo de la casa es muy fácil. Vamos a poner a cualquier hombre a atender a cinco hijos, a cocinar, a hacer los mandados, a atender al niño enfermo y, además, que entre un solo salario en la casa; y que de ese dinero él necesita la mitad para comprar el traje, la camisa... Hoy, los dos aportan por igual, los dos trabajan y estudian por igual y tienen los mismos derechos. Esto es lo que nosotros consideramos liberación de la mujer, o sea la liberación económica. Así, la mujer escoge la liberación que más le convenga. Si una mujer está liberada económicamente, ama a sus hijos, a su marido, pues el hombre la respeta porque sus hijos están atendidos y ella gana su salario igualito que él y, probablemente, está superándose como él.

¿Y las solteras?

También tienen fe en sí mismas, y solidez, pues las cosas se les han facilitado. Es muy difícil que ellas escojan algo inconveniente, porque en un país donde todo es ejemplo, donde hay trabajo, educación, fiestas y alegría, pero hay también responsabilidad y dignidad, la mujer es digna. Para Cuba, la dignidad es lo más importante.

Haydee colabora con varios organismos, trabaja mucho, como casi todos en su país, y le pedí que me contara qué hace en cada parte.

La Casa de las Américas se preocupa por el intercambio cultural con todos los países del mundo. Nos interesa que se conozca la cultura latinoamericana. El premio que se da aquí no es político, como el Nobel. Traemos a los mejores escritores para que formen parte del Jurado, y los dejamos en absoluta libertad. La prueba es que han premiado obras de diferente contenido. Sería muy bueno que usted pudiera entrevistarse con los extranjeros que hay ahora por acá, para que le digan cómo les hemos repetido que lo único que desea la Casa de las Américas es que premien lo mejor, que trabajen intensamente para que se conozca lo que se ha presentado; y si nada sirve, pues... hacen bien en no premiar ninguna obra. Por esto, día a día, el Premio Casa de las Américas se ha hecho de más prestigio. Algunos del Jurado nos han dicho que por primera vez vienen a un país donde no se les insinúa lo más mínimo. Tenemos

un equipo muy bien escogido. Al frente de la revista *Casa de las Américas* está Roberto Fernández Retamar, conocido como un buen poeta. Tenemos pintores –Mariano [Rodríguez] entre ellos–, que se dan a la tarea intelectual. Mi trabajo es de dirección. También trabajo en Relaciones Exteriores del Comité Central de nuestro partido, cargo muy político y del que me siento muy satisfecha, porque antes que nada soy política. Pero cuando digo política me refiero a la de mi país, donde los políticos trabajan más que nadie, trabajan para su pueblo, en la construcción de algo grande y hermoso. Hago esta aclaración porque hay confusión con la palabra política. En estos momentos auxilio a la Secretaría General de la Organización Latinoamericana de Solidaridad. Yo amo a todos los países de América Latina.

Aunque las tareas no son poquitas ni muy fáciles, para mí resultan muy gratas; mucho más, supongo, de lo que es para una mujer de otro país ir a una gran fiesta con traje largo, con un brillante. Estos son mis brillantes y mis trajes largos. Trabajo, construyo. Ya que he tenido la oportunidad de quedar con vida, pues para algo me he quedado. Me parece que es mejor morir que no hacer nada en la vida. Y como no me quiero morir, pues trabajo, por eso tengo tiempo para todo.

Me falta hablar sobre una cosa que no olvidaba, pero no sabía si decir algo sobre ella: mi hogar, que es otra tarea agradable. Tengo hijos a los que amo como todas las madres pueden querer a los suyos. Los tuve después del 59, cuando ya casi creía que no debía tenerlos. Después de la lucha insurreccional, después de ver desaparecer a gente que quería muchísimo, no deseaba tener hijos; pensaba que ellos solo iban a sufrir. Mis hijos llegaron cuando comprobé que se podía hacer una sociedad donde ellos, todos los niños, no iban a sufrir lo que sufrimos nosotros. Y que, si iban a pelear, pelearían por algo grande y hermoso. Los hijos que llegan tarde se quieren doblemente. Soy muy feliz con ellos, y soy feliz aun pensando que estoy educándolos tal vez para luchar. ¡Ojalá que cuando sean hombres no tengan que hacerlo! Pero si deben hacerlo, nunca sería infeliz al verlos cumplir con su deber. Porque después de haber vivido y sufrido sé que esta vida es mejor que una vida vacía; porque mis muertos no están muertos: están más vivos que todos los indios de Latinoamérica que mueren día a día. Si mis hijos tuvieran que luchar como hemos luchado en Cuba, tampoco sería infeliz, porque nunca he sido infeliz luchando. Hoy me doy cuenta de que si no hubiera tenido la oportunidad de crear sería mejor estar muerta. Por eso me siento viva: porque hoy trabajo, construyo, creo algo que quedará. ¡Ojalá que todas las mujeres tuvieran la oportunidad de luchar, de crear, no solo de tener tres o cuatro hijos! Yo siento que tengo un millón de hijos que van a la escuela, que se enfrentan a cuanto sea capaz de atacarlos. Y una mujer con un millón de hijos no se cambia por nadie. ¿Qué mujer puede sentir, como la cubana, que tiene un millón de hijos

con todas sus necesidades cubiertas y con la dignidad de un pueblo pequeño, pero que, por esa misma dignidad, es el más grande del continente? Hoy nos sentimos felices en nuestro hogar, en nuestro trabajo. Y si mañana tenemos que coger de nuevo las armas, también nos sentiremos felices, porque quien construye para todos, no para sí mismo, es feliz.

Digo a Haydee que he visto que citan a Martí, a Juárez y a otros, y ella agrega:

También habrás visto fotografías y citas de Sarmiento, de Maceo, de Bolívar, de todos los grandes hombres que han hecho algo por sus pueblos. Nosotros no consideramos que Juárez sea de los mexicanos y Martí de los cubanos. Los grandes pensadores pertenecen a todos los pueblos. El 2 de enero viste que había muchas personalidades latinoamericanas. Nosotros somos millonarios en ideas; tenemos las ideas de todos. Si estuvieras aquí un Primero de Mayo verías hermosas frases de Marx, de Lenin. Yo siento a Juárez más mío de lo que tú puedas sentirlo, porque sus ideas están vivas aquí. Nosotros continuamos lo que otros empezaron, continuamos algo que empezó con Maceo, con la libertad de los esclavos que Martí predijo para este Continente. Por eso lo que digo no lo digo con vanidad. Nosotros vivimos el pasado, el presente y el futuro. Ya somos dichosos pensando lo que harán nuestros nietos en esta sociedad. Recordarán que pusimos los peldaños para que ellos continuaran la gran tarea que habrá de hacerse en este país, en este Continente.

Entrevista sobre Olas[35]

¿Qué resultados inmediatos cabe esperar de esta reunión de la Olas*?*

Eso de resultados inmediatos es un poco limitado: lo primero es que la conferencia se celebró en un país donde todo hacía indicar que era imposible celebrarla, y se celebró con todas las representaciones que componían los Comités Nacionales de cada país.

Eso es importante que se diga, porque muchas veces han preguntado cuántas organizaciones vinieron, cuántos partidos vinieron y cuántos no vinieron. Y es importante que hayan venido todos los que componían el Comité Nacional de cada país. Solo dejaron de asistir dos organizaciones que pertenecían al Comité Nacional de sus respectivos países: uno es el Partido Comunista de Argentina y el otro es el Partido Comunista Brasileño. A excepción de esos dos partidos, que pertenecían, respectivamente, al Comité Nacional de Argentina y al Comité Nacional de Brasil, estuvieron presentes todas las organizaciones que componían los Comités Nacionales de cada país.

Hacer una conferencia con la presencia de todas las organizaciones es ya una cosa positiva, porque es un tremendo golpe al imperialismo y al bloqueo, y se ve con ello que cuando se reúnen las fuerzas se puede hacer todo lo que se quiere.

¿A qué se debe la no participación de esos partidos que usted ha mencionado?

Hasta este momento no tenemos noticias de por qué no vinieron. Sobre el Partido argentino leímos que no se le invitó, pero, naturalmente, esto no tiene validez, porque eso fue en un cable de la Ap o la Upi, y nosotros no le damos validez a ese tipo de cable. En esos cables decían que a ellos no se les invitó. A ellos se

[35] Publicada, con el título: «Entrevista a Haydée Santamaría sobre Olas», en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 45, noviembre-diciembre, 1967, pp. 102-108, donde apareció con la siguiente nota: «Haydée Santamaría presidió la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (Olas) celebrada en La Habana entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967. Por ello la ha entrevistado la revista *Casa de las Américas*».

les invitó, porque pertenecían al Comité Nacional; y sabemos que la invitación llegó. Desconocemos por qué no vinieron.

La conferencia se celebró bajo la advocación de Simón Bolívar y eligió como Presidente de Honor al comandante Ernesto Che Guevara. Nos gustaría que usted comentara estos hechos simbólicos.

Hay hechos simbólicos, a mi juicio, que más que símbolos son vida. Si Simón Bolívar guio esta conferencia es porque fue continental, fue una conferencia de todas las fuerzas de izquierda, de todas las fuerzas antimperialistas y nadie mejor que Simón Bolívar podía guiar una conferencia así, estar junto a nosotros: Simón Bolívar tiene hoy más vigencia que nunca. Era una conferencia continental, de este Continente, de nuestra América, y ahí estaba Simón Bolívar en su América.

Lo del Che fue algo inesperado. No fuimos los cubanos quienes propusimos que el Che fuera Presidente de Honor de la Conferencia; fueron otras delegaciones, otros compañeros. Y, naturalmente, se sabe cómo fue acogido esto por nosotros los cubanos. Y cuando la Conferencia en pleno, por aclamación, escogió al Che como Presidente de Honor, también eso significó que el Che, en cualquier parte que se encuentre, continúa lo que Simón Bolívar empezó.

Después, en la clausura, el Che presidía con su fotografía, y eso inclusive surgió después que el Che fue escogido como Presidente de Honor de la Conferencia. Pensamos que, si era Presidente de Honor de la Conferencia, podía estar también en la clausura con su fotografía.

Ya le digo, no fuimos los cubanos los que lo escogimos. Nos sentimos muy honrados, aunque el Che no sea cubano, porque el Che es más que cubano y más que argentino: sencillamente, el Che y Simón Bolívar están indestructiblemente unidos.

¿Cómo se espera que reaccione el imperialismo a esta reunión de la OLAS*?*

Eso es una sorpresa, aunque estamos preparados para todas las sorpresas. El imperialismo tiene que reaccionar como reacciona el imperialismo, como lo que es el imperialismo. ¿Qué es el imperialismo? Pues así reacciona: como imperialismo. ¿Cómo reaccionan los gorilas? Como satélites de los imperialistas que son. Todos conocen por los cables, por todo cuanto se dice, cómo van a reaccionar, y también sabemos que pueden reaccionar de mil formas. Ahora, de mil formas estamos esperándolos también.

Reaccionarán con represiones tremendas; tal vez, no contra nuestro pueblo, sino contra otros pueblos. Ojalá que sea contra nosotros, porque nosotros nunca rehuimos una responsabilidad, y tal vez estemos más preparados para esperar esa represión que otros pueblos. Pero como los imperialistas también

son cobardes y más que cobardes, reaccionarán con represión en otros pueblos donde hay algo peor que un imperialista: hay un gorila, que es peor que un imperialista, porque ni llega a ser un imperialista. Pero sabemos que esas represiones solo conducen a algo que los imperialistas no quieren, que es la lucha de verdad contra el imperialismo. Mientras más represión existe en un pueblo, más fuerza tiene la lucha, más grande será la lucha, y donde no exista la lucha, con esa represión se hará la lucha. Así que, como quiera que reaccionen, peor para los imperialistas. Si reaccionan con represión, peor para ellos, porque adelantarán la lucha; y si reaccionan con la llamada «democracia representativa», peor para ellos, porque desenmascararemos esa «democracia representativa».

Los imperialistas aquí tienen todo que perder y nada que ganar. En cambio, nosotros, los que dimos la Conferencia, los que asistimos a la Conferencia, tenemos todo que ganar y nada que perder.

¿Se han sentido satisfechos los partidos comunistas latinoamericanos con esta Conferencia de la OLAS*?*

En primer lugar, esta no fue una reunión de partidos, aunque sí podemos decir que sobre el hecho de que los partidos comunistas son los únicos marxistas-leninistas, esta Conferencia dio un paso adelante. Para ser marxista-leninista no hay que militar en un partido comunista.

Esta Conferencia se proclamó marxista-leninista y, sin embargo, no era una conferencia ni un congreso de partidos. Por unanimidad, en la declaración general, se dijo que la Conferencia era marxista-leninista. Eso quiere decir que para ser marxista-leninista ya no hay que militar dentro de un partido comunista. Tomando el caso de Cuba, pudiéramos decir: ¿cuántos marxistas-leninistas hay en Cuba? Todos los que no son contrarrevolucionarios, y sabemos que hay muy pocos contrarrevolucionarios; en cambio, no todo nuestro pueblo milita en el Partido, y sí es marxista-leninista.

Muchas de las organizaciones que vinieron aquí se consideran marxistas-leninistas y no militan en un partido comunista. Así que también, a mi juicio, es una cosa muy importante que no haya que militar exactamente en un partido comunista para ser marxista-leninista. Esta Conferencia se proclamó marxista-leninista, y creo que es la primera conferencia que se da en cualquier parte del mundo donde no solo van partidos comunistas y todos los que van a ella se consideran marxistas-leninistas.

Sobre si se han sentido satisfechos los partidos comunistas latinoamericanos, eso es generalizar. Nosotros creemos que algunos pueden haberse sentido satisfechos y otros no. Motivos: que hay algunos partidos comunistas latinoamericanos que a lo mejor tienen más comprensión del Gobierno de ese país, sea un Gobierno de «democracia representativa» o un gorila, que de las izquierdas de su país.

Muchas veces los partidos comunistas hablan de vanguardia, dicen que deben ser la vanguardia de su país, y en esta Conferencia quedó bien claro que la vanguardia de los pueblos eran los que luchaban con la expresión más alta de lucha que existe, que es la lucha armada; aunque ello no quiere decir que no se pueda luchar con todas las formas de lucha; pero si en un país se lucha con todas las formas de lucha y hay quien lucha con las armas en la mano, ese es la vanguardia de ese país. Tal vez algunos partidos comunistas no están de acuerdo con esto, pero eso salió en la Conferencia.

La vanguardia de un país está en el pueblo, pero ese pueblo tiene que estar dirigido por alguien. Y la expresión más alta de lucha –lo dijo Lenin– es la lucha armada. Si en un país se lucha con esa expresión más alta de lucha, quien lo hace es la vanguardia de ese país. En otros países no se lucha todavía con las armas en la mano, y hay que ver quién es la vanguardia: pues el que primero logre las condiciones para ir a esa forma de lucha necesaria en nuestro Continente.

Algunos órganos de prensa comunistas, ya no solo de la América Latina, sino también de Europa, han expresado que la OLAS *no es ortodoxa, o que es abiertamente heterodoxa. Se referían a que la Conferencia, o la organización, no es una verdadera organización marxista-leninista; la acusaban de que participaban en ella grupúsculos de diversas tendencias dentro del socialismo e incluso fuera del socialismo, desde el trotskismo hasta el anarquismo. ¿Qué piensa usted de esto?*

Yo no sé si habrá podido venir a esta Conferencia alguien que personalmente fuera anarquista o trotskista. Ahora, como organización, no vino nadie a esta Conferencia en calidad de tal. Pero, de todas maneras, eso de que se sea marxista-leninista no es para ser decidido por el órgano oficial de un partido comunista. Porque si Marx y Lenin necesitaron años para decir qué era marxismo-leninismo –y eran Marx y Lenin–, ¿quién puede decirle a un director de periódico, a unos cuantos días de la Conferencia, si fue marxista-leninista o no fue marxista-leninista?

Esta Conferencia será marxista-leninista o no será marxista-leninista; eso está por decir. Porque cuando algo se hace, cuando una cosa se celebra, sea una conferencia de este u otro tipo, no se puede en ese momento decir si es marxista-leninista, sino lo que siga a la conferencia: cómo viva esa organización, cómo quede después y siga viviendo y se siga pronunciando esa organización; lo que quede de vida después es lo que puede ser marxista--leninista. Porque podrá haber un congreso de partidos, donde nada más que se hable de marxismo-leninismo, donde nada más que se lleven los textos y se reciten los textos del marxismo-leninismo, y cuando se salga de ese congreso, murió el congreso, y yo quisiera saber si el marxismo-leninismo puede morir.

Cuando algo muere ya no es marxismo-leninismo. Lo primero que hay que saber, para saber si esto es marxista-leninista, es si después de esta Conferencia va a quedar un organismo que tenga vida, y que esa vida sea marxista--leninista. Y esto ni lo pueden decir ellos ni nosotros. Deseamos que tenga vida y creemos que así ocurrirá. Y que esa vida sea dentro del marxismo--leninismo. Lo deseamos y tenemos casi la seguridad de que será así; pero hasta dónde se puede asegurar algo.

Ahora, lo que sí puedo decir es que no se es marxista-leninista porque se discuta un texto y después aquella discusión muera. El marxismo-leninismo es la vida. Esta Conferencia tengo casi la plena seguridad de que el organismo que queda seguirá teniendo vida. Y algo que tenga vida, y algo que radique en Cuba, no podrá ser nada más que marxista-leninista.

Como usted sabe –como sabemos todos–, un brillante y valiente pensador francés, Régis Debray, se encuentra en estos momentos preso en una cárcel de Bolivia, y sobre él no pesa otra acusación que el haber escrito un libro de gran importancia: ¿Revolución en la Revolución?*, en que se exponen puntos de vista muy cercanos a los que se discutieron y aprobaron en esta Conferencia de la* OLAS. *¿Qué podría usted decirnos sobre esto?*

En primer lugar, yo no acepto que Régis Debray esté preso. A mi juicio Régis Debray está más libre, mucho más libre, que muchos que pasean por las calles de París. ¿Cuántos no desearíamos estar desempeñando el papel de Régis Debray hoy? ¿Es que la libertad se mide porque uno esté entre rejas o porque se sea libre de verdad? Tal vez Régis sea hoy más libre que nunca en su vida lo fue, porque entrar en la historia ya es ser libre y ya Régis entró en la historia, no solamente de su patria, sino en la historia de la patria de Bolívar y de Martí; porque tal vez uno de los europeos que no solamente descubrieron a este Continente, sino conocieron a este Continente, es Régis, porque a la gran mayoría de los europeos les pasa igual que a los que nos descubrieron: descubren este Continente, pero no conocen este Continente. ¡Y Régis lo descubrió y lo conoce y lo ama!

Y por eso, si lo descubre, conoce y ama, y entre rejas es más libre que todos los que lo tienen esposado, ¿cómo va a decirse que Régis está preso? ¿De quién? ¿De los pueblos? ¿De los que lo critican, aunque se llamen y se digan marxistas-leninistas? ¿De los guerrilleros que combaten? ¿De los mártires, de los héroes, de Bolívar, de Martí? ¡Régis es libre porque ya los pueblos, los que luchan, le han dado la absolución, lo han puesto en libertad!

Así que me molesta cada vez que me dicen que Régis está preso. Prefiero estar presa como Régis y ser libre como Régis, a considerarse libre y estar preso por un puestecito, por un sueldecito, o porque mamá y papá no sufran; porque tal vez Régis ame más a su patria que muchos franceses, ame más a su madre

que muchos hijos, porque nada más que los valientes hacen lo que hizo Régis y están donde está Régis, y los valientes saben querer más que los cobardes. Aunque en la Conferencia se habló poco de Régis, no fue porque no quisimos, sino porque con lo que pudiéramos hablar tal vez pudiéramos hacerle algún daño –no daño a él–, podrían involucrarlo con algo con lo que él no tuvo que ver, con esta Conferencia. Y lo que él tuvo o no tuvo que ver él lo ha dicho y lo dirá, y ha retado más de una vez al Gobierno y al gorila de ese país a que diga todo lo que él ha dicho –y al único que le corresponde hablar es a él–; y por eso en esta Conferencia solo se habló de Régis para pedir su excarcelación en calidad de corresponsal de guerrillas, aunque creo que todos los que amamos la libertad y todos los que sí sabemos que Régis está libre, pensamos constantemente en él.

Personalmente, se sabe bien lo que significa para esta Casa de las Américas Régis, ya que él trabajó aquí, fue uno de los lugares en los que trabajó; su libro lo editó esta Casa de las Américas y es mucho orgullo para todos los que trabajamos aquí que Régis haya trabajado entre nosotros.

¿Cómo considera usted el vínculo que a través de Stokely Carmichael se ha establecido entre las luchas de los negros norteamericanos y las luchas de los pueblos del tercer mundo?

Algo grandioso. Cuando oíamos hablar a Carmichael venía a nuestro pensamiento Martí. Empezamos a pensar en lo que Martí escribió; y después de la Conferencia fuimos una vez más en busca de eso, y encontramos la similitud con Martí.

En definitiva, los negros norteamericanos están luchando por los explotados, por los más explotados. En Estados Unidos los más explotados, los discriminados, son los negros: como en nuestra América son los indios, los mestizos, los campesinos, los obreros. Ya Martí lo había escrito: «el blanco del país, antes que verse dominado por el negro o mezclarse con él de hembra o varón, decide exterminarlo, espantarlo, echarlo de la comarca, como al zorro». Al negarse a este horror, los negros norteamericanos, efectivamente, forman parte fundamental de nuestro tercer mundo antimperialista, como lo expresó brillante y valientemente Carmichael.

Carta a Pedro D. Horta de la Barca

La Habana, septiembre 22 de 1967
Año del Vietnam Heroico

Ref.: D-334

Sr. Pedro D. Horta de la Barca*
2da. del Norte #11
Calabazar de Sagua
Las Villas

Sr. Pedro D. Horta:

Recibí su carta y me acuerdo perfectamente de usted, como veo, usted no solamente me recuerda a mí, sino a Abel también; siento no haber recibido una carta suya en los momentos que me faltó Abel, ya que siempre guardé gratitud para aquellos que sintieron la muerte de Abel, como usted me dice en esta carta, aunque no compartiera sus ideas, ya que entiendo perfectamente que para compartir o luchar por las ideas de Abel hay que tener eso distinto que usted mismo dice vio en Abel. Como usted vio, [los] acompañé a ustedes hasta el cementerio el día que enterraron a su padre, nunca he dudado en hacer estas cosas, aunque Abel fue sin coronas y nadie lo acompañó, nunca me detengo en hacer algo que creo deba hacer hasta que pueda.

Pero lo que usted me pide sí es imposible, ni por usted ni por el propio Ricardo[36] si me lo pidiera, ya que en la forma que usted sale de nuestra patria únicamente pueden ayudarlo los imperialistas, ellos pueden decir las personas que deben partir, el número del núcleo llega de allá, es decir, [desde] aquí se manda el cabeza de familia con los demás que parten en ese núcleo, y es allá, ellos, los que le ponen el número a ese núcleo. Cuando llega al Gobierno Revolucionario ese número del núcleo, es para ese núcleo, ya que ellos han dado su consentimiento y dispuesto su partida.

[36] Se refiere a su tío Ricardo Santamaría, esposo de la hermana del remitente de esta carta.

Le explico todo esto porque no es el primero que me pide esto: el número del núcleo; allá juegan con esto, como saben que Cuba no puede tener ese número si ellos no lo mandan, dicen que aquí puede dárseles, quedan bien y saben aquí no pueden darlo, ya que le repito, cuando ese número llega, llega con la orden de partida, a nosotros, a la Revolución Cubana, no nos interesa quién se va, ni cuántas casas tienen, ni cuántos aparatos dejan; ellos sí son los únicos que determinan, ya que piensan, y tal vez no les falta razón, que si no hacen las cosas así, en vez de mandar personas que les guste el sistema imperialista, mandemos personas que estén contra ese sistema, porque no cabe la menor duda [de] que no hay que ser político para escoger el sistema que más nos agrada, y no cabe la menor duda [de] que en este momento y por esa vía, si pudiera, mandaría para allá personas que no fueran a combatir a Vietnam; mandaría a personas que fueran a luchar por los derechos de esos norteamericanos que por el color de la piel les quitan todos sus derechos. Si le digo todo esto no crea que es una «charla política», no acostumbro a darlas cuando no me las piden, le digo todo esto para que vea por qué no puedo hacer nada, tampoco le niego que los imperialistas nos atan las manos en esto, así comprenderá, si razona un poco sobre esto, que no puedo hacer nada y no le quedará más remedio que creer en este caso a un comunista más que a un imperialista.

Le saluda,

Haydée Santamaría

«El Poder Local son ustedes»[37]

Compañeros y compañeras:

Nosotros veíamos que había muchas sugerencias, preguntas que plantear. Estábamos de acuerdo, y siempre hemos estado de acuerdo con que, por insignificante que sea una preocupación, se plantee en asambleas como esta. Pero también veíamos que, después de planteadas esas preocupaciones de algunas compañeras y [algunos] compañeros, se iban marchando los compañeros de este pueblo. Eso también nos preocupa porque aquí se está dando una asamblea donde no se le tiene miedo a la crítica.

Pensamos que a nadie, a nadie, le gusta que se le critique. Y si a cualquier compañero le preguntáramos aquí: ¿Te gusta que te critiquen?, y dice: «Sí», nosotros pensaríamos que no es sincero. Pero si le preguntáramos: ¿Es necesaria la crítica?, y dice: «Sí», sí sería sincero.

No nos gusta que se nos critique, pero la crítica es una necesidad. También hemos visto aquí a los compañeros contestando a todas las preguntas, preocupaciones y críticas, que sí lo han hecho. Nosotros consideramos que muchas contestas han sido de verdad insatisfactorias. Pero, en cambio, hemos podido notar que muchos de los compañeros y [muchas de las] compañeras que han planteado algunas preocupaciones, aunque no sean de orden colectivo, no se han ido satisfechos.

Vemos que todo es cuestión de tiempo, porque yo misma sin vivir en este pueblo hubiese podido contestar muchas de las preguntas que se hacían aquí. ¡Pero muchas! Repito, que es cuestión de tiempo y ustedes mismos lo han comprobado, que de los compañeros y compañeras que había

[37] Intervención de Haydee en la Asamblea de Rendición de Cuentas del Poder Local en el municipio San Antonio de los Baños, al suroeste de La Habana (actual provincia de Artemisa), el 26 de septiembre de 1967. El Poder Local fue una forma de gobierno municipal instaurada en la década del sesenta en Cuba que dio paso a los actuales órganos del Poder Popular, reconocidos oficialmente en la Constitución de la República de 1976. Tomado de la transcripción original conservada en el Archivo Casa.

aquí, quedan, escasamente la mitad. Eso nos preocupaba no por nosotros. Estamos acostumbrados a acostarnos y a no acostarnos. Pero vemos que aquí hay muchos compañeros que probablemente tengan que levantarse mañana a las cinco, y es una preocupación para ellos también. Pero nos decíamos: debemos hablar aquí cosas más o menos interesantes; ¡pero sí queremos hablarlas para este pueblo! Y si se retiran, ¿a quién hablamos?

Por eso nos parece que la asamblea ha quedado un poquito a la mitad, y que este problema se resuelve con los compañeros que han prometido no dejar eso así, y que sea contestado lo que se ha preguntado y que se resuelva lo que se pueda resolver sin dilatarlo. Pero, bien, nosotros estamos dispuestos a la crítica y también este pueblo tiene que estar dispuesto a la crítica.

A veces nos lucía que aquí es bastante fácil plantear una cosa cuando no se es responsable. Por eso nos daba muchas veces deseo de decir: «¿Qué solución le das al problema?», cada vez que vemos a un compañero o a una compañera planteando un problema de vivienda sabemos lo que esto significa para esa familia. Sabemos que cuando una madre tiene varios hijos y viven en un cuarto, muchas veces ese cuarto se llena de agua, lo que tiene que sentir. Quisiéramos poder decir: «Todo eso se va a resolver» y pudiéramos decir: «Todo eso se va a resolver». Pero ¿quién tiene que resolver todo eso, compañeros? ¿Los compañeros que estamos en esta mesa? Esto tiene que resolverlo el pueblo; los que estamos sentados en esta mesa, que somos pueblo y los que están sentados ahí, que son pueblo.

Si nosotros, desde una mesa, por un decreto pudiéramos darle una casa a cada familia que la necesita, ¡qué fácil fuera hacer ese decreto…! Pero es que una revolución no se hace por un decreto. Y las casas se le dan al pueblo nada más cuando se hace una revolución.

Este pueblo que está aquí, está planteando sus problemas; problemas que podrán ser resueltos muchos, inmediatamente. Pero otros no podrán ser resueltos como quisiéramos nosotros y ustedes, porque son ustedes mismos los que tienen que resolverlos. Pero el Poder Local no es de dos, tres, diez, cuarenta, cincuenta o cien hombres. El Poder Local es el poder del pueblo y el pueblo tiene que funcionar, realizar y hacer para poderle solucionar a este mismo pueblo todas sus necesidades.

Cuando se habla de internados, ¿cuál ha sido la política de los dirigentes de esta Revolución y muy en particular de Fidel? ¡Educación! Y en Fidel y en todos los demás compañeros la salud y la educación es algo que ha estado en todo momento en sus mentes; y no solo en sus mentes, sino tratando de resolverlo. Y si no se ha resuelto como debe y como tiene que resolverse, no es culpa ni de Fidel ni de ustedes. Es, sencillamente, que lo que nos dejaron fue mucho. Lo que nos dejaron por hacer fue tanto que es imposible hacerlo

en siete u ocho años. Y cuando se está en camino de hacer, cuando se avanza, cuando consideramos que todo avanza más, ahí está el imperialismo para poner algo y detener.

Porque cada vez que vienen, o dicen que van a venir a agredir a este país ¡todo se detiene!, menos la vida. Porque la vida se tiene para enfrentarse a ese imperialismo. Cuando todos sentimos una inmensa felicidad porque creemos que el pueblo va a tener lo que debe tener, cuando sentimos como el que hace un regalo de Reyes, porque ya está planteado y casi solucionado dar las cosas más importantes a este pueblo –y en este momento el problema de la vivienda es tal vez uno de los más importantes, porque las otras cosas se han podido ir resolviendo–; y cuando se ve que se avanza, cuando se ve que las fábricas producen, cuando se ve que hay cabillas, cuando se ve que hay ladrillos y cuando vemos que este hermoso regalo de la Revolución al pueblo puede decir: «¡Lo vas a tener!», nos damos cuenta de que es imposible, porque hay que invertir esos recursos en otras cosas, y no en cosas tan agradables como hacerles viviendas a los niños, como hacerles viviendas a las madres, como hacerles viviendas a los hombres.

Muchas veces tenemos que hablar a medias. Y si tenemos que hablar a medias no es porque no podamos decirle a nuestro pueblo todo lo que deseamos. Y nos es casi imposible, por nuestro temperamento, tener que hablar a medias, pero hay veces que hay que hablar a medias; no por ustedes, sino porque lo que se dice para nuestro pueblo, no es nuestro pueblo solo el que lo va a oír y saber.

Muchas veces cuando hemos pensado en hermosas casas y edificios, y cuando hemos ya visto que se va a realizar ese sueño, hay que invertir eso en algo más precioso, tal vez, que esas casas; porque para poder tener esas casas hay que tener esas otras cosas, para defender nuestro suelo, nuestra tierra, nuestra bandera.

Muchas veces lo que más nos preocupa, cuando puede llegar una agresión, son nuestros niños. Porque los mayores estamos dispuestos a lo que sea, pero nuestros niños no deben morir. ¿Qué haremos con nuestros niños en esos momentos? Seguro que Fidel ya ha pensado qué se va a hacer con nuestros niños en esos momentos, para que sus madres y sus padres puedan ir a combatir y a defender nuestro suelo sabiendo que sus hijos están seguros.

Y por eso muchas veces vemos que las hermosas cosas que van a realizarse tienen que demorarse. Pero seguro que se demoran por algo. Y ustedes mismos, toda esta asamblea, debe estar de acuerdo en que, si faltan algunos ladrillos, si faltan sacos de cemento para arreglar algunas casas, piensen siempre que Fidel es incapaz de invertirlo en algo que no sea más importante que el techo de una casa. ¡Y fíjense qué importante es el techo de una casa!

No cabe duda de que ustedes piensan muchas veces que puede gastarse algún material que no debe ser gastado. Pero también si se les explicara que ese material no es tanto como lo que se planteara aquí, con la fiesta que se dio hace un año, ese material no es casi material. Porque son canteros –decimos canteros porque no sabemos técnicamente cómo se llama eso–, porque son unos ladrillos parados con un mínimo de cemento. Y con esta misma cosa, el pueblo se divierte, porque el pueblo tiene derecho a divertirse y a bailar y a cantar cuando tiene la oportunidad, porque no sabe cuándo va a tener que coger el rifle.

Cuánto deseáramos aquí decir: «Compañeros, todo lo que ustedes han planteado aquí se va a resolver en unos días». Y yo les diría: ¡no se va a resolver en unos días! Muchas de las cosas planteadas aquí deben resolverse en unas horas, no en unos días, pero otras no sabemos cuándo se van a resolver. Porque muchas veces no dependen de nosotros.

Aquí se ha planteado el problema del pan. Ese se puede resolver en unas horas. A nosotros nos parece que una panadería no se puede fabricar en unas horas; y no sabemos si es correcto invertir en una panadería; porque no es una panadería, compañeros. Nosotros hemos ido a varias asambleas de estas, y hemos oído el problema de las panaderías como algo fundamental, ¡y consideramos que lo es! Pero es que no es una panadería, son miles de panaderías; porque es que este es un pueblo, de los tantos pueblos de este país. ¿Cómo resolver el problema del pan? Calidad, creemos que debe dársele lo más que se pueda porque, probablemente, el mismo compañero que hace el pan y no pone todo el empeño para hacer el pan bien hecho, tal vez es quien se ha parado aquí para hacer una crítica al hospital o a otra cosa. Eso quiere decir que, como el panadero tiene que hacer buen pan, el médico tiene que ser buen médico, el maestro tiene que ser buen maestro y el que atiende al pueblo tiene que atenderlo, aunque sea para decirle: ¡no podemos darte esto, compañero! Si todo se planteara así, todo estuviera mejor. Y de esto no tiene culpa el imperialismo.

Nos preguntábamos: se saca el pan del horno –según entendí– tres veces; el que llega a la bodega es el que sale o el que debe salir a las once de la mañana, que muchas veces no llega a las once de la mañana sino a las tres de la tarde. Y cuando preguntábamos ¿por qué el que sale a las seis o a las siete de la mañana, parte de ese pan, no va a la bodega? Y después que vaya a otra parte por la tarde. Come el pueblo pan fresco por la mañana y por la tarde. Y, en los organismos, hay pan fresco por la mañana y por la tarde. Se nos decía: «La bodega no se abre hasta las ocho». Bueno, por qué no se hace un arreglo; ¿por qué no se abre la bodega a las siete y se cierra una hora antes y el pan va a las siete de la mañana a la bodega?

¿A qué hora cierran las bodegas en este pueblo? [Le responden: «¡A las seis y media!»]. ¡Cierran a las cinco y media y ábranlas una hora antes! Y el

pan que se produce, que sale de la panadería a las siete de la mañana, pues, es para las bodegas. Esa es una forma que tiene el Poder Local de mover las cosas. Porque lo que el Poder Local no puede hacer es una panadería. No puede hacer una panadería, porque no está en sus manos. El Poder Local lo que puede es plantear la gran necesidad de la panadería; pero no es el Poder Local quien da los materiales para la panadería.

Porque aquí también se decía: «Un presupuesto de diez mil pesos para fabricar tal cosa…». Bueno, ¿y qué? Ahí están los diez mil pesos. ¿Y qué? Si el problema fuera de diez mil pesos yo les diría a ustedes que no es de diez mil ¡es de doscientos mil! Pero el problema no es de pesos; el problema es de materiales. Sí, los materiales no son por decreto, ni rezando un padrenuestro; los materiales salen de las manos del hombre; los materiales los produce el hombre y ¿hasta dónde se es capaz de fabricar todos los materiales para cubrir las necesidades de nuestro pueblo? Porque, antes, el que vivía en un cuartico no tenía ninguna necesidad porque sabía que su vida era ese cuartico. Ahora el que vive en un cuartico tiene la necesidad de que, aunque sea un cuarto, no se moje. Porque el niño que vive ahí es tan niño como el que vivía en un palacete. Pero ahora los que viven en un palacete son nuestros niños también.

Cuando se plantea: internados o medio internados; qué más quisiéramos nosotros que decir: «¡Compañero, dentro de unos meses están!» Yo no me atrevería a decir eso. Porque fabricar miles de internados y después abastecer miles de internados tampoco se hace por un decreto o rezando el padrenuestro, porque no esperen que por ninguna de las dos cosas le llegue nada a ese internado. A ese internado tiene que llegarle la leche que ustedes, que nosotros, que este pueblo produce, la vianda, el pan…

¿Y cuántas veces, cuando más estamos produciendo, cuanto más avanzamos, tenemos que mandarlo a las trincheras? ¿Cuántas veces ha pasado eso en este país? Muchas veces. Que no quiere decir que nos conformamos con esto y podamos echarle la culpa al imperialismo de todo. Y tampoco a los compañeros que dirigen el Poder Local. Todos tenemos algo de culpa. Porque muchas veces se dice: «¿Qué razón hay que no se mantiene un parque, ese parque que se hace?». ¡Porque no hay jardinero!, porque hace falta que el jardinero vaya a sembrar malanga o papas o frijoles y a cuidar las vacas. ¿Y por qué no es ese propio pueblo quien cuida ese parque? Solamente hasta con no echar basura en el parque ya lo está cuidando. Pero cuando pasean por el parque, seguro que ahí mismo echan basura. No se da cuenta de que ese parque es de él. Como ningún compañero sería capaz de tirar una caja de cigarros vacía en el medio de la sala de su casa, ¿por qué es capaz de tirarla en el parque? Porque piensa que ese parque no es de él. ¿Y de quién es ese parque?, ¿de Julio Lobo? ¡Ese parque es de su hijo, compañero, igual que esa casa!

Pero todavía nos quedan esas cosas; pensar que el pedazo de casa es nuestro y no nos damos cuenta de que nuestra es la tierra, es esa mata, es ese cielo, es esa bandera. ¿Cómo somos capaces de cuidar la silla de nuestra casa, pero, cuando terminamos un acto, todos vamos casi pateando las sillas de una asamblea? ¿Y de quién son esas sillas?, ¿y de quién es esta asamblea? Y esto lo digo con el espíritu de crítica, como ustedes nos han criticado a nosotros muy justamente; creemos que también tenemos el derecho de alertarlos en esto, porque muchas veces lo hacen hasta inconscientemente.

Cuando hablábamos de internados, los planes para internados son grandes, y ojalá los podamos hacer pronto. Porque sí tenemos la seguridad de que los haremos, si no es pronto, es un poco más tarde, ¡pero los haremos! Y todo depende de todos nosotros. ¿Cuánto vamos a producir para darle comida a cincuenta y siete mil niños que hay inscritos en este momento para internados y medio internados? Aquí vimos a algunos padres de familia planteando el problema del internado como una cosa muy importante –creo, no sé si habrá sido por aquí, bien–. Ese padre de familia tiene un gran problema que resolver y debe ser resuelto. Pero yo diría: ¿la compañera de ese compañero trabaja en el campo? [Le dicen algo], ¡es técnica! ¡Muy bien, compañero! todos tienen necesidades. Pero, fíjese, le estoy hablando de cincuenta y pico mil niños… de compañeras que trabajan en el fango, en la tierra, bajo el sol, bajo el agua, sin zapatos.

Todos los niños, sobre todo en nuestra patria, tienen derecho a internados, pero hay niños que tienen, si no más derecho que otros, sí están primero que otros. Porque mientras que una mujer estaba descalza –como se ha planteado aquí– en el fango, en el sol, y en el agua, por lo menos debe de tener a su hijo bajo protección. Porque siempre en la ciudad hay quien pueda hacerse cargo de ese niño; siempre hay una abuela, una tía o una amiga, pero a aquella mujer que esté en el campo, bajo el sol, que tenga la tranquilidad de tener a su hijo en un internado, y ni aun eso hemos podido resolver. Se resolverá, seguramente que se resolverá, no solamente los hijos de estas compañeras, que serán los primeros, después se irán resolviendo los de las otras compañeras que trabajan en las ciudades o en los pueblos, o en pequeñas ciudades, para el caso es lo mismo.

Veíamos cómo se iba desenvolviendo la asamblea, el problema importante, porque el problema de cada persona es muy importante. Casi siempre el problema de una persona no es el de una persona, sino el de varias personas, pero, de todas maneras, nos preocupaba que no se planteaban problemas colectivos, de la colectividad, porque ¿cómo construir una sociedad socialista?, ¿cómo poner el poder de un pueblo en manos de un pueblo y que ese pueblo no se empine y plantee problemas colectivos, de todo el pueblo? No quiere decir que no se hayan planteado, pero creo que menores. Oíamos el

problema de las visitas al hospital. Es justo, es correcto, cuando se tiene a un familiar o a un amigo irlo a visitar, pero también veíamos que eso no es lo más importante, que lo más importante es haber hecho el hospital y tener a donde llevar a nuestros enfermos y con más o menos eficiencia, porque no puede ser resuelto todo en un mismo momento, aquí tenemos el hospital, y si en las horas de visita se le deja a este pueblo visitar el hospital, hasta los propios enfermos protestarían porque somos de un pueblo muy parecido a este, nacimos y nos criamos en un pueblo parecido a este, y por eso sabemos cómo son los hombres y mujeres de un pueblo distintos a los de las ciudades. En un pueblo pequeño el enfermo de la cuadra es nuestro enfermo, y deseamos visitarlo, y nos luce que es una obligación visitarlo; creo que esto no es una crítica a un ciudadano que vive en un pueblo pequeño, todo lo contrario, tal vez los que nos criamos en pueblos y sentíamos el calor del pueblo cuando en nuestra casa se enfermaba alguien o moría alguien, sentimos en La Habana una infinita soledad, pero no es correcto que en un hospital pequeño el pueblo entero vaya a visitar a los enfermos, porque los perjudica. Si el hospital tuviera salas inmensas para recibir a todo el pueblo, tampoco sería correcto porque haría falta poner más camas para recibir más enfermos. Cuando oíamos esto, lo sentíamos, porque somos de un pequeño pueblo también y sabemos que nos parece una obligación; nos parece una obligación no ya ir a visitar al familiar, sino al amigo, pero es que no es posible, y recuerden que antes no podían irlo a visitar porque no había hospital. Lo primero es el hospital para el enfermo y después son las visitas.

Muchas veces, cuando oíamos esto, pensábamos qué distinto es un pequeño pueblo a una gran ciudad, y muchas veces cuántos añoran vivir en la gran ciudad, y de verdad, es mucho más hermoso vivir en un pequeño pueblo. Todos ustedes, todos nosotros, hemos pasado por cosas; yo les puedo asegurar qué distinto es cuando pasa algo en un pequeño pueblo a cuando pasa en la ciudad, y les digo esto acordándome de días y años, tal vez de hace catorce años, cuando pasábamos por momentos de profundas tristezas, nuestra más grande alegría era pensar que nuestra familia, que mis padres, vivían en un pueblo pequeño y que en aquellos momentos no estaban solos, porque sabíamos que en aquellos momentos había un pueblo junto a nuestros padres. Qué distinto fue para aquellas madres que pasaban el mismísimo dolor que nuestros padres y vivían en la gran ciudad y estaban solitas, ni siquiera la vecina del apartamento de al lado la acompañaba. Por eso siempre entiendo a los pueblos pequeños, y aunque los amo a todos, porque Cuba es solo un pueblo, pero les digo de verdad que cuando visito un pequeño pueblo siento ansias de vivir en él, ansias de pertenecer a un Poder Local, ansias de crear en un pequeño pueblo, porque todas las caras se conocen. Tengo la seguridad de que si hubiera vivido en este pueblo nada más que tres meses, no

había una sola cara que no conociera, es más, sin vivir, y viéndolas por primera vez en la forma de sus expresiones, por conocer cómo se manifiestan las personas de los pueblos pequeños, conocía enseguida quién planteaba las cosas con más sinceridad y quién las planteaba más personalistamente, y eso es porque conozco a los pueblos pequeños, y tal vez eso, si doy una asamblea en La Habana, no pueda definirlo.

Veíamos cuántas preocupaciones por el local que hay aquí, se llama el local de recreación, y también nos parece que vivíamos y volvíamos a los días de nuestro pueblo. ¿Qué razón hay para que en un pequeño pueblo esté un local muerto?, ¿por qué?, ¿es que no hay en este pueblo vida?, ¿por qué tienen un local muerto? Porque para ir a un local por la noche, jugando un rato ajedrez, conversando, o sencillamente sentados en dos sillones enamorando, qué se necesita, estas son las cosas que no entiendo que el Poder Local no resuelva inmediatamente, porque eso no necesita nada; pero ese Poder Local son ustedes también. ¿Ese lugar no se puede llenar de personas que lo limpien, de personas que arreglen las sillas, de personas que se lleven los vasos?; ese lugar es de ustedes, y silla que se rompa, silla que se rompe igualita que la de su casa, ¡pues ya, empiecen! El sábado por la noche, ¿qué necesitan para reunirse ahí, para hacer lo que más tenga deseos este pueblo? si es bailar, bailar, porque hasta con el radio se puede bailar; porque si también quieren que para bailar un sábado venga La Aragón, no puede ser, pero qué es lo que quiere también el pequeño pueblo, pongan el radio donde está La Aragón y bailen con el radio y La Aragón. O, si no hay tocadiscos porque los discos se rayan, y de verdad, cuando les den a esos discos un sube del demonio, ya no sirven, bailen con radio, si tienen tocadiscos, tocadiscos, con un amplificador de esos y una orquesta por radio, ¡tremenda orquesta!, y tienen todas. Y también, por qué no, con un combo, porque eso también se ha llevado a los pueblos.

Nosotros aprendimos a bailar con unas guitarritas, que recuerdo que el que las tocaba, y ¡miren que las tocaba mal!, se llamaba Víctor; no sé si habrá muerto, Víctor Goicochea. Con eso aprendimos a bailar, y ese no sabía tocar guitarra, pero nos divertíamos muchísimo. ¿Por qué razón es que se acaba todo eso en un pueblo?, ¿por qué no hay guitarras para tocar? Ahora me dirán: no hay guitarras en la tienda; ¿y con qué Víctor Goicochea hacía la guitarra? Yo les juro a ustedes que jamás la compró en una tienda, ¡y si no, se hacen! ¿O es que la imaginación se ha perdido?, ¿es que para las maracas no se coge, como dice la canción, una güira, se le sacan las tripas, se le echa no sé qué, se le pone un palito y se pone a tocar?

Eso siempre se ha hecho en Cuba. Ya no, ahora hay que esperar la maraca, ir a comprarla a una tienda, por eso muchas veces a nosotros nos preocupa enormemente, ya no solo la necesidad de la casa, del abastecimiento que no se puede resolver, nos preocupa la juventud de este pueblo, ¿por qué no se va

a divertir cuando tiene esa oportunidad? Porque los que están en el Poder Local tienen mucho trabajo y no se pueden ocupar de eso. Pero mira, el Poder Local hace una directiva de jóvenes con formalidad en ese club, o como se llame eso. Así, hay muchas cosas que el Poder Local tiene que echar a andar ya, pero que el pueblo no pida lo que no pueda hacer. Pensarán que estoy hablando un poco tal vez derrotista, no, no es derrotista, todo lo contrario, derrotista y estar discutiendo con ustedes, cuándo y en qué lugar de nuestro Continente puede ir un compañero de alguna responsabilidad a discutir con su pueblo, ¿dónde, en qué lugar de este Continente?, ¡en Cuba nada más! Y hablar y pensar que estoy hablando con un sentido derrotista cuando estoy hablando con ustedes, compañeros, cuando luchábamos, eso lo veíamos, eso lo soñábamos. No sabíamos si seríamos nosotros u otros los que discutirían con nuestro pueblo, pero sabíamos, y eso nos daba fuerza para seguir cuando no podíamos más, y eso lo hemos logrado en mucho menos tiempo de lo que imaginábamos. ¿Cuánto lleva nuestra Revolución en el poder?, nada, porque ocho años en la vida de un pueblo no es nada, y ¡ya estamos discutiendo con el pueblo, sin miedo!, porque somos el pueblo, discutimos con el pueblo. ¡Qué distinta es esta asamblea discutiendo con ustedes aquí!, qué distinto es para nosotros de los compañeros nuestros, que están discutiendo en estos días en esa otra asamblea que ustedes conocen, porque allí se reúnen todos los países, unos socialistas y otros capitalistas y otros gorilistas, y otros imperialistas. ¡Pero qué fácil y qué agradable es discutir con ustedes y qué difícil es discutir para nuestros compañeros que se encuentran allá!

Cada vez que tenemos oportunidad de hablar con compañeros, sean más sean menos, siempre nos gusta que sean muchos, porque eso nos luce que desean escuchar lo que vamos a decir; y cuando vemos que quedan pocos nos parece que debemos terminar. Y tal vez por eso hoy pues hable corto con ustedes, porque pensamos que tenemos y debemos terminar, porque quedan pocos. Sabemos que mañana todos tenemos que trabajar, pero de todas maneras, si se hubieran quedado muchos, hubiéramos pensado que habría deseo de oírnos.

Cuando se planteaba en esta asamblea —creo que por un compañero por aquí, porque yo lo estaba mirando todo, no sé si es este o aquel de allí— que aquí hay como treinta mil gentes para comprar dulces, lo sabemos –ya se fue—, bueno, sabemos que hay treinta mil personas para comprar dulces, pero hay muchas treinta mil personas en muchos pueblos. Ahora, hay treinta mil para comprar dulces porque todo el mundo trabaja en este pueblo, no vamos a decir treinta mil personas, pero por lo menos debían estar aquí hoy unas cinco mil personas, no están aquí, todos vienen a comprar dulces, tienen trabajo, pero no están aquí, ¿por qué? Consideramos que son buenos, pero consideramos también que tal vez han confundido la Revolución y creen que

la Revolución tiene el deber, y no saben que son ellos los que tienen el deber con la Revolución. Había otro compañero por esta filita que decía que haciendo deportes se ayuda a la Revolución; y yo le diría a este compañero —que creo que es el de la camisita roja, ese, bueno, bien—, ¿se ayuda a la Revolución? Yo diría que la Revolución ayuda al hombre a hacer deportes, porque, antes de nuestra Revolución ¿cuántos hombres del pueblo podían hacer deportes? Pues ahora es la Revolución quien ayuda al hombre a hacer deportes, el hombre no ayuda a la Revolución haciendo deportes. Lo que pasa es que la Revolución y el hombre son una misma cosa, y el hombre ayuda a la Revolución y la Revolución ayuda al hombre. Pero no se puede plantear: ayuda a la Revolución, porque se está separando al hombre de la Revolución y a la Revolución del hombre; y la Revolución es el hombre, el ser humano, porque la Revolución la hacen los hombres, la hacen las masas, y el deporte lo hace el ser humano, porque la Revolución le ha dado la oportunidad, porque antes no tenía la oportunidad.

Y cuando decíamos que esos que no estaban aquí creemos que son buenos, pero consideran que la Revolución tiene que darles todo, y no saben que la Revolución son ellos, y son ellos los que tienen que darlo todo, y hacerlo todo. O ustedes consideran que si yo por este micrófono pudiera decir: veinte mil casas para este pueblo, bueno, no sería marxista, sería a lo mejor espiritista, y creería que el espíritu iba a hacer las casas. Pero como sé que las casas tienen que hacerlas ustedes, nosotros, todos, no hay posibilidad; pero que habrá posibilidad, y que esa posibilidad, que ya debiera estar, no está, pero lo que sí deben confiar, no les voy a decir en la Revolución, porque la Revolución la hacen los hombres y hay veces que la Revolución no tiene culpa de las equivocaciones de los hombres, pero sí les voy a decir, tienen que confiar en la Revolución y en Fidel. Y esa Revolución de Fidel sí invierte los recursos en lo más necesario y en lo que el pueblo de verdad necesita, y tal vez no podamos hablar más, no podamos decir más, pero Fidel sí piensa en cada niño y en cada viejo de este país, y piensa más y los sitúa en cualquier parte en el momento que deban situarse, y tal vez se estén construyendo casas y no en nuestros pueblos, tal vez en lugares que ojalá no tengan nunca que irlas a vivir.

Cuando pensábamos en todo lo que íbamos a decir, eran muchas las cosas, siempre decimos que no nos gusta hablar, nos encontramos, y cuando nos ponemos a hablar con el pueblo nos gusta hablar, tal vez no nos guste hablar por televisión o por radio, pero nos gusta hablar con el pueblo, porque sabemos que estos pueblos nos entienden y no se están fijando si decimos una «s» de más o una «s» de menos, y ese temor sí lo tenemos en televisión y por eso no nos gusta ir a programas de televisión, pero sí a estas asambleas. Y la prueba es que cuando se nos invitó a venir dijimos que sí enseguida, y pocas

veces decimos que sí para hablar en un acto, pero es que nos gusta hablar en este tipo de acto. También tal vez sea porque somos de un pueblo y sabemos todas las cosas de un pueblo. Teníamos pensado decir muchas cosas y no podemos decirlas, miren la hora que es y quedamos pocos. Pero sí cuando oíamos las dificultades de este pueblo, y pensábamos que hay que superarlas y que el Poder Local tiene que superarlas junto a ustedes, porque aquí el Poder Local no es una cosa aparte de ustedes, el Poder Local no es el aceite y ustedes son el vinagre, o el Poder Local no es vinagre y ustedes son el aceite; el Poder Local son ustedes y ustedes son el Poder Local, y juntos tienen que resolver los problemas que se pueden resolver, y hay otros que hay que plantear de todas maneras, aunque no se puedan resolver inmediatamente, para cuando se puedan resolver, no nos vamos a acostar a dormir porque no se pueden hacer las cosas.

Hay que estar planificado. Había una compañera que [preguntaba] qué razón había, porque se había hecho un censo de los niños que se necesitaba becar, y no había llegado una sola beca a este pueblo. Le decíamos que, primero, teníamos que saber la cantidad de niños que tienen la necesidad de becarse, y si no hacemos ese censo, pues no podemos hacer la construcción, ni planificarlo para la alimentación y tenemos que saber que en este pueblo son cincuenta y siete niños los que han pedido beca; pero esto es un solo pueblo, y como en este pueblo hay todos los que saben, y ya sabemos todos los niños que tienen necesidad de becarse, y para eso se trabaja. Pero si no hubiéramos hecho eso, cómo hubiéramos podido trabajar, qué cantidad de alimentación supiéramos que necesitábamos, qué cantidad de fabricación o arreglos sabíamos que necesitábamos. Pues necesitábamos hacer el censo, no se pueden desesperar, porque hay que hacer primero un censo, no aquí, en el país, y después entrar hasta donde podamos hacer.

Pero hay una realidad, con todos estos problemas que se plantean, unos más graves —como el de la Conaca [Comisión Nacional de Acueductos y Alcantarillados]— y otros que se pueden resolver. Hay una gran verdad que es tremenda; una verdad que está por encima de esas cosas grandes o pequeñas que podamos necesitar, y es la gran verdad de la Revolución, y la gran verdad de nuestro pueblo.

Cuántas veces pensábamos, cuando luchábamos, en la otra gran lucha, en la lucha mayor, que era la lucha de clases, y estábamos muy conscientes y nos parecía que iba a ser peor porque era una lucha donde estábamos todos contra un hombre; casi todas las familias unidas contra un hombre, porque aquel hombre representaba un sistema y era casi mucho más fácil aquella lucha. Sabíamos que se avecinaba otra cuando tomáramos el poder, que era la lucha de clases, y pensábamos en la división; pensábamos entonces cómo sería la división de la familia: unos para acá y otros para allá. Y pensábamos

en lo doloroso que sería todo eso porque lo pensábamos por nosotros mismos. Y cuando confrontábamos esa lucha de clases veíamos que es difícil, pero no dolorosa, como pensábamos; porque hay una gran realidad y es que no ha habido división en la familia; que la familia está más unida que nunca. Porque la familia ya no es la familia de sangre, es la familia, la gran familia, no la familia que, por llevar, o porque dicen que llevamos, la misma sangre, somos familia. Es la verdadera familia, la familia que lleva el mismo apellido, que tiene un mismo color, que tiene un mismo objetivo. Porque al que se le ha ido una abuela, un tío, por mucho que lo haya querido, como se quiere a un hijo o a una madre ¡tiene mil madres y un millón de hijos! Y esa gran familia, aquí vale más que todo, más que nada.

Esa lucha de clases que pensábamos era la división de la familia ha sido una gran sorpresa para nosotros, ha sido la verdadera unidad de la familia. Porque seguro que el que lleva esa boina verde es más familia mía que cualquiera que haya abandonado a mi Revolución y a mi bandera. No sé cómo se llama, pero sí sé que tiene un apellido; aquel es traidor, pero estos que llevan una boina o que no la llevan, pero que sí están dispuestos a morir por defender esa mata, la palma, la bandera, a Fidel, a la Revolución, este tiene un mismo apellido. Todos llevamos ese mismo apellido, que es el apellido de: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Charla sobre el Premio Casa de las Américas[38]

Íbamos a hablar del Premio Casa de las Américas, ya que en estos días va a salir en la prensa cómo va a ser este año el Premio; aunque casi todos los años es igual, queríamos informar un poco, ya que el Premio se da en Cuba. La Casa de las Américas es una institución cubana, y hay veces en que resulta un poco raro que en cualquier país –ya no de América Latina, sino de Europa– conozcan más el Premio Casa de las Américas que en la misma Cuba.

Esto sucede porque la Casa de las Américas es una institución que trabaja más de adentro hacia afuera que de afuera hacia dentro; es decir, no tenemos tantas actividades, pudiéramos decir, cubanas, sino sobre todo actividades latinoamericanas o latinoamericanas que tengan que ver con Europa o europeas con Latinoamérica.

El Premio Casa de las Américas surge en el año 1960. Cuando llegamos aquí, a trabajar en esta institución, pensamos que una de las cosas más importantes era hacer un premio latinoamericano. Esa idea nos vino a todos los que trabajábamos aquí, ya que habíamos visto y sentíamos que tantos latinoamericanos tenían derecho a premios; tantos latinoamericanos conocidos que pudieran ser Premio Nobel, y a excepción de un latinoamericano, no hay uno solo que sea Premio Nobel.

Nosotros, cuando creamos este premio no pensamos competir con el Premio Nobel. Sencillamente pensamos hacer un premio honesto, de calidad, y empezamos en el año 1960. En el año 1960 ya se vio que el Premio tenía grandes posibilidades; ya ese año compitieron una gran cantidad de obras, no solamente cubanas sino también latinoamericanas. Así continuamos, y podemos hoy decir que de verdad es un premio que tiene un prestigio grande. En primer lugar, no cabe la menor duda de que está respaldado por Cuba, por una revolución; y, al estar respaldado por una verdadera revolución, un premio es un verdadero premio.

[38] Tuvo lugar el 6 de octubre de 1967 y fue publicada con el título: «Charla de Haydée Santamaría en la Casa de las Américas», en el periódico *Granma*, La Habana, Sección Culturales, 7 de octubre de 1967 y 19 de noviembre de 1967, p. 5 y p. 10, respectivamente.

La Casa de las Américas trata de traer como jurados a intelectuales de calidad e intelectuales honestos, pero no los escogemos por la militancia, por si son políticos o si son apolíticos, eso es ya una cuestión que la Casa de las Américas no entra a analizar mucho; como es natural, no vamos a traer a un proimperialista, eso está por descontado que no lo vamos a traer, pero sí a cualquier otro escritor, poeta, novelista, de los cinco géneros que entran a competir que, como se sabe son novela, cuento, teatro, ensayo y poesía.

Este es un premio literario, y como es un premio literario, se trata de traer lo mejor que se pueda dentro de esos cinco géneros. No es un premio que va a premiar una obra revolucionaria. El día que la Casa de las Américas haga un premio para premiar una obra revolucionaria escogería un Jurado de otro tipo.

Pero podemos decir que, a pesar de que aquí la Casa de las Américas no le pide militancia ninguna a nadie que venga a componer un Jurado, sí tenemos la satisfacción de que, cuando se van de Cuba, todos siguen siendo amigos de la Revolución Cubana, cada cual dentro de su militancia, muchos hasta apolíticos, pero no recuerdo ningún caso en que se haya ido ninguno de los jurados no entendiendo, no comprendiendo a la Revolución Cubana. Así que no traemos a este país jurados para que hablen bien de nuestra Revolución: los traemos para que premien la mejor obra. Y se obtienen las dos cosas, porque no cabe la menor duda de que, lo mismo en Europa que en Latinoamérica, la gran mayoría de los intelectuales son todos personas de izquierda y de una honestidad tremenda dentro del mundo que todos conocemos que existe, como el que existía aquí en Cuba antes de 1959.

Aquí nosotros, cuando nos reunimos con los jurados, les decimos que la Casa de las Américas solo aspira a que trabajen, a que lean todas las obras y que traten de premiar la mejor. Cuando existen muchas obras malas y una o dos buenas, no hay dificultad en dar el Premio; ahora, cuando ya entran a competir varias obras, como en el último premio en que entraron a competir como trescientas y pico de obras, si en esas trescientas y pico de obras entran a competir quince o veinte obras que sirvan, el premio es muy difícil de dar. Y eso año a año se está viendo: que cada vez las obras son mejores.

Y otra cosa: que para entrar a competir en premios –es decir, en las artes, en la literatura–, a los escritores, poetas, no les gusta mucho a las personas ya conocidas, de un prestigio grande, conocido, en el mundo de la literatura, entrar a competir por un premio. Y aquí en la Casa de las Américas ha pasado que han entrado y se han llevado el Premio escritores conocidísimos. Tenemos el caso de Zalamea, el caso de Martínez Estrada, el caso de David Viñas y muchos más.

Este año, ya dentro de poco, podremos decir el Jurado que va a venir, un Jurado tal vez de los mejores; decíamos que va a ser un Jurado que tenemos la seguridad que va a ser de los mejores que han venido. También hemos visto

que todos los años los jurados quedan impresionadísimos de que ellos son los únicos que deciden la obra que van a premiar. Muchos vienen por primera vez a Cuba y consideran que esta institución, por pertenecer a un país donde se está haciendo una revolución, les va a decir que escojan este tipo de obra o esta otra, y se quedan muy impresionados cuando decimos que el interés de este país, de la Revolución, es que escojan lo mejor; que no interesa qué tema traten, qué género sea, pero sí que, por favor, traten de escoger lo mejor, ya que con eso el Premio gana en prestigio y el Jurado también.

Otra cosa importante es la edición de las obras premiadas. Desde el primer año, ya cuando el Premio se daba, a pesar de que en los primeros años teníamos aquí bastantes dificultades, la Casa de las Américas, y los que trabajábamos en eso, nos cuidábamos mucho de que los libros fueran buenos, dentro de las posibilidades que teníamos. Teníamos grandes problemas con las imprentas, las editoras, porque en los primeros años –y no en los primeros años sino ahora también– había un poco la idea de que el contenido es lo más importante. No cabe la menor duda de que el contenido es lo más importante, pero se debe lograr un diseño bueno, de acuerdo con el contenido bueno. Lo más importante de la editora es sacar un libro bello. Porque como lo más importante de la institución, que en este caso es la Casa de las Américas, es tratar de traer un buen Jurado, que el Jurado dé el premio a un libro que sirva, pues lo más importante de la editora es que el libro salga bueno, porque la editora no es solamente para poner las letras.

Nosotros tuvimos desde el primer año muchos problemas, porque rechazábamos, inclusive, completas las obras, cuando no venían bien cortadas, cuando venían las hojas en mala forma; teníamos problemas. Y tanto es así, que ya en la Casa de las Américas es difícil que nos devuelvan de las editoras un libro, además, porque las editoras saben que como venga un libro aquí malo, se lo viramos. Muchas veces me dicen: «Ahora tener que tirar este libro». Bueno, ¿y usted por qué lo hizo malo? Lo hubiera hecho bueno, porque usted tiene que respetar al pueblo haciendo que este libro salga bueno, porque el pueblo ha gastado papel, ha gastado tinta, un artista ha hecho la portada, hemos gastado divisas en traer un Jurado. Y no hay ninguna editora que tenga por qué sacar un libro malo, si está cumpliendo con una función de una editora. Y la función de una editora es que el libro salga bueno, tratar de que los colores salgan lo mejor posible. Con la Casa de las Américas han tenido que hacerlo. Tanto, que en este momento –y ha sido de verdad casualidad– ha llegado el compañero Rolando [Sánchez] aquí con un premio editorial que se llevó este año en Moscú el Premio Casa de las Américas del año pasado; se llevó el tercer premio. Aunque es un tercer premio, para nosotros resulta un primer premio, porque con quienes competimos son editoras con años de experiencia, con muchas más facilidades que las nuestras, impresión, papel, una serie de cosas

que tienen que a nosotros nos da bastante trabajo obtenerlas y que muchas veces no las obtenemos. Nos llevamos un tercer premio y yo les diría que me siento como si nos hubiésemos llevado un primer premio, porque hemos competido con editoras de años y años de experiencia, y con materiales superiores, tal vez, a los que tengamos nosotros.

Por esto, a mi juicio, la Casa de las Américas se ha llevado este premio. No quiero decir que otras instituciones no tengan las mismas preocupaciones que la nuestra; ahora, yo sí les puedo decir que la nuestra, desde el año 1959, tuvo una preocupación tremenda para que nuestros libros fueran buenos, fueran modernos, en aquella época en que los libros en Cuba nada más que podían salir con un dibujo realista. Decía que en los años 1959 y 1960 aquí había, a mi juicio –a mi juicio, porque aquí también hay un problema: hay veces en que uno habla a título personal y creen que está hablando a nombre del Partido porque uno es militante del Partido; y yo lo digo a mi juicio–, había una tremenda confusión: que tenían que salir en los libros cosas realistas, y yo veía por ahí cosas realistas que de realistas no tenían nada, porque todo lo real es bello, y aquello de bello y de artístico no tenía nada.

La Casa de las Américas empezó a luchar desde esos años 1959-1960 por sacar en sus portadas cosas artísticas de verdad, bonitas, aunque muchos dijeron que no tenían un contenido político. Porque siempre nosotros decíamos que eso de un contenido político en una portada es una cosa para analizar, porque este libro mismo parece una cosa casi abstracta, ¿verdad?, y nosotros les podríamos decir que de abstracto no tiene nada y es una cosa muy realista, porque, fíjense, que es nada menos que una cosa de trabajo; la maquinaria de trabajo donde se imprime el libro. Y así en muchas cosas, pues lo mismo nos da que sea realista o figurativo o abstracto, lo que sí considerábamos es que tenía que tener belleza. Porque cada vez que a nosotros nos decían: «No, porque hay que darle una cosa que el pueblo entienda», nosotros decíamos: «Pero si el pueblo entiende de la belleza más que nadie, porque el pueblo ama las flores porque son bellas, y porque las ha conocido toda la vida». Porque si también vamos a pensar que hay que darle al pueblo exactamente todo lo que entienda, estaríamos pensando que no vamos a elevar al pueblo. Porque, imagínense ustedes, si cuando Martí hizo sus *Versos Sencillos*, tan hermosos, no los hizo para nuestro pueblo, porque en aquel momento nuestro pueblo no sabía leer ni escribir. Y sobre todo es para aquel pueblo que Martí hizo los versos, para aquel pueblo que no sabía leer ni escribir entonces, pues Martí hizo unos versos maravillosos, ¡y el pueblo era analfabeto!

Ahora, ¿qué es lo que tiene que hacer la Revolución? Tratar de que en todos los pueblos de nuestro país pueda haber de verdad exposiciones de todo tipo, que el pueblo vea las cosas hermosas y se acostumbre a las cosas bellas. En el pueblecito en que yo nací y me crie lo único que llegaba a mí era

la portada, la carátula de todas las revistas capitalistas que había aquí. ¿Cómo podía yo conocer lo bello a través de esas carátulas? No podía conocer lo bello. Ahora, si aquí, al contrario, nuestras revistas están al servicio del pueblo, si todas nuestras revistas sacan unas carátulas de arte, hermosas, ya con esa carátula están llegando a todos los pueblecitos –y a ese pueblecito donde yo nací–, una verdadera cosa hermosa a través de un libro que se recibe ahí, o de una revista. Y también una cosa importante, que lo mismo que hizo la Casa de las Américas, que con mucho coraje peleó por lo artístico y lo hermoso en aquellos momentos –que ya por suerte no hay esa complicación en Cuba–, que la revista *Bohemia*, que la revista *Mujeres*, que la revista *Romance* busquen artistas, busquen a verdaderos técnicos.

Ahora, cualquier revista de este país puede hacer una carátula que sea una verdadera obra de arte, de modo que cualquier mujer en su casa, recortando esa carátula de esa revista, tenga un cuadro hermoso en su casa. Esas son las cosas que yo muchas veces me pregunto, o les pregunto a los artistas, o les pregunto a los directores de revista: ¿Qué sucede? O los artistas, los pintores consideran que hacer una hermosa carátula para una revista no está dentro del arte y la cultura, o muchas veces es el director de esa revista quien no se preocupa por eso. Yo diría que a mí nunca me han fallado los pintores, inclusive hasta para la Conferencia de OLAS, que eran afiches políticos. Los afiches políticos es lo más difícil de hacer dentro del arte, porque el afiche político siempre tiene que llevar algún contenido, o tratar de llevar el mayor contenido. Yo les puedo decir que cualquiera de los afiches de la OLAS es un afiche de calidad. Y el Comité Organizador de la OLAS convocó a los afichistas, y los afichistas (claro, yo les caí un poquito atrás, vamos a aclararlo) hicieron afiches con contenido político, porque era una conferencia política, y esos afiches tienen calidad artística.

En la revista es mucho más fácil, porque no tiene que darse un contenido político. ¡Imagínense qué de cosas hermosas, maravillosas, pudieran salir en estas revistas! Porque lo estamos viendo con los sellos. ¿Qué está haciendo el Ministerio de Comunicaciones? Sacando sellos de verdad bonitos. Hay algunos que son verdaderas obras de arte; otros no son tan bonitos, porque sacar en todo un año cosas así es muy difícil, pero hay algunos que son verdaderas obras de arte.

Quiero decirles cómo la Casa de las Américas, en ese año 1960 y en 1961, se enfrentó aquí a una serie de ideas totalmente equivocadas que había. ¡Y cómo eran criticados nuestros libros! «¿Qué dice este libro?». «¿Qué dice este libro? Mira: abre ahí a ver lo que dice». «No, pero ¿qué dice aquí afuera?». «No, si aquí afuera no tiene que decir nada, aquí tiene que venir una cosa linda, hermosa, de colores bonitos, combinados, para que sea más agradable a la vista». Entonces, a veces me decían: «Bueno, eso no tiene contenido político». Entonces yo le decía a ese compañero: «¿Por qué tú no te vistes con un

pantalón que tenga contenido político?». Y a esa compañera: «¿Por qué tú no te vistes con un vestido que tenga un contenido político? ¿Por qué tú tratas de hacerte un vestido bonito? Porque tu contenido político no está en el vestido, tu contenido político está en tu actitud, tu contenido político está en lo que vas a ser capaz de hacer, si es que no lo hiciste».

Lo que no tiene contenido político es la cara de un mártir, a los que conocimos, a los que amamos, a los que no olvidamos nunca, que han puesto en nuestras calles y uno se ha tenido que parar en una máquina y quitar ese retrato o ese cuadro de ahí, porque eso sí que no tiene un contenido político. Eso es una falta de consideración y respeto. Porque antes de poner la cara de alguien que está en nuestra historia, de alguien por quien tenemos esta Revolución y estos bellos libros, precisamente porque ellos no están con nosotros aquí, hay que tener respeto por esos compañeros. Y no tiene contenido político sacar la cara de un compañero que, inclusive, no es la cara del compañero. Porque yo conocí a muchos, y cada vez que he visto a un compañero en una valla o en una cosa de esas, me han dado más deseos de llorar que cuando murió. Porque cuando ha muerto, ha muerto por algo, y no ha muerto tampoco. Pero, en cambio, los que nos hemos quedado con vida, lo que tenemos es el deber de enseñarles a nuestra generación y a nuestros niños cómo era este compañero que no está con nosotros. Eso sí tiene un contenido político. Es de un contenido político que salgan las caras de nuestros héroes como de verdad fueron, que salgan las caras de nuestros héroes como era Frank, que era todo lleno de belleza, que era todo lleno de dulzura, que tenía los ojos más dulces que se pueden haber conocido y visto en la vida. Y yo he visto retratos de Frank por ahí, y dondequiera que me he parado los he quitado. Eso no tiene un contenido político.

Por eso yo me siento tan satisfecha hoy de este premio que hemos obtenido, porque este premio es el resultado no solo de este último año en que nos llevamos este premio. Este premio que se ha llevado la Casa de las Américas yo les digo que para mí tiene más valor, porque no es el premio de un año, es lo que aquí se ha luchado desde 1959: sacar calidad a pesar de no haber tenido materias primas en la pintura, o muchas cosas que necesitábamos.

Y así ha seguido, en muchas cosas, el Premio Casa de las Américas. Yo les diría que cuando aquí *La noche de los asesinos*[39] se llevó el Premio, las llamadas

[39] Obra del dramaturgo cubano José Triana, premiada en 1965. La puesta en escena estuvo a cargo del reconocido director teatral cubano Vicente Revuelta, y recibió el Gallo de La Habana al finalizar el VI Festival Latinoamericano de Teatro en 1966, por considerarla la mejor representación. Este premio fue concebido por la Casa de las Américas en reconocimiento a personalidades, grupos o publicaciones con una trayectoria excepcional dentro del teatro latinoamericano y caribeño, y consiste en la escultura de un gallo, siempre diferente; se entregaba ese año por primera vez.

telefónicas que yo tuve fueron tremendas, porque consideraban que *La noche de los asesinos* no tenía un contenido político. Yo decía: aquí no estamos premiando una obra de contenido político. Ahora, si usted me dice que como obra de teatro sirve o no sirve, yo no lo puedo contestar, porque yo solamente puedo decir si me gusta o no me gusta, porque yo no soy una técnica en teatro, y cuando veo una obra de teatro digo si me gusta o no me gusta; ahora, los que premiaron esta obra sí eran teatristas reconocidos. Cuando Vicente montó la obra también a mí me dijeron: «Óyeme, la obra va a ser un fracaso». Bueno, pues mire, la obra es un éxito tremendo. Fue éxito en Cuba y es éxito fuera de Cuba; tanto éxito, que Vicente salió con su grupo para una actuación y ya ha ido a tres lugares y las invitaciones no sabemos hasta dónde van a llegar, vamos a tener que ser nosotros los que le pongamos fin, para que Vicente regrese al país, porque lo necesitamos aquí, lo necesitamos aquí para que siga montando obras y para que siga haciendo teatro.

Eso es lo que ha luchado la Casa de las Américas dentro de la cultura. Ahora, ¿cómo ha sido? Buscando personas que conocen de eso, porque yo dirijo la Casa de las Américas, y yo les diría a ustedes con toda sinceridad que de arte lo que conozco es por sensibilidad nada más, por sensibilidad como un ser humano, que por sensibilidad se llega a todo. Por sensibilidad yo llegué a luchar contra la tiranía de Batista, por sensibilidad me puse al lado de mi pueblo, por sensibilidad yo, en el central donde vivía, no me puse al lado del dueño del central, me puse al lado de los trabajadores. Nadie me enseñó a mí aquello. Yo no tenía allí maestros; en aquel momento no tenía ni a Fidel. Por sensibilidad llegué al lado de lo que era bueno. Entonces, por sensibilidad también me gusta el arte, me gusta la pintura; pero no digo: es bueno o es malo; digo: me gusta o no me gusta, porque nunca me siento una técnica para decir sirve o no sirve; pero sí busco en esta institución a los que conocen y a los que saben.

Entonces, la Casa de las Américas en eso, lo mismo que en los premios, en todo, a pesar de que quien la dirige no sabe nada de cultura ni de arte (lo que sabe es igual que cualquier ciudadano de la calle, por sensibilidad), sí busca a las personas que conocen, discute con las personas que conocen; sí decide un poco en la línea a seguir, pero cuando aquí vamos a montar una exposición, yo no pongo mi gusto, yo llamo a los que saben. Cuando aquí se hizo el Festival de Teatro, eligieron los que conocen de teatro.

Y ahora me dirán: ¿qué tiene que ver esto con el Premio? Es que todo está ligado, todo está ligado, porque si nosotros, cuando comenzamos en 1959 y en 1960, buscamos nada más que a escritores, poetas, ensayistas, cuentistas que pertenecieran a partidos comunistas, pues hubiera fallado el Premio; porque seguro que no todos los mejores escritores y poetas en todos los géneros están afiliados al Partido.

Nosotros empezamos a buscar lo que de verdad se consideraba y conocíamos que tenía verdaderos valores en la literatura. Por ahí empezamos, y tampoco fallamos, porque esto lo hicimos con la idea de traer lo mejor a integrar un Jurado. Eso fue en el año 1960. Pero después nos dimos cuenta también de que todos los escritores, y la gran mayoría de los escritores de nombre, militaran o no militaran dentro de un partido comunista, sí eran de izquierda y sí eran antimperialistas. Porque hoy hemos visto que un Zalamea tiene posiciones en Colombia mucho más fuertes que muchos que militan en partidos comunistas. Y don Ezequiel Martínez Estrada, que no militó nunca en el Partido Comunista argentino, estuvo tres años con nosotros aquí y escribió una de las obras más hermosas que se han hecho sobre Martí;[40] aquí estuvo buscando datos dos años, un viejito de sesenta años, porque era un apasionado de Martí. Y al ser un apasionado de Martí tenía que ser un revolucionario y no militaba en el Partido Comunista argentino, y murió en su país pensando en la Revolución Cubana y en volver a Cuba.

Porque yo les diría a ustedes que esta Casa de las Américas ha firmado cosas tremendas, como todos conocen. Como en el caso cuando lo de Santo Domingo, escritores que decían: «No, que si firman eso van a perder en su país tal cosa...». Bueno, no hubo un escritor que se nos negara a firmar aquella declaración en apoyo a Santo Domingo.[41] Y hoy esos escritores son los más grandes defensores de la Revolución Cubana. Cuando Marta Traba vino a Cuba, se nos dijo poco menos que Marta Traba estaba muy de acuerdo con el imperialismo. Y hoy Marta Traba es expulsada de Colombia por tener una actitud de revolucionaria en la universidad.

Por eso para mí es un poco difícil que me ponga a hablar solamente del Premio Casa de las Américas, porque yo no estoy ligada al Premio Casa de

[40] Se refiere a *Martí revolucionario*, obra concebida en tres tomos, el primero de los cuales fue el único que se publicó en Cuba por la propia Casa de las Américas en dos ediciones, 1967 y 1974, la segunda, en coedición con el Centro de Estudios Martianos.

[41] El número 31 de la revista *Casa de las Américas*, julio-agosto de 1965, abre sus páginas con una extensa nota editorial que denuncia la intervención militar yanqui en la República Dominicana y hace referencia a «la actitud asumida por la intelectualidad del Continente al suscribir la declaración de protesta hecha circular por la Casa de las Américas». Esta declaración y otros documentos con los nombres de las decenas de escritores, artistas e intelectuales latinoamericanos y estadounidenses que los suscribían (Declaración de intelectuales en México, Carta al presidente Lyndon B. Johnson, Declaración de intelectuales puertorriqueños) aparecieron publicados en la sección Documentos, pp. 125-133, del número 32, septiembre-octubre de 1965, de la misma revista.

las Américas [solo] por [ser el] Premio Casa de las Américas. Es por una serie de cosas que tienen que ver entre sí. Ahora, sí creemos que hoy este Premio ha dejado de ser el Premio Casa de las Américas para ser, tal vez, el premio más importante de la América Latina. Y al ser el Premio y ser la Casa de las Américas un organismo que nace con la Revolución, quiere decir que ese premio tan importante también se debe a la Revolución Cubana. Este concurso es una batalla, para que no solamente tengan valor los premios que da el imperialismo, sino para que tengan valor los premios que da un pueblo, los premios que da una revolución, los premios que dan los mártires y los premios que dan los héroes.

Carta al Che Guevara[42]

Che:

¿A dónde te puedo escribir? Me dirás que a cualquier parte: a un minero boliviano, a una madre peruana, al guerrillero que está o no está, pero estará. Todo esto lo sé, Che, tú mismo me lo enseñaste, y además, esta carta no sería para ti. Cómo decirte que nunca había llorado tanto desde la noche en que mataron a Frank, y eso que esta vez no lo creía. Todos estaban seguros, y yo decía: no es posible, una bala no puede terminar el infinito, Fidel y tú tienen que vivir; si ustedes no viven, ¿cómo vivir?

Hace catorce años veo morir a seres tan inmensamente queridos, que hoy me siento cansada de vivir, creo que ya he vivido demasiado: el sol no lo veo tan bello; la palma, no siento placer en verla; a veces, como ahora, a pesar de gustarme tanto la vida, que por esas dos cosas vale la pena abrir los ojos cada mañana, siento deseos de tenerlos cerrados como ellos, como tú. ¿Cómo puede ser cierto? Este Continente no merece eso; con tus ojos abiertos, América Latina tenía su camino pronto.

Che, lo único que pudo consolarme es haber ido, pero no fui; junto a Fidel estoy, he hecho siempre lo que él desee que yo haga. ¿Te acuerdas?, me lo prometiste en la sierra, me dijiste: no extrañarás el café, tendremos mate. No tenías fronteras, pero me prometiste que me llamarías cuando fuera en tu Argentina, ¡y cómo lo esperaba!, sabía bien que lo cumplirías. Ya no puede ser, no pudiste, no pude. Fidel lo dijo, tiene que ser verdad, qué tristeza. No podía decir «Che»; tomaba fuerzas y decía «Ernesto Guevara», así se lo comunicaba al pueblo, a tu pueblo. Qué tristeza tan profunda. Lloraba por el pueblo, por Fidel, por ti, porque ya no puedo. Después, en la velada, este gran pueblo no sabía qué grados te pondría Fidel. Te los puso: artista. Yo pensaba que todos los grados eran pocos, chicos; y Fidel, como siempre, encontró los verdaderos: todo lo que creaste fue perfecto, pero hiciste una creación única:

[42] Escrita en 1967, después de la dolorosa noticia de su asesinato en Bolivia, y publicada en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 46, enero-febrero, 1968, p. 3.

te hiciste a ti mismo, demostraste cómo es posible ese hombre nuevo; todos veríamos así que ese hombre nuevo es la realidad, porque existe: eres tú.

¿Qué más puedo decirte, Che? Si supiera, como tú, decir las cosas. De todas maneras, una vez me escribiste: «Veo que te has convertido en una literata con dominio de la síntesis, pero te confieso que como más me gustas es en un día de año nuevo, con todos los fusibles disparados y tirando cañonazos a la redonda. Esa imagen y la de la sierra (hasta nuestras peleas de aquellos días me son gratas en el recuerdo) son las que llevaré de ti para uso propio». Por eso no podré escribir nunca nada de ti y tendrás siempre ese recuerdo.

Hasta la victoria siempre, Che querido.

Haydée

Carta a Jorge Zalamea

17-11-1967

Estimado Zalamea:

No sabemos cómo les quedó la exposición y otros actos que hicieron para la conmemoración del 26 de Julio, cada día se hace más difícil la comunicación con ustedes, y esto hace que todo se nos haga más difícil, aunque la verdadera comunicación no hay quien nos la corte; no saben que sin recibir una carta o vernos en mucho tiempo hay una comunicación de ideas y sentimientos que ni unas rejas o una bala pueden cortar; esas ideas y sentimientos son más fuertes que todo, es la vida, la historia, y cuando se ama esa vida, esa historia, qué importan los miles de kilómetros que nos separan; quién nos puede separar del infinito; hay veces que lloramos cuando vemos o creemos que una bala cerró los ojos a algo infinito, y debíamos llorar por aquellos que se cierran los ojos a sí mismos por miedo a que se los cierre una bala, y fíjese qué abiertos estarán tantos cerrados por balas, porque esos no estarán jamás cerrados, nos darán vista al presente y sobre todo al futuro; y esos otros ¿a quién pueden darle vista?, ¿tienen presente?, ¿tienen futuro?, ¿tienen vida? ¿Qué esperan de la historia? Cuando hablo de una bala, hablo también de una actitud; actitud ante la vida en el presente, por la historia: a esos hombres el eterno reconocimiento de miles de hombres, porque ellos hacen que futuras generaciones no pierdan la fe; ellos viven para los pueblos, para seguir teniendo fe, para no tener que vivir sin esperanza, aunque por minutos se sienta que se nos va; tal vez se nos pueda ir a nosotros, pero ¿y nuestros hijos, ellos no cuentan? Puede dejárseles la esperanza [de] que la vida es negocio, comercio, ¡qué crueles fuéramos, qué vida más sin razón!; y esto lo piensa una mujer que es madre no solamente de dos niños, sino de miles, de miles que penetran en nosotros como los rayos de nuestro sol, porque para ellos se ha logrado un futuro, y tenemos mucho miedo de que nos puedan confundir a estos miles de hijos que no parimos en un solo parto, sentimos los dolores de miles de partos y preferimos que ellos pasen por esos dolores a dejarles la esperanza [de] que la vida es un negocio, un comercio; siempre

decimos que no vivimos hasta que nuestra vida no fue lucha, hasta que muchas veces creíamos perderla, y en momentos que pensábamos no viviríamos más, esos momentos, esos pensamientos, [en] lo muy hermosa que fue la vida y las cosas, eso no lo cambiaría por mil años de negocio, de comercio. Deseamos con todas nuestras fuerzas pan para el que tiene hambre, ropa para el que tiene frío, medicina para que una madre no vea morir a su hijo sin pan ni ropa, sin medicinas ni esperanza; y todo esto no se lo trae a nuestros pueblos un comercio, son millones y millones de hijos sin todo eso y para darlo hay que hacer un comercio lleno de grandeza, de vida, de esperanza; en este comercio es darlo todo, no esperar nada, para que esos millones de hijos recojan ese todo. Esto lo entienden los menos, no importa, la grandeza no tiene números.

Bueno, Zalamea, esta carta está hecha en momentos de mucha esperanza, pero nosotros personalmente hemos sentido por momentos que se nos va, porque somos egoístas y nos asusta la cama; soñamos siempre dejar nuestro último suspiro en una cama de tierra con mosquitero de palmas y almohadas de montañas, y en estos momentos pensamos que tal vez tengamos que dejar ese último suspiro en una cama de muelles con almohadas de goma, y no tendremos mosquitero, porque tenemos aire acondicionado. La carta no era esta, empecé a escribir y salió así, no mandarla después de hecha sería falta de confianza, y como no la tengo, la mando para Marta y para usted, y si hay una montaña por ahí, pues también para esa montaña.

Reciban Marta y usted todo nuestro afecto

43

[43] Texto tomado del manuscrito original. En lugar de su firma Haydee trazó una línea como indicación a su secretaria de que debía colocar allí su nombre.

Carta a Adolfo Gutkin

La Habana, 17 de noviembre de 1967
Año del Vietnam Heroico

Ref.: 0-403

Comp. Adolfo Gutkin
Calle 5ª #553, Rpto. Sueño
Santiago de Cuba
Oriente

Compañero Adolfo Gutkin:

Recibí su carta, puedo decirle [que] he tenido cartas y telegramas, y casi todos han sido felicitándome; no he contestado ninguna, ya que creo esas felicitaciones son sinceras y dar las gracias me luce un poco formal.[44] A usted le contesto, no para darle las gracias, sino para conversar; me gusta conversar y mucho más en días que pienso, días que tal vez pierda mucho tiempo, más de lo que se debe, pero son días que pensar y conversar es casi una necesidad, y voy a tratar hoy de conversar con usted, ya que estoy, por desgracia padeciendo de esos días. De su carta podríamos conversar mucho, no lo conozco personalmente, por eso no puedo saber si me escribe en uno de esos días malos, como los míos, o siempre siente usted esa especie de angustia que entreveo en su carta; si siempre es así, y lo que entreveo en su carta es cierto, seguro vamos a polemizar; claro, fraternalmente, porque creo que se pueden tener momentos,

[44] Gutkin comienza su carta diciendo: «Hoy tuve la suerte de encontrar en el *Granma* el resumen de sus palabras referentes al Premio Casa y puedo asegurarle que sentí el impacto de una lección moral, emotiva y estética. No existe aún, en muchos de nosotros, tal claridad sobre los problemas del arte en la Revolución, a veces exageramos la importancia de nuestra actividad y con mayor frecuencia (tal es mi caso) la menospreciamos». A esa publicación se refiere Haydee al inicio de su respuesta, cuando dice que ha recibido otras felicitaciones.

y en casos excepcionales, días que pudiéramos llamar «malos»; si es casi siempre o muchos, a mi juicio, eso es malo y lo más cómodo.

Me dice que Gramsci tiene razón cuando afirma que es preciso formar revolucionariamente al artista y que así su arte sería revolucionario; ¿no cree usted que el buen arte siempre es revolucionario?, cuántas veces un reaccionario hace una obra de arte y sin él saberlo siquiera ha hecho algo precioso para los pueblos, si es algo de valor para los pueblos tiene que ser ese arte revolucionario, dentro de su época, por eso creo que el buen arte siempre es revolucionario; y si los revolucionarios lo niegan porque quien lo hizo no es un revolucionario, creo [que] tampoco es revolucionario quien priva al pueblo de algo tan hermoso. Podemos darle al pueblo ese arte y a la vez explicarle quién es su autor, pienso así el pueblo recibe dos cosas: lo bello y, además, quien lo hizo, quién era. ¿Cree usted que en nuestro país forma al hombre una pintura o un tipo de música? A mi juicio lo forma la Revolución; si la revolución es verdadera, profunda, no le tema [a] si una obra la hizo un revolucionario o no; lo que sí creo [es que] debe ser presentada o dirigida por un revolucionario, no quiero decir un militante del Partido, digo un revolucionario que sabe de ese trabajo, que ese trabajo es su misma vida, hasta que tenga que dejarlo para tomar el rifle y con ese rifle pelear hasta vencer o morir; por eso cuando hablo de revolucionario no siempre tiene que ser un militante de nuestro Partido, puede ser o no. Todos sabemos las limitaciones que tenemos, no se le puede dar al pueblo todo lo que el pueblo debe tener, debe saber; por el momento hay que escoger: si vamos a presentar una obra y tenemos dos, y las dos son buenas, una escrita por un revolucionario y otra no, si yo fuera quien escogiera, seguro no me detendría: escogería la del revolucionario; pero porque las dos son buenas, no solo por el hecho de que su autor es revolucionario; si pudiera presentaría las dos; no creo que un revolucionario por serlo ya tiene todos los derechos, todo lo contrario, el revolucionario tiene el deber de hacer las cosas mejor en cualquier frente ya que este se debe a su pueblo y el pueblo siempre tiene derecho a lo mejor. Creo que lo revolucionario es lo bueno, es la calidad, si hay una obra escrita por alguien, quien no es revolucionario, pero es buena, tiene verdadera calidad; la toma en manos un revolucionario y la presenta a su pueblo, el pueblo disfruta. Ya ve cómo algo bueno en poder de un verdadero revolucionario es positivo, aunque quien lo escribió no lo sea; a mi juicio lo que no es de verdad revolucionario es lo malo, y sobre todo en arte, ya que en esto muchas generaciones han creado para los pueblos; no ha tenido que haber una verdadera revolución para este tipo de creación; por desgracia no es así en otras cosas, ni las revoluciones burguesas ni el capitalismo crearon otros bienes para el pueblo y lo poco que creó, cuando llega la revolución, no lo desecha, todo lo contrario, lo toma para el servicio del pueblo; es como si las casas de Vista Alegre, porque quienes las hicieron no fueron revolucionarios,

por eso, les diéramos candela; todo lo contrario, tenemos que tomarlas y cuidarlas, y muchas veces no es así. ¡Oye, usted! ¡Esto ahora es del pueblo! Y rompen y destrozan, ¿cómo es posible? ¡Es tuyo, cuídalo! Mi punto de vista en casi todo en la vida es el respeto a sí mismo, que es el respeto al pueblo; tratar de ser ejemplo, rescatar los valores para el pueblo y no pensar que esos valores no se le deben dar porque no son valores hechos por una revolución; no se dan cuenta [de] que es casi imposible que una revolución pueda crear en arte grandes cosas; primero, el arte no se prepara como una fábrica que, por mucho que cueste hacerla, después de hecha salen casi solas las cosas; el arte tiene su tiempo; segundo, cuando está una revolución en el poder es lo más importante defender esa revolución, que esa revolución siga, que no se detenga, eso ya es una creación. Y pensándolo bien, si el pueblo no ha tenido ninguna oportunidad de ver, de saber nada sobre lo relacionado con el arte, lo que existe, ¿no es nuevo? Y para la nueva creación es imposible dar un salto desconociendo toda la historia del arte. Hay también que encontrar qué es el arte socialista. ¿Quién lo sabe? Creo, lo primero, es que el socialismo haga llegar el arte al pueblo, todo cuanto se pueda, lo otro se decidirá de verdad cuando el mundo sea socialista, porque hasta ahora ese mundo es capitalista y cómo hacer un arte si no existe todavía la sociedad socialista comunista, no perdamos tiempo y démosle al pueblo nuestro arte y este es el que existe, o nuevo, pero debe ser el mejor sin importar de qué país es, en definitiva todo es del pueblo y se le da al pueblo; no creo haya que pensar tanto quién lo hizo, si el que lo hizo pensó en el pueblo; para eso están los revolucionarios, para rescatarlo y entregarlo al que tiene todos los derechos, y no cabe la menor duda de que son los pueblos. Pero darlo bien, y no como piensan algunos, pongamos por ejemplo una obra de arte, una buena pintura, se debe mostrar al pueblo, pero puede suceder que quien monte esa exposición piense que, como esa pintura no es revolucionaria, porque no muestra unos guerrilleros, se pueden permitir el lujo de gastar materiales en hacer algo bien malo, algo feo, así demuestran ellos lo revolucionarios que son, mostrando algo que a su juicio no es revolucionario, y mientras más malo es el montaje, más revolucionarios creen que son, y no sabe, que lo revolucionario es hacer la revolución, vivir para ella y morir por ella, si la vida nos da ese privilegio.

Me dice que siente una dicotomía entre una actividad artística y revolucionaria, esto no lo entiendo, me dice: «actividad artística y revolucionaria», cómo puede sentir eso dividido, usted mismo dice: «artística y revolucionaria», no me dice artística o revolucionaria, entonces, es una misma cosa. Sé de esa incomprensión de muchos y que quieren comprensión de todos, bien, lo que desea usted es lo que deseamos todos, la sociedad completamente nueva con el hombre nuevo, ¡eso es una dicha! Pero qué dicha es trabajar para formar eso, ¿se da cuenta de que nos ha tocado vivir una época extraordinaria?; ¿se

da cuenta de que en este hermoso país con su gran Revolución compañeras como yo se atreven a hablar de arte, hablar de arte nada más porque siento la necesidad, que todo lo que hablo y digo del arte es espontáneo, por sensibilidad nada más? ¿Cuántos cursos tendría que pasar en otro lugar para hablar de arte?; puede que sea un poco osada, pero de todas formas para mí el arte es creación y se puede crear sin haber estudiado arte, si arte es todo lo bueno y hermoso; si fuera religiosa diría que Dios es el arte; a mi juicio, el arte es una necesidad; esto lo pensaba y no lo decía, pero Fidel, con su definición, me reafirmó cuando dijo que el Che era un artista, ¿se da cuenta qué cosa más sublime? El Che es un artista en todo, su obra queda, llevó el arte a su máxima expresión, a otros les han puesto grados de coronel, general; para Fidel todo eso era poco para el Che y lo llamó artista, por su gran obra hecha. Claro, que arte no es un pantalón o un vestido, con eso se vive o no se vive, y sin el arte es difícil vivir; nuestros indios de Latinoamérica no tienen pantalón, viven sin él, ¿y se ha fijado usted [en] las maravillas de su arte?

Bueno, compañero Adolfo, perdone si me he extendido al hacer una carta definiendo un poco qué es para mí arte, vea esto como una idea de una cubana, son ideas propias, jamás las diría como orientación, porque nunca las he discutido con mis compañeros de Partido, pero tenemos un maravilloso Partido que, sin discutir estas cosas, puedo escribírselas.

Con el afecto de,

Haydée Santamaría

Carta a Ángel Rama

23-11-1967

Estimado amigo Rama:

Reabrimos su carta en plena actividad de la fecha de la Conferencia de OLAS y también teníamos en ese momento el Encuentro de la Canción Protesta,[45] hoy queremos, aunque tarde, contestar su carta y agradecerle su colaboración en El Siglo Ilustrado.

A pesar del trabajo al cual estamos acostumbrados, por eso no lo consideramos trabajo; cuántas veces nos dicen: «¡Pobres cubanos, cómo trabajan!»; nosotros no contestamos muchas veces porque decir: «¡Pobres cubanos!», nos da un poco de sentimiento, no por los pobres cubanos, sino por los pobres que no trabajan como los cubanos, [aquellos] que tienen que luchar a diario por un salario para vivir, para que sus hijos aprendan algo para ganarse la vida, eso sí es trabajo, tanto, que creo no me hubiera acostumbrado nunca a ese trabajo. Hoy trabajamos no por un salario ni para que nuestros hijos aprendan algo para ganarse la vida en el futuro; hoy nuestros niños aprenden lo que deseen, lo que les gusta, y no para ganarse la vida; saben que serán útiles a su pueblos, o tal vez a los pueblos, y eso lo aprenden para actuar así como

[45] Organizado por la Casa de las Américas y celebrado entre el 29 de julio y el 10 de agosto de 1967, con la presencia de medio centenar de músicos y estudiosos de diversos países de la América Latina, Asia, Europa, Australia y los Estados Unidos, que recorrieron varias ciudades del país. Muchos de los participantes (Daniel Viglietti, Isabel y Ángel Parra, Barbara Dane, Óscar Chávez, Carlos Puebla, Oscar Mattus, Martha Jean Claude, Alfredo Zitarrosa, Los Olimareños) serían luego los exponentes fundamentales de una canción de compromiso político y social, fruto de un movimiento que, bajo diversos nombres, estaba emergiendo en el planeta y cuyo espíritu resume el diseñador gráfico cubano Alfredo Rotsgaard en su rosa sangrante, imagen creada para la ocasión, que se convertiría en un icono de la cartelística de la época. Como parte de ese proceso nace el Centro de la Canción Protesta, el cual tuvo entre sus principales objetivos la compilación de discos y documentos, así como la edición discográfica de la obra de jóvenes autores de nuestro Continente.

cosa natural, como lo más normal, por eso cualquier sacrificio es nada; sabe usted lo que representa ser un creador en cualquier parte que se trabaje en nuestro país; ¡pobres de los que no saben de los grandes dolores, esos jamás sabrán de las grandes felicidades!, porque día a día sin que se den cuenta se van haciendo pequeños y también casi inconscientemente pelean por lo pequeño; a eso los lleva el trajinar diario por alcanzar cosas que se pierden, que no quedan para nada ni para nadie; y ese trabajar y no lograr los pierde en el afán, y hacen de la vida lo más importante, y la vida es lo más importante porque lo más importante es el ser humano; pero ese ser humano debe tener vida siempre, y para tener vida siempre no se debe vivir por lo pequeño, por lo personal; puede haber hombres grandes y otros no poder ser grandes como esos, pero sí podemos hacer cosas y nos hacemos más pequeños porque no logramos ser grandes, como los grandes.

Fíjese, Rama, cuántos no criticarán a Che, ¿cuántos no lo criticarán porque ellos no pueden ser Che?, ¿ve qué cosa tan pequeña?, otros no lo criticarán, dirán: ¿ni él pudo?, con eso muchos creerán que se dice de él algo grande y con eso le estarán haciendo una crítica muy sutil a sus ideas, porque él sí pudo, tal vez para seguir pudiendo le faltaron hombres que no fueron junto a él porque sabían que no podían ser él, esos son algunos; otros, porque de verdad prefieren esa vida pequeña en el trajín diario y no hacer algo que puede lucir pequeño, pero es grandioso al lado de la pequeñez cotidiana; por eso creo que debemos estar alerta, si no somos capaces de hacer cosas, hechos, sí tener honestidad para quienes todo lo dieron sin pedir nada, para quien teniendo todo, historia, un pueblo que lo hizo suyo, el poder para crear cosas grandes, pero más cómodamente, hijos, «críos» –como decía él–, una compañera que era amada por él y que ella adoraba, ¿qué más podía pedirle a la vida? Lo que no saben los pequeños [es] que él no le pedía nada a la vida, lo que deseaba era dar, todo lo dio y todo nos dejó.

Como dice usted, le harán justificados monumentos, en bronce, en mármol, en piedra, no sé en qué se lo harán, lo que sí sé es «que algún viajero llegará al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntará dónde se come o se duerme, sino cómo se va a donde está la estatua», y allí rendirán generaciones y generaciones tributo «A todos: al héroe famoso y al último soldado, que es un héroe desconocido», pero nunca tan desconocido para no rendir ese tributo.

No puedo negarle, Rama, que el dolor nos aplasta por momentos, la indignación, y sabiendo que ese viajero llegará un día, allí a su estatua, cuánto daríamos por ver sus ojos abiertos. ¿Por qué?, si tantos que nada importaría que estuvieran abiertos o cerrados, porque de ninguna forma ven, podrán estar muy abiertos pero sin luz, y la luz que puedan apagarla, aunque sé por un tiempo, sabemos muy bien que otros alumbrarán, ¡cuánto podían haber

alumbrado esos, pequeños, fijos, penetrantes ojos! pero de todas maneras sabemos que alumbrarán y diremos: «Ahora es el viento, ahora es el Che / peleando para siempre en el aire del mundo». (Esto lo dice Ida Vitale en unos versos que mandó para la revista, esto no lo pongan, por supuesto). Bueno, Rama, después de tanto tiempo para contestar su carta, le escribo cosas que tal vez no esperaba, dele un fuerte abrazo a Ida, quizá ella entienda esta carta mejor que usted mismo.

Un abrazo para los dos.[46]

[46] Texto tomado del manuscrito original, por ello se incluye el comentario de Haydee entre paréntesis aclarando la autoría de los versos, aunque seguramente no apareció en la carta enviada a Rama. Tampoco aparece la firma, que ella deja sugerida a su secretaria con una línea.

Carta a Leopoldo Marechal

La Habana, noviembre 23 de 1967

Ref.: D-444

Sr. Leopoldo Marechal
Rivadavia 2341
Buenos Aires
Argentina

Estimado amigo:

Contesto su carta de agosto, cuando la recibimos estábamos en un trabajo tremendo, puede pensar, en una fecha cuántas actividades; este año fue de mucho movimiento la conmemoración del 26 de Julio, no se celebró en La Habana, fue en Santiago de Cuba, esto trae mucho más trabajo que cuando es en La Habana; después la Conferencia de OLAS y junto a esto el Encuentro de la Canción Protesta, como verá no fue poco.

De todas maneras, no queremos que piense somos ingratos, sabemos del gran esfuerzo que hacen y eso no podemos olvidarlo. Como usted pide, Dios ha puesto su mano en nuestra isla y parece la defiende del enemigo injusto, pero por qué este mismo Dios nos olvidó a Che, cómo es posible que no detuvo esa mano asesina. ¡Dios mío, es que tú no sabías quién era Che!, por favor, dígaselo usted, y Elbita;[47] yo no podría decirlo bajito y conforme, a gritos le diría toda mi inconformidad.

Se acuerda cuántas cosas discutimos, menos mal que el fervor revolucionario no me abandona; pensemos lo que me dijo Elbita: cada uno con su Dios; pero lo que sí no cabe la menor duda es que si estamos unidos los seres honestos de la tierra y esos, cada cual en su forma, trataremos de honrar a Che y no permitir que los que no son honrados traten de difamarlo, porque tratarán de

[47] Juana Elvia Rosbaco, esposa del escritor y a quien él mismo llamó Elbia, Elbiamor y Elbiamante, indistintamente.

hacerlo muy inteligentemente, y eso es lo que no debemos permitir, a eso hay que salirle al paso todos los seres honestos de esta tierra, y para suerte son los más, los otros hablarán muy bien, pero… ¿Se da cuenta?, ese pero, ese pero es como que: «El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz».

Bueno, amigo, para usted y Elbita el abrazo de amigos de lucha.

Haydée Santamaría

Carta a Roberto Matta

La Habana, 29-11-1967

Sr. Roberto Matta
145 Blvd Saint Germain
París
Francia

Querido Matta:[48]

Cuando recibimos su carta y nos contaba todo su viaje a Chile pensamos escribirle, como usted nos conoce bien, no voy a justificar nada.

Le entregamos su carta a Fidel, ¿quiere saber lo que nos dijo? (no se lo diga a nadie, ni a la gente de Casa de las Américas), nos dijo: «Matta nos entiende y quiere tanto porque está tan loco como todos nosotros». Me doy cuenta [de que] esto es verdad, para entendernos [y] querernos hay que subir a esta gran locura cubana. Su carta se la pasamos a máquina, le llevamos, naturalmente, la original, y fue esa la que leyó; la entendió perfectamente ya que él escribe también como para descifrar, todo lo encontró interesante.

Nosotros pensamos que todo eso fue muy bueno, hay que seguir con estas grandes locuras, si no se hace esto, seguro que caeremos en lo pequeño, en lo que todos hacen, y perderíamos todo lo original de nuestra Revolución.

Fíjese, Matta, que lo nuestro todo es grande, hermoso; ahora, tener que vivir en esta terrible y hermosa locura de tener y no tener a Che, ¡si hubiera visto a este pueblo, tan loco, tan gritón!

La noche de la velada solemne fue la noche del silencio ante una multitud impresionante, tal vez lo único que se sentía era la falta de aire de Che y algunas veces el sonido de su aparato antiasmático, ante esa impresionante multitud, sintiendo todos su falta de aire y sabiendo que no tendría ya necesidad de su aparatico, como él lo llamaba, bajo nuestras estrellas y mirando de

[48] Tomado del manuscrito original que aparece sin firma.

frente nuestras palmas; allí, esa triste y grandiosa noche Fidel le puso los grados a Che de Artista, artista muerto en campaña, haciendo su gran creación; una bala terminó su poca respiración, pero esa bala no puede terminar su gran creación. ¿Se da cuenta Matta?, todo esto, todo es dolor, alegría grande, infinita; dolor de no tenerlo con sus ojos abiertos; alegría de tenerlo más que nunca, marcando el camino, acabando de despertar a muchos; seguir sin parar los que empezaron, empezar los que no han empezado; sentir más que nunca que la verdad es la Revolución, y morir por la verdad es vivir; no fallar a lo que nos dijo: «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución». ¡Cuánta grandeza, cuánto dolor!, el amor infinito al artista que da su vida para imponer su obra interminable y que todos deseamos hacer porque es lo hermoso, la verdad.

Bueno, querido Matta, lo veremos por aquí pronto y esta vez hablaremos mucho. Un abrazo para todos.

[S/Firma]

Carta a Justa Muguerza

29-11-1967

Estimada Justa:*

Recibí su carta, como también anteriormente la de su hermana;[49] de estas cartas recibo cientos, y a pesar del gran trabajo que la Revolución nos da, tratamos de hacer tiempo y contestarlas, casi siempre la contesta no es lo que esperan las personas que nos hacen esas cartas, aun así, preferimos contestar.

Recuerdo mi tío Enrique[50] me habló de su hermano, cuando vino a verme creía [que] su hermano no tenía nada que ver en la acusación que se le hacía, quedó muy sorprendido cuando le pude mostrar pruebas; no quiero decirle con esto, que si por él hubiera sido, no se hubiera actuado contra él, pero mi tío sabía que sus sobrinos lucharon, y el más querido de todos dejó la vida en esa lucha, para que después, con el poder de la Revolución utilizarlo para favorecer intereses familiares. Conocíamos a Enrique, de su bondad, también sus últimos deseos hubieran sido ver a Abel, ese sobrino era su ideal, aunque no llegara totalmente a comprender sus ideas; con esto quiero decirle, Justa, que cuando una cosa es posible, la hago, si no, ni aunque me lo pida el hijo que parí; y cuando tengo que consultar un muerto, seguro ese es Abel y tal vez en este momento sea Che; me siento en paz con mis muertos queridos, con mis hermanos de sangre, no la sangre que se transmite en un segundo por un hecho deseable o indeseable, hablo de la sangre de años de lucha, de la sangre que manchó en tierras lejanas Che y hoy sus hijos no lo verán más; esos son mis muertos, a esos respondo, y el día que no lo haga así, tú, que

[49] Haydee se refiere a la carta enviada por Teresa Muguerza, donde pide que, dada la avanzada edad y las condiciones de salud de sus padres, le permitan visitar a su hermano, Martín Muguerza, en la cárcel de la Isla de Pinos, hacia donde lo trasladaron luego de ser condenado a diez años de encierro. Martín trabajaba en el mismo bar que Enrique, el tío de Haydee.

[50] Los tíos paternos de Haydee son Enrique, Remigio y Ricardo Santamaría, residentes en Encrucijada, además de Nicanor Santamaría, quien residía en Constancia, al igual que Benedicta Cuadrado (*Nena*), una de las tres hermanas de Joaquina.

crees en algo superior al hombre, te ruego, pídele a ese algo superior un rayo me parta en dos. Justa, si te hago todas estas aclaraciones es porque, como eres del pueblo donde nací, me crie y aún viven familiares míos, no crean olvido ni a los familiares ni a cuantas personas conocí y viven en ese pueblo; los recuerdo a todos, a ustedes mismos, a pesar de no haber tenido mucha intimidad; eso no cuenta, lo que cuenta es lo que se deba hacer en un caso, sea de Encrucijada o de los Remates de Guane; cuando se lucha, todos son nuestros pueblos. ¿Sería justo, porque los conozco, son de mi pueblo, hacer algo por ustedes y no hacerlo por el que vive en Guane? Eso sería privilegio. Quiero que sepas tengo un primo preso,[51] hijo del único hermano de mi mamá, más o menos por la misma causa de tu hermano, hoy está en el plan de reeducación y mi tío se está muriendo y ni con eso hablo para su libertad, creo esas cosas son malas. ¿Qué sería del que no tiene esa palanca? Y ten la seguridad de que conozco por propia experiencia el dolor de los padres. Fíjate, tu mamá está enferma, no tiene a su hijo en la casa, es doloroso para ella y, como es posible [que] tu hermana deje el país y sepa que tu madre no va a tener la oportunidad de verla en sus últimos momentos, son cosas entendibles.

Bueno, ahora quiero decirte lo que creo se puede hacer, que en vez de ir tu mamá a ver a tu hermano, venga él cada cierto tiempo, a verla a ella, y así serán más frecuentes las visitas, según se comporte él en esas visitas. Esto es lo que es un Plan de Reeducación; si actuamos antes de tiempo cuando consideremos nosotros está ya la persona en condiciones para su libertad, este plan estaría a la decisión de familiares y amigos, y eso no es el plan; creo en ese plan, y si otros compañeros en mi caso hacen algo incorrecto, yo no lo hago; esto también te lo digo porque muchas personas me dicen: este u otra persona hizo para que fulano saliera; como a mi juicio todas las madres o hijos tienen los mismos derechos, nunca haré favores en estos casos [por]que sería utilizar el poder para cosas incorrectas. Nunca me molesta hacer algo cuando se puede y ahí mismo en nuestro pueblo puedes saber de otras cosas [de las] que con gusto me he ocupado y he creído un deber.

Quiero hagas un esfuerzo y comprendas esta carta y que tu mamá comprenda que para su hijo es mejor así, que por él mismo se gane las cosas; eso lo hace más fuerte para el futuro, para cuando no pueda tener la protección de ella.

Saluda en mi nombre,

Haydée Santamaría

Como es amiga de la familia quiero dejar clara la cosa. [Nota aclaratoria de Haydee después de firmar la carta aparecida en la copia del Archivo Casa].

[51] Se refiere a Miguel Cuadrado, cuyo padre –de igual nombre– era hermano de Joaquina, y residían en la provincia de Camagüey.

Carta a Manuel Pedro González

La Habana, noviembre 29 de 1967

Ref.: D-449

Sr. Manuel Pedro González
PO Box 24133
Los Ángeles
California 90024
Estados Unidos

Estimado amigo:

No sabe cuánto lamento no haber visto a su hijo, tenía interés en conversar con él, conocer sus impresiones de su visita a nuestro país y sobre todo saber de usted, me fue imposible; pensé verlo después de la fecha del 26 de Julio, ya que esos días son todo movimiento y este año al conmemorarse en Santiago de Cuba, mucho más, resultó que fui presidente de la Conferencia de OLAS, esto sí trajo no solamente trabajo, sino preocupación, responsabilidad, y esto no dura solamente durante la Conferencia, creo después es peor; en estas cosas donde todo gira alrededor de posiciones políticas, hasta de ideología, si analizamos bien las cosas, después queda el trabajo de verdad, con todas estas preocupaciones y tormentos, casi preferimos no verlo, así se lo dije a [Raúl] Roa, no quería tener con él un encuentro protocolar, y en esos momentos era lo único que podíamos hacer; como espero no se defraudara con lo nuestro, volverá y lo veremos cuando vuelva.

Esta contesta es tan demorada que cuando la reciba ya sabrá que Retamar recibió su trabajo sobre *Martí revolucionario* de don Ezequiel [Martínez Estrada], también recibimos la revista con su reportaje, ¡cómo no vamos a interesarnos en él! Cosas escritas por usted sobre nuestra Revolución son un gran estímulo para nosotros, sabemos cuántas personas la leen, y sobre todo jóvenes, que son los que más nos interesa que conozcan esta nueva Cuba, y entre esos jóvenes está usted, ya que por defensa propia llamo jóvenes a quienes lo son, en esto no interviene la edad.

Nos dice que la segunda parte del *Martí* de don Ezequiel no está extraviada, esto es una gran noticia, desearíamos poder tener ese segundo tomo, fue un trabajo largo y donde don Ezequiel dejó sus últimos años; la Casa de las Américas, y muy en particular yo, pusimos en ese trabajo una gran ilusión; veíamos que don Ezequiel se nos marchaba para donde no se regresa, y quién mejor que él para dejar su último trabajo dedicado a quien fue la pasión de sus últimos años; le prometimos ese trabajo saldría como él lo hizo, y fue hecho para la Casa de las Américas; lo hizo en Cuba, en el único lugar que podía trabajar sin preocupaciones de ninguna clase, escribir lo que de verdad con tanto fervor estudió y donde único saldría sin quitarle una sola línea, porque respetamos de verdad al ser humano y a ese ser humano no le podríamos consultar si en algo no estaríamos totalmente de acuerdo; y así mismo como lo dejó hecho, y hecho para la Casa de las Américas, esta Casa de las Américas lo sacaría. El temor que tenemos es que en otros lugares no actúen así, midan más lo que pueda producir el libro y no midan lo que en realidad tiene vida, la creación del creador; si no se actúa así, sí es verdad que no muere solamente el creador sino algo peor, su creación; sabemos [que] Agustina, su viuda, cuidaría mucho eso, pero sola, vieja, enferma, cómo puede defender eso; le rogamos haga cuanto pueda en esto, estamos defendiendo un derecho y es el que le prometimos a don Ezequiel, que para mí es el único que vale de verdad, defender la obra del artista, y donde a ese artista se le dieron todas las facilidades para que hiciera su última obra como deseara a los setenta y tantos años, creo es un deber de todos cuidar no se deforme lo último que su cerebro, más que sus manos, [escribió].

Bueno, Manuel Pedro, seguro lo veremos a fines de año, podremos hablar de tantas cosas pasadas en estos últimos meses, todas grandes, ninguna pequeña, aunque tal vez la más grande nos tenga todavía un poco sonámbula, tengo miedo cuál será mi reacción cuando despierte totalmente.

Reciba toda nuestra amistad y cariño,

Haydée Santamaría

Carta a Margaret Randall

La Habana, 30-11-1967

Sra. Margaret Randall
El Corno Emplumado
Apartado Postal 13-546
México 13, D. F.

Amiga Margaret:

Cada vez que va un amigo a México quiero escribirle; sabemos de ustedes por Retamar y otros amigos que van y vienen, siempre estos viajes son rápidos y ha pasado el tiempo desde su carta de 26 de junio, por fin hoy, tarde, pero por fin.

Sabemos de todas sus inquietudes y su cariño por nuestro pueblo, no sabe el bien que nos hace a todos, siempre, sin quererlo, existe algo que separa a un americano de un norteamericano y en casi todos los casos somos los americanos los culpables por sentirnos latinoamericanos, esto –no cabe la menor duda– nos han llevado a sentirlo por defensa, y después, inconsciente[mente], vemos en todo norteamericano a un desconocido, no al hermano, como tiene que ser.

En su caso, usted se ganó el cariño de hermana, comprendiéndonos hasta ese defecto chauvinista que muchas veces tenemos; es un defecto, lo comprendemos, pero es el defecto que puede tener una madre cuando sabe a sus hijos en grave peligro; tengo la seguridad así lo sintió usted y por eso no nos vio eso como defecto, sino que nos han llevado a adquirir ese defecto.

Mucho puede ayudarnos, y sobre todo, en todo lo relacionado con la cultura, esto es también un campo de combate, para que no se tenga la falsa idea de nuestra pobre cultura, cuando es todo lo contrario, tenemos una rica cultura (esto no es chauvinismo); claro, que cuando por cultura se entiende no una fábrica automática o un botón por donde salen las cosas hechas cuando se aprieta; no estamos contra estas cosas, sería estar contra la técnica, pero creemos que cuando un país llega a esos adelantos, si no se tiene muy

en cuenta el arte, la cultura, esto llega a embrutecer al ser humano, le limita la creación, el pensar; esa fábrica automática debe ser para trabajar tres horas y las otras dedicarlas a realizar cosas hermosas, con nuestro cerebro, nuestras manos, nuestra vista; a esto queremos llegar en nuestra isla, su isla; no es fácil, nos pone grandes dificultades, pero estas mismas dificultades tal vez son las que nos hacen más fuertes; con todo ese tipo de dificultades no amamos solamente nuestra isla, nos han empujado a sentirnos latinoamericanos y a sentir más profundamente la patria grande y a trabajar por esa patria grande que nos legaron Bolívar, Hidalgo, San Martín, Martí, Che, y tantos y tantos; quizás ningún otro continente tenga tanta riqueza en hombres como estos, en libertadores (esto creo tampoco es chauvinismo); cuente algún día y verá que nuestra cultura, el valor, el darlo todo, no nace de la casualidad, se trae de atrás, ellos han hecho un cordón umbilical; nos lo quieren cortar, ¡pero eso jamás! Nos cerraron ojos, no respiran más hombres como Che; lo que no saben es que ese cordón se hace más fuerte, nuestra historia será más bella, estará tan llena de riquezas que nuestras futuras generaciones tendrán la razón de la vida; y pobres, infelices de esos que hacen que esos hombres no respiren más, ¿qué historia, qué cultura, qué pueden pedirles a sus futuras generaciones?, la sinrazón de la vida, a eso tendrán que enfrentarse.

Margaret, perdone todo esto, quiero comprenda esto y también el momento, y además, si la siento como hermana, como hermana le escribo.

Un abrazo para usted y los niños,

[52]

[52] Texto tomado del manuscrito original que aparece sin la firma, la cual Haydee deja sugerida con esta línea.

Palabras en la constitución del Jurado del Premio Casa 1968[53]

Amigos invitados de distintos países de nuestro Continente forman parte del Jurado del Premio Casa de las Américas.

Amigos: estamos aquí, como todos los años, desde el comienzo de nuestra Revolución. Este año tenemos amigos que van a constituir el Jurado, y creo que casi todos forman parte de nuestro Jurado por primera vez; si no todos, una gran mayoría. Esto es una gran suerte para todos, porque quiero decir que después de varios años tenemos en nuestro Continente intelectuales de distintas ramas de los cinco premios que aquí se entregan. Hay en nuestra América Latina tantos hombres y mujeres que podemos permitirnos el lujo de no repetir las mismas personas en el Jurado. Dicho así, parece una cosa simple, y a mí es una de las cosas que me han impresionado, porque siendo un Continente pobre (no podemos decir pequeño, porque es grande en todo, pero sí un Continente pobre), donde nuestros intelectuales y nuestros artistas tienen que ir a otros pueblos, muchas veces de otro continente, para poder subsistir –no solamente para poder vivir, sino para poder crear–, nos preguntamos qué calidad tiene este Continente en todo lo humano, en los que se dedican al arte, en los que se dedican a todo tipo de creación y aun en los que no se pueden dedicar todavía a nada. Por eso veíamos nuevas caras y esto nos comprometía mucho más con nuestro Premio, con ustedes, con nuestros pueblos.

Todos los años les hablamos. Cuando comenzamos a hablar, no sabemos muy bien qué les vamos a decir, porque deseamos decirles muchas cosas; y muchos años vemos caras que, aunque amigas, nos cohíben un poco, no nos conocen y puede que nuestras palabras no lleven totalmente la interpretación que yo deseo darles. Además, aunque el año pasado discutí con algunos amigos que después han vuelto a nuestro país, y no estaban muy de acuerdo con esto, siempre al hablarles a ustedes me siento algo distinta,

[53] Tomado de la versión original conservada en el Archivo Casa. Ver también resumen de este encuentro en la revista *Bohemia*, La Habana, núm. 14, 26 de enerode 1968, p. 61.

no porque no pueda llegar a ustedes, no porque no sienta una verdadera comunicación con ustedes, no por el respeto que siempre tenemos a los hombres, todos los hombres, sino por hablarles en especial a los que se dedican a la creación. ¿Qué podemos decirles a amigos que recorren nuestro Continente y más allá de nuestro Continente? ¿Qué podemos decirles cuando comenzamos, cuando constituimos el Jurado, si son ellos los que nos tienen que hablar a nosotros, después de este trabajo? Hablarnos de cómo les parece, qué consideran, qué creen del Premio Casa de las Américas. Dejarnos aquí aportes para mejorarlo, el Premio o cualquier otra actividad de esta institución.

También escuchamos siempre con mucho gusto qué les ha parecido nuestro país, qué les ha parecido nuestro pueblo. Y deseamos siempre que hablen con sinceridad, no tememos nunca cuando amigos nos hablan de algo que no han encontrado bien y nos lo dicen. En muchos casos nos ayudan, y en otros les explicamos por qué todavía ahí no andamos bien. Como nuestras actividades, como en general las de todos los cubanos y las de todos los compañeros que no son cubanos, pero trabajan en Cuba, no son solamente en un solo trabajo, por eso al hablar hablamos de algo más que de la Casa de las Américas, porque la Casa de las Américas representa algo, una cosa de nuestro pueblo, y deseamos que todos los que llegan, sobre todo por primera vez, a nuestro país nos digan todo lo que han encontrado, todo lo que han podido ver en nuestro pueblo. No solamente qué han podido ver dentro de la Casa de las Américas, porque en nuestro país todo tiene estrecha relación; si algo funciona mal, afecta también a la Casa de las Américas. En nuestro país es difícil que un organismo pueda trabajar separado de los demás.

Este es un organismo que, como ustedes –o algunos de los que han llegado– han sabido con anterioridad lo que se hace, consideramos que el trabajo de estos años no ha sido malo, pero no solamente es un trabajo de la Casa de las Américas, porque hay compañeros de otros organismos que trabajan duramente para que se vea el trabajo de la Casa de las Américas. Aquí tenemos, hacemos libros, pero en realidad escogemos títulos; conformamos lo que es el formato del libro, pero dependemos de compañeros de otros organismos para que nos hagan esos libros, y esos compañeros trabajan duramente para que nuestros libros puedan salir, y en general así pasa con todo, por eso la relación de trabajo entre un organismo y otro es muy estrecha, y cuando un organismo no funciona bien, afecta a casi todos los demás.

En Cuba se trabaja en equipos, y no solamente en equipos del mismo organismo, sino de distintos organismos, porque si no, sería imposible hacer lo que se hace. Yo les preguntaría a ustedes si es fácil en un país hacer lo que hace la Casa de las Américas. Y lo que hace la Casa de las Américas es una pequeña cosa para todo lo que se hace en nuestro país; porque solamente el tenerlos a ustedes aquí cada año –sean ustedes o sean otros como ustedes–, tratar

cada año de que el Premio sea mejor, que cada año podamos romper el bloqueo y lleguen a nuestra isla, es ya un gran trabajo, de ustedes y de nosotros; porque romper el bloqueo para llegar aquí, sobre todo los que viven en nuestro Continente, no es una cosa muy fácil. Por eso cada año pensamos: ¿podremos hacer el próximo Jurado, podremos constituirlo? Porque pensamos: ¿podrán llegar?, y vemos que se puede llegar; es decir, que siempre se puede cuando se quiere y cuando se desea trabajar para los pueblos. Y este trabajo de la Casa de las Américas no es solamente para nuestro pueblo, sino también es para nuestros pueblos.

Por eso, amigos, nosotros pensamos que el Premio tiene para todos nuestros pueblos una importancia grande, y que la siga teniendo depende del Jurado de cada año. Cuando el Jurado trabaja más, el Premio es mejor; porque muchas veces, a mi juicio, no es solamente el premiar una obra buena. Donde está el verdadero trabajo del Jurado, donde más trabajó ese Jurado fue al haberse leído todas las obras, aunque la gran mayoría no sean obras de calidad; porque después, cuando cada uno regresa a su país, a la Casa de las Américas escriben los de fuera preguntando qué opinó el Jurado de cada obra; y los que han presentado de nuestro país también se nos acercan y vienen aquí y nos preguntan qué ha opinado el Jurado de nuestra obra. Y nosotros en algunas oportunidades, por algún Jurado, digamos de ensayo, que es difícil, en la misma novela, no podemos contestar; tenemos que decir que el Jurado no ha dicho nada, y eso trae en sí un desaliento en los que presentan, porque como no podemos decir que en nuestro país y fuera de nuestro país existe ese hombre nuevo que tiene que vivir en la Tierra, piensan, creen que su obra no ha sido leída y llegan a la inconformidad.

Por eso yo les rogaría a los amigos que van a integrar los distintos Jurados, que, por favor, dentro de sus posibilidades, nos dejen una relación, una pequeña crítica de todas las obras; aunque sé que les estoy pidiendo un trabajo inmenso, piensen que ese trabajo es un estímulo tremendo; porque cuando alguien presenta una obra cree que es buena, pues si creyera que es mala no la presenta; y cuando a esa persona se le dice: «Su obra tiene posibilidades o tú tienes posibilidades, aunque tu obra no ha sido buena, pero los que la han leído (y todos conocen el nombre de ustedes), dicen que tienes posibilidades», eso es un estímulo para que esa persona continúe. Cuando no puedan decir: «Pero… esta persona, ¿por qué escribe? ¿Por qué se le ocurre escribir si jamás podrá ser un escritor?». Aunque no le digamos eso a esas personas, en otra forma sí podemos decir, sí podemos, después de conversar con ellos, ver en qué forma se les puede decir que hay muchos trabajos a los que se puede dedicar, sobre todo en nuestro país, que son importantes, y no estimular a esa persona a que siga escribiendo, cuando de verdad consideran que no puede escribir. Y ustedes en eso son

maestros, para saber determinar, aunque una obra sea mala, si de verdad en la persona que la escribió hay una posibilidad o calidad. Esto es de verdad una escuela, en mi opinión, de grandes maestros, y me parece que, aunque el trabajo sea mucho, merece la pena que esos maestros hagan ese trabajo, porque aquí presentan muchos jóvenes y muchos esperan, ya no solamente que se premie, sino la opinión de esos maestros. El tiempo es poco, y para ustedes más que para nadie, leer cosas que no sirven ha de ser insoportable, pero piensen que eso se hace para que quizás en los próximos años puedan servir; eso es un trabajo, a mi juicio, que merece la pena que ustedes puedan realizarlo, y realizarían algo formidable para esas personas, para la Casa de las Américas y para ustedes mismos, porque es la formación de muchos y son ustedes los maestros, y casi es una obligación.

Nosotros sabemos que cuando aquí presentan jóvenes es, naturalmente, difícil que un joven, digamos, que haya escrito tal vez su primera obra, su segunda obra, pueda competir con creadores ya consagrados. Muchas veces nos escriben o nos dicen personalmente: «Para qué presentar si siempre contestan: piensen que sus obras las van a leer maestros». Eso puede tener alguna ayuda en ellos a través de nosotros. Eso los estimula, eso es una obligación para nosotros y para ustedes; y si no una obligación, debe ser una tarea el comprender la importancia que tiene, porque si no, es casi imposible que las nuevas generaciones se decidan a presentar en la Casa de las Américas, ya que saben que tienen pocas posibilidades. Y nosotros estimulamos a todos, como rogamos y agradecemos, agradecemos infinitamente a los consagrados que presentan aquí, porque sabemos que es difícil que alguien que ya tenga un nombre presente una obra al Premio; y sabemos que cuando alguien así la presenta, no está presentando una obra al Premio, está, con su obra, definiendo su actitud con nuestro pueblo, con nuestro país y tal vez con nuestra Revolución. Eso lo tenemos que agradecer doblemente, por darnos la oportunidad de tener concursando a consagrados en los distintos géneros, y también porque agradecemos profundamente su actitud, que ya es una actitud ante la vida.

Pero no debemos olvidar a los jóvenes que presentan, y también estimularlos de una forma correcta, no incorrecta; no debemos estimularlos diciéndoles: «Vuelve a presentar, que el año que viene puedes ganar el premio». Debemos decirle: «Tu obra ha sido leída por maestros y ellos han dicho esto de ella». Cuando no es cubano, y alguien de ustedes, de los distintos Jurados, nos ha dicho algo sobre una obra, hemos escrito personalmente, y le hemos contado qué han dicho de su obra. Hemos visto los resultados y cómo contestaron, y cómo han vuelto a presentar, y muchas veces han sido premiadas personas a las que en la primera vez les ha sucedido esto. Creemos que es porque la persona tiene, primero, calidad, pero también porque el estímulo en los

jóvenes es importante, y el estímulo no debe ser dándole un premio a un joven cuya obra no tiene calidad; eso no es estímulo, a mi juicio, eso los perjudica, porque todo tiene que ser de verdad, ganado, y en estos casos con calidad.

Y cada año digo: prefiero que no premien un género a que se premie algo que no sirva, porque el Premio Casa de las Américas se difunde y también el Jurado, y en este caso, los dos, lo mismo el Premio que el Jurado que premió la obra, no sale de la mejor forma. Creo que ustedes deben premiar lo que tiene calidad, no otorgar un premio a lo que no tiene calidad. Naturalmente, para que ustedes encuentren algo con calidad es difícil, porque mientras el Jurado cada año tiene más calidad, más difícil es encontrar una obra con calidad; pero, de todas maneras, creo que pueden interpretar lo que quiero decir con esto, que la calidad está antes que nada.

Y también siempre decimos que son ustedes los únicos que desde este momento deciden en el Premio; que esta Casa de las Américas no termina hasta que ustedes entreguen el premio, quiero decir con esto que el único que decide en el Premio es el Jurado, que no aceptamos nunca que ningún cubano ni extranjero pueda acercárseles y decirles: presenté una obra y es tal o es más cual. Esta Casa de las Américas no trabaja así, y esta Revolución tampoco trabaja así. Las cosas hay que ganárselas porque sirven; no –como decimos los cubanos – «por un impulsito», porque eso no es honesto; no es honesto llegar a hombres que viajan desde muy lejos, sobre todos los cubanos que tienen más oportunidad, para decir cuál es su obra, y tal vez pueda lucir que premiando la obra de un cubano se ayuda a esta institución; y yo les diría que premiando una buena obra es como se ayuda al Premio, es como se ayuda a los que presentan. No es admisible que nadie de nuestro país, ni de esta Casa de las Américas, se les acerque a decir qué presentó. Deben decir que eso no es honesto, y en un cubano, menos. Y que respeten al Jurado, que cuando lo hemos traído es porque merece todo el respeto de nuestro pueblo, y si merece el respeto de un pueblo, tiene que merecer el respeto de los intelectuales, de los creadores. Y si se les acercan a decirle eso, están faltando el respeto al Premio y a ustedes. Ustedes premien lo que consideren mejor, no importa si la obra refleja o no la Revolución Cubana, porque en este caso no estamos premiando una obra revolucionaria, sino una obra literaria. Si premiásemos una obra revolucionaria, convocaríamos a un premio para premiar una que refleje nuestra Revolución o las revoluciones que están hechas o estén por hacerse.

También deseamos que, con el mucho trabajo que les tenemos aquí, puedan hacer un lugarcito o unos lugarcitos para que puedan ver algo de nuestro país, lo cual es importante para ustedes y es importante para nosotros. Pueden viajar, pues, trabajando, si van a otra provincia, no tienen que dejar de trabajar, pueden llevar algunas obras y en el viaje ir leyendo; y dedicar algún tiempo a leer y dedicar algún tiempo a ver. Siempre que nos reunimos con

ustedes y nos dicen lo que vieron, también aprendemos nosotros, así que hay un intercambio aquí de ayuda, lo que puedan aprender ustedes visitando nuestro país y lo que podemos aprender nosotros de lo que ustedes nos digan.

Ustedes deben escoger los métodos y formas de trabajo. Esta Casa de las Américas está a la disposición de ustedes, de todos, desde quien la preside hasta el compañero que con mucho amor y cariño les da nuestra tacita de café; por eso, cualquier dificultad, cualquier problema que pueda crearse en el camino del trabajo, nunca deben temer decírnoslos, porque es nuestra obligación. Nuestro pueblo los trae aquí para que ustedes trabajen, y nuestro pueblo nos tiene a nosotros aquí para atenderlos a ustedes, y eso para nosotros no es trabajar, es tener una agradable visita, y como estar en día de fiesta. Así que la atención que podamos darles para ninguno de aquí es trabajo, para nosotros resultan una verdadera fiesta estos días.

Si muchas veces andamos menos con ustedes, si muchas veces hablamos menos con ustedes, en distintos años, no es falta de deseo. Muchas veces nos preguntamos si ustedes no se podrán sentir un poco agobiados con la presencia de los cubanos; muchas veces desean estar solos, caminar solos, andar solos, comer solos. Si esto se hace así en esta Casa de las Américas, no es porque no podamos hacerlo a diario; estar con ustedes, comer con ustedes, andar con ustedes; sino que se hace para que no sientan que estamos permanentemente con ustedes, para llevarlos de la mano a donde nosotros queramos, y para decirles que oigan lo que nosotros queremos que oigan. Así que, por eso, tantas veces otros jurados andan solos muchos días, porque soy yo misma quien les ruego a los compañeros de la Casa de las Américas que no los agobien. Por eso les rogamos nosotros a ustedes que las necesidades que puedan sentir nos las comuniquen, porque no nos apartamos por no tener deseos de estar juntos, sino para que no se sientan agobiados.

Así que, compañeros, amigos de los distintos países de nuestro Continente que nos visitan este año para integrar el Jurado, les damos la bienvenida, y no una bienvenida formal, sino una bienvenida como deseamos y como queremos hacerla siempre los cubanos, una bienvenida de «este es su pueblo, esta es su tierra», y para los que deseen, también les decimos: «Esta es su Revolución».

Carta a Armando Hernández Agetro

La Habana, febrero 13 de 1968
Año del Guerrillero Heroico

Ref.: D-14

Comp. Armando Hernández Agetro*
Apartado 1,
Güira de Melena
Prov. Habana

Estimado compañero:

Recibí su carta donde me da su breve opinión sobre lo que escribí del Che, esa opinión que usted da es ya un homenaje a Che.[54] Mucho me gusta saber la opinión sobre lo poco que escribo de personas del pueblo, ya que las pocas cosas que escribo son siempre referidas a algo que es del pueblo, más que de nadie; y para ellos, para esos hombres y mujeres de nuestros pueblos, escribo; sé que me entienden, hablo su propio lenguaje y siempre saben encontrar el sentimiento con que va dicho; por eso algunas veces permito que salgan esas cosas y es la opinión de ustedes, que en definitiva es la de Che, la que me hace pensar [que] fue bien publicado; particularmente en esto que escribí de Che tenía mis grandes temores si debí o no haberlo dejado publicar, no por buena o mala en cuestión literaria, en esto no tenía preocupación. El Che para nosotros es algo más que una buena literatura, eran otras mis dudas, por eso algunas cartas que he recibido de personas como usted me ayudan a disipar un poco esas dudas, y por eso le contesto; no piense mi contestación se debe a que me gusten los halagos, mi contestación se debe a eso que le digo anteriormente, y también para hablar un poquito de Che; a Che mismo le

[54] Hernández Agetro dice en una parte de su misiva del 13 de enero de 1968: «Su carta al Che es un retazo de su corazón en toda su magnífica y brillante expresión».

digo nunca podré escribir nada de él, pero no le he prometido no conversar de él y hay veces que se siente una necesidad de hablar, con él, y sin darnos cuenta empezamos a hablar de él, pensamos en él, haciendo una carta a ese minero, a esa madre o a ese guerrillero que está o estará.

Reciba, compañero Agetro, mi saludo en este año nuevo del Año del Guerrillero Heroico.

Haydée Santamaría

Carta a Lorenzo Pérez Parada

La Habana, febrero 13 de 1968
Año del Guerrillero Heroico

Ref.: D-12

Comp. Lorenzo Pérez Parada*
Calle Lugareño #218
Nuevitas
Camagüey

Compañero Lorenzo:

Recibí su carta,[55] somos hermanos de lucha, y por la sangre que su hermano y el mío derramaron por la misma causa.

Me gusta recibir cartas como la suya, es tan bueno que le escriban [a una], recibir muestras de cariño, casi de gratis.

Son muchas las cartas que recibo, pero pocas como la de usted, por eso le doy las gracias; hay veces que sentimos que somos una cosa para plantear problemas, eso es nuestro trabajo y no nos pesa, pero no podemos negar que, como seres humanos, recibir unas líneas donde solo se exprese cariño, que esa carta sea solo el deseo de decírnoslo, es como encontrar un hermano que se nos quedó para siempre y después de años regresa. Por eso le decimos, su carta ha sido una alegría en este empezar de año que seguro será lleno de lucha.

Reciba todo nuestro afecto.

Haydée Santamaría

[55] En su carta, escrita el 25 de enero de 1968, este camagüeyano expresa: «Quiero me perdone la facultad que me tomo de escribirle, siempre me agrada tener amistad mutua con personas así como Ud. dedicadas por entero a la Revolución y a la Patria, yo conozco mucho de sus luchas desde la tiranía, siempre he leído dondequiera que Ud. ha tenido un escrito en la prensa, por eso quiero expresarle toda mi admiración y mi simpatía más profunda, por lo que le brindo mi amistad, mi respeto y mi admiración más profunda; espero tener de Ud. la amistad como revolucionario, ya que me puede tener de seguro en la fila de los primeros cuando la Patria lo necesite».

Carta a Dionisio Santos

La Habana, 28 de febrero, 1968
Año del Guerrillero Heroico

D: 51

Comp. Dionisio Santos*
Ave. 41 #14812 e/ 148 y 150
Marianao

Compañero Dionisio:

Recibí su carta; toda la intranquilidad que tiene por la salud de su hijo es justa, pero compréndame a mí también, cómo puedo yo, por encima de todas las normas, resolver su problema; qué más deseáramos nosotros, sobre todo cuando está la salud del niño. Fíjese, compañero, si su caso fuera el único, seguro ya estaba resuelto, pero por desgracia hay tantos que no debemos nosotros resolver uno, para eso trabajamos incansablemente, este pueblo tiene derecho a todo y Fidel lucha por eso.

Compañero Dionisio, lo más que puedo hacer es mandar una carta a Asistencia Social con copia de su informe, a ver si tenemos suerte, le aseguro, otra cosa no puedo hacer, no debo hacer. Deseo de verdad resolver su caso, esto me daría tranquilidad.

Reciba el saludo revolucionario de,

Haydée Santamaría

Carta a presidente de Administración Municipal

La Habana, 28 de febrero, 1968
Año del Guerrillero Heroico

D: 52

Comp. Levy Farah
Presidente de la Administración Municipal

Compañero Levy:

Te mando copias del informe que me mandó el comp. Dionisio Santos, angustiado, ya que se tiene que ir a la zafra y su pequeño hijo padece de bronquitis con proceso «inflamatorio pulmonar» según certifica el médico. Porque sé que eso en un niño puede ser grave, es que me preocupo.

No conozco al compañero, todo lo que sé es su carta y los informes; quisiera mandaras a investigar eso y si se puede, resolver; de ser cierto, como dicen los médicos y el compañero, que tiene que creer lo que le dicen los médicos del niño. Sé cuántas cartas de esta te llegarán, pero es que un niño enfermo es tal angustia para sus padres que siempre me sitúo en su caso.

Perdona, sé bien cuánta presión tienes en esas cosas, ¿pero qué tú quieres que haga?

Saludos,

Haydée Santamaría

Dionisio Santos
Ave. 41 #14612 e/ 148 y 150
Marianao

Carta a María de la Caridad López

La Habana, 21 de marzo, 1968
Año del Guerrillero Heroico

D: 81

Comp. María de la C. López*
Luyanó, La Habana

Compañera:

En su carta me dice que escribe otro libro, ojalá pueda tener premio, pero si no, también la felicito, no se escribe nada más [que] por un premio, sino [también] por una necesidad espiritual.

Sobre lo que me dice dónde puede ampliar sus conocimientos, esto es difícil, por el momento, para usted; tiene tres niños pequeños. De todas maneras, no puedo darle un juicio muy claro, pero creo que como más cultura y conocimientos se pueden acumular, además de la propia vida, es leyendo; leer mucho, estudiar en los libros el arte de la literatura; fíjese que casi todos los grandes en literatura de cualquier género, antes que nada, fueron incansables lectores y aún después de consagrados no terminan de escribir, pero tampoco de leer.

Puedo decirle que aquí, en la Casa de las Américas, hay conferencias de todo género, si pudiera dejar algunas noches [a] sus hijos con alguien, eso le sería de mucho provecho. Cuando el Encuentro con Rubén Darío vinieron una serie de poetas de mucha calidad, ellos dieron conferencias sobre la poesía; fue una pena que usted no pudiera asistir. También en la biblioteca de la Casa hay todo tipo de libros, visítela un día; se inscribe y puede llevar libros, usted dice cuáles son sus inquietudes y en la biblioteca hay compañeras que le indicarán.

Le envío la revista del Encuentro con Rubén Darío, se dará cuenta cómo trabajaron los poetas; aunque se recogió algo, imposible que todo ese trabajo pueda ir en una revista.

Bueno, compañera, le contesto con lo que está en mis manos, de verdad me es imposible darle otra solución, usted es la que tiene que continuar y verá que vencerá. Reciba un saludo de,

Haydée Santamaría

Cable enviado a Coretta Scott King, viuda de Martin Luther King / t. P. Latina

10-04-1968

Conmovidos por el vil asesinato de Martin Luther King, defensor de los derechos del pueblo negro, perpetrado por los mismos criminales que son nuestros irreconciliables enemigos, le hacemos llegar, a nombre de todos los que trabajamos en la Casa de las Américas, nuestro afecto fraternal.

Haydée Santamaría
Directora de la Casa de las Américas

Hacemos la cultura a base de coraje

Entrevista de Rodolfo Alcaraz[56]

Vamos a platicar un poco al triunfo de la Revolución, al nacimiento de la Casa de las Américas.

¿Al triunfo de la Revolución qué cosa? Porque el nacimiento de la Casa de las Américas es una cosa que nace con la Revolución y uno de los trabajos que yo tenía. En el 59 voy a trabajar a Educación; tuve un trabajo muy violento en lo que iba a ser los becados, la alfabetización, en esos planes. Porque cuando hablábamos de cuarenta mil becados parecía que estábamos locos y ahora tenemos ciento sesenta mil. Cuando empezamos a hablar de alfabetización parecía que estábamos locos, que no se podía. El trabajo más violento mío fue el del Ministerio de Educación. La Casa de las Américas nace en 1959 pero, claro, también es un trabajo más planificado; es un trabajo que puedo planificarme más y que a uno, bien planificado, le da tiempo; mientras que el otro trabajo es una cosa así de imposible; era una cosa tremenda porque no se terminaba nunca. Y esto surge, pero es un trabajo más suave, aunque no lo hubiera cambiado nunca por aquello, porque aquello me vinculaba al pueblo, a la juventud. Eran problemas inmediatos a los que uno no podía decir: «Después». ¿Quiere hacerme una pregunta?

Se ha dicho que un factor favorable, por ejemplo, en la gran Campaña de Alfabetización de 1961[57] *había sido, por una parte, la población no demasiado grande de Cuba y, por otro, la ventaja de que Cuba fuera una isla. Yo*

[56] Fragmento de la transcripción de la entrevista del periodista mexicano conservada en el Archivo Casa con fecha 21 de mayo de 1968. Una versión completa de este texto aparece publicada en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 308-309, julio-diciembre, 2022, pp. 62-92. El título se ha colocado para ambas versiones.

[57] Programa de la Revolución para erradicar el analfabetismo y facilitar el acceso de toda la población a los distintos niveles de educación, de manera gratuita, con una campaña iniciada el 1º de enero de 1961. A ella se incorporaron, de forma masiva, cientos de jóvenes estudiantes y obreros que viajaron por todo el país enseñando hasta en los más intrincados poblados en las montañas; muchos de ellos luego se formaron como maestros. El 22 de diciembre de 1961 Cuba fue proclamada Territorio Libre de Analfabetismo.

quisiera preguntarle si en su opinión usted cree que el problema de la alfabetización de casi todos los países de América Latina podría tener una solución basada en el ejemplo.

¿La isla...? ¿Qué tiene que ver con la alfabetización?

Eso es un criterio; yo no lo creo.

Todavía eso de la población más pequeña se podría discutir si hay o no razón, pero lo de la isla...

Se refieren a que están delimitados, no tienen fronteras.

Pero cada país tiene su frontera; ¿o es que dejan entrar a algún país sin pasaporte? Mira, nosotros no podemos ir a Guantánamo; hay una fronterita. Y nada más que hay una cerquita; eso mismo pasa en otros países.

¿Podrá haber otro ejemplo?

Si se habla de Brasil es más grande pero también hay más gente. Y si en Brasil hay tantos millones de habitantes, hay tantos analfabetos que tienen que alfabetizarse. Así que es lo mismo. Porque nosotros también somos menos gente, pero menos a alfabetizar. En Cuba éramos siete millones de cubanos, pero ¿cuántos fueron a alfabetizar? ¿Cuántos millones hay en Brasil? Creo que es tremendo, la tercera parte de América Latina. Bueno, está bien, se van equis millones de gentes a alfabetizar. Digamos que estoy haciendo exageraciones. Porque todavía hay lugares que en el propio Brasil hay algunos dialectos, pero todo el mundo entiende el portugués, no es el caso como China, Unión Soviética.

Como México, tenemos un porcentaje…

Es fácil, es más fácil, como en Cuba que se hablaba. Ahora, de todas maneras, en este país todo el mundo alfabetizó. Y lo más importante de la alfabetización es el seguimiento. Porque aquí la Unesco vino y encontró que se había alfabetizado, pero ellos decían que en tres años, cuando regresaran, todo el mundo sería analfabeto. No consideraron en ese momento la alfabetización. Hizo un informe en el que decían que no había analfabetos, pero que no se podía hacer un estudio hasta los tres años después. Entonces vinieron a los cuatro años y caminaron todo –también el presidente de la Unesco [René Maheu]–, y encontraron a aquella gente en tercero, cuarto y quinto grados. Aquí se empieza la campaña por los que no eran analfabetos y tenían un primero y segundo grado, y los hicimos alcanzar el sexto grado. Para aquellos que eran analfabetos se hizo una gran campaña para alcanzar el tercer grado

en tres o cuatro años. Y cuando llegó aquí, Maheu se encontró que muchos de aquellos que eran analfabetos tenían el certificado de sexto grado y ninguno tenía un promedio menor de tercer grado. El que tenía el tercer grado estaba ya dando el cuarto, porque estaba en la campaña de alcanzar el sexto grado. A todos los campesinos les decíamos: «Fidel va a entregar el diploma de sexto grado».

Sí, una conciencia.

Por eso es que Maheu en la Unesco dijo que había que escoger como ejemplo la Campaña de Alfabetización de Cuba, porque no había encontrado nada así en ningún país del mundo. Fíjese usted que él se encontró uno que estaba un poco mal, ¡pero mire si esto está tan chequeado en este país!, que se volvió a llevar allí y se encontró que era una persona con retraso mental, que era para no haber aprendido, y sabía firmar, y donde decía Fidel y el Che, lo sabía leer. Él se quedó azorado; dijo que no podía ser y le preguntó la edad que tenía y se le dijo: tiene 25 años. La madre nos dijo que al pobrecito le habían dado las fiebres y se había quedado en ese estado. Él quería saber cómo lo enseñamos a firmar y la madre nos dijo que había sido un muchacho jovencito. ¿Pero quién encontraba eso? Porque él quería saber quién era ese muchacho porque consideraba que era una cosa increíble el haberlo enseñado a firmar. Hizo una defensa tremenda de Cuba.

¿Qué condiciones hay que tener para esa Campaña de Alfabetización?

¿Las condiciones para hacerlo? Primero, la Revolución; segundo, el afán que pusieron los principales dirigentes de este país, y que Fidel consideró que saber leer y escribir era tan necesario como comer y caminar, por lo que nadie debía dejar de tener esa maravilla.

Se empezaron a hacer textos distintos que a ellos les interesaran. No se les daba en las mismas zonas los mismos textos, porque en las zonas intrincadas se veía lo que le interesaba a cada campesino y con eso se le buscó la cosa del interés de aprender.

En cada caso un problema distinto.

En la zona de Pinar del Río se buscaba lo del tabaco; en otras, lo de la Reforma Agraria; cosas que ellos quisieran leer. Empezando a buscar libros fáciles, porque casi en todos los libros decía Fidel, y es que ellos lo primero que querían aprender era Fidel. Después querían saber el nombre de sus hijos. Después que se alfabetizó, no se les abandonó. Se hicieron libros con letras grandes y cosas que a ellos les interesaban. En la parte de Oriente que está el Realengo 18

–donde todos los campesinos conocían lo que era eso–[58] se hizo un librito con las letras de Realengo 18 y ahí aparecían los nombres de casi todos, y cuando ellos veían que aparecían sus nombres, para ver lo que decía, no dejaban de leer eso.

En otras zonas, en la zona del desembarco, la cosa de cómo Fidel había desembarcado, qué campesino lo había ayudado, se interesaban si veían el nombre de Crescencio Pérez. Se buscaban libros con láminas, con letras grandes. A todos les interesaba leer, y aprender a leer fue mucho más fácil. Todo el mundo leía aunque no escribía de corrido. Era una gran cosa. Además, Fidel decía: «Que ellos se den cuenta de la maravilla de saber leer y escribir. El día que se den cuenta de la maravilla de la lectura, tenemos ganada la batalla».

¿Qué se le hizo a esa gente para que siguiera escribiendo? Hacer cartas a sus hijos que estaban becados y ellos decían: «¡Maestra, maestra, ¿qué dice la carta?!». Y ella le decía: «No, no, usted tiene que saber leer la carta». Entonces, hacer la cosa fácil: «Querido hijo, nació un hermanito tuyo». Empezaron a descubrir lo interesante que era no tener un intermediario y poder contestar a sus hijos lo que sus hijos le preguntaban y el afán era tremendo. Otros, porque sus hijos estaban becados; otros, porque estaban en el Ejército Rebelde. Eso fue una cosa muy atractiva para ellos.

Cuando todos estos campesinos descubrieron la maravilla de leer, de intercambiarse entre los familiares, de no tener que caminar cuatro leguas para que la que supiera leer le leyera la carta, fue una cosa maravillosa. Ese tipo de alfabetización se puede hacer. Primero, se tiene que hacer una revolución, después, que se fanaticen los de la revolución con eso. Porque de verdad que si usted no hace una revolución no se puede alfabetizar. Y si tú quieres enseñar a leer a un adulto, hay que buscarle la sensibilidad. No es lo mismo que enseñar a Celia María a poner «mamá» y si tiene un hermanito poner «nené», que eso es muy importante para ella, pero un adulto no le va a poner «mamá». Ahora, si un adulto tiene un familiar fuera, si desea decirle cosas, busca la forma de poner lo que desea decir.

[58] El asentamiento de Realengo 18, en las serranías de la provincia Guantánamo, al oriente de Cuba, estaba conformado por pequeñas fincas de campesinos en alrededor de quinientas caballerías, que incluían tupidos montes de árboles de madera preciosa. En 1934 fue escenario de la primera gran conquista del movimiento campesino armado de la zona, liderado por Lino Álvarez (quien había sido teniente del Ejército Libertador mambí), contra los intentos de desalojo de las compañías latifundistas, apoyadas por el ejército dirigido por el entonces coronel Fulgencio Batista. Ante la firme decisión de los campesinos de Realengo 18 de no abandonar su tierra, y para evitar verse enfrentados a una guerra de guerrillas, Batista y la Guardia Rural cedieron y acordaron una tregua, retiraron las tropas y pospusieron los desalojos y los planes de apropiación.

Sí, porque encuentran la forma inmediata de poner...

Otros tenían problemas y les decían: escríbele a Fidel para que le cuentes eso. Para atenderlos se puso a una persona que leía todas las cartas; se contestaban; y cuando esos campesinos se enteraban que Fidel les respondía, ellos le escribían. Además, había una conciencia de que cuando ellos le escribían a un dirigente había que contestarles.

[Muestra foto de conferencia de prensa en OLAS, y comenta]

Este es un pasador colombiano de piedras, una cosa hecha de artesanía. Yo sé que tiene como un coral; está montada sobre un metal de Colombia. Es una cosa de artesanía hecha a mano.

Para mí las manos son un lenguaje. Y a mí las manos me gustan. Fíjese cómo yo conocía las manos de Fidel y yo le diría que, si me ponen las manos del Che, yo las conozco. Fidel no es las manos, son los ojos. El Che tenía unas manos preciosas y después, los gestos. Si iba a coger la pipa hacía un gesto. Este es un libro que se hizo y está agotado.

Dicen que era un grave problema, que la mayor parte de los libros en cuanto se editan se agotan.

¿Usted sabe por qué? Porque todo el mundo sabe leer y todo el mundo lo puede comprar. Un libro en este país vale un peso y ochenta centavos, y se agota. Y eso es prueba de que todo el mundo sabe leer.

Usted sabe que Abel tenía un salario alto en este país y muchos de los que fueron al Moncada, que eran clase media, y nunca pudieron comprar las obras completas de Martí. Abel una vez trató de comprar, por aquí, por allá. Y en este momento valen doce pesos los veinticuatro tomos. Además, doce pesos no es nada en este país porque todo el mundo en una casa trabaja. Aquí se sacaron cien mil ejemplares de *El Quijote* y valía cincuenta centavos. Un país en el que todo el mundo tiene plata, nadie dejó de comer –no digamos ya de comer–, ni dejó de ir a la peluquería, o al cine, o a comer fuera. Los premios Casa de las Américas, los cinco, valen tres pesos. La revista *Casa de las Américas* vale veinticinco centavos.

Todo libro que tiene interés se agota. Es una cosa tremenda. Aquí los españoles decían: ni en España se hizo una tirada tan grande de cien mil ejemplares de *El Quijote*. Los libros de la Casa de las Américas que no son para el país, que son para afuera, usted no sabe el problema que tenemos aquí.

¿Y las obras completas del Che se han publicado por [Arnaldo] Orfila?

No. Las obras completas del Che no pudo haberlas publicado. ¿Usted sabe cuántas obras son las obras completas del Che? Son siete u ocho tomos. Ahí

está todo lo del Che. Está editado, pero están aguantadas. El día que salga eso, va a ser un bombazo de primera. Ahí están todas las cosas del Che: cuentos, etc.

Entonces sí están editadas.

Pero están aguantadas en Cuba. El día que salga eso va a ser un bombazo. Está todo lo que el Che escribió, además, cuentos...; todo lo que el Che escribió. Para que vea el sentido de lo que fue la alfabetización.

[Ponen disco Despertar *de Eduardo Saborit]*

¡Sí, fue todo así mismo! Los novios le podían escribir a las novias. Saborit recogió eso. ¡Usted sabe lo que es para un hombre y una mujer leer así «yo te quiero»! Y Saborit fue por ahí y recogió eso; lo compuso. Además, la música es preciosa.

Muy conmovedora...

Esto es lo que yo le digo que hice el primer 26 de Julio en 1959, que fue también entre dulce y amargo y amargo y dulce. Yo lo hice y lo dejé ahí, y Armando lo encontró y lo publicó. Igual que la carta del Che, que hizo igual. Ese día yo hice la carta cuando Fidel terminó de hablar por la televisión. Cuando Armando llegó yo estaba escribiendo; la dejé allí mismo en el despacho y no la recogí, y a los siete u ocho días la vi en el periódico. Yo eso jamás lo hice para publicar. Eso no se lo perdoné a Armando. Eso no es correcto haberlo hecho. El que no sepa... Si eso luce un revolucionario derrotado. Tiene que haber un después de lo del Che, igual que el del Moncada. Porque con la muerte del Che tuve que renunciar a mi vida de guerrillera, y ahí dice que acaba mi vida de guerrillera, que yo nunca he renunciado a ella. Eso dice muy poco de un revolucionario, un revolucionario nunca puede estar tan destruido. Además, le digo que yo nunca podré escribir nada sobre él para publicar. Y yo he escrito muchísimo sobre él, pero lo tengo en mi casa. No he escrito, he conversado. Eso es una cosa mía que no se debió...

[Lee narración La sierra y el llano, *sobre el Moncada, y comenta]*[59]

¡Cómo una, cuando va a la muerte puede pensar en cosas tan bobas! ¿Cómo es posible? Yo misma no me acordaba de esto. ¿Cómo es posible que en ese momento a uno se le ocurra preguntar la hora? ¡Como si fuera tan importante!

[59] Esta recopilación de textos de algunos de los protagonistas de la lucha revolucionaria fue uno de los primeros libros de la recién creada editorial Casa de las Américas en 1960.

Porque, efectivamente, estábamos en un tercer piso. Fui a la ventana con la idea de lanzarme, no de matarme, sino de llegar a ellos. Y las manos de Melba me hicieron reaccionar, porque dejar a Melba era tremendo. ¿Se da cuenta? Como si en mi vida nada más me hubiera quedado Melba. [Lee] ¡Pero esto está dicho de una manera! Hay que saber lo que se está diciendo para que guste. Y eso lo hice así. Yo no escribo nunca, pero cuando lo hago, escribo corto. Este libro se llama *La sierra y el llano*. Ese libro está bueno porque precisamente lo que hay ahí se puso por algunos combatientes viendo las cosas en aquellos momentos.

[Lee de la revista Bohemia]

Estamos viendo de verdad las cosas de aquel momento. Mire, esto fue porque hubo una polémica sobre el papel y la impresión. Porque yo digo que hay que imprimir buenos libros. No digo que el papel sea bueno o sea malo, sino la impresión. Otra cosa importante es la edición de las obras premiadas.

[Sigue leyendo de Bohemia*, artículo sobre la cultura]*

Es verdad que Frank era de una dulzura. Y entonces en esa foto lo pintan con un torcido en la boca, ¡con una cara! Y los que conocimos a Frank lo vimos tocando el piano y ahí consideran que si lo pintan con esa dulzura… Y dondequiera que veo un cuadro de Frank así lo quito. Una vez pasé por Quinta Avenida y vi un retrato de Frank con esos molleros así. Y él no era así. ¿Como no lo van a respetar? ¿O es que eso es el contenido político? Y vino un policía y me dijo que yo era una contrarrevolucionaria y yo le dije: «Contrarrevolucionario fue el que lo puso así». Frank era un poeta y Gómez García también.

[Lee]

¿Esto lo puedo reproducir?

Por eso no me gusta dar entrevistas, porque no puedo aguantar las cosas. Eso no fue una entrevista, fue una charla en la Casa de las Américas, pero salió. Fue una gran polémica: salió en *Granma*. Yo considero que el arte es todo lo hermoso. El arte no es exclusivo de nadie.

Me ha recordado una respuesta que dio Picasso a una persona que le preguntó: «Maestro, me podría maravillar, pero francamente no lo entiendo». A lo que Picasso le contestó: «Diga, ¿usted qué come por la mañana, huevos?». «Sí». «¿Y los entiende?».

Porque, fíjate, lo hermoso es abstracto. ¿Cuántas veces un hombre conoce a una mujer y la encuentra fea? Y después la empieza a tratar y llega a ser la mujer más linda y llega a ser lo más hermoso de la vida: es hermosa. A ver, ¿dónde está ahí lo real? ¿Por qué no la encontró bella cuando la conoció y después la encontró bellísima?

¿Qué hay en un atardecer que no sea abstracto? Y es una cosa abstracta.

Fíjese, ese cuadro de Mariano. En la sierra hasta con una tormenta se veía el cielo así, así...

Yo siempre ponía la hamaca donde podía ver un paisaje bonito. Y yo le decía a Celia: «Después, si lo pintamos, dicen que estamos locas, dicen que es una cosa abstracta, y sin embargo es una cosa real».

Se ha llegado al extremo de decir que hay fotografía abstracta.

Pero es que la cámara no puede recoger nada abstracto, sino una realidad. Cuando los afiches de OLAS, quería poner afiches políticos, no es como en la Casa de las Américas, quería poner algo de contenido político, pero algo bonito. Yo convoqué a todos los afichistas y vi un afiche muy bonito que era una cosa tan linda, una cosa negra, pero tenía poco contenido político –y una conferencia política que no tenga algo político–, y le digo al afichista, que era uno del Icaic: «Este afiche, ¿cómo es?». «Eso que usted dice que no es político es un tiro en un cristal». Después tiramos la fotografía que salió en blanco y negro, y era el que más me gustaba, pero no me atrevía a escogerlo porque lo veía muy abstracto. Y sin embargo, ¿dónde estaba lo abstracto? Un tiro en un cristal. Fue lo que puse en televisión, pero hubo que ponerlo en película. Se veía una mano; cuando el tiro dio en el cristal y cuando el tiro rompió el cristal. ¿Eso es abstracto? ¿Un tiro? Si usted lo ve dice que es abstracto, pero a mí me gustó. Bueno, por ahí debe andar todavía.

Porque Amelia Peláez pintara a esa mujer con esa nariz, yo lo primero que busco es lo bello, veo una serie de rejas caladas, de vitrales, veo una casa colonial de mi país. Eso es el vitral. Amelia Peláez todo lo que pintaba eran vitrales. Aun con esta mujer que usted ve, yo quiero que usted sepa que ver una mujer parada detrás de un vitral antiguo, pues usted la ve así, pero además ve también la reja colonial, porque Amelia Peláez pinta mucho la reja, la casa colonial. Por eso, ponga a una mujer detrás de un vitral y verá eso. Ahora, ¿qué usted quiere?, ¿que la pinte igual? Tire una fotografía con la mejor cámara en colores. ¿Quiere verme a mí? Pues tíreme una fotografía. ¿Para qué yo quiero un cuadro pintado de Fidel? Pues vamos a tirarle una fotografía a Fidel.

Todo surge de una necesidad. Hubo una necesidad de pintura realista para dejar constancia de la época. Porque, si cuando no existía la cámara fotográfica no hubiera habido pintores, cómo hubiéramos sabido nosotros de toda

una época. ¿Qué necesidad tenemos nosotros hoy de dejar en una pintura constancia de una época? La técnica ha avanzado tanto que no hace falta. Pero como hace falta el arte, la pintura va más allá de la fotografía. Mire, yo tengo un cuadro de Portocarrero que, cuando vino Valentina [Tereshkova], se rio de los cuadros de mi casa porque me dijo que uno le recordaba el cosmos. Fíjese si los pintores revolucionarios son los abstractos, porque ya fueron al cosmos. Es como si yo me hubiera quedado con las ideas con que fui al Moncada; es como si yo me hubiera convertido en conservadora, porque si yo siguiera pensando como hace quince años –y fui al Moncada siendo revolucionaria–, todo lo que se estanca… Ahora, si seguimos con las cosas que pintaron los grandes pintores, porque fue una necesidad de la época, ¿cómo hubiéramos sabido cómo era María Antonieta? Las cosas surgen de la necesidad y, como hay una necesidad real, hay que hacerlas. ¿Qué arte existe si yo pinto esa mata tal cual es? Ahí está la mata, además, si no es mía, digo: «Denme una fotografía en colores».

Si yo fuera pintora, yo quisiera pintar a Fidel. Yo no lo pintaría tal cual es. Yo no lo veo tal cual es, sino que lo pintara distinto. Fidel para mí no es eso que se ve ahí. Yo no sé si pintaría una estrella, una montaña, un ciclón, porque para mí Fidel es toda una fuerza de la naturaleza. Porque si para mí es un prodigio de la naturaleza, ¿cómo lo voy a pintar con su estrella de comandante? Yo no lo veo así. De modo que si yo fuera a pintarlo no podría pintarlo así. ¿Cómo yo pintaría a Fidel si para mí es una fuerza de la naturaleza, es un prodigio de la naturaleza? Una fotografía lo coge así. ¿Cómo yo pintaría a Fidel? Yo sé que pintaría un terremoto, no sé... Y entonces me dirían: «Está loca». No lo pintaría así porque no lo siento así. Yo lo veo todo lleno de dulzura y guerra, pero con una fuerza tal. Porque Fidel es una fuerza de la naturaleza, ¿usted no lo ha visto? Verlo en un acto es igualito, no crea que en privado es distinto. Fidel es una fuerza tan enorme. Él tiene que despertar la fuerza, ¡si es un ciclón, es un torrente de fuerza! No sé cómo lo pintaría, no tengo ese don. Tendría que pintar algo tan violento, tan fuerte, tan grande. Por lo demás, tengo buenas fotografías de él y, además, yo escojo las fotografías. En mi despacho yo tengo una foto así. ¿Usted la vio? Que es una luna y la cara de Fidel en la sombra. Hasta para una foto yo no escojo una cualquiera, en esa fotografía él está desafiando la naturaleza.

¿Esa foto usted la hizo, la que tiene en el despacho?

Sí. Mientras que todo el mundo está queriendo... así, en el momento en que él le hace así a la mano, yo le tiro a las manos; o en un momento en que le hace al pie así porque esté bravo [molesto], le tiro. La gente, Armando me dice: «Tú tienes a Fidel en un rompecabezas», porque no me conformo. Todo es buscando la gran fuerza que hay en él. Yo tengo una fotografía de él de los ojos, que yo

digo que son como los de un tigre, se ve que es un tigre que va a acabar con el ser humano, cuando va en defensa del ser humano.

Tres cosas de carácter práctico. Desde que llegué me había sorprendido la calidad de los afiches. Me gustaría hacer una exposición de afiches en México para el 26 de julio.

¿En México no hay?

Sí. Podría preguntar. Además, lo más probable es que ya estén por todas partes.

La calidad de los afiches aquí es tremenda. Hay un afiche de Olas que es un montón de rifles, muy lindo; es como en tres tonos de morado y negro, mirilla telescópica.

Se podría hacer una diapositiva. Algunos que podamos conseguir, pudiéramos hacer una selección.

Se podría hacer una selección. Podría escogerse algunos del Icaic, de la Casa de las Américas, de fechas como el 26 de julio, el 2 de enero, de todas escoger algunos. En afiches, los nuestros son muy buenos.

Sí, son muy buenos.

Solamente en la Casa de las Américas se podría hacer una exposición de afiches de cada fecha importante del año, es decir, del 26 de julio, del 1º de enero; de cada año se podría hacer una exposición. Es verdad que usted saca muchos más buenos que malos. Porque hasta en las vallas esas que se han hecho del Che –¿usted ha visto qué lindas?–, que son varias caras, tenemos una en la Casa que es un afiche que es una maravilla –no es un afiche es una valla–. Yo supongo que ahora para la conmemoración del centenario, tengan que hacerse cosas muy bonitas. Yo haría el escudo nacional; un afiche que sea un escudo bien grande, y la bandera de ese momento; porque la primera bandera nuestra no fue esta, sino la de Carlos Manuel de Céspedes. No fue la bandera que se hizo de verdad, sino –como decimos nosotros, la bandera del 26 de Julio, que nunca rechaza la cubana–, la que ellos hicieron para lanzarse a la manigua cubana, blanca, azul y roja. Y después vino la otra, la bandera cubana que nunca hemos rechazado. Se puede hacer una secuencia de vallas de cómo surgió nuestra bandera y, además, una gran fotografía de la primera mujer que bordó nuestra bandera, y ver si encontramos esa fotografía de la guerra, de la mambisa que la bordó.

Yo, regresando, empiezo a conseguir local. Por lo pronto la Universidad sería el primer paso. Recién me encargaron las autoridades donde está el museo de la Universidad. La Universidad tiene una magnífica galería en el centro.

Puede ponerse en la Universidad, en un gran salón, en pasillos, aulas...

El único problema es que todo el mundo se quiera llevar alguno. Además, contamos con el apoyo de todos los estudiantes.

Sería muy bueno, porque todos los estudiantes irían a verlo.

Además, nunca se ha hecho así, incluso poner cada afiche en una forma arquitectónica.

Claro, porque así no estorba en ningún lugar. Ir buscando por donde se entra, que por todo el paso uno se encuentre algo.

Magnífica idea.

Eso se puede hacer. ¿Qué está haciendo Mario Menéndez?

Dirigiendo la revista ¿Por qué? *Yo escribo para* ¿Por qué?

¿Usted fue donde estaba él para que le diera la entrevista? Yo soy muy boba, porque la gente me coge muy fácil. A mí me gusta conversar, yo soy una gran conversadora.

Estoy trabajando desde el primer número de la revista. Él me dijo: «No te perdono si no me traes…». Y como ya lo conozco como es en sus furias, y con el tonelaje, es una verdadera amenaza.

En Olas estaba azorado porque me encontraba a cualquier hora del día o de la noche, lo mismo en el elevador que en el comedor, o me veía a la salida en una comisión de trabajo. Muchas veces él estaba en una comisión de trabajo y me veía, y después me encontraba en otra, y así. Y él me decía: «¿Cómo tú sabes cuál es la más importante? ¡Y tan fresca!» –porque yo no doy la sensación de apuro– «¿Y cómo te ves así tan fresca? ¿Qué tú haces?». Y yo le dije: «Me cambio de vestido». Y era verdad, yo tenía esa responsabilidad de Cuba. Yo estaba ahí, me daba un baño y me cambiaba de vestido. Toda la ropa mía estaba en Olas. Cuando me cambiaba de vestido parecía que estaba lista. Y me decía: «Eh, ¿vas a montar aquí una exposición?». Y yo le decía: «Yo estoy en exposición de modas, porque estos políticos que siempre están vestidos de negro». Y lo principal era fastidiar a una Elcida de la Peña. Yo nunca sería una Elcida de la Peña. Es una vieja comunista. Yo me la encuentro en todos los lugares y se ha hecho cuatro vestidos, los zapatos y carteras para conferencias y congresos. El vestido de chaqueta, la cartera grande, el lapicito. Fíjate, que yo para los viajes tenía algunos vestidos apropiados; yo tenía una cartera grande apropiada para esas ocasiones. Ahora, cuando me dicen «arranca»,

arranco con lo que encuentro. Dondequiera que llego la veo; es un ratón de congreso, por eso no puede hacer la Revolución. Todo se ve así, un vestido ni largo ni corto, para que le sirva para todos los congresos. Ahora, yo lo que voy vestida a los congresos distinto a todo el mundo. Cuando tú estás cansada, muy cansada, agotada, te pones un vestido nuevo. A todos los congresos voy con todos los vestidos. En los congresos del Partido todos son viejos militantes y tienen los mismos pelados, las mismas chaquetas, los mismos vestidos, las mexicanas también.

¡Dése cuenta que yo pertenezco al Partido Comunista!; soy comunista y militante de un Partido Comunista. Aunque Fidel esté hablando no le ven la cara. Fidel se pasó ocho horas hablando para los latinoamericanos; no le miraban la cara a Fidel. ¡Tan importante como es! Y Elcida de la Peña ni le miraba la cara a Fidel. Yo le decía: «Mira, Elcida, mira a Fidel hablando». «El discurso se está grabando, se va a imprimir y se va a repartir». Igual en el Congreso del PCUS. Allí las mujeres comunistas hacían igual. ¡Si mañana nos lo van a dar en nuestro idioma! Y yo le preguntaba a Armando: «¿Por qué todos escriben eso?». «Bueno, Haydee, ¿tú no anotas?». Yo anoto distinto, algunas veces gestos, alguna crítica, una cosa, veinte detalles, frases, a fulano lo pusieron después de fulano.

A propósito de la exposición de grabados, se podría hacer un reportaje bonito.

Sería muy bueno.

Además, muy oportuno.

Me interesa mucho. ¡Usted no sabe lo que es traer gente con grabados! ¡Los que vienen y los que mandan! Y en una revista que se vea eso es muy bueno, que pueda llegar a todas partes. Eso es una cosa de cooperación a la cultura muy buena. En este país dicen que nos olvidamos de la cosa cultural y yo le digo que hacemos la cosa cultural a base de coraje. No nos dejan llegar nada. Para el premio de literatura, nadie sabe el trabajo que se pasa para que esa gente pueda hacer llegar esas cosas. Es tremendo. El único que está defendiendo la cultura de nuestro Continente es Cuba; hay una penetración imperialista terrible. Cuba es el país de menos tradición, porque Cuba fue el último país en liberarse de España. No tiene las raíces de México, Perú, etc.

Tenemos que convertirla en vanguardia cultural con una cultura continental. Eso es lo que hemos tratado y trata de hacer la Casa de las Américas. Hacemos cosas de muchos países que no se hacen en sus propios países.

Es cierto.

¿Usted ha visto las publicaciones nuestras?

Las conozco. Es un problema conseguir las cosas de la Casa de las Américas. En lo personal voy a volver a tomar la cátedra de Literatura Americana Contemporánea y mi más grande interés –me gustaría– incluir los premios.

Fíjese, que los premios no son literatura latinoamericana. Si el escritor escribe una novela que no se basa en América Latina, no importa.

*Hay unos problemas enormes para conseguir esas literaturas. He visto los catálogos y son un sueño; esta revista [*Casa de las Américas*, sobre Ernesto Che Guevara] se cotiza como oro.*

¿Usted sabe que esa revista es toda inédita?, y para hacer esa revista del Che y que fuera inédita, fue tremendo, fue terrible. Hay un escrito de Cortázar precioso.

Yo en una ocasión, en Historia, tuve la oportunidad de verla así.

Otra de las cosas fue la Canción Protesta, que se hizo el disco. Es nada, con lo que se hace en Cuba. ¿Usted lo vio?

No.

Con calidad.

¿Cuántos discos?

En discos hay...

¿Un long-playing*?*

Es un disco, pero la calidad es tremenda. Yo le digo la calidad, y eso que dicen que los países socialistas se caracterizan por lo feo.

Buena grabación, pero con un material feo.

[Muestra disco de la Canción Protesta]

Fíjese que está en los tres idiomas; la literatura está en inglés, francés y español. Ese disco aquí lo han llorado de mala manera.

¿Qué tirada tuvo?

Yo no sé, porque se hizo para el Congreso Cultural y para afuera se han mandado cantidad. Y para el Congreso serían tres mil o cuatro mil.

¿Se van a hacer congresos anuales?

No, si hacemos congresos anuales nos embarcamos de mala manera. Eso es un trabajo tremendo. ¿Y en qué momento trabajamos?

¿Pero sí con un carácter periódico?

Hay que ver qué resultado dio eso por ahí.

¿Aquí hay jornadas de veinte horas?

Y sobre todo cuando se dan entrevistas de estas. Después seguimos trabajando hasta las cinco de la mañana. Yo vine para acá y no me voy hasta las tres o las cuatro de la madrugada. A mí lo único que me interesa es llegar a mi casa de siete a ocho; después salgo a las nueve y después no me importa a la hora que llegue. Una cosa que me beneficia mucho es dormir cuatro horas, con eso tengo.

Carta a Isabel Ramos Muñoz

La Habana, 12 de junio de 1968
Año del Guerrillero Heroico

D: 114

Comp. Isabel Ramos Muñoz*
Plan Hortícola Manacas
Albergue No. 1, Palo Bonito
Manacas, Las Villas

Compañera Isabel:

Antes que nada quiero decirle que recibí las verduras mandadas por usted, las gracias a usted y demás compañeros que trabajan en ese plan.

Sobre lo que me trata en su carta de mayo 22, es un problema que confrontamos. Como usted habrá oído a Fidel, el problema de vivienda es grave. Si su caso fuera aislado, no habría problema, rápidamente estaría resuelto, pero no es su caso, son miles de casos que todos debemos tratar de resolver y eso solo se resuelve con producción, es el caso de todos. Creo [que] si un dirigente, por ser amigo de alguien, resuelve un caso por encima de las normas que ha trazado la Revolución, es un hecho grave y son los militantes revolucionarios quienes deben cuidar que eso no pase. Puede tener la seguridad [de que] yo no he pedido nunca una casa para nadie, únicamente por causas tan justificadas –que estos sí son casos aislados–, como madres de un mártir sin recursos o hijos pequeños de nuestros mártires, y en algunas ocasiones para enfermos, paralíticos. Es decir, para casos tan justificados que ningún revolucionario se molestaría.

No crea soy insensible a los otros casos como el suyo o como la madre que nos escribe y vive en un cuarto con varios hijos, esos casos son miles, me atormentan, creo pronto podremos fabricar con el esfuerzo de todos. Le explico todo esto Isabel, sé que es joven y lo que pide es normal, pero dárselo es lo que no sería normal.

Reciba como siempre mi afecto y amistad,

Haydée Santamaría

Haydee habla de Vietnam[60]

Roberto Fernández Retamar [Retamar]: *Compañeros, como todos ustedes saben, vamos a tener la ocasión esta noche de dialogar con la compañera Haydee Santamaría, que acaba de regresar de un viaje a la hermana República de Vietnam, y que nos trae informaciones que son particularmente vitales para nosotros, por todos los lazos profundos que nos unen a ese heroico país, vanguardia de la tierra en estos momentos.*

Tenemos el honor de contar con nosotros esta noche con el compañero Ngo Mau, embajador de la República Democrática de Vietnam; con el compañero Hunyh Van Ba, primer secretario de la misión del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur; y nos es particularmente enternecedor contar también entre nosotros con las madres de los mártires de la insurrección Raúl Gómez García, Ñico López, Hugo Camejo y Abel Santamaría, junto con los demás compañeros vietnamitas y, junto con el comandante Jesús Montané, que también nos acompaña esta noche. Tenemos una responsabilidad y esperamos poder cumplirla en alguna medida. Quisiera comenzar por hacerle una pregunta a Haydee, teniendo en cuenta el múltiple carácter con que visitó la República de Vietnam. Es decir, Haydee ha ido a Vietnam como miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y también como directora de la Casa de las Américas. Tendríamos interés en saber, en este doble carácter de dirigente político y de dirigente de un organismo cultural, si ha podido apreciar Haydee cómo, en medio de condiciones particularmente duras, particularmente violentas, prosigue la vida intelectual y la vida cultural en Vietnam, y en qué forma los hombres de cultura y el proceso cultural en general se sienten vinculados al gran proceso político y humano que tiene lugar en estos momentos en Vietnam.

[60] Conversatorio ante un panel integrado por los poetas Roque Dalton (El Salvador), Enrique Lihn (Chile), Mario Benedetti (Uruguay) y Roberto Fernández Retamar (Cuba), celebrado en la Casa de las Américas, el día 14 de octubre de 1968. Publicado con este mismo título en la Colección Cuadernos de Solidaridad, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1969.

Haydee Santamaría: Compañeros, cuando pensamos hablarles sobre Vietnam, lo primero que pensamos fue qué diríamos. Se nos ocurrió la idea de que hubiera un panel latinoamericano, porque Vietnam está tan vinculado a este Continente, que nos pareció que eso era una cosa buena.

Con el panel no hemos hablado una palabra. Se nos acercaron –sobre todo Retamar y Benedetti, que trabajan con nosotros– para preguntarnos si en particular queríamos que se nos hiciera alguna pregunta. Pensamos y dijimos que no. Ya por temperamento me es difícil llevar concebidas las respuestas; y, además, en el caso de Vietnam, en particular, me era muy difícil pensar qué iba a decir. Quiero hablar aquí con verdadera sinceridad y con toda la emoción que sentimos allí. Por eso les ruego a los compañeros que me perdonen si me extiendo al contestar algunas de sus preguntas, ya que es un poquito difícil precisar respuestas cuando se va a un programa y no se sabe las preguntas que va a hacer el panel, aunque a mí me gusta más así.

Entre las miles de cosas que nos emocionaron en Vietnam, a todos los cubanos, a los compañeros que fueron conmigo, estuvo el sentir que aquel sol calentaba tanto como el nuestro. En ningún país que he visitado he sentido que un sol caliente como el de Cuba. El sol de Vietnam nos calentaba. Sin discriminar a ningún país, tenemos que ser sinceros, nos sentimos en Vietnam –y así se lo dijimos a Ho Chi Minh– como en Cuba.

Por eso puedo decir que, en cuanto pisamos el suelo de Vietnam, la emoción fue grande. También nos emocionó lo que nos pregunta el compañero Retamar. Nosotros esperábamos ver muchas cosas en Vietnam. Pero no esperábamos ver a un pueblo que, con la guerra encima, padeciendo lo que ha padecido, se preocupara tanto por la cultura. No podemos analizar aquí exactamente la cultura, porque para esto haría falta ser un conocedor profundo de la cultura, y yo no lo soy. Pero sí puedo decir que allí las obras de arte más grandes las tienen guardadas como los tesoros más hermosos; y en los museos tienen reproducciones para que, si algún día cae –como ha caído sobre toda esa tierra– una bomba, acabe con las reproducciones, pero jamás con las obras de arte.

También vimos una inquietud tremenda por buscar su verdadera cultura. En este aspecto le pedimos perdón al compañero embajador por si no estamos exactamente en lo cierto, pero realmente aquí tengo que decir lo que sentí. Nosotros pudimos notar que Vietnam tiene una cultura. Naturalmente una cultura asiática, porque Vietnam está en Asia. Sin embargo, cada país tiene su propia cultura, y Vietnam tiene la suya.

Están tratando, a pesar de las condiciones que enfrentan, de que la juventud conozca y ame su cultura. Allí pudimos ver obras muy preciadas, pero no iguales a las que hemos visto en otros países de Asia. Cuando veíamos algunas pinturas, como un famoso dragón, y decíamos que era igual al que habíamos

visto en otro país de Asia, me señalaban que no era exactamente igual, y me demostraban el porqué, y realmente era distinto. Y así también vimos sus obras de teatro. Son realmente de verdad distintas, aunque todo en un continente tiene algo de semejanza. Y vimos allí cómo en un teatro han hecho un refugio para poder dar la obra si llegan los canallas, y cuando los canallas se van, salir del refugio y seguir representándola.

Vimos eso no solo en Hanoi. Estuvimos en algunas otras partes. En Ha Long vimos formas de baile y de teatro distintas a las de Hanoi, vimos cómo cada lugar tiene enraizadas distintas formas de arte, y cómo cada lugar las destaca. Y también pudimos notar (a pesar de que el espectáculo que pusieron en Ha Long fue especial para la delegación cubana) cómo aquel lugar se llenó inmediatamente, se llenó en medio minuto, sin haber sido anunciado en el periódico, sin haber sido una cosa puesta en escena para el pueblo. Vimos a aquel público entusiasmado con aquello y vimos a los artistas trabajando como si nunca hubieran dejado de hacerlo. Y aquellos que estábamos viendo esa noche, por la mañana los habíamos visto trabajar la tierra con el rifle al hombro. Eso es algo que no podremos olvidar jamás. ¡Cómo era posible! Y eso lo vimos.

Cuando fuimos al escenario a saludar y abrazar a aquellas muchachas y a aquellos jóvenes, una jovencita me dijo: «¿Usted no me recuerda? Yo la vi esta mañana en tal lugar». Le pregunté: «¿Dónde?»; entonces me explicó que trabajaba en una fábrica que yo había visitado, y además era allí en esa fábrica la responsable de la Juventud, es decir: lo que nosotros llamamos aquí la Juventud Comunista –no sé cómo se dirá allá, pero para que sepan que es la misma organización–; esa compañera era responsable de la Juventud en esa fábrica.

Después vimos a otra, a una heroína, en un refugio cuidando una ametralladora, y por la noche la vimos actuar. Era la misma cara, era la misma muchacha, era una artista, una combatiente. Eso es difícil de lograr, ¡y en Vietnam lo han logrado!

Vimos inquietud no solamente por su propio arte, sino por el arte en general. Se nos preguntó mucho sobre América Latina. Estuvimos conversando sinceramente con ellos; les dijimos una serie de cosas que considerábamos y creíamos de nuestro arte, del arte de este Continente, de los que se dedican a trabajar en el arte; cómo esos artistas, esos escritores, esos pintores, de los que se dedican al trabajo del arte, cómo la gran mayoría están al lado de Vietnam.

Les contábamos cómo aquí en Cuba, cuando se va a presentar algo sobre Vietnam, inmediatamente los pintores, los afichistas, todos, se presentan incondicionalmente para trabajar cuantas horas sean necesarias. Les explicamos muchas cosas que creo fueron de utilidad, porque un país que está en guerra

desconoce muchas cosas, y a ellos les interesó enormemente toda nuestra cultura, no solamente la de Cuba sino [también] la de este Continente.

Entre las mejores casas o edificios, vimos el museo; cómo y con qué amor lo cuidan, cómo a pesar de no tener nada, con qué pasión leen libros, y no solamente libros escolares sino también literatura.

El desarrollo del arte en Vietnam es grande, porque en la situación a que los ha llevado el enemigo, otro país no se preocuparía en lo más mínimo de eso, y en Vietnam, en cambio, es una cosa muy importante.

No tuvimos mucho tiempo –como nos hubiera gustado– de visitarlo todo. Visitar un museo no es cuestión de una hora y, aunque cualquiera pueda pensar que es posible visitar el museo de Vietnam en una hora creyendo que no han tenido ocasión de hacer mucho porque deben invertir su tiempo en cosas mayores, les digo que para visitar los museos de Vietnam hacen falta algunos días.

Podríamos seguir hablando de eso. No sé si Retamar quisiera preguntarnos algo específico, porque creo que aquí he dado una visión general. Yo querría agregar algo que para nosotros fue importante y emocionante. Fue en Hanoi. Era un grupo que cantaba y bailaba. Y qué sorpresa fue para nosotros comprobar que cantaban, no solamente con magnífica voz –porque eso es lo de menos–, sino con una perfecta música y en perfecto español, bellas canciones cubanas. Y no una, sino muchas.

Después encontramos allí a un compañero vietnamita que había traído la Casa de las Américas cuando el Encuentro de la Canción Protesta. Ese compañero ha hecho un grupo, le ha enseñado las canciones; como llevó discos, le ha enseñado la música; y a través de los discos aprendieron la música y la letra en español. ¡Con qué perfecta música cantaban! Tanto, que el grupo de cubanos que había allí, porque estaban todos los compañeros de nuestra embajada, coreaban perfectamente las canciones. Y fueron cinco o seis canciones. Entre ellas la *Marcha del 26 de Julio*, *Linda cubana*. Y eso no lo pudieron aprender en dos días. Quiero decir: no lo aprendieron para cantárnoslo a nosotros, porque seguro necesitaron bastante tiempo para aprenderlo; por el idioma, no por la música. Esto muestra cómo, a pesar de las dificultades, se preocupan también por la música de otros pueblos. Hemos visto que en Vietnam no dejan atrás el arte. Y si algún día se lo permiten, va a haber un arte bellísimo. Porque en un pueblo sensible, un pueblo heroico, el arte es sensible, heroico y hermoso también.

Mario Benedetti [Benedetti]: *Me gustaría hacerle una pregunta que en cierto modo es complementaria de la de Roberto. Tengo la impresión de que al mencionar usted el arte de Vietnam, sobre todo se refería a un arte tradicional. Ahora bien, en lo que es arte contemporáneo, es sabido que no todos los países*

socialistas tienen la misma actitud. A pesar de que fueron pocos los días que estuvo allí, pero sabiendo el interés que usted tiene generalmente en ese tema, me atrevo a preguntarle: ¿Ha podido usted detectar cuál es la actitud en Vietnam? ¿Ha podido cambiar impresiones en ese sentido con artistas o con gente relacionada con el arte?

No mucho. Me pregunta usted sobre el arte moderno. No cabe la menor duda de que ellos están rescatando su arte; están tratando, antes que nada, de rescatar su arte y eso aún no lo han terminado. De arte moderno, de arte contemporáneo, no vi prácticamente nada. Creo realmente que primero tienen que terminar la casa. Después –supongo yo– irán haciendo el piso de arriba. Pero primero tienen que hacer los bajos. Las condiciones de ese pueblo han sido terribles y están buscando lo de ellos. Eso es lo que vi allí.

Enrique Lihn [Lihn]: *A propósito de cultura y de hombres de cultura, nosotros recordábamos que sorprendentemente el presidente de la República Democrática de Vietnam, Ho Chi Minh, es, además de uno de los dirigentes políticos más excepcionales de la época, un excelente poeta. Yo quería articular esto con la pregunta que quisiera hacerle respecto a su impresión personal –yo sé que usted se entrevistó con Ho Chi Minh– sobre el líder. Pero, además, la pregunta conlleva una cierta orientación. Ocurre que en otros países socialistas que viven una coyuntura histórica conflictiva, problemática y dramática como la de Vietnam, ha ocurrido lo que se llama el culto a la personalidad, como una especie de consecuencia tal vez necesaria de esa situación. A ello se ha agregado –me parece a mí– en el Asia, con respecto a los líderes políticos, una concepción hasta cierto punto religiosa –me atrevería a decir– de la personalidad de los líderes políticos. Parecería, en cambio, que en Vietnam esto no ha ocurrido así. Tengo la impresión por mis lecturas –porque no la conozco nada más que a través de lecturas– que la relación de Ho Chi Minh con su pueblo está lejos de ser un poco mística con el líder infalible, sino que más bien es una relación racional, fundada en una confianza mutua, una confianza que, naturalmente, ha surgido de las decenas de años de trabajo político de Ho Chi Minh con su pueblo, compenetrado totalmente con sus cuadros y con su pueblo.*

Yo quisiera que usted nos ayudara a formarnos una imagen más concreta de lo que es Ho Chi Minh como figura política, y de la relación que seguramente habrá observado que existe entre él y su pueblo.

Fíjate, Lihn, en esto también hay que dar una idea muy personal, porque tenemos que hablar realmente en el aspecto personalísimo de lo que nosotros

sentimos; así que esto también es una cosa muy personal, no creo que lo que pueda decir aquí sea la verdad. Una impresión personal nunca puede ser totalmente la verdad. Pero no me queda más remedio que decir lo que sentí, lo que vi y lo que creí.

Nosotros vimos y sentimos allí que a Ho Chi Minh se le ama de tal manera como se ama al hijo o a la madre. Se le ama, no como se puede amar a un dios, sino como se ama al hijo que camina y corre, al hijo que crece y crea. O como se ama a la madre que ya tiene más edad y debe tener más experiencia. Así que el amor por Ho Chi Minh es infinito, profundo. Es algo que se siente en cada vietnamita. No es un cariño místico, es un cariño real. Pero hay veces que lo real es tan hermoso, que se puede convertir en una flor. Y el amor a Ho Chi Minh es como el amor a las flores, o a los rifles, o a la madre, o al hijo, o a los cañones. Eso fue lo que sentimos en Vietnam. Ho Chi Minh es una gran figura. Y lo digo con sinceridad, no crean que con esto estoy diciendo algo para quedar bien con Vietnam; porque con Vietnam nadie tiene que quedar bien, porque ellos siempre saben quedar bien. Y lo digo y creo que nunca lo he dicho nada más que de Fidel o del Che, y ahora lo digo de Ho Chi Minh.

Cuando fuimos al palacio no esperábamos ver a Ho Chi Minh, íbamos a tener una entrevista de trabajo con el primer ministro Pham Van Dong. Entramos allí y nos sentamos, y a los pocos segundos llegaron unas personas. Y como nosotros íbamos a ver al compañero primer ministro, nos paramos para saludarlo. Cuando íbamos a saludarle vimos a otra figura delante. No sé si allí hicimos el ridículo, pero íbamos con la mano extendida para saludar al compañero primer ministro, y cuando alzamos la vista y vimos a Ho Chi Minh frente a nosotros, bajamos la mano y nos quedamos mirando. Yo miraba a los compañeros cubanos para decirles: «¡Es él!». Y yo misma me decía: «¡Es él! Es el que he visto en las fotografías». Él notó esa turbación mía y me dio un abrazo. En ese abrazo sentí que era Ho Chi Minh. Es un hombre que al verlo se sabe todo lo que es. Con sencillez, como si no fuera quien es, se sentó al lado de nosotros. No podíamos hablar, no sabíamos qué decir, y fue él quien comenzó a hablar al darse cuenta de lo que pasaba por nosotros. Y lo hizo de una manera, que a los dos minutos estábamos hablando con Ho Chi Minh como cuando nos sentamos a hablar con Fidel, con esa misma confianza y también con ese mismo cariño.

Notamos en él la preocupación de cómo estábamos allí, y enseguida empezó a preguntarnos por nuestro pueblo. Conversamos con él de cosas que parece imposible que se puedan conversar con un hombre como Ho Chi Minh. Naturalmente, no sabíamos que aquel día íbamos a verlo y, además, no sabíamos inclusive si lo veríamos, porque el deseo que teníamos de verlo nunca se

lo comunicamos a nadie; hay veces que es abusivo lo que se hace con hombres así; cada visita que llega, esa persona tiene que saludarla, y a nosotros nos parece que no es justo. Y pese a los deseos tan enormes que teníamos, nunca dijimos que queríamos verlo. Y pensábamos muchas veces: «Si por casualidad nos llevan a ver a Ho Chi Minh, ¿qué hablaremos? Diremos esto, vamos a decirle lo otro». Habíamos pensado muchas cosas. Y cuando nos dimos cuenta, estábamos conversando con él de un tema muy cercano a nosotros, muy querido de nosotros: los niños.

No sé cómo empezó la conversación. Pero cuando nos dimos cuenta, estábamos conversando de los niños. Eso lo analizamos después de la visita, porque allí fue tan normal, tan natural. Nos preguntó qué nos parecía lo que habíamos visto, cuáles eran nuestras impresiones, qué era lo que más efecto había hecho en nosotros. Le dijimos –no solamente era mi sentir, sino también el de los otros compañeros que iban con nosotros–, que en Vietnam todo era impresionante, que desde Cuba sentíamos que Vietnam era así. Pero que, sin embargo, nos habíamos encontrado con algo que no esperábamos, con algo que siempre nos había preocupado a nosotros muy profundamente, que nos preocupó en nuestro país cuando la Crisis de Octubre: nuestros niños. Cuando la Crisis de Octubre pensábamos en nuestros niños, en que no habíamos tenido tiempo de evacuarlos. Nos sentíamos muy preocupados por eso. También cuando llegamos a Vietnam en nosotros había esa preocupación: los niños vietnamitas. Cómo serían, cómo serían sus caritas después de padecer tantos horrores y tantos bombardeos, cómo estarían. Y lo primero que vimos a nuestra llegada fue un montón de niños y niñas con las caras más alegres y felices que se puedan ver. Y a esos niños y a esas niñas nadie puede decirles que se rían, porque a un niño cuando se le dice una cosa, seguramente hace la otra. Así que aquello era espontáneo, porque nadie puede ordenarlo. Y fue lo primero que vimos: unos niños con unas sonrisas tremendas. Una niña nos abrazó a nuestra llegada, y yo le pregunté si sabía dónde estaba Cuba. Y me dijo que en América. Después, en nuestro recorrido, pudimos ver miles y miles de niños, porque, como en Cuba, salen de las casas cuando ven algo que les llama la atención. Salen corriendo y van a verlo todo, con una gran inquietud. Vimos muchos niños, unos más limpios, otros más sucios, unos con zapatos y otros sin zapatos, como en nuestra tierra. Pero también los vimos como en nuestra tierra: todos alegres. Miraba sus caritas, y parecía que jamás habían visto caer una bomba.

Eso le decíamos a Ho Chi Minh: que aquello nos había impresionado mucho, porque nosotros, que habíamos tenido la oportunidad de recorrer y ver muchos países de América Latina, no podíamos olvidar las caras de los niños latinoamericanos, no de los niños latinoamericanos que viven en palacetes, sino de los que nos encontrábamos por las calles. Esa imagen jamás se

nos borrará, porque eran las caritas más profundamente tristes, caritas que parecía que de un momento a otro iban a romper a llorar. Esas eran las caritas de los niños de nuestro Continente, de un continente donde no ha caído una bomba. En cambio, en Vietnam, a pesar de haber visto esos niños caer miles de bombas, no tenían cara de haberlas padecido.

Esto es realmente, compañeros, la verdad. No quiero que crean que es propaganda, como dicen los imperialistas, porque no hace falta hacerle propaganda a Vietnam. Pero esa es la verdad: los niños de Vietnam nos impresionaron y, además, nos confrontaron. Porque aquella preocupación con nuestros niños, si este país era algún día bombardeado como aquel, nos dejó de molestar, porque vimos allí que hasta los niños saben dónde está la dignidad y este es el juguete más hermoso y más lindo para un niño.

Y allí en Vietnam los niños juegan con la dignidad. No tienen muñecas, las construyen ellas mismas de cualquier palo; no tienen juguetes, pero vimos a niños jugando, riéndose y corriendo encima de un búfalo. Estos son sus caballos de juguete. Los crean ellos mismos. Y aquellas caras felices fueron para nosotros una lección y una cosa que nos ha confrontado, porque así serán nuestros niños si los mismos que bombardean a Vietnam nos bombardean algún día a nosotros. He dejado de tener esa preocupación. Eso le decía a Ho Chi Minh. Y veíamos cómo nos escuchaba. Cuando le expresamos que a lo mejor le estábamos hablando de algo que no era lo que él esperaba, nos dijo que le hablábamos de algo que era lo que más deseaba, porque para él los niños eran su mayor preocupación. Tanta, que cuando tuvieron que evacuarlos de Hanoi él estaba triste sin verlos.

Así fue nuestra primera entrevista con Ho Chi Minh. La impresión que dejó en nosotros fue imborrable. Tanto, que cuando el compañero primer ministro Pham Van Dong nos preguntó qué nos parecía Ho Chi Minh, dijimos algo que habíamos visto, que habíamos sentido: que tal vez Fidel no estaba solo en el mundo.

Después, cuando nos despidió, lo hizo con aquella misma sencillez y nos dijo: «Hasta luego». Y cuando se fue empezamos a pensar sobre lo que habíamos hablado allí. Nos decíamos, ¡pero si desde que pensamos dar el viaje a Vietnam, estábamos planeando lo que hablaremos si tenemos la suerte de ver a Ho Chi Minh! Habíamos planificado, habíamos dicho, habíamos pensado. Y Ho Chi Minh se fue y habíamos hablado de las cosas más sencillas. Después, en otra segunda visita, en un almuerzo de despedida que nos daba el compañero primer ministro, también nos estaba esperando Ho Chi Minh. Aquello nos volvió a sorprender como el primer día. Le dijimos que esas sorpresas eran agradables, pero eran tremendas; entonces nos dijo: «¿Por qué no se acostumbran a ellas? ¿Ya no les pasó el primer día?, pues acostúmbrense a esto». Pero lo dijo de una forma tan sencilla que volvimos a tener esa

comunicación con Ho Chi Minh, esa comunicación tremenda. Es algo que da tal seguridad, da tal fuerza, que comprendí por qué los vietnamitas lo aman como a un padre, como a una madre, como a un hijo, como a un rifle, como a una flor, porque en todos los momentos Ho Chi Minh es eso: un rifle, una idea, un padre, una madre, un hijo, una flor. ¡La seguridad que inspira Ho Chi Minh a pesar de que no es alto, ni grueso! Pero su personalidad tiene tal fuerza que siente uno que nada puede pasar si él está en Vietnam; y siente uno que él nunca dejará de estar en Vietnam, que estará eternamente en Vietnam, y que por eso Vietnam siempre tendrá a Ho Chi Minh y Ho Chi Minh tendrá a Vietnam.

Lihn, no sé si quieres que diga algo más, ya que no sé si contesto concretamente lo que se desea. Puedes precisar si no he contestado realmente lo que quieres.

Lihn: *Bueno, yo quisiera hacer una acotación a lo que ha dicho sobre la infancia en el Vietnam.*

Nosotros sabemos el amor que tienen los vietnamitas por los niños. Y precisamente por ese amor se ha sabido que existe ahora, en estos momentos, una tendencia o una gestión para controlar la natalidad en el Vietnam. De los diecisiete o dieciocho millones de vietnamitas en este momento, ocho millones son niños menores de quince años y, naturalmente, eso crea una serie de problemas dentro de una economía de guerra: la necesidad de salvaguardar la vida de todos esos niños, los problemas que afronta el Vietnam en todos los planos, en todos los niveles.

A mí me interesaría saber si se ha enterado usted de ese problema y del modo en que los vietnamitas están abocados a solucionarlo, incluso, tratando de evitar que los matrimonios se hagan cuando los muchachos son demasiado jóvenes. Yo entiendo que a las muchachas vietnamitas se les recomienda que se casen a los veinticinco años y que lo piensen bien, dos veces, antes de hacerlo; y que si se casan, piensen también dos veces antes de tener familia; y que si tienen familia, no tengan más allá de cuatro niños.

Yo creo que si a los vietnamitas les dicen que nada más tengan cuatro niños, eso lo dicen los hombres. Porque la verdad es que una mujer que tenga cuatro niños ya no es muy poco ¿no?

Mira, Lihn, yo conversé con algunas compañeras de la Federación, no exactamente sobre este tema, aunque lo tocamos. A mí me parece –y tal vez el compañero embajador pudiera rectificarme– que allí el problema de aconsejarle a los matrimonios que no se casen jóvenes se debe a que el país está en guerra y la guerra produce matrimonios precipitados. No cabe la menor duda de que los jóvenes se entusiasman, y más que casarse por una afinidad profunda, por un amor profundo, se casan por otras razones. A mí me parece que en

esto hay mucho –y nosotros lo hemos padecido en nuestro pueblo también– de que en un país en guerra, en un país agredido, los jóvenes, cuando hay una movilización, viven internos en un lugar, en esas condiciones el amor surge espontáneo, pero también la gran mayoría de las veces no es verdadero. Me parece que en Vietnam se está tratando de que el amor no surja así, porque las guerras producen matrimonios inmediatos. Creo que eso no sucede en Vietnam solamente; nosotros lo hemos podido ver aquí. Y creo que ellos no les han dicho a los jóvenes que no se casen, sino que han querido darles oportunidad de que piensen, aconsejan un límite de edad para que se piense más. Pero yo vi muchos jóvenes casados, jovencitos, jovencitas. Además, vi muchas muchachas que me decían que tenían un hijo ya grandecito, y yo me asombraba, porque ellas parecían hijitas en vez de madres. Sin duda se habían casado muy jóvenes.

Y sobre lo de los hijos –yo realmente no sé la orientación que está dando el Gobierno porque eso no lo pregunté–, me parece, por lo que pude ver, que la cuestión de la natalidad es algo que se produce espontáneamente, como en cualquier pueblo. Que son las mujeres las que, si tienen diez hijos, les es imposible construir, producir, combatir. Y la mujer vietnamita es una combatiente, una creadora, una trabajadora, y es ella la que está tratando de evitar tener más hijos para poder dar más.

Yo vi cómo trataban a los niños en Vietnam: eran la cosa más amada de Vietnam, no había una palabra de maltrato cuando todos aquellos niñitos venían donde estábamos nosotros, nos preguntaban, nos contestaban; y con qué amor les decían que no nos molestaran. Así que vi cómo se quiere y cómo se desea a los niños en Vietnam. Y me parece que tal vez los hombres, igual que en Cuba, desean que siga habiendo muchos niños en Vietnam, que cada mujer siga teniendo muchos niños. Me parece que eso ha sido algo más bien surgido de las mujeres. Porque en realidad una mujer que tenga cinco, seis, siete hijos, invierte la mayor parte de su vida creadora: nueve meses embarazada y otros nueve meses criándolos. Y aunque una mujer ama a los niños tremendamente, tampoco, aunque la naturaleza le haya dado este deber a la mujer, la naturaleza le ha dicho: ten diez. Puedes tener dos y ya.

Creo que si el Gobierno de Vietnam, o el Partido, han tomado sobre esto alguna medida ha sido más bien presionados por las compañeras vietnamitas y para resolver el problema real que se le presenta a la mujer vietnamita, como se le presenta a la cubana, porque realmente no hay ninguna diferencia, a pesar de que las condiciones de Vietnam son más difíciles que las nuestras. En Cuba las mujeres trabajan día y noche, y, por lo tanto, el problema de los hijos no es problema de dificultad económica, no es problema de comida; es problema de trabajo. O las mujeres se deciden a que su papel único en la vida sea tener hijos e hijas, o aspiran a algo más que eso. Supongo que ese planteamiento lo

han hecho las mujeres vietnamitas y han presionado a los hombres vietnamitas, como las mujeres cubanas presionan a los hombres cubanos.

Benedetti: *Como todos sabemos, hace ya unas cuantas semanas que se están llevando a cabo conversaciones en París entre las delegaciones de la República Democrática de Vietnam y Estados Unidos. También estamos leyendo a diario las declaraciones bastante descaradas que hace la delegación norteamericana y, asimismo, las declaraciones muy firmes que hacen los vietnamitas.*

Quisiera preguntar a Haydee qué impresión recibió en cuanto a las esperanzas o al pesimismo con que el Gobierno y el pueblo de Vietnam encaran esas conversaciones en París: si las consideran solo una maniobra de los yanquis en vista de las elecciones, o si las ven como una posibilidad (cercana o lejana) de una paz digna que, por supuesto, sería la única que aceptaría Vietnam.

Repito que son impresiones muy personales, porque es muy delicado todo esto.

Creo, Benedetti, que realmente en Vietnam se combate, con combatientes revolucionarios y no le tienen miedo a ninguna batalla, que saben dar todas las batallas con dignidad. Y esta es, a mi juicio, una batalla más que le están dando al imperialismo. Porque, también a mi juicio, el imperialismo, con toda esa propaganda que echa a andar, con esa maquinaria formidable que tiene –que es formidable, parece que ha dedicado todo su esfuerzo para hacer una red de propaganda tremenda, no sé cómo hace para que la propaganda llegue a todas partes– ha querido presentar a Vietnam, más que nada ante el propio pueblo norteamericano, como guerrerista, como que no quiere la paz, como tiratiros, como un país que nada más sabe hablar con el rifle, tirando tiros. Pero como los verdaderos revolucionarios no le temen a ninguna batalla y saben que estas se dan en todas partes sin abandonar ninguna, los vietnamitas comprenden que esas conversaciones son otra batalla que están dando, tan formidable, que le van a quitar la careta al imperialismo, no solamente en favor de Vietnam sino en favor de muchos pueblos.

Las conversaciones están ahí, como todos sabemos y –como decimos los cubanos– chapoteando, pero están conversando, no le han dicho que no al imperialismo. Ahora, jamás han dejado de tirarle a un avión de reconocimiento. Estando nosotros en Ha Long oímos ráfagas de ametralladoras; enseguida preguntamos, y dijeron –con toda tranquilidad–: «¡Ah!, seguro que es a un avión de reconocimiento». Y efectivamente: le tiraban a un avión de reconocimiento. Porque ellos están hablando en París, pero en Vietnam no les da la gana que un avión de reconocimiento vuele por su cielo. Los aviones vuelan, pero los vietnamitas les tiran, y no besos sino balas. Así que fueron a hablar allá, pero no han dejado que los aviones de reconocimiento –porque le dé la

real gana al imperialismo– sigan volando impunemente por su cielo. Siguen volando y los vietnamitas les siguen tirando.

Así que entiendo que la batalla la dan en ambos campos, porque todos los campos son importantes, siempre y cuando se siga con el rifle al hombro; que no se suelte el rifle por la conversación, que se converse y que el rifle se tenga también al hombro. Y ellos todavía siembran arroz con el rifle al hombro. Hombres y mujeres trabajan con el rifle al hombro y hacen una vida militar. El imperialismo no va a sorprender a Vietnam, porque Vietnam está preparado, está esperando, porque –igual que nosotros– conoce al imperialismo, y el rifle no lo suelta, y el cañón no lo abandona.

Así que esas conversaciones continúan, y no son los vietnamitas los que tienen que decidir en eso, es el imperialismo. Y el imperialismo sigue conversando. Y los vietnamitas no hacen ninguna concesión de principios.

Así que esto, a mi juicio, es una gran batalla que están dando. Porque creo que el imperialismo está tratando de cansar a otros pueblos, no al pueblo vietnamita; porque el imperialismo conoce al pueblo vietnamita y sabe que eso no ocurre; sino [que trata] de cansar al propio pueblo norteamericano, a los estudiantes para que no se pronuncien en favor de Vietnam. Están tratando de cansarlos, porque pasa el tiempo y creen que con el tiempo se puede vencer a los pueblos. Estas conversaciones me parecen muy importantes para que los pueblos sepan, para que los estudiantes, los obreros, los intelectuales sepan que los vietnamitas luchan allá con el rifle, y que en otro lado hay que luchar con manifestaciones, que día a día hay que salir a la prensa y decir lo que sucede en Vietnam, que no se nos puede cansar por agotamiento, porque eso es lo que quiere el imperialismo: cansar a los pueblos –no ya al cubano, porque el cubano conoce muy bien al imperialismo– pero a otros pueblos donde la propaganda imperialista es la única que llega; que se cansen, que los estudiantes no se pronuncien con esa rebeldía extraordinaria a favor de Vietnam. Y eso no pueden lograrlo, porque si el imperialismo lograra eso sería una batalla que ganaría. Y no podemos permitir que el imperialismo nos gane una sola batalla, porque esa no sería una batalla perdida para Vietnam, sino perdida para los pueblos, para la humanidad, para la historia. Así que esas conversaciones son importantes para que se vea hasta dónde está dispuesto a luchar Vietnam. Y que se vea ahí lo que tenemos que hacer todos por Vietnam, que nunca hacemos todo lo que debemos, que siempre nos falta algo por hacer.

Y ustedes, que representan aquí a los intelectuales de América Latina, tienen un compromiso ya no con Vietnam, tienen un compromiso con la historia, con la humanidad, porque hoy Vietnam representa a la humanidad, la historia, la dignidad. Y ustedes más que nadie, los intelectuales latinoamericanos. En general todos los intelectuales, porque los europeos están dando una tremenda batalla por Vietnam, por la dignidad. Porque si nos olvidamos

de la dignidad, nos olvidamos de nosotros mismos. Y este compromiso es de ustedes –que tienen esa influencia tan grande en nuestro Continente y fuera de nuestro Continente–, ustedes tienen un rifle, y ese rifle es escribir, luchar por la dignidad. La dignidad hoy se llama Vietnam.

Roque Dalton [Dalton]: *Todos estamos conscientes, Haydee, de que Vietnam es actualmente la vanguardia de la humanidad en la lucha contra el imperialismo. A los que en uno u otro nivel hemos estado unidos y seguimos estando unidos al movimiento revolucionario internacional, y que, sobre todo hemos tomado conciencia de su actual crisis y de sus problemas actuales, el Partido de los Trabajadores de Vietnam, el partido de los camaradas vietnamitas, se nos presenta como el partido leninista de nuestro tiempo por antonomasia, por dos razones: porque en la situación revolucionaria, que cada día va siendo más de carácter mundial, es un partido de combate, un partido independiente que siempre luchó por aplicar su política a las condiciones concretas de su vida nacional. La modestia tradicional de los camaradas vietnamitas, que procuran siempre no aparecer jamás como un partido guía, ha hecho que muchos de nosotros desconozcamos aspectos de la vida diaria partidaria de Vietnam.*

Yo estaría interesado en que nos dieras las experiencias cotidianas que pudieras darnos de tu viaje, y una visión acerca de este problema de la ligazón entre el Partido y las masas en Vietnam, en todos los aspectos de la vida nacional, de la guerra y de la reconstrucción, que al mismo tiempo ellos llevan adelante.

Mira, allí realmente se ve que el Partido lo dirige todo; pero también puedo contar algo que nos gustó, que nos impresionó, y es que hablamos con muchos, porque paseamos –allí todavía tienen tiempo para sacar a pasear a los que llegan–, fuimos a muchos lugares, fuimos inclusive a Ha Long (hay que pasar por un río grandísimo que casi parecía un mar) y hablamos con muchos vietnamitas, y nosotros nunca pudimos distinguir cuál era del Partido y cuál no era del Partido. Si hoy nos preguntaran quiénes eran los que pertenecían al Partido allí, te diría que me parece que las personas que nos atendieron, porque lo supongo, porque nos atendió una compañera del Comité Central que estuvo en todo momento con nosotros y algunos otros compañeros; pero no vi ninguna diferencia entre ellos y las personas con que me encontraba y conversaba. Inclusive tuvimos la gran suerte de tener un traductor que había estado en Cuba casi tres años: Juanito. Por el hecho de haber estado en Cuba teníamos una gran comunicación con él, y era difícil que Juanito no dijera lo que nosotros queríamos, porque lo conocíamos desde aquí. Y ni siquiera a través de Juanito pudimos apreciar, en ningún momento, una diferencia entre un compañero del Partido y otro que no lo fuera. Nos preguntaban de dónde veníamos y enseguida nosotros, con orgullo, decíamos: «Somos cubanos» –porque de verdad que uno siente por ahí al decir que es cubano una cosa

tremenda–, y empezábamos a conversar y nos preguntaban: «¿Cuánto tiempo van a estar aquí? ¿Qué van a hacer aquí?». Y no había ninguna diferencia entre las preguntas de unos y otros. No sé cuáles eran del Partido y cuáles no eran del Partido.

Fuimos a una fábrica donde nos recibieron cientos de vietnamitas. No sé si esos cientos de vietnamitas eran del Partido o no. Pero me parece que a lo mejor no, porque no creo que en una fábrica donde haya quinientos vietnamitas los quinientos sean del partido. Hablé con todos, por esta manera de ser mía, que si veo una carita por allá es la que tengo deseos de ver y no la que está aquí; y allá me lanzaba y hablaba, y nunca noté ninguna diferencia entre unos y otros. Supongo que la que me dio unas flores era la que representaba allí al Partido, lo supongo porque sé que eso es así. Pero no vi ninguna diferencia entre ella y la otra muchacha a quien me acerqué. Conversé con ella y cuando vinieron a darse cuenta los compañeros vietnamitas que me acompañaban estaba yo con aquella muchacha viendo toda la fábrica. Y fue ella la que me enseñó la fábrica, no la que se suponía que me la iba a enseñar. Es una cuestión de mi temperamento. Aquella muchacha, que era una de las más lejanas, me llamó la atención porque tenía un rostro muy dulce, una cara bellísima –porque todas son bellas, pero siempre hay alguna más bella, y aquella era lindísima–; porque la vietnamita tiene otra cosa que a todos nos impresionó tremendamente, que andan con un rifle, que andan vestidas con un traje de pantalón y chaqueta y son las mujeres más femeninas que he encontrado en mi vida.

Y encontré allí a una compañera que había tumbado un montón de aviones imperialistas, y aquellas manitos habían descubierto, sin embargo, cómo seguir teniendo su hermosa femineidad y, al mismo tiempo, ser combatientes. Porque a todos nos impresionó esa cualidad de la mujer vietnamita. Nos presentaron muchísimas, parece que tienen una gran puntería.

Eso nos pasó con aquella compañera: que la vimos tan linda, tan jovencita, conversamos, y ella fue la que nos enseñó la fábrica, o los pedazos de fábrica –es bueno aclarar esto– que han dejado allí. Pero otra cosa que es preciso aclarar es cómo siguen produciendo con los pedazos de fábricas. Cómo producen más que cuando la fábrica estaba completa. Los imperialistas han dejado esa fábrica que está en Ha Long totalmente destruida. Cuando entramos lo único que vimos fue ladrillos y cemento por todas partes. Yo decía: «¿Dónde estará la fábrica aquí?». Después nos encontramos con unas máquinas y nos enseñaron las estadísticas: están produciendo mucho más que cuando la fábrica estaba entera. Y te digo a ti que, si aquello es una fábrica, yo no sé. Porque lo único que hay es un montón de ladrillos, de cemento, de escombros en el suelo.

Además, vimos allí cómo están produciendo, cómo producen de día para no gastar electricidad de noche, y también cómo producen de noche cuando

los bombardeos no los dejan producir de día. Porque también han descubierto la forma de vivir con bombardeos.

Nosotros fuimos a un restaurante bajo tierra en que se nos dio un libro a firmar, y de repente me eché a reír. Juanito preguntaba: «¿Y de qué tú te ríes?». Yo contesté: «La cosa más sorprendente es esta: que aquí, mientras están bombardeando a Vietnam, nosotros podemos estar comiendo de lo mejor. Y tranquilamente». Entonces se me ocurrió poner en aquel libro que era una ironía del destino, una ironía para los imperialistas, que mientras ellos bombardeaban la tierra de Vietnam, bajo esa misma tierra se podía comer y descansar muy tranquilamente. Así que ellos siguen produciendo cuando los están bombardeando.

Esto no quiere decir que no sientan esos bombardeos, porque un pueblo con la infinita sensibilidad de Vietnam tiene que sentir muy profundamente los bombardeos. Naturalmente, ellos no son los que quieren que los bombardeen, pero los bombardean y han conseguido seguir produciendo y viviendo bajo los bombardeos. También pude ver otra cosa allí, una cosa impresionante: pueblos enteros destruidos. Cuánto sudor y cuánta energía gastada por causa de un bombardeo, por miles de bombardeos, porque hay lugares que los han bombardeado ciento y tantas veces. Pero no sentí horror, al contrario: sentía indignación, sentí más indignación que los propios vietnamitas.

Llegamos a un lugar que era un hermoso barrio, y allí no quedaba nada. Me puse violenta. En aquellos momentos lo que deseaba era que se desatara algo que acabara en un minuto con el imperialismo. Y allí me dijeron que por qué me ponía así, que la lucha contra el imperialismo había que sostenerla. Yo decía que eso no podía seguir sucediendo, y ellos decían que eso iba a seguir sucediendo, que la lucha no se terminaría en un día, y que estaban preparados para luchar el tiempo que el imperialismo impusiera. Así que ellos, a mi juicio, no creen que la guerra se va a acabar pronto. Supongo que desean que se acabe, porque quién no va a desear que una guerra se acabe. Pero, de todas maneras, no creo, no sentí allí que ellos fueran de tal parecer porque vi que se preparan para continuar una guerra de cien años si es necesario. Y creo que la pueden continuar, porque vi allí jovencitos y niños que ya sienten deseos de combatir. Y ahí están preparados, con una enorme tranquilidad, pero con el espíritu de no claudicar jamás. Esto lo decimos así porque se respira. Se respira en el viejo, en el joven, en el niño, se respira que no van a darle una sola concesión al imperialismo y que, si tienen que estar cien años combatiendo, van a combatir cien años. Porque saben, con ese coraje y con ese valor, que la lucha que están dando es la lucha por los pueblos, no solo por el pueblo de Vietnam. Lo saben, lo sienten.

Y ese espíritu, no cabe la menor duda, que es el Partido quien lo ha inculcado, que el Partido ha tenido una gran sensibilidad, una gran fortaleza, una

firme ideología para llevar a esa altura al pueblo; que el Partido ha sabido hacerles ver que la comida más importante que existe en el mundo se llama dignidad, que un buen bistec de filete no vale nada, que ellos con muy poco van a seguir luchando, porque tienen su postre diario, que es la dignidad, y la llevan a la expresión más alta del ser humano. Y eso creo que no nace espontáneamente.

Creo que todos los pueblos –porque dejaría de ser marxista si creyera otra cosa– tienen las mismas condiciones, creo que todos los pueblos son grandes como el de Vietnam. Pero tal vez todos los partidos no son como el de Vietnam. Y por eso se están perdiendo otros pueblos: por no haber partidos como el de Vietnam.

Retamar: *Haydee, ante la agresión que está sufriendo un país socialista, un país del campo socialista como es Vietnam, no ha pedido sin embargo el envío de voluntarios de otros países socialistas, como Cuba reiteradamente lo ha ofrecido. El hecho se ha suscitado de nuevo cuando el compañero Fidel Castro, en su discurso sobre los dramáticos hechos de Checoslovaquia, preguntó si las tropas del Pacto de Varsovia serían enviadas a Vietnam en caso de aumentarse la agresión, si serían enviadas a Corea y Cuba en caso de aumentarse la amenaza de agresión imperialista. ¿Durante el viaje, pudieron ustedes apreciar si hay la perspectiva de que Vietnam solicite a los países socialistas el envío de voluntarios para cortarle las manos al imperialismo definitivamente en Vietnam, como ha sugerido varias veces el compañero Fidel Castro?*

Mira, Retamar, yo no pregunté nada de eso allí. No lo pregunté, no por falta de confianza, sino porque me parece que lo que hay que estar es dispuestos por si la dirección de un país que está en guerra pide ayuda. Y nada más. Ahora, no pregunté porque eso es un problema de Vietnam y realmente lo que hay que tener es el espíritu de lo que Fidel planteó. Fidel plantea que las tropas del Pacto de Varsovia deben estar en disposición de combatir. Eso es lo que plantea. Pero es ya un problema a decidir por un pueblo, por un país. Ahora bien, lo que sí Fidel plantea es que deben estar decididas a ir si lo piden. Porque a lo mejor a nosotros, aquí en este país, nos invade el imperialismo y no las pedimos, o a lo mejor las pedimos. Pero lo que sí deben estar es en disposición de venir.

A mí me parece que realmente Vietnam no necesita voluntarios, que de verdad ellos se saben defender, que de verdad tienen el coraje y los combatientes necesarios: que Vietnam necesita ayuda de otro tipo. Ellos no han pedido voluntarios. Cuba es la primera que ha dicho que el día que los pidan los tendrán, y el día que haga falta derramar nuestra sangre allí la derramamos. Eso lo saben perfectamente los vietnamitas y lo sabemos nosotros. No quiere decir que

de verdad tengamos que ir allí para que Vietnam siga adelante. No. Estamos dispuestos, ahí estamos. Ahora, Vietnam en estos momentos, a mi juicio, necesita ayuda de otro tipo.

Creo que nuestro pueblo ayuda a Vietnam. Allí nos lo comunicaron así: que la ayuda de Cuba a Vietnam, dentro de lo que Cuba tiene y puede, nunca ha sido negada. Y esa es la ayuda que pide Vietnam y esa es la ayuda que se le debe dar a Vietnam: todo lo que pidan, ¡todo! Si hoy piden balas, balas; aviones, aviones. Y si mañana piden combatientes, los tendrán a millones. ¡Seguro que los tendrán a millones! Pero hoy no necesitan esos combatientes, hoy pueden luchar sin esos combatientes.

Y tengo la seguridad de que Vietnam sabe que, si le pide combatientes a los pueblos, los tendrá. Y Vietnam sabe que aquí tendríamos que aguantar a siete millones de cubanos. Pero Vietnam sabe también que aquí en Cuba hay otro Vietnam, y esos siete millones de cubanos están luchando por Vietnam aquí. Por eso, Roberto, yo no te puedo contestar. No hice esa pregunta. Porque no entendía, aunque el problema se ha planteado y Fidel lo ha planteado, que ellos tuvieran que pedir combatientes, sino que la disposición y el espíritu de ofrecerlos estén presentes. Lo que ellos decidan después es un problema de ellos. Pero que esté presente el espíritu de combatir. Que esté para Cuba, que esté para Corea. Si los piden, que los pidan; si no, es que no hace falta. Ahora, que el espíritu esté presente como está en el pueblo cubano. Eso lo saben los vietnamitas. Si no hace falta no van, pero todo el mundo sabe que los cubanos vamos. ¡Qué más desearíamos nosotros a veces que luchar allá o en otro lugar, lo mismo da! Porque, en definitiva, en cualquier lado que se luche es un Vietnam. Es decir, que se nos diera la oportunidad de luchar en cualquier lugar. Si es en Vietnam, en Vietnam. Yo creo que todos los cubanos tienen ese problema dentro, que casi no los deja vivir. Pero también pensamos que aquí se está luchando por Vietnam. También pensamos, y lo piensan los vietnamitas, que los diez millones de toneladas son otro Vietnam. Y esto no es hacer una propaganda a los diez millones de toneladas, sino que de verdad es hasta una respuesta a nosotros mismos.

Allá, cuando veíamos que estábamos tan cerca del sur y no podíamos llegar, nos parecía imposible que estando en el país y a unos pasos de un pueblo, no poder llegar a este. Bien saben los vietnamitas que el único dolor que sentimos, el único deseo, la única cosa que sentimos allí con una angustia tremenda y por lo que nuestro viaje no fue totalmente feliz, fue que no estuvimos en el sur. Pero también en el norte se respira el sur. Allí vimos a muchos vietnamitas del sur; allí fuimos a un lugar y fue algo dramático, porque sintiendo nosotros ese deseo, casi esa necesidad de respirar el aire del sur, tuvimos que decirle a un compañero vietnamita del sur –allí nos dijeron que se sentía infeliz, que casi lloraba a diario porque quería ir al sur– que nos parecía que no era totalmente un revolucionario porque en el norte se luchaba por el sur

también. Le dijimos aquello para confortarlo, porque sabíamos que, si nosotros sentíamos aquella angustia, qué no sentiría él. En el norte no estuvimos en un solo lugar, no fuimos a un solo lugar donde no hubiera un vietnamita para el cual la primera cosa no fuera el sur, el primer pensamiento no fuera el sur. Y en los lugares que visitamos, en los actos a que asistimos, lo primero que oíamos era el himno de Vietnam del Sur. Así que allí sentimos al sur, porque yo creo que el sur y el norte, y el norte y el sur son Vietnam.

Ahora bien –y esto sí se lo dijimos a los vietnamitas y hoy lo decimos aquí–, con qué felicidad hubiéramos ido al sur, aunque allí nos hubiéramos quedado; porque la felicidad no es regresar sino estar. Y el deseo ferviente en nosotros. Y la felicidad hubiera sido el sur y regresar del sur, o no regresar.

La cuestión de que vayan o no los voluntarios no es lo esencial de lo planteado por Fidel: la cuestión planteada por Fidel es la disposición a ir. Por eso no lo pregunté.

Benedetti: *Otra pregunta relacionada también con las relaciones entre el norte y el sur.*

Los norteamericanos tal vez tienen algo así como un complejo del norte y el sur. Como ellos tuvieron una guerra Norte contra Sur, tal vez les parezca que nunca el norte se puede llevar bien con el sur. Lo cierto es que, muchas veces, de fuentes norteamericanas, no solo reaccionarias sino a veces pretendidamente liberales y hasta izquierdistas, se dice a menudo que una eventual paz podría traer serios problemas entre las dos zonas de Vietnam en una posguerra, y una de las razones que se esgrimen es que en el Frente Nacional de Liberación solo el 30 % son comunistas; el resto son budistas, liberales, incluso gente independiente.

Ahora bien, es sabida la redacción minuciosa que en este sentido tiene la declaración de las Fuerzas Armadas de Liberación Popular. Y allí se menciona que después de la paz habrá de comenzar un proceso gradual hacia la reunificación. Yo le quisiera preguntar –usted ya en cierto modo lo ha respondido en algunas de sus impresiones acerca de cuál es la actitud del Norte hacia el Sur–, si ha registrado cuál sería la actitud del Norte para encarar los problemas (surgidos de la intervención yanqui) de una posible posguerra, en las relaciones del Norte y el Sur.

Mira, sería bueno que la humanidad retara al imperialismo a que le dé esa paz a Vietnam para después ver lo que Vietnam hace. Porque esa es una propaganda que hace el imperialismo sobre Vietnam. Bueno, y si ese es un problema, es un problema de Vietnam. Que ellos le den la paz a Vietnam, y después que los vietnamitas lo resuelvan. Naturalmente, esto lo digo no para evadir la pregunta. En realidad, creo que no habría problema de ninguna clase. Pero, además, si hay un problema, es de los vietnamitas, solo ellos tienen el derecho

de enfrentarlo. Los que no tienen ningún derecho a meterse en esas cuestiones son los imperialistas, sobre todo mientras mantienen la guerra ahí. Ese es un problema de los vietnamitas. Si los cubanos ahora decimos que Oriente es más bonito o La Habana es más bonita, es un problema de nosotros los cubanos. Personalmente, creo que no hay problemas. El problema lo tienen los imperialistas. Cuando ellos plantean la cuestión hay que decirles: «Bueno, y por qué ustedes no prueban a ver qué pasa. Denle la paz, no se metan con Vietnam, dejen de agredirlo, déjenlos solos. Y después, ya que dicen que los vietnamitas van a formar una guerra, déjenlos que la formen». Así. Porque si ellos tuvieran esa seguridad, si ellos creyeran lo que dicen, seguro que se retiraban de Vietnam; pero como ellos saben que lo que dicen es una real mentira –como todo lo que dicen ellos–, porque no dicen una verdad en su vida. ¿Por qué no dejan a Vietnam que decida su problema allí? Porque si lo creyeran, te digo, Benedetti, que dejaban de meterse con Vietnam pues dirían: «Ahora todos estos se matan entre sí, se liquidan ellos mismos, y qué facilito va a ser esto». Cuando no lo hacen es porque saben que no va a pasar nada. La gran desgracia es que a los pueblos les llega nada más la propaganda del imperialismo, porque en la gran mayoría de los países los representantes gorilas solo dejan entrar esa propaganda. Pero hay una cosa por encima de esa propaganda: la sensibilidad de los pueblos.

¿Cómo es que por encima de esa propaganda los pueblos encuentran la verdad? Y encuentran tanta verdad, que eso es lo que el imperialismo está confrontando hoy: que por encima de esa gran maquinaria de propaganda, los pueblos encuentran la verdad, se acercan a la verdad. Y ya están que no saben qué van a hacer, porque de verdad es grande lo que se está armando. Ya el imperialismo está que como quiera que tire le sale mal la jugada. Es como un juego de dados en Cuba: como quiera que los tiren les van a salir mal, porque lo estamos viendo. Asesinaron al Che creyendo que acababan con la lucha en nuestro Continente, y ahí está el Che luchando, no ya en Bolivia sino en todo el continente y fuera de él.

Dalton: *El compañero comandante Ernesto Guevara dijo en su carta a la Tricontinental de «crear dos, tres, muchos Vietnam». El contenido de esta frase del compañero Che Guevara es claro para todos los revolucionarios. Incluso, a través del simple trabajo de solidaridad que se ha hecho a nivel mundial en favor de Vietnam han surgido las manifestaciones de procesos revolucionarios en los países. Porque ha sido, por ejemplo, en las manifestaciones que en principio eran de solidaridad con Vietnam, de donde ha salido, en muchos países, la inquietud estudiantil, la inquietud de las capas jóvenes de las ciudades, etc., que han logrado poner a determinados Gobiernos reaccionarios en situaciones muy difíciles. Sin embargo, como nunca faltan interpretaciones tergiversadas a los buenos propósitos de los revolucionarios, yo quisiera citar aquí una*

opinión muy desagradable de un periodista checoslovaco, quien decía que él no estaba de acuerdo con la frase del compañero Che Guevara de crear dos, tres o más Vietnam, porque eso significaba llevar a dos, tres o más lugares la desgracia, bombardeos, el sufrimiento que tiene el pueblo de Vietnam. Desde luego, repito, es absolutamente –para nosotros los revolucionarios– ridícula esta interpretación. Pero yo creo que sería muy oportuno para todos nosotros que tú dijeras, después de tu viaje a Vietnam, qué contenido le das a la frase del compañero Che Guevara de crear dos, tres o más Vietnam.

No es que se la dé yo, es que en Vietnam consideran al Che un combatiente de Vietnam también. Tanto, que en un lugar, por un río, nos acercamos a un niñito como de siete u ocho años –porque tenía la misma estatura de mi hijo y el mismo tipo de mi hijo, se me pareció a mi hijo y mi hijo tiene ocho años–, me acerqué al niño y le dije: «Oye, yo soy cubana». Entonces se quedó mirando, no entendía muy bien, y yo le dije: «Sí, Fidel». Y entonces me responde así, mirándome: «Fidel, Che, el Che». Cómo ligaba a Fidel y al Che, y en cambio cuando le dije Cuba no entendía bien.

Yo pude ver allí cómo al Che se le considera un héroe de Vietnam también y cómo esa frase del Che es una de las cosas más preciadas de los vietnamitas. Porque los vietnamitas consideran al Che uno de los revolucionarios más grandes de nuestra época, uno de los valores más grandes de nuestro tiempo. Esa frase del Che es de Vietnam también. Allí eso se dice, y, además, cuando el Che lo decía, y cuando el Che lo dice y lo sigue diciendo, es porque es la ayuda más grande que se le puede prestar a Vietnam.

Ahora, no sé quién es ese señor a quien te refieres; podrá ser la mejor gente del mundo, pero posición más parecida a la del imperialismo no he visto. Porque, o es imperialista, o es anormal. No vamos a entrar a discutir sobre esa persona, no merece la pena. Decir que «llevar el dolor de Vietnam a muchos lugares». Se ve que esa persona no ha ido a Bolivia jamás. No ha ido a Perú. No ha ido a tu país. No ha ido a ningún país –parece– de América Latina. Porque si hubiera ido a algún país de América Latina seguro que le habrían quedado muy grabadas las caritas de los niños latinoamericanos que yo vi; caritas llenas de dolor, no las caritas de los niños vietnamitas. Así los países de nuestro Continente no iban a tener el dolor de Vietnam. Al contrario, iban a tener la grandeza de Vietnam, la alegría de Vietnam, la felicidad de Vietnam, la dignidad de Vietnam.

RETAMAR: *Bueno, compañeros, vamos a darle las gracias a la compañera Haydee por haber estado con nosotros hablándonos de Vietnam.*

Haydee habla del 26 de Julio a las brigadas millonarias[61]

Compañeros, compañeras:

Más bien pudiéramos decir, compañeros y compañeras camagüeyanos.

Me pidieron que hiciera algo para el periódico de esta provincia, algo escrito sobre la fecha, sobre el Moncada, o sobre cualquier cosa que pudiera estar de acuerdo con el aniversario que se conmemora, el del 26. Por primera vez iba a pasar un 26 en Camagüey y deseaba, de verdad, este 26 de julio hacer algo para el periódico provincial, aunque fuera cosa sencilla. Pero resulta que, de veras, a mí me da bastante trabajo escribir. En primer lugar, porque es difícil, más difícil que hablar. En segundo lugar, porque para escribir hay que ser muy disciplinados; si vamos a hacer algo, hay que sentarse y escribir, pero como para eso siempre nos parece que tenemos tiempo y siempre hay algo que es más rápido que eso, en definitiva, siempre se queda sin escribir. Mientras que, conversando, se nos hace ya una obligación venir, como en el día de hoy. No quiero decir que sea una obligación para mí venir aquí a hablarles a todos ustedes, ya que lo hago con gusto; pero sí que siempre es difícil conversar, aunque sea con un grupo limitado, con compañeros que es como si los hubiera conocido siempre.

Se hace difícil hablar de ese año, y cada año, en vez de verlo más lejos, se nos hace más difícil, porque lo vemos más cerca. Pero de todas maneras me resulta mucho más agradable tener una conversación como si fuera en un grupo de amigos, de compañeros, que escribir. Cuando se escribe, el pensamiento va mucho más rápido, y casi siempre recordamos más profundamente lo que pudo ser o lo que es o lo que fue más doloroso. Mientras que, hablando con compañeros, nada nos resulta doloroso.

[61] Fragmentos de las palabras de Haydee durante el encuentro, en Camagüey, con macheteros de cinco brigadas cañeras «millonarias»: Tato Rodríguez Vedo (trimillonaria), Ramón Roca, Van Troi, Carlos Manuel de Céspedes y Marcelo Salado, y también con representantes de las dos brigadas que llevaban el nombre de Abel Santamaría. Tomado del folleto publicado por el Instituto Cubano del Libro en 1969. El texto completo de estas palabras aparece en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 308-309, julio-diciembre, 2022, pp. 108-132.

Primeramente, porque vamos a hablar de lo que sabemos que quieren conocer, y cuando escribimos siempre pensamos si será eso lo que desean conocer. Eso nos limita, porque lo que escribimos, ¿lo encontrarán bien, lo encontrarán triste, o lo encontrarán alegre? Se nos hace muy difícil escribir, sobre todo, sobre fechas como esta, y menos difícil conversar; aunque no han sido muchas veces: creo que el año antepasado y ahora, en las que, por primera vez, hablo sobre esta fecha en reuniones con grupos de compañeros.

***

Para nosotros el Moncada es infinito, tan infinito porque hoy realmente el Moncada también son los diez millones de toneladas y mañana será otra meta, otra fecha, y pasado otra. Pero de todas maneras es hablar de compañeros que tenían tanta vida, que siguen para nosotros siendo la vida infinita, y hablar de un hecho que tiene algunas cosas que siempre tratamos de olvidar y siempre lo tenemos presente. Muchas veces nos luce que se nos han ido recuerdos heroicos que sucedieron allí. Hay veces que lo tenemos tan presente y tan cerca, que nos parece que estamos allí. Yo quisiera que ustedes no pensaran que para mí es doloroso hablar del Moncada, y no vayan a sentirse cohibidos para no traerme recuerdos dolorosos. Siempre decimos que hablar de partos cuando llegan hijos no es doloroso, y lo hemos dicho otras veces y lo repetimos aquí, para que ustedes comprendan que, para nosotros, no es doloroso hablar del Moncada; como no es doloroso para una mujer hablar del día en que llegó el hijo deseado, aunque ese día le traiga recuerdos de muchos dolores. Si de aquel día le dijéramos: «¿Tú recuerdas el día en que llegó tu hijo, con tristeza y con dolor?», seguro, pero seguro, y miren que asegurar una cosa es difícil, pues yo casi lo aseguro, que una mujer siempre diría: «No, para mí no es doloroso ese dolor, recordar eso es vida, es amor; y esto es, además de eso, revolución». Digo esto para que no vayan a tener la preocupación de que me van a traer recuerdos que puedan hacerme sentir mal. No quiero decir que, tal vez recordando, en algún momento, pueda a uno flaquearle la voz, pero también me flaquea la voz cuando pronuncio Fidel y con cuánta felicidad decimos Fidel, y flaquea la voz cuando decimos Che, y con cuánto orgullo y con cuánta vida decimos Che.

Por eso, compañeros, me parece que ustedes pueden sentirse libres de preguntar; yo me siento mejor cuando comienzo y sigo hablando de algo que sé que a ustedes les interesa. Yo sé que cada vez que se dice: pregunten, hay una vacilación en los primeros momentos, pero no deben tenerla, no piensen que alguna pregunta no va a ser correcta; todo lo que ustedes quieran saber, todo lo que les venga a la imaginación es correcto, porque muchas veces pasa eso, tienen deseos de saber, muchas veces se preguntan cómo habrá sido esto, y esto otro, y cuando tienen a una persona delante para preguntarle es cuando no les viene la pregunta o temen hacerla. A lo mejor hablo para mí misma, y

yo quiero hablar para ustedes; le preguntaría a cualquier compañero de qué cosa le gustaría que yo empezara a hablar aquí. ¿Ustedes están de acuerdo, compañeros? Bien, entonces estoy a la disposición de ustedes.

***

Haydee, yo creo que fue en el libro de Marta Rojas donde se habló de eso, pero yo quisiera que usted me aclarara cómo fue que llegó al Tribunal la carta que Fidel hizo estando preso en Boniato.

Nosotros estábamos incomunicados. Pero a Fidel iba a verlo el médico. Entonces ya nosotros sabíamos que a Fidel lo iban a quitar en la próxima vista, que no iba a ir. Y lo sabíamos, no porque nadie nos lo dijera, sino porque se desprendía, era normal que esto sucediera. Fidel, como siempre, con toda la cosa imprevista para el enemigo, ya en esa época se le adelantaba al enemigo. Él pensó qué iba a sacar de ahí; quería convertir ese juicio, como todos ustedes saben, en una cosa no ya política sino histórica; inclusive nos imaginábamos que no iba a salir con vida de la cárcel, y él quería sentar base para que en Cuba, en un futuro, se conociera todo aquello.

Aquel médico creo que era [Juan] Martorell [García], un médico de Santiago de Cuba, médico de la cárcel, que desde los primeros momentos nos ayudó en todo. Como él debía venir a ver a todos los detenidos que se sentían mal, porque ya era el juicio y nos querían presentar, entonces, como este médico era un punto de comunicación, nos «enfermábamos» todos. ¡Todos nos «enfermábamos»! Y decíamos que no podíamos ir y que nos mandaran al médico y era el punto por el que nos preparábamos para ir a juicio, muy coordinados. Entonces casi todos nos «enfermábamos». No comíamos, nos acostábamos en una cama, ¡aquello era tremendo! Y entonces iba el médico a vernos. Al médico le decíamos las cosas, sobre todo Fidel y Raúl, que ya mandaban orientaciones de lo que debíamos hacer y de lo que teníamos que hacer, y nosotros le decíamos a ellos lo que nos había sucedido a nosotros. Era un punto de comunicación para llevar organizadamente el juicio, para no caer todos en la misma declaración.

Porque, ¿qué sucedía?, que todos queríamos decir lo que les había pasado a los compañeros. Como nos iban a limitar el tiempo, no podíamos hacer todos la historia completa. Entonces nos dividimos las cosas: quién iba a hablar de este compañero que habían ahorcado, quién iba a hablar de este compañero que lo habían torturado. Se escogía al compañero que más cerca había estado de ese otro, para no perder tiempo; porque, claro, si empezábamos a hablar de cada uno, podríamos haber hablado horas completas, y no lo iban a permitir; pues ya se empezó a organizar y a mí me dijo Fidel: «Haydee, tú hablas lo de Abel». A [Juan] Almeida se le dijo: «Habla de esto». Entonces eso ya valió para que quedara recogido. Porque nosotros no sabíamos si de

ahí saldríamos con vida o lo que iba a pasar. Para que quedara recogido todo lo que había pasado a cada uno de nuestros compañeros asesinados. Para no hablar todos del mismo tema; porque hablar todos de todos, no lo iban a permitir por el espacio, por el tiempo, y el juicio se hizo ya con organización.

Y era Martorell, el médico, y algunos presos comunes que también nos ayudaban, quienes nos auxiliaban mucho en eso. Además, querían hacer presentar a Fidel enfermo. El médico tenía que ir a verlo y Melba aprovecha y se hace la enferma también. Nosotros suponíamos lo que Fidel nos iba a mandar a decir, esperábamos su orientación. Entonces Fidel dice: «Va a pasar esto, esto y esto. Si a mí no me llevan, cuando allí se diga que yo estoy enfermo y que por eso no he ido al juicio, entonces Melba, en su condición de abogado, debe protestar»; ella era la más indicada por expresarse mejor que yo, y que, por ser abogado, había estado en juicios, teniendo mucha más soltura que yo en todo eso. Entonces Fidel le dijo: «Si no me llevan a juicio» –porque nosotros no sabíamos si lo iban a llevar–; Fidel le dijo: «Si no me llevan, en cuanto digan: "Fidel no ha podido venir", Melba dice: "Aquí traigo la carta, de puño y letra de Fidel, donde él explica por lo que no viene"». Eso sucedió así. Claro, Fidel previendo. Porque si a Fidel lo llevaban, eso no se sacaba, eso siempre quedaría muy guardado para el caso de un día que no lo llevaran, diciendo que estaba enfermo. Y ahí él explicaba que no estaba enfermo, y lo que querían hacer y todo. Eso fue una sorpresa tremenda porque todavía esos esbirros no saben cómo nosotros sacamos aquello de allí, se enterarán ahora, si alguno está por ahí vivo y lo lee.

Lo que queremos preguntar, que usted nos hable de eso, es sobre las primeras vistas del juicio, cuándo se presentó a Fidel por primera vez, cómo se desarrolló eso allí, qué decía el pueblo que estaba presente.

El comienzo del juicio, a los dos meses o a los dos meses y días –no recuerdo bien–, fue de una preparación en nosotros tremenda. Tanto, que realmente en ese tiempo, en Boniato, nos sentíamos en pleno combate y dirigidos por Fidel. Aunque Melba y yo estábamos en el mismo pabellón de Fidel, eran pocas las veces que nosotros podíamos verlo. Estábamos por celdas y no nos dejaban salir de las celdas, pero formábamos nuestro truco al ir al baño. Ustedes no sé si habrán visto que los baños de los presidios son sin puertas. Porque Melba y yo estábamos en una cárcel de hombres, y todos los que estaban presos allí eran hombres, y los baños son sin puertas e inclusive sin paredes; no sé si hoy serán así. Pero en aquella época eran así. Estábamos en el mismo pabellón que Fidel. Es largo, largo y después está dividido. Pero lo que está dividido es por rejas, no por paredes. Por eso Melba y yo pasamos mucho trabajo porque todo ahí eran rejas, ahí nada era por paredes. Pasamos muchos trabajos por nuestra condición de mujeres.

Entonces nosotros pedíamos ir al baño, nos ponían una sábana y cuando estábamos ahí; nos encaramábamos arriba del servicio, y como íbamos más o menos a la hora que Fidel nos había indicado, Fidel estaba muy al tanto y nosotros también. Había que conocer la composición del pabellón ese; entonces nos encaramábamos en el servicio y nos inclinábamos, y como habían puesto un palo, y nos ponían una sábana, quedábamos bajito, pudiendo sacar la cabeza y, como los mudos, nos entendíamos perfectamente por señas. Sobre todo, en cuestión de horas. Por gesto, nos indicaba que nos hiciéramos las enfermas, y ahí empezamos. Eso que parece una cosa muy sencilla, en la cárcel era un tremendo combate, porque la vigilancia que nos tenían era muy grande y era un combate diario en la cárcel. Y nos sentíamos muy bien porque, imagínense, ahí nos sentíamos que estábamos haciendo otro Moncada.

Así nos empezamos a organizar. Ahí también empezamos a ensayar la *Marcha del 26 de Julio*,[62] una cosa que ahora parece muy fácil. ¡Ensayábamos el 26 de Julio! Y el primer día en que nos llevaron a juicio, fuimos cantando en la guagua la *Marcha del 26 de Julio*. Lo más difícil fue la música; porque la letra la hubiéramos podido pasar por escrito. Los compañeros del otro pabellón (porque en este de acá estábamos nada más Melba, Fidel y yo, y para allá estaban todos los demás) se la enseñaron a algún preso. Y como los presos allí son los que limpian, venía el preso y nos enseñaba la música a Melba y a mí. Nosotros nos la aprendíamos. Porque también hay una cosa que ocurrió allí, sorprendente. A Melba y a mí nos pusieron en aquella cárcel para vejarnos.

[62] Fidel conocía que Agustín Díaz Cartaya era aficionado a la música y le encomendó que compusiera una marcha. Esto sucedió en La Habana, semanas antes del Moncada. Después de los sucesos, Fidel pidió que la arreglara, porque debía consignarse el sacrificio de los mártires, la sangre derramada. La tituló *Himno de la libertad*, aunque sería más conocida como *Marcha* o *Himno del 26 de Julio*. Así se cantaba en la cárcel de Boniato:

> *Marchando, vamos hacia un ideal / sabiendo que hemos de triunfar / en aras de paz y prosperidad / lucharemos todos por la libertad. // Adelante cubanos / que Cuba premiará nuestro heroísmo / pues somos soldados / que vamos a la Patria liberar / limpiando con fuego // que arrase con esta plaga infernal / de gobernantes indeseables / y de tiranos insaciables / que a Cuba han hundido en el Mal. // La sangre que en Oriente se derramó / nosotros no debemos olvidar / por eso unidos hemos de estar / recordando a aquellos que muertos están. // La muerte es victoria y gloria que al fin / la historia por siempre recordará / la antorcha que airosa alumbrando va / nuestros ideales por la Libertad. // El pueblo de Cuba / sumido en su dolor se siente herido / y se ha decidido / hallar sin tregua una solución / que sirva de ejemplo // a esos que no tienen compasión / y arriesgaremos decididos / por esa causa hasta la vida / ¡que viva la Revolución!*

Porque era una cárcel donde había mil presos comunes; donde estaba, dicen, lo más malo de Cuba, y nos pusieron allí para buscarnos líos. Tanto, que la celda de Melba y mía la dejaban abierta. Para que algún preso fuera allí, ustedes pueden imaginarse; había presos condenados a veinticinco años, a treinta años, sin dejarles entrar a familia ni a mujer ni a nadie. Ellos pensaron en la fiereza o en lo normal de aquellos hombres; no la fiereza: lo normal que pudiera ocurrir en aquellos hombres.

Y sucedió lo insólito: que nunca un preso común nos empujó la puerta. Pero, además, cuando los presos comunes se dieron cuenta de que aquella puerta nos la dejaron abierta, ¿qué sospecharon ellos? Que la dejaban abierta para que los guardias que montaban guardia en la puerta principal pudieran entrar y abusar de nosotras. Entonces todos los presos comunes que estaban cerca de nosotras se ponían de acuerdo y hacían guardia ellos para que ningún soldado pudiera entrar en nuestra celda. Cuando a los soldados les tocaba hacer el recorrido por el pasillo, ¿qué hacían los que estaban de guardia? –siempre había dos o tres presos de guardia–, cogían una cuchara y en los mismos hierros empezaban: «Taca, taca, taca», ¡en los hierros!, «ta, ta, ta», para que nos despertáramos, y nos pusiéramos alertas; cuando sentíamos la cuchara, Melba y yo nos despertábamos. Esos presos comunes nos decían: «Porque estos guardias son unos degenerados». Y sucedió que cuando ellos nos dejaban la puerta abierta, los que nos cuidaban eran los presos comunes. Y, además, las rejas, ustedes saben cómo son las rejas en las celdas esas; para nosotras quitarnos la ropa ahí era tremendo. Entonces fueron los presos comunes, que como llevaban años presos habían ido descubriendo miles de cosas en las cárceles, los que nos dijeron a nosotras que cuando nos fuéramos a quitar la ropa, a ponernos otra, que cogiéramos ¿cómo se llaman esos, las colombinas no, esas que son de tela?, ¡los catres! –porque allá en Boniato nosotros teníamos catres– que los pusiéramos contra las rejas, aunque a nosotros sí nos pusieron para aislarnos del preso común, aquí un saco y aquí otro saco.

Entonces, en esta que había al frente, fueron los presos los que nos dijeron que pusiéramos los catres, que subiéramos uno arriba de otro y que ahí nos vistiéramos. Pues claro, el día entero estaban pasando los presos comunes por ahí, de día y de noche. Fueron ellos los que nos enseñaron cómo nos teníamos que vestir y desvestir ¡porque eso era tremendo! Aquello era tremendo, no tiene nombre. Y como eso, nos enseñaron a Melba y a mí una serie de cosas esos presos, para que pudiéramos estar mejor ahí, en la cárcel, y que por nuestra condición de mujeres resultaba muy difícil para nosotras. Cuando íbamos al baño, como no nos dejaban ir juntas a las dos, un preso hacía también guardia a cierta distancia. Porque cuando nos bañábamos –y eso que no nos bañábamos todos los días, pero dado el calor había una necesidad tremenda del

baño– las sábanas la dibujaban a una. Entonces los presos hacían guardia a cierta distancia y les decían a los otros presos: «No pases, que las políticas se están bañando» o «Se está bañando una de las políticas». Y un día el guardia fue a pasar y le dicen: «¡No pase, que se está bañando una de las políticas!». «¡¿Qué política?!, ¡pues paso porque me da la gana!». «¡Pues no pasa!». Entonces, el guardia fue a pasar y vinieron todos los presos, porque ellos tienen unas señales con cucharas, y se juntaron más de cincuenta presos y no dejaban pasar al guardia.

Al ver nosotros que esa actitud de los presos daba un indicio de cómo había sensibilidad en esos hombres, empezamos a utilizarlos. Y a través de ellos empezamos a organizarnos y se pudo hacer un juicio organizado. Qué íbamos a hacer en el recorrido, porque ya el pueblo de Santiago de Cuba, cuando se enteró de la fecha del juicio, nos esperaba, e inclusive, recuerdo que el primer día nos tiró flores. Al ver eso, aquella cosa tremenda que sucedía en el pueblo, ellos empezaron a tomar medidas, a no llevar las guaguas siempre por el mismo camino; donde no les quedaba más remedio que ir por el mismo camino, empezaron a tomar medidas y a no dejar venir al público. Pero entonces se le aglutinaban cerca de la Audiencia, aunque ellos nunca dejaban entrar público al juicio. Nunca. Allí, inclusive, casi todas las vistas se perdieron después, pero tuvimos la gran suerte, esas cosas que ocurren, la casualidad de que Marta Rojas, que era periodista muy joven –tenía cuando aquello, veintiuno, veintidós o veintitrés años–, una periodista recién graduada va al juicio. Entonces ella empieza a escribir toda la vista en una libreta o en unos papelitos. Pero ¿qué hacía? Escondía el papelito que escribía; siempre vestía faldas con bolsillos, ya iba preparada, y lo que dejaba en la libretica eran apuntes que cuando se los quitaban en la puerta no les daban importancia: «Declaró fulano, a las tres de la tarde». Cosas de esas, pero ella escribía y escribía, arrancaba y guardaba. Y así se pudo conservar mucho de lo que se dijo allí porque, si no, una gran mayoría de todo aquello se habría perdido. Inclusive, yo traté de buscar la parte mía y no la encontré; creo que la desaparecieron. Ella fue anotando. Porque en aquel momento no había en ella una conciencia nada más que periodística, y sabía que nadie lo iba a publicar. Así que tuvo una intuición histórica. A ella le impresionó ya aquel grupo, porque después nos enteramos –por ella misma– que en aquellos momentos había padecido mucho, es negra, pobre; imagínense ustedes lo que significaba ser negra y pobre, inclusive para llegar a la Escuela de Periodismo y, además, era bastante descreída. Quería triunfar en el periodismo. La había maltratado la vida, la había discriminado la vida y en cambio, en aquel momento, ella misma dice que sin explicárselo, comprendía que estaba conociendo algo nuevo para ella. Tanto, que a mí me extrañaba ver a aquella muchachita allí, jovencita, muy bonita, y yo la miraba mucho, porque allí los periodistas que había, para mí,

todos eran... Porque cuando dejaban entrar a un periodista allí, ya yo suponía que el Ok lo había dado Chaviano. Yo la miraba mucho, porque la encontraba joven, una muchachita joven, bonita, así. Yo la miraba y me decía: cómo es posible que tan joven, negra, se haya entregado a esto, porque si no fuera así, ella no puede estar aquí. Y yo la miraba mucho porque a mí aquella cara me decía que no podía ser. Tanto, que un día –eso ella me lo contó después que yo salí de la cárcel– yo la miré tanto, que ella bajó la vista; yo vi que bajó la vista y ella dice que pensaba que yo estaba pensando muy mal de ella y que aquello la apenaba; y que a la hora de salir, cuando salíamos, dice que ella se adelantó y me iba a saludar pero que temió que yo no la saludara, que la rechazara.

Durante el juicio, nos dejaron entrar una ropa y entre la ropa mi mamá me mandó un pañuelito. Tengo la costumbre, no sé si es nerviosismo, de coger un pañuelito, o algo así, cuando voy hablar o estoy nerviosa. Yo tenía un pañuelito allí, sentada, cuando la miraba. Entonces ella se acercó a mí y dice: «¡Qué pañuelito más bonito!», yo le dije: «¡Cójalo!». Después ella me contó que dijo: «¡Qué pañuelito más bonito!» porque se había fijado mucho en el pañuelo, que yo le hacía mucho así, lo enroscaba mucho, y que para no decirme: «Buenas», para ver la reacción que yo iba a tener con ella, dijo: «¡Qué pañuelito más bonito!», y yo le dije: «¿Le gusta? ¡Cójalo!». Y ella lo cogió. Pero lo cogió instintivamente también, porque después se puso a pensar: «¡Pero cómo es posible que yo le haya quitado un pañuelo a esta muchacha sabiendo que no les dejan entrar nada! ¿Y qué va a coger ella ahora para hacerle así?». Ella se había dado cuenta de que en todas las vistas yo le hacía así al pañuelo. Pero que, de todas maneras, fue tanto el deseo que tuvo de tenerlo y tanta la alegría que le dio que yo no la maltratara –ya que pensó que yo la iba a maltratar con la mirada o con algo–, y que además le asombró el gesto al decir: «¡Qué pañuelito tan bonito!». «¡Cójalo!», que no la maltraté, sino que únicamente le entregaba lo que tenía. Al siguiente día, cuando ella me vio, yo había cortado un pedacito de funda de almohada con una cuchillita que me prestó un preso, una cuchillita Gillette, que son muy importantes para ellos, y corté un pedacito de la funda y en el juicio empecé a hacerle a la funda también así. Entonces ella dice que se sentía un poco mal porque me había quitado el pañuelo, que se dio cuenta y me había comprado unos pañuelos para entregármelos, pero que no se los dejaban llegar. Que, inclusive, el día ese en que yo le di el pañuelo, enseguida le dijeron en la puerta: «¿Por qué usted se acercó a la presa?, ¿qué le entregó?». Y le registraron la cartera. Pero como ellos se imaginaron que yo le había entregado un mensaje o algo, y no un pañuelo, no se dieron cuenta, y pensaron que el pañuelo era de ella, además, no vieron nada más que un gesto de coger algo. «No, fue que yo la quise saludar y ella me dio la mano, etc.». Porque ella no se quiso deshacer de aquel pañuelo

de ninguna manera. Y tanto es así que lo guardó exactamente y según estaba, lo guardó en un papel y es lo único que hay mío en el Museo de la Revolución. ¡Fíjense ustedes! ¡Lo único que hay mío en el Museo de la Revolución! Porque cuando se empezaron a recoger cosas, yo no tenía nada, no sé. Nunca me dio por guardar cosas. Tampoco las personas que pudieron haberlas guardado las guardaron, mi familia. Lo único que hay mío en el Museo de la Revolución es un pañuelito así. Aquel pañuelito. Fíjense qué cosa más insignificante. Y fue por aquello que sucedió con Marta.

Cuando Marta se acercó, también yo pensé: «Esta muchacha tan joven, negra, no puede ser mala. Pero ¿por qué está aquí? ¿Cómo es que está aquí si aquí pueden entrar nada más unos cuantos periodistas entregados completamente?». Después me enteré de que eso no era así, que la prensa mandaba a los periodistas al juicio y que ella le había dicho al director de *Bohemia*: «¿Usted quiere que yo cubra aquel juicio?», y él le dijo: «Cúbrelo». Cuando aquello no era periodista de *Bohemia* siquiera. Le dijeron: «Cúbrelo». Y ella lo hizo. Y entonces también –aunque no con hechos muy concretos sino con cosas– empezamos a utilizar a varias personas para tener contactos y poder organizarnos un poco con la calle.

Pero realmente fue una cosa tan difusa, teníamos que confiar en cualquiera. Lo grande es que no nos falló nadie, ¡que no nos falló nadie! Eso fue algo tan grande que fue una de las cosas que me hizo pensar, aunque en mí estaba inconsciente, que el pueblo lo merecía todo. Porque si uno no piensa que el pueblo lo merece todo, no va allí. Pero, de todas maneras, cuando fuimos al Moncada –estoy hablando en el orden personal–, muchas veces pasó por nuestra imaginación si aquello lo entendería el pueblo, si merecía la pena que Abel muriera. Esa cosa pasó muchas veces por nuestra mente, porque decir otra cosa no es verdad.

Y ya en el mismo hecho del Moncada nos sucedieron cosas, en el hospital nos sucedieron cosas que empezaron a darnos una fe tremenda en el pueblo: antes del juicio, los presos comunes; y después, durante el juicio, estas cosas de Marta, de que el pueblo nos fuera a esperar, a ver pasar las guaguas. Empecé a pensar muy claramente –hablo de forma personal en este caso, porque cuántos no irían allí pensando que el pueblo lo merecía todo– que el pueblo merecía todo tipo de sacrificio, y empecé también a pensar que Abel no había muerto por gusto; que ellos, que todos allí no habían caído por gusto. Aunque eso, en aquellos momentos, me torturara enormemente. Yo he dicho muchas veces que después esto no nos vino nunca a la mente. Ya en la sierra, nosotros sabíamos lo que el pueblo pensaba; sabíamos lo que el pueblo hacía, por factores que había en cada familia, en cada padre de familia, en cada madre, lo que pensaban de nosotros, y ya no nos preocupaba que no fueran a comprendernos. Y después del 59, mucho menos. Sabemos lo que piensa el

pueblo de cada hecho. Sabemos lo que pensaba el pueblo de Girón. Cuando el Moncada, no era así. Cuando el Moncada torturaba, era una tortura más grande que la tortura física, no sé por qué era un tormento tan grande.

Y aquel bien que nos fue haciendo aquel pueblo de Santiago de Cuba, cuando murmuraba en la guagua, aquel médico santiaguero; cómo una gente que vivía cerca se enteró por unos presos que a mí me gustaba el mamoncillo y cómo un preso dice: «Mira, aquí atrás de la prisión vive un viejito que tiene una mata de mamoncillos, son los mamoncillos más sabrosos de Santiago de Cuba», y cómo aquel viejito se las agenció de alguna manera para hacérmelos llegar, porque se enteró de que a una de las presas políticas le gustaba el mamoncillo. Yo nunca los había comido tan sabrosos y un día voy a regresar allá a comerlos. Nos íbamos enterando, por los familiares de los presos comunes que los podían visitar, de qué decía el pueblo de Santiago de Cuba, y lo que decía el pueblo de Santiago de Cuba eran cosas mucho más grandes y maravillosas y hermosas que las que nosotros, o que yo, me podía imaginar. Nunca olvidamos realmente a aquel pueblo de Santiago de Cuba.

Cuando nos poníamos a conversar en la sierra, yo le decía a Frank: «Voy a vivir en Santiago de Cuba». Yo tenía una obsesión con Santiago de Cuba que me daba aliento en la sierra cuando las cosas eran difíciles y las caminatas duras para el asma (soy asmática) y no teníamos las medicinas. Y cuando lo del ataque, yo quería subir la loma, ¡y también era una fijación Santiago de Cuba! Pero es que yo les decía todo esto porque tenía una fijación con el pueblo de Santiago de Cuba. Entonces, claro, yo pensaba que el pueblo de Oriente era el mejor de los pueblos. Porque entonces me concentraba en el pueblo de Oriente. No tenía el desarrollo político que tenemos nosotros hoy. Cualquier pueblo es bueno, todos los pueblos son buenos. Porque hoy este desarrollo lo tenemos todos nosotros, compañeros. No, yo tenía otro desarrollo: yo no era una militante revolucionaria; yo era una ciudadana, una nacionalista, una martiana. Yo puedo decir que, para mí... yo no veía más allá de Cuba, tal vez un poquito América Latina, por Martí y Bolívar, que ya los leíamos, pero, de todas maneras, a mí lo que más me importaba era Cuba. Yo fui así al Moncada.

Parece un poco raro que uno pensara, en aquel momento, que aquella reacción del pueblo me hiciera no sentir ya tan dolorosamente la muerte de ellos, porque por lo menos el pueblo de Santiago de Cuba merecía que ellos se hubieran quedado allí. Y después se fue agrandando la cosa, y ya tuve fe en todo el pueblo de Cuba. Y hoy, para suerte de todos, se ha agrandado tanto la conciencia, que ya no se queda en Santiago de Cuba ni en toda Cuba, sino que también cubanos, como el camagüeyano Suárez Gayol, la llevan a Bolivia.

Todo esto se va haciendo tan fácil, que nos parece inconcebible que antes no pensáramos así. Yo no lo digo por honestidad, lo digo porque creo que

tiene más valor quien nada sabía y aprendió. Claro, también hay una cosa que no tienen otros, que es un maestro. Y desde aquel momento, Fidel nos enseñaba. Yo discutía mucho con Abel, porque Abel tenía más madurez ideológica que yo. Y discutíamos, como discutimos los cubanos, con una pasión y con unos gritos tremendos, y muchas veces, en aquel apartamento de 25 y O venía cualquiera hasta donde estábamos y nos decía: «¡Caballero, aquí no nos van a coger presos por conspirar!; ¡nos van a coger presos por la gritería que tú y Abel se traen, y entonces nos van a descubrir!». Para mí, Cuba es Cuba, y yo creo que había muchos cubanos que pensaban así y muchos de los que fueron allí pensaban como yo; otros, no. Otros tenían un desarrollo y una madurez política mayores que yo. A mí no me es difícil decir esto.

Yo realmente no fui al Moncada siendo marxista-leninista, porque es que a mí no me parió mi madre siendo marxista-leninista. Yo me he hecho marxista-leninista al ir encontrando la verdad. Y cuando digo encontrando, inclusive, antes de declararnos nosotros marxista-leninistas, ya yo me sentía...; porque ya me había dado mucha cuenta de que no había otro camino. Pero, inclusive, era marxista-leninista porque hoy me entero de que lo que yo pensaba era marxismo-leninismo, no porque yo supiera que era marxismo. ¡No, yo no lo sabía! No lo sabía... No sé, me he ido un poco de la conversación con lo que me preguntaban, no sé por qué. El compañero me preguntaba la forma de organizarnos y demás. Y las vistas, cómo fueron. Realmente, fue un juicio bastante normal. Bastante normal porque no podíamos esperar otra cosa. Bastante normal porque nos llevaron todos los días hasta que se acabó; y nos dejaron que declaráramos. Sucedió que los jueces y magistrados que estaban allí eran santiagueros o eran orientales o, por lo menos, estaban en la Audiencia de allí. En algunos magistrados había calidad y sobre otros había presión del pueblo; aquellos magistrados se portaban bastante bien, dentro de lo que se podían portar en aquellos momentos. Y es que había presión del pueblo. Yo creo que algunos fueron buenos. Yo recuerdo que hasta para que nos defendiera un abogado, era difícil. [Baudilio] *Bilito* Castellanos, que nos defendió a casi todos, no pudo nunca entrevistarse con nosotros. Es decir, tenía que esperar a que declaráramos para hacer él la defensa. Pero ¿qué podíamos esperar de aquella tiranía y aquellos esbirros?, ¿que nos permitieran cambiar impresiones con abogados para nuestra defensa? Encontramos más condiciones en el juicio, por lo menos, de las que yo esperaba. Hubieran preferido impedir que Fidel declarara, pero no lo lograron y luego pudo exponer su alegato que todos conocemos como *La historia me absolverá*. Pero es que lo que yo temía era que a Fidel lo mataran. No que no lo dejaran declarar. Nunca pensé que Fidel saliera con vida de Boniato. Y Fidel salió con vida de Boniato, en primer lugar –a mi juicio, esto

es muy personal también– porque Batista no valoró a Fidel. El imperialismo no valoró a Fidel. Porque, naturalmente, si Batista y el imperialismo valoran a Fidel, con toda la presión del pueblo, a Fidel le hubieran hecho lo mismo que le hicieron a Guiteras, que le hicieron a Mella, que le hicieron a Jesús Menéndez. Porque ni a Guiteras, ni a Mella, ni a Jesús Menéndez los mataron de casualidad.

Encuentro sobre el 26 de Julio con trabajadores de la Casa de las Américas[63]

Compañeros:

Cuando el compañero [Manuel] Galich fue a Camagüey a hablarle a los compañeros de la Columna del Centenario, le expresábamos, a él y a la compañera Chiki, que yo notaba cierta confusión, en general, en toda la isla. Que al haberse suspendido la concentración con que se celebra todos los años el 26 de Julio, yo notaba que no se había interpretado a cabalidad lo que se quería decir con eso. Todos saben que la concentración se suspendió por el problema de la movilización, porque no podíamos dar un 26 de Julio pequeñito en La Habana o en Santiago, donde correspondiera, porque iba a lucir que no era chiquito por las circunstancias, sino porque este año iba menos pueblo que otros años. Y para hacerlo grande, todos saben la movilización tan enorme que hay que hacer, y en ese momento, realmente, movilizar para una concentración no era lo correcto con la fecha, ni con el Moncada, ni con nuestros mártires en general. Realmente la conmemoración del Moncada este año estaba en el trabajo, no en ese día en sí, sino todos los demás días, antes y después. Y esa movilización es imposible hacerla en un día, es imposible que en un día lleguen a los distintos lugares de la isla los compañeros a ocupar sus trabajos. Entonces, les decía, que no obstante esto, ¿qué razón había para que no se celebrara, que no se conmemorara en los distintos organismos, sin contar con el organismo central que es la COR?[64]

Que no empezaran a pedirle a la COR banderas, fotografías, si no que con lo que tuviera cada organismo, cada compañero, se hiciera el acto. Que era difícil encontrar algún compañero que no tuviera una cartica de un compañero mártir, un

[63] Charla ofrecida el 24 de julio de 1969. Una versión de estas palabras bajo el título «El Moncada es la vida», apareció en la revista *Moncada*, La Habana, 25 de julio de 1969, pp. 5-16. Esa misma versión apareció bajo el título: «El Moncada es la vida. Grandeza de los que cayeron y de los que quedaron», en revista *Revolución y Cultura*, La Habana, núm. 12, 1973, pp. 27-38. La presente fue tomada de la transcripción original que se conserva en el Archivo Casa.

[64] Comisión de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido.

retrato, una bandera; que con eso de cada compañero del centro de trabajo formaran un pequeño adorno, no sé, como quisieran llamarle, y que dieran el acto como quisieran los compañeros trabajadores de ese organismo. Inclusive a mí me parecía muy hermoso, porque se le daba la oportunidad a los trabajadores de crear su propio arte, que inclusive, otros años, por ser la propaganda tan grande en cada centro de trabajo, se pedían las fotografías, se pedían las banderas, se pedía un compañero para que hablara. Que este año se pudiera hacer tan bello como todos los demás, que hubiera una creación en cada centro de trabajo. Que no le pidieran una fotografía a la COR, que no le pidieran una bandera a la COR, porque entonces la COR tenía que asumirlo, como todos los años, y trabajar para eso con una cosita que llevara cada compañero –ya fuera un retrato del Che, un retrato de no importaba qué compañero, porque en definitiva es la historia–. Y que por qué en la Casa de las Américas no se daba un acto. Entonces ellos se entusiasmaron, hablaron conmigo, enseguida me dijeron que sí. Y me dijeron que si yo iba a venir y dije: «Si yo estoy en La Habana, iré». «¿Y vas a hablar?». «Bueno, si estoy en La Habana, voy a hablar».

Pero llegaron aquí y unos interpretaron, otros dicen que dijeron, otros dicen que no dijeron que yo venía fijo el 24, que yo había dicho que iba a conversar con todos los compañeros de la Casa de las Américas, que me hicieran preguntas los compañeros de la Casa de las Américas. Yo creo que realmente no fue así, que todavía cuando Chiki salía me dijo: «¿Tú tienes alguna idea para el acto?». Y dije: «Háganlo como realmente ustedes quieran, háganlo como a ustedes les dé la gana». Me dice Galich: «¿Y tú vas a ir?». «Si estoy en La Habana voy, y probablemente yo vaya, porque nosotros tenemos que ver (o Armando [Hart] y Acevedo tienen que ver) a Fidel el 25, entonces yo voy a estar allí». Pero bueno, ni Armando ni Acevedo están aquí, y yo vine de casualidad. Y cuando llego, me dice Beba eso, le digo: «No Beba, no fue así, yo no dije que...», entonces sí me acuerdo que Galich me dijo: «¿Qué usted cree que se puede hacer?». Y yo: «No, hagan lo que ustedes quieran». Pero ahora me contesta Chiki, bueno, claro, nosotros hicimos lo que nos dio la gana y esto fue lo que nos dio la gana. Pero la impresión que dejaron aquí es que yo pedía este tipo de acto, y lo que yo dije fue que se hiciera igualito que en todos los organismos, que hicieran una creación. Que por qué no se hacía en todo centro de trabajo, en el campo, en la ciudad, como desearan los trabajadores de allí. Y bueno, ellos parece que desearon así, y aquí estamos, aunque dice Retamar que tienen «el privilegio».

Realmente, oír hablar a cualquier combatiente para conmemorar el Moncada, pues si no es un privilegio, por lo menos lo tienen cerca, si no el olor de la ropa (como decía el compañero Nicola en su canción), por lo menos tienen un reflejo de esos compañeros que quedaron y que están, pero lo que

sí quiero aclarar es que este privilegio del que hablaba el compañero Retamar, es el primer año que está en la Casa de las Américas: que yo, aunque no muchas veces, he hablado otros años y nunca ha sido en la Casa de las Américas. Porque, aunque yo trabajo en este organismo, en el caso del Moncada no me debo a este organismo, sino a cualquier organismo. Y por primera vez estoy hablando, o voy a hablar del Moncada en la Casa de las Américas. Después de dieciséis años y de estar diez años en el organismo, es por primera vez que voy a hablar aquí en la Casa de las Américas del Moncada, que en definitiva este organismo tiene igual derecho que cualquier otro, porque es la Casa de las Américas, y está en Cuba, que es nuestra América. Ellos prepararon la forma del acto y yo la acepté, ya estaba en La Habana. Ahora, realmente, no me siento mal con haber venido, pero si les voy a decir unas palabritas es –como dicen los cubanos– un poquito a la cañona. Y aquí estamos para conversar, para hablar del Moncada.

Siempre decimos que a nosotros se nos hace mucho más fácil hablar y recordar un hecho, una imagen, cuando conversamos casi sin quererlo. Y me he dado cuenta de que no es tan difícil hablar del Moncada, porque si compañeros como Pablito [Milanés], Noel [Nicola] y Silvio [Rodríguez] han hecho en pocos días unas canciones, y algunas de ellas a mí me han traído una imagen tan real del Moncada; tan real, si aceptamos la realidad también como un pensamiento, porque el pensamiento es una cosa real y es un pensamiento. Esas canciones a mí me recuerdan imágenes, que tal vez por tenerlas tan presentes, creemos que hemos olvidado. Pero también me doy cuenta de que cualquier frase, cualquier palabra nos recuerda el Moncada, porque, para quien el Moncada es la vida, las palabras son los hechos de la vida, y cuando nos hablan del sol o de una estrella nos recuerdan el Moncada, y cuando nos hablan de «un cañón de futuro», también es el Moncada.

Nosotros decíamos y hemos dicho varias veces que nos resulta un poco difícil, aunque sea en un pequeño grupo y con compañeros de la Casa de las Américas, y los que no son de la Casa de las Américas que están aquí. Es igual que si lo fueran, pero es distinto ya hablar y pensar porque tenemos que hablar y tratar de quedar bien. En cambio, cuando hablamos con los propios compañeros de la Casa de las Américas en mi despacho, en cualquier salón, tal vez muchas veces hasta canse. Hay veces que cualquier expresión de un compañero, que cualquier cuadro, me trae a mí una imagen del Moncada, y empiezo ahí a hablar del Moncada con ese compañero o con los compañeros que estén. Y muchas veces hasta detengo una reunión de trabajo y comienzo a hablar, y de pronto me doy cuenta de que he estado hablando una hora del Moncada. Muchas veces he tenido que pedir excusas a los compañeros porque he detenido una reunión. Pero ha sido, más que hablar, para pensar en voz alta. Y al estar con esos pocos compañeros llega la imagen, el pensamiento,

el recuerdo, y surge una conversación mucho más espontánea y tal vez mucho más real. Aunque hablar del Moncada como un hecho real, se puede hablar del hecho en sí como un hecho real. Se puede hablar del hecho real, del día, la hora y lo que sucedió; pero si vamos a hablar de una imagen, de recuerdos, de lo que fue, o de lo que pensamos que fue, o de lo que quisimos que fuera, o de lo que pudo haber sido y no fue, tal vez no sea tan real.

A mí me sucede –y creo que a muchos compañeros de los que allí estuvimos tiene que pasarle–, que lo que creemos que sucedió o que se dijo muchas veces, va y no fue así, y es que solo lo pensamos. Nosotros decíamos el otro día en Camagüey que eso es así, porque todavía Melba y yo, cuando nos proponemos hablar, discutimos sobre un hecho que podía haber sido muy concreto, y fue el momento en que ya nos dimos cuenta que terminaban completamente con Abel. Cuando nos dimos cuenta de eso –y refleja también lo que dice Silvio en la canción: «Iba descalzo y desnudo, contento»–, cuando ya sentimos aquellos disparos, sabíamos que era Abel. Yo pregunté: «¿Es Abel? ¿Es mi hermano?». Da la casualidad que en aquellos momentos había allí un sargento que no había sido totalmente malo, bajó la cabeza, y yo me di cuenta de que habían terminado con Abel o había empezado Abel. Pero lo que se me ocurrió a mí en aquel momento no fue pensar si había terminado o si empezaba, lo que se me ocurrió en el momento fue decir: «Melba, ¿qué hora es?». Ella dice que me dijo: «Son las siete», y yo recuerdo con tal precisión que dijo: «Son las nueve», con tal precisión, que muchas veces hemos contado a los compañeros cómo esas nueve de la noche por años y años, inconscientemente, estuvieron fijas en nuestro cerebro. Y Melba dice que dijo: «Son las siete». ¿Cuál de las dos dice la verdad? Yo diría que las dos, qué más da si fueron las siete o fueron las nueve, pero lo que sí recuerdo, que todavía yo no puedo creer que no fueran las nueve, porque le oí «son las nueve», y como les decía, fueron años siendo para mí las nueve de la noche algo distinto a las demás horas, tanto, que ya en el 59 o el 61, creo, no recuerdo, fue cuando se constituyó el Pursc, yo pertenecía a esa dirección y nos reuníamos en el antiguo palacio. Allí, en el antiguo palacio, el cañonazo de las nueve se oye que parece un verdadero cañonazo. Una noche, estando reunidos los veinticinco compañeros, sonaron las nueve; yo estaba sentada frente al Che. Siempre caí frente al Che, porque en esas reuniones que se hacen, como allí, que eran semanales, ustedes saben que en el ser humano queda algo de propiedad privada, que uno se adueña de un puesto y es difícil que se siente en otro. Allí sucedía igual, todo el mundo tomaba su propio puesto. Siempre caía frente al Che, y esa noche sonó el cañonazo y yo di un brinco tremendo. El Che hizo un gesto entre risueño e irónico y se metió debajo de la mesa, como queriéndome decir que yo creía que había sido un bombardeo, un cañonazo, un enemigo y que me había asustado. Yo me sonreí y nunca el Che supo por qué yo había

brincado; y es porque ese cañonazo eran las nueve. Así van haciéndose signos en la memoria de uno, cosas, detalles que pudieran haber ocurrido, que tal vez no ocurrieron; pero si no ocurrieron, pudieron haber ocurrido y, además, si no ocurrieron, para mí ocurrieron. Muchas veces yo creía que le hablaba a Melba en voz alta y cuando le decía: «¿Qué tú crees?», me decía: «¿De qué tú me dices?». Y era que no le estaba hablando, estaba pensando y creía que estaba hablando. Otras veces era al revés, ella me contestaba y cuando yo le decía: «¿Por qué tú me contestas eso? ¿Tú me adivinas el pensamiento?», me decía: «Tú me lo has preguntado, tú me has hablado».

Claro, les estoy hablando de aquellos primeros días. Por eso los detalles del Moncada, del hecho, no cambian; pero sí cambia un hecho porque para nosotros representó una cosa que recordamos, que no olvidamos y la vemos de una manera, y ese mismo compañero que estaba junto a mí, probablemente, la vio de otra y es el mismo hecho y ninguno de los dos mentimos. Por eso cuando decimos de la realidad: esa es una realidad, es la interpretación de una persona, y cuando una persona interpreta un hecho es una realidad para esa persona. Aunque seguramente que, en los principios, sí no cambian los hechos. Si vemos dos o tres compañeros que caen, tal vez a la misma vez, ¿por qué recordamos a uno que cayó y a los otros dos no, si cayeron los tres en el mismo momento? Entonces en ese instante decimos: en tal momento cayó tal compañero y pasó esto, esto y esto otro; y sobre ese mismo hecho otro compañero viene y dice: cayó tal compañero; y es que probablemente han caído tres y uno se fijó más en uno o se fijó totalmente en uno. ¿Por qué? No sabemos. ¿Por qué?, porque seguramente amábamos a los tres, pero hay un detalle, hay un gesto que se queda impreso en nosotros, y en uno de una forma y en otros de otra. Por eso, cuando se habla de la historia y de una cosa tan reciente, siempre resulta peligroso, porque aun los que estuvimos allí, los que vivimos allí y los que vivimos para aquellos y para ellos, discutimos cómo fue; y es que, de lo que hay que partir, es de que el Moncada fue, fue... Los hechos en detalle tienen que haber sido millones, tanto es así que siempre, cuando se acerca la fecha, recordamos cosas y recordamos cosas nuevas del mismo instante del que otros años habíamos recordado otras cosas. Tal vez sea que lo recordamos y que vive eternamente; tal vez sea que fueron millones de cosas las que ocurrieron, aunque tan solo fue un solo hecho.

Con esto queremos decirles que comprendemos a quienes les pedimos que escriban sobre el hecho, ¡qué difícil tiene que ser! ¡Si es difícil para nosotros mismos, que estuvimos allí!, porque las imágenes todas no son iguales. Cuando le pedimos a Silvio y a Nicola y a Pablito, que si podían hacer algo e interpretarlo para esta fecha, nos expresaron que era difícil. Yo les decía que a mí me parecía que no, porque para decirle o para cantarle al Moncada no importa de qué fuera. Yo les explicaba a ellos que no les iba a ser difícil,

porque si hablaban de la vida, era el Moncada; si hablaban de la muerte, era el Moncada; si hablaban de la alegría, era el Moncada; si hablaban del dolor, era el Moncada; si hablaban del valor, era el Moncada, y tal vez si hablaban de cobardía, también reflejaban el Moncada, porque cuántos de los que estuvimos allí tal vez fuimos más cobardes que los que dejaron de ir. Porque no se es cobarde solamente por la actitud de un momento, no se es valiente por la actitud de un momento. Yo pudiera decir que tal vez casi todos los compañeros que estuvieron en varios hechos conmigo, no solamente en el Moncada, ninguno recuerda en mí un gesto de cobardía, y si fuera a ser sincera, yo podría decirles que fueron muchas veces las que sentí un miedo terrible. Muchas veces Melba se lo ha dicho a nuestros compañeros, inclusive creo que lo ha escrito también, que la actitud mía, desde que llegué al hospital fue una actitud de valor, que me crecí de una manera que, aunque ella esperaba mucho de mí, fue mucho más de lo que ella esperaba. Creo que tal vez se pudo ver así, sin embargo, yo sentí por momentos el terror. Sentí un miedo tan grande que, por un segundo, por una milésima de segundo, no sé por qué tiempo sería, por lo que se piensa en un momento, queríamos morir, porque creíamos que no teníamos el valor de vivir un minuto más.

Y eso nos sucedió allí. Pero eso lo sabemos nosotros nada más, porque en hechos como ese es muy difícil comunicarle al compañero lo que uno siente; en hechos así, aunque se sienta ese terror, el terror hecho miedo de tal forma que queremos morir instantáneamente para no vivir un minuto más, en cambio, el compañero que está al lado no se da cuenta de eso, y nosotros estamos al lado del compañero no le decimos lo que sentimos, no por ocultar nuestro miedo, no para que nos crean valiente, sino porque ese compañero que está al lado de nosotros es más que nosotros mismos; y al ser más que nosotros mismos, ese momento pasa y lo que deseamos es vivir otro minuto más para estar cerca de ese compañero, para ver un minuto más a esa persona que amamos, porque en ese momento tenemos que pensar que si la dejamos de ver es porque somos nosotros quienes cerramos los ojos. Porque si pensamos que la dejamos de ver son ellos quienes cierran los ojos, no sé qué pasaría. Pensamos todas esas cosas juntas, y en ese momento en que pensamos y deseamos morir vuelve la vida de tal forma y con tal fuerza, porque pensamos que un minuto más es para ver un minuto más a la persona amada o al sol querido. En ese minuto lo que deseamos es vivir millones y millones de minutos, para seguir mirando a otras personas y a otros compañeros.

Todas estas cosas, estos pensamientos han pasado por uno muchas veces. Hemos pensado que, si no hubiéramos ido allí con personas a las que amábamos más que a la propia vida, ¿hubiéramos podido esconder el miedo? No sabemos, pero es que nos damos cuenta de que cuando fuimos a otro hecho,

hemos ido también con personas que amamos más que a la propia vida, y cuando queremos concretar esto, es que nos damos cuenta de que Cuba, la Revolución, es la vida y es de ellos. Y por eso nunca vamos o hemos ido a un hecho parecido al del Moncada o similar, con personas que no quisiéramos profundamente. Después del Moncada recuerdo que vino un hecho tan parecido, como fue el 30 de Noviembre en Santiago. Para mí era todo como si fuera aquella noche en Siboney. También eran las nueve de la noche y Abel no llegaba. También aquel 29 de noviembre, cuando el 30 de noviembre veíamos a Armando y pensábamos si no lo veríamos más, como aquel 25 de julio veíamos a Boris y pensábamos si no lo veríamos más. Es muy difícil, pero muy difícil, ir a hechos así; si no se va junto a hermanos, si no se va junto a la vida y si no se va junto, también, al amor.

Después estuvimos en varios combates en la sierra, veíamos a Camilo, veíamos su sonrisa y pensábamos si aquella sonrisa se iría como se fue la de Abel. Inclusive después, en momentos bastante normales o por lo menos no clandestinos, después del 59, cuando estábamos frente al Che, cuando lo veíamos, también pensábamos: «¿Cuándo esa sonrisa nos dejará? ¿Cuándo nos faltará?». Era distinta a la de Abel, era una sonrisa distinta a la de Camilo. Tal vez la de Abel y la de Camilo eran más parecidas. La del Che era distinta, pero en momentos de trabajo, en momentos bastante normales, cómo sufríamos pensando que no podríamos tolerar vivir sin ver aquella sonrisa y nos parecía que iba a ser un dolor más grande. Todos saben que tal vez no debemos decir que perdimos aquella sonrisa, sino que se nos grabó para siempre a todos. No la olvidaremos jamás.

Con esto, compañeros, quiero decirles que, al hablar de momentos del Moncada, nunca mentimos. Tal vez por ser y decir lo que sentimos allí, lo que decimos aquí puede que no sea igual a lo que digan otros compañeros; pero, cuando se busca la verdad del Moncada, está en esos compañeros que no le fallaron al Moncada, está en los que quedaron en Santa Ifigenia o en cualquier pedazo de tierra de Santiago. Porque, aunque siempre decimos que están en Santa Ifigenia, eso no es verdad. En cualquier pedacito puede haber uno de ellos. Eso nunca nos preocupó ni nunca nos dio dolor, porque seguro que donde está, en ese lugar que enterraron a ese héroe, pensaron darle la peor de las sepulturas y tal vez esté hoy una mata de mariposas floreciendo encima de esa tierra, y a lo mejor nadie la sembró. Así que el Moncada es todo, el Moncada nos recuerda hasta esa flor tan cubana como es la mariposa.

El Moncada son los que fueron, los que quedaron y los que quedarán eternamente, que fueron los que quedaron aquel día allí. Es todo lo que llegó después, es el Che, es Camilo, es el pueblo, es la Revolución, es Fidel. Hay algo que no podemos imaginar y es tener un Moncada sin Fidel. Porque siempre le

hemos dejado lo peor a él. En el Moncada quedaron pocos, y la confianza de que él buscaría más. En la Sierra quedaron pocos y la esperanza de que él buscaría más, y hoy con esta Revolución, la esperanza de que él sabe encontrar siempre la verdad del pueblo. A Fidel le ha tocado la peor parte. Nos hemos acomodado de tal manera al sol, que vivir sin el sol es para nosotros casi imposible, y eso es una cobardía también. Pero, de verdad, después de haber estado cerca del sol, ¿cómo vivir en la Siberia?

Bueno, compañeros, yo creo que si seguimos así, empiezan nuestras imágenes y no le vamos a dar tiempo a ustedes a que pregunten lo que quieran saber, porque nos da trabajo empezar a hablar y después, más que a hablar, empezar a recordar. Si seguimos recordando pues, recordamos para nosotros. Tal vez los recuerdos que van surgiendo nuevos. Quisiéramos mejor, como decía Retamar, que preguntaran, para no seguir hablando tal vez cosas tan abstractas y que para mí son tan reales, porque cuando hablo para ustedes hablo y nada más puedo hablar una sola vez, porque tenemos una sola lengua, pero en cambio podemos hablar mil cosas, aunque hablemos una. Entonces preferimos, como decía Retamar, que empiecen a preguntar.

[Silvio Rodríguez pregunta sobre el Comandante en Jefe Fidel Castro]

A nosotros se nos hace bastante difícil porque, aunque a ustedes les parezca casi imposible, o que lo estoy diciendo por comodidad, realmente para nosotros Fidel es hoy el mismo, no hay diferencia en él, porque si ahora las cosas son más grandes es porque Cuba es de nosotros, pues Fidel puede hacer cosas más grandes. Si ahora las cosas son más grandes, es porque en vez de tener una conversación de trabajo, sobre un proyecto, con un grupito pequeño de compañeros y en un apartamento pequeño, pues probablemente la tenemos en un salón grande y con muchos compañeros y las ideas son más grandes. Pero también si comparamos los momentos, la personalidad de Fidel y el papel que Fidel jugó en aquel momento, para nosotros es el mismo que juega hoy aquí. De la personalidad de Fidel siempre recordamos el optimismo, pero es que ese mismo optimismo lo tiene hoy.

A nosotros nos parecía en aquellos días, y en aquel día, que si Fidel estaba –y lo hemos dicho varias veces–, no importaba lo demás. Eso lo hemos dicho otras veces y es algo realmente sincero y sentido. Eso quiere decir que la personalidad de Fidel embriagaba como la de hoy. Es su personalidad, su optimismo, que nunca había una derrota. Fidel de cada derrota saca un hecho victorioso. Hasta de una derrota en planes de la agricultura, que son tremendos. Porque trabajar un año, seis meses, diecinueve meses; hacer sudar a miles de hombres y después ese plan falla por un motivo u otro, por un ciclón, por

cualquier otra cosa, nosotros nos sentimos verdaderamente destruidos. Y hablamos con Fidel, oímos a Fidel y vemos que saca de eso un éxito, un triunfo. Recordamos, cuando el Flora, la amargura.[65] Una de las amarguras de Fidel cuando el ciclón Flora fue por las muertes. Y decía: «Eso no puede repararse con nada, pero esto es también una experiencia para que no ocurran otras muertes». Y de ahí empiezan a surgir las represas. Y cada vez que Fidel habla del ciclón Flora dice: «Si no fuera por tantos que murieron tal vez no nos hubiéramos dado cuenta de la importancia de las represas». Cada vez que se pierde una cosecha también saca de eso un triunfo, porque empieza a ver por qué se perdió, qué falló, y habla con aquel optimismo: «¡Pero no nos fallará más, porque el fallo está aquí!». Naturalmente, eso es casi a diario. Porque construir un país, trabajar para comer es algo bastante doloroso. La vida sería mucho más agradable si se pudiera trabajar en otra cosa que no fuera en la producción directa para poder comer, pero qué remedio nos queda. Cuando algunas veces le hemos expresado eso se queda pensando y dice: «¿Tú no crees que si no fuera por eso hubiéramos dejado de aprender muchas cosas?».

Por eso yo recuerdo, Silvio, yo te puedo decir que la personalidad de Fidel en aquellos días yo la veo tan parecida a la de hoy, a pesar de que aquellos eran otros momentos. Pero lo vemos igual, su mismo temperamento, alegre, violento, contento, pensativo. Cuando le hacemos una pregunta lo vemos contestando o muchas veces no contestando. En aquellos días, cuando no contestaba, pensábamos que era distraído y después que aprendimos a conocerlo sabemos que no es distraído, que no contesta porque no quiere o porque lo que le preguntamos él mismo no lo tiene bien definido, pero es igualito. El que hoy no conozca bien a Fidel y le pregunte una cosa y él siga caminando, con su tabaco, como siempre, piensa que es que no oyó. Eso nos pasaba en aquellos días a nosotros cuando lo conocimos. Después, cuando pasaron los meses, nos dimos cuenta de que siempre oía. De eso nos dimos cuenta porque muchas veces en aquellos días, cuando preguntábamos algo y no contestaba, las primeras veces pensábamos que no nos había oído, que era distraído, y al cabo de tres o cuatro meses, nos contestaba aquello que le habíamos preguntado. «¿Te acuerdas de aquello que tú me preguntaste?». «Yo creí que tú no me habías oído». «Pero yo no soy sordo». «¡Ah, como no me contestaste!». «¡Ah, eso es otra cosa!».

[65] El huracán Flora, catalogado como la segunda mayor catástrofe registrada en la isla de Cuba, llegó el 3 de octubre de 1963. Se movió por toda la región oriental de la isla; hizo un lazo sobre las actuales provincias de Las Tunas, Granma, Holguín y Camagüey. Las torrenciales lluvias asociadas a él causaron inundaciones nunca antes vistas y provocaron la muerte de aproximadamente dos mil personas y graves daños materiales.

Entonces empezamos a conocerlo, y hoy es igual. Le preguntamos una cosa y muchas veces lo que hace es hacer otra pregunta. En vez de contestar nos hace una pregunta de una forma que no nos damos cuenta de que no nos contestó. Y cuando pasa el tiempo –hay veces que hasta años–, porque eso recuerdo que pasó; dos años pasó de una cosa que le pregunté y un día me dice: «¿Tú te acuerdas aquella vez que en tal lugar me preguntaste?». Entonces nos contesta ampliamente sobre aquello. Así mismo era en aquel momento y así yo creo que sigue siendo hoy. Todo el mundo se va transformando, porque si él no evolucionara, pues sería también un conservador, porque imagínense, se mueve, anda, no puede estar estático. Van las ideas y las cosas precisándose. Muchas ideas de aquellos días no las teníamos precisas ni con él mismo, y él las va precisando. Yo creo que es que llegó el momento, pero antes no las precisaba.

Yo no recuerdo de la personalidad de Fidel nada que no sea igual que hoy. Y no es porque me sea familiar, porque hoy Fidel es para mí como para ustedes o tal vez un poco más difícil que para ustedes, porque día a día se hace más grande, día a día se nos crece tanto, que en vez de pasar los años y sentirnos más junto a él, no es así, y cuando digo junto a él no quiero decir que no nos sentimos junto a él hasta el infinito, sino que nos es difícil llegar en el mismo sentido que es difícil llegar al sol. Porque para ustedes, no sé, pero para quienes tenemos la oportunidad de verlo tan de cerca siempre decimos que las comparaciones no son correctas y no son buenas, pero no sé por qué tenemos la costumbre y se nos hace difícil no hacer comparaciones. Piensen que ustedes hubieran tenido la oportunidad de conversar con Martí. Casi seguro que, si hubiéramos sido medianamente inteligentes, más que conversar hubiéramos escuchado. Y eso nos pasa a nosotros con Fidel. Muchas veces vamos pensando que le vamos a decir esto y esto otro, y Fidel empieza a conversar y lo que vamos a decirle resulta tan pequeño que es mucho mejor escuchar para poder entender y aprender. Por eso decimos que se nos hace lejano, como se nos puede hacer lejana la palma, que miramos hacia arriba y la vemos alta, pero estamos junto a ella y no permitimos que la corten, pero la vemos muy alta, no podemos alcanzar las ramas, aunque sí las sentimos. Y muchas veces sentimos también cuando se cae una hoja, de esas secas, y nos cae por aquí. Eso también nos pasa con Fidel. Concretarte algún rasgo distinto en su personalidad, no puedo. ¿Ya más nadie quiere preguntar?

[Eduardo López Morales hace una pregunta inaudible]

Fíjate, para responder eso, casi tuviéramos que estar aquí todos, porque cada uno lo conoció de una forma y cada uno tenía también una tarea. Claro, después fuimos conociendo, después del hecho conocimos las tareas de todos,

pero también lo han conocido ustedes. Ahora, yo les diría, que aquel momento fue tan parecido a hoy. Nosotros recordamos aquí momentos difíciles, como la Crisis de Octubre, y muchas veces tenemos que imaginar cosas, aunque puede que considere que sabemos todo. Muchos compañeros no sabemos mucho, tenemos que imaginar, porque es que yo creo que en estas cosas lo que sucede es que no se puede decir: «Esto va a ser así, así y así». Y Fidel no tiene esa costumbre. Es muy difícil oír a Fidel decir esto va a ser y tiene que ser así, así y así. Pocas veces, yo creo, no recuerdo, que le he oído decir eso. Fidel tiene la costumbre, o su forma de trabajo, de ir precaviendo con anticipación, pero esa preocupación va teniendo sus etapas. Él no dice, como cuando la Crisis de Octubre o cuando muchos momentos difíciles aquí, vamos a acuartelarnos así, así y así. Él dice, vamos a movilizar al ejército, vamos a movilizar esto, porque yo creo esto. Nosotros vamos un poco adivinando, según vienen los acuartelamientos, según vienen las noticias, según el gesto, según la noticia que lee, según el cable que llega de la AP o la UPI, cuando lo lee, el gesto, la forma, cuando se queda callado. Nosotros vamos adivinando muchas cosas, eso nos pasaba esos días. Hablo, en el caso mío, muy especial, porque yo no puedo hablar cómo sería con otros compañeros. Yo estaba bastante enterada de todo, más que porque se me informara, porque allí sucedían las cosas, porque allí estaban las reuniones en ese apartamento y porque si yo veía que salían de allí, seis, diez, quince muchachos y regresaban después todos llenos de fango, yo sabía que iban a practicar, porque habían ido limpios y venían llenos de tierra colorada. Entonces pensaba que no iban solamente esos quince, que en otro lugar estarían más y más, pero a mí no se me informaba cuántos eran. Yo sabía los que iban al apartamento de la calle 25, pero me imaginaba que, en otros lugares, había otros puntos de reunión. Entonces así íbamos un poco armando nosotros también un rompecabezas, ¿no?

También sabíamos que iba a haber un hecho, que había que estar preparado para cualquier momento. Eso lo sabíamos; ahora, ¿cuándo iba a ser el hecho?, nosotros lo íbamos adivinando poco a poco. Tenía que casi no interesarle aquello a uno para no estar muy despierto y ver qué iba a pasar. Entonces, si Abel faltaba, como dos o tres veces que faltó, cuatro, no me decían dónde había estado, pero había estado seis o siete días en un lugar, o yo no sabía si había sido en varios lugares; pero la segunda vez ya no me engañó, porque me trajo una cosita de Santiago de Cuba, un *souvenir*. Después me trajo una de las famosas raspaduras con marañón que se hacían allá. Eso también era de Santiago de Cuba; y después me traía un pan de Caracas. Entonces yo imaginaba: «Fue a Santiago y cuando pasó por Camagüey compró el famoso pan de Caracas de Camagüey», que ustedes saben que se vendía en los lugares de las guaguas, en los lugares que se paraba. La primera vez, yo pensé: «Iría a recorrer eso». Pero la segunda vez, cuando vi la misma cosa, que me

volvían a traer la famosa raspadura con marañón, me decía: «No, por Camagüey nada más que pasó». Porque yo sabía que en esos lugares se vendía el pan de Caracas, y así íbamos imaginando y completando nuestro rompecabezas. Pero que se nos dijera, no. Eran muy pocos los que sabían dónde iba a ser el hecho, cuándo iba a ser y cómo iba a ser. Inclusive, los pocos que lo sabían, lo iban sabiendo poco a poco, según la necesidad. Se iba enterando cada compañero cuando era necesario que se enterara, porque tenía que participar en algo concreto. Entonces, ya yo adivinaba detalles con Abel. Después con Ernesto [Tizol], que era una presencia asidua en la casa. Cuando Ernesto faltaba un día era muy raro. Cuando faltaba tres o cuatro días, esa cosa que no sé si la tenemos todos; es algo muy de... una cosa muy femenina, de querer saber por qué. No sé por qué pasa, pero yo creo que eso se desprende mucho más de la mujer que del hombre. También en nosotros había, realmente, más que un deseo de saber, una enorme preocupación.

La preocupación por Abel en nosotros era una cosa constante. Muchas veces queríamos descubrir [lo que sucedía] porque nos parecía que podíamos cuidar más a Abel. Pues cuando Ernesto faltaba cuatro o cinco días, y volvía, yo le decía: «¡Eh! ¿No me trajiste nada?». Se quedaba un poquito azorado, entonces él se imaginaba que yo sabía que él había salido, y decía: «No, realmente, qué te iba a traer si tú sabes que no hay tiempo». Yo le contestaba: «¡Pues haberme traído aunque fuera pan de Caracas!». Él decía: «Bueno, es porque yo, la verdad, cuando crucé por allí no me quería..., tú sabes que yo no soy como Abel, él se detiene tan campante, compra un pan de Caracas, conversa con el que hace el pan de Caracas, le pregunta cómo se hace. Yo no, tú sabes que cuando agarro la máquina arranco que me parece que cualquier conversación que tenga puede ser indiscreta. Tú sabes cómo es Abel, que a él, si le dicen cómo se hace, se queda una hora escuchando cómo se hace. Yo no soy así». De esta manera ya iba yo sabiendo que él pasaba por allí. Y así se nos iban aclarando una serie de cosas. Otras veces, realmente, Abel y Fidel no se ocultaban de nosotros para hablar. Pero entonces era yo la que me iba, porque entonces me entraba un tremendo miedo de saber. Ahí está también la cobardía, cuando hablamos de valor. Muchas veces se ponían a hablar Fidel y Abel, con aquellos deseos que yo tenía de saber qué era, de la protección de ellos, de saber... Pues cuando empezaban a hablar delante de mí, yo me iba porque no quería saber. Y no quería saber porque tenía miedo de saber si yo llegaría con el mismo valor hasta el final. Si yo no me arrepentiría al final, si en algún momento me llevaban presa, si yo era capaz de hablar. Así que, muchas veces, nos enterábamos más cuando no lo oíamos directamente, cuando íbamos empatando nosotros las cosas. Porque cuando lo íbamos a oír directamente nos entraba ese terror de que les he hablado antes.

En cuanto al contacto con Fidel, yo no puedo precisar exactamente qué día Abel conoció a Fidel, nunca se lo he preguntado a él. Porque Fidel me

ha hablado a mí de Abel en tres oportunidades. La primera fue cuando llegamos a la cárcel de Boniato para decirme: «Yeyé, Abel anda huyendo por las lomas». Que fue cuando yo le dije: «No, a Abel lo asesinaron». Nunca más, nunca más Fidel me volvió a hablar de Abel; es más, no recuerdo que pronunciara el nombre de Abel delante de mí. Entonces a mí me era difícil, me es difícil empezar yo a hablar, a decirle: «¿Qué día tú conociste a Abel?». El día que me dijo en Boniato aquello, Fidel no sabía lo que había pasado, me vio y creyó que Abel... entonces me quiso... él realmente no sabía si Abel había podido huir o no, pero en ese momento, creo yo, quiso darme una tranquilidad. Creo que fue por eso, porque cuando le dije lo otro se quedó paralizado. Y la otra vez que me habló de Abel, yo creo que fue hace dos o tres años. Fue el día que Fidel cumplió cuarenta años. Él hacía bastante tiempo que no veía a Celia María, mi hija, porque como él acostumbra a ir siempre a deshora a las casas, a cualquier hora, o la veía durmiendo o no la veía. Y si él no lo pedía, yo no lo decía. Y el día que cumplió cuarenta años, yo sentí casi la necesidad de mandarle a mis hijos. Yo siempre trato de que mis hijos no vayan a ver a Fidel, porque no quiero que en ellos, en mis hijos, eso se haga una cosa muy normal, muy natural. Y quiero que ellos vean a Fidel como lo ven los demás niños. Pero ese día Fidel cumplió cuarenta años y, yo no sé, sentí necesidad de mandarle a mis hijos y lo hice. Nosotros íbamos a comer con él, y yo llevé a los niños. Yo no acostumbro hacer eso nunca, no por Fidel, sino por los niños. Pero, repito, ese día los llevé y ellos iban tan emocionados como cualquier niñito de la calle que nunca ve a Fidel, y cuando digo de la calle, digo, de nuestra calle. Entonces yo les dije a Celia María y a Abel: «Corran allí y feliciten a Fidel, denle un beso». Abel Enrique es un niño un poco tímido y dice: «No, yo no voy», apenado. Celia María que es muy, como es ella, fue enseguida y le dio un beso y lo agarró y le dio un abrazo. Entonces Fidel se le quedó mirando, y Celia le dijo: «¿Pero tú no la conoces?». Se quedó así, mirándola así. Yo estaba escondida, porque si me veía a mí se daba cuenta quién era la niña y yo quería ver. Y dijo: «Bueno, yo sé que es de Aida o de Haydee o de algo porque, Celia, esta niña es igualita a Abel». Entonces cuando dijo eso yo salí, y me dijo: «Pero, Yeyé, ¿tú no te has dado cuenta de que esta niña es igualita a Abel?». Dije yo: «No». «¿Pero tú no te das cuenta?, pero ¿cómo es posible?». «No, yo, bueno...». Entonces cogió a la niña, la cargó, la miró, no le hizo caso a Abel mi hijo casi. Para que el niño no se diera cuenta tuve un poco que hacer allí. Entonces la cargó, le buscó la muñeca, la miró y dijo: «Yeyé, vira un ojo igual que Abel, hay que llevar a esta niña al oculista, vira un ojo igual que Abel». Le dije a Celia: «Pero este la ha visto tan igual a Abel que dice que la niña vira un ojo, y yo que soy su madre no me he dado cuenta». Me eché a reír. Y repetía: «Vira un ojo», pero yo no le hice caso. Y a los dos o tres días manda Celia a buscar la niña para que se la llevara al Dr. Durán, porque yo no le había hecho

caso y la niña viraba un ojo igual que Abel. Y efectivamente, viraba un ojo igual que Abel, y la niña ya está operada. Tengo la seguridad de que Abel tuvo lo mismo que la niña, que no es que tuviera algún problema de estrabismo, sino que la niña veía con un solo ojo, con uno o con otro, pero con los dos al mismo tiempo no veía. Digo esto para que vean hasta dónde se fijó. Que yo no me fijé y él sí. La vio igualita a Abel y fue la vez que me habló de Abel. Y ahora, hace unos días, en Camagüey, que la niña estaba allá con sus espejuelitos, él jugó con ella y le dijo: «¡Mira qué linda luces con los espejuelos! Yo también me pongo espejuelos» (porque la niña rechaza los espejuelos), y entonces se los quitó así y dice: «Pero luces más linda con espejuelos». Eso, para que la niña se embullara y entonces volvió otra vez para Armando y le dice: «Óyeme, pero esta sí es verdad que no vengas a decirme que tiene algo de ustedes, porque esta es igualita a Abel. Porque el niño se parece a Armando, pero esta es igualita a Abel». Entonces miró para mí y dice: «¿Y tú no la sigues encontrando igual a Abel?». Dígole: «Bueno, Fidel, yo no sé si es que tú me lo has dicho, pero ahora es que le voy encontrando cosas igual a Abel».

Con todo lo que hemos hablado de Abel en nuestra vida, nunca le he preguntado, nunca he precisado con Fidel qué día Abel lo conoció. Yo sí recuerdo el día en que él me vino hablando de Fidel. Pero no sé si lo conocería ese día, dos días antes, dos días después. Con los demás compañeros sucedió algo un poco parecido, sé que el contacto fue siempre en la Universidad o en el Liceo. Pero qué día y cómo fue, no sé. Fue ocurriendo como algo tan natural. No sé bien, nos reuníamos en la Universidad, entonces o Abel o Fidel me decían: «Mira Yeyé, este compañero va a ir mañana a la casa a tal hora, tú no salgas». Yo nunca lo había visto antes, y me decía: «Fíjate bien, para que cuando llegue mañana que espere allí». Entonces yo esperaba, no salía, esperando al compañero ese. Cuando llegaba a la casa, era una cosa muy natural. Por eso, yo sé cuándo Fidel llegó a la casa, pero no sé cuándo se vincularon. Lo que iba surgiendo era una cosa muy natural y lo vi tan natural así, como el que va creciendo, como un niño que uno no se da cuenta de cómo crece. Hoy veo a mis hijos que ya caminan, corren y saben leer y me acuerdo de cuando los recibí, cuando nacieron y no me los imagino. No sé, algo así pasaba. Iban surgiendo cosas muy naturales en eso. Como en el caso de Renato [Guitart], que lo vimos una sola vez y nos dijeron que no me fuera del apartamento. Recuerdo que Renato tenía una mancha en la cara, y yo en ese momento enseguida consideré a Renato como que era una persona muy importante, aunque nadie me lo dijo. Pero yo no sé por qué me hice la idea de que era muy importante, porque nunca lo había visto. No lo había visto en la Universidad, no lo había visto en el Partido Ortodoxo. Lo vi muy seguro de sí mismo, muy firme. Luego, aquella mancha le daba una cierta cosa que no lo olvidaba uno. Entonces para mí que era una persona muy importante y eso nadie me lo dijo.

Sabía que era muy importante porque nunca más apareció. Hasta que llegué a Santiago de Cuba y me lo encontré en la estación, terminal, como le dicen, esperándome. Y así van surgiendo en nosotros las cosas, haciéndonos idea. Casi siempre resultaban ciertas, porque no partían de una cierta imaginación sino de una serie de detalles objetivos.

¿Que cuándo iba a ser el hecho? Tampoco lo sabíamos muy evidentemente. Nosotros fuimos a la casa de nuestros padres, porque acostumbrábamos a ir a menudo Abel y yo. Pero ese fin de semana, Abel me dijo: «Prepárate que vamos a ir a la casa este fin de semana». Entonces yo no tenía deseos de ir ese fin de semana a la casa, porque yo había preparado una salida con Boris y no tenía ningún deseo de ir. Dije: «¡Ay, Abel!, yo no tengo deseos de ir, yo me voy a quedar en casa de Melba». Yo pocas veces dejaba de ir a la casa, pero es que nos habíamos preparado para ir a algún lugar, algo que era muy importante para nosotros, y yo le dije: «Yo prefiero quedarme». Y Abel, que era muy comprensivo en esas cosas, cuando sucedían, dice: «No, no, no, prepárate que vamos, no te quedes, vamos». Yo no sabía qué día era, pero entonces ya yo sabía que la cosa se acercaba y que íbamos a la casa a decir un adiós o algo, a ver a nuestros padres. Tanto fue así, que ese día en el central se me fijaron cosas, esos dos días que pasamos allí se me fijaron cosas del lugar donde yo había nacido, me había criado y me había ido haciendo mujer. Descubrimos cosas ese día en el central que nunca habíamos visto. Descubrimos cosas en las que yo no me había fijado. Y no cabe la menor duda de que yo me daba cuenta de que era un adiós a ese pedacito de tierra que cuando uno es niño llega a ser la patria de uno, el lugar donde se nace. También yo, que no he cambiado mucho, discuto mucho, soy muy apasionada, sobre todo con mi mamá, eran pocas las veces que yo me la encontrara, que no tuviéramos discusiones violentísimas o que lucían violentas por la forma de discutir yo y discutir ella. Por eso muchas veces les he dicho a ustedes mismos: «Oye, cuando yo hablo así, no crean que es que me estoy imponiendo, sino que es una forma, que soy así». Y aquel día recuerdo que no tuve una discusión con mi mamá, ni con mi papá. Tanto, que mi mamá se quedó un poco sorprendida, porque mi mamá es parecida a mí en eso, y yo: «Sí, mamá, sí, bueno, sí». Hasta se asombró y comentó con Aida: «Y mira como está Haydee que todo le viene bien. ¡Óyeme, qué bueno, cómo ha cambiado!». Claro, ella quería que yo cambiara, porque mi mamá quería que a todo yo le dijera que sí. Todavía hoy quiere que a todo le diga que sí. «¡Y cómo ha cambiado!, ¡qué bueno, caramba!», parece que, porque yo que en eso me parezco a ella, en mí era un defecto. Pero no se da cuenta de que ella es igualita que yo en eso y quería que yo fuera de otra manera, y yo muchas veces hoy se lo digo: «No, porque tú sigues siendo igual». Digo: «Pero no, no, vamos a ver si tratamos de cambiar las dos, porque somos igualitas». Y ella estaba de lo más feliz porque yo había cambiado.

Y a mí me daba aquello un sentimiento y me daba una pena de no haber sido otros fines de semana así con ella, ¿no? Claro, todo el que discute se cree que tiene la razón. Pero siempre que discutíamos era por problemas políticos, por cuestiones de Abel, pero yo en aquel fin de semana hubiera deseado tanto haber actuado igual que en muchos fines de semana. Digo esto para que te des cuenta como ya, sin Abel decirme a lo que íbamos, en la actitud mía se veía que yo entendía perfectamente que todo esto ocurriría, que no tardaría. Porque yo misma cambié en el central, en todo, en descubrir cosas nuevas, en ver cosas nuevas, en querer ver a todo el mundo. Unas veces yo veía a una gente, otras veces otra; pero ese día yo quería ver a todo el mundo allí, a todas esas personas. Todas las personas, las más viejitas. Me daba cuenta de que la cosa ocurriría rápido.

Así, nos íbamos preparando. Yo me daba cuenta del aprieto de dinero tan enorme que había; cómo vivíamos en los primeros tiempos en La Habana Abel y yo, y cómo vivíamos después. Ya del dinero de Abel no se podía ni pagar el alquiler, porque estaba comprometido hacía mucho rato; pero me daba cuenta de muchos detalles: que él le pedía a la familia, lo que nunca hacía antes. Si siempre daba y nunca pedía. Abel era una persona que no se sentía angustiado, nunca lo vi angustiado. Y, por último, me di cuenta de que se aproximaba la cosa de una manera tremenda, porque había que poner unos cheques en el banco, para que no luciera una estafa por parte de Abel, y no se pusieron. Entonces yo me daba cuenta, porque algunas veces íbamos nosotros mismos a reponer, yo veía que llegaba el lunes que había que poner un dinero en el banco y no lo poníamos. Cuando me mandaron a tomar el tren y me dijeron: «Te vas a encontrar con Abel», yo sabía de sobra que era en Santiago y nadie me lo había dicho. Pero antes de que me dijeran eso, una mañana, yo sabía que la cosa se aproximaba porque siempre se cuidaba mucho de los compañeros que, como Abel o Gildo [Fleitas], podían sacar dinero del banco, porque eran tesoreros de una compañía. Se tenía cuidado de reponerlo, y yo me di cuenta de que no se reponía ese lunes. Yo no sé si a los otros compañeros les pasaba igual, creo que les debió haber ido pasando igual. Entonces no había que hablar mucho para irse dando cuenta de las cosas. Un día antes o el mismo día o el mismo minuto, surgía la tarea, se daba la misión. Me decían: «Óyeme, Haydee, ustedes van a hacer esto, ustedes van a hacer lo otro, ustedes, o tú vas a hacer esto». Cuando nos decían ustedes, yo sabía que podíamos ir Boris y yo, y cuando me decían tú, yo sabía que tenía que ir sola, no podía ir Boris. Me decían: «Haydee, ustedes pueden». Entonces yo llamaba –«Oye, Boris, ven»– e íbamos a tal lugar. «Oye, tú», y yo sabía que no podía ir Boris. Te digo esto para que te fijes cómo no había que hablar mucho para uno irse dando cuenta de todas las cosas, ¿no? Que, inclusive, Boris no sabía cosas de aquellas en que yo participaba sola. Yo supongo que a Boris le sucedía igual y nunca lo hablamos. Nada más que, si él no llegaba: «¡Eh!

¿Y cómo es...?». «No, tuve que hacer un trabajo ahí». Y nunca le pregunté: «¿Por qué no me viniste a buscar?». Porque sabía que le había pasado lo que me pasaba a mí muchas veces, y así iban ocurriendo las vinculaciones, las tareas. Yo no sé cuántos sabrían todo, yo no creo que todo lo sabrían muchos.

Mira, cuando a mí me mandaron a ir por Santiago de Cuba, no me dijeron para Santiago de Cuba, me dijeron: «Prepárate esta noche que vas a tomar el tren». Y yo sabía que era para Santiago de Cuba y entonces yo dije: «¿Se lo puedo decir a Melba?». Dice: «Sí, sí, dile que vas a salir». Entonces fui y le dije: «Melba, me voy». Dice: «¿Pero me vas a dejar?». Digo: «No, pero no sé, me mandan ir». Porque Melba y yo siempre vivíamos en la angustia de que nos fueran a dejar en el momento del hecho. «Entonces, y a ti, ¿te van a dejar? Pero oye...». Digo: «Bueno, yo no sé». Con toda esa angustia ni ella se atrevió a decir: «¿Por qué mandan a Haydee y a mí no me mandaron?». Ni yo me atreví a decir: «¿Y Melba no va a ir?». Entonces era así. Días antes de irme, Fidel vino por casa de Melba. Yo me fui para casa de Melba cuando Abel se fue para Santiago, y parece que él me encontró, no sé, porque me dijo: «¿Y tú por qué estás triste?». Dije: «No, si yo no estoy triste». «Sí, verdad, tú estás triste, pero Abel está bien. Además, ponte contenta que dentro de muy poquito te vas a reunir con él». Entonces, eso mismo, yo no me atreví a decírselo a Melba, y realmente Melba y yo éramos... siempre estábamos al acecho de las cosas, para adivinar cosas, pero ni eso yo me atreví a decírselo a Melba. Así iban sucediendo las cosas. Parece tan difícil hoy que eso fuera así, pero era así. Bueno, para qué les voy a hablar de que había organización, cuando pudimos hacerlo. Para qué les voy a hablar de que había discreción si lo pudimos hacer, y no solamente discreción, sino organización, porque si no, no se puede hacer. Pero ocurría así, no ocurría como nos sentamos hoy en el Consejo de Dirección, así no ocurría. Nunca vi preocupaciones de que un compañero pudiera traicionar o no, no lo vi. Había realmente una confianza en todos, pero tampoco preocupación en los compañeros porque imaginaban que alguien sabía una cosa y otros no. Miren, a mí ningún compañero me preguntó dónde estaba Abel. De los compañeros que yo sabía, fijo, que no sabían dónde estaba Abel, porque estaban igual que yo, llegaban y no veían a Abel. Entonces no ocurría como cuando él no llegaba a comer, que me decían: «Y Abel, ¿tú no sabes si Abel demorará?». Yo decía: «Bueno, no sé»; me lo preguntaron el primer día, y yo dije: «No, Abel viene a comer». Y eso, no sé, bastó para que ni Boris me preguntara más. Cuando me fui para casa de Melba, le dije a Boris: «Me voy para casa de Melba». «¿Y por qué?». «Porque Abel no está aquí». «¡Ah!». No me preguntó si muchos días; los demás compañeros que yo sabía que no sabían dónde estaba Abel, ninguno me preguntó: «¿Dónde está Abel, Yeyé?». Inclusive, yo notaba que iban más a menudo a verme, que ellos sabían que yo estaba, sabían que yo no sabía bien tampoco

y que seguro tenía una preocupación, porque si ellos la tenían, yo tenía que tenerla más grande. Trataban de ir, conversar, salir, pero ninguno preguntaba, ninguno me dijo a mí: «¿Dónde está Abel?». Así es que la organización es un poco difícil para mí explicarla, chico. Tal vez para Fidel no sea tan difícil.

Pero así, decir: tú tienes esta responsabilidad, tú esta, tú esta, tú esta y tú esta. Yo creo que estaba definida esta responsabilidad en algunos compañeros. En Renato que tenía que hacer un hecho. La tarea más importante de Renato era buscar los planos del cuartel, las posiciones, así que a lo mejor Renato sabía eso y no sé si no sabría otra cosa. A lo mejor no sabía el tipo de armas que íbamos a llevar, no sé, ¿te das cuenta? Así que es un poco difícil de hablar así de una organización como fue después, porque después, cuando ya es Movimiento 26 de Julio, nace de otra manera la organización, empezando que nace con un nombre, nace ya con una dirección y nace con militancia y con dirección, así que, aun después, el 26 de Julio ya fue otra cosa completamente distinta. Nosotros decimos el Movimiento y el otro día mismo yo lo leí, y me reía, porque inconscientemente dijo el Movimiento, porque nosotros no nos llamamos ni movimiento. Nosotros decíamos los muchachos, yo decía los muchachos. Esa palabra de movimiento no recuerdo haberla oído nunca cuando la preparación del Moncada, eso surge después del Moncada, tal vez después que salimos Melba y yo de la cárcel, cuando ya sí Fidel nos empieza a hablar de organizar un movimiento y que debemos localizar a la gente que está en el exilio, aconsejar que se vayan reuniendo todos en puntos, que no vayan a ir a lugares donde puedan caer presos. De los compañeros que fueron para el exilio como Ñico [López] y algunos otros que eran de absoluta confianza, y que se fueran reuniendo en un punto. Ya de allí sí surge: hay que organizar un movimiento, empiecen ustedes en la calle, organicen un grupo para hacer *La historia me absolverá*, y el grupo que va a hacer *La historia me absolverá* que no sea el mismo que la va a repartir. Ya ahí sí empezamos, inclusive, antes de Fidel salir de la cárcel, a trabajar con la idea de una organización como movimiento. Aquello otro yo no diría que no era una organización, porque yo les aseguro que en aquellos momentos era difícil hacer un Moncada sin una organización. Ahora bien, surgía distinta, era distinta, pero muy, muy distinta. Si tú le preguntas a otro compañero a lo mejor ve las cosas distintas, pero yo tengo casi la seguridad de que era así.

Yo creo que, inclusive, en eso, casi todos los compañeros, o todos los que conocieron a Abel últimamente, están de acuerdo conmigo. Porque optimismo como el de Abel, pocas veces he conocido. Abel era una persona optimista, pero un optimismo ligado a la alegría. Abel era muy alegre, pero muy alegre, y todo le interesaba. Tenía una capacidad para que le rindiera el tiempo que le permitía estar dos horas oyendo decir a cualquiera cómo se hacía cualquier cosa. Tenía una cualidad, no creo que era la mejor, la más sobresaliente en

Abel. Era de un espíritu de justicia y de comprensión muy grandes. Muy comprensivo, pero era severo, y lo respetaban mucho, lo querían mucho. Él siempre tenía una gran fe, por naturaleza. Yo creo que, así como se nace con los ojos azules o con el pelo negro, Abel nació así. Porque no hacía esfuerzo como quizás otros compañeros, que eran así porque sabían que lo mejor es ser así, porque había que hacer un esfuerzo para ser así. Abel no creía que nadie era malo, pero, sin embargo, no era un romántico. Cuando muchas veces se hablaba de alguien, se criticaba, él decía: «No, él no es malo». Y uno: «Pero Abel, para ti nadie es malo». «Nadie es malo», decía, «lo que sucede es que, mira, por esto y por esto es que actúa así y así». «Bueno, pero eso es haber actuado mal». «Sí, actuó mal, pero eso no quiere decir que sea malo. A lo mejor si se le llama la atención no actúa así, porque él no sabe que está actuando mal». Así Abel tenía siempre un problema porque se molestaba cuando alguien decía: «Es una mala gente». «Pero ¿por qué?», decía. «Porque hizo esto, ¿no?». «Pero hacer algo malo no es ser malo. Porque si una persona ha sido buena veinte años y hace una cosa mala, ¿por eso es malo?». Y decía: «Míralo al revés, ¿tú has conocido a alguien que haya sido veinte años malo?». Entonces yo le contestaba: «Batista». «Tampoco es malo». Yo le decía: «¡¿Cómo?!», y él: «¿Tú no te das cuenta de que Batista es una cosa formidable para nosotros? ¿Tú no te das cuenta de que si no hay Batista aquí nosotros seguimos bobeando tantos años sin decidirnos a hacer una cosa verdadera y real?». «Bueno, pero eso no quiere decir que Batista no sea malo». «Bueno, pero no es que no sea malo». Y entonces comenzaba a explicar la cosa de una manera dialéctica. Decía: «Bueno, será malo, pero mira, ha servido para una cosa buena; porque si Batista no da este 10 de marzo y no es tan malo y no lo odiamos tanto y no es una persona tan repulsiva, no estuviéramos tan conscientes todos de morirnos para quitarlo a él de ahí. Entonces, como resultado, Batista es una cosa que nos beneficia». «Bueno, pero ha sido veinte años malo». «Pero mira, ha hecho cosas buenas».

Y yo le decía a Silvio aquí adentro, cuando estábamos oyendo la grabación, que en nuestro pueblo había un negro que lo conocíamos por el Chinogato, desde que nacimos era el Chinogato, y no sé cuántos años tendría. El Chinogato estaba siempre con un saco al hombro, barbudo, sucio, pidiendo, como surgen personajes en esos pueblos. Yo le daba una imagen como la del Caballero de París aquí, porque, además, los niños lo queríamos y él quería a los niños. Pero, en cambio, los niños nos metíamos con él, le tirábamos piedras, él nos mentaba la madre, nosotros le devolvíamos a él la misma cosa, pero a la vez había una comprensión y un cariño raro entre el Chinogato y todos los niños del pueblo, y el Chinogato y toda la gente del pueblo. Todo el que llegaba a ese pueblo lo primero que se encontraba era a Chinogato y no era una imagen bonita, porque era sucio, lastimoso, si tú le dabas zapatos no se

los ponía, si le dabas ropa la guardaba en un saco. Todo lo guardaba en un saco. El seguía con la misma ropa, yo creo que hacía veinte años que tenía la misma ropa. Le volvías a dar ropa y se la ponía, después la volvía a guardar en un saco y había veces que andaba como con cuatro sacos. Y cuando hablábamos de la gente mala, yo le decía: «Mira al Chinogato, tú dices que no hay gente mala; ¿por qué es así el Chinogato?». Decía: «¿Pero cómo tú vas a decir que el Chinogato es malo?». «Pero ¿qué tiene de bueno el Chinogato?». «¿Tú te imaginas a Encrucijada sin el Chinogato? ¿Tú no te das cuenta de que Encrucijada no puede ser Encrucijada sin el Chinogato? El día que se vaya a hacer la historia de este pueblo tenemos que hablar del Chinogato». Yo le decía: «¿Y tú crees que ese es un ejemplo bueno para los niños?». «¿Y por qué los niños van a imitar la parte mala de Chinogato?, ¿y por qué no ven que cuando él se encuentra un niño por ahí lo lleva a su casa?». Abel tenía esa imagen del ser humano siempre. Él no consideraba que era difícil transformar al hombre, porque él partía de que el ser humano era bueno. Inclusive en el hospital, ya en el Moncada, cuando las enfermeras me decían que nosotras éramos buenas, yo le decía: «Tú te fijas Abel, ¿qué buenas son esas enfermeras?». Él decía: «¡Pero claro!». Yo le decía: «Bueno, pero los que están combatiendo allí no». «Los que están combatiendo allí son malos, pero ¿por qué son malos?». Abel tenía una fe, pero una fe tan grande en el ser humano, que él no perdía ocasión de captar hasta a alguien conocido de la tiranía. No perdía ocasión. En una de las veces que lo toman preso antes del Moncada, en esos tres o cuatro días que estuvo preso, hablaba luego de la cantidad de gente buena que se encontró. Primero en la estación de policía y después en El Príncipe. Y cómo habló con gente del Buró, y cómo lo entendían. Digo: «Si te entienden, ¿por qué no actúan distinto?». «Porque están en un callejón sin salida. Nosotros tenemos que buscarle la salida a ese callejón. ¿Qué tú quieres, que ellos la encuentren solos? ¡Ah, si todos los hombres supieran encontrar una salida, imagínate tú!».

Abel era extremadamente alegre y, una cosa rara, no recuerdo que nunca se desvelara por nada, ¡qué cosa más rara! Con tantas preocupaciones, con tantas cosas y yo no recuerdo a Abel desvelado, no lo recuerdo. El día 23 él llegó muy tarde, pero muy tarde, a las cinco. Y no llegaba y yo tenía una preocupación. Cuando llegó le dije: «¿Qué te pasó?». «No, que ha habido dos o tres fallitos ahí». Yo sabía que cuando él decía dos o tres fallitos la cosa no había sido tan fácil. Y díceme: «Me despiertas a las siete y media». Creo que eran las cinco y pico de la mañana; al rato fui al cuarto y digo: «¡Pero Melba, Abel está roncando!». «Pero cómo es posible», me dijo. Melba y yo, que no nos podíamos dormir, primero creímos que no dormíamos porque Abel no había llegado, le dije: «Pero después Abel llegó y no nos pudimos dormir tampoco», y Abel estaba durmiendo profundamente. A las siete y cuarto lo llamamos, se despertó, y pidió que le trajeran café.

Recuerdo que el primer día que yo llegué a Santiago de Cuba; esa mañana, tempranito, él me estaba despertando a las seis de la mañana para que yo viera Siboney. Y yo decía: «Pero cómo es posible, cómo es posible, qué hago yo con ver Siboney si a lo mejor ahora nada más que lo voy a ver, y para qué ahora». Él: «Pero ¿cómo no?». «Abel, estoy muy cansada». «Pero ¿cómo no vas a ver Siboney?». A las siete ya no podía más, porque ya no podía seguir durmiendo para que yo viera Siboney. Porque decía, iba a ver los paisajes más maravillosos que había sobre la tierra y yo no me los podía perder. Eso también les da una idea de que él nunca hablaba de que se iba a morir, nunca, nunca. Siempre hablaba de que dentro de tantos años esto, dentro de tantos años lo otro. Una alegría y una seguridad en él y en la persona que recibía de él la orientación. Uno sentía seguridad y una alegría. A Abel le gustaba bailar, le encantaba la música, pero no entonaba en lo más mínimo; pero cantaba como un loco, sobre todo cuando se estaba bañando. Uno lo mandaba a callar, porque, además, en el edificio lo mandaban a callar, y Abel cantando. La ventanita del baño estaba en una forma que se oía, lo mandaban a callar y él se reía y decía: «Es que lo que estoy cantando no me sale, tú verás este otro». Además, sufría por no cantar bien. Y lo inaudito, un libro malo lo leía y después quería que uno lo leyera. «Pero, mira, mira este libro qué malo es, léelo». «¡Pero si está malo!». «Pero léelo para que tú veas qué malo está». «Abel, por qué lo voy a leer si está muy malo». «Pero óyeme, mira Yeyé, es tan malo, tan malo, que por mucho que te diga lo malo que es tú no lo puedes creer. Léelo, no te lo pierdas». «Abel, yo no voy a perder el tiempo». «Léelo». Y yo no lo leía y estaba cuatro o cinco días detrás de mí a ver si yo había leído el libro: «Léelo, que esto es lo más malo que yo he leído en mi vida». Cosas inexplicables.

Yo aprendí un poco de eso, porque ahora yo soy de las que digo que me leo todos los libros malos para saborear mejor los buenos. Y cuando un libro era bueno, ¡no se imaginan ustedes! Había que leérselo, además, cuando descubría algo de Martí que él no había leído, había que escucharlo; y cuando alguien le decía, sí, sí, yo conozco esto. «No, pero espérate, deja, escucha. No, no, tú verás». Había que escucharlo, porque era como si él lo hubiera descubierto. Pero, además: «¿Ah, tú lo leíste? Pero tú verás que ahora te suena mejor, tú verás cosa más linda». Los versos de Martí eran una cosa que... y le decía: «¿Cómo no los voy a conocer Abel?». «No, ¿pero tú no lo has leído últimamente?». «Pero Abel, me acuerdo de aquello del "canario amarillo que tiene el ojo tan negro"». A él eso lo fascinaba; decía: «¡Pero escucha esto!». Lo leía, y yo le decía: «¡Ay Abel, si eso es una cosa vieja!, ¿no?». «Sí, pero hace tiempo que tú no lo lees, ¿no?». «No, pero es que yo me lo sé de memoria». «No, no, pero ven acá, ven». Entonces, cuando se paraba frente a una jaula, un canario –ustedes saben que en el campo todo el mundo tiene un canario, un tomeguín, algo–, él decía: «Pero fíjate si él tenía razón». Entonces yo le decía:

«Bueno, y qué quiso decir Martí con eso». «¿Cómo que qué quiso decir? Mira el canario. Fíjate, cuando tú miras el canario, ¿no te pones alegre? Cuando tú ves ese color tan lindo, ¿no te pones contenta? ¿Tú no ves? Oye, pero... ¡estás bruta!». «Pero ¿qué es eso Abel?». «Mira el canario. ¿No te dan ganas de reírte, no te dan ganas de bailar al ver el canario? Mira qué alegre es». «Eso lo entiende cualquiera». No te daba muchas explicaciones tampoco, yo no sé si él las tenía, pero llevaba las cosas así. Pero lo mismo se entusiasmaba con una ropa, una simple camisa, ya en las épocas difíciles se compraba una camisa. Él la encontraba tan linda, que se la regalaba a todos. «¡Qué linda es!» «¡Cógetela, bichote!». «No, no, chico, póntela tú». Llegaba el otro. «¡Ay, qué linda!». «¡Cógetela!». «¡Ay, Abel, viejito» –yo le decía–, «¡si ya al primero que te la pidió se la hubieras dado y hubiera aceptado!». «Pero es que está tan linda». «Bueno, pues póntela tú». «Yo me la voy a poner hoy, y mañana te la doy». Entonces, de verdad aquella camisa era muchísimas veces feísima.

No creo tampoco que tuviera muy buen gusto en la ropa. Porque yo creo que él compraba una cosa por allí, tenía poco dinero, compraba una cosa fea. Una vez se compró una camisa que tenía una palma. ¿Se usaba? Una camisa gris con una palma verde aquí; óyeme, mira que la palma es linda, pero esa camisa estaba fea. Entonces llegó con su camisa y yo le decía: «¡Ay, Abel, la verdad que eso!, ¿a quién se le ocurre?, la palma tan linda y mira qué cosa más fea han hecho». «¿Eso es feo?, ¿pero tú te has fijado lo linda que es?». Se la ponía y decía: «¡Mira qué linda es!». ¡Pero era una cosa!, además, la camisa estaba hasta ridícula. Y salía con su camisa tan entusiasmado y cuando regresaba me decía: «Tú dices que la camisa es fea; mira, si lo que ha levantado es tremendo, todo el mundo me miraba». «¡No digo yo si todo el mundo te iba a mirar!». Yo recuerdo que un día, de una salida, le dice a Boris: «¡Ponte esta camisa!». «No, no». «Sí, chico, mira que ustedes van a salir». Entonces Boris se puso esa camisa. Cogió la de él, la metió en la máquina y luego se la cambió. ¡Aquella no se la ponía Boris por nada! Pero Abel le decía a uno que era tan linda, que yo no sé si después uno recordaba la camisa y la encontraba linda. Pero él era así, como un contagio, que en Abel, de verdad, era una virtud. En otra persona hubiera sido quizás un defecto terrible y en Abel era una virtud. Era una sensibilidad humana, algo así. Sabía dar confianza para que llegaran a él.

En el trabajo era queridísimo, pero queridísimo. Muchas veces yo le he dicho a todos los que quieren escribir sobre Abel: «¿Por qué no se van a ver a la gente del trabajo, con la que Abel trabajaba?, váyanse a ver a la gente al trabajo». Y yo supongo que no podía ser muy flojo con la gente, porque para quien él trabajaba no se podía ser flojo con la gente. Él trabajaba para Villoldo Motors. Con ellos no se podía ser flojo. En cambio, era queridísimo. Yo muchas veces digo, ¿por qué no se van a ver a esos trabajadores que laboraban con él, para que

digan cosas que hay veces que a lo mejor uno se pueda apasionar? Mira, estaba leyendo hace unos días, que salió en *Granma*, del viejito que vivía frente a Siboney. ¿Ustedes lo leyeron? Y fíjense en ese viejito que vio allí a una cantidad de gente, y cómo él, en sus palabras, están esas cosas, cómo él recuerda a Abel en los pocos días que lo conoció. Y, además, sabemos que lo que dice es verdad, porque en el juicio a él lo llevaron a declarar y lo declaró. Dijo: «Yo no sé nada de nada de aquí. Ahora, yo sí sé que, si Abel hubiera pasado por mi casa, yo lo hubiera escondido. Pero, además, quiero que sepan que le dejé las puertas abiertas todas las noches para que pudiera esconderse si llegaba. Ahora yo no conozco a más nadie ni sé más nada de más nadie». Así que ni en el juicio lo negó. Pero, además, como dice: «Porque cuando la vieja y yo le dijimos que no conocíamos El Morro, que hacía veinte años que vivíamos en Santiago y no conocíamos El Morro, me dijo: "Vamos a llevarlos al Morro. Yo los voy a llevar al Morro"». Y el día 25 los fue a llevar al Morro y a los carnavales. Por eso yo decía que yo no sé cómo le alcanzaba el tiempo. ¿Ustedes se imaginan lo que es el día 25 de julio, a las cinco de la tarde, llevar a esos viejos a enseñarles El Morro, y después darles un paseo por los carnavales, porque nunca habían visto los carnavales de Santiago? Era algo así que... Y después llegaba. ¡Pero, Abel, eran las nueve del 25 de julio y Abel no había llegado! Ya nosotros veíamos llegar gente y ya sabíamos. Y luego, «Abel, ¿tú estabas trabajando?». «No, fui a llevar a los viejos de allí enfrente a ver El Morro y a los carnavales». «Pero y ¿por qué?». «Porque nunca habían visto los carnavales de Santiago de Cuba». «Pero Abel, yo no entiendo». «¿Tú no entiendes que esos pobres viejos, tanto que yo los he fastidiado, y que no los lleve a ver los carnavales y los lleve al Morro?».

Y yo supongo que no dejaba de hacer nada de lo otro, porque eso no se lo hubieran permitido, ya que el cargo de él estaba muy definido. El de él y el de Fidel, eran los únicos que estaban allí totalmente definidos. Y de verdad, no es que uno recuerde esto porque ya no esté, porque uno de los tormentos más grandes siempre ha sido que cayera tan rápido y se conociera tan poco. Siempre decíamos: si hubiera caído después en el Granma, si hubiera caído mucho después, que se conociera tan poco, tenía tantos valores, que se conocieran tan poco. Pero, además, en eso coincide todo el que lo conoció. Y yo tenía más hermanos, a todos los quería muchísimo y no es de casualidad que yo estaba con él. Eso no se daba de casualidad. Con él allí y a la disposición de lo que él ordenara y dijera. Eso no era por gusto.

Fíjate, Beba, esto es lo que sucede cuando uno habla de Abel así, sincera, le salen mejor las cosas, las imágenes, mucho más claras. Por eso estas cosas son mejores cuando salen solas y tener la oportunidad de que alguien las recoja. Porque nos surgen mucho mejor que cuando uno las tiene que pensar, que no cuando llegan solas. En definitiva, no cabe la menor duda de que

todos ellos y los hechos y la preparación del Moncada forman parte también del arte. Tuvo que haber mucho de arte para que se pudiera hacer aquello y las cosas del arte son difíciles cuando no surgen solas, cuando no llegan espontáneas. Porque entonces se empobrecen. Eso pasa también cuando uno se pone a hablar del Moncada, que es difícil poder hablar. A lo mejor hay días en que se está mejor, pero cuando yo puedo hablar mejor de mis compañeros, cuando puedo hablar mejor de Frank, es realmente cuando es espontáneo, en cualquier momento. A lo mejor en medio de cualquier conversación de trabajo. Aquí los compañeros lo saben, las veces que hemos estado en Consejo de Dirección y se ha detenido dos horas porque he estado hablando de Frank o de Abel o de Ñico, y es que, de verdad, en ese momento llega así. Además, en ese momento llegan las cosas también con alegría, porque siempre que uno recuerda a un compañero en un momento dado lo recuerda por un hecho alegre. Entonces ahí surge la cosa. Cuando uno va a hablar de todo el hecho en su conjunto hay una mezcla de todo, ¿no?, y se queda uno bastante descontento de la imagen que logra. Muchos compañeros que me puedan haber oído hablar de Abel, se dan cuenta de que eso es verdad. Porque también hay un problema. Pasan los años y le parece a uno que puede hablar con más naturalidad. Cuando es una idea que surge sola, uno la dice muy espontáneamente, sin temor. En cambio, cuando vamos a hablar conscientemente, siempre hay un freno por nuestra voluntad de no emocionarnos, de que no nos falle la voz, de que ni siquiera se nos puedan aguar los ojos. Entonces, eso nos inhibe de una manera tremenda, al hablar de cosas que, aunque no sean tristes, tienen que emocionar. No sé si uno las quisiera volver a vivir o si las vive a diario, por eso se es un poco cobarde, hay esa cobardía que mencionábamos, la hay, la hay. Porque para uno hablar de verdad y de lo que fueron y de lo que serían y de lo que son, si ahonda uno mucho en eso, no sabemos si en un momento quizás no podamos seguir hablando, y deseemos seguir pensando solamente, sin hablar. No sé por qué a mí me invitan a hablar del Moncada y siempre me pasa igual.

[Trabajador le sugiere que escriba todo lo que ella quiere decir]

Bueno, entonces ustedes quieren que desde ahora me dedique a escribir y ya no siga hablando.

Trabajador: *No, yo creo que toda esa serie de cosas tan importantes, conversaciones así, pueden perderse.*

¿Y por qué cuando yo hablo con ustedes no lo escriben? Porque yo creo que yo he hablado aquí con los compañeros muchas cosas que, si las hubieran

escrito, si las hubieran recogido, habría imágenes de muchos compañeros, creo que muy buenas.

Trabajador: *¿Por qué no hay fotografías de Abel?*

Porque, mira, ahora cualquiera se retrata, pero en aquel momento era difícil que un muchacho de esa edad se retratara. Solo lo hacían para obtener la cartera dactilar o para el carnet de estudiante. ¿Para qué más? Yo le decía eso mismo a Lesbia, que me preguntaba también por qué hay pocas fotografías de Abel. Después del Moncada fueron retratados en la cárcel, en el vivac, en el juicio, cuando salen de la prisión. Pero imagínate tú, Abel en aquellos momentos, ¿para qué se iba a retratar? Tiene un retrato en un grupo familiar, porque mi mamá quiso que nos retratáramos todos. Y, además, los retraticos que ustedes saben, de carnet, de esos que se tiraban por veinticinco centavos. Porque para el carnet de estudiante le permitían usar esos, y en aquellos momentos, para la cartera dactilar también. ¿Ustedes no se acuerdan de aquellos retratos? Esos son los retratos que tenía Abel. Ahora, imagínense, sacar ampliaciones de un retratico así, sacan de ahí copias. Esas son las fotografías que existen de Abel. A excepción de una que sí es hecha por un fotógrafo, pero es en un grupo y ustedes saben lo ridículos que son esos grupos familiares, donde viene el fotógrafo y te dice ponte así, y al otro, ponte de esta forma. Y entonces, todo el mundo luce como un bando de anormales. ¿Ustedes nunca se han ido a retratar así? ¡Vayan a retratarse para que ustedes vean! Yo creo que todavía eso no ha terminado con los fotógrafos. Yo nunca me he podido retratar con mis hijos, porque si se lo pido a cualquiera, me dicen: «Ponte así». ¿Por ahí no andaba el Chinolope? Que me oiga para ver si no es verdad. Después, nunca sale bien. De esa fotografía familiar que tenemos hay dos, del mismo día, y del mismo momento y del mismo segundo y del mismo minuto. Es hecha por Celestino, el fotógrafo de mi pueblo. Celestino retrató a mi papá, a mi abuelo cuando se casó, después a mi mamá, a nosotros cuando la primera comunión, y ese es el mismo que nos hace la del grupo familiar.

Trabajador: *¿Cómo era Abel de niño?*

Fíjate, nosotros nos llevábamos muy pocos años. Mi mamá en cuatro años tuvo cuatro hijos. Entonces es bastante difícil para mí recordar a Abel de niño. Lo que sí yo recuerdo es que una de las cosas de las que nosotros nos reíamos muchísimo era de que él no hablaba claro. Él era grandísimo y no hablaba claro, no pronunciaba la «ere», hablaba todo con la «ele», «caldela», para decir candela, yo no lo recuerdo a él de chiquito, de niño, yo tengo que decir lo que dice mi mamá, mi papá, y eso realmente lo oí decir después. Pero creo que él

era un niño alegre, lo querían mucho y era muy bueno. Tuvo muchas etapas, yo creo, era un niño común, normal, dentro de lo que es un niño en un central, donde se madura mucho más rápido que en La Habana. En un central azucarero se madura mucho más rápido o no se madura nunca. Porque se acostumbra uno a aquella vida y se hace hábito, o se madura con una rapidez tremenda. Y yo creo que él maduró rápidamente, aunque yo creo que eso nos pasó a casi todos nosotros, los cuatro mayores, y sobre todo a Abel, a Aldo y a mí. Porque Aida hizo una vida normal, se casó joven, hizo una boda linda, traje bonito, tuvo una casa, todas esas cosas. Eso envuelve un poco a la persona. Abel desde la escuela ya tenía inquietudes políticas, él se ponía a discutir con el maestro, con el que nosotros recordamos como maestro, aunque tuvimos varios. Hay uno que recordamos más, que era o es negro. El maestro le decía: «Bueno, el que no llega es porque no quiere; porque, miren, yo soy un negro y soy maestro». Entonces, Abel le decía: «Bueno, usted es negro y es maestro, pero estoy seguro que seguirá siendo maestro de esta escuela eternamente. De aquí, ¡ni para Encrucijada va!». Y así fue, la Revolución fue la que lo cambió para Encrucijada. Abel le decía: «Fíjese, que va a seguir siendo maestro eternamente de este central porque es negro, porque si lo ponen en otra escuelita no le mandan a las muchachitas a la escuela».

Y Abel discutía, ya esas eran inquietudes políticas. Y era un niño, era un niñito. Cuando era muy jovencito, también en el central, él empezó a trabajar. Él iba a la escuela, y tendría yo creo nueve años, como Abel mi hijo. ¡Oye, qué cosa más grande! Parece imposible, ¿eh? A los nueve años empezó a trabajar Abel. No es que empezó a trabajar, no es que mi padre y mi madre lo pusieran a trabajar por ganar: no ganaba un centavo, no ganaba un quilo; pero es que también en los centrales había formas, costumbres. Allí había algo un poquito parecido a un clan: los Santamaría, por un lado; los Cuadrado, por otro; los Vázquez, por otro, entonces iban situando a los hijos de las familias. Un tío político de nosotros era uno de los principales de la tienda comercial de allí. Por eso Abel desde chiquitico, a los nueve años, lo pusieron en la tienda para ver si heredaba el puesto del tío, porque eso era importantísimo allí. Así es que no lo pusieron a trabajar para que ganara dinero, no había una gran necesidad de eso, pero si no hacían eso, después no heredaba el puesto. A los nueve años empezó Abel a trabajar en la tienda del central, tenía la edad de Abel, mi hijo; y yo creo que a Abel, mi hijo, todavía tengo que dormirlo, creo que lo estoy educando mal. Porque eso no hizo a Abel triste, pero bueno, era que él tenía condiciones también, porque a otro niño de esa edad lo ponen a trabajar y no puede jugar pelota porque tiene que ir a la escuela y cuando sale de la escuela tiene que ir a trabajar, y eso a otro niño lo hubiera amargado, le hubiera hecho daño. A Abel nunca le hizo daño. Yo creo que al propio Aldo

lo hubiera amargado más, pero a Abel no, porque él encontraba en todas las tareas una razón.

Abel era muy jovencito y, sin embargo, cuando mataron a Jesús Menéndez, él ya veía con claridad qué significaba Jesús Menéndez. También existía ya una contradicción entre él y sus padres. No cabe la menor duda de que era algo excepcional, porque esa contradicción no la tenían Aldo y Aida. Existía una contradicción con los padres. Oí hablar en el central de Jesús Menéndez como un negro asqueroso, un negro vago, un negro comunista. Eso nos hacía a nosotros inquietarnos e ir en busca de conocer la verdad. Y cuando vamos en busca de eso, siendo muy jovencitos, casi niños –hay que darse cuenta de lo que significaba Jesús Menéndez–, de lo que nosotros oíamos hablar todos los días había un mundo de distancia, y ya desde entonces, cuando Jesús Menéndez empieza todas las luchas que empezó en el Constancia, nosotros nos ponemos de su parte. Porque, mira, el problema también es que debo decir una verdad, me parece a mí. No sé si a Abel le pasaba igual. Pero a mí, como a los fanáticos de la pelota, pueden decir cualquier cosa menos de los Industriales o de La Habana, yo allí pensaba contra los Luzárraga cualquier cosa. Y Jesús Menéndez fue la única persona que se les plantó a los Luzárraga como debía. Entonces, para nosotros era como un héroe, porque si se estaba con Jesús Menéndez, se iba contra los Luzárraga. Pero daba la casualidad que cualquiera no iba contra los Luzárraga, contra los Luzárraga iba Jesús Menéndez. Entonces nosotros, contra los Luzárraga, nos poníamos al lado de Jesús Menéndez. Y después, al conocer a Jesús Menéndez, encontrábamos la diferencia entre él y los Luzárraga. Y la diferencia entre lo que nos decían en nuestra propia casa de Jesús Menéndez y lo que él era. Ahora, yo creo que encontramos a Jesús Menéndez porque estaba contra los Luzárraga, y contra ellos, cualquier cosa. Pero bueno, si uno se pone a pensar por qué uno estaba contra los Luzárraga, por qué uno no estaba a favor de ellos, si toda nuestra familia tenía puestos privilegiados allí, porque en un central tener un puesto de jefe es un mundo. Hoy eso no se ve, hoy es tener más responsabilidad, hoy es más trabajo y ganar igual. Antes eso no era así. En un central, tener un puesto de responsabilidad era ser jefe, trabajar todo el año, ganar más, tener mejor casa, trabajar menos y mandar más. Eso era un puesto privilegiado, el que no conoció un central antes, no se da cuenta de eso. Hoy un puesto de esos, es más líos, más trabajo, más responsabilidad, menos dormir, ganar igual y tener igual. En aquel momento era tener mejor casa, ganar más, trabajar todo el año, tener una maquinita y yo creo que trabajar menos, aunque me digan que no. Eran puestos privilegiados los que tenía mi familia, en general, allí. Y, además, los que venían atrás que querían situar, porque a Aldo, desde que llegó de España, lo querían situar para que heredara a mi papá. Y el pobre Aldo de aquello no sabía nada, así que

hay que ver por qué íbamos contra los Luzárraga y a favor de los Jesús Menéndez. Cuando era para nosotros mucho más fácil estar de parte de los Luzárraga. Pero de verdad, era una cosa en que no sé cómo se podía estar.

Yo no acuso a nadie de aquella gente vieja, inclusive, sé que era el sistema, ¿qué iban a hacer? Había que ser un Jesús Menéndez realmente, Abel no llegó a buscarse un problema. Él hacía rato que estaba tratando de buscar problemas porque aquello se le hacía ya insoportable. Allí, además, todos conocen que había un mecanismo que era para Abel el más angustioso. El mecanismo consistía en darle al obrero agrícola dinero a crédito, brindarle inclusive más de lo que pedía: llévate este jamón, esta botella de aceite, ofertarle las cosas, como hacían también con el trabajador del ingenio. El trabajador de la industria del azúcar que tenía salario solamente tres meses al año, y luego, el «tiempo muerto». Ahora, el obrero agrícola tenía su pedacito de tierra, pero pasaba mucho trabajo para sembrar y recoger. Tenía que pedir un adelanto (en el central, en la tienda) de doscientos pesos para sembrar, después trescientos y ellos le pagaban más: «No, chico, no, lleva trescientos, no, toma quinientos; no, chico, quinientos, no, lleva mil», según fuera el pedazo de tierra. Para después, cuando terminara la zafra, que no pudieran pagar lo que debía, y entonces quedarse con el pedazo de tierra del obrero agrícola. Es lo que querían los Luzárraga. Porque los Luzárraga querían sembrar toda la caña y moler su propia caña. Ellos no querían allí pequeños agricultores, ni de caña ni de nada. Además, el pequeño agricultor, además de la caña, tenía su pedazo sembrado de malanga, de ñame, de esto, de lo otro. Y ellos, los Luzárraga, querían tener cerca del central toda la caña. Lo mismo que queremos nosotros hoy, pero ellos lo querían para comprar otro central y para viajar más al extranjero y para fabricarse los tremendos edificios que tenían en La Habana. Y la Revolución lo quiere para otras cosas como ustedes saben. Ellos querían no tener que traer la caña de tan lejos, querían que toda la zona de alrededor del central fuera de ellos para sembrar nada más que caña y que les saliera mucho más económico.

Entonces, una vez, Abel sabía que un guajiro de allí, testarudo, isleño, de verdad que no pedía crédito y ellos le ofrecían y le ofrecían. Pero una vez a ese guajiro se le enferma una hija, necesitó dinero y fue a pedirlo. Y Abel le dijo: «Óyeme –creo que se llamaba Juan Armas o algo así– mira, búscatelo en otro lado, pídeselo a otra gente y después pagas, que están loquitos por darte ese dinero y hasta más porque eres al único que no han podido desplazar y te van a quitar la tierra. Fíjate, que si te prestan y esto, esto, y esto, cuando termine la zafra no lo puedes pagar y te van a quitar la tierra, no seas bobo». Abel se lo dijo, incluso, delante de ese tío mío y de Casiano Luzárraga, que era otro de los dueños del central y del negocio ese. Abel lo que quería era que lo

botaran, pero no lo botaron, yo no sé por qué. No cabe la menor duda de que estaba la familia por medio.

Había toda una serie de gente que a los Luzárraga les era indispensable. Vázquez, en la tienda de ese tío político nuestro, le era indispensable; un jefe de tráfico le era indispensable, un jefe de obras, como mi papá, le era indispensable. ¿Se dan cuenta? Porque el central caminaba con siete gentes, y esa gente le era indispensable. Y la prueba de que les eran indispensables es que por primera vez mi papá, cuando el Moncada, empezaba la zafra y mandó a decir a los Luzárraga que él, hasta que no se terminara el juicio no iba para allá. Que podía ser un mes, dos, tres, un año, dos años, que buscaran a otro, que él no iba más. Porque él estaba en Santiago de Cuba cuando el juicio. Mi mamá y mi papá se quedaron allá hasta que terminó el juicio, fueron dos meses y medio. Y a mi papá le dieron los dos meses y medio, y se los pagaron. Y por bondadosos no lo hacían, porque a otros, a un trabajador de allí, si faltaba dos horas, se las descontaban. Pero había cierto grupo que les era indispensable para echar adelante la zafra, echar a trabajar el central. Porque había una serie de cosas tremendas. Mi papá montó una nave en el central que desmontó de otro central, además de no perder la zafra, porque no se podía, ya que había que perder la zafra para montar esa nave; la montó por encima de la que tenía ese central para que se hiciera la zafra. En lo que un ingeniero iba de Cienfuegos a La Habana, o a otro lado y por desmontar aquella nave y montarla en ese otro, además de que no lo hacía con el central trabajando –porque era año y pico lo que demoraba montar esa nave y entonces había que dejar un año de moler–, cobraba cien mil pesos. Entonces mi papá eso lo hacía por el salario mensual que le pagaban todos los meses, pero además, cumplía con su función en la zafra también. Había unas cuantas familias allí, unos cuantos trabajadores que para los Luzárraga sí representaban mucho. En primer lugar, porque sabían su trabajo y, en segundo lugar, porque yo creo que para la gente honrada había entonces algunas formas de robo que no las consideraban robo.

Por eso, cuando Abel decía que la gente no es mala, tenía cierta razón. Entonces allí se preparaba una pesa, una romana para, al pesar, quitarles a las carretas arrobas de caña, en perjuicio de los trabajadores, de los colonos. Eso nos lucía poco honrado, y lo hacían no por pagar un poco menos, porque ¿qué era para los Luzárraga unos cuantos de miles de pesos? Era, en cambio, porque para aquel que llevaba la caña, mil o quinientos o trescientos pesos, decidía muchísimo, pues no podían pagar lo que debían y en los próximos años la tierra de ellos pasaba a los Luzárraga. Era también una forma de los Luzárraga para adquirir la tierra, para hacerse dueños de la caña. Entonces había formas de «arreglar» romanas allí, que no podía descubrir ninguno de esos pequeños colonos. Y había gente inteligente allí, que yo no diría que no fueran

honrados, que creían que eso no era malo. Un mecanismo, no sé por qué. Ahora, ustedes dirán, cómo es posible eso, que estoy defendiendo a la familia. Bueno, tal vez. Pero ustedes saben que de verdad en aquella época existían una serie de cosas, de mecanismos. Claro, la gente joven no se puede dar cuenta de eso, pero tal vez si hablan con sus padres, o con sus tíos, sí. Que había una serie de formas de explotación a los trabajadores, que había diez o doce en un central que eran quienes de verdad hacían y toleraban eso y, además, creaban las condiciones para que eso sucediera. Y esas personas no se creían responsables. Mira, habría que empezar a hacer un estudio sobre eso, porque no sé bien cómo es la cosa.

Pero, como les decía, yo creo que no cabe la menor duda, o supongo que a Abel no lo botarían por eso. Que considerarían que iba a ser algo pasajero en él, porque no dudo que mi padre cuando tenía la edad de Abel también fuera un tipo así. Pero después se casó, se encontró con una familia, te das cuenta, las cosas van cambiando. Entonces también en un central, en un tipo de vida. También podrían pensar: Abel es un muchacho muy inteligente, luego, se casa, después pasa ese proceso, y por eso no lo botaron. Él fue quien decidió irse, realmente. Primero quería que lo botaran para que la cosa le fuera más suave en la casa. Para decir: me botaron, Abel fue el que decidió irse. Y llegó un día a la casa y dijo que se iba. Ahora, esas broncas, esas peleas, las tenía Abel en el central, en la tienda, bastante a menudo. Yo no sé por qué no lo botaron, porque él lo hacía para que lo botaran. Yo creo que probablemente a esos Luzárraga, al viejo don Mamerto, seguro que con muchos jóvenes les pasó algo parecido. Con los jóvenes más inteligentes, que luego se casaban, la familia, las cosas, y se fueron aclimatando a aquello y viendo eso como normal, y pensaron también que Abel era un muchacho inteligente, despierto y que esas cosas de Abel eran cosas de la juventud y se le iba a pasar después, porque ¿a cuántos en su juventud no le pasaría en ese central como a Abel? En los primeros tiempos, protestar. Y después, qué es lo que se va a hacer. Sobre todo, si se casan jóvenes y tienen una familia y tienen hijos, qué van a hacer, qué iba a hacer el propio Vidal. Yo quiero que ustedes sepan que Vidal era uno de los muchachos más rebeldes de ese central. Después se casó, tuvo tres hijos, se llegó a acostumbrar y dejó la rebeldía porque, qué iba a hacer. No, únicamente que sea tan genio que esté decidido a todo y si hubiera estado decidido a todo, bueno, pues... Pero Vidal era un muchacho rebelde, rebelde. Y Orlando, otro muchacho que había en el central. Sí. Había un grupito de jovencitos que éramos rebeldes todos. Rebeldes al punto de hacer cada cosa tremenda. Rebeldes hasta el punto de que cuando Jesús Menéndez, no podíamos detener el funcionamiento del central, y Abel llama a Orlando y le dice: «Ve y tira un hierro en el basculador». Entonces, de esa manera hacer una huelga a la fuerza, porque al tirar un hierro en el basculador, que es un

sabotaje, no podía seguir moliendo el central, tenía que detenerse a veces por veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

Por eso ahora hay que estar tan alertas con la contrarrevolución. Por si hay por ahí algún tipo que le encante el sabotaje, ¡cuidado! Porque ahora tenemos muchos Abel velando en los centrales. Antes teníamos a Abel tirando hierros en los basculadores y ahora están los Abel en los centrales. Por eso nadie aquí puede tirar el hierro. Porque antes estaban los papás de Abel velando el central y los Abel tirando el hierro. Ahora es al revés. Ahora están los papás de Abel tirando los hierros y Abel vigilando que no tiren hierros. Es difícil que puedan. Pues Abel fue y le dijo a Orlando, mientras lo haces, yo entretengo a la gente. Y dio un mitin en la esquina; nosotros le decíamos la esquina del tanque del agua. Y mientras lo fueron a buscar se formó el alboroto, y qué sé yo; Orlando metió un hierro en el basculador. ¿Eso no es ser rebelde? Y después Orlando, ya cuando el Moncada, más bien por afecto, repartió *La historia me absolverá.* Pero más bien por un vínculo afectivo que por conciencia. Y eso yo creo que tuvo que pasarle a muchos jóvenes. Y como Mamerto era tremendo «bicho», porque de casualidad llegó con alpargatas y analfabeto a Cuba y después era dueño de cinco centrales. La mujer de don Mamerto, doña Juanita, hacía dulces en El Santo para vender. Los dos llegaron de España en alpargatas, jovencitos, recién casados, y después, cuando ya yo era una jovencita, doña
330 Juanita era marquesa. Pero de verdad, no era marquesa de mentirita, de verdad, con título y todo. Y un día hacen una iglesia, una iglesita, que a nosotros nos parecía grandísima, viene un cura de Cienfuegos, el Obispo de Cienfuegos, porque se iba a inaugurar la iglesia para bendecir el título de doña Juanita. ¡Oye, parece un chiste, caballero, pero les juro que eso fue así! Cuando nos enteramos, yo enseguida fui para la iglesia, fui a misa. Fui para allá y digo, pero ¿quién se le murió a doña Juanita en España que descubrieron que era marquesa? Bueno, yo tenía una perrita policía, así, de lo más linda, y se llamaba Marquesa la perrita. ¡Y la Marquesa esa dio lata en Constancia! Era una perrita policía lindísima. Pero en mi casa no se dieron cuenta por qué yo le puse Marquesa a la perra. Hasta que un día, dígole yo: «Doña Juanita», y Marquesa no venía. Dice mi mamá: «¿Cómo doña Juanita?». Digo: «Sí, porque Marquesa doña Juanita le puse yo». ¡Ay, aquello era un lío!, era subversivo entonces decirle Marquesa a la pobre perra. Y yo, porque de verdad que aquello era una cosa que… ¡qué ridículos eran, chico! Y todo el mundo sabía que en El Santo, había hecho dulce. Y eran dueños de Portugalete, Los Amigos, Unidad…

[Pregunta inaudible de un trabajador]

Es que de eso también yo he hablado muchísimo. ¿Ustedes no leen lo que yo escribo?

Mira, les voy a decir. Nosotros nos vinculamos a Jesús Menéndez de la forma que expliqué antes. Después, Jesús Menéndez dejó de ir al central, porque ya no podía entrar. Inclusive, una vez que consiguió algo para los azucareros y fue al central, los hijos de don Mamerto, que eran como seis, lo esperaron en el central y le dieron una mano de golpes. Y entonces todo el mundo decía, ¡qué valientes son los hijos de don Mamerto! Entonces Abel dijo enseguida: «¿Valientes porque siete tipos le den golpes a un hombre? Que se faje uno solo». Después él no fue más al central, pero ya Jesús Menéndez no era un desconocido, Jesús Menéndez era ya una figura, y para nosotros, más que una figura; era la figura que habíamos conocido de carne y hueso, que conocíamos de verdad. Él ya estaba en La Habana, acá, allá, pero para nosotros siguió siendo aquella persona que habíamos conocido. En la casa seguían contra Jesús Menéndez y eso. Pero yo no sé si lo habrás oído alguna vez, si se lo han contado a algunos compañeros. Una vez llegamos Abel y yo al central y en el Club había un busto de don Mamerto. Don Mamerto estaba vivo, y en el Club, ¡tremendo busto de don Mamerto! Figúrense, cuando nosotros tuvimos que ir a pasar por allí y ver aquel busto: «¿Y aquello qué es?». Mi papá, pobrecito, él mismo lo había puesto. Entonces yo me puse como siempre, tú sabes, esos choques que yo tenía con la familia. ¡Me puse, que llegué a mi casa hecha una fiera!, y dije: «Bueno, vamos a buscar a Vidal, a Orlando, y vamos a arrancar el busto de don Mamerto de ahí». Mi mamá empezó a pelear, que yo le iba a buscar un lío al central. Entonces, Abel: «Yeyé, ¿para qué tú vas a buscar esos líos?, tú te vas para La Habana conmigo y no tienes problema, se quedan el pobre Orlando, el pobre Vidal aquí, y mañana viene Nino» –que era mi papá– «y pega otra vez el busto de don Mamerto, ¿para qué tú haces eso? Despreocúpate» –ese era el optimismo de Abel– «y no sufras por eso, Yeyé, algún día habrá allí un busto de Jesús Menéndez». Y yo: «No, algún día no, esas son las cosas, tú estás igual que los que dicen que no pueden vengar la muerte de Jesús Menéndez porque fueron los imperialistas y todavía está vivo el asesino». «Despreocúpate, Yeyé, y mira, ese día lo vamos a poner todos» –porque él siempre llegaría a todo–. «Y tú verás y no vendrá nadie a quitarlo, porque entonces van a estar aquí todos en este central para vigilar que no lo quiten como hoy. Porque tú esta noche puedes quitar el busto de don Mamerto, porque tú puedes jugarle cabeza a dos guardias o a tres, pero cuando aquí se ponga el busto de Jesús Menéndez, nadie lo va a poder quitar, porque no se le puede jugar cabeza a todo este central, y no va a hacer falta ni guardia para cuidarlo. ¿Para qué tú te preocupas? Tienes que saber esperar».

Yo me quedé así, ¡qué voy a hacer! En el 59, lo primero que voló de allí fue el busto de don Mamerto. Voló, que no sé dónde está. Porque yo ahora lo dejaría allí, para hacer la historia. Lo dejaría allí como ejemplo. Y entonces pasa el sesenta y mi papá me cayó detrás a mí, que quería un busto de Jesús

Menéndez, que quería un busto de Jesús Menéndez. ¡Ah! porque cuando Abel dijo eso, mi papá dijo: «¡El busto de ese negro, mientras yo esté vivo en este central, jamás se pondrá!». Y ahora mi papá me insistía a mí con el busto de Jesús Menéndez, que quería poner un busto de Jesús Menéndez allí. Parece que a él aquello lo perseguía, y a mí hasta se me había olvidado; ¡como para mí había tantas cosas y para mi papá había solo una, que era lo de Abel! Yo siempre traté de conseguirle un busto de Jesús Menéndez, pero por esas cosas mías, ninguno me venía bien, porque todos eran tan feos, tan mal hechos, como sigue sucediendo en todas estas cosas. «Mira, Nino, para que pongan un busto de Jesús Menéndez allí tan malo como los que hay por ahí, mejor pon una tarja, chico, pon una tarja y di que algún día habrá un busto de Jesús Menéndez». Fui al Ministerio de Educación y los bustos de Jesús Menéndez que hay son horribles, una cosa mal hecha, malos; pero él se buscó de todas maneras su busto de Jesús Menéndez, lo mandé a cubrir ¿de bronce es?, esos que pesan mucho, y un año nos llama a Armando y a mí: «Bueno, ustedes nunca vienen» –porque él siempre quería que fuéramos cuando empezara la zafra– «quiero que vengan, porque mañana empieza la zafra a las diez, y cuando toque el pitico del central…». Porque el que ha vivido en un central o el que ha ido a un central sabe que hay un pitico de lo más lindo, una música preciosa, yo no sé si eso es porque ese pitico significaba que ya se podría comer tres meses; incluso para mí, que tenía comida, aquel pitico era como luz en el central, en las calles del central. Yo voy un día a oír el pitico ese, a ver si me sabe tan lindo, porque la verdad que para mí era una música preciosísima. Entonces, dice mi padre: «Cuando esté el pito de comenzar la zafra, ponemos el busto de Jesús Menéndez, develamos el busto de Jesús Menéndez y quiero que tú estés aquí». Y mi papá no pedía mucho así, y yo: «Está bien, Nino, yo voy a ir».

Eran como las ocho de la noche. A las cinco de la mañana, el teléfono de distancia. Yo que estoy tan acostumbrada a que en mi casa el teléfono de distancia es como si fuera local. Pero le digo a Armando: «Mira, ese es Nino preguntando que en qué vamos para el central» –íbamos en avión– «porque todavía no hemos llegado y para chequear si ya nosotros salimos, porque la zafra empieza a las diez de la mañana. Así que toma el teléfono y dile que no se preocupe que nosotros vamos en avión, que del aeropuerto central vamos en helicóptero» –porque claro, si no, no llegábamos a las diez de la mañana–. Y era para decirnos que corriéramos, porque mi papá se estaba muriendo, que estaban esperando por nosotros para ver qué se hacía, porque el médico decía que no se podía mover. Y fue que esa noche él estaba malo, porque nadie se muere por eso, pero hizo un esfuerzo. Esa noche iban a colocar el busto en el pedestal y quiso ponerlo él mismo. Como el busto de don Mamerto parece que era de yeso –pues en eso creo que gastaba la plata–, cuando mi papá fue

a cargar el busto de Jesús Menéndez no podía y lo quisieron ayudar. «¡Pero Santamaría, pero espérese!». «No, no, que yo lo quiero poner solo». Yo creo que no fue el esfuerzo, porque cuando uno hace el esfuerzo y no puede –pues no pudo–, se le cae y ya. Él no estaba bien, fue el recuerdo tremendo, parece que tuvo que haber sido tremendo para él; además; eso de haber dicho: «Mientras que yo viva un busto de ese negro, nunca», ¿no? Entonces él, en cierto modo, quería pagar una deuda. Todo el mundo le echa la culpa al peso, pero yo creo que, si tú no puedes con eso, lo más que pasa es que se te cae, que te aplastas un pie. Pero cuando él lo fue a sostener así, cayó para atrás, ya sin conocimiento, no lo pudo poner. Pero fíjense lo que les digo, el asunto era de Abel y Jesús Menéndez, que mi papá quiso cargarlo y ponerlo como pagando una deuda. Y yo creo que eso fue una de las cosas.

Él no estaba bien, pero seguro que la emoción fue tremenda… tuvo que hacerle un daño tremendo y tuvo un derrame. Lo sacaron de allí, lo llevaron, entonces eran como las nueve de la noche; en aquellos días la cosa no andaba bien, no se montaba en aviones pequeños de noche, mi mamá lo sabía y le tenía también mucho miedo a la carretera, que nos dijeran lo de mi papá y que fuéramos corriendo. Además, ella sabía de verdad lo que nosotros queríamos a Nino, por todas esas cosas, porque además Nino era un tipo de una bondad y una cosa, y mamá no quiso avisar hasta que no aclarara para que pudiéramos ir en avión, para que no fuéramos a ir de noche en avión, porque ella sacó cuenta: si vienen en máquina, si salen ahora en máquina llegan a las cinco de la mañana o las seis aquí, a Constancia. De La Habana a Santa Clara y de Santa Clara a Constancia, son seis horas como mínimo en máquina, por muy rápido que se vaya. Ella esperó hasta las cinco de la mañana que aclarara, para que fuéramos en avión y a las diez de la mañana mi papá ya estaba sin conocimiento con un derrame, pero oyó el helicóptero y abrió los ojos y cuando nosotros llegamos nos reconoció, porque nos agarró, nos reconoció, pero ya en unas condiciones, ya totalmente muerto, muerto. Entonces no querían empezar la zafra, esas cosas «religiosas» yo no sé de qué. Mi papá muriendo y nosotros ahí. Entonces yo tuve que mandar que pusieran el busto de Jesús Menéndez, que se develara a las diez y que empezara la zafra a las diez. Porque entonces era mi papá grave, era luto y no podían empezar la zafra ¡los revolucionarios! Porque entonces surge otro tipo de don Mamerto ¿no?

A mi papá, pobrecito, ¡le pasaron tantas cosas! En otra ocasión, después del Moncada, mi papá, que siempre estaba peleando para que no lo metieran en cosas, tuvo que ir un día a un lugar a arreglar una pesa, y llegó a un bohío. Pero mira si aquella gente tenía que ser humilde, que cuando va a aquel bohío, ve que tenían un retratico de Abel que había salido en *Bohemia* enmarcado con papel de chocolate. Le habían hecho un cuadrito con papel de chocolate, de esos cuadritos así, puestecito y con una botella y una flor. Y mi papá

lo ve… «¿Y eso?». «Este, ¿usted no sabe?, este es Abel». «Ustedes ¿cómo lo conocían?». «Bueno, porque una vez vino aquí con Santamaría, con Nicanor y, bueno, pues figúrese, en aquella época yo tenía un hijo...». Y entonces empezó a contar lo que Abel le dijo: «Aquel muchacho nos dijo que no sufriéramos, que algún día tendríamos escuela». El campesino dijo que se había quejado porque tenía un hijo enfermo y no podía ir a la escuela. Parece que era un campesino que quería que sus hijos estudiaran o por lo menos aprendieran a leer. Y Abel les dijo: «No se ocupen que algún día ustedes tendrán escuela, no sufran por eso, ustedes verán, aquí mismo». Y el campesino contaba: «Aquel muchacho nos dijo tantas cosas, que ahora cuando vimos que es el que murió en el Moncada, pensamos que él murió por esto que nos dijo a nosotros». Y mi papá salió, cogió el motor, que es un motor de línea, no arregló la pesa y presentó la renuncia. ¡Fíjense si mi papá tenía que estar herido!, ¿no? Porque mi mamá no, mi mamá se dio a la Revolución después; ¡más revolucionaria que ella, Fidel nada más! Después del Moncada ella se dio a las tareas revolucionarias. Pero a mi papá lo atormentaba todo aquello, el no haber conocido a su hijo, no haberlo entendido. Así murió papá.

Trabajador: *¿Qué relación había entre Abel y Fidel?*

334 Era una relación muy estrecha, porque mira, hay algo que todas las personas tienen derecho a elegir, que son los amigos. Entonces, además de tener una relación estrecha de ideas y de trabajo, Abel era un amigo de Fidel. Por ejemplo, Armando. Tengo la plena seguridad de que Fidel confía plenamente en el trabajo y la capacidad de Armando y, además, no es la primera vez que lo celebra delante del compañero y por detrás del compañero. Pero a Fidel nunca se le ocurriría decirle a Armando: «Armando, vamos a almorzar». Bueno, a almorzar para hablar de trabajo, sí. Y así le sucede a Fidel con muchos compañeros. Pero con Abel había eso de que le podía decir: «Vámonos a almorzar y vámonos al cine y vámonos a ver una muchacha». ¿Te das cuenta? Había una cosa que con otros compañeros no la había. Con Abel había esa relación de amigo. Y yo creo que esa relación no le hubiera dado a Abel ningún privilegio. Abel hubiera tenido un cargo y lo hubiera sabido desarrollar, supongo, porque tenía mucha capacidad, pero no le hubiera dado ningún privilegio. Lo que sí creo que hubiera sido un factor, es decir, Fidel hubiera tenido un amigo más. Porque hay veces que a Fidel se le tiene que hacer insoportable la existencia y «odiarnos» a todos, porque en cuanto lo vemos, somos la imagen del trabajo, de la preocupación, de que nos resuelva. Nos acostumbramos a que él puede resolverlo, que él nos puede decir. Entonces, yo creo que hay veces que nos tiene que huir. Y yo creo que con Abel no hubiera ocurrido eso. Ahora, esto no le hubiera dado a Abel un privilegio, porque yo creo que hay otras

personas que son amigas de él y por eso no tienen ningún privilegio. Y cuando se han querido tomar un privilegio, ahí mismo han dejado de ser amigos de Fidel, o lo han tomado por algún tiempo, hasta que Fidel se ha dado cuenta. Yo creo que Abel hubiera sabido medir eso. Yo creo que Fidel y el Che eran muy cercanos. Fidel admiraba al Che y el Che admiraba a Fidel de una manera como pocas veces se puede ver. Ahora, es difícil que se fueran a una fiesta. Yo no sé si alguna vez irían, pero yo nunca los vi de esa forma en una fiesta. ¡Y habrá querido Fidel al Che! ¡Y habrá representado Fidel para el Che y el Che para Fidel! Entre Fidel y Abel yo creo que eso no se hubiera roto nunca, porque es que también hay una cosa muy personal. Cualquier revolucionario, para que cumpla con su tarea, sirve. Pero para compartir una fiesta, no sirve cualquier amigo ni cualquier amiga. Aun las personas que más lo queremos no lo sabemos entretener. Siempre le traemos un problema, y Abel tenía en eso una comprensión tremenda, no pensando en que Fidel no trabajara, sino para que Fidel después trabajara más. Y además esa cosa, esa sensibilidad de Abel de pensar siempre en el que estaba delante y saber que todas las personas tienen derecho a tener.

Además, es una afinidad que existe en el individuo porque, yo no sé si esto es un disparate, pero yo no sé a quién yo le decía el otro día, creo que fue a alguien en *Juventud Rebelde* que el individualismo existirá mientras que haya individuo. Porque yo me he puesto a pensar que tiene que haber individualismo porque hay individuo. Habría que eliminar al individuo para que no hubiera individualismo. Ahora bien, hay un individualismo dañino, mal intencionado, ya eso es una cosa mala. Ahora, individualismo, tiene que haber. Por ejemplo: ¿qué más desearía yo, que esta conversación me hubiera salido muy bien? Eso es individualismo también, porque además de hablar del Moncada, soy yo la que estoy hablando. Claro que, si habla Montané, quiero que hable muy bien también, pero seguro que no me preocuparía mucho de lo que dijo Montané. Bueno, eso es ser individualista. Entonces también para escoger los amigos tiene que haber individualismo, es una cosa individual. Yo creo que Abel era amigo de Fidel, pero que eso no le hubiera dado ningún privilegio, ni nada de eso, porque la prueba es que, con la persona que tal vez menos iría a una fiesta, es quizás quien tiene más responsabilidades aquí. Yo no creo que por eso Abel fuera mejor ni más malo. Era cuestión de que existía una afinidad. Como a nosotros nos puede caer bien una gente, y considerar a otro mejor revolucionario. Cuando voy a una fiesta se me ocurre mejor invitar al que es más malo, pero es más simpático, canta más o simplemente sé que no me va a hablar de trabajo. Eso es una cosa normal de simpatía, siempre y cuando estemos dentro de la Revolución. Y cuando se me ocurre dar un pan con aceite, digo: «Déjame llamar a una gente que no me vaya a parquear una tiñosa de trabajo». Y por eso

invito a Mariano [Rodríguez], y eso, porque es comelón, no me va a hablar de trabajo y come.

[El periodista y escritor cubano Jaime Sarusky hace una pregunta]

Yo creo que no, porque recuerdo que el 25 yo le hice esa pregunta a Abel: «¿Tú no crees que, si aquí tomamos Santiago, y después de Santiago podemos tomar la provincia, Batista le pide ayuda a los norteamericanos?». Dijo: «Yo no creo que vengan, porque los norteamericanos no nos conocen a nosotros», y me dijo esto: «Tal vez vengan después que tomemos el poder y nos conozcan. Pero no, los norteamericanos no nos conocen a nosotros ahora, los norteamericanos no van a hacer eso, porque lo mismo les da apoyar a Batista que apoyarnos a nosotros, y no nos conocen a nosotros». Entonces se quedó así pensando y dijo: «Bueno, si tomamos el poder a lo mejor vienen después que tomemos el poder». Así que yo creo que eso no se hablaría, porque me parece que Abel lo hubiera sabido. No tuvo nunca preocupación de que vinieran los norteamericanos. Para ellos era una lucha entre Batista y otro grupo y qué más les daba que tomáramos el poder y apoyarnos a nosotros, reconocernos a nosotros.

[Carlos Núñez pregunta en relación con el Che]

Mira, yo sé que él preguntaba mucho, además, a él lo apasionó el Moncada desde que conoció por allá a compañeros como Ñico [López], sobre todo. Por lo que yo he oído, en un principio él no le dio mucha importancia al Moncada. Después empezó a conocer a algunos compañeros, entre ellos a Ñico, y conoció a Raúl y a Fidel. Él indagaba, pero a mí nunca me preguntaba nada, nunca. La primera vez que el Che y yo nos encontramos, él me trató como si me hubiera conocido de siempre y me hablaba de «Yeyé», y todo; y qué ganas de conocerte tengo, y eso; pero nunca me preguntó sobre el Moncada. Y nunca me preguntó nada de Abel tampoco. Nunca, nunca. Pero yo sé que a otros compañeros él les preguntaba. Él veía el Moncada, y quiso hacer otro Moncada, ya con esa experiencia. Porque si a mí me preguntaran hoy, si yo tuviera que hacer otro Moncada, probablemente no lo hiciera igual. Seguro pero seguro. Sin renunciar jamás a aquella acción, a todo aquello. Claro, eso es impensable, pero si ahora yo tuviera que hacer otro Moncada, yo haría otro Moncada. Entonces el Che hizo también su Moncada, lo hizo con la experiencia del anterior y con la experiencia de la Sierra, que fue ir a las montañas y empezar a tomar pequeños cuartelitos. Porque si nosotros en vez de ir al Moncada nos dividimos y asaltamos La Maya, asaltamos Mayarí, hubiéramos reunido quinientos rifles y con la misma arrancamos para la sierra, y no había que venir de México. Ahora, fuimos a asaltar un cuartel que es el segundo, la segunda fortaleza de la isla y de todas maneras si tomábamos el cuartel hubiéramos tenido que

tomar unas cuantas zonas de Santiago de Cuba y después ir para la sierra. A lo mejor con la carga que llevábamos hubiéramos tenido que botar la mitad, porque no podíamos ir tan lejos. En cambio, si hubiéramos asaltado los cuartelitos cerquita de la sierra, a dos pasos estábamos cada cual con tres rifles. ¡Imagínate tú!, tal vez hubiera hecho eso, pero tal vez no hubiera hoy un 26 de Julio, tal vez no hubiera hoy un Moncada.

A lo mejor, no dudes tú, que en Bolivia, si hay un Moncada, no pasa lo que pasó. Digo yo, no sé, estoy pensando en voz alta, compañeros. Porque si hay un Moncada y un nombre y una cosa, una conciencia en la ciudad, hay muertos, hay torturados, hay gente buena destrozada, es doloroso; pero para alcanzar lo hermoso no he visto nada que no tenga dolor. Así que no sé, si yo hiciera otro Moncada, si lo hiciera igual. También si nos ponemos a pensar que, si después tuvo éxito la Sierra, fue porque hubo un Moncada, porque hubo docenas de muchachos que aquel pueblo de Santiago de Cuba vio destrozados, acabados, porque ese pueblo sintió el dolor, ese pueblo sintió gente distinta, ese pueblo sintió que no había terminado todo en este país, que había gente que estaba dispuesta a morir destrozada diciendo: ¡Viva Cuba! Todo eso se quedó sembrado en Santiago de Cuba, y la ayuda de esa ciudad a la Sierra fue decisiva, la ayuda de Santiago de Cuba a la lucha clandestina fue decisiva. ¿Hubiera habido esa ayuda si no hay un Moncada? ¿Hubiera habido esa conciencia en la gente? Porque en Santiago de Cuba muchos ayudaban o escondían a alguien en su casa porque sabían que si los detenían los mataban, como a los del Moncada.

Muchas veces uno se pregunta, a lo mejor si hubiéramos asaltado unos cuartelitos, no existiera un Moncada. Pero no sé, porque a lo mejor en Bolivia, si hubiera habido un Moncada, no sabemos también si todo hubiera sido distinto. Fíjate que el hecho del Moncada da una fuerza tremenda después al Movimiento. Le da una fuerza a Fidel. Y de verdad, ese pueblo de Santiago de Cuba ya sabía que el que ingresaba en el Movimiento 26 de Julio, era de verdad, no era de mentirita. Entonces, cuando a alguien se le incorporaba un hijo al Movimiento, estaba consciente de no saber hasta cuándo ese hijo viviría y esos padres ya ayudaban como locos, porque no querían que sus hijos murieran como murieron los del Moncada. Así que yo muchas veces he pensado eso, si yo tuviera que hacer ahora el Moncada lo haría distinto, y no sé si después de lo de Bolivia volvería a pensar. Esto es un pensamiento personalísimo, compañeros. Miren, es que hasta estoy pensando en voz alta. No sé lo que piensan mis compañeros, pero yo pensaba que el Moncada se pudo haber hecho de distinta forma y después de lo de Bolivia, no sé. No sé si es casi imposible que no haya un Moncada para despertar realmente una conciencia. Con seriedad, claro, también tiene que haber un dirigente. Tal vez él quiso hacer otro Moncada en otro momento. Porque, realmente, de verdad, nosotros pensábamos en la Sierra que, si hubiéramos

hecho eso de tomar cuartelitos y nos hubiéramos alzado, lo hubiéramos logrado. Lo que yo creo es que la guerra entonces hubiera durado veinte o treinta años. Porque no se hubiera despertado la ciudadanía, sobre todo en Oriente. Esa es una provincia determinante. De esa manera se despertó.

Por eso lo mejor es pensar que el Moncada era necesario y determinante, y que el aporte fue duro, pero después había una experiencia, había una conciencia. Porque luego, cuando asesinaron a Frank, ¡qué entierro! El entierro que no tuvieron los del Moncada. Ese entierro es porque ese pueblo se decide con el Moncada, porque si el primer golpe que se da en Santiago es el asesinato de Frank, seguro que Frank no tiene el entierro que tuvo, ni la repercusión que tuvo. Porque el Moncada también fue el aporte para que en Santiago se dieran los entierros que se dieron. Y fue también un aporte para que el 30 de noviembre regresáramos cada uno, a las seis de la tarde, al mismo lugar donde habíamos vivido el día anterior. Toda aquella cuadra sabía lo que estábamos haciendo y lo que habíamos hecho, y sin embargo podíamos seguir viviendo allí. Ese es un aporte que también da el Moncada. Que el 30 de noviembre regresamos y seguimos en casa de Vilma, en el mismo lugar. Ese es también un aporte del Moncada, porque si no, toda aquella cuadra, toda aquella gente dice: «Este bando de locos nos viene a envenenar aquí la cuadra». En cambio, nos cuidaban hasta el punto que pudimos volver allí, el propio Frank volvió allí después, a los dos o tres o cuatro días, a la casa donde habíamos ido, donde estábamos viviendo hacía meses. Así que, cuando se pone uno aquí a examinar la historia, si hemos visto el Moncada grande, yo creo que lo vamos a ver más grande, porque sin ese hecho yo les aseguro a ustedes que el 30 de Noviembre no se puede hacer como se hizo. Las víctimas del 30 de Noviembre no hubieran sido dos o tres, como fueron, o cuatro, porque lo que nosotros hicimos el 30 de Noviembre fue peor que el Moncada, porque todavía en el Moncada aprovechamos los carnavales, pero el 30 de Noviembre fue una cosa así de «por las calles», tomamos esto y hubo unos cuantos muertos –tres o cuatro ¿no?– Pepito Tey, Tony, ¿quién más? y Otto.[66] Imagínese, tres muertos y, además, tres muertos, no tres asesinados,

[66] En la acción del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba, contra la estación de la Policía Nacional, la célula de Otto Parellada atacó por el fondo de la Escuela de Artes Plásticas y el grupo comandado por Pepito Tey acometió por el frente, partiendo de la escalinata de Padre Pico. Junto con algunos de sus hombres, Pepito se atrincheró detrás del paredón en el tope de la escalera y avanzó. Subieron la escalera de la jefatura y lanzaron granadas, pero ninguna estalló y tuvieron que retroceder sin dejar de disparar. A Pepito solo lo detuvo un balazo en la frente. Ya había caído Tony Alomá en otro momento del combate, al subir el último escalón de Padre Pico. Otto Parellada, incluso herido, no cesaba de disparar hasta que una ráfaga acabó con su vida.

por lo menos, si fueron asesinados, fueron rematados, pero no torturados. Es decir, caerían en combate y después los rematarían. ¿A qué se debe eso también? Porque yo creo que si no hay un Moncada la masacre del 30 de noviembre en Santiago de Cuba, ¡no hubiera tenido nombre! Porque nosotros teníamos en Santiago de Cuba los Comités de Defensa, porque las cuadras enteras, lo que son hoy los Comités de Defensa, eso era Santiago de Cuba.

Miren, cuando Faustino [Pérez] baja de la sierra, nosotros no sabíamos todavía de Fidel, desesperados, no sabíamos qué pasaba y Fidel desembarca el 2 ¿no?, el 2 de diciembre. Y Faustino llega el 24 de diciembre a Santiago de Cuba, en Nochebuena. Recuerdo, porque no íbamos a hacer nada; la mamá de Vilma nos había preparado un pavo, y nosotros no sabíamos si ir, si no ir; Fidel no aparecía y la gente, todo el mundo, estaba atormentado; y la mamá de Vilma que tenía muy buen carácter, ¡vengan a comer un pedacito de pavo! Porque nosotros vivíamos en casa de Vilma, en la ciudad, pero los padres vivían en una casa en Boniato. Y yo me fui de casa de Vilma para la casa de Cayita dos días antes, creyendo que ellos estaban muertos. Había aparecido el pasaporte de Faustino, y yo no quería que me vieran allí ni Frank ni la gente. Y me fui para casa de Cayita como dos o tres días antes de aparecer Faustino. Y digo: «¡Ay Cayita, están muertos! ¡Fidel está muerto, Fidel está muerto!». Y yo, derrumbada, ¿no? Cayita, que es una vieja, dice: «Fidel no está muerto, Fidel está vivo. Vete para allá y parece mentira que…». Bueno, por ahí empezó a decir cosas. Dice: «Tú verás que no pasarán muchos días, porque seguro que la dirección de nosotros es la que tienen» –porque la dirección de María Antonia [Figueroa] y Cayita la sabían casi todos los del Granma, porque allí era un punto–. «Y tú verás, seguro que vienen acá y que no faltará». Ahí está Cayita, un día debían hacerle una entrevista sobre eso, porque, además, ella lo dice con una cosa, que yo se lo oigo mil veces y siempre que voy allá trato de sacarle la conversación para que lo diga otra vez. «Tú verás que no pasarán muchos días sin que yo te llame por teléfono y te diga: "Yeyé ¡merengue!"». Y me dice: «Porque eso querrá decir que ya sabemos que Fidel está vivo y que todo está bien». Entonces digo: «Bueno, está bien». Voy para allá y digo: «Mira que esta Cayita, tan vieja como está y qué fe tiene. Mira lo que me ha dicho». Bueno, y nos estábamos riendo.

Eso era como el 22 de diciembre, el 21, por ahí. Y el 24 de diciembre, como a las once de la mañana, me llama Cayita: «¡Yeyé, Yeyé!»; digo: «¿Qué pasa?». «¡Merengue, merenguito, merengón! ¡Merengue, merenguito, merengón!». Pero, además, ¡hay que ver a Cayita!, yo no sé si alguno de ustedes conoce a Cayita. ¿Nadie la conoce aquí? Y digo: «¿Qué cosa?»; «¿Tú no me oyes? ¡Merengue, merenguito, merengón!». Digo: «Voy para allá,

yo voy para allá». Pero a todas estas, yo estaba así, ¿no?, «¿qué me querrá decir?». Yo pensaba: «¿Se ha vuelto loca Cayita? ¿Qué será?». Y quería decir que estaba vivo Faustino, que estaba vivo Fidel, que estaba vivo Raúl. Porque, inclusive, era Faustino el que había venido. Digo: «Voy para allá»; y me dicen: «¡No, no vayas para allá, quédate ahí!». Y cuando les digo: «¡Óiganme, Frank, Armando, Vilma, miren lo que ha pasado!». «¡¿Qué?!». Entonces nos ponemos así: «¿Qué será? No salgamos de aquí». Y vamos todos para el portal de casa de Vilma y cuando está Frank así en el portal, todo el mundo lo mira, ¡y vemos que Frank se manda a correr por la mitad de la calle! Y dice Vilma: «¡Ay, es Faustino!». Pero así, con una tranquilidad. Porque Vilma, cuando se pone nerviosa, es de lo más tranquilita. «¡Es Faustino!». Entonces digo yo: «¡Aquí se ha vuelto loco todo el mundo!». Y cuando miramos, Frank había cargado a Faustino y lo traía por toda esa calle cargado. Este cuento se hace y dicen, ¿y quién estaba en Santiago de Cuba? Estaban los Tigres de Masferrer,[67] estaba Chaviano, con otros por el estilo. Eso, y a Faustino lo traía cargado así por toda la calle. Entonces, cuando yo veo a Faustino, creía que estaba viendo visiones porque lo dábamos por muerto; el pasaporte de Faustino lo tenía otro compañero en el bolsillo cuando lo mataron y vieron ese pasaporte. Frank con Faustino cargado así, entonces lo ponía, lo cargaba y lo ponía de nuevo en la calle y lo abrazaba y lo abrazaba. Además, había que conocer a Frank, que no era una persona expresiva así ni nada. Y lo abrazaba, y lo abrazaba así en la calle. Entonces toda la cuadra aquella estaba por las ventanas mirando. Todo el mundo sabía que era alguien de la sierra que había llegado. Entonces, ya así, como a dos metros, decíamos: «¡El médico, el médico!», porque le decíamos a Faustino el médico. Y desde todas aquellas ventanas decían: «¡El médico, el médico!». Pero nadie de aquella gente sabía quién era el médico. Aquello era un espectáculo. Entonces llegó Faustino a casa de Vilma. Nos hizo toda la historia, nos contó todo. De ahí nos fuimos para Boniato, para donde vivía la familia de Vilma, donde estaba residiendo en esos momentos. Todos fuimos en máquina y cenamos en casa de Vilma. Pero, además, cuando salimos estaba la gente toda de esa cuadra, que vivía un montón en las ventanas, una partida de gente allí. Salimos y Faustino iba en el medio y le decían: «¡Adiós, médico, adiós, médico!». Pero ellos no sabían quién era el médico. Conocían a Frank y sabían todo eso.

Eso pasaba en Santiago de Cuba, ¿a qué se debía? Si uno se pone a pensar a qué se debe, claro, la grandeza de ese pueblo, no cabe la menor duda, para entender el Moncada. Porque hubo una grandeza en ese pueblo para entender el Moncada. Pero ¿lo hubieran entendido igual sin el Moncada? Yo no sé. Tal

[67] Grupo de sicarios liderado por Rolando Masferrer.

vez sí. Pero yo creo que, realmente, en el Moncada hay una cosa que es de verdad. La grandeza de los que cayeron y quedaron. Porque sin esas dos condiciones no hubiera existido un Moncada. Si los que mueren, mueren arrodillados pidiendo perdón, eso es lo que hubieran contado los soldados. Yo creo que sí, que muchos tratarían de salvarse, pero yo no creo que ninguno pidiera perdón, porque eso lo hubieran contado. No hubo un soldado que nos viniera a decir, a Melba y a mí, hay uno pidiendo perdón. Todos nos venían a decir: «¡Pero ¿qué se creen estos?!». Era lo contrario. Así que ni los soldados pudieron después regar en ese pueblo que aquellos a quienes torturaban y asesinaban, a quienes acababan, no pedían perdón ni decían que les salvaran la vida. Tal vez lo más que dijeron era que ellos no habían venido a eso, que ellos no habían estado en eso. Porque lo más que decían era: «Dice este que no estuvo». Es la cosa más «mala» que decían de todos.

Así que sin ese valor de los que murieron y sin la firme decisión de los que quedaron, el Moncada hubiera sido el asalto a un cuartel, pero no hubiera sido un Moncada y Fidel. Porque si no, hubiéramos tenido que esperar que surgiera o apareciera o naciera un Fidel, porque tal vez si a Mella no lo matan, no lo asesinan, se hubiera dado antes una revolución, o a [Antonio] Guiteras. Entonces la gran suerte, la enorme suerte de que no valoraran a Fidel. Porque si Batista valora a Fidel, nada lo salva. Todo el mundo dice que a Fidel lo salvó la casualidad. Yo digo que lo salvó el que no lo valorara Batista, y que no lo valorara el imperialismo, aun después de estar en Boniato, en Isla de Pinos, preso. El imperialismo, cuando Fidel está en Isla de Pinos preso, no lo valora. El imperialismo y Batista no valoran a Fidel. De verdad creían que Fidel había ido al Moncada, había llevado allí a cientos de jóvenes, para con eso hacer nombre. Y al imperialismo le interesaba tenerle un contrario de prestigio a Batista. Al imperialismo le interesaba eso porque, imagínense ustedes, un contrario con tanto prestigio en el pueblo, eso era lo que quería el imperialismo; ellos sabían que Batista ya era una cosa en Cuba que duraría años ahí, porque no le había salido alguien de verdad con prestigio en el pueblo. Entonces ahí estaba Fidel, lo perfecto para el imperialismo. Porque si el imperialismo valora correctamente a Fidel, pasa lo que pasó con Mella. Pasa lo que pasó con Jesús Menéndez. Lo que sucedió fue que el imperialismo valoró correctamente a Mella y a Jesús Menéndez porque habían militado en un partido comunista. [*Fragmento inaudible*]

Bueno, compañeros, aunque este no es el acto que yo había pensado para la Casa de las Américas, la idea mía era, ¿la digo? La idea mía era, después de trasmitir eso, de qué se debía hacer, que hablara todo el que quisiera. Porque la idea mía era hacer una cosa entre los empleados de aquí, entre

los trabajadores de aquí y algún amigo de afuera, de esos que son igual que si fueran de aquí. Y que cada cual dijera lo que creyó del Moncada en el momento en que se produjo. Cómo había visto cada cual el Moncada en aquel momento. Pero, además, que no fueran a ser ahora más moncadistas que Fidel. Porque hay alguna gente que se para a hablar ahora y quiere hacer ver que en aquel momento era más moncadista que Fidel, sino, que se diga la verdad, con sinceridad, cómo vio cada cual el Moncada en aquel momento. Si lo vio, que a lo mejor ni lo vio. Lo rozó y ni lo vio. Porque eso era natural también. Pero que todo eso lo dijera aquí el que quisiera venir, que dijera que aquí se estaba diciendo la verdad. Entonces me dijeron: «¿Y después?». «Bueno, después, si ustedes quieren, yo hablo». Porque entonces yo pensaba que con eso se podían presentar cosas de lo más buenas, y después, yo hacer unas conclusiones. Pensaba eso, pero si se hubiera hecho, yo no habría hablado antes. Y era ridículo decir que cualquiera de ustedes era entonces más moncadista que Fidel, y que si de verdad lo había sido, que no lo dijera, porque no se lo íbamos a creer. Porque puede que de verdad haya algún compañero que desde que apareció aquello fue tan moncadista como yo, pero si lo dice no lo vamos a creer, chico. Así, que dijera la verdad, lo que pensó, lo que oyó, cómo se enteró. Porque ustedes me oyen hablar a mí, pero a mí me encantaría saber, preguntarles a ustedes. ¿Qué tú viste, qué edad tú tenías, qué tú pensaste, qué te dijeron? Pero, así son las cosas, aquí estamos en un acto igual que siempre. Diciendo más o menos lo mismo de siempre ¿por qué? ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué en los organismos no hacen un acto, hablan, dicen lo que pensaron, lo que hicieron, lo que es hoy? Porque yo creo que, si alguien viene aquí, yo le pregunto y dice: «La verdad que yo, cuando el Moncada, lo vi, me enteré de él, pensé que era una locura, pensé que todos estaban locos, que había gente buena, pero que estaban locos. Después con la Sierra pensé que era otra locura. Que iban a seguir haciendo Moncadas». Ah, pero hoy está aquí, hoy está aquí junto a nosotros, junto a los del Moncada, junto a ellos mismos que son el Moncada. Hoy están aquí para el gran Moncada ¿qué tiene de malo eso? Al contrario. Malo sería que no estuvieran aquí para el gran Moncada ¿no? Estar aquí para lo que se presenta, lo que sea, lo que venga.

Miren, si a mí me dicen después, cuando conocí a Ñico [Antonio Torres] en casa de Pusy, fabricándole unas camas, que Ñico iba a estar hasta el final en esta conversación oyéndome a mí, yo les digo a ustedes que yo no lo creo. Y hoy, Ñico está ahí, hasta el final, oyéndome a mí hablar sobre el Moncada. Esas son, les digo a ustedes, las transformaciones que uno siente que hacen que yo importe realmente, que falten todos los que han quedado y todos los que tienen que quedar. Porque, de verdad, yo conocí entonces a Ñico, yo no sé si él se acordará de mí, porque yo era una prima de Pusy de Consolación.

Allí lo conocí, hablé con él y recuerdo lo que me dijo. Y que hoy yo vea a Ñico sentado ahí, eso es... ¡es la grandeza del Moncada! Nada más. Y hay veces que estas conversaciones no se hacen interesantes porque viene cualquiera de un organismo a hablar sobre el Moncada, porque los héroes, porque para acá, porque para allá. Eso lo sabemos, lo sentimos, es la sangre, es la luz. Ahora si alguien se para aquí: «Yo en ese momento pensaba, creía, etc.», se hace un acto interesantísimo.

Pero, imagínense, si en *Juventud Rebelde* a un compañero del periódico se le ocurre decir que en aquel momento no entendió el Moncada, Guerrita [Ángel Guerra Cabrera] «lo truena». Y dice: «¿Tú no entendiste el Moncada? ¡Ah no!, tú no puedes ser del grupo este de *Juventud Rebelde*!». En vez de oírlo y analizar: ¿Tú no entendiste el Moncada? ¿Tú creías de verdad que Fidel era un loco? ¿Tú creías lo que decían? Bien. ¿Qué estás haciendo ahora? Ahora hago un periódico, corto caña, hago los diez millones. Pues estás en un Moncada. Ah, no, no, no, entonces ¿tienen que venir y decir que desde el primer momento comprendieron el Moncada, lo que era Abel, lo que era Fidel, lo que era yo? Para mí se hace de lo más aburrido, porque, además, aunque sea verdad, de hecho, no lo creo. Yo voy a ver el año que viene a dónde me llevan. Ahora, como el año que viene me lleven a algún lugar, voy a hacer el acto como yo quiera. Yo les voy a hacer el panel, pero, además, así. Y Guerrita, a publicar en el periódico lo que era en aquel momento cada muchacho, el que no había nacido, el que había nacido, el que ya es más viejo. Claro, los más jóvenes se salvan porque casi ninguno había nacido, o tenían diez años. Porque lo importante no es lo que pensaran en aquel momento o lo que hicieran, sino lo que pensamos hacer ahora y el Moncada que pensamos hacer y los Moncadas que pensamos hacer. ¿Están de acuerdo, verdad? Entonces serían más agradables los actos, no sería para nosotros cada 26 de Julio casi tormentoso por sentirnos en el deber de hablar. Por sentirnos en el deber de no decir que no y de dar a conocer lo ya conocido. Porque tal vez lo no conocido me lo tengan que oír no en una ocasión como esta, sino en cualquier momento, en cualquier oportunidad, en cualquier conversación.

Yo le aseguro a ustedes que algunos compañeros de la Casa de las Américas, los que han trabajado más cerca de mí, tienen que decir, si son sinceros, si conversando con ellos yo no he expresado cosas mejores que lo que yo he expresado hoy aquí. Y además, que no me lo han oído una vez. Que me lo han oído más veces y que me lo han oído sobre un compañero, de otro, del Moncada, de Bolivia, del Che. En cambio, cuando lo sientan a uno aquí, pasa esto. En primer lugar, cuando empiezas a hablar y estás recordando y recordando y te llegan los recuerdos, los reproduces, los tienes, no ves a nadie delante de ti. Ves aquellos momentos, ves aquellos instantes. Entonces, cuando uno se da cuenta de eso, ve lo que puede pasar, y empieza a ver que

todos ustedes están ahí, y uno tiene que volver otra vez, y echar hacia atrás. Porque, de todas maneras, aunque el Moncada es de todos, el Moncada es de Cuba, de todos los que hoy están haciendo esta Revolución, de todos los que hoy están junto a los que estuvieron en el Moncada. Y los que no fueron al Moncada, están prendidos a los del Moncada. Los que están junto a quienes nos es más importante una idea o una imagen que un interés material, esos también son del Moncada. Pero, de todas maneras, aunque esos compañeros hoy sean conocidos por todos y queridos por todos, no cabe la menor duda de que se empiezan a recordar y a recordar y a contar, y por momentos uno cree que no puede seguir y que no, no es correcto que a uno no le pueda ni temblar la voz siquiera. Por eso mismo, porque el Moncada no es mío. Pero si ustedes quieren saber si es así como yo digo, si alguno ha tenido un hijo grave, empiece a hablar de la gravedad, de la enfermedad de ese hijo, cuando creían que se les moría, para que ustedes vean cómo se les quiebra la voz. Y después empiezan a hablar de cuando ya el hijo no tenía peligro de muerte, como también cambia la voz. Si alguno ha perdido un hijo y empieza a rememorar y a pensar qué edad tendría hoy, cómo caminaría, cómo sería, qué haría, eso también puede suceder ¿no?, que muchas veces pensamos por qué está uno aquí hablando y no otros. Hay veces que también uno siente que ha usurpado la vida de otro que tenía más derecho a vivir, porque siempre uno quiere cambiar la vida por la del que ama, una madre cambia la vida por la de un hijo, y si la madre tiene que entregar la vida por el hijo lo hace. Siempre uno cree que tienen derecho a vivir más que uno. Todo esto es una confusión tremenda que ustedes no la entenderán, pero yo dentro de mi cabeza la entiendo, ¿se dan cuenta?

Bueno, compañeros, creo que yo, que ustedes han agotado el tema, y yo me estoy yendo del tema. Así que, en la Casa de las Américas, por primera vez, hablamos del Moncada. Y no por última vez, digamos: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

El joven escritor debe amar la vida, el trabajo y al ser humano[68]

Haydee Santamaría: ¿Cuáles son los compañeros que trabajaron en el número?

Ángel Guerra [Guerra]: *Los compañeros son Eduardo Kindelán, el compañero Causse, el compañero Castro.*[69]

Alberto Rodríguez Arufe [Arufe]: *Y los compañeros de la redacción de* El Caimán.

Leí lo que ustedes escribieron.

Digo que, en general, el número dedicado al Moncada me pareció bien, en general, habla de todo. Hay algunas cosas que se refieren a Frank. Aunque estaba dedicado al Moncada, unieron bastante los hechos del Moncada con

[68] Publicado en *El Caimán Barbudo*, La Habana, núm. 35, octubre, 1969, pp. 3-8 con el siguiente encabezado: «Texto de la conversación de la compañera Haydée Santamaría, miembro del Comité Central y directora de la Casa de las Américas, con los integrantes de *El Caimán Barbudo* y de la Columna de Escritores y Artistas de Oriente». *El Caimán Barbudo* surgió en 1966 como suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde.* Salía en forma de tabloide, con frecuencia mensual de casi ochenta mil ejemplares, e incorporaba una amplísima gama temática. Desde sus inicios devino plataforma indispensable para los jóvenes creadores desde donde exponer sus criterios y mostrar su literatura más reciente, al promover concursos, recitales y tertulias.

[69] *El Caimán Barbudo* elaboró ediciones dedicadas a la historia y el presente artístico-literario de varias regiones del país, como Camagüey, Santiago de Cuba y Matanzas, y un grupo de creadores santiagueros fueron responsables del homenaje por el décimo tercer aniversario del 26 de Julio en 1966. Entre ellos estuvieron: **Enrique Cirules** (narrador y ensayista), quien era en ese momento profesor del Instituto Tecnológico de Nuevitas, y aún no había publicado sus textos; **Jesús Cos Causse** (poeta) y **Waldo Leyva** (poeta), en ese entonces trabajadores del Consejo Provincial de Cultura de Santiago de Cuba. Tomado de: Vilma N. Ponce Suárez: «Valores artísticos y literarios de *El Caimán Barbudo* (1968-1970): labor editorial de Lina de Feria».

todas las consecuencias históricas. Como decía Guerrita, la ilustración ahí tiene que jugar un papel fundamental también. ¿Quién va a ilustrar eso?

Guerra: *Los compañeros de Santiago y algunos del equipo de* El Caimán.

Cada vez que hablo tengo que dar esa misma explicación. Yo no sé escribir. Y cuando digo que no sé escribir, no lo digo para que me digan que sí, que yo sé escribir.

Es decir, la carta al Che, si ustedes quieren, es una cosita buena, no está fea, bonita. Pero un poco que me surgió del impacto del momento, y si ustedes quieren, es una cosita afortunada, que salió bien. Pero no sé escribir. Las pocas cosas que he escrito, las he escrito siempre motivada por algo. Las poquitas cosas que he escrito sobre el Moncada las hice motivada por la fecha, motivada por alguna conversación con alguien. Las poquitas cosas, que son dos o tres. La carta al Che fue motivada por ese gran dolor que sentimos todos, y que en un momento dado uno, como tiene que seguir viviendo, pues tiene que hacer algo. Pero la vida es más fuerte que la muerte.

Yo me puse a buscar, entre muchas cositas que uno escribe, cuando escribo casi siempre por no llorar, por no morir. Me puse a buscar, y todo lo que tenía escrito no venía bien. Yo le leí a Beba una cosa por teléfono, que yo decía: «Beba, ¿esto estará bueno?, ¿cómo se le pondrá?». Ni era relato, ni era cuento, ni era historia, ni era periodismo. Dice Beba: «A mí me gusta eso». Pero yo le dije: «¿Cómo le ponemos?». Juega un poco con las nueve de la noche. Está escrito hace dos o tres años y le agregué un pedazo más cuando lo del Che, e inclusive, no sé si vendrá bien, porque juega un poco con las nueve de la noche donde está Abel. Entonces habla un poco de dónde está Abel. Empieza un 26 de julio de 1953. Lo mataron a las nueve de la noche. Es una imaginación, una imagen de dónde está Abel. Abel en la vida, en la lucha, en el dolor, en la alegría. Unas veces relato ahí un quejido y otras veces un grito de victoria. Entonces: son las nueve de la noche y dónde está Frank, y parte un 29 de noviembre, un 30 de noviembre. Dónde está Frank, Frank no ha llegado, tenemos que ir. Después sigue así con algunos compañeros y termina con el Che. Son las nueve de la noche, dónde está el Che. Da la casualidad que el acto de aquí fue a las nueve de la noche. Son las nueve de la noche, dónde está el Che, no veo al Che, no encuentro al Che.

Es realidad, es imaginación y juega mucho con las nueve de la noche y juega conmigo. Porque da la casualidad de que a las nueve de la noche del 29 de noviembre para el 30 de noviembre nosotros teníamos que irnos a las siete para un lugar, que es todo lo contrario de Siboney. Entonces nosotros esperábamos a Frank, eran las nueve de la noche y no llegaba. Y aquella gran tragedia de que Frank no llegaba, y si a Frank lo han cogido preso. Entonces empiezo ahí: son las nueve de la noche ¿dónde está Frank?

Empieza un 25 de julio de 1953, son las nueve de la noche, Abel no ha llegado, dónde está Abel. Pero después: son las nueve de la noche –26 de julio ya– dónde está Abel. ¿Te das cuenta? Después: son las nueve, Frank. Son las nueve, el Che.

Y todo eso juega dentro de uno, ¿te das cuenta?: la hora y, además la casualidad. Porque yo recuerdo que en Siboney aquel día eran las nueve –el 25 de julio– y Abel no llegaba. Y Abel estaba con los viejitos en el carnaval. Después: son las nueve de la noche el 26 de julio, cuando termino con Abel.

Ese 29 de noviembre... Claro, recuerdo otra vez toda aquella noche del Moncada, ¿no?; reunirnos en el lugar que no era Siboney, pero es parecido a Siboney, aunque es el otro extremo. Y son las nueve y Frank no llega, ¿dónde está Frank? Y después, esa noche en la Plaza: son las nueve de la noche, ¿dónde está el Che? El Che estaba allí, ¿te das cuenta? Es una cosa tremenda.

GUERRA: *Yo creo que Arufe tiene una pregunta que pudiera servir para iniciar esta conversación.*

Yo creo que sí, que ustedes pregunten todo lo que tengan en la mente, porque hay veces que una pregunta que parece sin importancia puede que tenga una enorme importancia, porque yo creo que las de más importancia se han preguntado ya y se han dicho.

Ustedes no se sientan aquí presionados por el director del periódico, o porque el director del periódico piense que ustedes hacen preguntas que no tienen importancia. Ustedes, además de su trabajo y de lo fundamental, su actitud revolucionaria, escriben ¿no?

GUERRA: *O pintan. Menos Arufe y yo, aquí, todos los demás son escritores y artistas.*

Entonces, hay veces que quien escribe o pinta, o hace cualquier cosa en las artes, tiene una idea sobre una pregunta, que a lo mejor puede parecer una pregunta que no tiene importancia, pero para ustedes sí tiene importancia. Y yo he venido aquí a contestarla.

Es que entiendo, porque a veces para mí una cosa muy insignificante tiene una importancia tremenda. Para mí las cuestiones de las horas son tremendas. ¡Miren qué cosa más boba! A mí siempre se me ocurre: «¿Qué hora es?», lo mismo cuando nace alguien que cuando se muere alguien. «¿Qué hora es?», lo mismo cuando nace alguien –que siempre es importante–, como cuando se muere alguien, es algo importante, por supuesto. «¿Qué hora es?». Yo no sé.

Yo a todo el mundo le pregunto a qué hora fue más o menos que mataron al Che. A ver, ¿qué más da, verdad? ¿Qué más da si lo mataron a las diez o

a las once? El problema es que lo mataron. Bueno, pues yo a los compañeros que llegaron de Bolivia, a todo el mundo, a todo el mundo. Ahora, ¿qué importa si fue a las diez de la mañana o a las diez de la noche? Eso ya me lo digo: ¿qué importa? ¿qué importa? Bueno, pues yo cada vez que tengo la oportunidad de poder ir viendo a la hora en que acabó de respirar el Che, me pregunto: bueno, ¿qué importa? Pero no sé por qué tiene importancia para mí la hora. ¿Por qué? Y lo más lindo es que no tengo horario para nada: ni para dormir, ni para comer, ni para reunirme con ustedes, ni para trabajar. Soy persona sin horario. Yo nunca como a una hora, ni me importa; para mí no existe la hora de comer; para mí existe la hora cuando tengo hambre. No la hora de dormir: la hora cuando tengo sueño. Yo no tengo horario con las horas. Para mí las horas en mi vida diaria, cotidiana, no existen. En cambio, para hechos determinados la hora para mí es fundamental.

Eso es una bobería para otra gente. Para mí es fundamental la hora en los hechos grandes.

No importa la pregunta que hagan. Ustedes pueden desarrollar o saber lo que más les interesa. Así que, Arufe, pregunta.

Arufe: *Mi pregunta se fundamenta, primero, en un juicio que tengo, una opinión bastante formada, y es que pienso que en nuestra literatura actual, y muy especialmente en los jóvenes, no está presente en su formación, en su expresión, una base enraizada en nuestra historia, en nuestras generaciones anteriores; en jóvenes de la propia generación del treinta –de Villena, de Pablo [de la Torriente Brau], de Mella–, la propia generación del Moncada. Y veo muchas veces que en jóvenes que aspiran a formarse como intelectuales, como creadores, existe una tendencia más a buscar en lo exterior, en lo extranjero, que en nuestras propias raíces.*

Específicamente tengo esa opinión, y basado en ella le quisiera preguntar a usted su criterio sobre cómo y qué podemos hacer nosotros en el afán de formar a nuestros jóvenes quizás con un encadenamiento mayor con nuestra propia historia, con la propia trayectoria que han seguido las distintas generaciones a través de los cien años de lucha.

Creo realmente que en nuestro país no se hace el mayor esfuerzo en ese sentido. He visto algunos intentos últimamente, se han publicado algunos libros, pero no creo que en nuestra enseñanza, en nuestra propia Escuela de Letras, todas las posibilidades que hay en Cuba de formar, de divulgar, de dar a conocer ideas, de dar a conocer la historia –ya dirigidos específicamente a los jóvenes que aspiran, que sientan la posibilidad y el deseo de escribir o pintar–, no veo que haya un énfasis especial en eso. Creo que, incluso la propia personalidad de Martí es muy ignorada, muy desconocida en Cuba.

Es una mezcla de opinión y de pregunta, o sea, ¿qué usted pudiera plantearnos a los jóvenes, a la Juventud Comunista, o a los jóvenes en general en

cuanto a cómo buscar en ese campo?, ¿cómo profundizar en esa idea y cómo complementar esto dentro de la formación de esta generación de jóvenes?

En mi opinión es fundamental que esté muy vinculada con esas raíces históricas de nuestro pueblo, en las cuales ha participado nuestra juventud activamente, para que podamos decir que exista realmente una obra que podamos decir que sea la obra de la Revolución.

Yo siempre digo que las opiniones son muy personales cuando le hacen preguntas a uno. Son muy personales, porque, sin uno irse de los problemas de principio, uno ve las cosas distantes a otros compañeros, aunque el principio sea igual. Eso es cuando son cuestiones políticas o de trabajo. Ahora, en cuestiones como las que tú me estás planteando, entiendo que ahí sí es mucho más personal el criterio.

A mí me parece, en primer lugar, que en todas las cuestiones, sobre todo en cuestiones de arte, literatura, pintura –literatura en particular que es de lo que estamos hablando aquí–, la imitación nunca puede ser buena. Y para poder escribir, aunque sea de la palma, no solamente tenemos que leer a Martí, tenemos que leer, leer, leer, leer y leer. No estudiar a Martí es un fenómeno, ¿no? Es lo que tú planteabas. Hay que estudiar a Martí. Pero, de todas maneras, no quiere decir que para escribir sobre nuestras raíces –a mi juicio personalísimo– no solamente hay que leer a los nuestros. Hay que leer hasta la AP y la UPI y después, tener cabeza para pensar.

Ahora, hay otras cosas: siempre es mucho más fácil hablar del pasado que del presente. Cuando digo el presente, digo que el Moncada es el presente, que Girón es el presente. Cada vez que se va a hablar del Moncada o a escribir del Moncada, pues le sale cualquiera, yo misma: «Óyeme, tú, niño, no tenía veintisiete años, tenía veintisiete y medio». Y es que la mitad de este pueblo ha sido su actor. Entonces, a los jóvenes que vienen y que quieren estudiar profundamente, que quieren después escribir sobre eso, somos nosotros mismos los que les ponemos trabas y los que les decimos que eso no es así, que es de otra manera.

¿Qué sucede con nuestros jóvenes? Hay veces que les es más fácil escribir de cosas que no tienen que ver con nuestra historia porque se meten en menos líos. Escriben sobre otros hechos, sobre otras cosas y no se buscan complicaciones. Y si quieren hacer profundos estudios sobre Villena, sobre Mella, les sale alguien al paso a decir que están locos, que eso no era así, que eso era de otra manera. Entonces, para estudiar hay también que decir cosas de las que uno piensa, no de lo que piensa, digamos, Roa, que lo conoció. Lo saco porque es de los que en esto opina igual que yo, no está contra la juventud en eso, al contrario: ayuda a la juventud. Dice Roa un día hablando conmigo: «Es verdad, Haydee, porque si alguien dice algo sobre Martínez Villena, como yo lo conocí personalmente –y además, como yo me he hecho un criterio muy

personal de lo que era Martínez Villena, aunque a lo mejor estoy equivocado–, no le permito a ningún joven de estos, que no lo conoció, que me dé una opinión sobre Martínez Villena. Porque, además, me he hecho esa opinión de Martínez Villena porque lo conocí, pero es una opinión personal. Otro que lo conoció igual que yo opina otra cosa. Ahora, no permitimos que venga un joven a decir lo que cree. Porque yo le salgo al paso, diciéndole: "¡Oye, tú, tú tienes dieciocho años y yo sí es verdad que lo conocí!". Y, además, quizás tenga uno una opinión mucho más subjetiva que aquella persona que está haciendo un estudio de Martínez Villena y que por no haberlo conocido es mucho más frío y es mucho más objetivo en el análisis que pueda hacer. Mientras que yo que lo conocí soy mucho más apasionado y hago una cosa de Martínez Villena con mucho más calor, pero mucho más apasionado».

Entonces, eso a mí me parece que pasa mucho. A mí muchos compañeros de la Universidad, alumnos, compañeros de la Juventud Comunista, que trabajan en *Granma*, que trabajan en *Juventud Rebelde*, han hecho algunas cosas y han querido conversar conmigo y yo me he negado. Pero, a la vez, si sacan algo con lo que yo no estoy de acuerdo, los critico. Y como yo, hay diez mil críticos en este país. Entonces, ni hacemos nosotros porque no sabemos escribir, y los que saben escribir no tienen tiempo. Digamos, Fidel podría escribir cosas maravillosas y no tiene tiempo. Pero yo no sé escribir y no escribo, pero a lo mejor si alguien escribe sobre el Moncada nada más sé criticar. Y se ve bastante presionada nuestra juventud para buscar las raíces de nuestra historia.

Yo creo que tienen que ser un poco osados, siempre y cuando esa osadía esté dentro de los caminos revolucionarios, y preocuparse un poquito menos por las críticas. La crítica literaria, sí; siempre hay que estar al tanto de los criterios de los que saben más que ustedes.

En primer lugar, para escribir de nuestras raíces hay que leer de todas las raíces. Porque yo no creo que se pueda escribir de nuestras raíces siendo un estudioso nada más de los problemas cubanos. Porque hay que partir de la cultura, y la cultura no la descubrió Cuba. Yo creo que la propia naturaleza empieza a hacer transformaciones para dar ideas de las bellezas y de las maravillas y de ahí surgen después los hombres hablando de esas maravillas. Lo que hay es que estudiar realmente, lo que hay es que leer mucho. Ahora, yo no creo que se pueda estudiar a Sartre si no se sabe nada de Martí. Pero los que están escribiendo tienen que leer a Martí, tienen que saber todo lo que está ocurriendo por ahí, además, tienen que saber lo que pasó en la Comuna de París, no tienen que despreciar aquella revolución en ningún momento, ni ninguna revolución burguesa. Porque si no hubieran surgido revoluciones burguesas, no puede surgir esta revolución.

Yo digo: nuestra juventud tiene que estudiar, tiene que leer. Y los que se dedican a escribir, en cualquiera de las otras ramas del arte, tienen que saber. Y el

que va a pintar puede pintar lo que desee, pero tiene que conocer a los pintores y quiénes son los pintores. No que vayan a imitar a Picasso, ahora, tienen que saber quién es Picasso y tienen que saber cómo surgió, y tienen que saber las transformaciones de él, y tienen que saber las épocas de él, y tienen que saber cuál él considera que es su mejor pintura. Ahora, lo que no pueden es imitar a Picasso. Pero ¿cómo aquí puede un pintor pintar por imaginación nada más? Bueno, un genio. Ah, bueno, pero eso no es lo normal. No estamos hablando de los genios. Estamos hablando de los que tienen que estudiar porque no son genios. Porque probablemente Picasso haya sido un genio, pero ha estado cincuenta años pintando, además. Y lo mismo en la literatura.

En la literatura hasta lo malo es importantísimo. El otro día alguien me escribió a mí de la literatura mala. Y digo: para mí lo malo tiene una gran importancia, porque cómo yo sé dónde está lo bueno si no leo lo malo, dónde están las comparaciones. Tendría que ser un estudioso tremendo, que no lo es nuestra juventud; tiene que ser una persona que de verdad lea lo bueno nada más y sepa encontrar lo bueno nada más. Pero ¿cómo uno parte para ver lo bueno y lo malo? Por eso yo, cuando un libro está malo, malo, malo, hago un gran sacrificio y lo leo. Y después digo: ¡cómo se ha perdido papel aquí! Pero después la comparación es tremenda.

Porque yo siempre digo: soy en esto analfabeta. Yo leo porque me gusta, leo porque es para mí la cosa más maravillosa que hay, llega a ser un vicio, que a veces quisiera dejar de trabajar por leer. Y yo encuentro las cosas tan buenas, tan buenas, porque he leído lo malo también. Llevar a escribir sobre nuestras cosas es algo muy importante.

Ahora, yo les diría a ustedes: no creo, de verdad, habrá algunos, pero en la gran mayoría no es un problema de nuestra juventud. Es un problema de no atreverse, ¡de no atreverse! Porque cuando yo me preocuparía realmente es si yo le preguntara a nuestra juventud, que está en cualquiera de las escuelas de Humanidades, si se han leído a Martí, si se han leído a Villena, si se han leído a Carlos Manuel de Céspedes. Si no se los han leído, si no los han estudiado, yo me preocuparía.

Yo creo que tienen que estudiar, profundizar en nuestras raíces, leerlos a todos; no criticar ni elegir a nadie como maestro, nada más que escoger a Martí, al Che, a Fidel. Leerse a Sartre, al otro, al otro, y no empezar a sacar ejemplos y ejemplos. Porque también hay un joven que se empató un día con un libro de Sartre y lo leyó por primera vez, y se cree que yo no lo he leído, y nada más que me habla de eso para que yo sepa que él lee a Sartre. Y eso es una cosa insoportable.

Una cosa es leerlos, porque hay que leerlos, y otra cosa es pregonarlo. Entonces, mi orientación sobre esto es que hay que estudiar a profundidad.

Y escribir, es difícil que pueda hacerse a profundidad, porque para escribir a profundidad hay que leer mucho y hay que estudiar mucho. Y aún después de estudiar mucho –y ya no estoy hablando de cosas universitarias, sino de haberse estudiado de verdad libros y más libros, y volverlos a estudiar, y volverlos a discutir–, después de estar cuatro, cinco o seis años. Ahora, lo que yo creo es que se debe escribir. Vamos a ver cuándo.

Lo primero que tiene que tener un joven escritor que empieza a escribir es amor a la vida. Y el amor a la vida es el amor al trabajo, y el amor al trabajo es el amor al hombre, al ser humano, y el amor al ser humano es no despreciar lo que hace un ser humano. Y yo quisiera que me dijeran si un pescador no es un creador. Porque hay pescadores creadores y pescadores no creadores. Pero un pescador que esté inventando siempre una red, cómo se hace, cómo se hace el hilo, cómo se teje para que no se rompa, y cuando tú vienes a ver te inventó una cosa tremenda, ¿eso no es un creador? Ahora, el pescador que siguió cotidianamente pescando, ese es un pescador. Ahora, hay pescadores creadores. Yo quisiera saber si un zapatero no es un creador. Porque hay zapateros que nada más te hacen así, te ponen la puntillita así y ya. Ahora, hay zapateros que te transforman un zapato. Eso es un creador también. ¿O qué es lo que es una creación? Porque lo único espontáneo que ha surgido de las maravillas de la creación es la naturaleza, fueron las montañas, porque hasta a la vegetación hay que ayudarla a crecer.

Ahora, en un país con nieve no hay vegetación, pero hay hermosos paisajes todos nevados. Todo lo demás que hace el ser humano es creación. Y hay seres humanos creadores y hay quien no. Hay quien le echa a la Coca-Cola todos los días la cosita, pero hay a quien se le ocurre que de verdad podemos descubrir una Coca-Cola que sirva. Ese es un creador. El día que podamos tomar una Coca-Cola que sirva es un creador. Entonces, se les llama jóvenes creadores a los que se dedican al arte y la literatura y a la cosa, eso ya es una vanidad, ese es un divisionismo del ser humano, eso es poco amor por la vida, que en definitiva la vida es el hombre.

A mí me parece que entre los jóvenes *El Caimán Barbudo* puede jugar un papel importantísimo. Publicarle no solamente ya a los que escriben un poquito mejor, sino también a los que estudian más. Porque el escribir un poquito bien puede ser un golpe de suerte, acuérdense de eso, y también eso es injusto. Es mucho más importante que tenga condiciones, no cabe la menor duda. Pero aquella compañera o joven estudiosa, que estudia y estudia, y un día escribe algo que no le salió tan bueno, pero de verdad estudia y a lo mejor no le salió tan bueno porque no tiene tanto tiempo de escribir; en cambio, aquel que no es tan estudioso le dedicó cinco o seis meses a un cuento, y el cuento le salió bastante buenito, porque ha estado cinco o seis meses ahí. Y aquel otro compañero que lo que ha estado es cinco o seis meses estudia y

estudia hizo un cuentecito en quince días. Entonces *El Caimán Barbudo* publica aquel bueno, pero aquel que fue un golpe de gracia y, además, porque de verdad que se dedicó nada más que a escribir y no estudió. Y yo en este caso prefiero –estoy hablando siempre dentro de lo que tenga cierta calidad, no estoy hablando de lo que no sirva totalmente– publicar en *El Caimán Barbudo* algo de un compañero muy estudioso y que no esté malo, que no sea una cosa bastante buena, pero que sea lo único que haya escrito ese joven. Vamos a preguntarle a ese joven cuánto tiempo ha estado escribiendo, qué ha estudiado, qué tiempo ha dedicado a estudiar, a trabajar. Para que ustedes vean que no ha estudiado nada, se ha dedicado un año a hacer eso. Y yo les digo a ustedes que, de verdad, con un poquito de aptitud y eso de dedicarle un año a unos cuentecitos no salen muy malos. Pero, en cambio, otros compañeros que están estudia y estudia, trabaja y trabaja, y han hecho un cuento que no es tan formidable como el otro, pero no es malo, entonces yo en ese caso no publico el formidable y publico ese.

Vaya, yo doy un premio en la publicación si además trabajan o estudian. Yo en este caso premio al estudioso con condiciones de poder escribir y saber escribir algo, y no al que hizo un librito, le salió formidable y lleva dos años haciéndolo, pero ni estudia ni trabaja.

La juventud, antes que nada, tiene que estudiar, profundizar en el estudio y ligar el estudio a las tareas de trabajo, porque si no están ligados a las tareas de trabajo están desligados de la Revolución, y que empiecen a hacer intentos lo mejor que puedan, sin quitarle una hora de estudio ni una hora de trabajo, y que vayan haciendo lo que puedan. Y que la juventud, nuestra juventud, nuestra dirigencia de la Juventud Comunista, los que escriben en *El Caimán Barbudo*, más que en busca del que dio un golpe de suerte con un buen cuento, vaya en busca de cómo surgió ese compañero, qué tiempo estudia, cómo cumple con su trabajo, y además si tiene condiciones para escribir, porque a pesar de trabajar y estudiar ha escrito esto con cierta calidad.

Yo decía el otro día que la carta mía al Che, cuando alguien me dice que está bonita, en vez de sentir una cosa agradable, siento tristeza. Porque yo puedo decir que ha sido un golpe de suerte, y me molesta un poquito que por un golpe de suerte todo el mundo hable de eso, los extranjeros sobre todo.

A mi juicio, no se le puede publicar a ningún joven si no es un estudioso. Y un obrero que no puede estudiar –cuando digo un obrero, digo un trabajador– y escribe algo que está bueno, es distinto. Porque a lo mejor un trabajador de la fábrica de toallas Telva lee y lee y lee, y un día se le ocurre hacer un cuento y le salió bien; bueno, creo que es distinta la cosa. Ese trabajador es distinto, porque no se le trata como creador. Ahora, a un joven ni se le puede llamar joven creador ni se le puede llamar joven intelectual. Porque es que el joven tiene que estudiar y hacer la revolución. Y de ahí, vamos a ver qué sale. Porque

un joven es muy difícil que haya hecho algo, porque para hacer algo hay que vivir. Y el joven no ha vivido. Para eso hay que vivir, a excepción del genio.

Ya les digo: yo no le publicaría a nadie, si no es a un joven estudioso. *El Caimán Barbudo*, sobre todo, que tiene que jugar un rol importante en nuestra juventud.

A un compañero que escribió algo muy bonito: «¿De dónde tú eres?». «De Santiago». «¿Qué estudias?». «Tal cosa». Lo investigo: si es estudioso, si es esforzado y escribió con alguna calidad; si escribió y no estudia ni está vinculado al trabajo, va abajo. Yo no publicaría en *El Caimán Barbudo* a nadie que no fuera un joven estudioso. Porque si no, no van a clases y se ponen a escribir, y dentro de diez años ni han terminado una carrera ni son escritores. Esa es mi contestación.

Guerra: *Yo creo que esa tesis es muy importante. Eso corrobora nuestras ideas acerca del movimiento que debe formarse alrededor de* El Caimán*. Además, hay una tendencia a pensar que el escritor es un tipo desordenado, que no es sistemático, profundo. Pero eso es un error tremendo, porque nadie llega a ser un buen creador si no tiene una disciplina de estudio.*

Leyva: *Hay una cosa que a mí me preocupa, que me parece parte de nuestra responsabilidad. Se entiende la educación docente y la educación física, y otra serie de trabajos. Ahora, la educación cultural, como parte de la formación del joven, no se tiene en cuenta.*

En la universidad te hablan de Martí, en una secundaria hablan de Martí, de la niña de Guatemala, en un día; y a veces, lo que es peor, no hablan de eso. En las secundarias básicas se habla de Quevedo un poco y de cosas así más o menos tradicionales. No se puede pretender tampoco a partir de El Caimán Barbudo *formar una juventud, sino que, desde la base, desde la primaria hasta la universidad, debe haber por lo menos una consecución. Porque lo que nosotros podemos hacer con el trabajo de* El Caimán Barbudo *seguro que no redundaría dentro de la gran masa de estudiantes y jóvenes, ya que en ella no existe desde la base una formación sólida.*

Mira, eso no es verdad, el problema también es de material humano. Nosotros en este país hemos partido de alfabetizar, entonces, era probable que ya en este momento hubiera profesores de calidad y realmente es posible que haya profesores de calidad. ¿Pero qué sucede? Que cuando en una secundaria hay un profesor bueno, con calidad revolucionaria y preparación, ya no es profesor de una secundaria, ya lo llevamos a dirigir la secundaria. Y cuando sale un profesor de calidad y lo llevamos a dirigir la secundaria, y lo hace bien, lo llevamos a dirigir un preuniversitario.

Entonces, tú ves en una escuela un buen profesor, una buena profesora en secundaria básica, de verdad una profesora... ¡No, no, no, qué va, vamos a ponerla de directora! Y después, si sigue de buena directora, la ponemos en un regional. Entonces siguen siendo los profesores los que no tienen alto nivel. Porque en este momento –ya hace diez años– podíamos tener una cantidad de profesores de calidad, yo creo que si no es todo lo que debiéramos haber tenido, al menos tenemos. ¿Qué sucede? Que no podemos pensar ni en primaria ni en secundaria, porque han crecido: aquellos niños, todos los que estaban en primaria están en secundaria, están en preuniversitario, y la cosa no viene de secundaria, viene de primaria, pero por la gran necesidad que tenemos hoy en las escuelas de primaria, los maestros son alumnos, están trabajando de maestros y a la vez son alumnos.

Cuando terminan el sexto grado los metemos en Minas del Frío. Entonces eso sí es un problema tremendo, no cabe la menor duda, pero hay que hacer un esfuerzo sobrehumano.

Yo siempre he dicho que el único recurso formidable que tenemos nosotros es la televisión. Porque nosotros no podemos, de ninguna manera, llevar profesores a todas las aulas de secundaria básica a hablar de Quevedo –como tú decías– porque todos los maestros, la gran mayoría de los maestros, no han leído a Quevedo. Ahora, nosotros sí podemos poner en todas las secundarias básicas un televisor y desde una planta matriz impartir, en su horario correspondiente, los conocimientos de un buen profesor que hable sobre eso. Que sea un buen profesor, aunque este método no sea lo ideal. Que no se pueden hacer preguntas, que si se habló muy rápido y no se pudo anotar. Claro, no es lo ideal, pero si tenemos pocos profesores de esta cosa, y es mejor tener uno bueno por televisión y darles esas cosas por televisión a las secundarias y a los preuniversitarios con calidad, que no darles nada o darlo con mal personal. Claro, lo ideal es el profesor que responde a las preguntas, pero no podemos. Ahora, nosotros sí podemos tener veinte mil profesores de calidad, con uno que sepa dar la clase por televisión, que la dé bien, que sepa utilizar las reglas del juego de la televisión y que sepa utilizar todas las cosas, que sepa utilizar las técnicas que corresponden. Ese sí es de verdad el recurso más formidable que tenemos nosotros por el momento, no es lo ideal, lo ideal es el profesor, la pregunta, la respuesta.

A mí me parece que, si se utilizaran por la televisión quince minutos sobre esto, sobre todos los problemas de arte, literatura, eso sería formidable: utilizar la televisión con todos los recursos que hay que usar para que se logre la cosa.

Peroga: *Haydee, por ejemplo, usted hablaba del amor al pueblo. Si dentro del principio del amor al pueblo se está cometiendo algún error en nombre de eso, ¿cree usted que la obra del artista debe ser trabajar sobre eso? ¿Ayuda a esclarecer?*

Lo primero que tiene que hacer un artista para criticar es meterse a trabajar con los impedimentos que hay. Es decir –como decía el compañero de la secundaria básica– hacer una crítica sobre eso sin conocer los problemas que tenemos, yo creo que es una crítica injusta. Yo sé los problemas que tenemos y que algunas cosas pueden andar mejor. Ahora, si el artista me hace la crítica después de haberse metido en tareas y en trabajos, y después de ver todas las dificultades, yo lo apoyo; si hace una crítica positiva para ayudar a resolver los problemas que podamos y se da cuenta de los problemas que confrontamos.

Si ahora yo le hago una crítica a la desorganización que hay en Camagüey, que es una provincia que hay que colonizar porque ahí no vive gente, y veo las dificultades de los compañeros que han pasado por ahí, donde hay extensiones y extensiones de terreno y no hay una casa. Yo puedo hacer la crítica después de ir a Camagüey, «empatarme» ahí cuatro o cinco meses con las dificultades, y entonces hago una obra de teatro, saco de verdad lo que puede ser superado y reflejo también el gran esfuerzo, porque hacer crítica nada más es comodidad, lo otro es ser un crítico, y ese es Fidel, ¡ese es Fidel!

Ahora, si a mí me va un teatrista a Camagüey, se me cuela en Camagüey seis meses, ve lo que hay, ve lo que yo le decía a estos compañeros el otro día: que Crombet tiene que venir para La Habana «hecho un tiro» a buscar unas cuantas botas porque los compañeros están descalzos; se ve que no hay limas para afilar los machetes, y cuando venimos a la fábrica de limas, no hay limas porque no tenemos acero o porque los barcos han demorado por venir de muy lejos, creo que puedo hacer la crítica de cierto modo. Pero no puedo ir unas horas a donde está la Columna a criticar nada más, sin compartir con ellos y tratar de ayudar, porque los compañeros allí tienen descalzos a los muchachos y porque no tienen limas con que afilar los machetes. Ahora, si ese artista va para allá y se mete seis meses con la Columna, trabaja, ayuda, ve cuántas cosas malas puede haber, pero ve por encima de todo cuánto heroísmo, después le admito que me haga todas las críticas que quiera. Desde lejos, la crítica es fácil. Hay que ver lo que pasa con los que dirigen, con los que trabajan con mínimas condiciones.

Miren, los compañeros de la Columna llevan ahí el tiempo que llevan y no tienen ni libros, ni zapatos, ni radios. Bueno, ni *Juventud Rebelde*.

Entonces, yo puedo decirle a Crombet: «Oye, Crombet, parece mentira, qué inhumano tú eres: tienes aquí a miles de muchachos y no tienen ni un radio, descalzos». Hay veces que tienen que comer la comida en latas porque... qué sé yo. ¡Ah!, ¿dónde está la crítica mía ahí? Lo que estoy siendo es tremenda injusta. Porque lo que tengo que ver ahí es por qué esa gente no tiene eso. Y si de verdad después que me meto ahí veo que es porque el que dirige la Columna no resuelve el problema. ¡Ah!, pero cuando yo veo que el que dirige la Columna lo que trabaja más que cualquier columnista, entonces tengo que ayudar, tratar

de resolver. Pero hay veces que el artista considera que con ser artista tiene el derecho de criticar, sin saber los enormes trabajos que se pasan.

Ahora, lo que yo le diría a ese artista, ¿por qué no se nos van para la Columna, para buscarnos modos y formas de recreación y estudio a los muchachos? En este momento, más importante que la crítica es ayudar a la Columna, digamos: lo importante es ayudar y no hacerle críticas a la Columna. Entonces, si él saca en *Juventud Rebelde* una crítica a la Columna, yo le digo: mira, cierren *Juventud Rebelde* y cuélense a ayudar a la Columna. Entonces, para mí la crítica es, en este caso, para quien le hizo la crítica y no va a ayudar a la Columna. Porque el trabajo es tan tremendo que no le puedo aceptar una crítica a esos.

Peroga: *A mí me preocupa una cosa, como los jóvenes que empiezan a formarse, por ejemplo, los pintores: que se pongan a enredarse en corrientes, digamos, de pinturas, de problemas temperamentales puramente de él, de problemas sicológicos que él tenga, muy individuales. Al grano: no estoy en contra de eso, creo que también tiene valor. Pero me parece que nuestra labor más trascendental es la del artista que sea capaz de proyectar la sociedad, condensar en él las experiencias y luego reflejar esas cosas tan complejas que tiene la superestructura y la ideología. Me parece que, en el artista, en este caso, la crítica es una obra revolucionaria y más positiva que la otra puramente individual.*

Yo en ese caso tendría que ver la pintura, porque si la pintura es buena, es revolucionaria.

Peroga: *Sí, yo estoy de acuerdo con eso, las dos son revolucionarias. Pero me parece que es más trascendental la otra que la primera.*

Yo en eso soy liberal. Para mí lo bueno es revolucionario en ese caso, siempre y cuando cumpla con la otra cosa que te expuse antes ¿no?

Si un pintor joven, además de estudiar, además de cumplir con sus tareas revolucionarias, además de tener la actitud consciente ante la Revolución, me hace un buen cuadro, dentro de lo que pueda hacer una persona joven, no me importa realmente; siempre y cuando tenga todas esas cosas: la actitud en el estudio, la actitud en el trabajo, la actitud ante la vida, y después, que pinte con calidad lo que realmente le dé la gana.

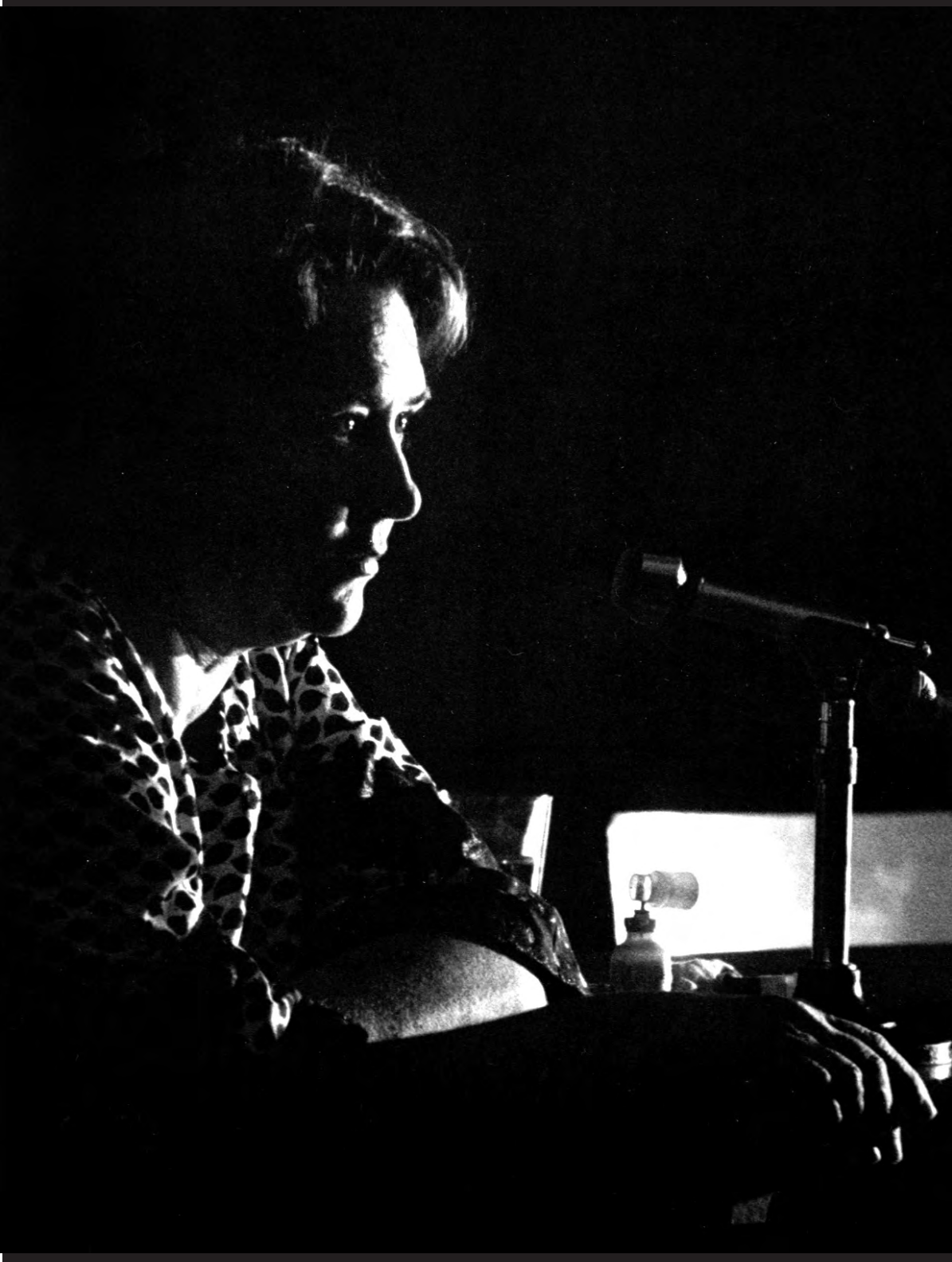
Yo, si soy un jurado –fíjate–, si yo soy jurado entre los jóvenes, y hay cuatro cuadros aquí, primero debo investigar qué tal es como estudiante, qué tal es su actitud como revolucionario. Si los cuatro son buenos estudiantes y tienen una buena actitud ante la Revolución, premio al de mejor calidad, no me importa lo que refleje.

Si yo soy pintor y me dicen: «Tú no tienes la misma actitud que un tornero», yo digo: «¿De qué tornero me estás hablando?». Porque si tú me hablas del tornero de Constancia, del central donde yo nací, yo tengo mejor actitud que él, porque ese está en Miami. Así que según el tornero que sea. ¡Ah!, ¿tú me estás hablando de un tornero vanguardia? Bueno, háblame de otro tornero que no es vanguardia. A lo mejor efectivamente, no tengo la actitud de un tornero vanguardia o no tengo la actitud de un carnicero vanguardia. Ah, si tú me hablas de la actitud del tornero que yo conocí en Constancia, seguro que ese no tiene mejor actitud porque ese está en Miami, y era tornero. Ahora, si me sacas un tornero vanguardia, sí. Ahora, sácame la actitud de otro tornero que no sea vanguardia también. Lo único que sí hay es una tendencia cierta: que el tornero se deja hacer una crítica y el pintor no se deja hacer la crítica.

Es decir, un tornero no vanguardia tiene una actitud no vanguardia, entonces en esa fábrica se le hace una crítica y ese tornero te permite la crítica, y el pintor casi nunca te la permite. Eso sí no sé por qué.

Peroga: *Sí, es cierto, en los pintores algunas veces sucede así.*

Bueno, creo que se ha hecho ya muy tarde hablando aquí, y hay más que hacer.



EL BUEN ARTE SIEMPRE ES REVOLUCIONARIO

1970-1980

Palabras en la constitución del Jurado del Premio Casa de las Américas 1970[1]

Aquí estamos otra vez –como todos los años– para constituir el Jurado del Premio Casa de las Américas. Como todos los años también, en vez de hacérsenos más fáciles estas palabras, se nos hacen más difíciles.

Hay aquí integrantes del Jurado cuyas caras nos son conocidas, y con estos compañeros sentimos un poquito de alivio. Con los integrantes que vienen por primera vez, siempre pensamos la misma cosa: hablarles. Y siempre pensamos: ¿de qué? ¿Hablarles de lo que es el Premio? Tenemos la plena seguridad de que todos lo conocen. ¿Hablarles de arte, de literatura? Conocen mucho más que yo.

Compartir con ustedes, con los viejos amigos y con los que desde hoy para nosotros serán viejos amigos, nos es muy grato. Pero nos es grato en una conversación, no en una cosa tan formal, que año tras año hablamos de esto, y año tras año se hace más formal.

El año pasado decíamos que este año hablaría otro compañero de la Casa de las Américas, porque aquí hay una dirección realmente colectiva, de verdad colectiva. ¿Y cuál es la razón, si todos tenemos una responsabilidad, para que no hablemos distintos compañeros todos los años? El año pasado lo dije –debe estar escrito por ahí–, y creía que iba a ser así. Tanto creía que iba a ser así, que llegué ayer por la tarde y pregunté si estaban todos los jurados. Me dijeron que faltaba uno nada más. Y no me preocupé. Estuve, desde ayer hasta este momento, muy tranquila, porque pensaba que se iba a cumplir lo que dije el año pasado.

Yo siempre digo que en Casa hay libertad para todo. Creo que no es verdad, porque veo que aquí en la Casa de las Américas me «acorralaron» y me sentaron a hablar. Nosotros le íbamos a pedir al compañero Roa –quien, además del cargo que ocupa, todos saben que es un escritor– que hablara, pero hasta el compañero Roa se nos negó. Y aquí estamos hablando.

[1] Pronunciadas el día 24 de junio de 1970 en la Casa de las Américas y publicadas en la revista *Bohemia*, La Habana, núm. 27, 3 de julio de 1970, pp. 46-49. Transcripción del departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario conservada en el Archivo Casa.

Este año todos nos sentimos realmente complacidos, porque el año pasado dijimos que deseábamos que vinieran latinoamericanos –sin que esto dejara de incluir a quien no lo fuera también–, pero deseábamos que vinieran latinoamericanos de sus propios países, porque teníamos una real necesidad de conocer a aquellas personas que llegaban de los países de Latinoamérica, para saber más de esos países hermanos.

Hoy se encuentran con nosotros tres peruanos. Esto casi fue una casualidad, porque los tres peruanos fueron invitados antes de que sucediera todo lo que sucedió en su país.[2] Y hoy, a pesar de lo que ha pasado en Perú, esos tres peruanos están en Cuba. Quiere decir que Cuba está tan ligada a los pueblos, y a los pueblos de nuestro Continente en especial, que a pesar de todo eso tenemos representación del Perú aquí. Probablemente esos peruanos, si hubieran sido invitados a otro lugar, no hubieran salido en estos momentos de su país. Pero al ser invitados a Cuba, y venir, consideraron que estar en Cuba era estar también como en un pedazo de su patria. Aquí, en los pocos días que ellos llevan, habrán podido ver cómo nuestro pueblo –realmente a nivel de pueblo– ha acogido, con qué amor ha dado, todo lo que ha considerado que es más necesario para el Perú. No podemos decirles hoy a estos amigos peruanos, como decimos en Cuba, vamos a convertir el revés en victoria, porque se puede convertir el revés en victoria cuando todo se puede rehacer y cuando se puede hacer hasta más de lo que se pensaba hacer. Pero devolver la vida a cincuenta mil o más personas, y entre ellos a miles de niños, eso es imposible. Como eso es imposible, lo único que Cuba ha podido hacer, no para devolver esas vidas, pero sí para darles vida a aquellos que podían perderla, era enviar sangre. Y tal vez hoy sea Perú, fuera de la propia Cuba, el país donde más sangre cubana corra por las venas de hombres y mujeres, ancianos y niños. De todas maneras, a ellos les decimos que esas vidas quedarán sepultadas; pero como lo único que se puede hacer, si no olvidar, por lo menos para cumplir con esas vidas, es trabajar para los niños que quedaron de aquellas madres sepultadas y para aquellas madres que quedaron de aquellos niños sepultados.

En nombre de todos, inclusive en nombre –me atrevo a decir– del propio Jurado, les decimos a esos peruanos que Cuba y los pueblos del mundo están al lado de ellos, y eso es algo que, si no devuelve lo perdido, por lo menos les hace saber que no están solos, que su pueblo tiene el calor de otros pueblos.

[2] Se refiere al gran terremoto de 7.9 grados en la escala de Richter, ocurrido el 31 de mayo de 1970 en el departamento de Áncash y en las regiones limítrofes del norte y el sur peruano, seguido de un aluvión que sepultó la ciudad de Santo Domingo de Yungay. El pueblo cubano, de manera solidaria, acudió con ayuda material y personal de salud; Fidel convoca al pueblo para hacer donaciones masivas de sangre y él mismo dona la suya, en primer lugar. El sismo dejó setenta mil víctimas.

Y esos hombres de otros pueblos están junto al suyo. Eso dice mucho de la dignidad humana, eso dice mucho del hombre, y eso dice mucho a los descreídos; a tantos descreídos que siempre que no cumplen totalmente con un deber, la primera frase que les viene es: no creemos que los hombres sean de esta manera o de esta otra; pero siempre tratan de decir lo peor, o no lo mejor que tiene en sí el ser humano. Y lo hacen para no cumplir con un deber. Hoy, a esos descreídos –unos con intención y otros casi inconscientemente– debe también esa desgracia servirles de ejemplo, y ver que, ante esa desgracia, el ser humano es noble. Los pueblos y los hombres siempre están al lado de lo bueno. Y ahí es donde de verdad están las fuerzas para luchar, para vivir y para morir.

Cuando se tiene esa fe en el ser humano, cuando se espera lo mejor del ser humano, cuando sabemos que el ser humano está lleno de grandezas –pero que hay veces que se las esconde por cobardía, porque se considera que vivir un poquito cómodo es más cómodo que vivir empinándose– y cuando sepan que vivir empinándose es la comunidad mayor que existe en los hombres, descubrirán qué fácil es ser feliz, aunque pueda tocarnos en momentos la infelicidad y el dolor más grande. Porque cuando un dolor es profundo, tan profundo que ni las lágrimas salen, por lo único que merece la pena vivir después de esos dolores es por ser mejor; es por ser más fiel a lo fiel; por ser y dar todo lo que podemos dar y todo lo que tiene siempre el hombre, el ser humano dentro, que siempre puede dar mucho más de lo que ha dado. Y hoy, ya que eso fue una desgracia, vamos a convertir esa desgracia en ejemplo para hacernos todos más buenos, para hacernos todos más trabajadores y para hacernos todos más nobles, más puros y menos personalistas, que tal vez este es el defecto más grande que tiene el ser humano.

Compañeros peruanos, aquí estamos no solamente los cubanos, sino representaciones de varios países. Y todos ellos podrán decir lo que han sentido en cada país por la patria de ustedes, por los peruanos que quedaron sepultados y por aquellos que tienen que vivir después de haber visto casi lo increíble.

Ahora quisiéramos repetir lo que hemos dicho algunos años sobre el Premio.

Les decía que ustedes saben lo que es el Premio Casa de las Américas. Pero tal vez no saben –como no sabemos nosotros mismos– qué queremos que sea el Premio Casa de las Américas. Siempre decimos que algo que persiste igual, año tras año, es algo que va quedando atrás. Nosotros hemos pensado que el Premio Casa de las Américas es conocido, y además, tiene prestigio. Y no tiene prestigio por la Casa de las Américas, tiene prestigio por la Revolución Cubana. Pero también el Premio, junto con lo que es la Revolución, tiene que ir evolucionando. Nosotros hemos considerado que el Premio, si seguimos así,

es algo que se hace cotidiano. Y lo cotidiano puede ser hermoso, si a la vida diaria incluimos todos los días un poquito más.

Para hacer algunos cambios en el Premio siempre esperamos, todos los años, a que estén los jurados, para intercambiar ideas con ellos y para que nos ayuden. En los distintos cambios que se han hecho, aunque no son muy profundos, siempre se ha contado con el Jurado para que nos ayude. Y este año creo que tiene que haber un cambio más radical, más revolucionario. Hay algunas ideas de lo que pensamos o creemos que se puede hacer, pero son ideas nada más. Aquí los compañeros de la Casa de las Américas me han expuesto muchas ideas –porque yo hace de siete a ocho meses que no estoy por aquí, aunque no dejo de estar aquí, porque vengo un día o ellos van allá–, y les he dicho que no estaba de acuerdo en hacer ningún cambio hasta que llegara el Jurado, hasta que ellos lo vieran y hasta que esas ideas las pudieran analizar mejor.

El Premio Casa de las Américas, aunque se llama Premio Casa de las Américas –porque todo tiene que tener un nombre–, realmente es un premio de todos los artistas y escritores que han pasado por esta Casa. Todos han hecho algo por él. No ha sido simplemente el Jurado. Han aportado ideas, y después de regresar a sus países han seguido aportando ideas y han seguido trabajando para el Premio.

Por eso el Premio Casa de las Américas, más que el Premio de la Casa de las Américas, es el Premio de un montón de hombres y mujeres que han ayudado a hacerlo grande, que han ayudado a que se conozca y que han ayudado a que se sepa que tal vez sea uno de los únicos premios realmente, verdaderamente honestos. Por eso es el Premio de todos. Significa la cooperación de todos. Y debemos trabajar para hacer algo distinto para el nuevo año, aunque los principios simplemente sean iguales. Este año podemos trabajar, pueden aportar ideas, y podemos discutir después, no como aquí, que siente uno un poquito de barrera, sino después, cuando estemos como en nuestra casa, que es lo que es esta Casa de las Américas.

Y veremos qué podemos hacer. Y poder decir el año que viene que el Premio se hace mucho más grande, se hace mucho más revolucionario. Porque es que en este momento hay dos caminos: los que son revolucionarios, y los que no son revolucionarios.

Es difícil en estos momentos que vive el mundo –y lo hemos dicho otras veces– ser apolítico. Es totalmente difícil. El que está a favor, junto a los vietnamitas, está tomando una posición revolucionaria, aunque no se dé cuenta; y el que esté junto a esa gran lucha de los pueblos –y muy especialmente en estos momentos, Indochina–, está tomando una posición revolucionaria, aunque no lo sepa y aunque no se haya dado cuenta de eso. Y si aun aquellos que se creen apolíticos toman posiciones revolucionarias sin darse cuenta, pues

también la Casa de las Américas tiene el derecho y debe hacer el Premio más revolucionario.

Ustedes traen ideas. Nos reunimos los cubanos y algunos que no lo son, pero trabajan con nosotros, sin embargo, no queremos aislarnos de los demás pueblos, no tenemos por qué creer que nuestras ideas sean siempre las mejores. Eso no es así. Queremos saber qué cree cada uno de sus países; qué debe ser realmente un premio, y qué ayudaría de verdad a serlo, a ponerlo a la altura de los pueblos que representa. Porque, en definitiva, esto no es solamente un premio de Cuba: esto representa a Latinoamérica, y es un premio latinoamericano. Y ese paso debe darse, y con ustedes contamos.

Pedimos que trabajen más de lo mucho que tienen que trabajar leyendo las obras. Pero es que ese trabajo es necesario, porque es un trabajo para sus propios pueblos.

Como les decía, por hacer seis o siete meses que no estoy en La Habana, se me hacía todavía más difícil hablar con ustedes. Nosotros, los cubanos, decimos cuando no tenemos una idea precisa que no estamos «en onda». Y yo les decía a los compañeros de la Casa de las Américas que me sentía «fuera de onda». Hace varios meses que estamos en la provincia de Camagüey y, últimamente, hace casi tres meses que estamos en el lugar más apartado de Camagüey, un regional –como llamamos aquí a lo que es más que un municipio– que se llamaba Amancio-Santa Cruz. Hoy se ha dividido en dos regionales: uno Amancio Rodríguez y el otro Santa Cruz. Pero cuando nosotros llegamos ahí se llamaba Amancio-Santa Cruz. Es uno de los lugares más apartados de Camagüey, tan apartado, que después de Amancio no hay más tierra. Lo que hay es el mar. Cuando llegamos allí, se nos ocurrió llamarlo *Macondo*. Tanto es así, que hasta en los periódicos –me ha asombrado, no sé cómo ha llegado– ya he visto reportajes y artículos sobre Macondo. Yo misma le puse ese nombre. Pero como todos los seres humanos somos vanidosos, también me molestó que públicamente se supiera. Y hoy decía: es Macondo, pero un Macondo socialista. Pero no nos conformamos ni siquiera con ese Macondo socialista. Es un lugar tan retirado, que es asombroso. Pero también es asombroso ver la fuerza de la Revolución, ver cómo a un lugar tan retirado llega la Revolución también.

De todas maneras, en Macondo hace casi tres meses que estamos. Hemos trabajado. Y siempre les hemos dicho a los compañeros con que trabajamos, que falta el Aureliano de allí. Que han pasado tres Aurelianos, pero que falta el cuarto para que Macondo deje de ser el Macondo que imaginó Gabriel García Márquez. Y algún día, cuando García Márquez pueda o desee venir a nuestro país, enseñarle lo que era un Macondo que él imaginó y lo que es un Macondo que ha hecho la Revolución.

García Márquez está permanentemente invitado a Cuba. Este año yo tenía especial interés en que llegara, porque habría encontrado allí cosas que le hubieran dado mucho que imaginar de los cubanos; cómo es posible que en un lugar como ese al que le puse Macondo –ustedes pueden suponer cómo es–, hayan leído o empezaron a leer su novela.

Yo les explicaba a los compañeros, a Benedetti y a otros compañeros de la Casa de las Américas, que fueran por allá, que las primeras veces, los que viven en Macondo decían: «¿Por qué nos dicen Macondo?». No les gustaba. Y muchas veces yo decía: «Porque los maconderos…». Y decían: «Pero ¿por qué nos dicen maconderos? ¡Si es una mala palabra!». Creían los compañeros eso. Y yo les explicaba que no. Pero ya no me quedó más remedio que llevar la novela. Y de aquí, de esta Casa de las Américas, fueron cientos de libros de *Cien años de soledad* y los repartí allí.

El nivel en general allá, de los que no son dirigentes del regional, ustedes pueden comprender que no es muy alto, cuando lo hemos elevado a cuarto y quinto grado. Y es un poco difícil entender esa novela, solamente porque con la cantidad de personajes, cualquiera de nosotros mismos a veces tenemos que buscar las hojas de atrás y buscar cuál es el Aureliano del que se habla. Piensen qué será para esos compañeros. Pues cuando no entendían la novela, venían y me decían: «Mire, Haydee, no entendemos esto».

Yo le contaba a Benedetti una cosa muy simpática: que hay allí un viejito que no sabemos la edad que tiene, porque él mismo no sabe la edad que tiene. Todavía recuerda la esclavitud. Su padre fue esclavo, y él inclusive no lleva el apellido de su padre, sino el de la familia a la que perteneció. Creo que viene de haitianos. Y él empezó a leer la novela y no entendía, y vino donde yo estaba, y todos los días yo le leía un párrafo, le explicaba, y entendía de lo mejor. Y empezó a buscar aquella cosa, la volvió a leer y la entendió. Pero un día llego al central y me encuentro un grupo grandísimo de personas –nosotros le decimos «El Haitiano»– y digo: «Eh, ¿y qué hace El Haitiano aquí?». ¡Pues nada menos que El Haitiano les estaba explicando a los trabajadores del central la novela! Pero además les decía: «¡Pero mira que ustedes son brutos! ¿Cómo ustedes no entienden esto?». Y se la explicaba a ellos. Así corrió esa novela por allí, y hoy ellos mismos ya están de lo más contentos, porque dicen que no, que maconderos no es una mala palabra.

Yo tenía la esperanza de que Gabriel García Márquez viniera este año aquí, que pudiera ir. Yo lo iba a llevar para que viera aquello. Y después le iba a decir: «Y venga dentro de cinco o seis años».

Naturalmente que él se iba a asombrar de que le hayamos puesto Macondo a aquello y que en Macondo haya una secundaria básica.

Yo me crie en un central. Éramos cinco hermanos, y no era un central tan intrincado como este: era en Las Villas y muy cerca de carreteras y de todo.

En cambio, este de ahora es un central que no tenía carretera –la hemos hecho–; ahí nada más que se llegaba a caballo o en ferrocarril, porque ni el yipi entraba. Y el central donde nosotros nos criamos, no era así. En el central en que nosotros nos criamos, mis cuatro hermanos y yo fuimos a una escuelita rural de ese central, donde en un aula había seis grados. Y hoy, en nuestro Macondo, hay centros escolares desde preescolar, y cada aula con su grado, y una secundaria básica, y además, tres internados. Así que no es el Macondo que describe García Márquez. Más bien le puse Macondo por lo alejado, por una serie de dificultades; porque los revolucionarios nunca estamos conformes, porque siempre queremos más y porque debemos hacer más, y porque el día que no hagamos eso, no somos revolucionarios. Pero muchas veces para consolarme, yo misma me decía: Yo fui a una escuelita de seis grados juntos, donde había bancas y nos sentábamos todos. Muchas veces no sabíamos ni en qué grado estábamos, porque era una sola maestra, y era tanto el trabajo, que un día nos tocaba todo lo que se daba en primero, y al otro día tocaba todo lo que se daba en sexto. Así que había un enredo que era tremendo. Y hoy ese Macondo tiene una secundaria básica, grandes centros escolares y buenos internados.

Pero, de todas maneras, es un lugar pintoresco, porque es muy lejos y, además de estar lejos, porque no pasa carretera. Para llegar a Macondo, hay que ir a Macondo. Nada de decir: «Vamos por una carretera y entonces nos bajamos un momento». No. ¡Hay que ir a Macondo! Pero, además, por eso me encanta Macondo: porque de verdad hay que llegar allí, y tiene sus cosas, y es una experiencia nueva para mí.

Uno siempre cree que ha vivido todas las experiencias de la Revolución, y cada año nos damos cuenta de que nos faltan miles. Y esa para mí es una experiencia nueva. Tanto, que la gente de la Casa de las Américas decía: «Yo creo que te hemos perdido con el entusiasmo que tú sientes por Macondo». Pero yo siempre les decía: «Si yo siento entusiasmo por Macondo, no tengo que dejar de sentir entusiasmo por la Casa de las Américas. ¿O es que nada más se puede querer a un hijo? Entonces, la que tiene doce hijos ¿no puede querer a los doce?».

Les hablo de Macondo para que vean que hace meses que estoy, si no totalmente, sí bastante alejada de la Casa de las Américas. Y eso también es una nueva experiencia, porque la Casa ha seguido funcionando perfectamente sin mí. Creo que los compañeros han descubierto, con mi ausencia de la Casa de las Américas, algo formidablemente bueno para ellos: que no necesitan bastón. Han caminado sin el bastón. Porque en realidad, yo soy un poco el bastón aquí para los compañeros de la dirección. Es fácil, si usted se siente con un pie un poquito así, coger un bastón. Ellos, en cuanto se sentían con cualquier dificultad, si yo no estaba, cogían el teléfono y: «Haydee, ¿qué hacemos?». Ahora

se las han tenido que batir solos, y cada vez que me llamaban para algo, les decía: «Actúen».

Eso también se debe a que este es un organismo en que por lo menos hay líneas muy claras. Y cuando hay líneas claras en un organismo, se puede hacer un trabajo un poco mejor o no, pero lo que sí es difícil es hacer algo que está fuera de la línea. Ellos han actuado así, han trabajado así, y yo siempre les digo que yo puedo seguir algún tiempo en Macondo y que ellos sigan así.

Pero, de todas maneras, dejaremos a Macondo unos días para estar con ustedes, no con ellos. Para estar con ustedes, para hablar de tantas cosas que debemos hablar, y en particular, de lo que deseamos y lo que ustedes mismos deben desear que sea el Premio.

De ustedes, algunos casi habrán acabado de llegar; otros, creo que hace más días que están por acá. Pero, decimos como todos los años, que aquí se viene a trabajar en las obras, a leer las obras, pero que es importante también ver la Revolución. No deben perderse eso. Es interesante, porque muchas veces una revolución se idealiza. Y hay veces en que los revolucionarios somos más religiosos que los verdaderos religiosos, porque idealizamos tanto a la Revolución, que esperamos un poco que las cosas surjan o caigan, como aquellos que piden a su santo preferido que les conceda las cosas. Y una revolución no se le puede pedir a ningún santo: una revolución hay que pedirla a los hombres, hay que trabajar incansablemente, y hay que enfrentarse con la naturaleza, y hay que enfrentarse a diario, cada hora y cada minuto, con el imperialismo.

Nosotros no le echamos la culpa al imperialismo de todas nuestras dificultades. Ya somos mayorcitos y caminamos sin tenerle que echar la culpa al imperialismo. Pero no cabe la menor duda de que cuando las cosas tienen que llegar de países que están a semanas de aquí, las cosas son más difíciles. Cuando las cosas pueden llegar en veinticuatro horas o en menos de veinticuatro horas, es más fácil. Pero cuando las cosas a veces tienen que demorar un mes para llegar, las planificaciones se nos hacen muy difíciles, porque con un mal tiempo, ya no llegan a tiempo. Pero esto también es una ventaja, porque en las dificultades se crecen los hombres. Los cubanos son iguales a los otros pueblos, lo que pasa es que nuestras dificultades nos han hecho crecernos. Por eso se van encontrando no con una revolución que muchos idealizan, sino con una revolución de verdad; que hay que hacer, que hay que trabajar, y que falta siempre por hacer, porque una revolución no termina, sobre todo, si no termina el imperialismo. Muchos tal vez encontrarán que no es todo lo bello que ellos pensaban. Pero eso los va a ayudar también, para que sepan lo que cuesta hacer una revolución y lo que cuesta continuar una revolución.

Yo les sugiero que vean eso, que vean todo, que no les enseñen solamente nuestro Museo de la Alfabetización, que de verdad es una cosa maravillosa de

nuestra Revolución; que les enseñen todo lo que nos falta por hacer y todo lo que vamos a hacer; porque, además, nos falta por hacer, y lo vamos a hacer. Que tengan su descansito y que trabajen en nuestras obras, que lean –sobre todo– todas las obras.

Siempre pensamos que muchas veces escritores de los distintos géneros, como ustedes, cuando se les presenta una obra, leen doce páginas, y ustedes ven que es un verdadero desastre y es difícil seguir leyendo. Pero hay veces que, en esa obra, a la mitad se descubre una cosa buena. Esa obra no nos sirve para premio, nunca podrá ser editada; pero sí podrá verse quién la escribió, y sí podrá trabajarse con esa persona que la escribió; y a lo mejor el año que viene esa persona presenta una buena obra. Porque nadie escribe desde un comienzo buenas obras, y a veces la obra es mala, pero en cambio, se ve que el escritor mueve personajes y tiene condiciones. Y cuando eso sucede, y el Jurado del género al que le pertenece lo indica a la Casa de las Américas, tratamos de escribir, tratamos de decir lo que dijo el Jurado de su obra, tratamos de indicarle los fallos que el Jurado considera, y tratamos de indicarle que si no supera ciertas cosas, no será un buen escritor. Y yo creo que ese es un gran trabajo de este Jurado también.

Siempre pido a los jurados –pero es un trabajo difícil, y muchas veces no se hace por falta de tiempo, y otras por lo difícil, y otras porque no ven la importancia que yo le veo, porque si le vieran la importancia que yo le veo, creo que se fanatizaban con eso–, que cuando una obra no es buena, pero se ve calidad en el que la escribió, o por lo menos condiciones, con una pequeña ayuda, con pequeñas indicaciones, están haciendo a un escritor; y sin esas indicaciones, sin esa ayuda, probablemente nunca será un escritor. Ese también es un deber de los escritores, y también es un deber del Premio Casa de las Américas: ayudar en eso. Porque leer y escoger la mejor obra es lo más fácil. Siempre que se leen unas cuantas hojas, uno puede hacer así y echar para un lado. Ya con aquellas que sí se ve que son un total disparate, no les voy a decir que lo hagan; pero hay algunas que no son un total disparate y son malas, pero tienen condiciones.

Quien les dice esto no sabe hacer ni una buena carta, pero sí lee mucho; lee tanto, que a los escritores de la Casa de las Américas les tengo que dar los libros para que ellos lean. El que lee mucho quizás no sabe escribir, pero sí sabe, tiene una visión de estas cosas acaso mayor que aquel que sabe escribir muy bien y escoge las buenas obras para leer. Cuando me hablan de quiénes son mis escritores preferidos, yo les digo que no tengo escritores preferidos, que tengo libros preferidos. Porque hay un escritor que hace una formidable novela, que es una preferida, y hace cuatro que no me gustan. Entonces no puede ser mi escritor preferido. Les digo: yo no tengo escritor preferido, tengo obras preferidas. Pero también leo esas que no me gustan mucho, porque es

imposible que se escriban muchos libros realmente formidables. Pero también yo les decía a ellos: «Bueno, y cuando no tenemos esos libros que son regulares, ¿cómo podemos saber los que son buenos? Si leemos buenos nada más, no tenemos comparación».

Aquí a cada rato hay sus discusiones, porque los pintores dicen que me gusta más la pintura, y los escritores dicen que me gusta más leer. Yo les diría que me gustan las dos cosas, porque leer delante de un buen cuadro es formidable, es leer mejor todavía.

Bueno, compañeros, como les decíamos, este año estamos un poco «fuera de onda» –para que vayan aprendiendo las palabras en cubano–, y habría querido que el compañero Roa les hubiera hablado de varias cosas de nuestra cultura, o de la cultura en general –que no tenemos nuestra: la cultura es cultura y no es nuestra ni vuestra, es cultura–. Pero este año me siento macondera y nada más que les pudiera hablar de Macondo. Y como hablarles a ustedes de Macondo es un poco hablarles del cosmos, pues no les sería interesante. Lo que hago es invitarlos a ir a Macondo, si quieren ir. En Macondo me propusieron que se constituyera el Jurado allá. Porque al estar allá, nosotros hemos hablado de la Casa de las Américas, hemos puesto afiches, y ya saben lo que es la Casa de las Américas. Porque la Casa de las Américas a esos lugares, además, no llega tanto; porque la Casa de las Américas es un poco hacia afuera, no es tan masiva como quisiéramos que fuera, porque es una institución que tiene un pedazo de la cultura. Pero allí saben lo que es la Casa de las Américas. Y en una entrevista que me hizo un periodista de Macondo, una de las preguntas que me hace: «¿Y por qué no vienen a constituir aquí el Jurado de la Casa de las Américas?». Yo se lo propuse a la gente de la Casa, pero después empecé a pensar que tenían que ir con su mochila, con su hamaca, porque allí no hay hoteles, y teníamos que alojarlos no sé si en un monte de caña, porque no hay muchos árboles tampoco. Es uno de los pocos lugares de Cuba donde no hay vegetación. Habría que ir con la mochila, la hamaca y, además, las estacas para poner la hamaca. Y cuando vi todo eso dije: «¡Imagínense ustedes!» –no insistí mucho por eso–, «¡esta gente con una mochila al hombro, con una hamaca, y a constituir el Jurado en un cañaveral!». Porque no hay vegetación como hay en otros lugares de Cuba, como en Oriente, como en todas nuestras provincias, menos en Camagüey.

Yo siempre digo: no hay ni mar ni montaña. Y vivir sin mar y sin montaña es una cosa tremenda. Yo les digo que después de Macondo no hay más que mar. Pero para llegar al mar son diecisiete kilómetros. Pero, además, diecisiete kilómetros a caballo casi, no es que sea una playa, es que ese mar solo es un puerto, donde se embarca el azúcar a granel. Pero como el azúcar va por ferrocarril, no hay una gran necesidad de hacer carretera, porque el azúcar a

granel nada más que puede ir por ferrocarril, por cuestiones de higiene. Y ahí hay unos caseríos muy pequeños. Así que, aun para ver el mar, hay que caminar diecisiete kilómetros. Y yo fui y llevé a los compañeros allá y les dije que eran diecisiete kilómetros, y ellos creían que diecisiete kilómetros se recorren –claro– en diez minutos. Y cuando fueron, me dijeron: «Haydee, pero aquí no hay diecisiete kilómetros, hace hora y media que estamos para llegar». Digo: «Claro, diecisiete kilómetros aquí es hora y media». Eso es para llegar a ver el mar. Las lomas no se ven. Yo digo que es el único lugar de Cuba en el que no hay ni palmas. De verdad que vivir en Cuba sin mar, sin lomas y sin palmas es tremendo. Por eso yo le he puesto Macondo: no por los problemas sociales, sino hasta por su vegetación.

De todas maneras, como ya no es a constituir el Jurado, yo los invito. Como no irían todos, no tendrían que ir con mochila, porque para poquitos, a lo mejor hay un ratico por ahí.

Pero lo importante es que aquellos maconderos me propusieron que el Jurado fuera a constituirse allí. Y cuando yo les decía: «Pero es que no podemos, ¿dónde los vamos a alojar?». Ellos, tan espontáneamente decían: «¡Ah, en los portales!». ¡En los portales! Ellos lo veían muy natural. ¡Que quiénes eran ustedes para no ponerlos en los portales! «No, no, pero miren: son nuestros invitados». «¡Ah, pero aquí hay muchos portales buenos!». Porque, dentro de eso, son gente de una pureza, de una espontaneidad… Tienen la maravilla de no estar contaminados por la ciudad.

Así que, compañeros, dentro de su recorrido, el que quiera llegarse por Macondo, aun aquellos jurados cubanos como los compañeros ministro y del Icaic, los invito a ir a Macondo. Pero, además, para que nos ayuden a hacer Macondo. Porque allí nadie puede llegar sin llevar algo. Allí, si va el Icaic, tiene que llegar con películas; si va la Casa de las Américas, tiene que llegar con cuadros y libros. El otro día fue un compañero, llegó para ver dónde se desembarca el azúcar a granel. Y digo: «!Eh!, ¿y cómo tú has llegado aquí sin nada?». Dice: «¿Qué tengo que traer?». Y digo: «Algo». Dice: «¿Pero qué tú quieres?». Digo: «Lo mismo da». «No, pero dime». «De todo». Y a la semana me mandó una rastra con mil bombillos. Y da la casualidad de que llega en un momento en que le ponemos luz a un lugar que se llama Vicente Pérez, que no tenía luz, y buscamos una plantica y le ponemos a Vicente Pérez luz. Y se necesitaban seiscientos bombillos. ¿Ustedes saben lo que son seiscientos bombillos juntos, así, que no están planificados? !Es el demonio eso!

Bueno, compañeros, creo que después de esto ustedes pensarán que los cubanos no somos formales. Pero sí somos formales. La que no es muy formal hablando soy yo, pero soy formal.

Les repetimos: la Casa de las Américas es su casa. Cuba es su casa. Cuba es su tierra. Y la Revolución Cubana es de todo aquel que la quiere, es de todo

aquel que la defiende, es de todo aquel que la ama, aunque no tenga oportunidad de hacerla. Por eso esta Revolución también es su casa y es de ustedes, si es que ustedes la quieren, si es que ustedes la aman, si es que ustedes la defienden.

Aquí, en nuestra Revolución, que es su revolución, siéntanse bien.

Y les decimos: a trabajar y a convertir el Premio Casa de las Américas en el premio más revolucionario, no de Latinoamérica sino del mundo.

Y con esto les decimos: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Carta a Mario Vargas Llosa

La Habana, 14 de mayo de 1971

Sr. Mario Vargas Llosa[3]
Vía Augusta 211
Ático 2º
Barcelona 6
España

Señor Vargas Llosa:

Usted sabe que el comité de la revista *Casa de las Américas* al cual supuestamente renuncia, de hecho no existe ya, pues, a sugerencia de este organismo, se acordó en enero de este año, en declaración que usted mismo suscribió, ampliarlo en lo que significaba sustituirlo por una amplia lista de colaboradores de la revista y de la institución. Y esta medida obedeció al hecho evidente de que hacía mucho tiempo que era inaceptable la divergencia de criterios en el seno de dicho comité: criterios que iban desde los realmente revolucionarios, y que eran los de la mayoría, hasta otros cada vez más alejados de posiciones revolucionarias, como habían venido siendo los de usted. Por una cuestión de delicadeza humana, de [la] que usted sabe que le hemos dado pruebas reiteradas, pensamos que esta medida era preferible a dejar sencillamente fuera del comité a gentes como usted, con quien durante años hemos discutido por su creciente proclividad a posiciones de compromiso con el imperialismo. Creíamos que, a pesar de esas lamentables posiciones, todavía era posible que un hombre joven como usted, que un escritor que había escrito obras valiosas, rectificara sus errores y pusiera su talento al servicio de los pueblos latinoamericanos. Su carta nos demuestra qué equivocados estuvimos al ilusionarnos de esa manera. Usted no ha tenido la menor

[3] Haydee con esta carta da respuesta a una enviada por Vargas Llosa el 5 de mayo de 1971, ambas fueron publicadas en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 67, julio-agosto, 1971, pp. 140-142.

vacilación en sumar su voz –una voz que nosotros contribuimos a que fuera escuchada– al coro de los más feroces enemigos de la Revolución Cubana; una revolución que tiene lugar, como hace poco recordó Fidel, en una plaza sitiada, en condiciones durísimas, a noventa millas del imperio que ahora mismo agrede salvajemente a los pueblos indochinos. Con tales enemigos al alcance de la vista, y no pocos enemigos internos, esta, como toda revolución, debe defenderse tenazmente o resignarse a morir, a dejar morir la esperanza que encendimos en el Moncada y en la Sierra y en Girón y en la Crisis de Octubre; a dejar morir de veras a Abel, a Camilo, al Che. Y nosotros no dejaremos nunca que esto ocurra y tomaremos las medidas que sean necesarias para que esto no ocurra. Por esto fue detenido un escritor, no por ser escritor, desde luego, sino por actividades contrarias a la Revolución, que él mismo ha dicho haber cometido;[4] y usted, que acababa de visitar nuestro país, sin esperar a más, sin conceder el menor crédito a las que pudieran ser razones de la Revolución para proceder así, se apresuró a sumar su nombre a los de quienes aprovecharon esta coyuntura para difamar a nuestra Revolución, a Fidel, a todos nosotros. Este escritor ha reconocido sus actividades contrarrevolucionarias, a pesar de lo cual se halla libre, integrado normalmente a su trabajo. Otros escritores también han reconocido sus errores, lo que no les impide estar igualmente libres y trabajando. Pero usted no ve en todo esto sino «un lastimoso espectáculo» que no ha sido espontáneo sino prefabricado, producto de supuestas torturas y presiones. Se ve que usted nunca se ha enfrentado al terror. Se ve que nunca ha tenido la dicha de ver a hermanos, que por lo único que se conocía que eran ellos, era por la voz, y esa voz era para decirles a quienes les arrancaban la vida en pedazos su fe en la lucha, en la victoria final, su fe en la Revolución, en esta Revolución a cuyos peores calumniadores usted se ha sumado. Después de lo cual se sienta usted a esperar las invectivas que teme o desea. Sin embargo, Vargas Llosa, pocos como usted conocen que no ha sido nunca costumbre nuestra proferir invectivas contra gentes como usted. Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que tendríamos sobre la aceptación por usted del premio venezolano Rómulo Gallegos, otorgado por el Gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros

[4] Haydee se refiere a la detención del poeta Heberto Padilla (el 20 de marzo de 1971) y a la «autocrítica» que realizó en la sede de la Uneac, tras ser excarcelado el 27 de abril, ante un auditorio de escritores miembros de la organización. Estos hechos desataron una enorme reacción internacional entre escritores e intelectuales diversos y generaron amplios debates en la prensa plana y otros medios. Para conocer una historia de los acontecimientos desde las fuentes directas ver: *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del «caso Padilla» cincuenta años después*. Selección y prólogo de Abel Prieto y Jaime Gómez Triana, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2021.

pueblos, nosotros le propusimos «un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de nuestra América»: le propusimos que aceptara ese premio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esa sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara.

Lo menos que podemos pedirle hoy los verdaderos compañeros del Che es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue más importante comprar una casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. ¡Qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dio! Sin embargo, nosotros en aquel momento no le dedicamos invectivas por esa decisión. Supimos, sí, a partir de entonces, que no era usted el compañero que creíamos, pero aún pensábamos que era posible una rectificación de su conducta y preferimos felicitarlo por algunas palabras dichas en la recepción del premio, considerando que tendríamos otras ocasiones de volver sobre el asunto. Tampoco recibió usted invectivas cuando, en septiembre de 1968, en la revista *Caretas*, y a raíz de los sucesos de Checoslovaquia, emitió usted opiniones ridículas sobre el discurso de Fidel. Ni cuando a raíz de las críticas al libro de Padilla *Fuera del juego*, nos enviara, en unión de otros escritores residentes en Europa, un cable en que expresaban estar «consternados por acusaciones calumniosas contra poeta Heberto Padilla» y grotescamente reafirmaban «solidaridad apoyo toda acción emprenda Casa de las Américas defensa libertad intelectual». Lo que sí hice entonces fue enviar un cable en que decía a uno de ustedes: «Inexplicable desde tan lejos puedan saber si es calumniosa o no una acusación contra Padilla. La línea cultural de la Casa de las Américas es la línea de nuestra Revolución, la Revolución Cubana, y la directora de la Casa de las Américas estará siempre como me quiso el Che: con los fusibles disparados y tirando cañonazos a la redonda». Ni recibió usted invectivas cuando después de haber aceptado integrar el Jurado del Premio Casa 1969, dejó de venir, sin darnos explicación alguna, porque se encontraba en una universidad norteamericana. (Por hechos como este, dicho sea entre paréntesis, nunca creímos que vendría a dictar el curso del que se habló informalmente. La pública renuncia que hace de este curso no es más que otra argucia suya. Si vino en enero de 1971, fue sobre todo para buscar el aval de la Casa de las Américas que, por supuesto, no obtuvo, para la desprestigiada revista *Libre* que planean editar con el dinero de Patiño). Y si, a raíz de estos y otros hechos, algunos escritores vinculados a esta Casa de las Américas discutieron privada y públicamente con usted, no se trató nunca de invectivas. La invectiva contra usted, Vargas Llosa, es su propia carta vergonzosa: ella lo

presenta de cuerpo entero como lo que nos resistimos a aceptar que usted fuera: la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no solo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la Revolución Cubana; que, a pesar de errores humanos, es el más gigantesco esfuerzo hecho hasta el presente por instaurar en nuestras tierras un régimen de justicia. Hombres como usted, que anteponen sus mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó «nuestras dolorosas Repúblicas», están de más en este proceso. Confiamos, seguiremos confiando toda la vida, en los escritores que en nuestro Continente ponen los intereses de sus pueblos, de nuestros pueblos, por encima de todo; en los que pueden invocar los nombres de Bolívar, Martí, Mariátegui y Che. Son ellos los que darán, los que le están dando ya, como en su propia tierra acaban de hacer los mejores escritores peruanos, la respuesta que usted merece. Solo le deseo, por su bien, que algún día llegue usted a arrepentirse de haber escrito esa carta pública que constituirá para siempre su baldón; de haberse sumado a los enemigos de quienes en esta isla hemos estado y estaremos dispuestos a inmolarnos, como nuestros compañeros vietnamitas, como nuestro hermano Che, por defender «la dignidad plena del hombre».

Haydée Santamaría

La mujer cubana: «Los que murieron y los que vivieron»

Entrevista de Margaret Randall[5]

Haydee Santamaría es parte de la Revolución Cubana. Lo que quiero decir es que Haydee –más, incluso, que otros muchos hombres y mujeres igualmente valientes e importantes que participaron y participan– es memoria, reflexión y también presencia, energía. Haydee es la vuelta a los comienzos y la anticipación del futuro, con toda la vital formación del ahora.

Al dirigirnos a su hogar en La Habana –en una de esas raras ocasiones en que se le puede encontrar en la ciudad–, nos disponemos a grabar una conversación. Esperamos que tenga una duración de dos a tres horas. Comenzamos a las diez y para las cinco todavía estábamos hablando. Pero no sería justo ofrecer al lector fragmentos de esta conversación sin hacer, por lo menos, una breve mención de algunas de las cosas que todo cubano sabe acerca de Haydee:

La mujer que, con su hermano Abel, alquiló el diminuto apartamento en la esquina de 25 y 0, en La Habana. Allí fue donde Fidel y otros miembros de la Generación del Centenario se reunieron e hicieron planes entre 1952-1953. Hablando de la primera vez que vio a Fidel, Haydee ha dicho: «Cuando Abel me preguntó qué pensaba de él, le dije: "¿Tu amigo del tabaco que me llenó de cenizas mi piso tan limpiecito?"». Una de las dos mujeres que fueron con lo mejor de ese grupo a Santiago, al Moncada, a la primera acción armada el 26 de julio de 1953: «El Moncada fue aquellos que murieron y aquellos que vivieron».

En el Moncada, menos de la mitad sobrevivieron: sesenta y siete fueron torturados y asesinados (incluyendo la acción simultánea de Bayamo). Tres años y medio después, cuando el Granma tocó tierra, en diciembre de 1956,

[5] Versión original de la entrevista conservada en el Archivo Casa, con una anotación que dice: «1971». Publicada en Margaret Randall: *La mujer cubana ahora*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1972, pp. 381-399. Para no repetir contenido, esta versión que publicamos no incluye el fragmento donde Haydee lee unas páginas publicadas sobre su encuentro con Ho Chi Minh, que aparecen antes en «Haydee habla de Vietnam», p. 268 de este libro.

solamente doce habrían de sobrevivir de la expedición de ochenta y dos. Esa fue la Revolución Cubana en sus inicios.

En el Moncada, Haydee perdió a su hermano Abel y al hombre que amaba, Boris Luis Santa Coloma. Después fue encarcelada. Un guardia que le había traído un ojo de su hermano, con el propósito de hacerla hablar, escuchó de ella esta respuesta: «¡Si le han sacado ese ojo y él no ha hablado, mucho menos lo haré yo!».

Cuando el desembarco del Granma en 1956, Haydee era esencial en el movimiento clandestino de apoyo. Después se trasladó a las montañas y más tarde a los Estados Unidos, donde organizó el Movimiento 26 de Julio, recolectó dinero y armas, etc. Padecía de asma; en la fría y húmeda Sierra Maestra, cada año se ponía peor.

¿Puede una lista de actividades ayudar a trazar el cuadro de una mujer? Haydee ha figurado en el sistema de becas, es directora de la Casa de las Américas, fue presidenta de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). Es una de las cinco mujeres que pertenecen al Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Está casada con Armando Hart, quien actualmente dirige el partido en la provincia de Oriente.

En La Habana, su casa está junto al mar, en uno de los distritos residenciales de extramuros. Un pequeño saliente de la dentada línea costera da cabida al paisaje de: 1º. Un campo con vacas y chivas. 2º. Las olas coronadas de espuma lamiendo la base de una arboleda de jóvenes pinos («Los niños la plantaron; yo les dije que ese era el trabajo voluntario de ellos», dijo Haydee). 3º. La ciudad de La Habana al otro lado de la masa de agua. Un soldado rebelde, con una metralleta, nos indica sonriente la puerta del frente.

Algunas pinturas, piezas sencillas de la artesanía autóctona de diferentes países latinoamericanos. Estoy mirando una vieja fotografía familiar –¿bisabuelos?, ¿una pareja de tíos abuelos?–, cuando Haydee baja por la escalera. Está ahora en los cuarenta. La ternura, la decisión y la sabiduría de ese rostro no están limitadas a ninguna edad.

Nos sentamos en torno a una mesita baja, junto a los amplios ventanales que miran a un agitado mar grisáceo. El viento silba y las persianas de madera trepidan. Después subimos al dormitorio de Haydee. Esta habitación del segundo piso tiene en sí más de Haydee, la persona. Un retrato de una mujer joven por Víctor Manuel («Me dijo que era un retrato de mí... no sé... cuando se lo mostré a Armando y le pregunté si le gustaba, me dijo: "Sí, me gusta; no sé, me parece que tiene algo de ti"»). Y otro Víctor Manuel que compró con «medios» ahorrados durante los años de vida clandestina. Un maniquí de modista con una sencilla bata de dormir a medio terminar y una brillante tela búlgara en forma de poncho colocada sobre los hombros.

El interior de una puerta de clóset donde fotografías de sus siete hijos (Abel, que tiene diez años, y Celia, que está en los ocho, son los suyos propios; los

cinco restantes, de otros países, son miembros adoptivos de la familia) aparecen confundidas con las de niños amigos. Una vieja máquina de coser. Un tocadiscos barato. Una grabadora nueva. Una y otra vez los libros que ella lee, los papeles a un lado de la cama, la medicina para el asma. Dos diminutas y antiquísimas mascarillas mexicanas. Otra vista del mar.

Te quiero mostrar algo que me dio hace unos días la maestra de mi hijo Abel. ¡A mí me da un sentimiento! Porque, mira, cuando lo del Che, yo estaba ya... Nadie sabía nada y nosotros sí lo sabíamos. Entonces yo me metía aquí en el cuarto y no salía, porque me parecía que si me veían la cara iban a saber que era algo grave e iban a pensar que era Fidel... antes de saber nada el pueblo; y cada vez que venían, que llegaban mis hijos, me decían: «Mamá: ¿qué te pasa?». Les decía: «Nada, mi cielo, he estado viendo la televisión y tengo los ojos rojos». Volvían a llegar... Entonces, hace tres días exactamente, fíjate, esto lo escribía dos años después de la caída del Che, hace dos años ahora, y fíjate lo que dice, era esto: «¿Cuándo supiste de la caída del heroico comandante Ernesto Che Guevara, y qué pensaste?». Esa es la pregunta que le hacen en la escuela. ¿Ves?, y ella se lo encontró en el expediente de Abel, por eso me lo dio. Mira lo que contesta Abel, pues fíjate que no contesta nada:

> Yo no sabía nada. Mama –allí se lo ponen como una falta de ortografía, pero él me dice mama, no me dice mamá–, Mama estaba en el cuarto. Cuando fui no se reía. Y no quería hablar. Creía que estaba enferma. Me dijo que no. Seguía en el cuarto. Estaba muy mucho triste –parece que quería decir muy, muy triste, ¿no?–. Estaba muy mucho triste. Ella se ríe cuando nos ve. Le pregunté si yo había hecho algo malo. Ella me dio un beso pegado. Estaba mojado. Quité la cara. Vi que no estaba mojado. Eran los ojos, tantas lágrimas, parecía mucha agua. Porque no podía hablar. Yo tenía ganas de llorar. Mama me dijo que me fuera a jugar, que ella no estaba triste y yo no le había hecho nada malo. Para estar tan triste tenía que hacer una cosa muy buena. Yo no entendía. Yo le dije que con las cosas buenas uno se tenía que reír. Me dijo que cuando yo nací ella lloró y eso era una cosa muy buena. Le dije que si iba a tener otro hijito. Se rio de mentira. Cada vez que venía de la escuela –¿te das cuenta que fueron muchos días?, ¡pobrecito!–. Cada vez que venía de la escuela mama seguía en el cuarto, triste, triste. Me puse a velar la televisión, a ver si veía a Fidel. No salió. Como no salía le pregunté a mama dónde estaba Fidel. Me dijo que en 11. Seguía velando la televisión. Si Fidel, Raúl, Almeida tenían algo, la televisión lo decía. La televisión no decía nada. Le pregunté a la –la es una muchacha de aquí–, ¿qué tiene mama? Me dijo que dolor de cabeza. Me dio miedo. Si mama se moría. Fui otra vez al cuarto y le decía que me leyera un cuento. Ella me

lee *La Edad de Oro*. Me leyó lo que dice de Martí cuando fue a Venezuela al estatua de Bolívar. Se paraba como que no podía hablar. Me dijo: «Un día tú me llevarás a Bolivia al estatua del Che». Cuando ella cerró los ojos me dio mucho miedo. Yo creía que no respiraba. Me dieron muchas ganas de llorar: Me dijo que me fuera a jugar y yo le dije si el Che estaba con Camilo.

¡Ay, qué cosa más grande!, ¿y qué edad tenía Abel cuando escribió eso?

Bueno, tiene diez años. Ocho años. ¿Te das cuenta, por eso, que cuando Fidel habló él se dio cuenta de que el Che ya...?

¡Claro!

«Y yo le dije si el Che estaba con Camilo». Pero, fíjate, que no ha contestado la pregunta: «¿Cuándo supiste de la caída del heroico comandante Ernesto Che Guevara, y qué pensaste?».

¡Pero contestó todo!

¡Sí, pero sin decir! Fíjate: «Me dijo que me fuera a jugar y yo le dije si el Che estaba con Camilo». Sin decir la palabra. ¿Ahora te das cuenta por qué ese sentimiento el día que Fidel habló y él empezó a tirar piedras a la televisión? «¿Por qué lo quieren oír? ¿Por qué lo quieren oír?». Es que él no quería oírlo, ¿verdad?, porque él ya lo sabía. Los demás compañeros decían: «Quítate, Abel, que Fidel... que ahora Fidel va a decir que al Che no le ha pasado nada». «¿Qué, qué? ¿Para qué?». Él ya sabía, sabía por eso. A ver...

Por lo de la estatua.

Sí. Aquí... «Me leyó lo que dice de Martí cuando fue a Venezuela al estatua de Bolívar. Se paraba como que no podía hablar. Me dijo: "Un día tú me llevarás a Bolivia al estatua del Che". Cuando ella cerró los ojos me dio mucho miedo. Yo creía que no respiraba. Me dieron muchas ganas de llorar. Me dijo que me fuera a jugar y yo le dije si el Che estaba con Camilo». Cuando él iba por la puerta me dice: «Mama, ¿el Che está con Camilo?». Y donde dice: «Cada vez que venía de la escuela...». ¿Te das cuenta de que eso fue días y días?, y cuando pienso que lo regañé por lo de la televisión. Yo pensé que él quería quitar el programa como hace a veces cuando está viendo un programa que le gusta y la gente lo quita para poner otra cosa. Nunca con Fidel, porque uno siempre quiere ver a Fidel, sino esas cosas que los niños no entienden. A veces, y yo siempre digo que dejen lo que quieran los niños, que no lo quiten, que dejen las aventuras, porque los niños no entienden ciertas cosas. Pero por Fidel nunca él se había puesto así. Y lo apagaba y dijo que no, y le dije:

«¡Óyeme, no lo vuelvas a apagar o vas para arriba! Si usted no quiere oír a Fidel deje que los demás lo oigan. Ahora, lo único que siento mucho dolor porque tú no quieres oír lo que Fidel va a decir». Y él: «No, ¡no quiero oír nada! ¡No lo quiero oír, no lo quiero oír!». Pero yo creía que no... ¿Te das cuenta?... Él me dijo: «¡No lo quiero oír, no lo quiero oír, no lo quiero oír!», y yo le dije: «Pero, Abel, tú no sabes lo que Fidel va a decir», y él: «No me importa, no me importa, no me importa». Y no quería que nadie más oyera. Y él decía: «Mama, ¿el Che está con Camilo?». Como queriendo decir: «¿El Che no está solito?».

Y quizás para no tener que decir la palabra «muerto».

Fíjate que yo hacía tiempo que tenía ahí una foto del Che muy bonita, en ese marquito que tú ves ahí. Era un retrato del Che todo desmarañado así. Y hacía contraste con ese marco tan impresionante aquel retrato del Che todo desmarañado así. Él siempre estaba: «Mama, quita al Che de ahí». «Mi hijito, ¿por qué tú no quieres tener al Che ahí?». «¡Ay, mama, porque no!». Y a mí me preocupaba. ¿Qué le pasaba a Abel con el Che? Pero es que yo recibí este trabajo hace tres días. Cuando recibí esto me di cuenta y le dije: «¡Es verdad! Vamos a quitar al Che y poner a otro. Búscame a alguien para poner». Me dijo: «Mira, mama, vamos a poner a Bolívar, que quiere decir el Che, que quiere decir Camilo, que quiere decir todo. Vamos a poner a Bolívar y no vamos a poner a los otros, ¿eh?». Lo que pasa es que Bolívar…

Es más abstracto para él. El Che era alguien que él estimó mucho.

Por un rato, Haydee continuó hablando del Che. Ramón.[6] *El Che. Las últimas cartas. La medicina para el asma que compartieron, los libros. Reuniendo las piezas más públicas de la historia, llenando algunos de los lugares confusos de la historia extraordinaria. Pero solo algunos lugares. Otros permanecerán vívidos por siempre para aquellos que compartieron su vivir.*

Porque, ¿tú sabes lo que pasa?, que en mis tiempos no era igual. Porque un revolucionario no es por lo que ha dicho, sino por lo que ha hecho.

Sí, pero también tú has dicho cosas que han cambiado la vida de la gente. Mira: te traje algo que tú dijiste y que a mí me ha causado una gran impresión. Cuando hablaste aquella vez con los estudiantes universitarios, cuando hablaste del Moncada, cuando dijiste:

> *Creo que hay que hacer un gran esfuerzo para ser violenta, para ir a la guerra, pero hay que ser violenta e ir a la guerra si hay necesidad. Pero*

[6] Ramón fue uno de los nombres de guerra utilizados por el Che en Bolivia.

lo que no se puede perder ante eso es la sensibilidad. Por eso siempre, ya no en casos así, mi sistema no es la violencia, sino la conciencia. Cuando en la clandestinidad había que poner una bomba, y algunas veces me tocó a mí estar al frente de esa tarea, es decir, mandar a hombres a poner una bomba, escogía al mejor, escogía al que tenía más condiciones, escogía al que tenía más calidad humana, para que no se acostumbrara a poner una bomba, para que no sintiera placer en poner una bomba, para que le doliera poner una bomba, aunque la necesidad lo llevara a ponerla; y siempre, siempre que en mí recayó eso –que en nuestro Movimiento unas veces eso recaía en un compañero o en otro–, cuando tenía yo la responsabilidad, muchas veces se me decía: «¿Cómo mandas al mejor?», y decía: «Porque nunca mando al que no creo bueno, siempre mando al que va a hacer eso porque es un deber, no un placer».

La cosa de que en la revolución hay que cuidar lo que después van a ser los valores; eso, para mí, ha sido muy importante.

Mira, cuando se mandaba a un grupo a hacer un sabotaje, había compañeros muy buenos, pero había otros compañeros que incluso no eran malos, pero yo sentía... Porque muchas veces se trataba de llamar la atención hacia La Habana, y que no estuviera tanto en la sierra, ya que muchas veces los compañeros no tenían parque, no tenían con qué defenderse. Tú tienes que hacer cualquier cosa para desviar la atención hacia aquí y dejarles un respiro a ellos. Y había compañeros que tenían un valor tremendo. Pero, no sé por qué, a mí siempre, cuando tenía que escoger, escogía a aquel pobrecito que le estaba haciendo el daño más grande. A mí me decían: «Mira, Haydee, tú escoges mucho a los hombres y yo lo que quiero es valor. Y que no se acobarden». No. Yo creo que todos se acobardan, pero hay que saber superar el miedo. Pero ¿cómo no vamos a tener miedo? ¿Y qué es la vida? ¿Y las vidas de los demás? ¡La amamos! Pero tenemos que superar el miedo.

Enrique [Hart], el hermano de Armando, murió por eso. Enrique tuvo que poner una bomba a una gente de la tiranía, pero la bomba no estalló en su momento, y él la fue a quitar, ¡la fue a quitar! Porque sabía que a las siete de la mañana iban a pasar gentes que no debían morir, iban a pasar niños camino de la escuela y la gente por allí, y la llevó a una casa para desarmarla, para ver por qué no había estallado y le explotó en las manos y lo mató. ¡Fíjate si él sentía que aquella bomba fuera a hacer la explosión en otro momento y fuera a matar a gente que no debía morir! No es que yo crea que eso fue más grande que nada, solo que trato de decirlo para que los jóvenes no crean que esto les cayó del cielo. Esto se hizo con sangre. Esto se hizo con el dolor de madres, de hijos...

Hablamos del pueblo cubano y hablamos del pueblo vietnamita –Haydee estuvo en Vietnam hace varios años, cuando Ho Chi Minh estaba todavía vivo– y nuestra interlocutora se dirigió súbitamente al librero, donde buscó algo. Un pequeño libro, un folleto impreso después de un conversatorio público que tuvo en la Casa de las Américas, a su regreso de aquel viaje. Quería hablar de Vietnam, leyendo un fragmento de esa conversación. El fragmento describe su primer encuentro con Ho Chi Minh, pero contiene mucho más que el relato de la primera entrevista de Haydee con Ho; dice algo acerca de Vietnam, acerca de Cuba, acerca del socialismo y acerca del imperialismo. Y acerca de Haydee...[7]

***

Haydee volvió al librero y continuó hurgando entre libros y folletos, sacándolos, uno por uno, y diciéndome lo que significaban, lo que habían significado para ella. Oye, Haydee, yo quisiera que me hablaras un poco de la mujer en esta Revolución.

Es un poco difícil hablar de eso, pero, fíjate, los primeros pasos que ha dado la Revolución para que la mujer se libere son el respaldo; la mujer que no tenga respaldo económicamente… Porque, ¿cuántas mujeres no han continuado al lado de un hombre, y no lo han dejado, porque si se separan de ese hombre, qué le dan a sus hijos de comer? ¿Cómo actúa con sus hijos? Y aquella más pobre, más pobre: ¿qué le da de comer a sus hijos? La Revolución ha emancipado a la mujer, económicamente, y le paga los salarios igualito que al hombre. No le paga por ser mujer, sino por la tarea que haga, porque si lo hace igual que el hombre le paga igual que al hombre. Si la tarea es más baja, el sueldo es más bajo, como a todos los que trabajan. Entonces la mujer se ha liberado de una forma tremenda, porque ya no tiene esa… Porque ya su niño tiene su beca; además, su formación, porque habiendo tantas mujeres, ya no era un problema económico, porque eran de la clase media. Pero en este país se criaban las hembritas para casarnos un poquito mejor. Eso era así. ¡Y cómo se formaban esos muchachos, los varones! Porque, bueno, cuando llegaban a los catorce años, si no tenían padres: «¿Qué hago yo con este hijo que se me va a descarriar?». Y hoy esa madre puso a su hijo en una beca y se lo están formando. No tiene que tenerlo, aunque yo creo que la madre y el padre son necesarios por igual, y cuando digo el padre y la madre, digo siempre una figura femenina y una figura masculina.

Yo siento que tú, con tu experiencia de los días del Moncada o antes del Moncada, en que había tan pocas mujeres incorporadas a la lucha –es decir,

[7] Ver fragmento eliminado a partir de aquí en pp. 273-275 de este libro.

sé que tú y Melba no eran las únicas, pero en comparación con la cantidad de hombres, y hoy ves a todo un pueblo, tanto las mujeres como los hombres–. Ese ha sido un proceso tan rico, que yo quisiera que me hablaras de algunas de tus experiencias en este proceso, como mujer.

¡Ay, esto es más enorme, más infinito...! ¡Y la experiencia mía es una experiencia tan maravillosa, pero a la vez tan triste en algunos aspectos! Maravillosa, porque pude hacer lo que tantas mujeres quisieron hacer y no tuvieron oportunidad. Desde la preparación del Moncada hasta… Pero lo del Moncada fue en algunos aspectos muy violento; violento porque no nos comprendían aún aquellas personas que tanto nos querían. Violento porque mi propia madre era una mujer que creía que para hacer la liberación estaban los hombres. Entonces, las personas que tanto me querían pensaban eso. Y aquello fue para mí pensar en lo triste que era para... No había una base tan consciente... Me sentía tan orgullosa de aquello, que sería una cosa tan hermosa que yo siempre pudiera guardar en mi vida. Porque ese paso era el más difícil. Y, así y todo, me dolía, porque pensaba en mi madre, pensaba en mi familia. En la cárcel yo soñaba de noche que me decían esas cosas... Que yo creí que no, que aquello... Rompí con mi familia, ¿no? Pero de noche soñaba; no era verdad, porque soñaba… Entonces me dolía. Yo decía: «¡Qué triste es esa vida!». Yo consideraba que era fuerte, que daba ese paso, porque no me importaba lo que dijera mi familia, y sentía un dolor tremendo. Aunque no iba a claudicar. No voy a hacer una concesión, pero si yo soy así, ¿qué va a ser de la mujer cubana? Si muchas van a tener el valor que tuve yo... Además, la duda que tuve yo del papel de la mujer en mi patria. Y ahora, al ver todo, ya tú te puedes imaginar. Pensé que todo iba a ser muy conservador, y no fue así. Desde el mismo 59 se dieron pasos tremendos, agigantados, y que no era aquello que a mí me había dolido tanto, porque pudo haber masivamente mujeres. Porque sí, yo había dado aquel paso y tenía a Abel y tenía a Boris, y de aquel camino no me desprendía nadie; pero sentía en lo más profundo un dolor infinito por lo que le pasaba a mi mamá, ¿qué sería de las otras mujeres que no tenían la ayuda que tenía yo? Y eso fue muy violento. Durante la cárcel y durante los primeros meses que salí a la calle y empecé a vivir en muchos barrios y me citaba con los muchachos del Moncada, Melba y yo íbamos a los lugares y éramos unos bichos raros. Y en el mismo 59, cuando la mujer de verdad se incorpora, era más violenta y más firme que muchos hombres.

Yo pienso que debe ser porque la mujer tiene más que ganar. Es el mismo caso del negro.

No es que tenga más que ganar: es que no tiene nada que perder. ¡Nada que perder! Es como en Vietnam. ¿Qué tienen que perder? ¿Que las bombas

caen y matan a sus hijos? Pero si es que, aunque no caigan las bombas, ¡se están muriendo diariamente de hambre y de miseria! Lo único es que, en vez de morírseles en tres meses, se les mueren en un minuto. ¿Qué tienen que perder? ¿Y qué tienen que ganar? ¿La vida? Sí, la vida importa, ¡pero no van a vivir tampoco! Para que te viva un hijo tienes que matar a cuatro, porque para que viva un hijo tienes que darle comida y dejar a cuatro sin comer, y se te mueren los cuatro. ¿Qué tiene que perder esa mujer? No tiene nada que perder. Como los negros en Norteamérica.

Te das cuenta de cómo era realmente oprimida la mujer aquí.

En mi país, la mujer se preparaba en todos los niveles para el matrimonio, en todos los niveles, desde la campesina más humilde, hasta aquella de los pueblos, hasta aquella de la clase media, hasta llegar a la clase burguesa, hasta llegar a la burguesía que tenía dinero. Si tenía una mucho dinero, el problema era conseguir un pobre que no tuviera dinero, y el marido le quitaba el dinero; él buscaba a la mujer para eso. Y si era campesina, consistía en tratar de prepararla a ver con qué otro campesino se casaba. Eso era.

El hecho ahora de poder casarse por amor...

¿Tú sabes lo que es eso? ¡Tú sabes lo que es que la mujer se casaba por problemas económicos! Porque la mujer no trabajaba, no podía trabajar; tenía que contar con una preparación tremenda, y entonces el salario no era igual al del hombre, y aunque no estuviera enamorada se tenía que sentir enamorada para resolver el problema. Y otra, porque deseaba tener un hijo... ¡Y tener un hijo sin padre...! Era rechazada por toda la sociedad. ¿Tú sabes lo que es tener un hijo sin tener que llegar al matrimonio con el hombre que tú elegiste, que lo elegiste porque..., y no te quieres casar con él por equis razones? ¿Tú sabes lo que es romper con eso? Y después el hombre tiene que darle el apellido, si la mujer lo exige; pero si la madre no lo exige es de ella, ¡y ya! Le pone sus dos apellidos, y ya. Date cuenta de que en América Latina tenemos una influencia española, que Cuba fue la última colonia. Así que la influencia es tremenda.

¿Qué crees que falta todavía por hacer aquí, entendiendo como primer punto la liberación económica, pero para que después desaparezcan las trabas?

La liberación económica. Después de la liberación económica hacen falta miles de círculos, comprensión completa del hombre. Hacen falta más tintorerías, becas, comedores. Y eso no se puede hacer en un día, ni en dos, ni en tres. Porque tú puedes tener a un niño en un círculo, pero cuando se enferma tienes que quitarlo, y si lo tienes que quitar, ya no te puedes entregar como tú deseas al trabajo. Yo creo que para la mujer de verdad es un paso decisivo,

determinante. Hacen falta condiciones para que la mujer pueda estar sin preocupaciones con los niños, etc. Porque si un niño se enferma es problema del médico, de la enfermera, y una directora de círculo no puede hacerse cargo de eso, porque esas directoras las hemos formado en un año.

Colectivizar la vida es importante, porque el núcleo familiar se hace hasta reaccionario por su forma.

Porque nosotros tenemos comedores en los trabajos, pero nos hacen falta comedores en las zonas, en los barrios, porque si yo trabajo hasta las cinco de la tarde, tengo que quedarme hasta las siete para comer, pero si dispongo de un comedor en la esquina de mi casa, puedo comer a las ocho de la noche con mis hijos, o con mi marido. O con aquel a quien yo tenga que cocinarle. Porque salimos a las cinco del trabajo, pendientes de que tenemos que ir a buscar los mandados, ir a buscar los hijos al círculo y venir a cocinar, porque por la tarde los maridos, los hermanos, el padre, no tienen dónde comer.

Haydee, ¿qué tú haces actualmente en Oriente?

En estos momentos no estoy haciendo mucho, porque ahora en la Casa de las Américas hay toda una serie de movimientos, ¡hay mucho trabajo!

¿Cómo articulas tu experiencia, tu historia, con tu responsabilidad al frente de la Casa de las Américas?

Fíjate, me parece lo más natural esa articulación con la tarea que la Revolución me encomendó desde 1959 mismo, porque como tú sabes nuestro Continente es en realidad como un gran país, y todas sus luchas de liberación son partes de una misma lucha, así como todos sus grandes dirigentes pertenecen no a esta o a aquella nación, sino a nuestra América entera. Ese fue el caso de Bolívar y de Martí, y también, en nuestros propios días, el caso del Che, que me había prometido, como he contado, que tendríamos mate cuando estuviera en las montañas del país donde nació. Pero, ya ves, la Argentina está seguramente orgullosísima de que allí haya nacido el Che, y es lógico que así sea, pero él pertenece también a Guatemala y a Cuba y a Bolivia, y en realidad, a todos nuestros países. ¿Tú no crees que Fidel, tan cubano como es, es esencialmente latinoamericano, y piensa y siente y lucha por todo el continente? Por eso es natural que yo considere que lo que tú llamas mi experiencia, mi historia, es decir, el Moncada, la Sierra, tenga tan estrecha relación con las cuestiones latinoamericanas.

Es cierto. Sin embargo, la tarea de la Casa de las Américas pudiera parecer más cultural que política.

Mira, en realidad es tan política, que eso es lo que explica que yo, que no soy escritora ni artista, sino una dirigente política, pueda estar a su frente. Yo te puedo decir que todo es político; y no solo lo que lo es de manera evidente. Hasta las cosas que parecen más desvinculadas de la acción inmediata. Porque tú has visto que en la Casa de las Américas tratamos de que las cosas queden bien: no solo un libro, un acto, sino también que cuando tú llegues allá veas algo bonito en las paredes, o el programa que te den esté bien hecho. ¿Y tú crees que eso no es político? ¿Tú no has visto cómo los enemigos de estas revoluciones se pasan la vida diciendo que nosotros los revolucionarios despreciamos la belleza y hacemos las cosas feas y tristes? ¡Cuando en realidad solo la Revolución hace posible que la belleza no sea el privilegio de unos pocos, y lucha porque la vida de todos sea bella! ¡Y dime si esa lucha no es política!

¿Qué opinas de la actitud de los escritores y artistas latinoamericanos hacia la Revolución?

Bueno, yo diría que ellos pueden –y que deben– contribuir a la Revolución, como tantos ejemplos lo demuestran. En la Casa de las Américas hemos tenido muchísimas ocasiones de comprobarlo: escritores y artistas de todos los países latinoamericanos se vincularon con nosotros incluso en los días más feroces del bloqueo contra Cuba. Seguramente a eso contribuyó, además del enorme prestigio de nuestra Revolución, el que nosotros hayamos mantenido siempre que no existe una sola manera de hacer arte, y que el artista debe ser audaz en su campo, como el revolucionario político lo es en el suyo. Pero hablando de esas cosas habría que decir también que el artista debe sentirse responsable con su pueblo –en ese caso, con nuestro gran pueblo latinoamericano–, y solo así podrá contribuir realmente a la revolución. De no ser así, pueden presentarse fenómenos ridículos, como el de los que llamé los «latinoparisinos», que están desarraigados, lejos de los dolores y las luchas de sus pueblos, y luego quieren venir a darle lecciones a los revolucionarios. Y, chica, tú comprendes que eso es absurdo, que todos pueden contribuir a la revolución, pero la revolución no solo se hace para el pueblo, sino también por el pueblo, y el pueblo no puede aceptar otra jefatura que la que nació de su dolor, de su sangre, de su sacrificio, llámese Martí o Che o Fidel. Y, fíjate, que cuando Fidel habló del Che en la Plaza, a raíz de su muerte, y quiso decirle en una palabra muchas cosas, lo llamó artista. ¿Te acuerdas?

Palabras en la apertura del Encuentro de Música Latinoamericana[8]

Compañeros:

Esperábamos que estas primeras palabras las dijera un compañero músico. Cualquiera de los compañeros músicos que están sentados a nuestro lado, que son asesores, creíamos que era el más indicado para decirles estas primeras palabras. Pero como estas palabras no son para tocar solo el aspecto estético de la música, queríamos decirles a todos, ya que estamos aquí, a nuestros invitados, sobre todo, que teníamos una gran preocupación. Una preocupación de la Casa de las Américas y también muy personal mía.

Sabemos que ha habido mañana, tarde y noche trabajo; cuando no ha habido grabación, ha habido ensayo por la tarde, después actuación por la noche, apuros en el hotel para almorzar y comer, y después algunas dificultades en el propio hotel, debido al poco ajuste que podemos realizar los compañeros de la Casa de las Américas, y de los organismos que ayudan en esto, con los compañeros del hotel. Cuando hay una cosa tan dispersa y tan variada, a los compañeros que trabajan en el hotel les es un poco difícil dar la atención que siempre queremos ofrecer en nuestro país.

Ha habido algunas dificultades, lo cual es casi lógico que pase en actividades como esta. Como eso ha sucedido, y ha sido casi imposible evitarlo, ni evitar también que ustedes tengan mañana, tarde y noche actividad, nosotros queríamos proponerles que se quedaran –los que puedan, naturalmente–, algunos días más: una semana, quince días, un mes, lo que desearan, para que hagan otro tipo de vida en Cuba.

Con el tipo de vida que ustedes han hecho, la impresión que se llevan no es la Cuba que deseamos enseñar a nuestros hermanos latinoamericanos, a nuestros hermanos de cualquier parte del mundo. Siempre deseamos enseñar la

[8] El encuentro tuvo lugar entre los días 24 de septiembre y 10 de octubre de 1972, tanto en las salas de la Casa como en otros teatros y salas de concierto de la capital cubana. Haydee le dio la bienvenida a los asistentes el 2 de octubre de 1972. Transcripción hecha por el departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario conservada en el Archivo Casa.

verdadera Cuba, la Cuba con toda su grandeza: lo que se ha podido hacer, lo que no se ha podido hacer y lo que se espera hacer. La Cuba real, llena de heroísmo, y también la Cuba llena de dificultades, y con muchas cosas que reparar. Esa es la Cuba que nunca hemos querido esconder, porque somos un país como cualquier otro; su pueblo es igual que otro pueblo, y sobre todo, casi totalmente igual que nuestro Continente, que nuestra América.

Eso quiere decir que los hombres, las mujeres, los niños, son todos grandes, pero también tienen los fallos de los seres humanos. Hay que ser hombres privilegiados para no tener esos fallos, y cuando los tienen, saber repararlos, de manera que lo hecho mal se convierte después en mil veces mejor.

No hemos querido esconder nada de Cuba a ustedes, compañeros. No los hemos tenido a ustedes presos, ni en el hotel, ni en nuestras actividades, ni en las actividades de ustedes cada noche, cada mañana y cada tarde. No cabe la menor duda de que se vino a eso. Si en eso no nos ponemos un poquito severos, sabemos que tienen más deseos de ir a caminar, ver nuestras calles y nuestro pueblo, que de oír música. Porque para ustedes oír música es lo cotidiano, y ver un pueblo totalmente nuevo, vuelto al revés, y que comienza a ser pueblo, es algo nuevo para muchos que llegan por primera vez, y para muchos que nos visitaron, pero que quieren ver qué ha pasado en el transcurso del tiempo en que no han venido.

Es interesante haber venido hace dos años, ver qué había hace dos años y ver qué hay ahora. Eso lo comprendemos, y lo comprendemos tanto, que hemos tenido mucha oportunidad de viajar –a trabajar también–, y cuando nos ha pasado esto, hemos sentido lo que tengo la seguridad de que todos ustedes han sentido. Esto no es una excusa. No puede ser excusa, porque creo que tiene que ser así. Se vino a escuchar música, se vino a hacer música, se vino a discutir música, y se vino a discutir también cosas de ideología, del hombre, del ser humano, ideas que no están separadas ni podrán estar separadas de la música. Si los pensamientos, las ideas, la vida, están separados de la música, la música no es ni aire, porque el aire no está separado de los pueblos ni de los hombres. La música no puede estar separada de la política, la música no puede estar separada de las ideas, la música no puede estar separada de la vida, de la verdad: porque ¿qué tipo de música sería?, por lo menos en los minutos que vive el mundo. A eso han venido. Pero todos aquellos, y ojalá que sean todos, que se puedan quedar los días que deseen, verán esa parte de Cuba que deseamos que vean y que ustedes desean ver.

Les repito, amigos, compañeros, que no hay nada que queramos esconder. En nuestra patria el sol calienta y alumbra; y aunque le pongamos un techo, calienta y alumbra. Y querer esconder eso sería no amar el sol, no amar al pueblo, no haber parido esta Revolución.

Decimos esta etapa. Porque claro que esta Revolución tuvo padres y madres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos. Y la continuamos, la apresuramos los jóvenes, como esperamos que los hijos de estos que hoy decimos que somos jóvenes, al lado de nuestros mambises en nuestras guerras de independencia, hagan mucho más de lo que hemos hecho nosotros. Porque no hacer más, es quedarse atrás.

Tienen la invitación de la Casa de las Américas, tienen la invitación de nuestro Gobierno Revolucionario. Tocaría a ustedes decidir, después de terminado el encuentro, quiénes desean quedarse, a dónde desean ir, qué quieren ver. Y a ver si así nos comprenden un poco más, nos aman un poco más, y también entienden qué grandioso es poder realizar, hacer, tantas y tantas cosas que esta Revolución ha hecho. Pero también qué difícil, cuántas dificultades y cuánta comprensión hay que tener; y cuánto, qué politizado hay que estar también para entender, cómo hay que entender que el mundo tiene dos mundos: un mundo que se hace para unos pocos, y otro, donde los que gobiernan quieren lograr realizaciones para su pueblo. Pero, por quererlas hacer, la propaganda de aquellos que no las hacen para el pueblo es más fuerte que la de los que las realizan. La propaganda del enemigo de todos los pueblos, por lo menos del máximo responsable –del imperialismo–, en lo tocante a países donde se construye, donde se hace, donde se realiza y donde se quiere llegar a una nueva sociedad, quiere sacarle a esos hermanos países los pequeños fallos, y tal vez alguno que no sea pequeño; cómo trabaja para hacer ver al mundo socialista como opresor, cuando los opresores son ellos. Y como tienen una maquinaria para el daño y el mal, hacen penetrar en nuestro Continente, no la verdad, o cogen parte de una pequeña verdad, haciendo ver lo que sucede en países que, a pesar de haber sufrido guerras en más de una oportunidad, se han vuelto a empinar, y sus niños comen, sus niños estudian, sus niños tienen zapatos, sus niños hacen música, y no tienen que ser hijos de humildes. De humildes, porque les dicen humildes, pero son hijos de los que hacen a los pueblos grandes: hijos de los trabajadores y de los campesinos. En esos países nada más que hay que tener vocación para poder aprender. Pero cómo el imperialismo penetra en los hombres del arte. Porque ellos son inquietos, porque tienen preocupaciones, y porque mientras el imperialismo calumnia lo que ocurre en países creadores, a los artistas les compran el cerebro, les compran las manos, les compran el pensamiento con una migaja; les dan limosna, les ofrecen una beca. Y ahí tienen que dejar el alma, la vida, la dignidad.

Comprendemos, compañeros, que la lucha (y sobre todo de los creadores de la música, sean intérpretes, sean directores, sean compositores) tiene que ser difícil, porque la música no se puede hacer sola: hay que tener una serie de hombres, de instrumentos, de libros, de editoras para que su música se oiga,

para que su música se conozca. Comprendemos eso. Pero ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo hay que entregar lo mejor de nuestro Continente al asesino de los hombres, al asesino de los pueblos, al matador de ideas, al opresor de Vietnam? ¿Hasta cuándo hay que llegar a un sacrificio enorme? ¿Hasta cuándo? El músico de nuestro Continente no solo tiene que tener un pensamiento: tiene que tener una actitud, tiene que pasar hambre, tiene que no tener zapatos, tiene que no tener ropa, si quiere hacer una guerrilla dentro de la música. Y combatir.

El mundo de hoy no es el mundo de ayer. Ayer eso no importaba o, por lo menos, no se valoraba como hoy. Pero hoy hay que decir no solamente en música y letra: «¡Basta, hemos echado a andar!». Hay que decirlo con una actitud. El hambre es mala, pero no tener dignidad es peor. Y los pueblos no ven si por dentro hay dignidad y por fuera parece que no la hay. ¿Cuántos músicos, cuántos compositores, cuántos intérpretes no han quedado en el camino sin haber podido realizar su obra maestra en la música? Aunque tal vez en la historia la hayan realizado y queden en un lugar muy prominente. Pero ¿qué menos pueden, qué solidaridad menor pueden tener que el sacrificio? La música tiene que oírse, la música tiene que hacerse, pero la música no puede entregarse, porque el cerebro no se puede vender. Y cuando se entrega, en una llamada «organización» que tiene garras, el cerebro se entrega inconscientemente. Ese músico, para justificar su acción, empieza a defenderse y a criticar lo incriticable.

No puede haber grandes orquestas en un país sometido, en un país explotado; pero sí se puede dejar la voz del músico, a través de lo que sea. Porque, a lo mejor, cuando el pueblo se libere, cuando los muertos hayan sido por miles, puede que ese pueblo no entienda que mientras que ellos mueren, mientras que sus hijos mueren de hambre y de dolor, mientras que los hijos mueren antes de nacer –porque esa madre no tiene fuerzas para parir–, hay un músico con una gran beca. ¿Podría entender una madre eso?

Este es el pensamiento, por lo menos, de los compañeros de la Casa de las Américas, este es el pensamiento de los compañeros del Consejo Nacional de Cultura. Y eso no quiere decir que sea el pensamiento de la masa de los músicos; porque aun dentro de los músicos hay vanguardia, aun dentro de los músicos hay quien ama más al pueblo que a la música, pero hay músicos que aman más a la música que al pueblo. ¡Y hay que amar al pueblo para poderle hacer música! Y hay que hacérsela a los pueblos, no a los enemigos de los pueblos, no a los países desarrollados, a los que les sobra.

Todo es difícil, compañeros, muy difícil; pero más difícil es dejar de respirar. Y muchos compañeros de ustedes han dejado de respirar. Serán ustedes los que decidan, serán ustedes los que busquen los caminos, serán ustedes los que entren por la puerta ancha de la historia, o serán ustedes los que entren por la

puerta pequeña de la vergüenza. Aunque hay que tener visión, hay que tener corazón, hay que tener sangre, hay que querer vivir eternamente para comprender esto. Hay que amar la vida tanto como para no querer morir nunca. Y para no querer morir nunca y para no morir nunca, vivir en un minuto en que, en cada paso, en cada decisión, moriremos o quedaremos. Y no digo una persona: una persona no vive o muere. Son hechos. Y serían hechos de los músicos; no de un músico, no de dos músicos. Serían todos unidos, logrando una batalla, una verdadera batalla, una digna batalla, una batalla en que se puede convertir en rifle una guitarra, una voz, un tambor, como se puede convertir en batalla una mirada, una intención.

Parece muchas veces que los egoístas son los que desean la puerta estrecha. ¡Y qué equivocados están! Es al revés. Los que desean, los que no se conforman son los que quieren la puerta ancha, porque la vida de un ser humano termina en un segundo, pero la vida continúa. Y los que parece que queremos darlo todo, tal vez lo que queremos es tenerlo todo, tal vez es no conformarse a los que respiran, a los que ven el sol cada día, a los que oyen su himno cada día, a los que ven los colores de su bandera cada día y quieran dejar morir nuestros amores, a los que quieran dejar morir a quienes dicen que están muertos.

Cuando oímos una música como la de anoche, nos conmueve, porque sentimos las torturas que padecieron hermanos queridísimos. En cada sonido, en cada luz que nos enfocaba, sentíamos lo que padecieron aquellos. Pero no nos conformamos con oírlo y sentirlo. Tenemos que tener la actitud. Y la actitud no quiere decir que hay que ser suicida. Suicida no, pero digno sí. Cuando oíamos anoche aquello, también pensábamos que había derrotismo, también pensábamos que no se ve así al Cono Sur. Tal vez en este minuto se sienta así, pero no se vea así. Entiendan, compañeros: no estoy en este caso diciendo que no era tan hermoso todo aquello, pero lo que me resultaba triste era pensar si todo eso tendrá que seguir así mucho tiempo. Creemos que no, pensamos que no. Túpac Amaru vive. Y si Túpac Amaru vive, no podemos estar tan tristes. Y era triste porque nos sentimos infinitamente tristes; nos sentimos torturados otra vez; sentimos cómo otros hermanos estaban padeciendo aquellas torturas que padecieron los que tan cerca estaban de nosotros. Fue todo hermoso. Hasta hoy, lo que más nos ha conmovido. Desearía oírlo muchas veces. Pero lo que quiero decir con esto es que en el espíritu de ese Cono Sur –¡en el espíritu de ese Cono Sur!– no haya tanto derrotismo. Se siente en este momento. Pero acuérdense que cuando las cosas se ponen mal, cuando todo está tan malo, puede que todo salga mucho mejor. ¡Cuánto pudo hacer el Che por ahí! ¡O cuánto hizo por ahí! Tal vez no se hubiera despertado como se ha despertado, porque no es por casualidad que a tantos años Túpac Amaru viva, y el Che también. Cuando anoche oía ese

homenaje de ese pedazo de continente tan querido, y en ese final a Túpac Amaru, veía el homenaje a todos. ¿Qué podríamos hacer para darle, en un momento, un homenaje al Che tan bello, pero con mucha vida?

Espero que los compañeros de Uruguay me hayan entendido.[9] Que si he hablado esto es por lo mucho que me gustó lo de anoche, por lo mucho que lo sentí. Y si yo lo sentía desde mi Cuba, con mi sol y con mis niños y con los trabajadores, cada cual en su puesto, ¿qué sería de esos compañeros cuando pensaban: estará respirando el compañero que dejé entre rejas? Bien: a lo mejor no está respirando, pero quizás ha respirado más profundamente que ustedes. Les he hablado de la música de anoche, por lo mucho que me gustó. No sé si los compañeros uruguayos –los cuatro– han comprendido lo que he querido decirles.

Tal vez sea amor, porque no hace mucho padecimos lo que ustedes estaban sintiendo anoche. En carne propia, aunque no era nuestra carne. El mismo caso de ustedes. Era la carne de los que amábamos. Las torturas son más fáciles cuando las padecemos personalmente. Lo comprendimos, lo sentimos. Pero, compañeros, no estén tristes, que nuestro Continente es grande, es digno. Ha habido muchos opresores y salimos adelante. Y ustedes, músicos de todas las manifestaciones: ¡empínense! A veces es mejor tener el estómago vacío y sentir quietud y morir con el estómago vacío sin entregar el alma ni la dignidad. Ustedes también pueden hacer mucho. Son oídos, son escuchados. Y puede darse un golpe muy grande con su actitud, con lo que decidan aquí, con lo que discutan aquí. Y no crean que los he traído a Cuba para politizarlos, compañeros. En el mundo no hay que politizar a nadie. Tal vez sí haya que alertar. Porque hoy los cubanos podemos pensar un poquito más por no tener que huir de la patria, o por no tener que estar escondidos en un pedazo de la patria.

Una actitud contra todos los consorcios, contra la indignidad, una actitud de ustedes. No están haciendo nada –¡nada!–; no se pide nada con lo que no están comprometidos. No es solamente hacer música comprometida. Es comprometerse con ella. Y no es comprometerse con cantarle a los pueblos, que se sienten comprometidos ya. Es comprometerse a denunciar a los compradores de cerebros, es actuar contra los compradores de cerebros.

Los caminos son amplios. Creo que mucho más amplios que años atrás. ¡Lo más importante en este minuto es no permitir que nos dividan! ¡Y cómo ese imperialismo siente que, como quiera que tire los dados, pierde! Pierde si sale Nixon, y pierde si sale el otro. Porque la batalla no se gana ni con uno

[9] Los uruguayos a que hace referencia Haydee son el dúo Los Olimareños (José Luis Guerra y Braulio López), la cantante y actriz Dahd Sfeir y el cantautor Daniel Viglietti. También estuvo presente en estas jornadas el compositor Coriún Aharonián.

ni con otro, la batalla se gana con las luchas que está haciendo ese propio pueblo. Claro que hay que decidirse siempre por el menos malo, pero no tenemos que aterrorizarnos porque no salga el menos malo. No importa que salga Nixon otra vez. No importa: ellos pierden. No importa que sigan arrojando bombas en Vietnam: ellos pierden. Y si dejan de arrojarlas, pierden también. Como quiera que tiren los dados, pierden. Y lo único que les queda es crear el divisionismo, es dividirnos a los hombres mejores de la tierra. Nos trabajan, nos acechan, nos mandan gente atrás para aprovechar una pequeña debilidad, para dividirnos. Porque es la única salida momentánea que tienen: la división de los mejores. Y eso jamás deben permitirlo.

Y aunque aquí parezca que hay una pequeña reunión, es pequeña, pero la voz, la batuta, la flauta, la guitarra, se oyen en muchas partes. ¡Cómo nos penetran! ¡Cómo nos roban la cultura! ¡Cómo nos roban el nombre! Porque hoy ya no podemos decir ni que somos americanos, porque nos han robado el nombre. ¡Y somos americanos! Hasta ahí no hemos dejado que nos manejen.

¿Cómo es posible que hayan logrado dividir a los hombres buenos de nuestro Continente, sobre países que han luchado por la dignidad del ser humano? ¿Cómo es posible que hayan logrado influir a los artistas, a los trabajadores del arte, contra países que desarrollan el arte a todos los niveles, y porque un traidor al arte y a su pueblo haya tenido una actitud contra su pueblo y su arte, algunos de esos artistas se hayan puesto de parte del traidor y no del pueblo? ¿Cómo es posible que sobre enormes países –y en el caso muy especial, la URSS–, donde se puede ir y ver de dónde nacen, lo que tenían y lo que han hecho; donde se puede ver para quiénes tocan los conciertos, para quiénes hacen la música culta: si la hacen para una élite, o para el pueblo; porque algunos –dos, tres, cuatro– entre miles y miles hayan traicionado esa música, a ese pueblo, a Lenin, hemos tenido que discutir aquí muy duramente con compañeros latinoamericanos, revolucionarios, guerrilleros dispuestos a morir, porque les ha tocado un compañero traidor?

Y es que no podemos permitir que un traidor sea compañero, ¡se dedique a lo que se dedique! ¿O es que porque toquen un instrumento pueden permitirse el lujo de ser traidor? ¿O porque se escriba un libro se puede permitir el lujo de ser traidores? El mejor de todos los músicos, el mejor de todos los escritores, si es un traidor, es traidor antes que músico o escritor. ¡Y ese no es nuestro compañero! Pero ¡cómo penetra el imperialismo! ¡Cómo les hace ver a aquellos compañeros latinoamericanos que en los países socialistas el arte es esclavo! Donde el hombre no es esclavo, el arte no es esclavo. Y donde el hombre es esclavo, el arte es esclavo.

¿Fallos? Muchos. En esta Casa de las Américas, que es una institución pequeña, pequeñita, dirigida desde sus comienzos por la misma compañera, con los mismos colaboradores, hemos fallado mucho. Entonces, ¿qué quieren? Pero hay que medir de qué tamaño es el fallo y de qué tamaño es la creación.

¡Qué revuelo forman cuando se hace justicia con cualquier ser humano que se dedique a cualquiera de las artes! ¿Y por qué no forman el revuelo con todos aquellos que matan de distintas formas, en tantas partes del mundo, unas veces por hambre, otras por sed, otras por bombas? ¿Cuántos niños no han asesinado que pudieron llegar a ser mejores músicos que ustedes? ¿Cuántos cerebros no nos han quitado?

En nuestro país –y no es el único, ojalá fuera el único caso–, cuando alguien despuntaba, cuando alguien tenía las verdaderas ideas de la patria, de la solidaridad, nos lo quitaban en el camino. Años atrás tuvimos aquí hombres que pudieron dirigirnos a nosotros mismos, y nos los asesinaron. Hoy dicen y decimos: ¡gracias que tenemos a Fidel! Pero es que nos asesinaron mucho antes a otros Fideles. Y si hoy tenemos a Fidel, es porque Fidel sorprendió, porque no lo valoraron, porque creyeron que era un pequeño burgués, porque creyeron que se iba a entregar a ellos, porque Batista estaba derrotado y porque creyeron que con Fidel era la misma jugada de siempre: que al año estaría entregado a ellos. Démosle gracias a Dios –a ese Dios omnipotente de esos imperialistas– porque se equivocaron y no lo valoraron, porque si lo valoran, no lo tenemos.

Ellos –es una opinión muy personal–, creo que no lo asesinaron porque pensaron eso, porque si no, lo hubieran hecho; porque lo hicieron con Mella, porque lo hicieron con Guiteras, porque lo hicieron con Jesús Menéndez, a quien conocí de niña, a quien conocí de jovencita, y que fue la primera persona que me hizo ver en la vida que mi patria no era el pedacito de tierra donde nací. De niña pensé que mi patria era ese pedacito de Constancia –un central azucarero, hoy nombrado Abel Santamaría–. Y fue aquel negro, llamado vago por mi propia familia, quien me enseñó que aquella no era mi patria, que mi patria era más grande; y que mi familia no era la familia que lo llamaba negro vago a él; que mi familia eran aquellos que producían el azúcar; y que mientras que yo comía, los hijos de los que producían el azúcar no comían. Le debo a ese negro generoso haberme abierto los ojos desde los diez años. Y lamento no haber tenido más inteligencia para haberlo asimilado mejor. ¡Y nos lo asesinaron!

Y eso no pasa en la actualidad en Cuba. Eso pasa en casi todo nuestro Continente; es más, ¡en el tercer mundo! ¿Cuántos hombres no se han perdido que habrían podido dirigir no la música, sino los pueblos?, para que hagan mucha música todos y no unos cuantos, y no tengan que estar pendientes de que la burguesía le tire unos cuantos pesos a una Sinfónica para que toque lo que ellos quieren, para traer a los directores que ellos quieren. ¡Que sean bienvenidos también, pueden venir, pero que les den cabida a los nacionales! Esas migajas, como las que tuvimos en nuestra patria, si las miramos desde un punto de vista, no eran nada; por lo menos con esas migajas se hacía algo. Pero ¿para quién? ¿Para cuántos? ¿Para quiénes? Jamás recordé de ese

centralito de Constancia, amando la belleza como la amé desde niña, haber oído nada bueno. Había que levantarse a las siete de la mañana, o tal vez a las seis, porque a los únicos que servían –los trovadores que existían en aquellos momentos, muy nuestros–, esas eran las horas que les daban, porque nadie los oía, porque el que se levantaba a las seis de la mañana se tenía que levantar e ir a trabajar. Eso es lo que hacían, y eso es lo que hacen.

¿Y para quién se hace en esos países la llamada música culta? Para cuatro o cinco tipos o tipas que se quieren poner brillantes y pieles, y sentarse en un palco y exhibirse. En países como el nuestro tenemos pequeñas salas que no están totalmente preparadas, pero a ellas va el pueblo. Y tenemos pequeñas salas, porque todavía no tenemos condiciones para hacer grandes salas, mientras nos falten hospitales y escuelas. Porque sin la salud no se puede llegar a ser músico. Las haremos, las tendremos.

Hay un compañero uruguayo que por un ruido –feo el ruido–, se molestó. Con razón. Y yo le digo: «Mira que yo he estado en algunos lugares, en palcos muy suntuosos, y he oído las gangarrias que llevan las mujeres a esos palcos, he oído las gangarrias de pulsos y aretes. Y no es un ruido imprevisto: es para que la del palco de al lado se las vea». Claro que estoy contra los ruidos. Pero también habrán asimilado la lección que dio anoche nuestro pueblo. Un pueblo que está acostumbrado a aplaudir cada vez que hay un nombre que les llega, cómo se quedó, qué tiempo se quedó –y en muchos momentos sin respirar, compañeros–, para oír mejor. No sé si los compañeros que estaban actuando lograron ver esa hermosura. Cómo no hubo un aplauso, cómo no hubo un ¡viva! Pero cuando terminaron, qué homenaje. Todo lo que tenían dentro lo dieron en unos minutos sin cansarse, con las manos agotadas. Ese pueblo que estaba allí, compañeros, era pueblo. Había un mínimo de gente invitada. Porque quiero que sepan que fue puesto en el periódico que la entrada era libre, porque me dolió que siempre fuese la misma gente, a excepción de aquellos que tienen que ir por su trabajo. ¿Por qué la misma gente? ¡Entrada por la libre! Dije: «Ponga ahí en el periódico que la entrada es libre». ¡Y vieron lo que se formó en el Icaic, y anoche mismo! Porque hay veces en que se le guarda el palco, hay veces en que se le guarda la luneta a quien nos la pidió, y nos la dejan vacía, y el pueblo se queda afuera.

Y ese pueblo que estaba anoche, sobre todo en los bajos, era pueblo. ¡Y qué ejemplo dio! Y no está acostumbrado a ese tipo de espectáculo, compañeros. Tuve el temor, en un momento, de que el pueblo no supiera... Hasta uno, que tanto ama al pueblo, ¡qué pequeño es al creerse que sabe más que él! ¡Cómo supo, cómo sintió! Y era pueblo. Vi allí pueblo, callado, de tal manera imponente. Si imponente era lo que decían los que actuaban, imponente era ver aquello. Tanto, que algunas veces me asomaba [hacia] abajo, porque era otro espectáculo aquello. No sé si en todos los lugares en que lo han hecho pasa

igual. Puede que sí. Pero acuérdense que nuestra juventud no ha vivido el dolor, la sangre y, por tanto, está más acostumbrada a la algarabía, el aplauso, no a oír así. Y había mucha juventud. Y fíjense qué distinto a lo de antenoche. Cómo reaccionaba en el Icaic, porque en aquel momento los que actuaban sí necesitaban el estímulo del aplauso. Pero aquí necesitaban el estímulo del sentir. ¡Para ese pueblo hay que trabajar: no para los consorcios!

Esto, compañeros, no lo tomen como... ¿Cómo se llama eso que se pone en las manos? ¡Tantas veces que me las pusieron!... Esposas. Tienen libertad. Son ustedes los que deciden. Son ustedes los que tienen la puerta ancha o la estrecha, sin dejar los cubanos de pensar que ellos viven distinto –pero eso no lo aclaro, porque ya se los aclaro yo estando solos–, sin dejar de pensar los cubanos que ellos sí tienen todo tipo de puertas de salida. Esto lo aclaro para que ustedes sepan que también me preocupo por eso. Se lo hablé a los cubanos ya, por eso no lo repito aquí. Porque los cubanos –muchos que conozco– quisieran lo más fuerte, lo más violento. Pero les dije: «Acuérdense que ustedes tienen de todo. No lleven las cosas a la sin salida». Porque dentro de las salidas, las hay honorables, hay cosas no tan malas; hay cosas malas, pero no canallescas. Y acuérdense que nuestro Continente tiene varias salidas, varios tipos de salidas; que ya, por suerte para todos, no hay una sola. Siempre, claro, hacer la revolución. Pero puede haber, por factores de tiempo, de influencia, algunas otras formas, si siempre se va con la idea de hacer la revolución. Si no se hace la revolución, sí estamos perdidos. Lo que quiero decir es que hay muchas formas para llegar a una sola, que es hacer la revolución. Y esos tipos de salidas le dan más amplitud a nuestro Continente. Y, sobre todo, a ese Cono Sur; a ese Brasil, que él solo es un continente. Pero, por lo menos, ayudemos con la dignidad, que no se sientan solos, que los que mueren se sientan alentados por los que no mueren, que estamos dispuestos a pasar hambre.

Compañeros, en Cuba, si todo lo que se produce y se hace nos lo comiéramos, tuviéramos mucho más, ¡mucho más! Pero es imposible comérnoslo todo, es imposible incluso meter azúcar en el mercado mundial, cuando Vietnam la necesita. Es imposible, aunque el alza del azúcar esté grande, por los llamados dólares libres que nos dan la oportunidad de comprar en todas partes del mundo, venderla. La necesitan otros pueblos, otros países, para su producción. Y mientras que no la podemos vender en el mercado mundial, porque la necesitan pueblos como Vietnam, tenemos pueblos como la Unión Soviética que nos la paga como jamás en la historia. Eso no es solamente el valor del azúcar, eso no es solamente el dinero. Eso es solidaridad, que hay veces que ayuda más que el propio dinero.

Quiere decir que muchas veces, en países como el nuestro, aquellos que no pasaron hambre se sienten con el estómago vacío, porque sueñan con el jamón imperialista; el jamón que vale veinticinco centavos allá, mientras un

trabajador no puede comer carne fresca nunca, aunque se hayan robado toda la de Argentina y la del Uruguay. Aunque se la hayan robado, aunque se la sigan robando, un trabajador, en ese enorme, desarrollado país, no puede comer carne fresca sino cuando más una vez a la semana. ¡Y aquí sueñan con jamón! Porque es que el jamón allí vale veinticinco centavos. Pero aquellos que no supieron lo que es hambre, ni lo comen ni lo comerán por mucho tiempo. ¡Porque si sacan lo que comen nuestros niños, si sacan las proteínas que se les dan a nuestros niños...! ¡Ay, Constancia, si tú las hubieras tenido en la época en que yo fui niña!, ¡y yo sí lo tenía!; cuando se alimentaba [a] los niños con agua con azúcar tibia, ¡y azúcar prieta! Cuando aquel Luzárraga les quería regalar, al terminar la zafra, la resaca del azúcar porque era la mala y el imperialismo no se la compraba. Ya hoy, en aquel centralito en el que crecí y al que amé, hoy cada niño tiene las proteínas para crecer y que sus dientes le salgan bien. En ese centralito un niño nunca comía un huevo, aunque tenían gallinitas, porque había que cambiarlos por aspirinas para bajarle la fiebre. ¡Había que cambiar dos huevos o tres por una aspirina –imperialista, además– para bajarle la fiebre a ese niño! Y hoy ese niño no tiene solo los huevos que están en el patio de su casa, porque es un campo, sino los que se le dan.

Y saquen la cuenta, compañeros, además de comer en sus escuelas, lo que se le da a cada niño aquí: no hay un niño que no tenga su litro de leche, y no hay un viejo que no tenga su litro de leche. Cada niño tiene sus tres cuartos de libra de carne semanal, sus cuatro huevos semanales, además de darle su almuerzo en el colegio. No estoy haciendo política. Mi Revolución no necesita que le haga política. Estoy nada más que hablándoles de algo de lo que ocurre en mi patria. Llegó el momento de no anunciarnos. Llegó el momento de que nos crean los que quieran y que no nos crean los que no quieran. La historia decidirá quién tiene la razón.

Hubo un momento en que tuvimos que anunciarnos como una pasta de dientes para que nos creyeran. Hoy, no. Por eso, en los primeros años, esta Casa de las Américas daba mucha coba para que vinieran.[10] Hoy viene el que quiere, el que no quiera, que no venga: se lo pierde. Ya no nos anunciamos. No somos pasta invendible, no somos jabón invendible. Somos ideas para nuestro pueblo, y el que quiera venir a verlo, que venga. Por eso no estoy aquí vendiéndoles un anuncio político cuando he dicho esto de los niños. No. Porque el día en que no podamos darles huevo, no se lo damos. Inventaremos otro mecanismo para que no nos salgan con los dientes «picados» ni con sus caritas maltrechas. Porque, miren: vayan a nuestras escuelas y miren a ver cuántos niños tienen los dientes «picados». Y a ustedes,

[10] Dar coba: expresión coloquial popular que significa rogar, halagar, adular, explicar largamente para lograr un fin.

en nuestra América, ¿a qué edad se les «pican» los dientes a sus niños? ¿Cuántos a los ocho o nueve años –¡pobrecitos!– parecen viejitos sin dientes? ¡Vean a nuestros niños que hasta cuando se caen y se les rompe un diente –y ya es el diente que van a tener en su vida–, se les salva, aunque cueste miles de pesos esa operación y aunque haya que traer cosas del mundo capitalista, porque tenemos el mundo socialista lejos y hay veces que no da tiempo! ¡Hasta para niños que van a morir y que no tienen salvación! Hasta para niños con leucemia, que van a morir, que no tienen salvación se ha traído aquí del área capitalista –porque no ha dado tiempo de mandarlo a buscar de otra parte– para que viva unas horas más, porque consideramos que hay derecho a vivir unas horas más. Eso es lo que tienen nuestros niños. Y no hay un niño en nuestro país que llegue un Día de Reyes, que es tradicional, y no tenga su juguete. No era como en aquel centralito, que nos sentíamos superiores nosotros –diez o catorce niños–, porque salíamos con muñecas y bicicletas, y los otros no tenían. Los otros eran hijos de perros. ¡Vean eso! En nuestro país, aun en el Pico Turquino, no hay un niño o una niña que no tenga su muñeca o su carro. Por eso no vendemos ni nos anunciamos, porque lo ven.

Y en el caso personal, trabajo aquí, pero no es mi único trabajo, me paso la mitad del tiempo. Años atrás estuve en Camagüey, y ahora en Oriente, en la provincia más grande de Cuba, en la indómita región de Oriente, donde tenemos los baluartes más hermosos de toda nuestra generación, y donde no fue el Moncada por casualidad, donde no fue Sierra por casualidad. Fue una secuencia de hermosas obras. No se escogió esa provincia por casualidad: se escogió por una realidad profunda. En esa provincia estamos, vemos, y son las horas más felices en nuestras vidas cuando vamos por esas tierras y vemos lo que vemos. Hoy vemos a cada niño con su escuela. Porque aquellos de las montañas, los que vivían más alejados, los que jamás se habían puesto zapatos, los que jamás habían visto un médico ni un cura –¡ni un cura!–, porque los curas no llegaban allá tampoco, porque en Cuba es distinto a otras partes de la América Latina. El clero era muy alto, era para la gran burguesía. No se metía por allá. Lo único que nos pedían esos montañeses campesinos... jamás nos decían: «Si cogen el poder nos dan un puesto»; lo que nos pedían en cada bohío era: «¿Nos van a hacer una escuela?». Ni siquiera un hospital, pobrecitos. «Si ustedes de verdad llegan a la presidencia» –como nos decían ellos–, «¿nos van a hacer una escuela?».

Y hoy, donde no se puede hacer una escuela, porque hay veces en que por factores diversos es imposible –por ejemplo, hay una casa a medio kilómetro de la otra, aunque se está tratando de hacer pueblos–, se hace una gran escuela; están becados y vienen los fines de semana a su casa. Porque es imposible hacer una escuela para cuatro niños, o imposible que tengan que caminar un kilómetro cada día, y muchas veces hasta más. Se hacen grandes

internados. Por eso les digo que quien ve eso, no tiene que hacerle propaganda a lo que ha hecho este pueblo, con la dirección de Fidel y con esa calidad y sentido humano de Fidel.

No sé si me queda algo, que es lo que debía haber dicho. Cuando venía para acá los compañeros me señalaron los temas que debía tocar. Y los iba a tocar. Creo que traje hasta un apuntico.

Hay, a mi juicio, que trabajar en la música. No se me politicen tanto que no me toquen la música ahora. No se me vayan para el otro bando. Los caminos son infinitos para todo también. Pero tengan muy presente que, para hacer buena música, hay que dar grandes pasos, aunque sean dolorosos.

A pesar de tener algunos años nuestra Revolución, no he aprendido a ser oradora. ¡Un defecto terrible! Improviso, pero no tengo la facilidad de muchos compañeros. Tengo que motivarme, sentirlo. Siempre que voy a un programa lo rechazo, si no siento lo que voy a decir. No puedo hablar. Es un defecto. En mi tarea, en mi trabajo diario, es distinto. Por eso al principio les dije que no les pedía excusas por el gran trabajo, por el hotel, porque era una necesidad. Pero ahora sí les pido excusas por muchas imágenes que he querido decir aquí, que yo las entiendo, pero que pueden ser abstractas para ustedes. Pero hay veces en que las imágenes son tan profundas que se pueden pintar mejor que hablar. Son imágenes que si las fuésemos a decir realmente como son, no sé qué pasaría o qué nos pasaría. Y no hay derecho tampoco a decirlas. Pero como las llevamos dentro, o las sentimos, o se nos van. Y cuando veo que se me van, las quiero agarrar y entonces las imágenes puede ser que no me las entiendan. Pero ojalá que, por lo menos, si no las entienden, las sientan. En esto sí les pido excusas. No quiero darles lecciones, compañeros. Entiéndanme. Los trato como hermanos.

Palabras en el centenario de la muerte de Carlos Manuel de Céspedes[11]

Compañeros:

Hace un siglo que murió Carlos Manuel de Céspedes, pero es como si estuviera aquí entre nosotros, ¡tan grande es la admiración, el agradecimiento con que lo estamos recordando!

No son pocos ni escogidos los que hablan de él. Lo recuerda todo un pueblo; y no solo se recuerda sino, además, se estudia profundamente, porque este, su pueblo, al que él quiso sin esclavos, es libre y soberano, y sabe leer y escribir. En cada rincón de la patria lo leen, lo estudian, aprenden sus enseñanzas.

Uno se pregunta cuándo supo por primera vez de Céspedes; esos primeros recuerdos se confunden con la infancia, con la escuela. Por eso los que hoy realizan esa magnífica labor que es enseñar deben tener siempre presente la responsabilidad tan grande de esa tarea; nuestros niños atienden y aprenden con gran intensidad, y lo que queda grabado en lo más hondo de ellos, ya no va a desaparecer, y a menudo va a contribuir a guiar sus vidas.

En nuestra infancia, Céspedes era aquel rostro noble y serio, con una mirada imperiosa. A aquel hombre lo llamaban Padre de la Patria. Nos decían que había sido un gran patriota, que lo había dado todo por Cuba: el bienestar, la seguridad, la familia y hasta la vida misma. Pero, esa Cuba por la que él había dado todo, ¿qué era entonces en nuestra infancia? A nuestro alrededor veíamos desigualdad, injusticia, miseria. No entendíamos muy bien. ¿Dónde estaban los continuadores de Céspedes, los que fueran dignos de llamarse hijos de aquel padre? La vida nos lo iba a hacer entender, y un día nuestro pueblo nos lo respondió, pero no con palabras sino con hechos.

La verdad es que no era fácil darse cuenta cabal de lo que significa algo tan grande, tan inmenso, como ser llamado Padre de la Patria. Antes de la hazaña que encabezó Céspedes, no había aún nación cubana. Había aspiraciones, esperanzas y grandes, muy grandes sufrimientos. Pienso, sobre todo, en nuestros hermanos esclavos. Los hombres y mujeres que vivían en nuestra bella y

[11] Publicadas en el periódico *Granma*, La Habana, lunes 25 de febrero de 1974, pp. 4-5.

dolorosa isla, no formaban todavía un pueblo unido, con un destino, con una tarea común. Es a partir de la decisión de Céspedes que ese pueblo se constituye en la nación que es la nuestra.

¿Cómo no sentirnos estremecidos ante ese hombre, si cuando decimos con toda el alma: «¡Patria o Muerte!», esa Patria viene de aquel hombre, la que nos legó al precio de su vida?

Y es curioso que, acostumbrados como estamos a que la juventud acometa empresas grandes, valientes, nobles –porque ese será siempre deber de quienes empiezan la vida: contribuir a hacerla mejor–, recordemos que cuando Céspedes lanza su grito independentista en La Demajagua, tenía cuarenta y nueve años. Apenas dos menos tendría Lenin cuando, en 1917, inició la formidable Revolución de Octubre. Y es que la juventud no es solo cosa de pocos años, sino de mucha pasión, de mucha fuerza, de mucho valor. Bien está que los jóvenes, por la edad, tengan esas virtudes, esa fuerza. Pero sobre todo es necesario que las conserven, las aumenten, y lleguen al final de sus días con nuevas tareas que hacer, que mejorar. Entonces no serán jóvenes una vez solamente, sino toda una vida.

Jóvenes eran aquellos hombres maduros que en el ingenio La Demajagua esperaban impacientes el amanecer del 10 de octubre de 1868. El dueño del ingenio, Carlos Manuel de Céspedes, los ha convocado allí para ayudar a que naciera una nación. Céspedes tenía una gran cultura, hablaba varios idiomas, hacía versos y canciones, como la preciosa *Bayamesa*, que siempre cantaremos. Pero esa noche hacía su más hermoso, su más grandioso poema. Lo estaban haciendo entre todos, emocionados, y se llamaba Cuba: ¡era nuestra patria!

Cuando ese día sonó la campana del ingenio, no hubo música más bella, más impresionante que aquella en nuestra tierra. ¡Esa campana está sonando todavía, atraviesa los años y llega a nosotros! Céspedes, el primero, tras él sus demás compañeros, dan la libertad a sus esclavos. La más abominable de las instituciones que existían en la isla acababa de ser herida de muerte: se sentaban las bases para la creación de una nación de hermanos. Céspedes quiso que fuéramos un pueblo libre, y solo es libre el pueblo en que no hay esclavos. No hubo, en toda la guerra que entonces se encendía hecho más hondo y fecundo que ese de abrir el camino a la extinción de la esclavitud. En esto, como en tantas otras cosas, Céspedes iba mucho más lejos que la mayoría de los hombres en cuya clase había nacido.

Mientras muchos de esos hombres rechazaban esa medida, o la aceptaban a medias, Céspedes, estadista de genio y audacia, escribía al presidente de Chile: «Somos acérrimos abolicionistas». La campana de La Demajagua podía tocar, por este hecho luminoso, con tanta fuerza, como por anunciar al mundo que se iniciaba la guerra de independencia de Cuba.

Céspedes no sería el padre de una patria esclavista. Él quería ser el padre de una nación sin esclavos. La nación que él fundó no explotaría a ningún otro país. ¡Cuántos hechos inmortales están vinculados a este hombre! Están grabados en el corazón de los cubanos. Nombrarlos todos, imposible. Pero hay algunos que los sentimos tan profundamente, que no podemos dejarlos de decir, como aquella decisión suya después de Yara. Dijo Céspedes: «¡Aún quedamos doce hombres: bastan para hacer la independencia de Cuba!». O aquel incendio del Bayamo queridísimo, símbolo para siempre de que el enemigo, si no muere en la agresión, solo puede aspirar a recoger de nuestro suelo –como luego diría Maceo– un puñado de polvo ensangrentado. O la Asamblea de Güáimaro, donde su recio carácter demostró de cuánta disciplina era capaz.

Y si los enemigos de entonces y de ahora gustan de hurgar en las discusiones entre revolucionarios, podrían encontrar lecciones constantes de enseñanza y grandeza, y ver cómo Céspedes y Agramonte, hombres tan enérgicos y distintos, llegan a comprenderse, acercarse y defenderse por la sinceridad y radicalismo, por la entrega incondicional de ambos a la causa revolucionaria.

En nuestro corazón resuena siempre la respuesta impresionante de Céspedes al militar español que tiene prisionero a su hijo Oscar, combatiente mambí. Le ofrecen la vida del hijo a cambio de un arreglo o una deserción. «Oscar –contestó Céspedes– no es mi único hijo: soy el padre de todos los cubanos que han muerto en la revolución». El hijo fue fusilado. Y Carlos Manuel de Céspedes fue el Padre de la Patria.

Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, encendió la guerra inevitable, dio la libertad a los esclavos, auspició la táctica de guerrillas para combatir a un enemigo de fuerzas materiales muy superiores; opuso a las vacilaciones y traiciones, la política de arrasar con todo, antes que ceder en sus nobles propósitos. Contempló luego, con sorpresa y con indignación, cómo ese vecino poderoso, los Estados Unidos, que se jactaba de ser el país de la libertad, ayudaba a la nación opresora. En todo momento Céspedes se mantuvo firme, altivo, indoblegable. Y cuando malos y torpes compañeros se volvieron contra él, y cometieron el crimen político de desposeerlo del mando y dejarlo solo –prácticamente, a merced del enemigo, en San Lorenzo–, se sujetó el corazón y acató con fiera disciplina la decisión que abrió a la causa revolucionaria una herida en pleno pecho.

El bravo y justo Agramonte no vivía ya para haberse opuesto, con su autoridad enorme, a tamaño desatino. Céspedes, el soberbio y altivo Céspedes de La Demajagua, había acabado por hacerle a la revolución –como escribió a su esposa Ana de Quesada– el mayor de todos los sacrificios: el sacrificio de su carácter. Sus últimos días los pasó enseñando a leer y a escribir a unos

niños campesinos. Allí lo buscó el enemigo. El 27 de febrero de 1874 dieron con él y lo asesinaron. Nunca sabremos en qué medida moría entonces también aquella República en armas. ¡Pero su obra es inmortal!

Fidel ha dicho claramente que en Cuba ha habido una sola revolución: la que alboreó en La Demajagua el 10 de octubre de 1868, y también dijo que nosotros, entonces, hubiéramos sido como ellos, y ellos, hoy, habrían sido como nosotros. Naturalmente, muchas circunstancias han ido cambiando: la historia no se repite igual. Pero cuando se vive intensamente, limpiamente, a través de las épocas, las acciones se comunican, se responden, se continúan. Céspedes acometió la tarea más difícil de todas: la de fundar. Los que vinieran después se encontrarían el camino que él había abierto, a veces rudamente, con manos de padre gigantesco. Dejó lecciones que van más allá de su tiempo, que se prolongan como normas de conducta para todos los tiempos.

¿Quién que ha estado una noche tensa, hermosa, que no se acaba nunca, que no se acabará nunca, entre hermanos inolvidables, esperando la mañana de iniciar el combate por la libertad de Cuba –de una Cuba martirizada y pisoteada–, puede no admirar con todo el corazón al que encabezó aquella aurora del 10 de octubre? Aquella revolución es esta, que ha ido abordando nuevas tareas. Si antes se trataba de liberar a Cuba del viejo colonialismo español, luego era menester liberarnos del poderoso imperialismo yanqui; si entonces hubo que barrer con la espantosa esclavitud, después debimos hacer cesar todas las formas de explotación del hombre por el hombre, con su secuela de discriminación, miserias, enfermedades y tantos males más. Pero entonces, como hoy, como siempre, la abnegación, el combate por el mejoramiento de los demás, por la dignidad, por el honor, es lo más valioso, lo más lindo que puede tener un ser humano.

Céspedes fue valiente y abnegado; tuvo el coraje de escoger y abrir el camino doloroso y luminoso que todo cubano honrado ha seguido y seguirá siempre: el camino del sacrificio, la lucha y la verdad. Por eso, quienes mejor han entendido a Céspedes, quienes lo han seguido con más fidelidad, conservando y enriqueciendo su herencia magnífica, ha sido Martí, ha sido Fidel.

Hombre de mármol, lo llamó Martí. Mármol por la firmeza, por el coraje, por la altivez necesaria. Cayó hace ahora cien años, pero se le volvió a ver vivo en Baire, en las luchas de obreros y campesinos contra la nueva esclavitud, en el Moncada, en la Sierra, en Girón y en cuanto combate necesario ha habido en estos cien años. ¡Está vivo, rebelde y digno en su pueblo, en nuestro pueblo de trabajadores y estudiantes!: en nuestra patria socialista que no sería lo que es hoy –orgullo y esperanza de nuestra América– si aquel hombre mayor, aquel padre osado y severo, no hubiera encendido la primera llama, y no

hubiera dado a nuestra tierra toda su esperanza, toda su energía, todo su valor y, por último, toda su sangre generosa.

Al desafiante grito de combate de Carlos Manuel de Céspedes, primer presidente del territorio libre de Cuba, a su grito de ¡Independencia o Muerte!, hoy responde el nuestro, hijo de ese suyo, nuestro grito de ¡Patria o Muerte!

¡Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria: Venceremos!

Cómo surgió y cómo se desarrolló la Casa de las Américas[12]

Compañeros y compañeras:

Este compañero hace tantos elogios, que uno tiene que ponerse espejuelos prietos o algo para que no se le suban los colores. De todas maneras, antes de empezar quería decirle al compañero que yo no estoy en Santiago, que yo voy a Santiago porque Armando [Hart] trabaja en Santiago y yo trabajo aquí, y no es correcto que la mujer se vaya detrás del marido porque el marido esté allá. Si la Revolución me sitúa allá, encantada, pero si mi trabajo es aquí, yo voy cuando puedo, y él viene cuando pueda y deba, pero yo estoy aquí y voy allá.

Compañeros, nuestra misión aquí es hablar del organismo donde trabajamos, pero no cabe la menor duda de que no podemos hacerlo sin antes expresar un sentimiento. A mí me es difícil, cuando recibo una impresión profunda, no expresarla. A pesar de que día a día vemos lo que es esta Revolución, y a pesar de que día a día nos sorprendemos con cosas enormes. Hoy, viendo aquí a estos compañeros que representan a los trabajadores de nuestro país, pensábamos: ¡qué grande es nuestra Revolución! Que hoy la representación de los trabajadores de nuestra isla se reúna para oír hablar de problemas culturales, de problemas de arte: eso nada más que ocurre cuando hay una revolución como esta, y cuando hay un Fidel que lo mide todo con el mismo metro. Porque si no, es totalmente imposible que una gran representación de nuestros trabajadores se reúna para saber qué son nuestros organismos culturales, qué son el arte, la literatura, la cultura. Esto se puede hacer en un país como el nuestro, donde a pesar de la gran cantidad de producción, a pesar de la gran necesidad de echar nuestra economía adelante para salir de donde estábamos, y de donde estamos todavía, se pueden invertir días para que los

[12] Charla sostenida por Haydee con un grupo de obreros cubanos en la sede de la Central de Trabajadores de Cuba, el 4 de junio de 1974. La transcripción se conserva en el Archivo Casa. Una versión de estas palabras fue publicada en el portal informativo *La Ventana*, el 27 de abril de 2020, a propósito del aniversario sesenta y uno de la fundación de la Casa.

trabajadores hablen de cultura. Eso nada más que se hace y ocurre cuando hay una revolución tan profunda y tan grande.

Les digo esto, porque tengo que hablar ahora de un caso personal. Estamos trabajando en un organismo cultural desde el mismo 1959. Esto no quiere decir que esa sea nuestra única función, pero sí es una de nuestras funciones más importantes. Y hay veces, y hubo mucho tiempo en que nos planteábamos si estaríamos en el lugar más indicado, si estaríamos en el lugar en el que podríamos aportar más a este pueblo, a esta Revolución, que es mucho más que a todas nuestras vidas juntas. Nos lo planteábamos porque sabiendo la necesidad de salir del subdesarrollo, conociendo la inmensa necesidad de tantas cosas que requiere nuestro país, pensábamos si no debíamos dejar este organismo e ir a un lugar de producción porque el organismo en que nosotros trabajamos no produce y sí gasta. El organismo donde nosotros trabajamos gasta dinero de lo que el trabajador produce y eso muchas veces ha sido un pequeño conflicto para nosotros: si estaríamos bien situadas, si ahí sería el mejor lugar para rendir todo aquello que le prometimos a los que hoy no están con nosotros. Y hoy, al reunirme con ustedes, al reunirme con una parte de la representación de nuestros trabajadores, si algo me quedaba de ese pequeño conflicto y de esa pequeña duda, les doy las gracias a ustedes, porque me la han quitado de encima. Les he dicho esto porque es una cosa sentida y sincera. Y ahora vamos a hablar de lo que es nuestro organismo. Pero sepan que desde hoy siempre tendré un recuerdo para ustedes, porque me han hecho un regalo.

Nuestro organismo es llamado cultural. No tiene otro nombre. Pero vamos a calificarlo mejor: es un organismo que se dedica al arte y la literatura. Y para sentirme todavía un poquito como les decía ahorita, es un organismo poco conocido en Cuba. Es tan poco conocido en Cuba, que esas veces en que voy a visitar Oriente, allí me preguntan: «Haydee, ¿y qué es la Casa de las Américas?». Es difícil explicarlo en unas breves palabras. Porque la Casa de las Américas nace siendo una cosa, y actualmente es otra.

La Casa de las Américas surge como un organismo más de cultura en Cuba. Cuando nace en el mismo año 59 se nos plantea que vayamos a dirigir ese organismo. Yo no entendía bien por qué tenía que ir allí. Yo no estaba entre las llamadas personalidades del arte y la literatura, ni siquiera tenía cultura. Había tenido poco tiempo para estudiar. Mucho para leer, porque eso siempre ha sido una de mis actividades constantes, y creo que es casi un defecto, pero leía sin indicaciones, leía como se puede leer lo que le cae en las manos a uno. Ni siquiera podía decir que por la lectura yo podía tener cultura, porque yo no leía nada porque debía leer algo, sino que leía todo lo que me caía en las manos. Y por supuesto, aquellos libros que todo cubano con amor a la patria no deja de leer: los libros de Martí, lo tocante a Mella, a Villena: pudiéramos decir que

esos eran los únicos libros que yo leía con un contenido concreto, pero de lo demás, cualquier cosa. Así es que yo no era la persona más indicada para dirigir un organismo de cultura. Sentía por todas las manifestaciones del arte una gran preocupación, me gustaban mucho, y creo que puedo decirles, con honestidad, que tenía una gran sensibilidad para ellas. Viviendo en un central, y siendo una muchachita de un central, donde todo era difícil que llegara, ya yo tenía preocupaciones por las distintas manifestaciones del arte, y rechazaba el mal arte sin saber claramente lo que era buen arte.

Cuando surge la Casa de las Américas, yo trabajaba en el Ministerio de Educación, donde Armando era ministro, y siendo siempre una *utility* del marido –aunque uno no quiera, pero tiene que reconocerlo–; Armando en aquella época cada vez que tenía un lugar que no conocía muy bien, me ponía frente a él para que yo lo descubriera. Cuando le decía lo que era, se buscaba la persona indicada para allí; y eso pasó en muchos lugares de Educación. Entre esos lugares ocurrió que a Armando le preguntan qué hacer con la Sociedad Colombista Panamericana, que estaba dentro del Ministerio de Educación. Armando no sabía lo que era aquello, y yo, ¡imagínense ustedes! Entonces, un buen día me dice que vaya para allá, y me van a ver unas cuantas personas que trabajaban allí, insistiéndome en que yo debía ir para allá. Yo lo rechazo al principio, pero Armando me escoge para ese lugar. Creo que lo que les estoy diciendo no lo saben ni los compañeros de la Casa de las Américas, ni los compañeros que trabajan allí hace diez o doce años conocen esta historia. Armando me dice que vaya para allá, como me había mandado para otros sitios; que vea lo que es aquello, que le diga lo que es, y después veremos lo que hacemos. Cuando llego allí, yo no entiendo nada. Era un enredo tremendo aquello y la gente que estaba allí. Era un pedazo de casa que parecía una iglesia, y la gente que estaba allí entonces. Ahí estuve dos o tres meses y le cambiamos el nombre. ¡¿Qué cosa era aquello de Sociedad Colombista Panamericana?!, pues vamos a cambiarle el nombre. Entonces me proponen varios y entre los propuestos había nombres muy pomposos, y me quedé con el de Casa de las Américas. A cada rato Armando me preguntaba qué era aquello.

Yo, por temperamento, soy un poco empecinada. Cuando se me da una tarea me es muy difícil, por lo menos, no tener opiniones, me gusta tener opiniones, aunque muchas veces sean equivocadas. Y ahí continué hasta que me di cuenta de que a las personas que había allí no las conocía, no sabía de dónde venían, ni si podía confiar en ellas. Y como ni en esos momentos ni en ningún otro me he caracterizado por buscar solo a aquella persona que luchó o trabajó junto conmigo, o en el grupo, movimiento o partido en que yo trabajara, desde que en el año 59 se toma el poder estuve muy clara siempre de que el nuestro era el gobierno de los cubanos, y no el gobierno de un grupo de cubanos. Por tanto, a aquellas personas que estaban allí no

debía investigarlas inmediatamente, y eso lo hago casi siempre y hasta hoy no me ha resultado mal. Porque antes de mandar a preguntar quiénes eran esas personas, yo quería tener mi opinión sobre ellas, y no podía decir: «¡Investíguenme a esta gente!», porque yo no tenía opinión sobre aquellas personas. Nunca les pregunté dónde lucharon, cómo lucharon, porque yo creo que aquí luchó una minoría, y en aquel momento había que decirle al pueblo: «Tenemos que luchar todos». Ese fue un criterio muy firme que no lo adiviné yo, que tuve el privilegio de que Abel [Santamaría] siempre me lo enseñara: que el que luchaba tenía más deberes, que el que luchaba tenía que enseñar a luchar a los demás, y aquello, como tantas cosas que él me enseñó, siempre lo tengo presente y siempre me ha sido muy valioso. Y un día pienso: «No debo quitar a estas personas, pero sí debo traer algunas otras en las que yo pueda tener confianza y me ayuden a comprender qué es esto». Y traigo a la compañera Marcia Leiseca, que estuvo trabajando en la Casa hasta hace muy poco porque fue con su compañero Osmany Cienfuegos para Pinar del Río. Yo conocía a Marcia: ella había trabajado directamente conmigo en la clandestinidad, y yo tenía absoluta confianza en ella, porque junto a mí había hecho tareas importantísimas, y siempre había actuado como una revolucionaria y con una lealtad tremenda. Pero además era una muchacha, podemos decir, de la clase alta, y por tanto, tenía facilidad para penetrar en aquellas gentes, en ese ambiente, que en ese año 59 era igualito al del 58. Y con ella empiezo a descubrir un poco quién es cada quien; pero toda la indicación era que había que darle oportunidad a todo el que trabajaba allí, si quería seguir trabajando y quería ser revolucionario. Y así fue: hay compañeros que llevan quince años; otros tomaron el camino de los apátridas que han tomado muchos, claro, no entre los trabajadores. Y después de siete u ocho meses es cuando podía informar a Armando qué era la Casa de las Américas. Le digo: «La Casa de las Américas es…», y lo que iba a decirle no era nada.

Era un organismo que se habían inventado unos cuantos para editarse sus propios libros y decir sus propias conferencias y oírse entre sí. ¿Era esto mismo, no es verdad? Quiero ser justa. Y le digo: «Mira, Armando, la Casa de las Américas no es nada, es una institución en que unos pocos pretenden editarse sus propios libros, oírse entre ellos, decir sus propias conferencias y aplaudirse ellos mismos». Eso es lo que era la Casa de las Américas. Menos que una élite, mucho menos que una élite. Porque una élite podía ser Pro-Arte Musical,[13] pero tenía un sentido, de ahí habían surgido ciertas figuras, y aquello no era ni eso.

[13] Organización privada creada en 1918 y sostenida por señoras de la alta sociedad para contribuir al desarrollo de música clásica.

Pero estamos al comienzo de la Revolución, cuando yo le digo a Armando qué era aquello y le digo que también esa Casa de las Américas a nosotros nos conviene mantenerla para lo que nos dé la gana, porque como no es nada, la convertimos en lo que queramos en el momento en que queramos, y me parece que no debo irme de ahí. Quienes estábamos cerca de los compañeros que en este país saben lo que puede suceder, sobre todo Fidel, estábamos al tanto de que se avecinaban rupturas de relaciones con la América Latina, de que tendríamos grandes conflictos, todo eso ya sabíamos que vendría. Entonces yo empiezo a pensar que cuando nos aíslen de nuestro Continente, era importante no aislarse de la cultura latinoamericana. Porque aislarnos de los trabajadores latinoamericanos es muy triste, pero es la realidad, ya que para tener relaciones visibles con los trabajadores latinoamericanos tiene que haber un proceso revolucionario en sus países. Es cierto que a veces las dirigencias de esos trabajadores respondían a los trabajadores, pero muchas veces esas dirigencias eran mujalistas.[14]

Por tanto, yo me daba cuenta de que, aunque uno quisiera acercarse a los trabajadores y a los pueblos, eso era muy difícil. Y, además, para mí, en el orden personal, era angustioso pensar que nos separaran de la cultura de nuestro Continente. Pensaba, y sigo pensando, que la cultura de nuestro Continente es en lo fundamental la misma. Y entonces decido quedarme en la Casa de las Américas. No podía aceptar que, por el aislamiento que íbamos a padecer, un día nuestro pueblo no supiera cuáles eran nuestros antepasados indígenas, quiénes eran los escritores y los artistas de nuestro Continente que habían sabido expresarlo en formas literarias y artísticas. Me preocupaba que un día, en este país, nuestros trabajadores, por haber quedado aislados de nuestro Continente, no supieran quién había sido Ricardo Palma, del Perú, o el Martín Fierro argentino.[15] Pues, aunque las culturas puedan llamarse internacionalistas, no cabe la menor duda de que hay raíces, y por aislamiento pudiéramos no conocer las raíces de nuestra maravillosa cultura, tan profundas y tan hermosas. Y me preocupaba, porque Cuba tal vez sea uno de nuestros países de menos raíces: en muchos otros países latinoamericanos hay civilizaciones milenarias, y en el nuestro no. ¿De dónde partimos, qué somos nosotros?

[14] Mujalismo: Expresión despectiva derivada del apellido de Eusebio Mujal, quien encabezó la Comisión Obrera Nacional del Partido Auténtico, desde donde constituyó una punta de lanza para la usurpación de la dirección de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) en 1947 y la expulsión de los líderes sindicales comunistas. Este calificativo se aplicaba a los dirigentes obreros vendidos a la patronal, elementos corruptos y demagogos.

[15] *El gaucho Martín Fierro*, poema narrativo escrito en verso, considerado obra ejemplar del género gauchesco, escrita por el poeta argentino José Hernández en 1872.

Si con las pocas raíces que tenemos, nos aislamos de lo nuestro… Esa era una preocupación tremenda para mí, y por eso consideraba que junto a nuestra cultura está nuestra política, está la sal de la tierra. No podemos aislarnos de nuestra cultura, porque nos aislamos de nuestra política, nos aislamos de Bolívar, nos aislamos de San Martín, nos aislamos de Martí. Y si nos aislamos de ellos, nos aislamos de nuestra cultura, porque ellos son parte esencial de nuestra cultura también. No es casual que en tiempo no muy lejano hubiera un indio en México que se llamó Juárez. La preocupación en mí no era solamente cultural o artística, era política también. Y al decir esto, compañeros, quiero que me entiendan: no supone contradicción alguna con las demás culturas, pero es que nosotros podemos amar a los hijos de todos, pero no cabe la menor duda de que tenemos que amar más a los que llevamos en la barriga o hemos criado, ¿no? Ahora, eso no quiere decir que nuestra cultura debamos sentirla como la única. Nuestra cultura es para unirnos a otros países y a otras culturas. Pero como profunda martiana tenía ese gran temor de que se desconociera la nuestra.

Yo surjo de la lucha y surjo con la lucha, como martiana. En mis tiempos de lucha antes del Moncada, mi doctrina era la martiana. Si conocía algo más, era porque Fidel y Abel eran estudiosos del marxismo-leninismo. Junto con ellos, muchas veces estudiaba y discutía, pero era joven, apasionada, y siempre tenía la inmadurez de querer que Martí no fuera menos que nadie. Una inmadurez, porque no hay que plantearse que Martí fuera mayor o menor que otros, pero mi problema era que Martí tenía que ser el más grande. Era una inmadurez total, pero yo era una martiana tremenda. Después del Moncada, o en el mismo minuto del Moncada, en el mismo segundo del Moncada, tal vez tuve la enseñanza más grande que esa profunda cosa mía martiana me enseñara a ver algo más, y ver que no había contradicción. En ese mismo minuto o segundo, no sé si días, horas, minutos o segundos, entendí perfectamente a Abel, y supe que no había otro camino. Tal vez si lo digo ahora ustedes pueden pensar que es una vanidad mía. No lo es, no necesito decir eso para ser quien soy, porque esto no me da más ni me da menos. Sencillamente un gran dolor, una gran agonía, una gran razón de seguir y de que no muriera aquello. En ese mismo segundo, tal vez, empezó mi transformación al comprender que no había otro camino que el comunismo. Y compañeros, ustedes no me conocen muy bien, pero, si me conocieran un poquito, no creyeran que digo esto por nada. No, compañeros, porque yo, sin Martí y sin el Moncada, no hubiese llegado al comunismo. Amé más al Moncada y amé más a Martí cuando, en ese mismo minuto, me di cuenta de que no había más salida que el comunismo.

Me he ido del tema, porque no quiero que vaya a haber confusiones, compañeros, y se piense que estoy aquí haciendo separaciones entre culturas. Por eso he querido dar esta explicación. Aunque queríamos que no nos aislaran

de nuestra cultura, eso no quiere decir que las demás culturas no las quisiera. Pero tenía miedo de que nuestros niños un día no conocieran nuestra cultura, tenía miedo, y por eso me quedo en la Casa de las Américas. Pensé: cuando nos aíslen, cuando no tengamos forma de comunicarnos con los países hermanos de nuestro Continente, daremos a conocer en nuestro país el arte y la literatura de la América Latina. Pero cuando empiezan a romper relaciones con nosotros, cuando empieza el bloqueo tremendo, ahí salta la guerrillera, y pienso que, aunque eso era para mí una cosa muy importante, todavía más importante era poder llegar a los pueblos de la América Latina, a través de las manifestaciones culturales, para que no nos aislaran. Y de esa forma la Casa de las Américas empieza a mantener relaciones con organismos llamados autónomos, con universidades, con grupos de escritores y artistas que se aglutinaban en torno a la Casa e incluso se conocían allí personalmente.

Y nos damos a romper el bloqueo a través de la Casa de las Américas. Y les puedo decir, con satisfacción, que lo rompimos, aunque solo fuera en el orden cultural. Cuando a casi ningún país de nuestro Continente llegaba nada de Cuba, la Casa de las Américas llegaba. Ahí es cuando uno se tiene que dar cuenta de que la cultura es política, y la política es cultura. Puedo decirles que, en muchos de nuestros países, en los momentos más tremendos de nuestro bloqueo, entraban directa o indirectamente cosas de la Casa de las Américas. Nos sucedía en algunos países que, si nos quitaban los paquetes en el aeropuerto, los propios policías del aeropuerto los vendían luego, porque ya la Casa de las Américas tenía un nombre. Ante eso yo decía que el que lo compra es porque tiene deseos de saber qué pasa en Cuba. Y así fuimos llegando a los países, y los países llegando a nosotros.

¿Por qué no se conoce mucho en Cuba lo que es la Casa de las Américas? Porque si hubiéramos puesto el énfasis de la Casa de las Américas en hacerla llegar a nuestro pueblo, hubiéramos tenido que dejar de lado lo que en aquel momento era importante. Hoy, ya nuestra Revolución ha hecho organismos de cultura indicados para cada cosa, y aunque para nosotros sería muy agradable poder volcar la Casa de las Américas hacia nuestro país, ella tiene sobre todo otra función: si la Casa de las Américas publica libros, por ejemplo, lo más importante no es que esos libros lleguen a nuestro pueblo, porque para eso están el Instituto Cubano del Libro, la Unión de Escritores, el Consejo Nacional de Cultura, el Ministerio de Educación. Lo más importante es que esos libros de la Casa de las Américas lleguen a la América Latina. En nuestras exposiciones, nosotros no exponemos cosas de los cubanos porque ya, desde hace muchos años, los cubanos tienen lugares donde exponer; y nosotros exponemos cosas de los latinoamericanos. Esto no quiere decir que las puertas de la Casa de las Américas no están abiertas para nuestro pueblo, pero también hay un problema de distancia, de lugares. La tarea fundamental de la Casa de las

Américas no es coger esa exposición y llevarla a Santiago de Cuba. ¿Por qué? Porque no tenemos medios para tanto, porque desmontar una exposición de la Casa y llevarla a Santiago es doble gasto. La función más importante de nosotros en estos momentos, al no tener todas las condiciones para hacer eso –hay otros organismos que lo hacen–, es que vengan los pintores. Que tengamos una gran discusión donde también intervengan pintores cubanos, como un país latinoamericano más, y de ahí surjan cosas para nuestro Continente.

De ahí salen documentos que cada representación que ha venido reproduce en su propio país, y así no solo hacemos llegar la Revolución Cubana a esos países, sino que ayudamos a politizar a esos artistas, que tienen madera, como tienen todos los seres humanos, pero no tienen dirección. Y la Casa de las Américas ha ayudado a que muchos de los escritores y artistas de la América Latina encuentren esa dirección. A tal grado que, en los primeros años, cuando casi todos los escritores y artistas latinoamericanos abrazaban la Revolución Cubana, todos venían a la Casa de las Américas. Cuando la Revolución empezó a dejar sentir el peso enorme de lo que es en verdad una revolución en el poder, donde el proletariado es lo más importante, unos cuantos artistas elitistas, fueran pintores o escritores –no vamos a decir que la mayoría, fíjense–, ya no estuvieron de acuerdo con la Casa de las Américas, porque ellos no se sentían iguales a un trabajador.

Y cada vez que alguno de ellos venía a nuestro país, venía a ver si un escritor estaba preso: no le importaba si alguien que cargara sacos en los muelles estaba preso. Y en la Casa de las Américas empezamos a tener conflictos con aquellos llamados «amigos», y es cuando surge una tremenda polémica –no sé si algunos de ustedes estarán enterados– en la cual la Casa de las Américas les sale al paso y, reuniendo a lo mejor de los escritores y artistas de nuestro Continente, se separa de aquellos pocos que solo usaban a Cuba para ponerse el mote de revolucionarios, cuando lo que les interesaba era el dinero y vivir en Europa. Pero cuando eso ocurre, ya la Casa de las Américas era conocida y estimada en la América Latina, mientras a aquellos «amigos» les importaban poco sus países respectivos. Claro, no vamos a meter en el mismo saco a todos aquellos escritores y artistas con los que hemos discutidos, y regalarle ese saco al imperialismo. Eso quisiera el imperialismo, pero no es lo que conviene a nuestros pueblos. Y nosotros haremos siempre lo que convenga a nuestros pueblos. De modo que el que quiera rectificar, estará con nosotros, y el que prefiera al imperialismo, se regalará él solo.

Por eso la Casa de las Américas es mucho más conocida fuera de Cuba, porque esa es su tarea, esa es su función. Ustedes deben saber que al Premio Casa de las Américas vienen obras de toda la América Latina. Incluso en momentos muy difíciles se premió a un boliviano, y en estos momentos, en este último Premio, como ustedes saben, se premió a un chileno. Es decir, nos

llegó una obra de Chile en pleno fascismo. Y cuando los escritores latinoamericanos vienen a Cuba, lo que más nos interesa es que esos escritores se vayan con una visión justa de lo que es nuestra Revolución. No solamente se otorga un premio, se leen cuatrocientas o quinientas obras que vienen de toda la América Latina, sino que hay muchas discusiones en la Casa de las Américas con esos escritores y se llega a conclusiones fecundas. Podemos decir que, si han desertado diez de esos escritores, es mucho. Lo que pasa es que entre los que han tomado esa posición, están los latinoparisinos, y desde París es muy fácil gritar. A lo mejor si alguno de ellos, en vez de estar en Europa, está en su país, no grita tanto. Los de esos países, en vez de gritar, vienen aquí, ven la verdad y se llevan luego contenido de trabajo. La prueba es que para el XX aniversario nos resulta a nosotros penoso decir que todo lo que programamos en la América Latina se hizo, y no todo lo que la Casa de las Américas programó hacer en Cuba se hizo. Claro, es que en esos momentos, cuando nuestras unidades estaban llenas de trabajo, y se volcaron hacia el XX aniversario, yo no supe fajarme como nos fajamos los cubanos, y se fueron dejando –pero no me ocurre más, ¿saben?–. Sin embargo, para mí es de mayor satisfacción que se haya cumplido en la América Latina todo lo que se programó, aunque incumpliéramos para Cuba.

Compañeros, así surgió y así se ha ido desarrollando la Casa de las Américas. Y puedo añadirles que hoy la Casa de las Américas no solamente le interesa a la América Latina. Hoy también le interesa a Europa y muy especialmente a los países socialistas. Es muy difícil que los agregados culturales de los países socialistas no tengan un vínculo muy estrecho con la Casa de las Américas. Porque les interesa saber, por ejemplo, qué obras latinoamericanas deben traducir en sus países, y la Casa cumple esa función. Ahora mismo, cuando la reunión de ministros de Cultura de los países socialistas, la Casa de las Américas hizo una ponencia sobre nuestra cultura latinoamericana y los intentos de penetración imperialista en ella. Además, tratamos de estar al día en nuestros ficheros, lo que no es tan fácil. Pero no hay un compañero a nivel más alto o a nivel más bajo que vaya a escribir algo sobre un país latinoamericano, que no tenga que ir a nuestra biblioteca a documentarse. Y es preocupación nuestra que ese servicio solo lo tienen los de La Habana. Aunque ustedes comprenderán que eso es un problema de recursos. Pero sí, todo lo que publicamos –y aspiramos a publicar lo más importante de la América Latina en nuestro campo–, y todo aquello de lo que recibimos más de dos ejemplares, va a parar a las bibliotecas del interior, sobre todo de la Universidad de Oriente. Y también si en un lugar del interior, cualquiera, un joven o viejo, está haciendo un trabajo serio sobre Latinoamérica y nos señala que necesita tantos libros, nosotros se los prestamos, y si tenemos que llevárselos en avión, se los llevamos,

porque ese es un principio de la Casa de las Américas también. Con mucho cuidado, porque a veces que tenemos un solo ejemplar, pero se lo llevamos. Y en muchos casos, no solamente nos escriben pidiéndonos unos libros, sino que nos escriben que están haciendo tal trabajo sobre tal país o sobre tal cosa de un país, y nos preguntan si nosotros podemos ayudarlos en decirles qué libros deben leer y si se los podemos enviar.

Esto lo hacemos con el interior de nuestro país, pero claro, también eso se queda en un grupo reducido. Ahora, yo creo que si en sus centros de trabajo, después de tener ustedes esta explicación, les interesa tener una biblioteca con nuestras publicaciones, pueden contar con ellas. Hace solo unos días, a cuatro compañeros de la Casa de las Américas, compañeros que nos hacen una falta muy grande, nos los pidieron para ir a la Universidad de Oriente como jurados y uno de ellos dijo: «No podemos ir los cuatro, ¿cómo nos vamos a ir los cuatro?», y le respondí: «Se van los cuatro, y van a ser jurados en la Universidad de Oriente». Y se fueron para allá. Y si la Casa de las Américas, después de esta conversación, interesa en sus respectivos sindicatos, en el momento en que ustedes lo pidan, va un compañero a hablarles, aunque sea una exposición larga como esta, y recibirán nuestras publicaciones. Muchas gracias, compañeros. Gracias de verdad.

Palabras inaugurales de la exposición La Casa de las Américas en nuestra América[16]

Excelentísimo señor presidente de la República de México, licenciado Luis Echeverría Álvarez.

Compañera y amiga María Esther Zuno de Echeverría.

Distinguidas personalidades del Gobierno mexicano.

Compañeros de la delegación cubana.

Señoras y señores:

Cuba no viene a México como una extraña, ni se siente entre extraños. ¿Cómo podría ser de otro modo, si no constituimos más que pedazos, y pedazos indisolubles, unidos, de una misma América, la nuestra? Aquí, además, cantó su primer gran poema, y encontró refugio hospitalario hasta sus últimos días aquel a quien Martí llamó «el primer poeta de América», nuestro doliente Heredia. Y el propio Martí vivió en esta tierra –a la que llegó hace ahora un siglo– sus años más felices; consolidó aquí su sentimiento americanista; tuvo en un mexicano un verdadero hermano, a quien confesaría –pocas horas antes de morir– la dramática misión de su vida: «Impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan,

[16] Una Exposición de arte popular de México constituida por más de mil trescientas piezas fue donada a Cuba por el Gobierno de ese país y exhibida en la Casa. Poco después, en reciprocidad, fue inaugurada en la Secretaría de Turismo de la capital mexicana una retrospectiva de quince años de trabajo de la institución. En ella, el presidente mexicano obsequió a la Casa, en presencia de Haydee Santamaría, un Árbol de la Vida, majestuosa obra de seis metros de altura, dos toneladas de peso y mil seiscientas sesenta y tres piezas realizada por el artesano Alfonso Soteno, que pronto sería trasladada a La Habana, instalada en la sala principal del edificio –más tarde nombrada Che Guevara–, y que se convertiría en uno de los símbolos de la institución. La versión original de las palabras pronunciadas por Haydee en presencia del presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Luis Echeverría, durante la inauguración de la muestra el 15 de abril de 1975 se conserva en el Archivo Casa.

con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».[17] Y fieles a la lección de fuego de Martí, aquí, una de esas frías noches de México, se conocieron Fidel y el Che, como ha contado uno de ellos, el que ya no está con nosotros y sin embargo lo estará siempre.

Desde aquí salió el Granma y desde entonces fue segura la libertad de Cuba. El México de Hidalgo, de Juárez, de Zapata y de Cárdenas, nunca se sumó al criminal bloqueo a la Cuba de Heredia, de Martí, de Fidel. Por eso Cuba no vuelve a México, Cuba nunca dejó de estar en México. Pero hoy, afianzando esa amistad trae, aunque pequeña, una muestra del trabajo cultural, y dentro de él, de la manera como hemos querido ser fieles a la Patria Mayor, a nuestra América mestiza.

Sabemos que con ello no hacemos sino continuar la más hermosa de nuestras tradiciones, la que nos remite a una órbita más amplia, más rica y dramática de nuestros limitados países. Grandes y perdurables ejemplos de tradición, de esa conducta, ha dado México a lo largo de su historia, y lo da ahora mismo ante la tragedia chilena. Ese dolor común y la común esperanza de la futura victoria del pueblo chileno, es también nuestra esperanza.

Gracias amigos mexicanos, por habernos permitido traer esta exposición, y quiero que vean en ella el fuerte vínculo que siempre ha existido entre Casa de las Américas y la América Nuestra.

[17] Célebre carta de José Martí a su amigo Manuel Mercado (abogado mexicano que fue su más fiel e íntimo confidente por más de veinte años). Esta carta inconclusa –cuya escritura inició en el Campamento de Dos Ríos, el 18 de mayo de 1895–, se considera el testamento político de Martí.

Todo es una sola cosa

Entrevista de Nils Castro[18]

¿Cómo se crea el Movimiento 26 de Julio? ¿Cómo los distintos grupos existentes: los moncadistas, los del MNR [Movimiento Nacional Revolucionario], los de Oriente van nucleándose en una sola organización y empiezan a integrar a nuevos compañeros de otras procedencias?

Me resulta difícil recordar con exactitud las fechas y hasta algunos hechos. A veces hay cosas que se me unen, y no siempre sé si ocurrieron en la Sierra Maestra, en Santiago de Cuba, o en el Moncada. Se me confunden ciertas imágenes, porque todo eso no fue más que una sola cosa, una sola lucha. Para mí, hay una sola fecha: antes del Moncada y después del Moncada.

Hay que partir del momento en que salieron nuestros compañeros del presidio de Isla de Pinos, e incluso de un poquito antes, de cuando Melba [Hernández] y yo salimos de la cárcel de mujeres. Nosotras tuvimos siempre una orientación muy precisa de Fidel: había que saber dónde estaban todos nuestros compañeros. Algunos habían podido salir al extranjero, y debíamos averiguar en qué país estaban, y en la medida en que fuera posible, hacer que se reunieran en un mismo país. No recuerdo ahora si era México o Guatemala. También debíamos localizar a los compañeros que estaban aquí y que por distintos motivos no habían podido participar en el ataque al Moncada –por falta

[18] Esta entrevista apareció en la revista *Santiago*, Santiago de Cuba, núm. 18-19, junio y septiembre de 1975. Más tarde fue reproducida en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 229, octubre-diciembre, 2002, pp. 5-24 e incluida en el libro *Todo es una sola cosa*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, Colección Cuadernos de Caliban, núm. 1, 2021. Según el propio entrevistador fue «grabada en la oficina de Haydee en la Casa. Fue toda una aventura, pues hubo un apagón y buena parte del trabajo lo hicimos en tinieblas. A la sazón, yo dirigía la revista *Santiago*; la grabación fue transcrita por Berta del Castillo, quien entonces era la secretaria de redacción de esa revista, y editada por Adela García Agut, mi esposa. Un dato interesante es que el texto enseguida fue releído por Vilma Espín G., quien precisó algunos de los datos aportados por Haydee». Mensaje electrónico del 10 de agosto de 2021 enviado por el autor al Fondo Editorial Casa de las Américas.

de armas, por problemas familiares, por distintos motivos–, compañeros que habían quedado muy traumatizados por aquello y que sentían profundamente todo lo que había sucedido.

A estos compañeros ni siquiera tuvimos que ir a buscarlos, inmediatamente vinieron a vernos. Algunos se arriesgaron incluso a visitarnos en la cárcel, a pesar de que siempre dijimos que no lo hicieran. Es decir, que en realidad Melba y yo no tuvimos que darnos a la tarea de buscarlos. Ellos venían solitos porque no resistían el no haber podido ir aquel 26 de julio, y querían actuar. Así empieza un poco a cobrar forma lo que después sería el Movimiento. No le decíamos todavía Movimiento. No tenía nombre. En aquellos momentos nos decían los «moncadistas», y a Melba y a mí las «moncadistas». Va surgiendo una pequeña organización con el propósito de realizar varias tareas. La primera de ellas fue la publicación y la distribución de *La historia me absolverá*, que recuerdo que fue uno de los trabajos más difíciles. Tal vez fue uno de los más angustiosos, porque solo de pensar que podíamos fallarle a Fidel, que tanto confiaba en nosotros y que estaba allá en el presidio, era tremendo. Hoy eso se ve fácil, pero en aquellos momentos de verdad fue muy difícil. Casi no teníamos recursos. A mí, que hoy todo me parece fácil cuando recuerdo aquello, me pregunto cómo se pudo. Y fue una de las cosas que siempre me dieron mucha fe, que me alentaron, porque si se pudo realizar aquello, todo lo demás se podía hacer también.

El trabajo con *La historia me absolverá* fue decisivo para comenzar a formar la organización que necesitábamos. Para los compañeros de Santiago de Cuba, por ejemplo, fue la primera tarea concreta para lo que ellos también llamaban «el grupo del Moncada». Allí varios santiagueros: Frank [País], Vilma [Espín], María Antonia Figueroa, que pertenecían a otros grupos, prestaron una valiosa ayuda para poder distribuir ese material. Y, además, *La historia me absolverá* para ellos fue una revelación, porque vieron que había un programa. Un programa nada pequeño para aquellos momentos. Un programa que planteaba toda una serie de objetivos a alcanzar, y alrededor del cual nos nucleábamos.

Después nos dimos a trabajar por la amnistía, que fue otra tarea que contribuyó a ampliar y reforzar la organización. Cada vez que se iba a celebrar un acto de esos llamados «políticos» para una campaña electoral, había siempre grupos de compañeros que gritaban: «¡Amnistía, Revolución! ¡Amnistía, Revolución!». Gritar Revolución estando nuestros compañeros presos no era cualquier cosa, porque repercutía sobre ellos mismos. Pero nunca tuvimos orientación de Fidel de que se dejara de hacer, a pesar de que luego eran ellos los que sufrían las consecuencias. Porque, claro, nosotros podíamos dispersarnos, escondernos, a unos los cogían y a otros no, pero ellos estaban presos,

y cuando no lograban atrapar a los de la calle, los de allá pagaban las consecuencias. A Fidel le gustaba más que gritáramos Revolución que Amnistía.

Habíamos empezado a tener contacto también con compañeros de La Habana que pertenecían al MNR. Fueron varios, aunque a los que más recuerdo son a Armando [Hart] y a Faustino [Pérez]. Esos compañeros empezaron a visitarnos a Melba y a mí espontáneamente, y desde el primer momento tuvieron que ver con las actividades que se realizaban. Incluso, no hacían nada por cuenta de ellos sin comunicárnoslo a nosotros. Recuerdo que una vez se propusieron rescatar a un compañero que estaba preso en un hospital, herido, y nos vinieron a plantear que ellos lo hacían «si no perjudicaba a los compañeros que estaban en Isla de Pinos». Nosotros sabíamos que a los que estaban en Isla de Pinos cualquier acción los perjudicaba, pero no íbamos a dejar de actuar por eso, no podíamos. Y lo hicieron. Así conocimos a muchos de ellos.

Cuando los compañeros salen de Isla de Pinos, ya mucho de lo mejor de nuestra juventud está muy cerca de Fidel y de los llamados «moncadistas», porque nunca dejamos de actuar, de hacer cosas, de sumar fuerzas. Al quedar en libertad Fidel, lo pusimos al corriente de todos nuestros contactos, y le dijimos lo que pensábamos de todos nuestros compañeros. Recuerdo que contestó: «Lo que sean ellos lo va a decir el tiempo».

¿Cuándo se acuerda constituir el Movimiento 26 de Julio?

A la salida de Fidel de la cárcel. Recuerdo que todavía en el ferry en el trayecto de Isla de Pinos a Batabanó –en ese viaje que duró casi toda una noche–, Fidel les dijo a los compañeros que después de que estuvieran dos o tres horas con sus familiares nos íbamos a reunir para conversar. Ahí empezamos a intercambiar ideas y Fidel planteó que ya había que darle un nombre a la organización. Escuchó lo que cada uno opinaba y estoy casi segura de que fue él mismo quien propuso que se llamara Movimiento 26 de Julio.

A mí me gustaba ponerle Moncada. Me había acostumbrado a que nos dijeran «moncadistas», y realmente sentíamos un orgullo muy grande cuando aquellos esbirros nos decían con desprecio: «¡Estas moncadistas…!». A Melba y a mí nos detuvieron varias veces después de haber salido de la cárcel, y cada vez nos decían: «¡Las moncadistas estas…!».Y sentíamos un orgullo muy grande. Entonces me había aferrado un poco a la idea de ponerle Moncada a la organización. Fidel consideró que ponerle Moncada encerraba la cosa en un marco un poco estrecho, muy de grupo, y que tenía que ser algo más amplio. Yo decía que lo de Moncada no era solamente aquel hecho, que ese cuartel llevaba un nombre, pero Fidel me hizo ver que ese nombre había sido deformado, que ya no era verdaderamente el nombre de un gran patriota santiaguero.

Era nombre de cuartel, no de patriota.

Sí. Incluso nosotros mismos hablábamos del Moncada y yo, al menos, hasta pasado un tiempo, no pensaba en ese gran luchador de nuestra guerra de independencia,[19] sino en aquel cuartel sangriento. Y se aprobó el nombre de Movimiento 26 de Julio.

Es entonces que se habla por primera vez del Movimiento. Porque muchas veces, sin darnos cuenta, hemos dicho: «No, porque el Movimiento»; se nos va, luego no rectificamos, y queda la impresión de que antes del Moncada existía algo llamado el Movimiento. Que yo recuerde, ni durante los preparativos del asalto al Moncada, y ni aún después del Moncada, se habló nunca del Movimiento. Hablábamos de «los muchachos», de los compañeros. A los de Artemisa les decíamos «los muchachos de Artemisa»; a los de Santos Suárez, «los muchachos de Santos Suárez». Jamás oí en la etapa anterior ni siquiera a Fidel o a Abel hablar del Movimiento. Es al salir Fidel y los compañeros de Isla de Pinos que se constituye el Movimiento 26 de Julio. Sin que quiera decir esto que para el Moncada no existiera una organización. Fidel tiene que irse poco después a México. Prepararse aquí era, la verdad, imposible. Primero empezó a peligrar Raúl Castro, luego Fidel, y todo podía desbaratarse. Entonces deja constituida aquí la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio y también las Direcciones Provinciales, y sale con un grupo de compañeros a prepararse allá. Nos deja un contenido de trabajo preciso y, además, nos va mandando manifiestos desde México: el Manifiesto núm. 1, el Manifiesto núm. 2..., no recuerdo hasta cuál continuó.

En el caso de Santiago de Cuba se toma como tarea central la de los preparativos para la llegada de Fidel, para el desembarco. Nosotros conocíamos bien a los compañeros de Oriente y de forma muy especial a los de Santiago de Cuba: a Frank, a María Antonia. Vilma se incorpora poco después. ¿Vilma les ha precisado esto?

Sí. Ella dice que cuando Fidel parte hacia México ella salía a estudiar a Boston y que, cuando venía de regreso, pasó primero por México; que su papel inicial fue el de ayudar a Frank, ella «solo era el chofer de Frank», y que no sería sino después que tendría responsabilidades de dirección.

Bueno, miren, Vilma se entrevista con Fidel en México y cuando regresa trae una serie de instrucciones de él para todos nosotros, y especialmente para Frank. Ella se incorpora al Movimiento desde el primer momento. Se puede decir que lo hace formalmente, en efecto, como «el chofer de Frank». Pero ser «el

[19] Se refiere al Mayor general José Guillermo Moncada Veranes, conocido como Guillermón Moncada, en cuyo honor lleva su nombre el cuartel.

chofer de Frank» en aquellos momentos no era solo eso. Manejaba, sí, pero ¡imagínate!, Frank era uno de los compañeros más conocidos y más perseguidos. Y al lado de Frank no podía ir cualquiera. Ese «chofer» sabía muchas cosas: los lugares, las personas, los contactos, las órdenes..., así que lo de «chofer» implicaba algo muy especial. Era su mano derecha, se puede decir.

Esa posición significaba que era una persona de alta confianza.

Totalmente. Pero, además, de mucho valor; porque hay situaciones en que, por muy de confianza que sea un compañero, si no tiene además el coraje necesario, si no sabe hacer lo que es preciso en cada momento... Otros compañeros se dice que empezaron como simples choferes. Aquella era en realidad una gran responsabilidad, algo muy importante.

Cuando Armando y yo fuimos para Santiago, en julio o agosto del 56, Frank siempre insistía en que fuera Vilma quien nos manejara. Armando y yo también éramos personas bastante conocidas y Frank temía que nos pudiera pasar algo. Porque, además, allí había ocurrido el 26 de Julio, y yo había estado dos meses y medio en la cárcel de Boniato. Si a mí me cogían en aquellos momentos en Santiago, seguro que sucedían dos cosas: una, que iba presa sin remedio; otra, mucho más grave, que mi presencia allí haría suponer que algo se estaba tramando. Era muy difícil que fuera a estar en Santiago si no era para algo que se estuviera preparando allí. Eso podía ser muy peligroso para el Movimiento, y era lógico que entonces Frank tuviera temor por nosotros. Entonces siempre decía: «No, que vayan con Vilma, que los lleve Vilma». Si se preocupaba porque no nos veía y le aclaraban que andábamos con ella: «¡Ah, bueno! Si están con Vilma no hay problema».

Se dice que usted tenía una gran habilidad para disfrazarse y para pasar inadvertida a pesar de la situación.

No creo que fuera una habilidad, aunque efectivamente, pasaba inadvertida la mayor parte de las veces. He tenido siempre mucha facilidad para engordar. Nada más queriendo engordar un poquito subía veinte libras como si tal cosa. Y si quería adelgazar, adelgazaba también. Eso y un cambio de peinado, el pelo corto o largo, me hacía parecer otra persona. Tan distinta que era difícil reconocerme. Tenía también bastante serenidad y creo que eso fue una de las cosas que más me ayudaron a moverme libremente por Santiago. Era asombroso que me pudiera mover con tanta facilidad. Esa serenidad la adquirí porque me era muy necesaria. Había pasado lo del Moncada y me preocupaba que por ser una persona conocida no se me permitiera actuar en todo. Y para mí eso era fundamental. Era más que la vida. Necesitaba hacer cosas, moverme, trabajar, porque si no, ¿qué razón podía tener haber quedado viva? Aquello me daba una serenidad tremenda para enfrentarme a todo.

Recuerdo que una noche, estando Vilma y yo escondidas en casa de los Ruiz Bravo, vemos que viene la policía.[20] Vilma siempre andaba con una jaba. No sé si les habrá contado eso.

No.

Pues sí, era una jaba de papeles en la que guardaba la correspondencia de Frank y después los papeles de Daniel [René Ramos Latour]. Y viene la policía y le digo: «¡Vilma, Vilma, corre, coge la jaba!». Vilma coge la jaba, se manda a correr, se encarama por un techo y dice: «¡Yeyé, Yeyé, corre!», y le contesto: «¡No, no, yo voy ahorita!». Entonces, cuando veo que Vilma brinca –que no sé cómo no se rompió un pie, porque se tiró de una altura bien grande–, les digo a los de la casa: «Déjenme abrir la puerta a mí». Abro la puerta, recibo a los tipos: «¿Ustedes qué desean?». «No, que nos han dicho que aquí hay gente escondida». «Bueno, entren. ¿Quieren tomar café?» —les brindo café—. «¿Quieren tomar algo?» —les sirvo bebida.

Y la familia de la casa conmigo. Entonces empieza el registro y yo iba con ellos por todas las habitaciones: «Miren bien, miren bien para que después no tengamos esta mortificación todos los días». Si se les quedaba una habitación o un armario sin revisar, o una cama, yo les decía: «Vengan, miren». Claro, había unos lugarcitos donde había documentos, cartas, pero antes de que ellos se adelantaran a registrar, iba abriéndoles: «Miren aquí», «revisen acá». Yo tenía algunas cartas de Armando, que no recuerdo si entonces estaba preso o en la sierra, pero sí que no estaba en Santiago. Estas cartas las había escondido en el dobladillo de una cortina y, por supuesto, nunca les dije que buscaran ahí, ¿no? En fin, terminaron el registro aquel. Vuelven a pedir café, les sirvo el café, me dan la mano, y todavía les digo: «Y ya saben, no tengan pena, si tienen que volver a registrar, vuelvan».

Cuando los tipos aquellos se fueron, Esperanza, María Antonia, toda la familia, que tanto el padre como la madre y los siete u ocho hijos eran del Movimiento, se tiraron ahí medio desmayados y yo tan normal. Por fuera, naturalmente. ¡Pero por dentro estaba...! ¡Figúrense que a todas estas solo después nos dimos cuenta de que los había recibido en camisón!

Vilma regresó al poco rato, muy segura de que yo me había escapado a otro lugar, ¡y cuando dijeron que había recibido a la policía, que los había atendido y todo lo que había pasado, se quedó...! Y les diré que lo hice con aquella serenidad porque, además, siempre había creído que a mí nunca me iba a pasar nada. Como no me pasó nada en el Moncada y me habían salido

[20] Por otras entrevistas se sabe que fue el esbirro conocido como Mano Negra (Enrique Despaigne Noret, uno de los más sanguinarios de la ciudad), quien tocó a la puerta ese día.

bien todas las cosas otras veces, sentía, no sé por qué, que a mí no me podía pasar nada. Y esa sensación aumentó al no pasarme nada tampoco aquel día.

Usted debe recordar lo que sucedió con Vilma cuando, al saltar desde la tapia, del otro lado creyeron que era una aparición.

Ah, sí. Vilma llevaba un camisón de color claro, muy grande, y como ella es tan alta, con el pelo largo y suelto... La gente del otro lado era muy religiosa, así que cuando la vieron caer de allá arriba, con ese brinco tan grande que casi cae en la cocina de la casa, aquella gente hasta se santiguó. Creyeron que se les había aparecido una virgen. Nosotros nos reíamos mucho con el cuento, y yo le decía: «Vilma, ¿la Virgen de la Caridad o la Virgen María?».

Usted y el compañero Hart llegaron a Santiago de Cuba tres o cuatro meses antes del 30 de Noviembre. ¿Qué tareas estaban llevando a cabo? ¿Por qué era necesaria la presencia clandestina de ustedes allí? ¿Qué responsabilidades tenían a su cargo?

Por lo menos la mía era un deseo de estar. Fidel varias veces me había mandado el recado de que fuera para México. Él temía que yo cayera presa. Nunca le contesté que no, pero no iba, y todo se debía a que yo tenía un gran temor de que luego, por cualquier circunstancia, tuviera que quedarme fuera de Cuba. Esa era mi preocupación, que fuera a venir Fidel aquí y que yo me tuviera que quedar en México. Porque siempre pensaba: «Estando en Cuba, dondequiera que él desembarque lo encuentro, dondequiera que él esté, es muy difícil que yo no llegue». Pero de México, ¿cómo venir? Aquello pesó tanto en mí que la primera vez que nos encontramos en la sierra se lo dije. «Yo nunca te hubiera dejado», me contestó: «Tú nunca te hubieras quedado». Aquello fue un estímulo tremendo para mí.

Pero ustedes estuvieron realizando una serie de tareas entre tanto.

Desde luego, Armando y yo pertenecíamos a la Dirección Nacional del Movimiento. Quiere decir que siempre teníamos tareas por delante. En Santiago trabajamos muy unidos a Frank, pero él cuidó mucho en aquellos meses que Armando y yo no nos metiéramos en actividades de Acción, que era su frente. Cada vez que le planteábamos que queríamos actuar, contestaba que era imposible, que lo comprendiéramos, que debíamos reservarnos para la acción decisiva (que resultó ser la del 30 de Noviembre). Pero, por supuesto, no estábamos sin hacer nada. Desde la mañana hasta la noche estábamos en casa de Vilma, la casa de la calle San Jerónimo. Allí discutíamos los planes, y Armando se dedicó, además, a escribir materiales ideológicos para el periódico y para otras publicaciones que se hacían circular.

En esa época dormíamos en una casa de huéspedes, ¿increíble, no? A Armando lo conocían por Jacinto –profesor de la Universidad– y a mí por María –la esposa de Jacinto–. Los únicos que sabían quiénes éramos realmente eran Silvina, la dueña de la casa de huéspedes, y el doctor Martorell [García], vecino de la cuadra, que había seguido muy unido a Melba y a mí después que salimos de la cárcel. Pero ahí había un montón de huéspedes que no supieron, hasta tiempo después, quiénes éramos realmente. Yo, incluso, me hacía pasar por apolítica. En esa casa de huéspedes con frecuencia se comentaban las cosas que pasaban; recuerdo que decía: «Bueno, a mí, mientras Jacinto esté en la Universidad y no lo molesten y pueda trabajar tranquilo... y como las cosas están así, yo me voy con él tempranito porque no quiero pensar que le pueda pasar algo». Claro, nos íbamos por la mañana temprano y regresábamos a la noche, y nunca fuimos a la Universidad, como es natural. Ellos lo que pensaban es que yo celaba mucho a Jacinto, y bromeaban con eso. En esa casa estuvimos durmiendo hasta después del 30 de Noviembre, hasta algunos meses después.

La fachada clandestina era muy buena, entonces.

Muy buena. Recuerdo que la víspera del 30, al despedirnos de Silvina, le dijimos que esa noche no íbamos a dormir allí. Silvina tenía que saber siempre cuándo llegábamos, porque reportaba enseguida que estábamos bien. Entonces, nos preguntó qué pasaba. Le contesté que nada, que no se preocupara, que simplemente esa noche no íbamos a dormir allí. Casi en el momento de salir fui a darle un abrazo, pero no me atreví, pensé que ese gesto podía dejarle la impresión de que algo malo iba a pasar; entonces cogí un rebozo que llevaba –uno de lanita muy ligera que mi hermano Aldo me había traído de México y al que yo le tenía mucho apego– y le dije: «Mire, Silvina, se lo regalo, tome», y ella lo cogió, se quedó mirándome y sin decir palabra lo apretó contra su pecho.

Armando y yo siempre recordamos a Silvina con un cariño enorme; ella fue para nosotros una persona muy bondadosa, afectuosa, en unos días en que tanto necesitábamos eso. Seguro que todavía tiene aquel rebozo. Lo guardó como una cosa particularmente apreciada.

Quiero decirte que la noche del 30 de noviembre nos aparecimos a dormir en casa de Silvina. Cuando nos vio llegar, los ojos se le dilataron, pero como había tanta gente entré diciendo: «Bueno, Silvina, ya estamos aquí». Ella no podía hablar. Ya había ocurrido todo y los huéspedes seguían un poco alborotados. Entonces, con aire muy normal digo: «Fuimos a ver a un familiar, pero, ¡figúrese!, no nos atrevíamos a regresar. ¡Cómo están las calles de Santiago! ¿Pero qué locura ha pasado en este Santiago?».

Y en casa de Silvina, precisamente, Armando y yo recibimos una de las impresiones más grandes de aquella época: se esperaba por entonces el mensaje de Fidel, la contraseña mediante la cual se nos iba a avisar la llegada del desembarco. No recuerdo bien, pero me parece que se iban a recibir dos mensajes. Uno lo iba a recibir Aldo, mi hermano, en La Habana, creo, y el otro Arturo Duque de Estrada, en Santiago. Y tenían que ponerse en contacto entre ellos, si mal no recuerdo, para confirmar la contraseña; en fin, la cosa es que llega Frank a casa de Silvina preguntando por nosotros –él allí no iba muy seguido–, y entra al cuarto casi sin tocar, rápidamente.

Frank no era un muchacho muy alto, era más bajo y delgado que Armando. Lo digo porque entra precipitadamente y agarra a Armando, lo cargaba y lo levantaba, no sé cómo, y decía: «¡Jacinto, Jacinto, ya, Jacinto, ya!». «Pero ¿qué pasa, Frank?», le digo, y me agarra a mí: «¡María, María, ya, María, ya, ya!». «Pero, Frank, que te están oyendo», y no sabíamos qué le pasaba. Agitaba un papel y decía: «¡Ya, ya podemos!». Y yo cojo el papel, y leo el telegrama con la contraseña. El Granma había partido.

Jamás olvidaré aquella cara de Frank: era una de las caras más llenas de felicidad que he visto nunca. Y Frank no era una persona alegre. Tenía una sonrisa profundamente triste, siempre lo sentí así. Porque hay veces que uno, al faltar la persona, empieza a ver las cosas distintas, pero yo siempre lo vi así. Y unos ojos muy tristes. Él sonreía habitualmente, pero me daba la impresión de que era triste, muy triste. Y creo que uno de los pocos días que vi a Frank con una verdadera y gran sonrisa, y con unos ojos muy alegres, fue ese día.

Recuerdo mucho a Frank, mucho, y cuando pienso en lo que estaría haciendo hoy, no me cabe la menor duda de que Frank estaría en el Ejército. Hay personas que opinan que Frank no estaba realmente hecho para la acción, que fueron los acontecimientos los que lo llevaron a eso. Yo diría –sin negar que las circunstancias muchas veces nos empujan a determinado tipo de acciones, aunque aparentemente no esté en nosotros actuar así, y no lo hayamos pensado nunca–, yo diría que a pocos compañeros he visto tan enteramente hechos para la acción como a Frank, tan de acción como Frank. Él, por supuesto, hubiera ido disciplinadamente donde lo mandaran, donde fuera necesario, tenía condiciones sobradas para ir a cualquier parte. Pero a mí no me cabe la menor duda de que si le hubieran dejado escoger, Frank hubiera elegido estar en el Ejército.

Vilma también señala la vocación militar de Frank. Sin embargo, Asela de los Santos recuerda que una vez Frank dijo que a él le hubiera gustado ser ingeniero.

Hubiera sido ingeniero, pero del Ejército. Miren, les digo que no me cabe la menor duda. Hubiera estado en el Ejército, tal vez como ingeniero, tal vez como cuadro político, pero hubiera estado en el Ejército. Frank era muy organizado,

muy disciplinado. Tenía una organización acentuadamente militar hasta para él mismo. No me refiero en su relación con los grupos de Acción y Sabotaje –porque era lógico que la tuviera–, sino a que Frank era muy estricto con su disciplina personal.

Muchos testimonios coinciden en este sentido.

Recuerdo que cuando nos encontramos con Fidel en la sierra, mientras todos estábamos hablando, conversando –toda la noche fue poca para contarnos todas las cosas–, Frank empezó a revisar las armas de los compañeros, las pocas armas que habían quedado del Granma. Las vio sucias y empezó a limpiarlas una a una. Y mientras nosotros conversábamos, él oía. Estaba ahí a nuestro lado, pero limpia que limpia, limpia que limpia... Creo que limpió hasta la del Che.

El Che cuenta eso, precisamente, en uno de sus más emotivos pasajes de la guerra revolucionaria.[21] *Impresiona cómo todos los que estaban presentes lo recuerdan con tanta nitidez. «Una callada lección», dice el Che.*

Es que fue emocionante. Y fue un rasgo muy de él. Frank habló poco –él siempre hablaba poco y muy preciso–, se pasó la mayor parte del tiempo haciendo aquella tarea, y solo comentó: «Las tienen un poco sucias». Esto ocurrió en el primer viaje a la sierra.

Después del 30 y del desembarco siguieron unos días de expectación porque las informaciones sobre los compañeros del Granma eran muy inciertas, ¿verdad? La llegada de las primeras noticias confiables debe haber sido regocijante.

¡Cómo no! La llegada de Faustino [Pérez]. Sin embargo, el primer indicio, las primeras noticias, aunque no enviadas directamente por Fidel, llegaron antes. Recuerdo que un día traen el recado de que un compañero del Moncada había bajado herido de la sierra y que me quería ver. Tenía que ser a mí, insistía en que tenía que ser yo. A nosotros nos extrañó aquello, ¿por qué a mí precisamente? Sin embargo, el recado lo traía una persona de toda confianza y yo, un poco indisciplinadamente, porque Frank no quería que fuera, me

[21] Ver libro homónimo de Ernesto Che Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, Colección Literatura Latinoamericana, núm. 134, 1997. Recomendamos también la edición anotada: *Pasajes de la guerra revolucionaria. Cuba 1956-1959*, La Habana, Editora Política, 2005, aunque existen varias ediciones de este libro en diferentes lenguas.

voy a ver a aquel compañero. Y resultó ser Albentosa, que traía un balazo en el cuello, una herida tremenda. Naturalmente, aquello al principio inspiró un poco de temor: ¿cómo había podido bajar?, ¿cómo había llegado hasta ahí? Pero luego quedó claro por qué insistía en verme a mí: se daba cuenta de eso. Sabía que al ir yo las dudas se iban a disipar porque lo conocía personalmente, y los otros compañeros no.

Pueden imaginarse qué alegría me dio ver a Albentosa. Era lo primero que nos llegaba de la sierra. Aunque cuando le vi la herida, no quisimos conversar mucho con él. Nos daba miedo que le fuera a hacer daño. La sangre se le espumaba en la herida cuando hacía el esfuerzo de hablar, y se ahogaba. Pero algo nos pudo contar del combate y, sobre todo, confirmarnos que Fidel estaba vivo.

Pero yo no estaba tranquila con la situación de Albentosa. Me preocupaba su herida, urgía que recibiera atención médica y, además, pensaba que aquella casa no ofrecía seguridad para él ni para la familia que vivía allí porque estaba un poco «quemada». Planteé que había que sacarlo de ahí. ¿Pero cómo se saca? Albentosa tiene un tipo muy santiaguero, lo que aquí en La Habana se llama «mulatico» y en Santiago «trigueñito». Salí con él del brazo por las calles de Santiago de Cuba. Le pusimos un pulóver de esos que tienen «cuello de tortuga» para taparle la herida –él había bajado con el cuello envuelto en una toalla– y salimos caminando como si nada.

Usted estaba segura de que nada podía pasarle y, por tanto, de que él iba seguro si usted lo acompañaba.

Sí, era eso. Eso mismo. Recuerdo que fuimos primero a casa de un médico. De ahí nos fuimos a otra casa que el propio médico nos indicó. Y todo esto a pie por las aceras de Santiago. Cuando estuvo más recuperado preparamos las condiciones para enviarlo para La Habana. Albentosa se acuerda de este hecho con mucha precisión. Hace unos meses se lo oí contar de una manera muy graciosa. Él esperaba que llegaría a verlo disfrazada, y llegué como si tal cosa, y que después de conversar yo le había dicho: «Mira, ahora nos vamos para la casa de Fulano». «¿Y cómo vamos?». «Nos vamos caminando». Y qué pensó él: «¿Caminar por Santiago así? ¡Está loca! Esta mujer me va a embarcar». Él hasta recuerda lo que iba pensando por la calle mientras caminábamos. Yo le iba hablando de cosas sin importancia, una conversación de dos personas comunes y corrientes que van por la calle. Ahora, lo de Faustino fue distinto, porque su llegada se produjo en un momento muy especial.

Un día, ya avanzado diciembre –aunque no recuerdo la fecha–, salió en los periódicos que Fidel estaba muerto y que sus familiares podían ir a ver el cadáver a Bayamo. Yo no podía aceptar nunca que Fidel pudiera estar muerto, ni cuando el Moncada, ni después del desembarco; no podía, no podía. Pero

esa vez, no sé por qué, admití que podía ser cierto, tanto, que de verdad me derrumbé. Y no me derrumbo fácilmente, soy bastante optimista. Pero, además, necesitaba serlo, tenía que serlo. Entonces, para que ni Armando, ni Frank, ni Vilma me vieran en aquellas condiciones, me fui a casa de María Antonia. Llegué, pasé al baño, me lavé la cara para que no me notaran los ojos enrojecidos, pero ¡qué va!, la amargura era tan grande que por más que intentaba mostrarme serena... Cayita –la mamá de María Antonia– era muy sicóloga y no se le escapó que me pasaba algo. Dice: «¿Qué tienes?». «Ay, Cayita, tengo que decírselo a alguien. A mí el corazón siempre me ha dicho que Fidel está vivo, pero estoy sintiendo que está muerto». Bueno, ahí también otro desplome. Y Cayita, muy optimista, muy eufórica –¡porque aún hoy con sus setenta y pico de años hay que verla!– me dice: «¡Haydee!, ¿pero cómo tú vas a decir eso? ¡Eso no es así! Tú verás que dentro de dos o tres días llega la noticia de que Fidel está bien». Me dijo tantas cosas, tantas, que, la verdad, como tenía una gran necesidad de creerlo me fui animando y acabé convencida de que sí, de que Fidel estaba vivo y de que íbamos a tener pronto la confirmación. Y me dice: «Déjate de boberías, vete para la casa de Vilma, que ya verás que dentro de unos días van a llegar noticias aquí, porque Fidel va a imaginarse la preocupación de todos nosotros con lo de los periódicos y lo que están diciendo por radio».

Estábamos seguros de que cuando Fidel mandara a alguien de la sierra lo iba a hacer a la casa de Cayita. Él escribía desde México a esa dirección y los compañeros que habían estado con él en México conocían esa dirección. Y Cayita me dice: «Cuando llegue el mensaje, te voy a llamar por teléfono a casa de Vilma y te voy a decir: "Yeyé, vengan a comer merenguitos", y es que llegó el mensaje». Ella hacía unos merengues muy sabrosos que a Armando y a mí nos gustaban muchísimo. De modo que era una contraseña muy natural.

Me fui para casa de Vilma, y tenía tan presente, tan grabado lo de la llamada de Cayita, que cada vez que sonaba el teléfono corría a cogerlo pensando que podía ser ella. Allí el teléfono sonaba constantemente, así que imagínate. Por fin, pasados unos días, suena el teléfono. Era Cayita. Pero ella estaba tan nerviosa que, en vez de decirme lo que habíamos acordado, repetía: «¡Yeyé, merengue, merenguito, merengón! ¡Merengue, merenguito, merengón!». «Cayita, pero...». «¡Merengue, merenguito, merengón!». Y de ahí no había quien la sacara. Estaba Armando y me dice: «¿Qué pasa?». «No sé». Armando coge el teléfono, pero Cayita: «Merengue, merenguito, merengón». Y dice Frank: «¿Qué pasa?» –yo les había contado lo de la contraseña, pero como una gracia, un chiste–, y yo misma le contesto a Frank: «Merengue, merenguito, merengón», y él coge el teléfono: «¿Qué fue, Cayita?». Lo mismo. Todos fuimos cogiendo el teléfono hasta que Frank reacciona: «¡Ya! ¡Es que ha llegado alguien! ¡Yo voy!».

Salí un poquito antes, aprisa, con la voz de Cayita dándome vueltas en la cabeza. Pero en vez de seguir por la acera de la casa de Vilma, me adelanto por la acera de enfrente. Y oigo la voz de Frank que empieza a gritar –todo esto es en la misma cuadra de Vilma, que es muy larga–, abrazando y levantando a Faustino: «¡Médico! ¡Médico!» –que era como le decíamos clandestinamente–. Todo esto en mitad de la cuadra. Y yo hago así, miro a un lado y a otro, todo el mundo asomado a las ventanas, por las puertas. Cuando entramos a casa de Vilma, recuerdo que Faustino mismo nos dice: «Bueno, esto no es la Sierra Maestra, si alguien viene ahora a agarrarnos aquí, ¿qué pasa?». Pero no pasaron ni diez minutos y la gente aquella de la cuadra de San Jerónimo empieza a mandarnos papelitos: «Pasó una patrulla. Tengan cuidado». «Por las cercanías se vio un yipi del Ejército, cuídense». En fin, se preocupaban, y nos protegían: «Si necesitan algo, avisen». La cuadra entera cuidándonos.

Otra vez Santiago solidaria...

Eso fue tremendo. La reacción que tuvieron los santiagueros el 30 de noviembre fue tan grandiosa, tan alentadora, que ese fue uno de los días que más feliz me sentí de haber salido con vida del Moncada, porque vivir esa solidaridad fue algo que nunca podré olvidar. ¡Cuántas veces Armando y yo lo recordamos!

Ya lo habíamos sentido Melba y yo cuando estuvimos en la cárcel. Ahora, cuando el mismo día 30 de noviembre empezamos a conocer que familias y más familias dejaban abiertas las puertas de sus casas para ayudar a esconderse o escapar a gente que ni siquiera conocían, sacándolos por los tejados, ocultándolos, y que todo el que había empujado una puerta se había salvado, no había caído en manos de los esbirros. Las pocas bajas que tuvimos el 30 se debieron a eso, porque si no, hubieran sido muchas más.

El plan que habíamos hecho con Frank era el de retirarnos hacia la sierra a reunirnos con Fidel una vez que hubiéramos terminado las acciones de apoyo al desembarco en Santiago. Nos dimos a la tarea de preparar un camión con armas y comida –en aquella casa había una impresionante cantidad de huevos y los hervimos todos–. Montamos todo en el camión. Con nosotros en ese vehículo subiría un contingente de compañeros. Como ya se había estado combatiendo fuertemente en varios puntos de la ciudad se discutía si la salida hacia la sierra iba a ser posible o no, pues el Ejército debía estar tomando sus medidas. Mandamos un yipi por delante para ver si los caminos estaban tomados. Ya la salida era imposible, las carreteras estaban bloqueadas por las tropas de la tiranía. Quedaba entonces luchar y luego dispersarnos dentro de la propia ciudad.

Al principio los combatientes que estaban en la casa eran muy numerosos, pero cuando vimos que ya incluso nos estaban sobrevolando helicópteros se

les fueron dando diversas misiones a los compañeros para hacerlos alejarse del lugar sin que se sintieran afectados; se sacó primero a las muchachas y luego se fue mandando a los compañeros, quedándose al final un grupo reducido. Suponíamos que la casa ya debía haber sido descubierta y podría estar siendo cercada, por algunos informes que traían compañeros que llegaban a reportar el cumplimiento de sus acciones. Frank quiso quedarse combatiendo hasta el fin allí, para darles más tiempo a Fidel y sus compañeros para desembarcar y remontarse en las lomas.

Ese día reviví con enorme fuerza la experiencia que habíamos vivido en el hospital cuando el Moncada: esperamos allí, nos rodearon, y no pudimos salir. Me he quedado pensando siempre que, si hubiéramos salido un poco antes, ¡cuántos compañeros no hubieran quedado vivos!, entre ellos, quizás, el propio Abel [Santamaría]. También habíamos sabido que muchas manos amigas santiagueras se tendieron a los compañeros que habían participado en el Moncada, y que gracias a eso varios habían podido escapar. Me he quedado pensando desde entonces que las cosas hubieran podido ser distintas a como fueron.

Y el 30 de noviembre, cuando Frank propone quedarnos combatiendo hasta el fin en la casa de Santa Lucía y San Félix, me asalta nuevamente el recuerdo de lo del hospital, en otro sentido. Cuando el Moncada, había sido necesario quedarse combatiendo para garantizarle a Fidel la retirada hacia las lomas. Naturalmente que, si en Santa Lucía nos hubieran rodeado enseguida, no hubiera quedado más remedio que combatir, pero yo veía enormes posibilidades de salir aún, y además, me daba cuenta de que el parque que teníamos no iba a permitir sostener una acción prolongada. Era preferible combatir en la calle que en aquellas circunstancias, y morir en la calle si esta era la alternativa.

Y es que también la historia volvía a repetirse de otros modos. Los hechos volvían a reunirse en otra forma y se entremezclaban: había otra vez un Abel, había un Boris [Luis Santa Coloma], había una Melba. Nuevamente personas tan queridas a mi lado. No, aquello no podía repetirse. Había que salir a la calle, atacar a tiros a los esbirros, buscarlos en lugar de esperarlos. Era mil veces preferible morir así que ser acorralados vivos otra vez. Por otra parte, había posibilidades de que algunos pudieran salvarse. Estaba segura, lo sentía así.

La insistencia mía hizo que Frank tomara finalmente la decisión de salir de aquella casa. Él era el jefe de Acción, pero me vi en la necesidad de apelar a mi condición de combatiente del Moncada para hacerle oír mi punto de vista en aquel momento. Y le dije, además, que él tenía el deber de vivir, que tenía que quedar vivo porque Fidel lo necesitaba. Acabó aceptando mi planteamiento, lo encontró lógico. Entonces nos dispersamos. Frank se fue para el Instituto, donde los muchachos aún estaban combatiendo, a ver qué había sido de un

mortero que teníamos allá, y ahí se entró a tiros con los guardias –esto lo supimos después, porque estuvo dos días sin aparecer por casa de Vilma–, Armando y yo salimos poco después con Vilma para la casa de San Jerónimo.

Muchos compañeros se salvaron gracias a aquellas puertas abiertas que dejaban las familias santiagueras. Cuántas veces en otras oportunidades Armando y yo veníamos de una misión, o se daba un tiroteo, veíamos acercarse una patrulla, entrábamos en la primera y decíamos: «¿Qué tal?»; pedíamos un poquito de agua, nos ofrecían café, y cuando ya había pasado la patrulla: «Bueno, hasta luego, gracias». Nadie preguntaba nada. Y no estoy hablando de gente que nos conociera, porque empujábamos la puerta más próxima. Cualquiera, no teníamos ni que tocar la puerta: «¿Tienen un poquito de agua?». «Cómo no, pasen, ¿quieren un poquito de café?». Así como se lo cuento. No puedo ni recordar cada una de las casas en que entramos, ni creo que ellos nos recuerden a cada uno de nosotros, porque seguro que en esos años acogieron a muchos otros compañeros. Claro, si una patrulla nos hubiera sorprendido y atacado en la calle, y tenemos que enfrentarnos a ella, no íbamos a meternos en una casa para resistir allí, arriesgando la vida de toda una familia.

¿Cuándo se decidió la salida para la sierra?

434 Después que bajó Faustino. No recuerdo exactamente cómo fue la coordinación. Salimos hacia Manzanillo. Allí nos encontramos con Celia [Sánchez] y con Guerrita Matos, y ahí nos reunimos con Matthews, el periodista norteamericano. Recuerdo que Guerrita Matos iba manejando el yipi. Llegamos hasta un lugar, bajamos, y en grupos separados empezamos a caminar. Primero iba Matthews, después nosotros, pero tuvimos que caminar relativamente poco porque Fidel y los compañeros, para que el visitante caminara lo menos posible, acordaron un lugar cercano para el encuentro. Cuando creíamos que faltaban horas de caminata, de repente nos sorprendió la posta dándonos el alto.

Y con motivo de la visita de Matthews se hicieron algunas cosas para darle a ese primer periodista la impresión de que ya había cierta amplitud y organización territorial. Y la verdad, allí estaban con Fidel ese día apenas unos cuantos, doce o quince compañeros, con poquísimas armas, casi sin zapatos, con una ropa que daba pena. Cuando venían donde estaba Matthews unos y otros tenían que pasarse la ropa y las botas más presentables, para que el hombre no se diera cuenta de la verdadera situación.

Recuerdo también que durante aquella visita se oyeron unos tiros y Fidel, que sabía que esos no eran nuestros –a mí todavía todos me parecían iguales–, dijo: «Ese es el ejército batistiano. No se atreven a subir. Ellos saben que estamos fuertes aquí y no se atreven, esos cobardes no se atreven a subir». ¡Me dio una alegría tremenda oír eso! En ese primer viaje a la sierra, Frank y yo veníamos hablando por el camino de la necesidad de sacar a Fidel de la sierra,

de que había que ver de qué forma se podía ir sacando a los compañeros para reorganizarse en otro lugar y efectuar un nuevo intento que ofreciera mayor seguridad de éxito. Frank creía sinceramente que no se podía arriesgar a Fidel, que las condiciones para subsistir en aquellos momentos en la sierra eran muy difíciles. Yo estaba de acuerdo con Frank. «Bueno, ¿tú se lo vas a plantear?». «Sí, en la primera oportunidad que tengamos». «Entonces, tú empiezas la conversación y yo te apoyo». Con aquello en la cabeza, íbamos.

Pero cuando Fidel se sienta a conversar con nosotros, nos empieza a preguntar todo lo ocurrido y, después de darle toda la información necesaria, se dirige en especial a Frank y empieza a decirle que necesita tantas balas de qué sé yo, tantos fusiles, que cuánto se había podido salvar del armamento del 30 de Noviembre, que cuándo y cómo se iba a mandar eso para la sierra. Hablaba con un optimismo tremendo, con una seguridad. Que lo único que necesitaba era armar allí a cien hombres, que lo demás estaba ganado. Y luego, mirándome a mí muy fijamente: que si eso se hubiera logrado desde el Moncada, que eso es lo que él quería cuando el Moncada, que ahora poco a poco se iban a ir reuniendo armas y con aquello íbamos asaltando pequeños cuarteles, cogiendo las armas que se tomaran en ellos para fortalecer y ampliar el grupo de combatientes. Bueno, nos trasmitió tal confianza que no solo no planteamos lo convenido, sino que, ni nos acordamos. Nos vinimos a acordar estando ya de vuelta en Santiago. ¡Y qué razón tenía! ¿Se imaginan el disparate que era salir de la sierra, volver en otro Granma y pasar por otro Alegría de Pío? Es esa cosa que tiene él tan extraordinaria.

Además, uno se sentía tan seguro allí. Esa noche dormimos en un firme. Había una sola frazada y nos acostamos muy pegados uno del otro para aprovechar la frazada aquella –claro, los de los extremos llevábamos la peor parte–, pero con todo y eso dormí tan profundamente, pero tan profundamente, que incluso estaba bajo una mata y me caía una gotica de agua, y ni aquello me impidió dormir así. Esa seguridad se la daba a uno la sierra. La vida cotidiana allá era difícil, era muy dura, particularmente al principio: falta de comida, de abrigo, de zapatos, dormir en el suelo, sin hamacas, tener que cargar las cosas durante las caminatas. En los primeros momentos, además, todo te molestaba. No estabas acostumbrado todavía. Pero, les digo, por duro que resultara aquello, sentías una seguridad. Yo por lo menos iba para la sierra, estaba allá un tiempo y bajaba recuperada totalmente. Claro, la vida clandestina en la ciudad tenía sus particularidades: vivías bajo una tensión constante, sabías que te podían detener en cualquier momento, que te podían matar en cualquier momento. Tenías que dormir con un ojo abierto siempre.

¿Después de ese primer viaje, entonces, empiezan la preparación del refuerzo?

Sí, de inmediato. Se fueron mandando grupos de manera coordinada a través de Celia y Guerrita Matos. Ellos estaban en Manzanillo en las afueras, en un

marabuzal que quedaba al lado de la casita de unos campesinos de confianza. Un terreno sin monte, sin nada, pero que permitía pasar con rapidez los hombres, las armas y todo lo que podíamos ir mandando, porque quedaba relativamente cerca del lugar en el que se encontraban Fidel y el resto de los compañeros. Para no levantar sospechas se metían primero los hombres, sin utilizar yipis ni otro tipo de transporte, descansaban y luego se les encaminaba hacia el lugar acordado. Las armas se fueron mandando poco a poco por la misma vía, así como las demás cosas.

Frank es detenido en aquellos días, ¿no?

Frank entonces estaba preso, estaba sometido a juicio, y también estaban pendientes de juicio algunos combatientes del Granma que fueron capturados.

¿Quién sustituye a Frank para dirigir la acción del refuerzo?

No lo recuerdo, no lo recuerdo. En ese momento cada cual sabía ya qué era lo que le correspondía hacer. La misión era clara para todos. Se sabía dónde estaban las armas, quién tenía que ir a buscarlas, cómo se iban a llevar. Era una cosa totalmente planificada.

Lo que sí recuerdo es que a los primeros compañeros que se enviaron, Armando les habló de la disciplina, de lo que Frank confiaba en ellos, de lo que Fidel esperaba de ellos. Que en ese momento Frank no podía estar ahí, pero que no le podían fallar. Pero no recuerdo quién se quedó esos días al frente de Acción.

Volviendo a los refuerzos; nos dedicamos a rescatar todas las armas que habían quedado del 30 de Noviembre para llevarlas a los lugares que ofrecieran mayor seguridad. Vilma y yo tuvimos participación en eso. Vilma como «chofer» trasladó de un lugar a otro, en una máquina, la mayoría de las armas. Se iban guardando en cajas. Recuerdo que utilizamos mucho unas cajas de refrigeradores. Luego se iban despachando en camiones. Las balas y las otras cosas más pequeñas no, para no abusar de los viajes de los camiones y «quemarlos». Lo que abultaba menos lo fuimos llevando con la ayuda de las compañeras, haciendo viajes en máquinas. A veces dormíamos en la casita, llegaba Celia, se le entregaban las cosas, y regresábamos.

¿Usted permaneció todo el tiempo en Santiago?

Hice viajes cortos a La Habana, a Las Villas. La mayor parte del tiempo estuve en Santiago. A la sierra volví varias veces, hasta después de los sucesos de la Huelga de Abril. Luego del segundo viaje a la sierra ya no pudimos seguir utilizando la casa de Silvina. Esa vez Celia y yo nos quedamos varias semanas en la sierra, y unos periodistas norteamericanos nos sacaron la foto aquella en la que aparecemos

portando unas cananas. Esa foto se reprodujo en la revista *Bohemia* en los días en que suspendieron la censura de prensa –una copia que sacaron de *Life*–. Imagínense la conmoción en casa de Silvina: «¡Pero si esta es María!». Debe haber sido tremendo. Silvina, me cuentan, simulando la misma sorpresa, decía: «¡María nos engañó!». Sin embargo, los huéspedes de la casa tuvieron una actitud muy solidaria. Calmaron a Silvina y le dijeron que allí ninguno se daría por enterado de que María había sido huésped de la casa, que nadie lo iba a saber. Y la cosa no pasó de ahí. Silvina no solo no tuvo problemas, sino que siguió con la casa de huéspedes hasta el 59 y, además, continuó albergando allí a muchos compañeros, y hasta con la cooperación de los huéspedes.

¿Cómo hacía esos viajes breves?

Cuando había que hacer algo en La Habana, cogía una guagua normalmente. Resulta asombroso, ¿no? Nunca me pasó nada.

El compañero Hart sí fue detenido varias veces, ¿no?

Sí. Y cuando insisto en eso de que a mí no me pasaba nada no es por gusto. Una de las veces que cogieron a Armando íbamos juntos los dos. Estábamos en La Virgen del Camino esperando la guagua para regresar a Santiago desde aquí de La Habana. Estaba con nosotros Martínez Páez. Nos había llevado hasta allí, porque desde ese punto era más seguro salir que desde la Terminal de Ómnibus. Estábamos los tres esperando. Era ya casi de noche. Mientras ellos conversaban yo daba mis paseítos. Y estaba atenta, mirando. Cuando siento varias máquinas que llegan a una velocidad tremenda. El lugar estaba lleno de mujeres, de niños, pero con esa forma de entrar no cabía duda de qué se trataba, y enseguida grito: «¡Armando, los esbirros!» y me mando a correr sin esperar más. Entonces oigo una voz detrás de mí: «¡Por ahí va Yeyé!» –Yeyé y todo me decían ya los muy frescos–. Pero yo sigo corriendo, viro por una esquina, corro toda una cuadra, llego a la otra calle y me doy cuenta de que ahí hay un grupo de máquinas parqueadas. Entonces, me meto entre dos máquinas de aquellas y me acurruco en ese lugar. Desde ahí sentía la persecución, unos a pie y otros en máquina, pasándome por los dos lados. Pero yo, calladita, todo lo agachada que me era posible, y me les escurro y no me pueden atrapar. Sin embargo, cogieron a Armando y a Martínez Páez, ¡y estábamos juntos! ¿Se dan cuenta? A ellos se los llevan presos y yo me salvo.

¿Cómo pudo salir del lugar?

Bueno, pasado un rato de estar ahí metida entre las dos máquinas, me asomo y veo a un chofer. Salgo y le digo: «Oiga, por favor, ayúdeme. Tuve que meterme ahí porque estoy embarazada, solo tengo dos meses, pero creo que voy a

perder la criatura», y enseguida me contesta que sí. «Mire, yo soy socia de la Quinta de Dependientes» –una clínica mutualista–, «lléveme allá». Aquello no se me ocurrió casualmente. Toda mi familia era socia de la Quinta, y yo conocía bien el lugar. Llegamos y el hombre todavía me dice, muy amablemente: «¿Quiere que la espere?». Le hice ver que no hacía falta, que estando allí me atenderían y que les avisaban a mis familiares, que se fuera tranquilo. Nada más que hace alejarse, y corro hacia uno de los teléfonos públicos que había ahí y llamo volando, primero a casa de Armando. Contestó al aparato Marina, su mamá, y le digo: «A Armando lo acaba de coger preso la gente del SIM» –porque lo mismo que ellos ya me conocían a mí hasta por Yeyé, nosotros también los distinguíamos a ellos y sabíamos cuáles eran del SIM, del Buró, de la gente de Ventura, vaya, que nos conocíamos mutuamente–. Y le recalco: «Dígale a Hart [padre] que vaya para allá con todos los de la Suprema, porque lo matan si no se actúa rápido, y que no se deje engañar. Que vaya para el SIM, y si le niegan que lo tienen ahí, que diga que yo misma vi que eran ellos quienes lo detuvieron. Ellos saben que yo estaba y escapé». Todo esto era porque mi suegro era de la Corte Suprema de Justicia y porque si no se intervenía de inmediato, y se anunciaba la detención, torturaban y mataban rápidamente al detenido. Si actuábamos rápido, se podía lograr un proceso y encarcelamiento más «normales».

Nada más colgar, llamo a casa de Martínez Páez. Él tenía organizada en su casa una recepción, con comida y todo, para dos periodistas que debían llegar de los Estados Unidos esa misma noche. Marcelo Fernández los tenía que recoger en el aeropuerto y llevarlos a la casa. Bueno, marco el número y pregunto por la hermana. Le digo: «Óigame, a Martínez Páez lo acaban de detener. Esa mesa que tiene ahí para la cena, quítela sin perder un minuto y llame a tal teléfono». Que le telefoneara a Marcelo que no llevara a los invitados para allá sino a casa de Luis Buch. «Pero ¿quién habla?». «Mire, despreocúpese, habla una amiga que estaba donde a él lo detuvieron, yo pude escapar, pero él tuvo tiempo de pedirme que le diera este recado». Y le recalco: «Oiga, si llega a su casa un cubano con dos extranjeros dígales que no es ahí, que no es ahí, y le repito que quite la mesa inmediatamente».

De la Quinta de Dependientes salí para la casa de Luis Buch, y por suerte todo salió bien. Pudimos localizar a Marcelo en el aeropuerto y pasarle el recado. En realidad, la cosa estaba organizada de forma que Armando y yo saliéramos para Santiago, y luego nos trasladáramos a Bayamo a esperar a los periodistas para subir con ellos a la sierra. Pero con lo ocurrido tuvo que cambiarse el plan. Marcelo y yo acordamos arrancar para Manzanillo con los periodistas lo antes posible. Además, yo tenía otra misión que cumplir simultáneamente: llevar a la sierra cinco mil pesos (la primera vez que habíamos logrado reunir una cantidad así para llevar allá). Y cinco mil pesos en billetes de a peso, de cinco, de diez pesos, porque llevar billetes de cien a la sierra no tenía sentido, ¿quién los iba a cambiar allá? Entonces, envuel-

vo el bulto en un nailon y con esparadrapo me lo pego al cuerpo, simulando una barriga –esta idea se me ocurrió producto del cuento que le había hecho al chofer que me sacó de La Virgen del Camino–. Y, efectivamente, salimos para Manzanillo, Marcelo y yo con los dos periodistas al día siguiente. Llegamos a Manzanillo, pero claro, no había nadie esperándonos allí. Ya habían dado por radio la noticia de la detención de Armando y todo. Era dar vueltas y vueltas. Y los norteamericanos preguntándole a Marcelo que si pasaba algo –él era el que hablaba inglés–, y Marcelo haciéndoles creer que las vueltas eran la contraseña. Hasta que por fin me acuerdo de un contacto seguro que teníamos en Manzanillo, vamos para allá, y se arregla todo.

¿Esa fue la vez que luego el compañero Hart se escapó durante el juicio?

Sí. Esa fue otra cosa. Para Armando el lugar era bastante conocido, porque él había actuado allí varias veces como abogado de oficio. Había entrado y salido del Palacio de Justicia y conocía el lugar. Cuando comenzó el juicio yo estaba en La Habana en alguna misión. Él logra hacerme llegar una noticia pidiendo que le mande un pulóver «porque me pica mucho el traje de preso» –decía–, y me recalcaba que fuera un pulóver, no una camiseta. Le hago llegar el pulóver sin sospechar siquiera qué había detrás de ese pedido. Él no se puso en contacto con el Movimiento, lo hace «por la libre», porque piensa de antemano que le van a decir que no. Afortunadamente, lo hizo tan bien, que se salvó.

Armando no estaba siendo enjuiciado solo. Había otros detenidos, en distintas circunstancias. Los llevaban al tribunal en grupo, cosa que hicieron varias veces. Nunca entraban por la puerta delantera del Palacio. Los conducían hasta allí en carros jaulas. Los subían a la sala por la parte de atrás, y la sala quedaba en el último piso. Él se dio cuenta de que en el segundo piso, cerca de la escalera, hay una puertecita; se da cuenta también de que cada vez que los llevan al juicio distribuyen un guardia cada quince presos. El día que se escapa, había logrado colocarse hacia el medio de uno de esos grupos de quince, y cuenta con la colaboración del compañero que viene detrás de él. Cuando iban ya cerca de la puertecita, este le dice bajito: «Armando, Armando». Ahí mismo se prepara y logra alcanzar la puertecita. Baja una escalera que había allí. Por el camino se quita la chaqueta de preso, lleva el pulóver debajo, y con ese pulóver y el pantalón de preso –que no se puede quitar, pero que combinado con el pulóver se disimula bastante– sale por la puerta principal del Palacio de Justicia, mientras los guardias vigilaban la de atrás. ¡Se imaginan qué ridículo para la gente de la tiranía! Porque, además, nadie se percató de su ausencia hasta que ya en la sala lo llaman para declarar: «Armando Hart Dávalos», y no aparece.

El padre, incluso, que estaba siempre en la sala, formó tremendo escándalo porque creía que le habían hecho algo, que aquello era una farsa, hasta que se le pudo avisar: «Despreocúpese, Armando se escapó». ¡Y Hart se quedó…!

Cuando se da la noticia por radio, fue así como me entero, no podía creerlo. Y después de la evasión de Armando regresamos a Santiago llamados por el propio Frank. Y proseguimos la lucha clandestina. Armando caería preso otra vez, pero ya como un año después de esto. Lo agarran bajando de la sierra, antes de la Huelga de Abril. Y ese año lo pasé en constante temor por él. Sabía que el peligro para él era mayor que nunca, que lo de la fuga iba a provocar que la persecución aumentara.

A la sierra subimos y bajamos varias veces. Unas juntos, otras no. Y la vez que lo agarran, yo no había... lo que son las cosas.

Ese debe haber sido un año muy difícil, ¿no?

Ese es el año que les digo que vivía obsesionada por la seguridad de Armando, vigilando noche tras noche. Solo me sentía tranquila cuando él estaba en la sierra.

Es asombroso que usted lo haya visitado estando él preso.

Esto fue después de la Huelga de Abril. Cuando la Huelga yo estaba en la sierra. Después se acordó que saliera al extranjero. Cuando bajo a Santiago, me dicen que Armando se está sintiendo bastante mal. En esos días habían asesinado a Enrique, su hermano, y había fracasado la Huelga.[22] Casi siempre quien iba a visitarlo era Ramona Ruiz Bravo, quien además me contó que él decía que se iba a escapar, pero que lo estaban vigilando muy estrechamente debido a su fuga anterior. Estaba en la cárcel de Boniato, donde yo había estado presa cuando el Moncada. Entonces decidí ir a verlo, sin decirle nada a Daniel, porque seguramente me lo iba a prohibir, ya que ahí podían reconocerme. Dije que era su hermana, Martha Hart, y el jefe de ahí me autorizó a ir. Voy para allá. Y cuando Armando me ve, ¡ay, mi madre!, fue tremenda la sorpresa. Entonces le digo a qué voy, que me han dicho cómo él está y que eso no puede ser, que no fuera a cometer un disparate. Y le digo que voy a salir al extranjero. En la cárcel nadie me reconoció. ¿Ya ven cómo a mí nunca me pasaba nada? Y yo a ellos sí los reconocía, yo vi caras allí, unas caras que ¡ah! me erizaba.

Él permaneció en prisión el resto de la guerra.

Sí. Él sale el día 1º de enero. Estaba en Isla de Pinos.

Usted continuó yendo a la sierra hasta abril del 58, ¿no?

Ya estando él preso, subí muchas veces. No estaba «quemada», aunque parezca mentira. Porque, miren, Celia llega un momento en que ya no puede bajar,

[22] Enrique Hart murió como consecuencia de la lucha clandestina contra la tiranía batistiana, a causa de la explosión accidental de una bomba.

tiene que quedarse en la sierra. Pero yo sigo subiendo y bajando, puedo seguir cumpliendo diversas misiones, incluso durante la Huelga de Abril.

Recuerdo que para la Huelga no había armas suficientes en la sierra para una embestida a las tropas batistianas. Había minas, con ellas se podían detener los tanques y vehículos del enemigo y emboscar columnas, pero no se tenían suficientes detonadores para esas minas. Hablé con Fidel, le pedí que me dejara bajar, que yo tenía la seguridad de que conseguiría los detonadores y que regresaría a tiempo. Fidel se negó totalmente. Pero insistí e insistí: «No me cogen, estoy segura de que no me cogen». Y acabé logrando su autorización para bajar.

En Santiago todo nos salió bien y para el regreso volví a utilizar el recurso de la «barriga» para ocultar los detonadores. Me ayudaron a hacerla tan bien que no solo parecía a simple vista una embarazada, sino que, si se tocaba, también. Y emprendo el regreso rápidamente en una máquina acostumbrada a hacer ese viaje. Al llegar a Bueycito, detienen la máquina. Por suerte, la máquina no tenía problemas y yo llevaba todo encima, con mi batica de embarazada y la apariencia de campesina que intencionalmente me había tratado de dar en Santiago. Hago ahí toda una escena: «¿Qué pasa? ¿Pero qué pasa? Mire, yo fui a Bayamo a ver el médico porque me estaba sintiendo mal, no puedo coger ningún susto. Voy hasta el aserradero. Si hay algún problema que nos acompañen los soldados, por favor. Yo solo confío en ustedes para poder llegar hasta allá, porque no quiero pensar que me salgan en el camino los alzados». Y la cosa sale tan bien que nos dan un soldado para que nos escolte hasta el aserradero, lo que nos salva de nuevas paradas, registros y explicaciones. Llegamos al aserradero y le digo al soldado que no se preocupe, que ya puede regresar porque ya de ahí solo tengo que caminar un trechito para conseguir el mulo que me va a llevar hasta mi casa. Y allí me dejaron. Lo de Bueycito, la verdad, para mí fue algo... ¡Solo de pensar que le faltaba a Fidel! ¿Se imaginan?

¿El aserradero era el punto de contacto acordado con usted?

Lo era, en efecto. La noche del día acordado para el regreso debía bajar hasta allí un guía rebelde, sobre las doce aproximadamente. Si el guía no me encontraba, volvía a bajar la noche siguiente, hasta que yo apareciera. Pero en esos casos uno siempre trata de llegar el primer día, porque los guías se exponen mucho si tienen que bajar varias veces. Y esta vez pude llegar el día señalado y pude cumplirle mi promesa a Fidel. Cuatro días después empezó la Huelga de Abril.

¿Cuándo se decide su salida al extranjero?

Después del fracaso de la Huelga de Abril, fue ya la gran reunión con la gente de la sierra (el Che, los compañeros y nosotros).[23] Entonces, Fidel me

[23] Ver nota 23, p. 53 de este libro.

lo plantea. Nunca pensé que esto iba a ocurrir. Siempre tuve temor de salir de Cuba. Tanto que no quise ir a México. Sentía siempre una gran necesidad de estar aquí en mi patria, en cualquier circunstancia que fuera. Y Fidel sabía eso. En esa fecha a Fidel se le hizo difícil hablarme, tan difícil que yo acepté fácilmente. En realidad, a ningún otro le hubiera aceptado eso. Me dijo que me iba a pedir algo muy difícil, que me escogía a mí porque yo sí conocía las condiciones de ellos en la sierra, que me debía ir. Le dije: «Bueno, Fidel, si no queda otro remedio». Dice: «Bueno, yo quisiera que tú lo hicieras, tengo confianza en ti, quisiera que tú lo hicieras».

Fui hacia Miami. Lo único que le pedí fue que me dejara escoger mis propias vías para llegar, y que no se preocupara, que no me iban a agarrar. No quería meterme en una embajada, ni salir como asilada. Me daba la impresión de que eso iba a hacerme más difícil volver en un momento dado. Boberías, porque cuando uno va a cumplir una misión, qué más da, ¿no? Salí por Camagüey, bajé a Santiago, hablé con Daniel –que ya estaba al frente de Acción– y viajé con Marcia [Céspedes Somoza], la esposa de Léster Rodríguez; una muchacha muy jovencita, pero de un dominio tremendo, con la cual ya había hecho dos o tres misiones. Yo llegaba al aeropuerto adelantada, y ella más atrás. Si algo me pasaba, ella no cogía el avión y avisaba lo sucedido; si no, montaba normalmente después que yo, y seguíamos juntas. Ahí también el pueblo fue solidario. Cuando llego y entrego el pasaporte, que traía otro nombre y otra fotografía, el muchacho me mira, mira el nombre, la foto, me mira a mí, y dice: «Quédese ahí». Entonces yo me acerco con disimulo a Marcia y le digo: «Fíjate, creo que me han descubierto, así que ponte en lo último de la cola, para que si me pasa algo te retires». Estuve dudando si irme o no. Pero cuando la fila iba ya avanzando, por un lado, aparece de nuevo el muchacho: «Óigame, venga usted para acá». Yo protesto: «Pero si ya la gente está montando en el avión». Y él contesta: «Sí, sí, pero es que no había pasaje y ya encontramos». Me agarra, me lleva por otro lugar, y me lleva para el avión esquivando los otros controles. Marcia, que ve aquel movimiento, pero no oye lo que él me dice, corre detrás y recrimina al muchacho: «¡Oiga, a mí me dijeron que no podía ir, ¿y cómo yo veo que esta, que está más atrás que yo, sí puede ir?!». Se hizo la guapa: «¡Así que no había asientos, ¿no?!». Mentira, había muchísimos, pero el muchacho le dice: «A ver, monte usted también, ande». Y ella todavía le decía: «¡Informales!». Entonces, cuando ya voy a subir la escalerilla del avión, me da la mano, se queda un poco cortado, y me dice: «¡Buena suerte!».

Al cabo de quince años, no hace mucho, me lo encontré en Camagüey, me saludó y me dijo: «Oiga, Haydee Santamaría, usted no se acuerda de mí, ¿verdad?». Me quedé mirándolo, porque a mí los nombres se me olvidan, pero de las caras me acuerdo mucho. «Usted me recuerda algo, algo muy lejano,

¿usted es de mi pueblo?, ¿usted es de Encrucijada?». Me recordaba algo como de la niñez. «Yo soy el que le dio la mano cuando usted cogía el avión para Miami. ¿Usted cree que me engañó?». «¡No, qué va!» –le contesto–, «¡si nos despedimos y todo!». Entonces me contó que en ese aeropuerto los empleados «colaban» pasajeros para cogerse la plata de los pasajes, y que él había usado el pretexto de que me iba a «colar» porque esa era una forma mucho más segura de salir, porque no se pasaba por la revisión de los documentos.

La había protegido.

Y sin saber bien ni quién era.

¿Cuando usted llegó a los Estados Unidos, ya existía allí una organización del Movimiento?

Estaba muy dividida, con muchos problemas, como en todos esos lugares en que no hay el combate directo. Se desperdigaban las fuerzas entre las distintas organizaciones y había muchos problemas, pero había algo hecho ya. Nos dedicamos al objetivo de organizar a toda aquella gente y de mandar cosas para acá. Allí había muchos compañeros locos por hacer algo, pero les era dificilísimo. Pero creo que estuve siete meses fuera de Cuba y nunca he hablado de eso porque ha sido una parte tan dolorosa de mi vida; hay otros hechos que fueron muy dolorosos, pero los recuerdo con emoción y amor, hasta el más doloroso, pero esa época fue tan amarga que nunca he hablado de los Estados Unidos. Yo no había ido allí nunca y fue terrible conocer aquel país. Tuve que estar mezclada con una gente de la peor especie, con la mafia.

La adquisición de armas se hacía en contacto con gánsteres.

Claro, entre esa gente, además, con otra gente para obtener el dinero. Creo que fue la parte más trabajosa. Me parece que el papel que desempeñé allí, por lo menos el sacrificio fue tanto que... ¡Es un país horrible! Vaya, estar aquí en Cuba era la razón de mi vida. Aunque hubiera peligros, era distinto.

Eso fue en el 58.

Debo haber llegado a fines de abril o comienzos de mayo. Nuestra misión era recaudar fondos entre los mismos cubanos y obtener armas. Pero las poquísimas armas que llegaron a nuestros compañeros aquí no salieron de allá. En definitiva, de allá no pudo salir ningún barco, de allá no se permitió salir ningún avión. Había otros lugares más fáciles de donde sí salió alguna cosa para nuestros compañeros. Ahora, de los Estados Unidos, solo lo poquísimo que pudieron ocultar en sus faldas nuestras compañeras, a costa de un riesgo

enorme, y sin poder resolver el problema principal que era el de las armas largas para el combate en la sierra. Arriesgábamos a esas compañeras tan buenas, para traer unas pistolitas que solo servían para defenderse en la ciudad. La necesidad era muy grande y no quedaba otra alternativa, pero eso distaba de ser lo que de verdad hacía falta.

Nosotros sí comprábamos las armas para la sierra, gastamos miles y miles de pesos, más de un millón, y a la sierra no llegaban. Comprábamos un avión que nos costaba veinticinco mil dólares y luego no podía salir nunca de Miami porque lo impedían las autoridades. Comprábamos un barquito y no podía salir nunca de Miami. Y no lanchas rápidas, esas las localizaban inmediatamente porque eran una compra sospechosa, eso era imposible. Comprábamos barquitos de esos de recreo corrientes allí, como podían tenerlos muchos ciudadanos de ese país. Y nunca pudo salir un barquito de esos.

Por eso ahora yo no entiendo que puedan salir barcos que atacan a nuestros pescadores, ¿y de dónde salen?, ¿quién los protege, si nosotros nunca pudimos? Y ahora con qué facilidad sacan tremendas lanchas. Yo les digo que hay que tener tremendo respaldo atrás. Porque comprando botecitos, veleritos de esos que tienen muchas familias, nunca pudimos salir. Antes de salir nos cogían. Y nosotros no teníamos ningún delator allí entre los cubanos. Porque nosotros contábamos con cubanos de verdad, probados, y no esa gentuza que lo anda haciendo ahora sin problemas.

Claro, a nosotros no nos quedaba más remedio que comprar las armas y con la compra venía la delación. Nos delataban los mismos que nos las vendían. Porque el delito allí no era el de vender armas, el delito era el de no denunciarnos a los compradores. A ellos los condenaban si no denunciaban a quién se las vendían, y no por el hecho de venderlas, que sí era permitido. Los dejaban especular de esa forma, los dejaban estafarnos y saquearnos, pero no que nosotros pudiéramos sacar las armas para nuestros compañeros. Entonces nosotros, sobre todo de ingenuos en los primeros meses, en la desesperación, comprábamos y nos delataban antes de que las pudiéramos transportar. Y lo mismo hacía el que nos vendía el barquito, y lo mismo pasaba con el que nos vendía el avioncito. ¡Y ahora ustedes ven con qué facilidad tienen buenas lanchas veloces! ¡Salen, entran, queman nuestros pesqueros, nos matan pescadores, y «no se sabe quién fue!». Nosotros lo hacíamos clandestinamente, con cubanos que no eran vendepatrias, gente buena, organizados para hacer un trabajo revolucionario, y nos agarraban.

Algún armamento que llegó lo sacamos de otros lugares, como de Venezuela, en el momento en que estaba Larrazábal. De los Estados Unidos, no. Alguna vez logramos hacer pasar una avioneta, con alguna bobería y algún parque, pero el armamento bueno, ese no. Se gastó bastante más de un millón de dólares, de dinero, trabajosa y hasta dolorosamente recaudado,

y a Cuba llegaron aquellas poquitas cosas. Se lograba que viniera algo solo cuando teníamos hecha una compra chica y luego comprometida otra compra enorme. Entonces no denunciaban la primera, para coger el gran negocio que venía detrás. Pero figúrense a qué precio salían las pocas armas de la primera remesa. Dejaban pasar esa basurita para coger lo otro. Nosotros ya teníamos un parque de ellos mismos, por ejemplo, pero con la misma les encargábamos veinticinco mil dólares en otro encargo. Y mientras tanto mandábamos las balas. Pero yo le aseguro que los pocos tiros que llegaron aquí debieron costar como veinticinco dólares cada tiro. En definitiva, apenas unas cuantas decenas de tiros. ¡Pero aviones! Como una vez que un avión nos costó cincuenta mil dólares. Claro, la inexperiencia, la desesperación, porque después yo no estaba de acuerdo en hacer esto, porque todo se quedaba ahí. Procuraba más bien ayudar con ese dinero a los compañeros que estaban en otros lugares desde donde era más factible que hicieran llegar algo.

Sin embargo, los yanquis especularon mucho con el mito de que la Revolución había recibido ayuda indirecta de los Estados Unidos y traicionado después su «buena fe».

Si esta guerra se hubiera peleado con las armas que vinieron de fuera, todos estuviéramos muertos, ¿saben? Podemos tener o la amargura o la satisfacción de que para esta Revolución no vino de allá ni... ¡Mucho dinero que gastamos de ingenuos, porque desconocíamos eso! Nos vendían una bazuca, y luego no nos vendían el proyectil, y ya para qué íbamos a mandar el lanzacohetes para acá. O a lo mejor lo dejaban salir porque sabían que no teníamos proyectiles, y así nos cogieron miles de pesos. ¡Que les aproveche! Porque nosotros estamos aquí con la libertad de todas maneras, y limpia, sin «ayuda» de ellos.

Miren, fueron siete meses tan terribles para mí, pero tan terribles, que cuando vine para acá el 2 de enero fue a verme un tipo de ellos, de la CIA o de lo que fuera, a decirme que «por favor», que «para dejar cerrado mi caso» –porque a mí me detuvieron como a los cinco meses de estar allá y todos los sábados tenía que presentarme a la policía–, que aclarara cómo era que yo había entrado al territorio de ellos.

¿Pero usted no había entrado legalmente?

Bueno, yo entré «legalmente», pero con pasaporte falso, no estaba a mi nombre, ¿no? A los cinco meses me detienen, pero sin saber quién soy. Debe haberme delatado alguno de los tipos a los que les comprábamos armas –aunque yo procuraba evitar darle el frente a esa gente, en algún momento tenía que ver eso, ¿no?–. Entonces, el pasaporte que me cogieron tenía

otro nombre y viene un tipo a preguntar que cómo entré allí, que le hacía falta para «cerrar el caso». Y les dije: «Ahí están ustedes para eso, averígüenlo, yo he leído en todos los libros que se publican que ustedes tienen el servicio secreto más experto que hay, averígüenlo. Si para aclarar cómo una pobre e infeliz mujer como yo entró aquí se lo tengo que decir yo misma... ¡Bastante dinero cobran ustedes por eso! ¡Averígüenlo, que para eso les pagan!». En fin, todas esas cosas para uno salir libre. Claro, ese era un momento en que ellos no querían dar la cara totalmente.

El día 2, en que ya yo venía para acá, que habíamos triunfado, todavía subió uno al avión para decirme: «Por favor, para cerrar el caso, porque su caso sigue abierto, no hemos podido averiguar por dónde entró, se lo ruego, si no vamos a tener el caso abierto para siempre, es un gran problema». «¡Angelitos!», les dije, «entonces no son tan buenos investigadores como dicen. Si no han podido enterarse de cómo entré, cómo me van a dar a mí la satisfacción de decirles que entré por tal o más cual parte». Y me dice: «Pero, mire, nosotros vamos a ser buenos amigos ahora». «Bueno, ustedes serán amigos ahora, amigos y todo lo que ustedes quieran, pero busquen por dónde fue que entré, ustedes viven de esto».

Y todavía me alegaba: «Es que si usted no dice cómo entró más nunca va a poder venir a este país». ¡Con las ganas que podían quedarme de volver allá! «Mire, en este país entraré con pasaporte diplomático, y si no me dejan entrar con pasaporte diplomático, me queda la misma vía por donde entré la vez pasada. Así que si se la digo me fastidio, hasta luego». No sé si ya habrán cerrado el caso.

Deben haberle abierto otro ahora, ¿no?

Además, era una cosa tan tonta. La he contado hoy y se enterarán ahora. Resultó ser mi única diversión allá.

¿Cómo se sintió al llegar a Cuba nuevamente?

¡Imagínense!

¿Cómo encontró esto?

Fue alegre, fue triste. Contenta, encontrarme en la calle libre. Caminar por las calles de mi país sin que me siguieran, sin miedo. Pero también ir esperando tantas cosas que no veía. Alegre por el triunfo y por todo lo que esperábamos hacer y trabajar. Pero doloroso por la falta de rostros queridos que ya no íbamos a ver. Esto se nos hizo terrible en esos días. Caras que sabíamos que no estaban, pero a la vez esperábamos encontrar y nos hacían falta. Nunca me pasó nada.

Pero ver esto y pensar y, por otra parte, encontrar a los compañeros de la Sierra agotados, como encontré a Camilo. Fui hasta Ciudad Libertad, incluso, cuando me vio no me reconocía. Lo encontré agotado, agotado, agotado, tirado en una cama y me senté al lado y le tomé la mano: «Camilo». «¿Y tú quién eres?». «¡Pero, Camilo, ¿de verdad no me conoces?!». Llevaba quince días sin dormir. ¡Y yo llegaba tan bien, descansada, fresca, sin haber perdido una noche de sueño! Me dolió mucho no haber podido estar aquí con ellos en aquellos momentos, realmente fue... Entonces llamé, que lo viera un médico, que le pusieran algo porque ya no podía dormir, y él se negaba a que le pusieran nada para dormir: «Es que queda tanto por hacer, Yeyé, tanto…». Una es egoísta y ha estado en muchos hechos y parece que lo quiere todo para una, pero de verdad, yo soñaba con los momentos más difíciles de la Sierra, doliéndome no haber estado ahí con ellos.

Soy asmática, en la sierra tuve momentos muy difíciles, y cuando más cansada me encontraba, seguía adelante pensando en cuando bajáramos y entráramos en Santiago de Cuba. No lo vi. Aquello de verdad que lo soñaba. Yo me decía: «Ay, bueno, ahora estoy subiendo los firmes, casi no puedo», y casi no podía, pero nunca la tropa tuvo que esperar por mí, para todos era difícil; lo que pasa es que no nos lo decíamos; para todos era difícil el camino, pero me confortaba pensando: «Algún día bajaremos, algún día entraremos en Santiago de Cuba por este mismo camino». Y de verdad que me hubiera quedado toda la vida. O entrar en Santiago con los rebeldes o permanecer luchando en Santiago con la milicia, que es lo mismo, ¿no? Pero estar allí con los compañeros.

Llegué el día 2 porque quise sacar antes todos los aviones de Cubana que habían quedado allá, no fuera que nos los trataran de coger. Tenía miedo de que nos los fueran a quitar. Los pilotos habían desertado y entonces busqué pilotos allá. Hice que todos esos aviones volvieran para acá, tenían que estar aquí. Me presenté oficialmente como el delegado de la Revolución Cubana, de Fidel, y pude sacarlos todos. Llegué el día 2, y vi a Camilo tan flaco, que no podía ni abrir los ojos, agotado, agotado, y yo tan fresca, tan descansada...

Pero usted había cumplido un papel importantísimo allá.

Bueno, se hizo lo que se pudo hacer. Pero yo lo que quería era regresar. Fidel me había dicho que en cuanto recogiera allá un millón de dólares podía regresar, y superé la cifra. Contaba con regresar, pero me parecía injusto en ese momento decir: «Ya para el mes que viene vuelvo», con los problemas que había allí.

Quisiéramos pedirle ahora que habláramos de Frank. De Frank y de Daniel. Frank era muy joven, ¿verdad? Joven, pero de gran madurez. ¿Es así como usted recuerda a Frank? ¿Este era un rasgo suyo de siempre o se profundizó con las responsabilidades de la lucha?

De la primera vez que vi a Frank una de las cosas que recuerdo es su cara tan joven. A mí no me asombró la maduración de Frank en la lucha, sino su madurez en el momento inicial. Vi a Frank y me sorprendió cuando me dijo la edad. Es que, además, efectivamente, era un muchacho, si hasta se veía que apenas empezaba a despuntarle la barba. La primera vez me pareció un muchacho de pocas palabras, después hasta me quedó la preocupación de si no era que se cohibía conmigo por ser yo ya una mujer –él era un muchachito al lado mío–. Y lo comenté con Armando. Pero Armando me dijo: «No, si él conmigo es así también». Entonces fui viendo que no, que lo que pasaba era que Frank era muy observador, y que observaba de una manera atenta, como pocas veces he visto hacerlo. En pocos momentos lo vi como a los demás de su edad, alegre o hablando de fiestas, y no sé por qué, porque entre nosotros éramos muy alegres.

Recuerdo siempre esa vida en la casa de Vilma, en la calle de San Jerónimo, que únicamente es comparable a 25 y O, que a pesar de tan comprometida fue una casa joven y feliz. En San Jerónimo volví a vivir la casa de 25 y O. Ese mismo espíritu, esa misma fraternidad, y los compañeros alegres como eran en 25. Pero Frank no, Frank dejaba que la gente se riera. Siempre había en San Jerónimo una alegría muy grande, y Frank observaba, observaba. A veces hacíamos cosas que eran hasta de chiquillos: un día nos compramos unas pistolitas de agua y nos caímos a «tiros» por toda la casa. Hacíamos unas largas sesiones jugando *Monopolio* y Frank provocaba a Armando en broma para hacerlo discutir.

Después que uno lo conocía se daba cuenta de su infinita sensibilidad; una sensibilidad y un amor por los seres humanos enormes, que muchas veces él ocultaba, escondía lo que estaba sintiendo. Creo que en todo el tiempo que convivimos en ese grupo tan unido, Frank manifestó ser una de las personas más sensibles, ante todos los hechos y ante todas las personas, pero a la vez demostró ser extraordinariamente enérgico.

A todos los compañeros les deja perplejos la combinación de dulzura y severidad que había en Frank. Hasta qué punto podía a la vez ser tan apacible y tener una severidad tan enérgica.

Es verdad. Muchas veces en aquellos primeros tiempos en Santiago, cuando teníamos discusiones sobre los distintos problemas, y sobre todo, cuando eran problemas ideológicos, recordaba a los compañeros que antes habían caído en el Moncada y él, tan sensible, sin que yo hubiera pronunciado palabra,

me decía: «Haydee, no consultes tanto a los muertos, estos momentos son distintos». Y muchas veces me decía: «No piensas más que en los muertos». Con el mejor sentido, para darme una lección. Y después de que lo asesinaron –cuando eso ocurrió yo estaba en La Habana–, recibí una carta suya muy conmovedora que había escrito muy poco después de la muerte en acción de su hermano Josué, donde me pedía perdón por haberme reprochado que consultara tanto a los muertos, que qué duro había sido conmigo, que ahora se lo iba a tener que decir a él porque le parecía que cada cosa de su vida se la iba a estar consultando a Josué. Decía: «Hermanita, yo sé bien que tú me comprendes, porque tú siempre me has visto con mucho cariño, pero ¡cómo voy a tener que consultar a Josué!». Con esto solo quiero resaltar esa sensibilidad, porque esto podría dar la imagen de un Frank débil, pero no es así.

Hizo esa carta inmediatamente después. A la vez recibí otra carta de él, fechada cinco o seis días después, en la que me decía que la cosa se estaba haciendo cada día más seria en Santiago. Que él veía muy difícil su situación, que nada más le pedía a la vida que le dejara un mes. Luego me decía que debíamos ir para allá, que él creía que por muy mala que estuviera la cosa en Santiago allá peligraba menos que en La Habana. Se deducía que había superado el momento más depresivo causado por la muerte de Josué. No sé si tuvo tiempo de que se le pasara porque todo fue muy rápido. Cayó un mes después que su hermano.

De Frank todo lo que uno puede decir es débil. Sus hechos lo dicen mucho más que cualquier palabra. Sí puedo decir que hemos tenido oportunidad de conocer grandes compañeros a los que estaremos añorando siempre, pero te puedo decir que Frank es uno de los que más hemos sentido, de los que más hemos llorado. Además, es que era una real necesidad para nosotros. Era un pedazo de la Sierra en Santiago, y su caída era la de ese pedazo. Su caída podía hacer difícil la situación de nuestros compañeros de la Sierra, que eran nuestra mayor preocupación. Frank siempre les dio una prioridad tremenda a los compañeros de la Sierra, así que su caída fue algo violento para nosotros. Tanto, que escoger al compañero que ocupara el lugar de Frank fue algo muy difícil, pero muy difícil. Para todos nosotros su caída fue como un terremoto. Escoger quién iba a sustituirlo, que tuviera siempre a la Sierra como lo principal... En el llano todo era muy heroico, muy valiente, pero no se podía hacer una vida militar como en la sierra, no se podía trabajar tan colectivamente como en la sierra. En el llano estábamos unos por un lado, otros por el otro. Se podían realizar hechos de un valor extraordinario, pero eran siempre, por el mismo carácter de las acciones, hechos de tipo más o menos individual. En la sierra, como convivía y actuaba la tropa, los hechos tenían un carácter marcadamente colectivo, y esa era la base de un nuevo Ejército. Eso lo comprendíamos y eso a Frank siempre lo había preocupado mucho.

Cuando empezamos a valorar compañeros para sustituir a Frank, se analizaron muchos nombres. Ahora, coincidimos, por lo menos aquellos que estábamos tan unidos a él, cerca de él; Vilma, en primer lugar, y Armando y yo, coincidimos enteramente en elegir a Daniel [René Ramos Latour]. Y era muy difícil sustituir a Frank. Cuando se lo dijimos, Daniel se quedó un poco espantado. Daniel era un compañero de una vergüenza extraordinaria, de esos compañeros que siempre pensaban a quién habían sustituido. Muchas veces tuvimos que decirle que él no debía consumirse pensando en eso, que él tenía una tarea por delante y no podía pensar en eso. Pero Daniel era un hombre de un valor y una vergüenza como en pocos compañeros hemos visto. Se consultó a la Sierra, y al poco tiempo llegó la respuesta aprobando también esta selección.

Es difícil hablar de los compañeros caídos, sobre todo cuando fueron tan queridos. Trato de ser lo más objetiva, y quisiera poder decir todo lo que siento. A Daniel lo vimos día a día trabajar mejor y mejor, esforzándose por llevar dignamente el peso que significaba haber relevado a alguien tan respetado, querido y sobresaliente como Frank, tanto para la sierra como para el llano. Los que convivimos con Daniel quisiéramos que se conociera más su historia. Cumplió a cabalidad su papel. Nunca me arrepentí de haber participado en su selección. Y eso que inevitablemente tendíamos a estar «consultando a los muertos». Pensando ante cada situación qué hubiera opinado Frank, qué hubiera hecho Frank, uno tiende a hacer comparaciones. Efectivamente, ese era el hombre que podía, que tenía que haber sustituido a Frank. Como es natural, hubo compañeros que pensaron que para ocupar esa posición era necesario un prestigio, haber venido en el Granma, haber sido un jefe destacado en la Sierra. Pero nunca dudamos. Había otros compañeros muy valiosos, pero nunca dudamos. Recuerdo que Armando y yo estábamos en La Habana y recibimos una carta de Vilma consultando nuestra opinión. Ella consideraba que tenía que ser Daniel, lo mismo que ya nosotros habíamos pensado. El mismo Daniel tuvo reparos. Él decía que no eludía las responsabilidades, pero que para sustituir a Frank tenía que venir un compañero del Moncada o del Granma, con un gran prestigio.

No nos arrepentimos en ningún momento. Nunca desmereció la confianza que se depositó en él. Lo vi jugando momentos muy decisivos en el Movimiento, en circunstancias muy conflictivas, y decisiones muy difíciles de tomar. Lo vi siempre actuar con firmeza, conscientemente, consultando, discutiendo, con un gran espíritu de dirección colectiva. Hasta que decidió ir para la sierra y así lo pidió. Yo no estaba ya en esos momentos en Cuba. Me alegré mucho porque pensaba que así su vida estaría mucho más segura, ya que su vida en Santiago era muy difícil, como también lo era para el Movimiento en general. Y cuando Vilma me mandó a decir que Daniel iba para la sierra,

me sentí más tranquila y, francamente, ya en ese momento no pensé quién quedaba en su lugar. Desde allá lejos lo que pensaba era en la necesidad de preservar la vida de Daniel. Pero cayó en combate, exactamente un año después que Frank, en la misma fecha. Y su coraje y su vergüenza los demostró también en la sierra y en la muerte. Siendo un compañero de poco tiempo en la sierra, donde tarda uno en adaptarse, demostró desde el primer momento toda su inmensa capacidad como jefe y como compañero. Tal vez no tuviera toda la preparación que debiera tener una figura como él, pero, en cambio, había esa talla de vergüenza y coraje que en pocos compañeros he visto.

Muchas veces hemos dicho que las figuras de nuestros compañeros son tan grandes que a veces una es eclipsada por la otra. De todas formas, una y la otra son la misma. La figura de Frank era enorme y difícil de sustituir. Pero creo que Frank y Daniel, y Daniel y Frank estaban tan vinculados que, tengo la seguridad, el propio Frank hubiera escogido a Daniel, que era uno de los compañeros que él más estimaba. Y es una lástima que no se vean más vinculadas esas dos figuras. Deberíamos hacerlas ver como las vemos nosotros. Cualquiera de nosotros los ve unidos, en nuestros sentimientos y en nuestro pensamiento. Esas dos figuras se unen en una sola. Así los debemos recordar. Porque todo esto es una sola, una misma cosa.

Carta a Rolando Hinojosa

La Habana, abril 12 de 1976
XX Aniversario del Granma

Ref.: D-114

Sr. Rolando Hinojosa
Box 117
Texas A & I University
Kingsville, Texas 78363
EE.UU.

Estimado Hinojosa:

Aprovechamos esta oportunidad para dar respuesta a su carta que nos llegara con fecha 19 de marzo. Nos alegra poder establecer esta comunicación con usted, y expresarle de nuevo nuestra satisfacción porque su novela *Klail City y sus alrededores* haya sido Premio Literario Casa de las Américas 1976. Para nosotros resulta de particular significación, y debemos decirle que fue emocionante, para todos los que trabajamos en este organismo, haber recibido una obra de ese lugar, tan lejano, pero a la vez tan cerca de nosotros; y además, que pueda figurar entre los libros de la Colección Premio Casa de las Américas.

Sin duda, su novela muestra, con autenticidad testimonial, algunas de las circunstancias y costumbres de la sociedad chicana actual, tema que reviste una especial importancia para la literatura del continente.

Deseamos hacer llegar a usted nuestro reconocimiento, y trasmitirle, a los artistas y escritores chicanos –a quienes consideramos parte indisoluble de nuestra comunidad latinoamericana–, estos sentimientos. Esperamos, pues, mantener la relación establecida, y reiterar a usted la seguridad de que toda obra de la cultura chicana será recibida con todo interés en esta Casa de las Américas.

Le enviaremos algunas de nuestras publicaciones y un catálogo de esas ediciones, por si algún otro escritor desea recibirlas. Si es así, también con muchísimo gusto se las haremos llegar a la dirección que nos indique.

Reciba nuestro saludo,

Haydée Santamaría

Casa es nuestra América, nuestra cultura, nuestra Revolución

Entrevista de Jaime Sarusky [24]

A las once y ocho minutos de una mañana desacostumbradamente habanera por lo aplomada, fría y gris, encontramos a Haydee Santamaría en el primer piso de la Casa de las Américas. Para quien no conociera su singular personalidad podía parecer extraño y hasta sorprendente que fuera ella la que preguntara dónde estaríamos más cómodos para realizar la entrevista, e incluso, que cooperara en la instalación de un cable adaptado a la grabadora. Se sentó en un sillón –un sillón que apenas mecería en el curso de la entrevista– del despacho que comparte con el pintor Mariano Rodríguez, subdirector de la Casa de las Américas. Sobre la mesa donde estaba situada la grabadora colocó una sencilla carterita de donde sobresalía su inseparable aparato inhalador para el asma. Todavía después de formularle la primera pregunta sobre las circunstancias en que fue creada la Casa, Haydee conversaría sin formalismos, con la espontaneidad y la pasión que la caracterizan, de distintos temas. Luego, retomando el hilo de la pregunta, dijo:

Aquí había una institución que llamaban Sociedad Colombista Panamericana, que se suponía tenía que ver con los escritores. Cuando vinimos en 1959 nos dimos cuenta de que se trataba de un fraude. Pedía presupuesto para esto y lo otro. Cogían dinero aquí y allá. El Ministerio de Educación se hizo cargo de la institución. Yo trabajaba con Armando [Hart] en el Ministerio y me encomienda que venga para acá. Designé entonces a unas personas para que se informasen de todo lo que había aquí y para que sugirieran lo que podría hacerse. Pensamos que podría crearse una institución que sería cubana y a la

[24] Esta entrevista, con fotos de Aramís Ferrera, se publicó originalmente en la revista *Bohemia*, La Habana, año 69, núm. 16, 22 de abril de 1977, pp. 60-65, y luego fue reproducida en la sección «Páginas Salvadas» de la revista *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 171, noviembre-diciembre de 1988, pp. 4-15. Forma parte también de Haydee Santamaría: *Todo es una sola cosa*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, Colección Cuadernos de Caliban, núm. 1, 2021, pp. 61-81.

vez latinoamericana. Permanecí tres meses aquí y me propusieron dirigir ese nuevo organismo.

Así surge Casa de las Américas: como una necesidad cultural. Un organismo, si se quiere, de intercambio con los Gobiernos de la América Latina. Pero cuando vi que casi todos los Gobiernos del continente, con excepción de México, rompían sus relaciones diplomáticas con Cuba, empezamos a crear los mecanismos para que Casa de las Américas pudiera seguir existiendo a pesar del aislamiento que nos imponían. Inclusive me entusiasmé más. Una mezcla un poco rara. No es que yo quisiera que rompieran relaciones con Cuba, pero veía en el hecho un desafío que nos obligaba a luchar, a trabajar duramente. Además, me preocupaba sobre todo que el rompimiento aislara a Cuba de su cultura, de la cultura de toda nuestra América, no solo de la América Latina, porque también somos muy caribeños. Todos los pueblos de esta América somos una misma cosa. Y me decía: rompen con nosotros, ¿hasta cuándo?, y así, por muchos años, no sabremos nada de Guatemala, ni de Chile, ni de Bolivia o de Perú, países con una gran tradición, con similares raíces.

Me di cuenta del papel tan importante que podía desempeñar Casa de las Américas. Pertenecemos a este país. Somos hijos de esta Revolución, y Casa de las Américas nace con la Revolución. Iniciamos contactos e intercambios con organismos culturales latinoamericanos que no estaban oficializados. Establecimos relaciones con ellos. Son cientos de organismos de todo tipo: bibliotecas, galerías, orquestas sinfónicas, grupos de teatro, editoriales. Así logramos, aunque parezca mentira, que no se rompiera totalmente el lazo cultural con nuestro Continente.

Se nos ocurre entonces crear el Premio. Lo convocamos en 1959, vinieron los jurados, y a principios de 1960 se otorgó por primera vez. Luego, en el momento más feroz del bloqueo, Casa de las Américas siempre recibió intérpretes que representaban la auténtica música de sus pueblos, como los Parra [Isabel y Ángel], de Chile; Viglietti, de Uruguay; o Mercedes Sosa, de Argentina. Vinieron escritores y artistas plásticos. Y cuando solo teníamos relaciones con México, a Casa de las Américas no dejó de llegar la literatura, el teatro, la plástica o la música de todas partes del continente. Recibimos a los creadores o sus obras, y en el caso del teatro venía un director o un dramaturgo. Y nace la revista *Conjunto* para difundir las obras y las actividades teatrales de los grupos en América Latina y servir de vínculo entre ellos. Si en aquel momento Casa de las Américas no desempeña su papel, los creadores se hubieran visto totalmente aislados del continente, sin saber qué estaba sucediendo en América Latina.

Cuando Haydee Santamaría habla de la Casa de las Américas suprime el artículo la: «venir a Casa», «invitado por Casa», como si por un sutil mecanismo la

Casa fuera para ella mucho más que la institución; como si Casa fuera decir Revolución, Cuba, América Latina, nuestra cultura común, su hogar, la propia Casa. Haydee, ¿cuándo y cómo empezaron a atraerle los problemas de América Latina?

Te decía que yo soy de un centralito donde el tiempo parecía detenido y uno se podía permitir el lujo de pensar mucho en aquellos tediosos días. Por eso primero creí que mi patria era ese centralito (el antiguo Constancia, hoy Abel Santamaría); después me pareció que mi patria era Encrucijada, el pueblo más grande; luego, mientras estudiaba un grado superior en la primaria, creí que mi patria era Las Villas; vi posteriormente que mi patria era Cuba; pero más tarde, muy jovencita, sentí que mi patria era este Continente, porque así me lo hicieron sentir Martí y Bolívar. Como pudiera decir hoy que mi patria se ha ensanchado un poco más y ya no es esta América solamente, sino la humanidad. Estaba clarísimo Martí, como siempre, cuando dijo que «Patria es humanidad». De todos modos somos internacionalistas sin límites. No importa si se lucha en Angola, en África, hay siempre algo que nos acerca.

Usted se refería a ese tema hace un momento cuando explicaba la lucha que libraba desde la Casa de las Américas por acercar entre sí las culturas del continente...

Precisamente. Vimos que era necesario crear un vehículo para lograr esa comunicación; crear una revista que debía ser latinoamericana. No era tan fácil esa tarea. Salieron los primeros números hasta 1964. Pensábamos en una revista seria, que podría politizarse sin dejar de ser cultural. No teníamos a quién designar para dirigirla y entonces viene Retamar para acá. Recuerdo que yo no sabía cómo proponerle que viniera a dirigir la revista y así se lo decía a Marcia [Leiseca], entonces secretaria ejecutiva de la Casa. Cuando se lo digo a Retamar este da un brinco y dice: «¡Lo que he soñado toda la vida, hacer una revista literaria!». Y, claro, no nos fuimos quedando atrás porque nada se debe quedar como nace, todo tiene que crecer y desarrollarse. Y la revista *Casa de las Américas* crece también como lo exige cada momento. A través de ella se expresan los escritores del continente y nos llega lo que está aconteciendo. Es una revista difícil de hacer porque es literaria y no deja de ser política. Muchas veces la elogian y otras veces le ponen reparos. Pero creo que una de sus características es que no le tememos a la polémica. Después de todo, la polémica nos sirve para medir nuestras fuerzas. La Revolución es muy fuerte, pero tiene que enfrentarse a un enemigo poderoso: el imperialismo. Y un artículo polémico no le arranca un pelo a un cubano. En muchos casos ese artículo es de un escritor con una magnífica

posición política; quizás no coincida con mis puntos de vista, pero si es interesante lo publicamos y ese debate es saludable.

Así, pues, se va haciendo la revista; después vamos trabajando en otros aspectos. Ya Mariano estaba en Casa a cargo de la Plástica; [Manuel] Galich del Teatro; empieza la biblioteca. Pero pienso que debe ser una biblioteca especializada en los problemas de nuestro Continente, capaz de servirle a los estudiosos de adentro y de afuera. Hoy la biblioteca cuenta con más de setenta y siete mil volúmenes, casi todos dedicados a América Latina. En las cuestiones de música tenemos aquí a Argeliers León, un especialista. Pero en un departamento de esa naturaleza se nos plantea un problema: hay que preguntarse, ¿qué música? ¿Cuál es la verdadera música mexicana? ¿Cuál la peruana? ¿Cuál es la auténtica música chilena o venezolana? Los problemas de la música son muy amplios. Están muy ligados al ser humano, porque el que no canta se mueve que es un fenómeno, sobre todo en Cuba, ¿no? Ahora estamos publicando el *Boletín Música* y algún día tendremos una revista, un día no muy lejano. Aquí hemos celebrado encuentros de músicos (como también de artistas plásticos, teatristas y escritores). Hay un proyecto de editar discos con música latinoamericana. Ahora, te repito, ¿cuál es la verdadera música latinoamericana? Ni los mismos musicólogos se han puesto de acuerdo. Está la llamada «folclórica», que debemos recoger, y la llamada «de contenido» que, aunque no es folclórica, parte de raíces muy propias. Con los discos que hemos editado, siempre ha habido controversias: que si es o no verdadera música latinoamericana; pero sin esas controversias no se aclararían las cosas.

Si hay una afición profundamente arraigada en Haydee Santamaría –quizás más que afición, hábito cotidiano, constante– es la lectura. Todavía recuerda las largas jornadas de lectura, a veces hasta la madrugada, de su niñez y su adolescencia, y las reprimendas familiares para que se acostara a dormir. Leía ávidamente Los miserables*,* El conde de Montecristo *o* Los tres mosqueteros*. Nos dice que leía como lee hoy, incansablemente. Comenta o intercambia opiniones sobre los libros con sus allegados o colaboradores cercanos.*

Pero de todas sus lecturas, ¿recuerda el libro que le haya impresionado más?

Eso depende de las épocas. *La isla de los pingüinos*, de Anatole France, me impresionó mucho cuando lo leí en la cárcel; al cabo de los años lo volví a leer y ya no me impresionó tanto. Creo que los libros impresionan, más o menos, según las circunstancias y en el momento. Por ejemplo, cada vez que uno lee a Martí descubre algo nuevo. Yo tenía sus *Obras completas* en la cárcel. Incluso no las terminé de leer. Las dejé en el segundo tomo y las marqué. Recuerdo haber leído que Martí fue una vez a una galería y le impresionó mucho un cuadro. Al margen de ese párrafo escribí: «Alguna vez estaré no en una galera sino en una galería y tendré que ver ese cuadro».

Ya que hablamos de libros, ¿recuerda cómo fueron creciendo la biblioteca de la Casa y el departamento de Canje?

Creamos la biblioteca, actualizada constantemente, que se especializa sobre todo en arte y literatura del continente. Quiere decir que los estudiantes de Letras, de Humanidades, los escritores e investigadores, pueden trabajar allí con los materiales y la información actualizada de América Latina; pueden encontrar las mejores revistas y las que no son tan buenas. A pesar del bloqueo nos llegan obras de Uruguay o de Bolivia, de Ecuador o Nicaragua. Porque la labor de Canje no se ve, pero sin el trabajo de Canje no tendríamos la biblioteca que tenemos. Y, por tanto, ni la revista *Conjunto* ni el *Boletín Música* podrían disponer de materiales, ni la biblioteca estaría tan actualizada. Además, se daba a conocer en el continente lo que se producía en Cuba. Queríamos que Cuba no se aislara de las formas artísticas y culturales del continente y conseguimos que el continente tampoco se aislara de Cuba. Así es como las novelas, los libros de cuento o de poesía de los escritores nuestros llegaban a América Latina; obras y revistas que reflejaban nuestra realidad. El mecanismo que creamos dio resultado: en el terreno de la cultura, ni el continente se aisló de nosotros ni nosotros del continente. También les llegaba nuestra música. A muchos lugares llegaba nuestra plástica –aunque solo fuera a través de los carteles que hacíamos en Cuba–. Acá llegaron, invitados por Casa de las Américas, artistas, escritores, incluso un dirigente campesino quechua: Saturnino Huillca. Un peruano obtiene el Premio de testimonio relatando la vida de este dirigente.[25] En Cuba no se sabía qué era un quechua. Huillca vino a Cuba, después regresó a Perú y les habló a todos de esta tierra. Ahora publicamos una obra en quechua y en español. De esta forma, el quechua, un idioma de este Continente cuya escritura no habíamos visto siquiera, se da a conocer también. Del Caribe hemos publicado valiosas traducciones, en un número especial de la revista *Casa de las Américas*; e incluso el Premio de la categoría angloantillana en su idioma original. Así que ya no es solamente América Latina; se amplían y desarrollan los vínculos culturales con toda nuestra América.

La tarde gris y fría ha avanzado. Reclaman a Haydee, y sale del despacho. Desde una ventana entreabierta vemos las crestas blancas de las olas alzándose varios metros para luego caer despedazadas más allá y más acá del muro del Malecón. Sobre la mesa, intactos, permanecen unos bocaditos y todavía ella, lejos de mostrar signos de cansancio, parece aún más animada. A pesar del brusco cambio de temperatura no ha tocado el inhalador. Haydee regresa. Nos trae dos casetes,

[25] Se refiere al periodista peruano Hugo Neira Samánez en el libro *Huillca, habla un campesino peruano*, ganador del Premio Casa de las Américas de testimonio, en 1974.

pues sabe que tal vez no sea suficiente la reserva de que disponemos. Y de repente, por una inevitable asociación de ideas, pienso en la combatiente; en su firme voluntad y espíritu disciplinado, que se mezclan con la forma espontánea y acogedora tan característica en ella.

Haydee, ¿cómo conjuga sus tareas de dirigente, miembro del Comité Central, del Consejo de Estado y directora de la Casa de las Américas con su vida hogareña?

Como lo conjugan las mujeres trabajadoras de este país: mis hijos, mi hogar, el trabajo, lo que es hoy la vida de una trabajadora, casada, en Cuba. Lo que no entiendo es la vida de una mujer que no trabaje, porque me pongo a pensar cómo sería mi vida si yo no trabajara. Tengo dos hijos y he criado cuatro más, por lo tanto, son seis.[26] Y ya hoy no tengo problemas, son todos hombres y mujeres. Pero en la época en que fueron pequeñitos... yo no te diría que ha sido Casa de las Américas la que me ha dado problemas para atenderlos, han sido tareas de otro tipo: congresos, conferencias, viajes que he tenido que hacer. Aunque para mí ha sido menos difícil que para cualquier mujer. Lo veo entre las mismas compañeras de Casa, que a las cinco de la tarde ya están locas por ir a buscar a los muchachos al círculo. Y yo recuerdo que iba, dejaba a los seis muchachos en casa con Libia [Ortiz], y podía regresar a trabajar. Pero no todo el mundo tenía esas facilidades.

Se equivoca quien piense que la entrevista con Haydee Santamaría puede seguir el tradicional y socorrido cauce de las preguntas y respuestas. Su palabra viva entra en el tema tratado y lo agota; pero, a veces, repentinamente, lo enriquece con una digresión matizada por el relato de una anécdota, un juicio personal o la descripción de un episodio humorístico. Si la interrumpe, sin duda se privará de una vívida narración de nuestra historia revolucionaria o, tal vez, del lúcido análisis de una personalidad artística o literaria de nuestro

[26] Los seis muchachos a los que se refiere Haydee son sus dos hijos naturales, Abel Enrique y Celia María Hart Santamaría, y cuatro venezolanos: los hijos de la guerrillera caída Trina Urbina (con Henmy Croes), Yajaira y Ricardo Croes Urbina, junto a Jesús Alberto Steiffe Urbina (con Pantaleón García); además de Solande Marcano Ocaño, hija del guerrillero Héctor Pérez Marcano. Estos niños llegan a Cuba en 1964, tras un acuerdo de los partidos comunistas venezolano y cubano, para ser protegidos del acoso y el peligro que sufrían sus familias como consecuencia de la actividad guerrillera de sus padres. Van a residir como internos en la escuela primaria y secundaria José Martí, recién creada por Celia Sánchez en Santa María del Mar, para recibir a niños latinoamericanos, y poco tiempo después son acogidos y adoptados por Haydee Santamaría y su familia. Tanto Haydee, como Celia y otras compañeras, atendieron de cerca a muchos de estos niños y sus hogares se convirtieron en los de ellos.

mundo y nuestro tiempo. En la agenda, todavía se nos quedaban rezagadas dos preguntas.

¿Por qué no nos habla de sus relaciones con el presidente [Salvador] Allende tanto en el orden personal como en la Casa de las Américas?

Nuestras relaciones fueron muy estrechas. Coincidimos en algunos eventos y conferencias internacionales y siempre nos buscábamos para almorzar o comer juntos. Recuerdo que la última vez que nos encontramos en una conferencia internacional, personas que lo querían y estimaban mucho usaron una jarana con él llamándolo «el eterno candidato». No quise callar y les dije: «Bueno, él será el eterno candidato, pero cuando sea presidente tiene que ser el eterno presidente». Y de esa jarana resultó una gran verdad, porque Allende siempre será el eterno presidente. Días después le dije: «Cuando usted sea presidente nos tiene que enviar una colección de arte popular chileno, y esa exposición la vamos a inaugurar el mismo día de su toma de posesión». Y así fue. Nuestras relaciones fueron muy estrechas. A cualquier chileno que viniera a Cuba él siempre le decía: «No deje de pasar por Casa de las Américas». Y todos venían.

A juicio suyo, ¿cuál ha sido la contribución de la Casa de las Américas a la cultura latinoamericana?

Creo que en varias oportunidades ha desempeñado un papel importante con los escritores y artistas latinoamericanos. Ha dado a conocer a muchos escritores que hoy tienen nombre en el continente. Claro, a través de la Revolución Cubana se dan a conocer, excepto los ya maduros, los consagrados. En Europa se desconocía la literatura latinoamericana. No solo la de los jóvenes, hasta la literatura clásica del continente. La Revolución logra que allá se interesen en la América Latina y también en su literatura y sus escritores. Así, en un momento dado, la Editorial Casa de las Américas es un vehículo muy importante porque no solo publica a los escritores ya conocidos, sino que da a conocer a los jóvenes inéditos que antes tenían que separar una cantidad de su salario para costearse la edición, digamos, de un libro de trescientos ejemplares. Pero a ese mismo escritor, Casa lo publica en la Colección La Honda, de autores contemporáneos, y lo da a conocer en América Latina. Inclusive lo buscan en su propio país, donde es apenas conocido. Además, en la revista *Casa de las Américas* se publica la crítica a un libro de ese autor, o una colaboración suya. Sabemos de la lucha de esos escritores, los sacrificios que hacen. Ha sido una contribución a la cultura que los propios escritores reconocen. Para nosotros ha sido grata esa contribución.

Al Premio Casa se envían anualmente seiscientas o setecientas obras. Los premios ahora son doce. Si se trata de una obra de teatro no premiada, pero que el Jurado estima que tiene valor para ser puesta en escena, la enviamos a

un grupo o a grupos de teatro de Cuba y América Latina para que la conozcan y la monten, si así lo desean. Otras obras de cualquier género, con calidad para ser publicadas, las enviamos a editoriales con las cuales sostenemos relaciones y recomendamos se las atienda. Hemos cooperado y queremos seguir cooperando porque no olvidamos lo que era nuestro país antes del triunfo de la Revolución.

Hay escritores de una gran honestidad que no se entregan a la presionante comercialización que existe y no son capaces de escribir un capítulo pornográfico para que su novela tenga más venta. Dicen lo que tienen que decir, con la crudeza o violencia necesarias, pero no hacen concesiones a ese tipo de comercialización. La vida del escritor en nuestro Continente es muy dura. Escritores de una gran calidad, como Mario Benedetti, han logrado imponerse; pocos escritores tienen su obra, y sin embargo todavía Benedetti no puede vivir de sus derechos de autor.

Nuestros vínculos con los escritores latinoamericanos han sido muy estrechos y muy positivos porque no cabe la menor duda de que en América Latina la gran mayoría son, cuando menos, antimperialistas. Los escritores que vienen invitados por Casa de las Américas lo hacen por la Revolución, por venir a Cuba. Claro, cuando vienen, la primera vez ya quedan amigos de la Casa, y luego, además de amigos, son colaboradores nuestros. Aquí han visto y oído todo lo que han querido ver, y lo que han encontrado mal, y estaba mal, se lo hemos aceptado, porque nunca les hemos ocultado nada. Siempre les decimos la verdad: «Mire, esto anda mal, esto otro está feo, aquello está bueno, ¿quiere ir?». Los invitados de Casa andan solos por ahí. Buscan, quieren ver por sí mismos y luego hacerse un juicio. Y han hablado la verdad de lo que han visto aquí: la educación, la salud pública, los grandes logros de la Revolución. Pero también han hablado del racionamiento. Han tratado de comprar algo y se les ha dicho que ese artículo está por la libreta. Les hemos explicado qué es la libreta y han comprendido perfectamente, porque también saben que en sus países el pueblo no tiene el poder adquisitivo de este país ni existe la misma equidad de distribución.

La Revolución Cubana es determinante para la literatura latinoamericana, por lo menos para su difusión. Es la Revolución la que despierta ese interés, tanto en América Latina como en Europa. Después de la Revolución aparece ese afán por conocer la literatura de nuestro Continente. Y es cuando Europa nos reconoce. Y subrayo ese reconoce.

La entrevista se interrumpe unos instantes. Recordamos la antigua admiración de Haydee por Bolívar, su devoción por Martí desde los tiempos de su niñez rebelde y fantasiosa cuando se inventaba un abuelo mambí y le llevaba flores a su tumba imaginaria; o aquellas ardientes y candorosas composiciones patrióticas al Apóstol, que ella decía los viernes en el acto cívico de la escuelita de Encrucijada.

Haydee, ¿recuerda el momento de mayor alegría para usted después de 1959? ¿Y el más triste?

La respuesta es un poco difícil porque yo no sé hasta dónde llega el dolor y hasta dónde llega la alegría. Creo que se entremezclan. La alegría fue saber al Che luchando en Bolivia, una alegría sin límites, infinita. También fue un dolor muy grande no saberlo en Cuba con nosotros. ¿Dónde está el dolor y dónde está la alegría? Tal vez yo no recordaba dolor más profundo que cuando supe que ya el Che no estaba en Cuba; que ya el Che no andaba, no miraba. El Che no se podía acabar así, de pronto. ¡No se podía acabar con el Che! ¡Sus ideas, lo que hizo y lo que dijo, quedaban! ¿Cómo pensar que el Che no caminaría más? ¿Cómo pensar que el gran caminador ya no caminaba? No sé si habrá un dolor más grande que ese, pero los años pasan. Si el dolor persistiera con la misma intensidad año tras año, yo creo que nos mataría o nos haría anormales. El dolor sigue, o está escondido, o la naturaleza es tan grande que nos hace olvidar para que podamos seguir siendo normales.

Ahora, no cabe la menor duda de que cada vez que hablamos del Che no sé si la espinita o la punzadita que está escondida sale. Pero, bueno, pensamos: «Él llegó, y eso quiere decir que también otros puedan llegar». Entonces, recordaba también lo del avión; no recuerdo haber sentido indignación tan grande, ni tanta impotencia, porque nos hacen eso del avión con niños que venían, con nuestros hijos.[27] ¿Qué culpa tenían esos niños? Estaba sintiendo lo que sentía cada madre, cada hermana, cada mujer, porque era como un dolor repartido. Sé lo que es perder un hijo, lo que es perder un padre, lo que es perder un hermano. Abel unas veces era mi hijo y ese papel ¿seremos capaces de hacerlo? No sé.

¿Dónde quedaría expuesta la colección?[28]

Tenemos una dificultad con todas esas piezas. Se nos plantea el problema de espacio. Se requieren ciertas condiciones climáticas para que no se deterioren.

[27] Se refiere al atentado organizado por los contrarrevolucionarios cubanos, residentes en Miami, Orlando Bosch y Luis Posada Carriles, el 6 de octubre de 1976, contra un avión de la aerolínea civil cubana procedente de Barbados. Mercenarios contratados por ellos colocaron una bomba que explotó en pleno vuelo haciendo que perdieran la vida setenta y tres hombres, mujeres y niños, incluido, el joven equipo de esgrima cubano que retornaba al país tras una competencia.

[28] Se refiere a la colección de arte que a esas alturas ha logrado reunir la Casa de las Américas, gracias a las donaciones de artistas y Gobiernos de nuestro Continente, y que cuenta con importantes obras en pintura, grabado, diseño gráfico, cartel, dibujo, escultura, fotografía y una muestra significativa de arte popular. Hoy la Colección Arte de Nuestra América Haydee Santamaría incluye más de diez mil obras y se expone tanto en los muros del edificio central de la Casa como en sus tres galerías: Contemporánea, Mariano Rodríguez y Haydee Santamaría.

Esperemos que ahora que hay un Ministerio de Cultura también se vea esa necesidad. No tiene que ser tanto espacio. Con un arreglo adecuado bastaría. Hay que pensar también que no se nos pueden echar a perder esas piezas ni las de Artes Plásticas que forman una gran colección, la mejor de América Latina, a juicio de conocedores como Mariano [Rodríguez], [Jesús] Soto –el pintor venezolano– y [Roberto] Matta, el chileno. Ellos consideran que es un conjunto de obras de gran calidad. Muchos cuadros de valor de pintores latinoamericanos están dispersos en distintos países. En cambio, el que quiera ver reunida una colección de todos juntos, solo la va a encontrar en este país. Bastaría que el Museo Nacional, donde hay preocupación por recoger las obras de los cubanos, nos entregue una pequeña muestra de nuestros pintores para que Cuba esté representada. Cuba sería depositaria de todos esos valores, pero partiendo de un criterio continental. Y dentro de cincuenta o cien años esta colección estará en el país que convenga. Será responsabilidad de las nuevas generaciones y las próximas cuidar celosamente esa colección, conservarla por encima de todo hasta que esta América sea la América de verdad: la que quiso Martí.

Se suscita el tema de la penetración imperialista en el campo de la cultura en América Latina.

El imperialismo lo que hace es saquear toda la riqueza posible de América Latina. A los hombres ya hechos los llevan a trabajar a través de una beca. Lo han hecho y lo hacen porque tienen dinero. Muchos escritores han resistido años y años. A veces la vida les es terrible y no pueden resistirse a una de esas becas, que por ahí pintan de distintas formas. El imperialismo ya no se conforma con explotar a los pueblos. Ahora explota también nuestras culturas. La política del imperialismo es contra los pueblos latinoamericanos, porque lo mismo pretende arrasar con sus economías que con sus inteligencias.

A propósito de ese tema, Haydee, ¿cómo se han desarrollado sus relaciones con los escritores y artistas?

Siento que me comunico con los artistas, tanto con quienes trabajo y veo a diario como con los demás, con los que de una u otra manera he tenido relaciones de trabajo. Para mí ha sido fácil. Cuando comencé a dirigir Casa de las Américas tal vez no tenía muy claro el concepto de lo que era un escritor o un artista. Suponía que debía ser algo esnob, extravagante. Y es aquí, en Casa de las Américas, donde aprendo a respetar a los creadores en el arte y la literatura, y donde, además, no permito que no se les respete, porque sé que son luchadores, inquietos. De los compañeros que trabajan en Casa de las Américas desde hace muchos años, como Mariano, Galich, Retamar, Lesbia [Vent Dumois], Peña, Benedetti, Benítez Rojo, Argeliers [León], todas figuras

conocidas del arte y la literatura, aprendo mucho. Son mis verdaderos asesores en los problemas estéticos. A la vez, yo he podido brindarles una dirección; creo que de mí recogen orientaciones positivas en el orden político, en los problemas políticos que surgen, quizás por tener más información y estar más actualizada en ese sentido, y por moverme en campos que no son específicamente los suyos. De ese modo, he podido ser un punto de equilibrio, diría yo, entre las distintas manifestaciones artísticas: ni preponderancia de las artes plásticas sobre la poesía, ni desventaja del teatro con respecto a la música.

Frente a Haydee Santamaría uno no puede dejar de pensar en la historia de la Revolución Cubana desde sus albores; uno tiene presente el importante papel revolucionario desempeñado por la mujer cubana a lo largo de nuestra historia y de la historia misma de la América Latina. Y me pregunto y le pregunto: Haydee, ¿quién es la mujer que usted admira más en la historia del continente?

Micaela Bastida, la mujer de Túpac Amaru –responde sin vacilar–. Me siento muy cerca de Micaela. A Juana de Azurduy, también admirable, los años le van dando experiencia y muere anciana. Tantos hechos, todo lo que le ocurre, la van engrandeciendo, porque los años empequeñecen o engrandecen y a ella los años le dieron la oportunidad de crecer; oportunidad a la que ella supo ser fiel. Pero a Micaela no le dieron oportunidad, y sin embargo permanece grande. No siempre se es justo en la historia. Generalmente no se mide a aquella persona que no tuvo la oportunidad de vivir y fue grande. A lo mejor muere en su primera acción, o muy joven todavía ¡y ya es tremenda! Eso quiere decir que si hubiera vivido veinte años más... Sin que la vida le dé la oportunidad de hacerse grande, ella se engrandece en segundos. Cuando la vida da oportunidades siempre hay más posibilidades. Pero aprovechar el minuto, saber medir ese instante, ¡qué difícil es! Agarrar el segundo que te da la historia, la hora que te da la historia, y engrandecerte en ese segundo en esa hora ¡es tremendo! ¿Qué tiempo, qué oportunidad le dan a Micaela para hacerse grande? ¿A qué edad muere Micaela? Era joven. ¿Qué edad tenía entonces Túpac Amaru? Él era muy joven y ella era más joven aún, y era simplemente su mujer, su compañera. Y hay que ver cómo Micaela, sin ser dirigente, en las pocas, poquísimas oportunidades que le da la historia y la vida, se mete en la historia de nuestro Continente y cómo permanece. Mi admiración por Micaela es la misma que siento hacia alguien que en un instante de la vida se hace grande, sabe hacerse grande.

¿Y el hombre que admira más en la historia de América Latina?

Creo que sin Martí ninguno de nosotros –y cuando digo nosotros, digo Fidel, Mella– hubiera sido quien ha sido. También tenemos a Zapata entre las grandes figuras del continente. Con Martí me pasa un poco lo que con Micaela

Bastida. Parece imposible que un hombre con cuarenta y dos años haya sido capaz de hacer tanto. A esa edad es cuando un hombre empieza a vivir, a madurar. Y Martí hizo cosas extraordinarias, como crear un partido para dirigir la guerra y para gobernar después. Algo increíble para su época. ¿Cuántas cosas nos deja? ¿Cuántas cosas nos aporta? Martí prevé el imperialismo. ¿Cómo pudo hacer tantas cosas sin dejar de escribir incansablemente? Todavía están apareciendo escritos suyos inéditos o no conocidos. Creo que es la figura que deja más cosas en concreto a pesar de los pocos años que vivió. Y todavía continúa con una vigencia incalculable. ¿Cómo se puede hacer tanto en cuarenta y dos años? Le ocurre un poco como a Micaela. ¿A qué edad muere Bolívar? Y era una figura extraordinaria, era un guerrero con una gran visión. ¡Martí fue excepcional por la visión que tuvo de su tiempo y del futuro!

Ahora, de nuevo se hace presente la contradicción entre el cuestionario previo y las respuestas espontáneas: una entrevista a Haydee es varias entrevistas posibles, pero el oficio obliga.

Volviendo al tema de la Casa, Haydee. No nos ha hablado aún de la importancia de las ediciones, de los diseños de esas publicaciones que, por cierto, algunas son de excelente calidad, ni de la labor del CIL *o Centro de Investigaciones Literarias, ni del departamento de Teatro.*

Bien. Creo que con respecto a América Latina las ediciones Casa tienen una importancia incalculable. De las universidades, tanto de Cuba como de otros países del continente, recibimos constantes peticiones. Las necesitan los estudiantes, sobre todo los de Humanidades. Así que se trata de dar a conocer nuestra literatura. La literatura siempre refleja la vida de los pueblos, y era necesario divulgarla en América Latina y otros países. En general, la literatura latinoamericana era desconocida para el gran público. En los países socialistas era poco conocida –con la excepción de Vallejo, Neruda, Guillén y otros–. Pero ellos rebasan la literatura latinoamericana, ya son universales. Cuba, a través de Casa de las Américas –las ediciones, los premios– ha dado a conocer a los escritores y a la literatura de nuestro Continente. Por ejemplo, aquí estuvo recientemente Víctor Volski, director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. A través de personas como él hemos podido difundir muchas de esas obras. La novela de Soler Puig, *Bertillón 166*, que obtuvo el Premio en 1960, fue traducida a varios idiomas en los países socialistas. Y también se han traducido y publicado muchas otras que no fueron premiadas. Aquí hemos conversado con los agregados culturales de los países socialistas acerca de los escritores latinoamericanos. No sería exagerado decir que Casa de las Américas ha desempeñado un papel importante en la difusión de la literatura del continente. Y así debe ser.

Contamos con un departamento de diseño que desde hace quince años lo dirige Umberto Peña, y efectivamente, como tú has dicho, algunos de sus trabajos están muy bien logrados. Considero que la mayor creación de ese departamento ha sido que en los años más difíciles de nuestro país, cuando algunas veces por necesidad y otras por despreocupación no se le daba importancia al diseño gráfico, para los diseñadores de nuestro departamento lograr una obra con la máxima calidad fue tarea fundamental. Con los pocos materiales que tenían sacaban lo mejor. Si para la editora era importante el contenido del libro, para el departamento de diseño lo más importante era el diseño. Con esto quiero decirte que siempre se trató de coordinar las dos cosas, porque no había contradicción en escoger entre contenido y diseño. Igual logramos hacer afiches de verdadera calidad para nuestras exposiciones.

Por otro lado, diría que nuestro Cil ha hecho un gran trabajo. Benedetti ha desempeñado sus funciones con mucha eficiencia. Cuando él tuvo necesidad de irse de Cuba lo sustituyó Trini [Pérez], una compañera muy joven. El personal con que cuenta el Cil es escaso. Pero los compañeros allí trabajan con rigor. Hay que ver la cantidad de valoraciones múltiples que han hecho.[29] Porque nadie calcula cuántas cosas hay que hacer o a cuántas personas hay que consultar o entrevistar para confeccionar una valoración. Durante dos o tres años se han insertado en el Cil algunos estudiantes universitarios. Después los reclaman, porque los necesitan como profesores. Y yo he dicho que se les debe permitir que vayan, porque el profesor es muy importante. Además, yo no soy directora de Casa de las Américas solamente. Me siento parte de todo el proceso revolucionario, y tengo que tomar en consideración dónde será más útil o necesaria la persona.

Por otra parte, tenemos relaciones con el movimiento teatral latinoamericano. Muchas veces se considera que traer un grupo de teatro es lo más importante y no siempre es así. La revista *Conjunto* publica las obras y comenta la labor de los grupos latinoamericanos. De ese modo se valoran los grupos, sus formas y estilos, y se conocen las obras que se están representando. Sería más fácil traer un grupo de teatro y que presente tres o cuatro obras en Cuba. Y, sin embargo, desearíamos traer grupos. Por ejemplo, hay uno mexicano, creo que se llama Teatro-Café o Café-Teatro. El grupo está compuesto por cuatro o

[29] La Colección Valoración Múltiple es uno de los resultados de trabajos más significativos del Cil. Cada volumen, compilado por prestigiosos especialistas y editores, reúne aquellos ensayos y estudios más sobresalientes sobre determinado escritor, tema o período de la historia literaria de nuestro Continente. Las recopilaciones incluyen bibliografías acuciosas y cronologías. En sus inicios, Valoración Múltiple fue el nombre de una serie perteneciente a la Colección Recopilación de Textos Sobre. Fue en 1995 cuando adoptó el nombre actual.

cinco actores y un cantante de un alto nivel, y creo que sería positivo presentarlo en nuestro país.

Usted se ha referido al interés mostrado por la Casa de las Américas en la difusión de la literatura latinoamericana en los países socialistas, ¿entiende usted que la Casa de las Américas podría ser el puente idóneo entre las culturas latinoamericana y socialista?

No se trata de si podría o puede: Casa de las Américas debe ser ese puente, de todas formas. Quizás cumpla esa función o no, pero si no es capaz de cumplirla, no es Casa de las Américas. Se están estableciendo vínculos cada vez más estrechos. La última vez que viajé a un país socialista se entrevistaron conmigo todos aquellos que tenían responsabilidades en las revistas dedicadas a la América Latina, y mostraron un gran interés. Ya hemos estrechado lazos con la Unión Soviética, y debemos estrecharlos con instituciones similares de otros países socialistas. No hay tantos centros especializados en la América Latina, pero donde existen, como en la URSS, la República Democrática Alemana y Checoslovaquia, sostenemos relaciones. En general, hemos colaborado y seguiremos colaborando mutuamente.

¿Podría ampliarnos esa respuesta? ¿Cómo ve usted las perspectivas de la Casa de las Américas en el marco de la institucionalización del país y de la creación del Ministerio de Cultura?

Puedo decir que estamos bastante estabilizados en nuestro trabajo, en lo que hemos hecho y podemos hacer, y creo que debemos hacer mucho más. Creo que el Ministerio de Cultura pudiera darnos una ayudita. Todo el mundo tiene puesta una esperanza en el Ministerio de Cultura que no debe fallar a esa esperanza. Pero tampoco debemos esperar milagros, y esto no lo digo porque el ministro sea mi marido. Y les aseguro que de milagroso no tiene nada.

La entrevista toca a su fin. Para mí han pasado las horas sin advertirlas. Mientras Haydee hablaba, he seguido sus palabras apasionadas o serenas donde siempre está presente la unidad de los pueblos de nuestra América fundidos en una sola y múltiple cultura socialista. Bien le escribía el Che en cierta ocasión: «Veo que te has convertido en una literata con dominio de la síntesis». Y ahora, mientras toma la carterita con el inhalador para el asma, que no tuvo necesidad de utilizar, creíamos percibir, aun en su singular y atrayente personalidad, en muchas de sus ideas, en su particular modo de abordar los problemas de nuestro mundo de hoy, en su inextinguible rebeldía, el sello que distingue a más de una generación de cubanos: el sello de Fidel.

Ramón Emeterio Betances: un hombre de nuestros días[30]

Nos hemos reunido hoy cubanos y puertorriqueños, en esta Casa de las Américas, para rendir homenaje a una gran figura de nuestra América: el prócer puertorriqueño Ramón Emeterio Betances. Betances nació en Cabo Rojo, el 8 de abril de 1827. Hoy conmemoramos el ciento cincuenta aniversario de su natalicio; y a pesar de haber nacido hace ciento cincuenta años, y de ser uno de los independentistas más destacados del siglo XIX en las islas antillanas, no conocemos –como se merece– a esta ejemplar figura, a la cual no se le ha dado el lugar que le corresponde en la historia de nuestra América. Es necesario evocar la vida de Betances, las circunstancias dolorosas que lo rodearon, y somos los revolucionarios los que debemos, los que tenemos que resaltar con vehemencia y realidad al promotor y organizador de la gesta del Grito de Lares. Mucho se puede decir de esa vida, vida que dedicó a la independencia de las Antillas, y en particular a la de Puerto Rico, su Puerto Rico, y a la de Cuba, nuestra Cuba. Desde muy temprano, para Betances, «Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas», como diría después su compatriota, la poetisa Lola Rodríguez de Tió. Es por eso que la América nuestra no puede olvidar lo que es común a nuestros pueblos: que hemos tenido, a lo largo de los años, la misma almohada, sin dueño ni descanso, con el solo aliento que época tras época nos han dejado los hombres esenciales, olvidados quizás, a veces, incluso en la tierra que los vio nacer.

En 1855 Betances termina su carrera en París, regresa a Puerto Rico con su título de médico y se entrega con pasión a su profesión. Pero se perfila desde muy pronto como el líder máximo de la corriente antiesclavista y separatista. Es un médico revolucionario como lo serán luego el Che y Allende. Por eso no le queda otro camino que el destierro. Ha pasado apenas tres

[30] Palabras pronunciadas en ocasión del ciento cincuenta aniversario del natalicio de Betances, en el acto central celebrado en la Casa de las Américas el 8 de abril de 1977. La transcripción original de estas palabras se encuentra en el Archivo Casa. El título ha sido colocado para esta edición.

años en su Puerto Rico, y en 1858 se radica en París. Ese es su primer destierro. Regresa a Puerto Rico en 1865 para ejercer su profesión y luchar de nuevo en contra de la dominación española en las Antillas. Los movimientos libertadores de Lares, en Puerto Rico, y de Yara, en Cuba, no parecen haber estado coordinados. Pero ya para ese entonces, puertorriqueños y cubanos se preparaban para enfrentar al colonialismo español con el rifle y el machete. El fracaso militar de Lares, la extensa guerra en Cuba durante diez años, y el primer destierro de Betances contribuyeron a su ideario independentista más allá de las fronteras boricuas. Obligado a abandonar de nuevo su isla, se radicará en París hasta su muerte en 1898. El destierro le reservó la amargura de estar fuera de la tierra que lo vio nacer, su Puerto Rico, pero lo convirtió en el hombre legendario capaz de ser un digno representante de las ideas justas de su época. Con su brillante intervención en la problemática de las Antillas, sin temor, y fiel a sus ideas emancipadoras, encarna la lucha por la independencia de Cuba. Betances, el noble y primer ciudadano de Puerto Rico, el siempre desterrado doctor Betances, forma parte de ese numeroso grupo de hombres que, unos con el fusil a cuestas en las maniguas cubanas y otros con el trabajo constante en el exterior, hicieron suyo el Grito de Yara y luego el ideario martiano. Betances se dedica por entero a la independencia de Cuba, sin que esto lo haga olvidar por un solo instante a su Puerto Rico. Para él estarían siempre unidos estos dos nombres, estos dos pueblos: Cuba y Puerto Rico. Y así expresa con ferviente ardor el 16 de julio de 1867: «Cubanos y puertorriqueños unid vuestros esfuerzos, trabajad de concierto, somos hermanos, somos uno en la desgracia, seamos uno también en la revolución y en la independencia de Cuba y de Puerto Rico».

Así comienza a formarse definitivamente en él, la idea de la Confederación Antillana, un proyecto anticolonial, que recuerda la Gran Colombia bolivariana, la Confederación Peruana, la Confederación Centroamericana en sus años de apogeo. Se trataba de terminar con los remanentes coloniales españoles en América y, al mismo tiempo, unificar en nuestra región del Caribe ese conjunto de islas grandes y pequeñas del cual formamos parte inseparable. Y no se trataba de un sueño utópico. Se vivían tiempos de auge independentista en Puerto Rico y Cuba, y la capacidad organizadora de Betances, sus conocimientos de lo que padecía el ser humano en el colonialismo, lo convierten en un hombre de acción, en el revolucionario consecuente, que pretende terminar con la injusticia y detener el avance visible de un nuevo amo que ya asomaba por el norte.

El 16 de diciembre de 1868 escribe Betances a un amigo: «Si no queréis ser esclavos, concédame el cielo la honra de unirme a los hombres de Cuba y de morir allí, en nombre de nuestro Puerto Rico amado».

El Grito de Yara,[31] como sabemos, encendió una larga guerra de diez años y, con posterioridad al Zanjón,[32] ese grito de rebeldía continuó su marcha hasta la explosión de una nueva guerra en 1895, encabezada entonces por José Martí.

Betances escribirá sobre Cuba: «Con las otras Antillas, esta isla parece destinada con la independencia y por su posición, a servir de columna en la balanza de las dos Américas».

Sin pretender esbozar un panegírico de Betances, a la luz salen pruebas evidentes de la grandeza y la cercanía de su figura. Quiere decir esto, que no solo tenemos que verlo como un precursor, admirarlo como hombre grande de su época, sino que Betances es también, en nuestra América, un hombre de nuestros días. Betances es un hombre de voluntad. La fuerza de sus ideas logra interrelaciones con la visión de Hostos, de Martí y de tantos hombres dignos de nuestros pueblos, de los pueblos de esta América.

Martí y Betances nunca llegaron a conocerse personalmente: en una extensa carta en nombre del Partido Revolucionario Cubano, así se aprecia. Sin embargo, hubo entre los dos próceres acuerdo completo en las ideas independentistas de finales del siglo XIX. Cuando toma cuerpo el movimiento insurreccional en Cuba, se organiza en forma efectiva la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, y como delegado general aparece, por acuerdo, Ramón Emeterio Betances. ¿Por qué Betances nuevamente? Era el fomentador, el organizador de Lares, el hombre que desde 1868 supo mejor que nadie que «de España nada puede esperarse, porque nadie puede dar lo que no tiene». Era el conspirador por excelencia, el guerrero puro, el que una y otra vez, desde 1868 cuando encabezó Lares, trató de encauzar la revolución de su país.

Muerto Martí el 19 de mayo de 1895, cuando una bala española le atravesó el corazón en los campos de batalla, Betances y Hostos mantienen vivas las ideas martianas, como se ve en sus cartas a Estrada Palma. La lejanía física de Betances no le permite participar activamente en los trabajos de la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, pero

[31] Proceso independentista cubano iniciado por el hacendado Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de octubre de 1868, al dar la libertad a sus esclavos en el ingenio La Demajagua y convocarlos a la guerra contra España, proclamando la independencia de Cuba, lo cual dio inicio a la Guerra de los Diez Años.

[32] El Pacto del Zanjón, firmado el 10 de febrero de 1878 por una parte de los dirigentes políticos y militares cubanos, terminó la Guerra de los Diez Años, pero no garantizó el cumplimiento de los dos principales objetivos de la contienda bélica: alcanzar la independencia y eliminar la esclavitud, por lo cual, la llamada paz propuesta por los españoles fue una forma engañosa de referirse a la rendición incondicional que exigían.

cumple cabalmente su responsabilidad como representante de aquel Partido en Francia. Y a sus ideas revolucionarias fue siempre fiel, en sus escritos y en sus acciones, hasta la hora de su muerte en 1898. Por más de cincuenta años, su firmeza patriótica y revolucionaria se puso de manifiesto, en primer término, por Puerto Rico y Cuba. Y además de un verdadero paladín e incansable luchador por la libertad de Puerto Rico y Cuba, lo fue también de Haití, de Santo Domingo, de sus islas antillanas. Como hombre de su época, anotemos que Betances mantuvo su ideal independentista totalmente intransigente tanto contra las ideas autonomistas como contra el anexionismo a los Estados Unidos, y para ello libró batallas contra sus mismos compatriotas en toda su ruta revolucionaria. No en balde José Martí dijo de él: «De nuestro Dr. Betances, no nos olvidamos un punto, porque él es el corazón de su país, con el que Cuba se hermana y abraza». Y en otra ocasión describió así la figura de Betances: «piafante bajo la injusticia, organizador bajo la colonia, sereno bajo el destierro, piadoso bajo la amargura».

Compañeros:

Es realmente conmovedor observar cómo, desde su puesto humilde en París, representando a los cubanos, Betances, a la par de hacer propaganda y recaudar fondos, y a pesar de estar enfermo, supo alertar a sus compañeros sobre el mal que «el Norte revuelto y brutal» implicaba. Y es admirable ver cómo, en cada una de sus cartas, preguntaba una y otra vez por el desarrollo de la guerra en Cuba, por las campañas de Maceo en Pinar del Río, por la suerte de Calixto García.

Por esa época, y a pesar de la lejanía, es extraordinaria la visión que tiene Betances de nuestros verdaderos patriotas, de nuestros mambises. Una carta suya lo dice muy claro: «No hay que juzgar a todo un pueblo por uno de los suyos. Estrada [Palma] no es Cuba, y allí tenemos gran número de simpatizantes, desde Masó, Gómez, Calixto [García], Mayía [Rodríguez], Miró, Lacret y otros generales, entre los cuales figuró Antonio Maceo, hasta nuestros capitanes y tenientes borinqueños».

Llama poderosamente la atención una referencia personal que en esa misma carta hace Betances:

> Hablemos ahora de mí. Yo que nunca he temido a nada en este mundo, tiemblo al pensar lo que habrá de ser mi situación cuando vuelva a París. En otra ocasión le escribí a usted que apenas me quedaba clientela alguna como médico. La que una vez fue suficientemente numerosa, la he descuidado para dedicarle todas mis actividades a la causa de Cuba. Hoy soy como un apestado con quien no quieren cuenta aquellos que quieren seguir bien con España; y los hay que cuando me ven llegar, me huyen, temerosos de que voy a pedirles para la causa de Cuba.

Y en una carta que había dirigido al director del periódico *El Porvenir*, de Nueva York, Betances apuntó:

> [...] los Morales Lemus, los Aldama, los Mestres, los Fesser y otros –que tenían todas las cualidades excepto las revolucionarias– eran o abogados de nombre o ricos propietarios o financistas felices, a pesar de ser honrados, esclavos todos de la sugestión americana, volviendo constantemente la vista hacia la Casa Blanca, donde su candidez causaba risa, y empeñados en romper la jaula del león para sujetarlo luego y dirigirlo a su antojo, cruzadas las crines y tapados los ojos con el pabellón de las estrellas. El anexionismo está fuera de cuestión. Hoy la revolución procede, como una erupción volcánica, de las capas sociales que forman el mismo centro del pueblo. Cuba y Puerto Rico serán independientes, grandes y felices.

Sin embargo, como sabemos, con la intervención norteamericana en 1898, Puerto Rico se convirtió, hasta nuestros días, en una colonia yanqui. Pero muchos son los ejemplos que el pueblo borinqueño ha brindado, desde entonces hasta hoy, en su constante batallar por obtener su independencia.

Y hoy se alza una vez más la voz previsora de Betances para decir: «Cooperen los norteamericanos, en buena hora, a nuestra libertad, pero no ayude el país a la anexión».

Compañeros puertorriqueños, compañeros invitados:

Para concluir estas palabras, quisiéramos dejar constancia en nombre de nuestro Partido, de la Casa de las Américas, de nuestro pueblo, de nuestro reconocimiento a Ramón Emeterio Betances en este ciento cincuenta aniversario de su natalicio.

Que llegue desde este acto nuestro más ferviente saludo solidario a los que, siguiendo el ejemplo de Betances y Albizu Campos, continúan firmes e intransigentes en su lucha. Y hoy más que nunca, nuestro saludo especial a la siempre heroica Lolita Lebrón y a sus compañeros, presos en cárceles norteamericanas. Así corresponde a nuestra América rendir tributo a Betances, con el continuo principio de solidaridad que emana de nuestra propia historia. Unamos la consigna de Lares con la de nuestra Revolución Socialista: ¡Viva Puerto Rico Libre! ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Carta a Antonio Jiménez

Ciudad de La Habana, junio 21 de 1977
Año de la Institucionalización

Ref.: D-126

Co. Antonio Jiménez*
San Esteban 407
e/ República y Avellaneda
Camagüey

Recibí su carta donde me habla del pintor Miguel Ángel Santana, y por la edad que tiene ese pintor, y por referirse a las «piñas» de aquellos momentos, no me queda sino pensar que se está refiriendo a Romañach, Domingo Ramos, Ramón Loy, Manuel Vega, al menos, son los pintores que me vienen a la mente de esa época.[33] Puede que se refiera usted a esa «piña». En ese momento, yo estaba muy lejos de poder opinar siquiera sobre quiénes eran los malos o los buenos, y si menciono estos nombres no es porque yo le esté diciendo que ellos formaban parte de una «piña», sino que menciono pintores destacados de ese momento en la Academia. Por lo mismo, tendríamos que poner un punto y doblar la hoja. Este momento es mi momento. Con esto quiero decirle que pertenezco al presente y al futuro de esta Revolución, y, con mi sensibilidad de revolucionaria, si un anciano pintor de ochenta años está falto de estímulos artísticos y morales; me conmueve en mi momento, como le digo antes, que se le tenga abandonado, porque puedo asegurarle que esta Revolución de Fidel no abandona ni a un pintor ni a una modista ni a un carpintero. Esta Revolución está hecha para los hombres y mujeres de esta tierra, y, por lo mismo, contesto

[33] Haydee se refiere a pintores cubanos que fueron profesores y, en algunos casos, directores de la Academia Nacional de Bellas Artes San Alejandro desde los inicios y hasta mediados del siglo xx.

su carta, no porque ese anciano sea pintor: le hubiera respondido igualmente si él tuviera otro oficio.

Puedo decirle que hace poco se me acercó un matancero anciano también, que hace originales figuras de madera, y eso me movió a que tratara de que ese anciano pudiera seguir haciendo dichas figuras. Si este anciano del que usted me habla desea trabajar, y necesita materiales, hágamelo saber concretamente, y puede usted tener la seguridad de que, dentro de las limitantes por todos conocidas que tiene nuestro Estado, ese pintor recibirá una cuota correspondiente.

Yo no puedo, como usted, valorar si lo que él pinta es bueno o malo, porque ni soy pintora ni crítica de artes plásticas. Soy una persona que entregó los mejores años de su vida para que nuestros jóvenes pudieran pintar, y para que no ocurran las «piñas» del pasado. Y esto se refiere no solamente a las artes plásticas, sino a algo mucho más ancho, que es la vida misma. Que en la vida y en el futuro de nuestros jóvenes no tengan que estar escribiendo cartas para pedir algo. Esos jóvenes, los jóvenes de nuestra Revolución, cuando mañana sean ancianos se habrán ganado ese derecho por haber contribuido, como parte del pueblo, sin «piñas» ni egoísmos, a construir la sociedad sin clases por la que luchamos. Y ese derecho lo tendrán ellos, como lo tendrán también aquellos que hoy tienen sesenta años y están contribuyendo desde sus puestos de trabajo o sus Comités de Defensa a hacer esa sociedad hermosa de que le hablo.

Espero que me pueda informar si tenemos la gran suerte de que ese anciano pintor entienda esta Revolución, o si, como usted dice en su carta, no está integrado, pero es revolucionario. De todas maneras, aun en caso negativo, ello no sería nunca motivo para negarle a ese anciano lo que lo haría feliz en sus últimos años de vida, pues yo, «personero» de este Gobierno,[34] sí entiendo lo que usted me ha dicho de ese anciano.

Reciba un saludo,

Haydée Santamaría

[34] En su misiva del 11 de junio de 1977, desde Camagüey, Antonio Jiménez cuenta que se había encontrado el sábado anterior con este pintor en la Plaza de la Catedral de La Habana y, al conocer su trayectoria y sus condiciones de vida, se dirigió «inmediatamente a los personeros del Poder Popular que estaban en la plaza», quienes «tomaron nota».

Nota de/a Mariano Rodríguez[35]

19-12-77

Haydée:

Si aceptamos esto, vendrán muchos artistas con el mismo fin de «protesta». La colección permanente debe seleccionar y no aceptar todo lo que viene.

Saludos,

Mariano

Respuesta de Haydee

Mariano, no creo tenga que preocuparnos lo que debamos seleccionar para el Museo Salvador Allende, ese es un problema de Paya, y si quiere nuestra opinión se la damos.[36]

Sobre «la colección permanente» nuestra, tampoco tenemos que preocuparnos. Seremos nosotros quienes digamos qué debe o no debe ir. ¿Pero

[35] Respuesta manuscrita a una nota enviada por Mariano a propósito de un cuadro recibido en la Casa de las Américas.

[36] Haydee hace esta aclaración porque en esos años se recibían obras tanto para la Casa como para el proyecto de crear el Museo Internacional de la Resistencia Salvador Allende (MIRSA), llevado adelante por la secretaria del presidente chileno, Miria Contreras Bell (conocida como La Payita o Paya), exiliada en Cuba tras el golpe de Estado de 1973 y quien trabajaba desde la Casa de las Américas en la solicitud de obras a los artistas de todo el continente, para hacer realidad la colección de arte contemporáneo que quiso conseguir Allende una vez que asumió la presidencia, y que se vio frustrada por aquellos acontecimientos. El MIRSA hoy día es el Museo de la Solidaridad Salvador Allende, con sede en Santiago de Chile.

cómo saber si es bueno o no el cuadro si no lo vemos? Mi opinión es que hay cuadros de nombre que nunca pueden ser tan malos, pero hay otros que sin ese nombre pueden ser muy buenos, pero si desde antes de verlos los vetamos estamos siendo sectarios, no seríamos justos. Por eso mi pregunta es ¿cuál es la preocupación? Si «vendrán muchos artistas con el mismo fin de protesta», y son buenos, ¿dónde está la preocupación?, debe ser la misma preocupación si el fin no es de «protesta» y no es bueno el cuadro.

Creo tendremos un método para seleccionar, y ese método se debe aplicar a todos los cuadros sean con un fin o con otro fin: Calidad, sin ver quién lo firma, y si alguien con nombre manda uno no tan bueno debemos quedarnos con ese, ponerlo, pero, además, pedirles manden otro mejor y así tener dos de nombre, uno regular y otro bueno. Ese creo debe ser uno de los métodos, además de muchas cosas más.

[S/firma]

Carta a Mirtha Mesa

Ciudad de La Habana, diciembre 30 de 1977
Año de la Institucionalización

Ref.: D-247

Cra. Mirtha Mesa*
Dolores No. 817
e/ 16 y 17
Lawton-Habana

Compañera:

Ya que me pide una explicación sobre la beca de su hija Ileana, se la voy a dar, a pesar del tiempo que tengo que emplear en esta explicación. Tengo mucho trabajo, tanto, que puedo decirle que a mi madre, que es la misma de Abel Santamaría, la enterré y al otro día comencé a trabajar desmontando la casa con dolores y angustias, no solamente por la muerte de mi madre, sino porque esa muerte representaba quitar un hogar de ochenta años. En ese mismo central, en esa misma casa, ha vivido la familia Santamaría Cuadrado, como le digo, ochenta años, fue encontrar recuerdos desde los abuelos hasta las cosas de Abel; le cuento esto para que comprenda que un dirigente tiene dolores, angustias, somos seres humanos, y con todo puedo decirle que a los tres o cuatro días de enterrar a la madre de Abel, a mi madre, recibí otra carta de su hija, pidiéndome le apresurara lo de la beca. Con mucho trabajo atrasado, cansancio y dolor (mi madre estuvo cuatro días en coma, y como es natural no se dormía, y había pocos deseos de comer), pues bien, priorizando trabajos, me ocupé de lo de la beca de su hija, hasta una aclaración de la situación. Vamos a lo más importante, me dice en su carta que usted no entiende cómo por un punto, o menos, a su hija no le dan ingreso en la [Escuela Vocacional] Lenin, y además que debía ver su conducta, etc. En esto le digo, compañera, que como su hija tenemos miles, por suerte, y por lo mismo, lo que no es infinito sino finito tiene que tener medidas; y sobre que si yo la

pedí me la debían dar, en esto sí tiene usted una gran deficiencia como revolucionaria: ¿cómo puede usted imaginar que yo pida algo y me lo den, si no es correcto? ¿Cree usted que sería esto de verdad una Revolución si eso ocurriera? Por favor, compañera, no he enterrado a compañeros tan amados para que se me den cosas tan pequeñas. Todo lo he pasado con dolor, pero feliz para que todos los niños, los jóvenes de nuestra patria tengan escuelas, maestros, médicos, para que tengan lo que tiene su hija, los míos. ¿Por qué no hay becas suficientes? Porque nuestra economía no lo da, y las becas hay que darlas para aquellos que no tienen secundarias, Pre, es decir, para los que viven en la Sierra Maestra u otros lugares que de no becarlos no podrían estudiar. ¿Por qué debo yo querer más a su hija que al hijo de un campesino? Debo querer a los dos, pero comparando las condiciones creo una beca se le debe entregar primero al hijo del campesino, ¿no haría usted lo mismo?

También le explicaré que yo no pedí la beca en la Lenin para su hija; cuando ustedes me dijeron que se la habían quitado teniendo el promedio, consideré eso una injusticia y lo que hice fue investigar, y voy a decirle algo que no quise decir ni a usted ni a nadie: las notas enviadas por ustedes estaban alteradas; al pedir en la escuela el informe se vio, así que en esto ya no es un problema de puntos ni décimas, es engaño. Pero pensando en que su hija es una adolescente continué haciendo la gestión para otra secundaria, y haciendo un esfuerzo me la dieron, pero debe esperar las nuevas Esbec,[37] no hay otra forma.

Compañera, también deseo aclararle qué distinto pensamos sobre nuestros hijos usted y yo, y creo las dos los queremos iguales. Cuando mi hija Celia María terminó la primaria, con diez años, le faltaron tres décimas para la Lenin y le faltaron por tener en Educación Laboral pocos puntos, pues en todas las demás las tenía por encima de 98, desde 4to. grado, y además, varios premios nacionales en concursos de Literatura. Por confusión de la escuela la mandaron a cursos especiales en la Biblioteca Nacional por opinar sus profesores que era mejor que asistir a las clases de Educación Laboral, ya que en ese entonces esa asignatura no se medía, y da la casualidad que ese año, en 6to. grado, al terminar el curso, el Ministerio de Educación dispuso se contara esa asignatura y Celia María tenía en esa 75 puntos, mientras que en las otras, como le digo, todas por encima de 98. Pero al entrar esa asignatura le bajó el promedio; le faltaron si mal no recuerdo tres o cuatro décimas. Eso fue en la escuela Felipe Poey, allí deben estar todavía sus notas, y puedo decirle, compañera, que fui yo quien le dio aliento a sus profesores porque se sintieron culpables, y le hice comprender a la niña que el problema era estudiar, y que en nuestro país se puede estudiar sin ser en la Lenin y sin costarnos un centavo. ¿Sabe usted, compañera, que nuestro país es el único país en el mundo, incluyendo los socialistas, donde no cuesta un

[37] Escuela Secundaria Básica en el Campo.

centavo el estudio secundario? Para continuar la historia de mi hija le diré que se presentó en los Camilitos[38] y se becó, eso fue en 7mo., hoy está en 1er. año de Pre con catorce años, y desde el 7mo. no ha perdido la vanguardia, es vanguardia desde el primer año.

Toda esta historia es para que usted vea claro cómo yo jamás pediría algo que no deba, yo hice la reclamación por su hija, pero su hija no tenía derecho como se me comunicó.

Bien, compañera, creo que su hija tendrá la beca en otra Esbec, lo pedí, y puede creerme que este año es la única beca que he pedido, y creo será la última, porque todo debe tener formas en nuestro país. Uno debe estar para reclamar un derecho, reparar una injusticia, pero no pedir privilegios. Le aseguro, compañera, que esta es la mejor educación que podamos dar a nuestros hijos, y tratar de que no sean infelices por cosas tan sin sentido. ¿No comprende [que] hoy es infeliz por eso y mañana [lo] será por otra cosa? Quiero decirle que, aunque no lo crea, trato que mis hijos no tengan privilegios, lo cual me es bastante difícil; pero les quiero tanto, deseo tanto su felicidad, que por experiencia sé que la felicidad no es complacer un capricho, debo hacerlos fuertes para que sepan que la vida por sí misma es felicidad, y quien no entienda las contrariedades y asimile los dolores jamás encontrará felicidad.

Tengo seis hijos, dos que parí, Abel y Celia María, y cuatro adoptados, el mayor tiene veintidós años, la más chiquita catorce, y le aseguro no me ha ido muy mal, ni a ellos ni a mí.

Le ruego, compañera, entienda cuanto le digo, y si lo he hecho es porque usted me ha presionado.

Revolucionariamente,

Haydée Santamaría

[38] Estudiantes de las Escuelas Militares Camilo Cienfuegos, fundadas en 1966, con el propósito de contribuir a la educación primaria y secundaria de los hijos de los mártires y combatientes del Ejército Rebelde; luego se abrieron a la enseñanza preuniversitaria y a todos los que optan por ellas y son elegidos.

Carta a Jorge Valls Arango

Ciudad de La Habana, mayo 26 de 1978
Año del XI Festival

Ref.: D-96

Jorge Valls Arango
P. del Este. Combinado
Km 13 ½
Guanabo

Jorge:

Recibí tu nota. Gracias.[39]

Mucho me alegra que recordaras con cariño a mamá, que no es otra cosa que la madre de Abel Santamaría. Te digo esto, porque siempre seguirá siendo para Cuba la digna madre de Abel, y haber sabido serlo, la inmortalizará.

480

¿Triste? Puedo decirte, Jorge, que no lo estoy. Cuando le dije hasta siempre, se lo pude decir con más amor que nunca. Eternamente le daré las gracias a la vida por haber podido despedirme de ella, siendo la madre que

[39] La pequeña nota manuscrita de Valls, enviada desde la cárcel el 15 de febrero de 1978, dice lo siguiente:

15-2-[19]78

Haydee querida:

No es atrevimiento dirigirme a ti de esta manera porque estoy pensando en muchos años atrás. Con meses de atraso supe de la muerte de Joaquina, tu madre, y pensé… tantas cosas. Sobre todo que no fuimos extraños. Guardo en mi alma los recuerdos de una época, de los más noblemente humanos para mí. Cuando supe la noticia, para mí no fue un parte oficial sino algo que en lo personal me tocaba, y sé que lo que una vez fuimos lo seguiremos siendo siempre. Comprenderás que no me son fáciles las palabras. Creo que hay un solo punto en el que todas las cosas humanas ceden y es ante el traspaso del espíritu a la dimensión definitiva. He rezado por tu madre, he recordado. En Dios pongo la confianza. Perdóname, pero solo quería que tú supieras que yo lo había sabido.

Siempre respetuosamente para ti y los tuyos.

Dios sea contigo.

Jorge Valls

Abel deseó: sus últimos veinticuatro años los dedicó a la causa de su hijo. Puedo decirte que cuando cerró sus ojos se estaba preparando para el acto que le preparaban a Abel por sus cincuenta años. Aunque la enterramos tres días después, ya estaba sin vida. Esos tres días últimos tuvo una vida artificial. Hasta en eso fue buena la vida con ella; se fue sin saberlo, alegre, se preparaba para la fiesta de cumpleaños del hijo tan querido, la fiesta que le daba la Revolución, su Revolución, la misma por la que el hijo quedó sin vida un 26 de julio de 1953, la misma que hace a ese hijo inmortal.

Gracias otra vez, Jorge, y ojalá que logren tu Dios y el mío,[40] que se pueden conciliar perfectamente, volver a hacernos hermanos como una vez lo fuimos.

Haydée Santamaría

[40] En una nota adicional que Haydee escribió a su secretaria para que la hiciera llegar a Retamar –a quien le había pedido que revisara su respuesta, porque «no quiero tenga faltas mi carta, y no tengo deseos de revisarla», ya que (según ella) Valls «deseó con el alma ser un gran escritor» y quizás persistía en su propósito–, adiciona una reveladora explicación: «Jorge y yo fuimos de verdad amigos y mi mamá lo quiso mucho, pero como él conoció a mamá en los meses después del Moncada, no quiero puedan quedarle esos recuerdos; aunque él siguió después viéndola, la gente se detiene donde más desea, y por si las moscas, le aclaro bien, ese es el sentido de mi respuesta. Él me pone: "Joaquina, tu madre", por eso yo pongo la madre de Abel; él me pone: "Cuando supe la noticia, para mí no fue un parte oficial sino algo que en lo personal me tocaba", por eso le respondo lo del acto que la Revolución le preparaba a Abel, e insisto en la inmortalidad que da la Revolución (mi Dios); y lo de la fiesta que mamá preparaba para los cincuenta años de Abel es cierto, hasta yo no comprendía cómo mamá podía estar tan contenta para conmemorar los cincuenta años de Abel y hablaba como si Abel con veinticinco años fuera igual, sin canas, o calvo, sin arrugas, comprendí lo que es la inmortalidad. Les explico esto para que no crean que Jorge me convirtió en religiosa».

Carta a Reinaldo García Alfonso

Ciudad de La Habana, junio 12 de 1978
Año del XI Festival

D-110

Compañero Reinaldo:[41]

Recibí su carta del 29 de mayo sobre las condiciones en que se encuentra la escuela primaria Abel Santamaría Cuadrado que, según me dice, son las peores, no obstante haber ganado primeros lugares en la emulación. Se ve que su director y sus profesores aman su labor de maestros. Deseo, a través suyo, enviar un saludo a todo el profesorado. Siempre he considerado esa profesión entre las más estimables, pues seguro que con buenos maestros tendremos buenos ciudadanos.

Sin embargo, a pesar de toda la estimación que pueda tener por ese buen profesorado, y como es de suponer, también por el nombre que lleva la escuela, se me hace completamente imposible prestar ningún tipo de ayuda. Como usted bien sabe todos esos problemas están a nivel de los Poderes Populares y, aunque por llevar la escuela el nombre de Abel se me puede permitir quererla más que a otras, no puedo ni debo, por esa misma razón, pedir a nivel nacional una ayuda especial para la escuela Abel Santamaría. Pienso que si hiciera eso dejaría de sentir a otros hermanos de tantas y tantas escuelas que llevan nombres muy queridos.

Son ustedes, profesores, padres, alumnos, los que tienen que ir al lugar que deban y exponer las necesidades. Comprendan, además, que puede haber escuelas en peores condiciones, pero la moral del esfuerzo que han hecho su director y profesores por mantener en los primeros lugares la escuela, esa moral es la que no deben perder nunca. Tengan la seguridad que conocí bien a Abel y [en] una escuela que quiera honrar de verdad su nombre, lo principal

[41] Padrino de la escuela Abel Santamaría del reparto Vista Alegre, en Santiago de Cuba.

debe ser la calidad revolucionaria de quien la dirija, de quien imparta las clases y que, a pesar de todas las dificultades, saquen adelante a esa masa de niños, los que precisamente, por comenzar en esa escuela en edades tan difíciles, llevarán para siempre en sus mentes lo que hayan podido aprender en esa escuela.

Ojalá, compañero Reinaldo, que cuando reciba esta carta ya esté de más porque hayan mejorado la escuela dentro de lo posible. He leído en los periódicos el inmenso esfuerzo que están haciendo en Santiago de Cuba para recibir dignamente el XXV aniversario del Moncada.

Para todos, profesores y alumnos, mis saludos más afectuosos.

Y para usted un ¡no desmaye!

Haydée Santamaría

Palabras a propósito de la creación del Círculo Internacional Amigos de los Niños

Estimados delegados y participantes del Círculo Internacional Amigos de los Niños.

Compañeros de la presidencia.

Queridos compañeros y compañeras:

Durante estos días nuestra patria ha sido escenario de las actividades del XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes.[42] Hemos recibido a miles de jóvenes, de casi todos los países, y hemos compartido con ellos cordiales jornadas de amistad y hermandad. Hemos visto con alegría que nuestras calles, que nuestras ciudades, se han llenado de delegaciones juveniles, muchas de ellas, procedentes de lugares muy lejanos. Estos días han sido de júbilo: en ellos se han estrechado hermosos lazos, y han surgido vínculos y afectos que difícilmente podrán ser borrados, que difícilmente podrán ser destruidos. Los jóvenes que han participado en este XI Festival han dado muestras de la honestidad de sus ideales, de la fuerza que los alienta, porque en ellos ha prevalecido el interés humano, la identificación con principios justos, la aspiración a una forma de vida digna y noble. No ha sido otro el propósito que los ha animado, no ha sido otra la razón que los ha impulsado en sus manifestaciones. Por eso han estado presentes en esta fiesta juvenil, para expresar, con decisión, sentimientos honrosos y una admirable conciencia de integración y de trabajo. Hemos sentido que, en el calor de sus voces, en el colorido de

[42] Celebrado en La Habana, entre el 28 de julio y el 5 de agosto de 1978, bajo la consigna: Por la solidaridad antimperialista, la paz y la amistad. Se reunieron unos dieciocho mil quinientos jóvenes de ciento cuarenta y cinco países. Las palabras de bienvenida estuvieron a cargo de Raúl Castro Ruz y la clausura a cargo de Fidel. Entre las diversas actividades realizadas por los delegados estuvo la creación del Círculo Internacional Amigos de los Niños, en la Casa de la Cultura de la Ciudad de los Pioneros José Martí, en Tarará, en el cual sesionaron los delegados entre el 29 de julio y el 4 de agosto. La copia de estas palabras de Haydee, leídas ese último día, se conserva en el Archivo Casa.

sus cantos y expresiones ha primado un espíritu sincero, un verdadero amor a la justicia y a la igualdad y, sobre todo, que en ellos se ha reflejado la vida y el sentir de sus pueblos. Y eso nos ha hecho recordar que muchas veces han sido los jóvenes los protagonistas de acciones que han transformado profundamente una sociedad en determinado momento histórico. Esa participación, históricamente reconocida, los hace más dignos de consideración y de respeto. Muchos ejemplos podríamos mencionar en este sentido y muchos más habrán de contarse en el futuro. Esos aires frescos y animosos, estimados compañeros, nos han acompañado, nos han estimulado, haciéndonos sentir satisfechos de poder vislumbrar las señales de un porvenir lleno de esperanza. Estas jornadas de fiesta, de colorido, han sido también jornadas de intensa e infatigable labor.

La creación del Círculo Internacional Amigos de los Niños ha sido uno de los logros de las actividades programadas dentro del XI Festival, y una expresión del espíritu que ha predominado. El Círculo Internacional Amigos de los Niños ha constituido una interesante experiencia cuyos resultados han sido palpables. Es importante y extraordinariamente provechoso que los jóvenes y los niños sean los que impulsen las actividades y asociaciones que habrán de incidir en el desarrollo y mejoramiento de su sistema de vida, de sus posibilidades culturales, de sus facultades creadoras. Sin duda alguna, ellos conocen bien sus problemas, y pueden decidir con un sentido de futuro. En este Círculo Internacional de amistad, jóvenes delegados al XI Festival se han ocupado de trabajar por los niños, se han interesado por ampliar el campo de sus posibilidades, por buscar fórmulas y medidas que posibiliten una estrategia para esa gran tarea de hacer realidad la felicidad de una infancia que, en muchas partes del mundo, carece de los más elementales derechos de subsistencia. La desigualdad y la injusticia que padecen en la actualidad miles de niños han sido razones fundamentales para pensar en lo mucho que hay que hacer aún por transformar una situación así. Si terrible es la realidad de una mujer, de un hombre explotado y discriminado, mucho más terrible, mucho más cruel e inhumana es la presencia de un niño condenado al hambre, a la incultura, a la tristeza. En un mundo así a los niños les está vedado ser niños, les está negado el maravilloso derecho de disfrutar de su infancia. Y nada más penoso que una niñez que no lo pueda ser, una juventud que no lo pueda ser, que no puedan desarrollarse física ni espiritualmente. A cualquier joven verdadero, que piense sin egoísmo, le es muy difícil permanecer indiferente frente a esta situación.

La intención de confrontar formas de trabajo, de intercambiar experiencias, de denunciar determinadas situaciones ha sido una de las principales gestiones que este Círculo ha realizado. Y entre las actividades desarrolladas, la de

la conferencia sobre temas como el de los derechos del niño y la colaboración de las organizaciones infantiles, ha sido una de las más importantes. El hecho de que un aspecto así haya sido analizado en varias sesiones de trabajo, y que en esas sesiones haya participado un número considerable de países, reviste una significación especial. La exigencia porque los derechos del niño, proclamados y reconocidos internacionalmente desde hace tiempo, sean un hecho real, constituye una imperiosa necesidad. En este sentido, se ha hecho resaltar también el papel que los movimientos y organizaciones de carácter infantil han desempeñado en este terreno. Muchas de las actividades de estas organizaciones pueden valorarse como una manera eficaz para la realización de gestiones concretas de ayuda a los niños, para el incremento de la amistad, de la solidaridad, sin que las diferencias que existen entre las condiciones de vida de los niños de cada país, las diferencias culturales y hasta ideológicas, hayan sido un obstáculo para el trabajo conjunto. Lo importante ha sido avanzar en las motivaciones comunes, unirse, fortalecer la colaboración internacional. En este aspecto ha sido correcto señalar la atención que se debe prestar a la creación de nuevas organizaciones de este tipo, la necesidad de prestar ayuda a las recientemente creadas y de continuar desarrollando aquellas que lleven tiempo funcionando.

Otro de los temas ampliamente debatidos fue el del arte y la cultura en relación con los niños y su influencia en ellos. El arte, indiscutiblemente, es uno de los factores que mejor pueden contribuir a la formación y a la educación de las nuevas generaciones. Los elementos creadores de una cultura resultan el vehículo idóneo para llegar hasta los niños y los jóvenes, para cultivar lo mejor de su inteligencia, y para educarles. Por otro lado, son los niños y los jóvenes los que culturalmente suelen expresarse más espontáneamente, por lo que la atención a este campo nos debe hacer reflexionar con cuidado, en especial, en lo que se refiere a esa admirable capacidad creadora propia de la niñez y la adolescencia, que los convierte en auténticos creadores, en artistas originales y sinceros. Si bien es cierto que ese espíritu es sofocado en sociedades donde la cultura es un elemento deformante, también es cierto que en esa situación los jóvenes y los niños actúan naturalmente como factores afirmativos, como guardianes de sus expresiones. Allí donde más incide esta deformación, más luchan los jóvenes por salvar su personalidad, por definirse en aquello que nacional y culturalmente les distinga. En este terreno, las posibilidades y las tareas son ilimitadas, pero también son más difíciles. Todo especialista, todo artista verdadero, todo aquel que ame realmente a los niños no puede declinar el deber de trabajar para ellos, de acercar su creación a estos intereses.

Cada nueva generación demanda con ímpetu transformador una participación que la integre y que le permita expresarse en la dimensión que le corresponda, y es necesario, desde ahora, soñar –creyendo realmente en ese sueño, trabajando tenazmente por su realización–, con una realidad en la que cada niño, cada adolescente, sin distinción de color, de sexo, de creencias, pueda disfrutar a plenitud de la cultura universal y sentirse parte de ella.

Ustedes han discutido estos temas y lo han hecho con la mayor libertad e interés. Han analizado puntos esenciales, y lo que es más importante: han intercambiado experiencias, sostenido encuentros con especialistas, artistas y personalidades que se han distinguido por su labor en favor de los niños, y han logrado un ambiente de colaboración, precisamente en estos meses que coinciden con la preparación del Año Internacional del Niño, que ha de celebrarse en 1979. Este Círculo Internacional de Amigos de los Niños ha contado con iniciativas y objetivos muy amplios que han enriquecido el contenido del festival. En esta ciudad maravillosa los pioneros nos han recibido con extraordinario entusiasmo, con hospitalidad y simpatía; y con ellos hemos pedido compartir innumerables actividades, asistir a sus fiestas, exposiciones y demostraciones deportivas. A ellos debemos felicitarles sinceramente y expresarles nuestra admiración por todo lo realizado. Pero deseamos, ante todo, felicitar a los jóvenes participantes de esta reunión, felicitar a los que con tanto calor y tanta brillantez han hecho de este encuentro una fuente de solidaridad y de creatividad, felicitar a sus organizadores.

Con este Círculo Internacional se abren las puertas a otros muchos amigos de los niños, porque lo que todos ustedes desean, lo que todos deseamos, es que los niños sean verdaderamente felices, que encuentren en todo ser humano un apoyo, una mirada amiga. Como lo concibiera Martí, nuestro Apóstol, quisiéramos que en cualquier parte, en cualquier lugar que nos encuentre un niño, ese niño pueda sentir que estamos cerca de su corazón, pueda sentir que lo hemos ayudado, que cuando llegue hasta nosotros nos extienda la mano como «a un viejo amigo y diga donde todo el mundo lo oiga: ¡Este hombre es mi amigo!».

Dentro de muy poco, y en este mismo campamento, hoy Centro Internacional de la Amistad, será promulgado el Código de la Juventud y de la Infancia, documento que regula la participación de nuestros niños y jóvenes en la construcción de la nueva sociedad cubana. En ese código se expone con precisión la atención preferente y constante que el Estado revolucionario dispensa a nuestra niñez en todo lo relacionado con su educación, su nivel de vida y su desarrollo. Nuestra sociedad concede una alta valoración a la joven

generación, porque ve en ella un fiel reflejo de los principios de un mundo sin opresión ni desigualdad.

Estimados delegados, queridos jóvenes: con todos los niños y jóvenes debemos trabajar, no solamente para ellos, sino especialmente con ellos, para alcanzar esos preciados derechos con lo que tanto soñamos, para juntos abonar la simiente luminosa del futuro, de la paz y de la felicidad universal.

Muchas gracias.

Carta a Alicia Alonso

Ciudad de La Habana, octubre 25 de 1978
Año del XI Festival

Cra. Alicia Alonso
Ballet Nacional de Cuba
Calzada 510 e/ D y E

Alicia:

Recibí tu invitación personal para las dos galas que tendrán lugar en el VI Festival Internacional de Ballet. Quiero que sepas que el 28 estaré en Jamaica, pues salgo de viaje mañana, pero te prometo que trataré por todos los medios de estar aquí el día 2. Puedes tener la seguridad que para mí esas dos galas las siento tan mías como si fueran de Casa.

Son muchos los vínculos, las angustias que hemos tenido que padecer, pero creo que, como en toda revolución de verdad, llega el día para todos los verdaderos artistas revolucionarios, y tú, Alicia, tienes en esta Patria Nuestra, no solo el lugar de la primerísima bailarina, ese lugar que tienes en el mundo, aquí, en nuestra tierra, tienes algo más, tienes el lugar que le corresponde a una revolucionaria que ha sabido luchar contra todo por una verdad en el arte.

Sé que has padecido, pero ¿quién no? Siempre serás ejemplo de voluntad y firmeza, y tal vez algún día podré contarte desde cuándo te admiré, y cuántos de los que tanto amé y hoy no están te veían como ejemplo de mujer cubana.

Alicia, luchamos en distintas trincheras, pero con un mismo fin. No lo sabes, hoy te lo digo, hace muchos años que soy tu amiga.

Un abrazo,

Haydée Santamaría

Monólogo para un documental del Icaic[43]

I. Encrucijada-Constancia

Abel [Santamaría] decía desde niño que teníamos o éramos de un origen que todavía no he podido definir. Empezó a trabajar a los nueve años en el almacén del central Constancia, y no por un problema de necesidad, empezó en ese almacén –supongo que en casi todos los centrales era así–, porque eran los hijos de los jefes los que entraban desde pequeñitos en lugares de cierta importancia, aunque fuera barriendo, para hacerse con ese cargo en el futuro. Un tío político nuestro era el jefe financiero, y Abel empieza a descubrir cómo se robaba ahí; descubre cómo a un pequeño campesino, agricultor de caña que tenía un pequeño pedacito, nunca se le molía la caña, pero sí se le daba una cuenta, es decir, se le fiaba hasta llevarlo a un punto en que no podía pagar

[43] Esta transcripción del testimonio recogido en el documental de Manuel Herrera: *Conversatorio de Haydée Santamaría*, producido en 1978 por el Icaic fue publicada bajo el título: «Monólogo de Haydée» por *La Gaceta de Cuba*, La Habana, núm. 4, julio-agosto, 1993, pp. 32-37. La publicación incluye la siguiente ficha del documental: «FICHA TÉCNICA: // Título del documental: Conversatorio de Haydée Santamaría // Año: 1978 // Tamaño: 70 mm-Color // Duración: 74 minutos // Guion: no tuvo // Laboratorios: Icaic-Color // Personal de Producción: // Dirección: Manuel Herrera // Camarógrafos: José M. Riera, Julio Simoneau, Adriano Moreno // Productor: Oscar Asensio // Editor: Alberto Figueredo // Sonido: Marcos Madrigal // Iluminación: Enrique González // Anotadora: Mayra Segura // Mezcla final: no tuvo // Música: no tuvo // Créditos: no tuvo // Trucaje: no tuvo // Autor narración: no tuvo // Narrador: no tuvo». Como explica la nota de presentación al texto en la propia revista: «La filmación fue ordenada, según fue hablando Haydée, incluso se especifica que no tuvo créditos y tampoco se hizo la mezcla final, quiere decir que los cineastas no usaron en todas sus potencialidades ni el montaje ni otros recursos narrativos del cine. "No pienses en un documental, lo que quiero es que se filme el testimonio de Haydée", me cuenta Manolo Herrera que le dijo Alfredo Guevara cuando disponían del equipo. "Me fui con dos cámaras Michel, una terminaba y empezaba la otra. No hubo otra más para hacer detalles o filmar las preguntas del conversatorio"».

ni en cincuenta años lo que había cogido en la tienda. Entonces le decían: «Bueno, te saldamos la deuda a cambio de ese pedacito»; pero es que ese pedacito estaba al lado del otro pedacito y este pedacito estaba al lado de aquel otro pedacito, así se fueron haciendo latifundios de dos o tres personas y solo se molía la caña de dos o tres personas. Abel descubrió esa monstruosidad, las cosas tan canallas que se hacían con el campesino; y luego, cuando le compraban el pedacito de tierra, le quitaban el bohío de guano y de yagua y aquella familia se lanzaba a ver dónde conseguía un pedazo de la tierra de nadie para hacer otro bohío; así entonces volvía a su propia tierra y por un real, como se decía, volvía a guataquear y sembrar la misma extensión que antes había sido de él. Abel veía eso en la práctica, no por procedencia ni porque nos rodeara algo que fuera marxista, sino por sensibilidad humana. Se une al campesinado de una manera tremenda, tanto, que decía que nuestros verdaderos obreros, nuestra verdadera clase eran los campesinos, cosa que está en contra, o por lo menos no muy a favor, de todo lo que se leía y lo que se decía. Él decía que nuestro país era un país de latifundios, que nadie era dueño de la tierra y que el campesino era un trabajador. Después, cuando trabajó en la oficina de la textilera Ariguanabo, decía que el trabajador de la fábrica, aunque era tremendamente explotado por los dueños norteamericanos de la textilera, aun dentro de eso, eran privilegiados porque ganaban un salario el año entero y tenían cierta forma de vida, no decía que no eran explotados, y que, en cambio, el campesino cubano era una clase tan explotada que en el momento en que al latifundista le daba la gana lo lanzaba a la calle, le quemaba la casa, no tenía donde vivir y se convertía en un asalariado.

Abel no leía libros marxistas, pero tenía una verdadera vocación por la Reforma Agraria, leía todo lo que se publicaba y hablaba de Reforma Agraria, y también consideraba que al campesino no se le podía entregar la tierra y decirle trabájala y ya, porque vendría otro campesino más vivo y lo volvería a explotar. Te estoy hablando de momentos en nuestro centralito. Abel creía y decía que la tierra había que dársela al campesino, pero siempre con una vigilancia del Estado, cuando hablaba de ese Estado decía que tenía que ser el Estado de los trabajadores, aunque él no lo supiera, porque ¿quién podía vigilar, qué Estado podía vigilar? Era el Estado de los trabajadores, el partido, el Gobierno, el nombre que le queramos dar, pero de los trabajadores. Eso fue en sus primeros años.

Después conoció a Jesús Menéndez y las luchas de Jesús Menéndez en el central Constancia fueron grandes y, para nosotros –para Abel y para mí– fue descubrir otra cosa. Hablábamos con Jesús Menéndez, que era purgador cuando había que hacer el azúcar con una paleta de palo. Abel le decía que él –Jesús– daba grandes luchas por los centrales, por los azucareros, pero que no podía olvidarse de que el que sembraba la caña, picaba la caña y echaba la

caña en las carretas o en los vagones de ferrocarril era también un obrero azucarero; y recuerdo que Jesús le dijo: «No, las luchas tienen que comenzar por donde haya fuerza y la fuerza hoy está en los trabajadores azucareros que están dentro del central porque los campesinos están dispersos. ¿Cómo aglutinamos a todos esos campesinos para hacerlos una fuerza? Uno vive a una legua del otro, el otro a tres leguas del otro y los azucareros de un central están todos concentrados en un pequeño poblado». Lo que Abel le decía sería una lucha del futuro.

Abel era muy joven y no estaba muy convencido. Vivía la tragedia del campesino, le chocaba aquello, porque lo vivía, pero sentía un respeto tremendo por Jesús Menéndez, tanto, que cuando lo asesinan se brinda para vengar su muerte y se va a ver a quien era en aquel momento el jefe del Partido Socialista Popular (PSP)[44] en Encrucijada y aquel hombre –seguramente– se horrorizó porque un muchacho le decía eso. Nosotros éramos jóvenes, no estábamos dentro de un partido y pensábamos que no podía seguir viviendo quien había asesinado a Jesús Menéndez.

Empiezan sus lecturas y empiezan sus transformaciones. Se hace mayor.

¿Por qué no pertenecer al Partido Socialista Popular? Se lo pregunté algunas veces. Abel tenía algunas contradicciones. ¿Quién tendría la razón? Yo no lo puedo ni lo debo decir. Tenía sus contradicciones, no ideológicas, pero sí en otros órdenes, como tenía una gran contradicción con el Partido Ortodoxo. Entonces yo le decía: «Si tú tienes esas contradicciones» –no porque yo quisiera que él militara allí, lo mismo me daba, para mí Abel era Abel donde quiera que estuviera militando– «¿por qué militas en el Ortodoxo?, ¿por qué...?», y me decía: «Porque en el Ortodoxo tengo más libertad y en ese partido, el PSP, ya no tengo libertad, en ese yo tengo que cumplir una disciplina, y aunque milite, ya no puedo ser una rueda suelta, tengo que militar en un partido». Dentro de los partidos existentes en nuestro país estaba el Partido Ortodoxo, Abel pertenecía a la rama radical del Partido Ortodoxo, que era la Juventud Ortodoxa, donde siempre había grandes contradicciones dentro de esa juventud y sus dirigentes. Nunca vi reunido a Abel con Max Lesnik, y Abel tenía condiciones y una personalidad que, si se reúne con Max Lesnik, Max Lesnik lo pone de dirigente de algo; pero no, a Abel no le interesaba eso, lo que sí le interesaba era estar dentro de un partido donde predominara la juventud, donde estuviera la juventud del país. Abel viene con una gran influencia de la vida de un central y de la vida de un pequeño pueblo que se llamaba

[44] Partido político cubano sucesor del primer Partido Comunista de Cuba (fundado por Julio Antonio Mella, Carlos Baliño y José Miguel Pérez, existió en la ilegalidad entre 1925-1935). En la década del cuarenta asume ese nombre (PSP) y su secretario general fue Blas Roca Calderío.

Encrucijada y de la vida de un pueblo más grande que se llamaba Sagua y de la vida de una ciudad un poco mayor que se llamaba Santa Clara y había una realidad, la masa de la juventud de esos lugares que nosotros conocíamos pertenecía a la Juventud Ortodoxa y Abel quería tener esa gran influencia, toda la que pudiera, de la juventud cubana, y opinaba que él tenía una gran libertad dentro de la Juventud Ortodoxa para hablarle a esa juventud cubana aún más que dentro del Partido Ortodoxo. Ustedes comprenderán que no hay que aclarar que eso no se podía hacer dentro del PSP, pero tampoco quiero ocultarlo porque en la historia no tengo que ocultar nada de Abel, nada, como no hay que ocultar nada de Mella ni de Guiteras. Mella es el fundador del primer partido marxista de Cuba y no hay que ocultar nada de la vida de Mella, como no hay que ocultar nada de la vida de Guiteras; y no estoy comparando a Abel con Guiteras, ni con Mella, pero creo que no tengo que ocultar nada de la vida de Abel.

Abel no odiaba a nadie, pero odiaba a Batista de tal manera que a mí me extrañaba y le preguntaba: «¿Por qué si tú no odias a nadie, odias a Batista de esa manera?». No estoy hablando del Batista del golpe del 10 de marzo, estoy hablando del inicio, cuando Batista llega a ser un sargentico conocido. «¿Por qué? Tú no odias a nadie, ¿por qué odias de esa manera a Batista?». Y me decía: «Porque es el asesino de Tony Guiteras, y Tony Guiteras pudo ser mi dirigente, y yo hubiera tenido un dirigente; y si hoy no lo tenemos es porque Batista lo asesinó».

Si esto es una verdad en la vida de Abel, si su figura no estaba clara como revolucionario, se lo dejo a los historiadores, pero digo la verdad que conocí, mi deber es decir la verdad para que lleguen los historiadores a decir que Abel estaba equivocado o no estaba equivocado. No lo van a empequeñecer porque digan que estaba equivocado, ni lo van a hacer más grande porque digan que tenía la razón. Abel ya tiene un estatus en la historia de nuestro país.

Quiero decir que cuando hablo de cosas que son de Abel tengo que decir la verdad, aunque sea impolítico, pero si me preguntan, lo digo: él tenía contradicciones de método y de cómo no podía tener libertad dentro de una juventud como la del Partido Socialista Popular, como la podía tener en el Partido Ortodoxo, donde cada cual decía lo que quería, ¿no? Pero también tenía algunas contradicciones con métodos para la conquista del poder y con los métodos para apoyar a alguien, porque ese alguien hubiera sido de clase humilde. Abel explicaba que él no tenía que apoyar en ningún momento a Batista porque había sido un humilde y que al que Batista le había dado el golpe no era un humilde, era un burgués; ya sabíamos y conocíamos que había una clase que era burguesa. Abel tenía un profundo, un infinito desprecio por Batista. Abel no esperaba nada de Batista, nunca, porque había

asesinado a Guiteras y no se lo perdonaba. Pensaba, yo tendría un dirigente, la juventud cubana tendría un dirigente, y ese dirigente sería Antonio Guiteras, porque hoy tendría edad para dirigirnos, no sé qué edad tendría Antonio Guiteras en esta fecha que yo les estoy hablando, ¿qué edad hubiera tenido Antonio Guiteras en esa fecha? No cuando lo asesinaron sino en el año [19]44. Ahí, fíjate si está claro, que él consideraba que podía haber sido su jefe, su orientador, ¿no?

Abel era un estudioso del marxismo, Fidel lo llevó a estudiar más; Fidel le buscaba tiempo para que estudiara más y es que ideológicamente no había contradicción. Recuerdo a Abel amigo de Flavio Bravo y teniendo una admiración por Flavio Bravo y discutiendo con Flavio Bravo, ¿no?, sin tener problemas de principios; y eso es lo que yo te puedo decir, aunque a lo mejor a ti no te dé la figura de Abel como lo que tú esperabas.

Abel era la alegría, una fuerza, un motor que te impulsaba hasta con un gesto, una actitud, pero no quiero decir con esto que no meditaba, y Frank País era la meditación constante, pero no era la alegría. La vida siempre se nos presentaba en Frank como la vida pensando en la vida de otros o en la vida que vivirían otros, y Abel siempre se nos presentaba como que él podía ser también esa misma vida. Eran figuras tremendas, pero a mí no se me parecían en nada. Abel era de una alegría muy grande, era un joven que disfrutaba cualquier encuentro, cualquier fiesta familiar o no familiar. Yo vi a Frank en muy pocas fiestas o en ninguna, y ni siquiera cuando nos reuníamos clandestinamente Frank sonreía, nunca le oí una carcajada, y Abel era de una risa contagiosa. Frank hasta cuando sonreía era triste. Sus personalidades no se me parecían en nada, aunque eran dos personas que pensaran y lucharan por lo mismo y tuvieran pensamientos muy parecidos, pero aquí hablo de personalidad y no de pensamiento, porque el pensamiento lo conocemos.

Siempre veía a Frank entre lo militar y el arte, podía ser un militar y un artista. Lo veía en el futuro Ejército de Cuba, pero que jamás se separaría del arte. Veo a Frank artista y no maestro, no digo que el maestro no sea un artista, pero ya ustedes me están entendiendo, me refiero a que le gustaba intensamente la música, siempre que tenía un papelito pintaba, no digo si bien o mal, eso es otra cosa, pero se entusiasmaba con eso, siempre oía música, en momentos en que no estábamos muy acostumbrados a escuchar la llamada música culta, se le oía en el piano interpretando cosas que creía que eran música culta y cuando venías a ver eran cosas de él. Frank estaba muy ligado al arte, creo, me parece, no sé, la vida y la Revolución lo hubieran situado a donde fuera, pero yo creo que Frank tenía un alma, un ser –para no decir un alma porque es un poco abstracto– y una personalidad muy de artista, aunque tenía una cosa militar muy grande, y Abel era, digamos, más político.

II. 25 de julio de 1953

Abel era más profundo, mucho más profundo que yo. Desde esa noche que estábamos allí hasta cuando salimos, yo pensaba que no iba a ver a una sobrinita que quería mucho, era muy linda, y yo decía: «¿Cómo será cuando tenga quince años? ¿La veré? A lo mejor». En quince o veinte minutos se puede pensar tanto, porque el pensamiento es así, que te puede llegar por momentos, y sobre todo si serán los últimos... se puede pensar en muchas cosas. No pensaba en concreto en la muerte. Yo no pensaba en qué forma iba a morir, si me iba a doler o si iba a ser con tiro. No pensaba en qué forma, nada más que pensaba en que iba a dejar de ver y de respirar, pero no sabía cómo; me daba cuenta de qué sabroso era mirar y respirar, empezaba a recordar a mi mamá cuando era más joven y a mis otros tres hermanos que quedaban allí, sobre todo a los dos mayores porque éramos los cuatro muy unidos, y sabía cuánto esos dos mayores querían a Abel, sobre todo, y a mí también, los dos se inclinaban mucho a Abel y a mí. Qué triste iba a ser la vida de ellos sin nosotros, no sé por qué, no pensaba en nada con importancia. Claro, pensaba en Abel, eso ya es natural, pero tampoco pensaba en Abel, no sé, pensaba en Abel, pensaba en Abel, pensaba que no era posible que Abel dejara de respirar y dejara de mirar, que Abel dejara de pensar. Pero no así en algo profundo, en algo profundo como pude pensar en el mismo Moncada después; digo que en mí ocurrió una transformación, no sé si en minutos o en horas, pero una transformación total.

Ese 26 de julio, al suceder todo como todos saben que sucedió, vino una transformación en minutos porque pensé que para ser esa mujer con hijos, con hogar, con un trabajo, con estabilidad y sin agonía era imposible, aunque llegáramos a tomar el Moncada, si no había una transformación total en nuestro país. En aquellos días en el Moncada, para compensar lo que se vivía y se veía, pensaba en esa sociedad y ¡qué importaba lo que se sufría o sufrían si aquello era una verdad, si aquello era una necesidad!

Y seguro que llegaría la patria –que en aquel momento era todo para nosotros–, pero desde aquel momento yo empecé a vivirlo. ¿Por qué? Tal vez fue una verdad, tal vez fue una forma de darme fuerzas porque de verdad deseaba vivir, aunque decía que quería morir, tal vez me hacía todas esas preguntas porque pensaba que quedarse allí era mucho más fácil que seguir. La vida es más fuerte que todo y no era cierto, yo quería morir, pensaba en esa sociedad mucho mejor y que mis hijos, nuestros hijos, nuestros niños no tendrían que vivir aquello en nuestro país.

Mi último encuentro con Abel es bastante impreciso. Me encuentro para hablar con él en el hospital, después se lo llevaban y después es imaginar, así que yo no sé cuál es el último encuentro con Abel, porque tal vez el último

sea cuando ya no existía, porque es que en esas cosas todo ocurre en tan corto tiempo; cuando eso pasa en tan corto plazo, y siendo combatientes ya educados para ser combatientes en el momento que sea necesario, pasan tantas cosas en nuestra mente que muchas veces no sabes si las pensabas o si sucedieron; llega un momento en desear y pensar que debiera ser así. Por eso muchas veces a uno le da cierto temor escribir porque no sabes, las imágenes se confunden tremendamente con la realidad, tremendamente, así que puedo decir que en realidad el último encuentro pudiera ser donde hablamos, donde nos orientó a Melba [Hernández] y a mí, donde nos dijo lo que iba a pasar y donde nos dijo cómo debíamos actuar nosotros; realmente ese es el último encuentro porque es donde recibimos toda una orientación de Abel, donde nos prepara para seguir viviendo, porque Abel siempre tuvo la conciencia de que Melba y yo íbamos a vivir; el porqué, no lo sé, pero para él estuvo muy claro porque nos preparó mucho más para seguir viviendo que para morir; y si él cree que íbamos a morir nos debió haber preparado para morir; así que en la realidad, la verdad de un encuentro, pues ese fue el último porque es donde objetivamente nos da su último mensaje, donde estuvieron nuestras miradas, donde estuvieron nuestros pensamientos, donde estuvieron pedazos que pudieran ser pedazos o no ser pedazos, pero qué más da de quién eran los pedazos, eso es otra cosa.

III. Abril de 1958: la Sierra sin balas

Después de la Huelga de Abril los compañeros de la Sierra estaban sin una bala y Fidel con dos balas y una en el directo, porque esa vez no lo cogían vivo, en esas condiciones me fui al extranjero y acepté esa orden por eso, porque cumplí la orden. Cuando Fidel me llamó para que fuera a México y venir en el Granma, estaba terriblemente apegada a la tierra y no quería salir de ella porque no sabía si podía regresar; cuando eso pensaba que, si por alguna circunstancia me quedaba, ¿cómo regresaba? Y lo mismo sucedía en ese momento. Llegué a una tierra extraña, a un país extraño, a un idioma extraño y a un Gobierno enemigo. Nunca he hablado de ello porque si hay algo que pueda desgarrarme fue esa época de mi vida.

En toda la etapa de la lucha revolucionaria tenía ideas muy avanzadas, pero siempre cuidaba mucho lo que se pudiera decir de mí como mujer, porque era cuidar a Abel, cuidar a Boris [Luis Santa Coloma], cuidar el Movimiento, y aunque lo que hoy se acepta como normal y como es y lo que tiene que ser, en aquellos momentos a mí me estaba totalmente vedado, porque no era Haydee, era el Movimiento, era la hermana de Abel, era la novia de Boris,

era la persona vinculada a Fidel y cualquier cosita que pudiera cogerme la policía o en un lugar no correcto, digamos, que en muchas ocasiones hubo reuniones en cuartos de las llamadas posadas, que todavía se llaman así, ¿no? Pues yo me cuidaba mucho de ir ahí, decía: «¿Y si me cogen ahí, ¿qué dice después la policía? ¿Cómo se me ve a mí, cómo me ven las mujeres cubanas?». En cambio, en los Estados Unidos conocí, tengo hasta miedo decirlo, es a lo que más miedo le tengo, porque son capaces de todo, conocí y me reuní con la mafia, tuve que reunirme con ellos en los lugares que ellos dijeran, tuve que enfrentarme con ellos donde ellos me llamaran y por primera vez tuve que huir con una pistola para defenderme. Ni siquiera aquí andaba con una pistola para defenderme de la policía. Les digo que cuando regresaba de esas reuniones, aunque me bañaba tres o cuatro veces, me sentía sucia, no quiero dejar la impresión falsa que eso pudo ocurrir con mi persona porque a ellos yo no les interesaba nada porque, total, era una muchachita con noventa libras, qué sé yo... No me quedaba otro remedio, pero sí temía que pudieran secuestrarme para exigirle después dinero a Fidel.

Nos cogieron millones de pesos, millones de pesos para no llevar una bala a Cuba, para no llevar un avión a Cuba, lo que vino de allí o de otras tierras, que no fue tanto, fue bastante poco, y no salió de ese país, es decir, allí nosotros ni siquiera nos podíamos mover, mandamos unos cuantos tiros por el coraje de la mujer cubana que las traía en sus ropas, cuando aquello se usaban faldas muy anchas, faldas de plato, y nosotros tratábamos de hacerlas lo más ancho que se pudiera, dentro de la moda, y le hacíamos falsos individuales como bolsitas para que las balas no sonaran. Imagínense ustedes cuántas balas podían traer nuestras compañeras que iban y venían, ir y venir era quemarse y no podían ir y venir tantas veces, eso es todo lo que sacamos de ese país y si sacamos algo más no merece la pena mencionarlo, porque eso no les daba a nuestros compañeros en la sierra ni para enfrentarse a cuatro casquitos. Lo que mandábamos para acá era más bien para la ciudad: balas de pistolas, cosas que sí necesitaban en la ciudad. Así salieron algunas balitas y alguna que otra pistola que se arriesgaba a traer una mujer, porque a lo mejor Frank no tenía una pistola porque la había mandado ya para la sierra, y es todo lo que salió de Miami, eso es todo; y en ese caso el coraje de la mujer fue tan grande, pero tan grande, que hoy no se conocen ni sus nombres, ni son heroínas reconocidas tal vez como yo, y se enfrentaban a todo ese riesgo y están aquí trabajando para la Revolución y son la Revolución. Esas fueron nuestras mujeres también, porque hoy se habla un poquito más de la mujer, nosotras también en esta última etapa tuvimos verdaderas mambisas, y que ni siquiera luchaban con un nombre como el que tenía yo.

Otra cosita: todo el mundo sabe que salió un avión de Venezuela. Sencillamente, ¿saben quién lo envió? Creo que podemos decir el nombre, ¿no? ¿Es secreto eso? Ya no, ¿verdad?, tú lo sabes porque eres periodista; quién es, dilo tú para no decirlo yo, era Larrazábal. Él, no como Gobierno, Larrazábal escondido del Gobierno, tuvo que hacerlo a espaldas del Gobierno, y hoy se le agradece a Larrazábal como persona. Eso es todo lo que llegó.

Pero de ese país, de los Estados Unidos, desde donde ahora mandan aviones, mirillas de qué sé cuánto, veneno en plumas, bueno, ya ustedes lo vieron, ¿no?, de allí no pudimos mandar ni detonadores, porque era peligroso traerlos en el avión, ni nada inflamable para ciertos sabotajes, porque era peligroso traerlo en el avión y no podían cargar nuestras mujeres con ello. Ahora sí que salen cosas de allí, no sé si es la CIA, si es el Gobierno, si es ¿qué o quién más hay?, ¿eh?, el FBI, quién es no sé, pero algunos de esos los tienen que respaldar porque por experiencia lo sé.

Hacía unos añitos que la policía batistiana no me podía coger, seguía trabajando en Cuba y no me agarraba, seguía transportando armas hacia la sierra y no me agarraba, bajaba y subía y no me agarraba, así que tenía experiencia, mucho más que toda la gusanera junta que está en Miami y que nada más que tenía o tiene la experiencia de vivir bien, y la experiencia de no importarle quién muere en Cuba. Hacen lo que hacen por coger un nombre; y yo, aunque tenía un nombre, lo hacía porque mis compañeros no se quedaran sin balas.

IV. 31 de diciembre de 1958

El día 31 es mi cumpleaños y además se espera el año. Yo estaba en una casa –la casa de Yuyo [Julio] del Valle–, y tenía que estar muy triste, como es natural; pero a mí no me gusta reflejar o expresar la tristeza, aunque ustedes me puedan ver triste ahora, ¿no? Y como no me gusta llevar la tristeza a una familia, ese día había varios cubanos, los cubanos más cercanos querían esperar el año. Al estar yo allí estaba un poquito de la sierra, un poquitico de Fidel, un poquitico del Moncada, un poquitico de Cuba; tenían en mí todo eso, sentían que yo era la persona que más las acercaba, y yo lo sabía. Aquellos compañeros fueron llegando a esa casa para esperar el año. Estaba contenta o haciéndome la contenta, no quería llevar allí tristeza porque había un montón de niños, hijos de compañeros y compañeras, pero no podía esperar el 31 y el 31 es mi cumpleaños.

El 31 siempre tiene un significado, y lo sigue teniendo, y muy grande; es un nuevo año que viene y no sé por qué para mí es una fecha muy importante,

siempre, desde niña; tanto, que les voy a confesar una cosa: yo no nací el 31 de diciembre, y me lo puse desde chiquitica, pero además, de tan chiquitica lo hice que descubrí, y me acordé, que no había nacido el 31 de diciembre cuando me fui a casar y me arreglaron los papeles para casarme.

Ese 31 no iba a tener fuerzas, yo sabía que me iban a fallar las fuerzas para esperar el nuevo año. Pensaba en Cuba, en los que estaban y los que no estaban, también en los que ni tenían el privilegio de estar combatiendo por estar presos, o los que ya no vivían, entre ellos Frank, que ya no estaba. Así que era demasiada la carga. Sabía que habían preparado para cantar el himno, no era la espera de año clásica, como es natural. Era un fin de año de cubanos que estábamos allí esperando la libertad, yo sabía que no podía, pero no quería llevar a los demás compañeros la idea de que eso era malo y que no debían esperarlo. Entonces se me ocurre decir que recibiría una llamada (todavía hoy el compañero Yuyo cree que es cierto, pero lo inventé. Le he tenido que jurar por todas las cosas, por todos los dioses y por todos los diablos, y por todos los seres, que no era cierto). «Yuyo», le digo, «tengo una llamada a las doce menos cuarto». Yuyo sabía que yo recibía ciertas llamadas, porque nos comunicábamos, teníamos plantas matrices en algunos países, entre ellos Venezuela, que se comunicaban –y a mí me lo informaban telefónicamente a través de la clave de la Sierra– hacia Venezuela, y de Venezuela me lo comunicaban todo en clave, y eso lo sabía Yuyo. Le digo que hay una cosa muy importante que me van a comunicar de Cuba y que a las doce menos cuarto tengo que estar sola en mi cuarto (era una cosa normal, ¿no?, que cuando a mí se me iba a comunicar algo no se me podía molestar, nadie podía tomar el teléfono, pero nadie), «así que mira que no me interrumpan» –le digo– «aunque lleguen las doce de la noche porque yo tengo que estar desde las menos cuarto atenta a eso; ustedes sigan, canten el himno, hagan todas las cosas pero yo tengo que cumplir con mi deber, y el deber de ustedes es esperar el año aquí», y hasta recuerdo que dije: «El que sea religioso que rece y el que crea en el babalao que se lo pida al babalao». Hice hasta una pausa para que no me miraran, para que me creyeran que de verdad estaba esperando una importante noticia. No salí ni a las doce de la noche, ni a las doce y media, ni a la una. Estaban acostumbrados a que cuando yo decía eso nadie me podía molestar. Ese fue el único día que lo inventé, para no estar allí lo inventé.

A las dos me llaman (¡me enteré antes que muchos cubanos de la noticia!) y me dicen que es del consulado cubano (que era el consulado de Batista), no sé ni cómo sabían mi teléfono, porque yo tenía dos números de teléfono en el cuarto, uno que se utilizaba y otro que no se utilizaba, y de este que no se utilizaba ni yo sabía el número para que nadie me lo pidiera y para que nunca estuviera ocupado, pero yo supongo que ellos sí lo sabían porque me llamaron por ese teléfono del consulado cubano y me dicen: «¿Usted es fulana de tal?».

«Sí, dígame». «¿Usted sabe si en Cuba ha pasado algo?». «Claro que lo sé», digo. «¿Y qué hago yo?», dice él, «¿qué hago yo?». «¿Usted?, quedarse tranquilito y esperar órdenes».

Yo no sabía lo que había pasado. Entonces llamo a Llanusa y le digo que he recibido esa llamada y también llamo a Oscarito. Miren, he recibido esta llamada del consulado cubano: «Vámonos para allá, algo pasa ahí porque me dijo esa persona que qué hacía». ¡Ah!, además, me dice: «Oiga, porque yo llevo aquí cuarenta años y no soy político». Yo ni le pregunté el nombre ni nada, claro, imagínense. «Vámonos para el consulado cubano porque allí debe estar pasando algo, algo debe estar pasando en Cuba. Yo le he dicho a ese hombre que lo sé todo y no sé nada». Oscarito y Llanusa me dicen: «No, no, no, no vayas. Tú quédate y nosotros te llamamos de allá». «No, yo voy». «No, no, quédate».

La verdad es que todo el mundo sabe mi teléfono y puede que tenga otra llamada. Tenía el teléfono de Miró Cardona, de Carlos Prío, entonces llamé a esa gente: «¿Ustedes saben si en Cuba está pasando algo raro?». «No». «¡Ah!, parece mentira que ustedes, los geniales, no lo sepan». Entonces empiezo a crear el caos, y empiezan a llamar ellos que tenían todos sus contactos, los de su gente que vivían perfectamente por la libre aquí en Cuba. Recuerdo que Miró Cardona después me dijo que él había llamado a no sé quién, a un abogado que estaba durmiendo una borrachera y que lo había despertado y estaba en la cama: «Oye, en Cuba está pasando algo, ocurriendo algo». Y que le responde: «No, hombre no». Entonces le dijo: «Me lo dijo Haydee Santamaría, y Haydee Santamaría lo recibió de la Sierra». Y esa persona se levanta, va y averigua y enseguida lo llama. Miró Cardona me dice: «Se rumora que se ha ido el hombre».

Entonces dije: «Bueno, algo pasa…». Y le digo a los nuestros: «Busquen diez o doce compañeros de verdad, ármense». Llamé a otros compañeros todavía sin saber fijo fijo, compañeros muy cercanos, y les digo: «Váyanse para el aeropuerto y a punta de pistola intervengan todos los aviones cubanos que haya allí, métanse en todos los aviones cubanos que haya allí y se mueren dentro del avión. ¿Ustedes no querían irse para la Sierra Maestra?» (Claro, todo el mundo quería irse para la Sierra Maestra). «¿Ustedes no querían ir para la Sierra Maestra? ¡Esa es su Sierra Maestra! ¡Se mueren allí dentro del avión, pero ese avión no lo suelten!». Había cuatro o cinco aviones. Acuérdense de que antes los viajes en avión eran casi todos hacia Miami, ¿no? Les dije: «No hay ley de este país que los haga salir a ustedes de ahí porque eso es Cuba». Me preguntaron: «Y, ¿qué pasa?». «Bueno, no sé, he recibido de la Sierra que ustedes hagan eso». Imagínate, porque todo esto

ocurre en media hora, cuando me llama Miró Cardona y dice lo que me dice, habló con alguien que era presidente del Colegio de Abogados, no me acuerdo del nombre y pienso que debo hacer una llamada. Las vías que podía o tenía que utilizar eran vías que no podía utilizar para otras cosas, pero me decido a hacer esa llamada y digo: «Aquí hay noticias, ¿qué está pasando por ahí?». Me dicen: «Bueno, nosotros estamos esperando orientación, estamos esperando, se dice eso pero no hemos recibido aquí orientación de ninguna clase». Entonces le digo: «Llama a tal número y tal número y de parte de...» (ni recuerdo qué cosa tenía que decir en aquel momento) «y dices que ustedes están esperando instrucciones y que yo voy a llamar dentro de media hora».

No tuve que esperar la media hora. Y ahí se me ocurre que a Fidel le podía hacer falta un poder judicial. Voy y cojo a todos los magistrados, entre ellos a [Enrique Armando] Hart, mi suegro cuando aquello, acuérdense de que era un grupo enorme el Poder Judicial, el Supremo, los magistrados, los reúno a todos y les digo: «Hace falta que ustedes se vayan para La Habana», pero pensando que si les digo a este bando de viejos que se vayan para Santiago a lo mejor se niegan. Entre ellos está José Miró Cardona que, aunque no era magistrado, era el presidente del Colegio de Abogados, ¿no? Tengo esa intuición, pienso que así Fidel los tiene ahí, los agarra y hace algo oficial con ellos. Pensé y pensé, y digo, si a este bando de viejos les digo que se vayan para Santiago de Cuba se asustan y no puede ser. Voy y cojo al piloto, un piloto nuestro, joven, y le digo: «Te tienes que tirar en Santiago, no tengo contraseñas de cómo tirarte en el aeropuerto de Santiago, a lo mejor los rebeldes allí te van a hacer ¡bang, bang!, a lo mejor te van a fastidiar, pero tienes que hacerlo porque Fidel necesita a esta gente allí».

Y, efectivamente, cuando empiezan a sobrevolar por Santiago se dan cuenta (todavía Hart Ramírez no me lo perdona), se dan cuenta de que están sobrevolando sobre Santiago y no sobre Boyeros y desde la torre del aeropuerto empiezan a decirle al avión que le van a disparar y el piloto tiene un radar de esos o lo que sea, dice: «Oye, que yo traigo un bando de viejos que María manda», y en el aeropuerto de Santiago, ya tomado, estaba Rodríguez Font, y dice: «¿María? ¿Qué María?». Y el piloto: «María, María, yo sé que es María». Porque ni el piloto sabía que yo era Haydee, no sé si sabía quién yo era. Le repite: «Ella me mandó con un bando de viejos». «¿Qué bando de viejos?». «Fulano y fulano», y da algunos nombres y le dice que Fidel los mandó a buscar. Raúl estaba en el Moncada, parece que Rodríguez Font le dice que hay un avión sobrevolando. «¿Le disparamos o no le disparamos? Pero es un avión de Cubana, podemos identificar que es de verdad de Cubana y dice que María los mandó con un bando de viejos», y Raúl: «Pregúntales sus nombres, seguro que efectivamente esos los mandó Haydee para constituir un Gobierno aquí o algo de eso. Déjenlo que aterrice». Y claro, cuando el avión se tira, cogen a

todos aquellos viejos presos, pero fue cuestión también del momento, enseguida se aclaró todo.

Cuba es nuestra, nuestro sol es nuestro, habiendo recuperado la dignidad para el pueblo y todo eso sintiéndolo profundamente, pero hay veces en que arañamos aquellos momentos, me refiero a aquellos momentos del combate; aquella noche del día 25, te das cuenta de que aquello fue bueno, pero que esto es mejor, esto es mejor ahora. Se acerca la fecha o no sé... No vamos a decir que es algo perenne que nos atormente, no, no, no, pero que es raro que nos ocurra, no debiera ocurrirnos porque esto es más grandioso. Será que algunos rostros nos son necesarios por momentos, no sé, y además, no sé por qué he dicho esto.

Carta a Orlando Terré Camacho

Ciudad de La Habana, marzo 5 de 1979
Año Veinte de la Victoria

Ref.: P-52

Cro. Orlando Terré Camacho*
3ra. del Sur s/n
Calabazar de Sagua
Villa Clara

Compañero Orlando:[45]

Recibí su carta y le agradezco se haya acordado del trabajo de Casa de las Américas que hemos hecho durante veinte años.

Me dice que es estudiante, y efectivamente, creo que siempre se puede contribuir en el lugar que nos corresponde, ya que, si la única contribución que existiera fuera hacer una obra de arte, yo nunca hubiera contribuido a la patria, pues nunca he hecho un libro ni una obra de arte.

Le agradezco de nuevo su carta y le envío mis saludos revolucionarios,

Haydée Santamaría

[45] La carta enviada por este joven estudiante está fechada el 14 de febrero de 1979, y en su primer párrafo dice: «En el XX aniversario de la fundación de la Casa de las Américas reciba Ud. y todo el colectivo que labora en esta institución las más calurosas felicitaciones y saludos combativos de un joven estudiante que, aunque no puede contribuir con un libro o con una obra de arte en algunos de los concursos convocados anualmente por dicha institución, lo hago estudiando y colaborando con la Revolución en todos los frentes posibles». Orlando Terré se formó como defectólogo en 1985 y es uno de los más reconocidos pedagogos en temas de Educación Inclusiva y en la atención a la diversidad. Creó el Método Point para la ensañanza especial, y es fundador y presidente de la Asociación Mundial de Educación Especial y la Organización Mundial de Educación, Estimulación y Desarrollo Infantil (OMEDI).

Palabras en el acto de crecimiento al Partido Comunista de Cuba en la Casa de las Américas[46]

Compañeros militantes y aspirantes, compañeros:

Este es un momento histórico en la Casa de las Américas. Los compañeros me pidieron que dijera unas palabras, y yo no quería, porque ¿qué se puede decir? Pero acepté para que no fuera a lucir que uno era indiferente, pero en un caso como este, en realidad, qué se puede añadir, y no porque uno sea indiferente, sino que es una cosa tan seria que se puede decir muy poco.

Es un momento de gran emoción para todos [los] que aquí se presentaron; para los que quedaron como militantes y como aspirantes es un momento de alegría y dolor, porque todos los compañeros elegidos han merecido ser elegidos, y se sienten contentos y conmovidos; y los compañeros que no han sido elegidos se tienen que sentir tristes porque todo revolucionario de verdad aspira a ser de nuestro Partido y se tiene que sentir triste. Yo diría que todos los compañeros elegidos merecen estar y que puede ser que alguno de los que no hayan sido elegidos pudiera estar también… [Se puede suponer que Haydee iba a escribir «tristes», pero la copia no permite definir la palabra. Aparece a continuación una nota manuscrita de Haydee que dice: «Confianza política (añadir)»].

Siempre que asisto a la constitución de un núcleo o un crecimiento del Partido experimento lo mismo, este sentimiento de alegría y de no tanta alegría, porque todos quisieran ser del Partido; pero es que si todos los revolucionarios fueran del Partido, el Partido sería como los CDR, porque casi todo el pueblo de Cuba es revolucionario y el Partido es solo una parte que une al pueblo al resto de las partes, a las otras partes; porque nuestro pueblo es marxista, pero no todos conocían la filosofía marxista-leninista, son revolucionarios, siguen a Fidel y seguir a Fidel es ser marxista, porque hay muchos que

[46] El original de estas palabras (mecanografiado y con enmiendas manuscritas incorporadas por Haydee) no está fechado; sin embargo, en el carnet de varios de los compañeros que resultaron militantes consta la fecha 13 de marzo de 1979.

por sus años no han podido saber siquiera qué cosa es la filosofía. Por ejemplo, tenemos compañeros muy valiosos que son internacionalistas, muchos de estos compañeros que están luchando en África son verdaderos comunistas y sin embargo no son militantes.

Y yo tenía miedo al Partido en la Casa de las Américas, que el Partido marcara una división entre los que son del Partido y los que no son del Partido. Que los del Partido fueran a decir: «Yo soy del Partido» y «tú no eres del Partido», porque esta compañera que está aquí –que es fundadora del Partido– nunca ha dicho eso en Casa de las Américas, y los más jóvenes y los más viejos saben que jamás he dicho «yo soy del Partido»; y no solo del Partido, sino de lo que estaba anterior al Partido, las ORI, y yo fui de los veinticinco primeros miembros. Y yo nunca he dicho «soy del Partido» y «ustedes no son del Partido», y por lo menos eso no sucederá mientras yo esté al frente de la Casa.

Y claro que puede haber injusticia en la selección, porque hay unos centímetros de diferencia entre un compañero y otro. Y se dice: «El Partido no se equivoca», pero eso sería caer en la religión (ser creyentes de nuevo) porque el Partido está compuesto por hombres y por mujeres, y pueden ser injustos, equivocarse, porque Dios no se equivoca porque no existe, no hace nada, no se puede equivocar.

Pero yo les diría, ¿y no es una injusticia que algunos compañeros hayan sido elegidos como aspirantes cuando toda su vida se han comportado como verdaderos comunistas? Yo les diría, ¿no es una injusticia que un hombre como Mariano, un artista de los mejores, que sus obras se cotizan en todo el mundo, esté aquí como aspirante? Un hombre que se ha conformado con estar a la sombra de Haydee Santamaría, porque hay que decirlo así, una compañera que no es nada, que no sabe nada, porque no pude aprender nada, porque desde muy joven empecé a luchar. Porque a veces me pregunto si este puesto que estoy ocupando podían haberlo ocupado otros que quedaron en el camino. Pero a la que él le reconoce otras cualidades, porque yo durante diez años le he consultado problemas como a un verdadero comunista.

Y yo diría que es una injusticia hacerlo pasar por este proceso, que después de veinte años sea un aspirante. Y yo todavía ayer les decía a los compañeros que podría usarse con Mariano el ingreso directo que los estatutos de nuestro Partido permiten; pero yo decía: ¿y no será mejor para Mariano, no se sentirá más orgulloso, pasar por el proceso y entrar como aspirante? Además, si Mariano no entendiera esto tampoco sería un verdadero comunista; porque esta compañera puede pararse ante el secretariado y el Buró Político y solicitar, argumentar el ingreso directo de Mariano, pero es que yo nunca lo he hecho.

¿Y la compañera Dolores Pérez Resta? Yo me puedo preguntar, ¿por qué soy yo militante y ella no lo es? Se podrían preguntar, ¿es que durante los dieciocho años ella ha tenido alguna actitud contraria a la Revolución? La

respuesta es no. Si ha hecho cosas más allá de lo que la salud le permite hacer y, sin embargo, está como aspirante. La compañera Dolores Pérez ha mantenido la mejor actitud. Los motivos por qué esto ha sido así no tienen ya importancia.

Felicitemos que Casa de las Américas ya tenga el Partido; que el Partido venga a unir más a los trabajadores de la Casa de las Américas; que los no elegidos ayuden a los que sí fueron elegidos para que haya más unión entre los trabajadores de la Casa de las Américas. Que cuando se cree el núcleo no sea un núcleo diferente a los núcleos de partido de otros centros, porque el Partido es el Partido de la clase obrera y en Casa de las Américas el Partido está formado por intelectuales, tiene intelectuales que en algunos casos son más trabajadores que muchos; que cuando se cree el núcleo dentro de un año no haya que estar haciendo arreglitos. Felicitémonos [por]que ya tenemos el Partido en Casa de las Américas, aunque tengamos este sabor agridulce. Y que de aquí a un año podamos decir otras palabras. Ya ven, creíamos que íbamos a hablar poco y ya ven.

La Casa de las Américas ha cumplido veinte años

Entrevista de Basilia Papastamatíu[47]

Como a través de los trabajos informativos ya divulgados se conoce el trabajo desarrollado por la Casa en estos veinte años, estamos seguros de que a nuestros lectores les gustaría saber ahora algo sobre su propia experiencia humana, sobre lo que ha sentido en todo este tiempo.

Ya han pasado, efectivamente, veinte años. Yo te pudiera decir que empecé a trabajar en Casa de las Américas desde 1959, pero no fue mi único trabajo. En aquellos momentos me incorporé a varios trabajos. Era una gran necesidad, pero después continué trabajando en Casa de las Américas por varios años. En primer lugar, porque desde los primeros instantes que nuestra Revolución empezó a ser de verdad una Revolución, desde los primeros momentos en que los Gobiernos de este Continente empezaron a aislarse, desde los primeros momentos en que empieza el bloqueo, nosotros sentimos el valor de la cultura latinoamericana, la cultura de nuestros pueblos y, para nosotros, la verdadera cultura de nuestra América tuvo tanta importancia como cualquiera de los trabajos más importantes que pudiera hacer un revolucionario. Primero había que defender la patria, el suelo, vestimos varios meses con nuestro querido traje verde olivo, pero cuando ya nos dimos cuenta de que había todo un pueblo, que había hombres y mujeres que estaban dispuestos a ponerse el traje de la milicia, nos pusimos el traje de civil y empezamos a trabajar en Casa, que para nosotros era un combate. Inmediatamente nos dimos a la tarea de establecer vínculos muy estrechos con los escritores, los artistas y creadores. En nosotros hubo siempre una profundísima fe. Sabíamos, sabemos, que son hombres que piensan, que son mujeres que piensan, pero también sabíamos que no tenían una dirección, y que habiendo un organismo en nuestro Continente que pudiera aglutinarlos, que pudieran esos creadores saber la verdad de lo que era Cuba, de lo que era en ese momento y de lo que sería después,

[47] Esta entrevista fue publicada en el periódico *Juventud Rebelde* el 29 de abril de 1979, p. 8. La transcripción del diálogo original, sostenido el 24 de abril de 1979, se conserva en el Archivo Casa.

nos pareció que era un trabajo combativo y por eso empezamos, seguimos y estamos.

Son veinte años en los que hemos conocido, en los que hemos visto desfilar cientos de escritores, pintores, teatristas, músicos. En aquellos primeros años no había mucha fe de que se entendiera esta Revolución. Y figúrate qué es lo que podemos sentir nosotros, después de veinte años en Casa de las Américas, cuando tenemos hoy al gran poeta, al sacerdote Ernesto Cardenal luchando por la independencia de su pueblo. Qué podemos sentir nosotros, si en un libro que hicimos para el XI Festival de la Juventud y los Estudiantes no nos alcanzaban las páginas para poner cuántos escritores, jóvenes aún, otros mayores, otros de edad, murieron por la liberación de su patria sin poder terminar su obra literaria, su creación poética. Con nosotros empezaron a trabajar, aquí en Casa de las Américas, Roque Dalton, Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, y otros tantos que hoy son verdaderos héroes. Y no solamente los que son mártires, sino los que están trabajando y luchando en estos momentos. Vemos cómo luchan por Chile, Nicaragua, Uruguay, vemos cómo están pidiendo la libertad de sus países, cómo sufren por ver a un pedazo de nuestra América, a Puerto Rico, sin lo que debe tener, que es su independencia.

Todavía yo te diría, que de verdad no me he encontrado a un escritor, a un creador, que no luche por eso. Pudiera hablarte de tres o cuatro, que, tal vez, a mi juicio, no han tenido la actitud que ha tenido la mayoría. Pero para qué mencionar tan solo a tres o cuatro, cuando cientos y cientos están entregando su vida a diario y ya no combaten solamente con su pluma, sino que combaten como deben de combatir.

Eso sentimos nosotros hoy en Casa de las Américas. Hemos podido demostrar qué siente un artista, qué siente un poeta que no llegó a serlo de verdad porque entregó su vida en combate. Nosotros recordamos siempre con un profundo amor a Gómez García, que para nosotros fue el poeta del Centenario. Así conocimos a muchos poetas jóvenes de esta América. Siempre se decía que el poeta era... que un poeta no sabía coger un rifle. ¿Qué podemos decir hoy de Roque? Pues eso nada más que ha demostrado que los artistas, los escritores, el verdadero creador, es un ser humano, es un trabajador más, que por distintas circunstancias puede que tenga más opiniones; pero cuando esas opiniones están dentro de lo que nuestros pueblos necesitan, nosotros los oímos, los escuchamos. Puedo decirte que en esta Casa de las Américas somos setenta y tres trabajadores en plantilla y como has visto, ¿cuántas colecciones tenemos? Tenemos catorce colecciones, entre ellas, la revista *Casa de las Américas*, que siempre o casi siempre es material inédito, la revista *Conjunto*, de teatro, y el *Boletín Música*, que pudiera decirte que en este momento es el único material de este tipo que sale en nuestra

América. Tenemos la Colección Premio, la Colección Nuestros Países, una colección de discos, de la que vivimos enamorados, *Palabra de esta América*. Todo esto lo hacemos con setenta y tres trabajadores. Hacemos ocho exposiciones al año, y te diría que en plástica trabajan tres o cuatro personas, y entre ellas, el vicepresidente, que es Mariano [Rodríguez]. Con Lesbia [Vent Dumois] trabajan dos compañeros más, un carpintero y Arquímedes [Nuviola], que es fundador de Casa de las Américas, pero es que esos compañeros no es que hagan solamente la tarea de montar las exposiciones. Esos dos compañeros tienen que hacer de todo en Casa. ¿Por qué?, preguntarás, y a lo mejor piensas: es que ustedes son muy trabajadores. Yo creo que ni más ni menos que todos los cubanos. Lo que pasa es que nosotros tenemos cientos y cientos de trabajadores en nuestro Continente, porque quienes nos mandan los cuadros, quienes nos mandan las obras, los libros, están trabajando en otro lugar para nosotros. Quienes mandan al Premio, que ya son diez géneros, entre ellos, como sabes, en inglés y en francés, y además en portugués, por primera vez. Recibimos setecientas, ochocientas obras. Ahí hay muchos trabajando para nosotros, muchos que no están en plantilla. El propio Jurado que viene de todos los rincones de nuestra América y aún los cubanos que integran el Jurado, vienen a trabajar de verdad, a trabajar de veras porque leer setecientas, ochocientas obras es tremendo. Y por ello no reciben un salario.

Y la revista Casa de las Américas *que pide colaboraciones.*

Te diré que con Retamar, que dirige la revista, la secretaria y otro compañero, Adolfo [Cruz-Luis], se hace la revista *Casa*. Pero, además, Retamar es profesor de la Universidad, director del Centro de Estudios Martianos,[48] y siempre tenemos que estarlo prestando para todo. Cuando llega la revista es duro como hay que trabajar, pero siempre hay una revista preparada para entrar en imprenta, nunca tienen que esperar por nosotros. Pero habría que contar con los cientos de colaboradores que desean colaborar con nosotros y nunca nos dicen cuánto les vamos a dar, nunca nos hablan de un derecho de autor. Por eso es que con setenta y tres trabajadores podemos hacer todas esas cosas, si no, no sería posible, sería totalmente imposible.

En la editorial hay siete u ocho compañeros y se editan todas las publicaciones que tenemos. También tenemos una biblioteca especializada que se

[48] Roberto Fernández Retamar fue director fundador de este centro que auspicia y se dedica a la investigación, el estudio y la difusión de la vida, la obra y el pensamiento de José Martí, así como a conservar su papelería y realizar la edición crítica de sus obras.

nutre del canje. Todo lo que hay en nuestra biblioteca ha llegado en estos veinte años a través de Canje. ¿Tú sabes lo que significa ese canje? Significa que no hay un solo libro que nos manden o que no mandemos en el que no esté el ser humano por medio. Nosotros no vamos a una editorial y compramos tantos títulos de esto, tantos títulos de esto otro, de modo mecánico, frío. En nuestro fichero están recogidos cientos y cientos de nombres, y cada vez que enviamos un libro a una persona, o nos llega un libro de un escritor o de una editorial, en ellos está el ser humano por medio. Y muchas veces nos ponemos a sacar cuenta y tal vez nos saldría hasta más económico ir y comprarlo, pero nunca he querido defender este tipo de cambio, porque la palabra canje luce muy fría, y para mí esa palabra es una de las cosas más hermosas que tiene Casa, es decir, en su sentido de intercambio humano. Hay veces que conocemos a un artista a través de esas obras y de esos libros que envía y no lo conocemos personalmente. Y esto podrá costarnos más caro, podrá sernos mucho más difícil, pero ese contacto humano, ese calor humano es lo que le ha dado a Casa de las Américas el nombre ya de Casa. Con esto quiero decirte que, desde un comienzo, sentía lo que debía ser Casa. Con nosotros hace años que trabajan compañeros, creo que el que menos lleva, lleva cinco o seis años, pero tenemos compañeros que llevan ¿cuántos tú llevas, Lesbia? Catorce, ¿y tú, Silvia [Gil]? Quince. Hay una compañera que en estos veinte años yo he recordado mucho, esa compañera es Marcia Leiseca. Marcia Leiseca comenzó en esta Casa de las Américas a trabajar conmigo y ha seguido siendo parte de todos los compañeros de Casa. Fue secretaria mía muchos años, secretaria de Casa, y hoy no es secretaria mía ni secretaria de Casa, pero es amiga de Casa, y amiga mía, y en estos veinte años siempre la he recordado. Creo que por primera vez la estoy mencionando, pero la he recordado mucho, porque tuvo que padecer mucho todas aquellas ideas que yo tenía, todo aquello que quería.

Como lo que pasó con Chile, creo que es interesante, me gustaría que me hablara un poco de cómo ustedes ayudaron, por ejemplo, al Museo Salvador Allende, es decir todo ese problema, cómo…

En Europa puede haber cambios, pero hay una estabilidad en el Estado, todos sabemos, como me decías, el caso de Chile, el caso de Nicaragua, el caso de Guatemala, El Salvador, para qué seguir mencionando. Pero, en cambio, pudiéramos decir que a esta Casa de las Américas ha llegado de cada rincón de nuestro Continente un artista, un creador. Y cuando digo artista es que a mí la palabra artista me gusta mucho, porque cuando la digo quiero decir creador de cualquiera de las artes. Ser artista no es solamente pararse delante de una cámara o cantar o bailar, sino saber crear, y si no se crea se es un in-

térprete sencillamente. Por eso cuando menciono la palabra artista quiero que se sepa qué es lo que siento cuando lo digo. De todos esos lugares y de todas esas áreas sometidas a los tiranos más sanguinarios, nos llegan obras para el Premio y traemos jurados para que lean esas obras.

Incluso, vemos que a veces se arriesgan tanto que, cuando vuelven después de estar aquí como jurados, los esperan.

Muchas veces sucede eso, lo cual quiere decir también que ellos saben a qué se arriesgan, pero es un riesgo que corre cualquier escritor, como lo puede correr también un obrero en su país. Porque cuando ese escritor regresa a su país lo cogen preso, pero no quiere decir que a un obrero no lo hayan cogido preso cincuenta veces más. Ahí es donde se ve que el creador, el artista, es un trabajador también. Y creo que, si algo ha habido en Casa de las Américas por lo que nos hemos ganado ese nombre de Casa, es porque hemos tratado a todos los artistas como trabajadores del arte, como creadores. Nosotros nunca hemos tratado ni a un pintor, ni a un escritor, ni a un músico distinto a como tratamos en nuestro pueblo a un trabajador que trabaja en los muelles. Los hemos tratado con el mismo sentimiento, con el mismo calor, con el mismo amor. Y no solamente a los que vienen de este Continente, a los cubanos también, porque a esta Casa de las Américas, pudiéramos decirte que hay muchos creadores, muchos escritores, muchos pintores, muchos músicos que se sienten muy vinculados a nosotros, se sienten parte de Casa de las Américas. Aquí empezaron Silvio [Rodríguez], Pablo [Milanés], Noel [Nicola], aquí se inició la Nueva Trova también. Y son cubanos. Cuando le pedimos la cooperación a los pintores cubanos (yo me asombro cuando en otros lugares me dicen que no cooperan) hay que decirles paren, ya no queremos más. Todos vienen y a cualquier cosa, a pintar en cajas, en cartones, en papeles. No creas que le ponemos ni grandes telas ni grandes pinturas.

Así que también Casa, para los pintores, para muchos músicos, para muchos intérpretes, para muchos compositores, para muchos escritores cubanos, es también su pedacito de casa. Y yo no soy artista de nada. No pinto, no canto, no escribo. ¿Sabes lo que hago? Hablar mucho. Y tengo una comunicación muy directa con ellos. Nos entendemos perfectamente. Mi lenguaje no puede decirse que sea el lenguaje de ninguna de las artes, porque no tengo nada que ver con ellas. No sé hacer nada, hubiera deseado saber un poquito de todo, pero no sé. Lo único que sí he sabido es tener las mejores relaciones con los artistas, que ellos me vean a mí como un ser humano y yo verlos como seres humanos.

Eso fue una experiencia en Cuba, y así ha sido y ha continuado en toda nuestra América. Hoy recibimos cientos de periódicos, revistas, y en muchos de ellos se habla de los veinte años de Casa. Bien sabes tú lo que es que en

un país capitalista nos den un pedacito de un periódico para cualquier noticia. Con unos tengo una estrecha amistad, a otros los conozco, pero no te puedo decir que me siento desligada de ninguno. Tal vez de dos o tres que no merece la pena decir sus nombres porque, empezando, que para mí esos no son creadores, aunque tengan una obra muy bella. No, esto no quiere decir que un escritor tenga que coger un rifle ni una escopeta, ni una pistola, pero sí una actitud, porque se está en favor de Vietnam o se está en contra de Vietnam. Y al tomar esa posición, ya se toma una posición política. Cualquier artista de nuestro Continente que hoy se quede callado con lo que pasa en Nicaragua o con lo que pasa en Vietnam está tomando una posición política al quedarse callado. Quien no hable de lo que está pasando en Chile está tomando una actitud política, pero aquí tenemos que, en nuestros encuentros de escritores, que en nuestros encuentros de plástica se hacen declaraciones directas. Hemos podido comprobar cómo hoy nosotros tenemos una colección que pertenece a Casa de las Américas, que tal vez, como hubiéramos deseado, en estos veinte años se estuviera exponiendo y no ha podido ser así; pero tal vez muy pronto se pueda exponer; y nosotros no hemos comprado un solo cuadro, no hemos comprado una sola pieza de artesanía popular, y tenemos miles y miles de piezas de artesanía popular. Y, fíjate, no solamente aquí se acepta el cuadro, aquí se acepta cualquiera que regale cuadros, pero no quiere decir que todos se van a exponer; se van a exponer los que tienen una calidad. Inclusive, a mí me gustaría, no lo he hablado con los compañeros de Artes Plásticas, con Mariano y con Lesbia, que sería bueno cuando se fuera a exponer la colección se invitara a unos cuantos pintores y que ellos también seleccionaran. Que no fueran solamente los de Casa de las Américas y algunos otros pintores cubanos, no, no, que vinieran pintores de esta América y que ellos decidieran qué cuadro tiene calidad para exponer ahí y cuál no tiene calidad. Porque puede haber un pintor de nombre, pero nos manda un cuadro que no sirve, bueno, pues que nos manden lo que sirva, pues el que queda mal es el ahí representado y además su país; pero hasta ahora creo que de los pintores de nombre no hemos recibido ningún cuadro que no se pueda exponer. Tal vez unos sean mejores que otros. Yo no sé nada de plástica, pero me gusta la plástica. Para mí la pintura es una de las compañías o tal vez la compañía más profunda que pueda existir después del sentimiento, pero no conozco de ello. Tengo una colección de pintura cubana, me gusta mucho, y cuelgo en mi casa lo que me gusta, ahora, en Casa de las Américas no soy yo la que escojo. Obregón, que es uno de los más cotizados de Colombia, me envió un cuadro con un título precioso que se llama *Flores para Haydée*, y es muy bueno, tanto, que muchas veces me digo que sé que voy a quedar en un museo, porque ese cuadro de Obregón quedará en un museo de nuestra América.

Hemos estado hablando de todo esto con Vicentina Antuña, que trabaja en la Unesco, y con Darío Moreira, también hablamos de lo que podía tener la Unesco en este país, que eso no lo iban a encontrar ellos en otro país. Lo mismo Moreira que Vicentina Antuña están entusiasmados en los planes porque es difícil formar otra Casa de las Américas, muy difícil, pero muy difícil. En primer lugar, porque la Casa de las Américas se formó para defender los verdaderos intereses, los más genuinos intereses de los creadores de nuestra América y es difícil que en otro país de nuestra América se pueda formar una Casa de las Américas. Nos gustaría no ser solos, nos gustaría tener otro organismo como este, que es un organismo regional. No desconocemos ninguna de las artes de ningún país de esta América, pero ¿cómo se puede formar eso en otro país? ¿Por qué crees tú que yo estoy en Casa de las Américas sin ser artista, sin saber escribir, sin saber cantar, sin saber pintar? Porque los creadores son también seres humanos que hallan un pedazo de Cuba, una casa, que no podemos decir que es un sindicato, pero es algo más que un sindicato, es su casa y todos la llaman así: mi casa. Ellos a través del tiempo se han dado cuenta de la labor de Casa, hemos pasado momentos dificilísimos y nunca se nos ha ocurrido vender ese gran mural que Matta nos dio. Nunca se nos ha ocurrido vender nada de nuestra colección, porque es un regalo de ellos y estamos muy conscientes de que únicamente hasta este momento, en un país como el nuestro, se puede lograr eso.

Lo que hemos sentido en estos veinte años es que no hemos perdido el tiempo. Hemos sentido que, a pesar de las enormes dificultades por las que hemos atravesado en nuestro país con los inconvenientes del bloqueo, no hemos perdido el tiempo. Muchas veces en momentos difíciles yo pensaba si estaba perdiendo el tiempo. Creo que no. Me he sentido trabajando veinte años en Casa de las Américas y, como te digo, he tenido otras tareas. Todas las he querido, trabajé en el Ministerio de Educación en aquella época de la Alfabetización. Aquella era una tarea que me obsesionaba, pero yo te puedo decir que Casa de las Américas ha llegado a ser parte también de mi propia casa. Pude haber elegido otros trabajos, puedo seguir eligiendo otro trabajo y tal vez lo haga, pero siempre diría, déjenme Casa también, porque aquí hay un equipo que siempre ha sabido entender, yo te puedo decir que cuando la zafra del setenta yo estuve cuatro meses sin venir aquí y Casa de las Américas no se detuvo, siguió trabajando. En distintas oportunidades he tenido que viajar un mes, mes y medio, y Casa de las Américas ha seguido funcionando, porque es que Casa de las Américas no es sencillamente un edificio, es un equipo, un verdadero equipo, donde están representados Mariano, hoy vicepresidente, nuestro primer vicepresidente; Retamar, hasta muchos latinoamericanos como Galich, como Benedetti, como Iverna Codina, Alfredo Gravina.

Aquí trabajó Roque Dalton; aquí trabajó, no se nos puede olvidar nunca, en los años más duros, don Ezequiel Martínez Estrada, aquí trabajó también [Francisco] Espinoza, tanto, que la ley de Casa dice que puede ser presidente de Casa de las Américas cualquier persona de esta América que reúna las condiciones. Y en el Consejo de Dirección, en nuestro Consejo de Dirección hay sentados hombres de nuestra América.[49]

Eso es muy importante porque ahí demuestra su carácter totalmente latinoamericano, no es una cosa…

Latinoamericano y caribeño, nosotros somos de esta América y para nosotros el Caribe, esas pequeñas islitas del Caribe son muy importantes, porque son pequeñas, porque están solitas, pero si se unen, son grandísimas. Si un día hacen así y se unen, son grandísimas. Y la prueba es que hemos publicado en inglés, en francés y ya este año viene el Premio en portugués, como te dije, de Brasil, de ese gran país que es casi él solo un continente. Nosotros hemos tenido aquí trabajando al poeta Thiago de Mello, ha sido jurado, es que no quisiera mencionar algunos nombres porque dejo de mencionar a muchos. Nosotros recordamos en estos veinte años tanto a Cortázar, a García Márquez, etc.

También estoy pensando en Paco Urondo y Rodolfo Walsh, de Argentina, de repente vino gente tan excepcional...

Paco Urondo, te dije que ya ellos no son trabajadores de esta Casa de las Américas. Ellos son nuestros mártires, los sentimos en esta Casa de las Américas nuestros mártires. Casa de las Américas tiene mártires. Algún día tendremos que hacer una galería con todos ellos y diremos que son los mártires de Casa de las Américas. Porque no cabe la menor duda de que al llegar a Cuba ellos tomaron una conciencia enorme. Y fue esta Revolución también quien los llevó a pensar que un escritor era algo más que un escritor. Te puedo decir que esto es lo que he sentido en estos veinte años, no sé cuánto tiempo más estaré, pero lo que sí te puedo decir es que Casa de las Américas seguirá siendo el organismo que concebimos desde un comienzo, que hoy hemos logrado y que mañana puede ser mucho mejor.

[49] Efectivamente, según el Decreto-Ley núm. 16, de 1978, en su artículo 5: «cualquier ciudadano de la América Latina y el Caribe que posea las condiciones idóneas y de prestigio, autoridad moral y social» podía ser presidente, vicepresidente o miembro del Consejo de Dirección de la Casa. Sin embargo, ese artículo fue modificado por el Decreto-Ley núm. 360, de 2018, que en su artículo 5.1 aclara que el presidente de la Casa de las Américas será un ciudadano cubano; lo dispuesto para el resto de los cargos se mantuvo igual.

Palabras en la inauguración de la muestra Pintura Primitiva de Solentiname[50]

Nunca en Casa de las Américas se acostumbra a hablar en una exposición, por eso los viejos amigos de Casa se preguntarán, ¿y por qué estas palabras? Hemos considerado, casi al azar, sin preguntar, que debíamos decir unas palabras, que debíamos decir unas palabras para decirles a los viejos amigos de Casa, a los que vienen siempre a las exposiciones, no solamente al día de la invitación que tienen que traer su papel, sino los que vienen diariamente, que lo que estamos exponiendo hoy en Casa de las Américas es algo mucho más que una exposición. No debemos rebuscar y buscar una calidad, no debemos mirar un cuadro que hay, miren ahí a Nicaragua libre y miren a Solentiname. Por eso las palabras, como les decía, ni hablábamos ni se hablaba. Con esto hemos querido decir que esta exposición no tiene la significación de mirar un hermoso cuadro, tiene una significación mucho más honda y profunda, que es mirar a un pueblo de nuestra América libre, tal vez al pueblo que creíamos que no saldría en muchos años del terrible tormento. Y aquí tenemos a Solentiname; el somocismo acabó con ellos, y hoy tenemos a compañeros de Solentiname, a nuestro querido compañero, amigo, nuestro querido Cardenal, que es un trabajador más de Casa de las Américas que está con nosotros; pero ya no está con nosotros en este momento porque está trabajando en su Nicaragua Libre, por eso son estas palabras, compañeros, por eso ha sido esta excepción. Y yo le pediría a uno de los compañeros de Nicaragua que nos dijera unas palabras de Solentiname. Ustedes estarían de acuerdo en oírlo, porque nosotros sabemos qué es Solentiname, pero hay muchas personas que se preguntan, ¿qué es Solentiname? Estábamos aislados de ese país. Casa de las Américas nunca estuvo aislada de ese país, pero, a través de una vía clandestina. Y hoy está en Casa de las Américas, sin vía clandestina, el hermano país, un país, el país libre de Nicaragua. En nuestros corazones está Nicaragua. Están los que quedaron por verla libre. Y están esos que quedaron y vivirán eternamente porque precisamente quedaron, y

[50] Pronunciadas en la Casa de las Américas el 24 de octubre de 1979. Se conserva una copia mecanografiada en el Archivo Casa.

al quedar se vive. Para un revolucionario hay veces que lo que nos atormenta es morirnos en una cama y también nos atormenta ver morir a un compañero. Por eso un revolucionario tiene un gran conflicto encima. No queremos morir en la cama, pero no queremos ver morir a compañeros. Y hoy hay un homenaje aquí, a todos aquellos que nunca estarán con nosotros porque siempre estarán con nosotros. Para ellos nuestro cariño, el eterno agradecimiento de la patria de Martí. A ustedes, gracias, compañeros.

Carta a Albertina Moro Martínez

Ciudad de La Habana, noviembre 3 de 1979
Año Veinte de la Victoria

Ref.: P-182

Cra. Albertina Moro Martínez*
Maceo s/n, e/ Dr. Machín y Luis Moro
Santa Isabel de las Lajas
Cienfuegos

Compañera Albertina:

Sobre su carta, si le fuera a contestar con el corazón, le diría que estoy plenamente de acuerdo con usted, pero que también, ante todo, debemos tener total confianza en Fidel.

Además, ¿qué diría usted si le dijera que yo firmé la libertad de Senén Caravia, quien delató a Abel, mi hermano, el 26 de julio de 1953? Senén Caravia hacía más de veinte años que estaba preso. ¿Qué hace la Revolución con ese preso? ¿No es mucho mejor que se vaya a comer, a dormir, a vivir o hacer lo que le dé la gana adonde están nuestros enemigos? ¿Cree usted que por haber hecho eso dejé de pensar mucho en firmar esa libertad? ¿Por eso hubiera amado más a Abel? Nuestro deber es hacer una revolución profunda, cada día más profunda, como dijo Raúl [Castro]. Darle la libertad o que se nos vayan unos cuantos asesinos, ¿qué más da? Hacer la Revolución cada día más profunda como lo explicó Raúl, repito, es el verdadero deber de todo revolucionario.

Esa es mi opinión, compañera, respeto mucho la suya, pero usted puede tener la seguridad que a mí solamente no me mataron a Abel delante de mí.

Fueron varios años viendo caer a hermanos muy queridos y los años jamás me han hecho olvidarlos. Y tenga la seguridad que ninguno de ellos me enseñó que un rencor interminado nos llevaba a nada bueno.[51]

Reciba todo el afecto de,

Haydée Santamaría

[51] Esta cienfueguera de treinta años pone copia a Haydee de una carta que envió originalmente a Celia Sánchez, como secretaria del Consejo de Estado, para que esta última, a su vez, se la hiciera llegar a Fidel Castro. La copia para Haydee va con la intención expresa de evitar que «por cualquier razón imprevista no llegue esta carta a tiempo a manos de Fidel Castro y por considerar que por razones obvias se sensibilizará también con el problema aquí planteado», expresa la remitente. Albertina Moro se ve impulsada a escribir su carta por una noticia publicada el día que la redacta (18 de octubre de 1979) en el periódico *Juventud Rebelde*, donde –según comenta– se dice que en noviembre de ese año quedarán en libertad los menos de cuatrocientos reclusos que quedan en las cárceles, entre ellos, los criminales de guerra. Ella fue testigo del asesinato de su padre en la puerta de su casa, cuando apenas tenía nueve años, y escribe: «Aprendí desde entonces que algún día habría justicia en mi país y que serían condenados a la pena que merecieran por sus crímenes aquellos asesinos a sueldo; con esta gran fe en la justicia revolucionaria mi familia no la tomó por su cuenta, […] es imposible eliminar el odio que tales hechos alimentaron en nuestro pueblo y en mí como parte integrante del mismo, doliente directo de ellos, por eso no puedo aceptar bajo ningún concepto, porque pienso que nuestros muertos reclaman la justicia merecida, que hoy se pretenda indultar a los criminales de guerra que aún quedan encarcelados […]». Al final, Albertina exige que se discuta este asunto con los familiares o que, al menos, sean consultados individualmente.

«Para mí el verdadero arte es política, los resultados de estos veinte años de Casa han dado la razón a este criterio»

Entrevista de Rosa Elvira Peláez y Cino Colina[52]

Hablamos con Haydee Santamaría. Pudiera decirse que ha cumplido veinte años hace poco, porque su vida, estrechamente ligada a Casa de las Américas, como presidenta de la institución, es como una nueva vida.

Yo diría que lo más grande que hemos hecho en estos veinte años son los amigos, los trabajadores de Casa que así se sienten y consideran en sus respectivos países o en los que tienen que vivir. Y la prueba la tenemos en la celebración de estos veinte años de nuestra Casa. Quizá de lo que más satisfechos podamos considerarnos es precisamente de esos verdaderos amigos, verdaderos trabajadores que he hecho en Casa de las Américas, que no son trabajadores de plantilla, pero como si lo fueran. De no ser así, Casa no operaba con los ochenta compañeros que tenemos en plantilla. Hacemos dos revistas y un boletín, las ediciones Casa, organizamos exposiciones, funcionan direcciones de Música, Artes Plásticas y Teatro, el Centro de Investigaciones Literarias y ahora el Centro de Estudios del Caribe.

Aquí Haydee se detiene un momento, y acto seguido agrega:

¡Y eso que el socialismo acabó con la explotación; aquí en Casa parece que continúa!

Para dar paso libre a las risas de todos los que nos encontramos reunidos en el blanco salón de la Casa.

Lo más hermoso es ver cómo tantas tareas, tantos trabajos de Casa se cumplen con el apoyo de los cientos de trabajadores que tenemos fuera de Cuba, que no cobran ni un centavo, ni un derecho de autor. Los escritores y artistas que tienen un valor en este Continente son trabajadores de nuestra Casa.

[52] Publicada en el periódico *Granma*, La Habana, jueves 7 de febrero de 1980, Sección Culturales, con fotos de Mario Ferrer.

Si los ojos agrandados no bastaran para atraer, cuenta Haydee con un peculiar ladeo de cabeza, que va marcando la intensidad de lo que dice. Su charla brota con una sinceridad y una pasión que impresionan por su naturalidad.

Recuerdo con gran cariño al primer latinoamericano que vino a trabajar aquí, don Ezequiel Martínez Estrada. Y también pienso, tengo la seguridad que así es, que la emoción más grande que siento es saber que Casa de las Américas continuará siendo lo que es, independientemente de quien la dirija, porque constituye un logro inmenso, y hay que ver los homenajes que se han hecho en muchas partes por el vigésimo aniversario de Casa.

Supimos de sus pequeñas escaramuzas con los compañeros de Casa, porque opinó que cómo era posible que la propia Casa se autohomenajeara, que no, que eso no valía.

A mí me gustaría que se hiciera notar lo que se ha hecho fuera, lo que se sigue haciendo por los veinte años. Creo que es más importante que lo que se haga en Cuba. Y en este caso por medio del periódico *Granma* les damos a todos los compañeros que han tomado parte en esos homenajes, no un gracias, porque por eso no se da un gracias, sino un abrazo; y que ellos sepan que en Cuba se sabe lo que han hecho para celebrar este aniversario.

Al principio de la entrevista Haydee decía que iba a ser muy difícil, porque ella no sabía «dar entrevistas». Sin embargo, con esta charla ocurrió como cuando a los veleros los impulsa un brioso viento.

Yo esperaba que Casa hubiera tenido más de lo que tiene; consideraba que en estos momentos tuviéramos lo que se llamará Colección Permanente de esta América. Mira si yo pensaba cosas, que en el mismo año 1959 yo hablaba, y salió en la prensa, de una galería donde estaría representado todo lo que se hiciera en plástica y arte popular. Y a pesar de tener las piezas, que son miles, muchísimas de ellas de los mejores plásticos de nuestra América, todavía no hemos tenido capacidad de hacerla, de lograr presentar tan maravillosa colección. Me he quedado atrás de lo que pensaba hace veinte años. La idea que tenemos es poner esa colección en exhibición cerca de la sede de Casa. Vamos a ver si realizamos esos sueños.

Nos cuenta que el taller de serigrafía (inaugurado hace unos meses, con la edición de un afiche por el XX aniversario de Casa de las Américas), también era una vieja idea.

Por lo menos, en cuanto a esto, no nos pasó como con nuestra exposición permanente. Lo que me parece mentira es que ya en el 1959 preveíamos el

hoy Centro de Investigaciones Literarias. Por eso, creo que no me he ido más arriba de lo que pensaba, luego de cumplir Casa veinte años.

Un día que Haydee visitó la Unión de Escritores Panamericanos, en el edificio que es la actual sede de Casa, como parte de su trabajo con centros culturales, pensó en algo.

Me viene la idea de que los Gobiernos de esta América nuestra iban a romper relaciones con nosotros. En mí hay entonces un verdadero susto; nos iban a privar de la cultura de nuestra América. Y es cuando se me ocurre y pido que me dejen aquí, en este edificio de la Unión, año 59, un tiempo, para planificar bien la idea de cómo nosotros podemos romper un bloqueo, como yo veía que se avecinaba: cómo podemos hacer que los mejores escritores, artistas, pintores, todos los hombres de letras y artes de nuestra América se acercaran. La respuesta de estos creadores fue muy positiva, tanto los de aquí como los de afuera. Recuerdo que cuando le fui a proponer a Retamar que viniera a dirigir la revista *Casa de las Américas* no sabía yo cómo decírselo. El gran poeta y ensayista –me decía yo–, cómo le ofrezco este puestecito, pensaba entonces. Le hablé, le dije lo que pensaba sería Casa de las Américas, la revista; estoy una hora hablando con él, para convencerlo. «¡¿Qué?!, ¡¿para dirigir la revista?!», me contesta, y agrega: «Si eso ha sido uno de mis sueños, una revista de arte politizada». Y después de una hora, por poco Retamar me paga a mí, me dije. Y con Mariano pasó algo parecido. Mariano y sus famosos gallos; me daba pena llamarlo para que viniera a dirigir el departamento de Artes Plásticas de Casa, que no era nada en aquel tiempo. Nos decidimos, hablamos con él… ¿Ahora? –señala, mientras lanza la broma estimulante–, pues aunque los boten no se va ninguno.

¿Las emociones, Haydee?

Son grandes, son muchas, ¡tantas! –y puntualiza–. Por ejemplo, cómo olvidar que la primera exposición de arte que salió de Cuba la sacó Casa de las Américas.

Luego nos indica la extraordinaria y firme cooperación que ha encontrado la institución en todos los artistas cubanos.

Todavía no he hallado a uno que diga no puedo.

Pone el ejemplo de los afiches del Carifesta 79. Faltaban veinte días para el evento, cuando Haydee reunió a un grupo de compañeros para solicitarles proyectos para los afiches, con cuatro días de plazo nada más. «Y sin problemas ¡Qué hermosos afiches salieron!». Repite la pregunta como si no supiera por dónde empezar:

¿En los próximos años? Mis deseos serían muchos, pero eso no depende solamente de nosotros, y cuando digo nosotros, digo de Cuba, no ya de Casa

de las Américas; que no sea solamente una editorial, sino una empresa, para publicar tantos libros como necesidades tenga nuestra América, y que dentro de esa nuestra América esté Cuba, para no oírles –en este caso– a muchos periodistas que vienen y me dicen: «Haydee, las publicaciones de Casa de las Américas son clandestinas». Los libros Casa, digamos *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, va por la segunda edición, pero ¿qué son veinte mil ejemplares para este Continente? Ahora ya lo que sí es difícil es que tú llegues a una universidad, a un organismo y no los reciban. Nosotros los mandamos a todas las bibliotecas del continente, a todos los organismos culturales. Vaya, el día que nosotros fuéramos empresa, esto cambiaría, pero esto depende de las circunstancias casi mundiales del papel, que no es un problema cubano, es internacional.

Volvemos a lo hecho, a ese cotidiano bregar de dos décadas que ha consolidado el prestigio de Casa de las Américas y que tanto representa en la ruptura de la penetración total en que vivíamos. Gracias a Casa hemos conocido a destacadas figuras de la cultura de la América Latina y el Caribe, que sin ese vínculo quizás nunca hubieran podido acercarse a Cuba.

En la música, realmente ha sido mucho lo que se ha hecho para que se conoz-

ca la verdadera música de nuestra América.

Otro tanto puede decirse de la literatura; en el teatro surgen también muchos nombres. Nos invita a adentrarnos un poco en el almacén de la futura Colección Permanente de esta América. Molas, árboles de la vida, máscaras, variadísimas cerámicas, tejidos, bordados y un sinfín de exponentes del arte latinoamericano y caribeño nos incitan a contemplarla una y mil veces en lo que esperan su traslado. Haydee, marchando por entre los atestados estantes, recuerda que hace veinte años:

A mí me atormentaba que nuestros niños fueran un poco separados de la cultura de nuestra América que es tan rica, tan preciosa, tan maravillosa y que, por esa ruptura de los Gobiernos con nosotros, nuestros niños supieran de otras culturas que son ricas también, pero no de las nuestras, y eso fue otra de las cosas que me llevó a que Casa de las Américas tenía que existir, para que nuestros adolescentes, para que nuestros jóvenes supieran, tuvieran un organismo que por medio de él, supieran lo que es la cultura de esta nuestra América, como la llamó Martí, del Río Bravo a la Patagonia. Para mí el verdadero arte es política. Los resultados de estos veinte años en que, desde su fundación, he dirigido la Casa de las Américas, los resultados de lo que es hoy la Casa de las Américas han dado toda la razón a este criterio. Nos quisieron aislar, nos quisieron separar de la cultura de la América nuestra; el imperialismo

norteamericano trató de que las futuras generaciones de Cuba no supieran de la cultura de la América Latina y el Caribe, no conocieran verdaderamente a la América de Simón Bolívar y de Martí. Pero con todo su poder el imperialismo no pudo comprar a los artistas genuinos, a los creadores del mejor arte y la mejor literatura en nuestro Continente; y hoy nuestros niños, como otros niños en los demás continentes del mundo, conocen y aman a su patria grande.

Enero de 1979

Querido compañero:

Tengo la satisfacción honda, verdadera, de felicitar a los compañeros creadores que aquí trabajan diariamente y sienten que Casa de las Américas es su más querida y mejor obra. Al decir creadores, pienso en los artistas, escritores: y también en los demás compañeros (entre los que me incluyo) que trabajamos en múltiples tareas. Entre todos hemos hecho posible que Casa de las Américas sea lo que es hoy, en este Año del 20 Aniversario de nuestra Revolución y del 20 Aniversario de este organismo, ya que con la Revolución nacimos, y para ella existimos.

Gracias por haberme estimulado y ayudado, por haberme hecho sentir en estos veinte años, haciendo una tarea útil, justa y consecuente.

Estoy segura que Casa de las Américas continuará avanzando al mismo paso y con la misma seriedad que lo necesita nuestra Revolución.

H. Hautamaria

Índice general de siglas

ACTL	Administración Civil del Territorio Libre
CDR	Comité de Defensa de la Revolución
CIA	Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos
CIL	Centro de Investigaciones Literarias
COR	Comisión de Orientación Revolucionaria
DN del MR-26/7	Dirección Nacional del Movimiento Revolucionario 26 de Julio
EGREM	Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales
ER	Ejército Rebelde
FAR	Fuerzas Armadas Revolucionarias
FBI	Buró Federal de Investigaciones
FMC	Federación de Mujeres Cubanas
ICAIC	Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos
INDER	Instituto Nacional de Deporte, Educación Física y Recreación
MNR	Movimiento Nacional Revolucionario
MR-26/7	Movimiento Revolucionario 26 de Julio
OLAS	Organización Latinoamericana de Solidaridad
PCC	Partido Comunista de Cuba
PSP	Partido Socialista Popular
PURSC	Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba
SIM	Servicio de Inteligencia Militar
UNEAC	Unión de Escritores y Artistas de Cuba
UNESCO	Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

Fichas biográficas[1]

Acevedo González, Rogelio (1941). Se incorporó al Ejército Rebelde (ER) en 1957. Perteneció a la Columna 8 Ciro Redondo, comandada por Ernesto Che Guevara, donde alcanzó el grado de capitán. Fue presidente del Instituto de Aeronáutica Civil de Cuba entre 1989 y 2010. Es general de división de la reserva.

Albentosa Chacón, Ángel Emilio (1920-2017). Miembro del MR-26/7. Participante del asalto al cuartel Moncada y expedicionario del yate Granma.

Albizu Campos, Pedro (1891-1965). Político y líder independentista de Puerto Rico. Fue la figura más relevante en la lucha por la independencia de su país durante el siglo xx.

Alejandro. Seudónimo de Castro Ruz, Fidel.

Alfredo. Seudónimo de Hart Dávalos, Armando.

Almeida Bosque, Juan (1927-2009). Asaltante al cuartel Moncada y miembro del MR-26/7. Partió al exilio en México junto a Fidel Castro y regresó en el yate Granma. En 1958 fue ascendido a comandante del ER y pasó a dirigir la Columna Santiago de Cuba, luego comandó el III Frente Oriental Dr. Mario Muñoz Monroy. Fue miembro del Buró Político del Comité Central del Partido desde su fundación en 1965 y vicepresidente del Consejo de Estado. Recibió el título honorífico de Héroe de la República de Cuba.

Alomá Serrano, Antonio (*Tony*) (1927-1956). Miembro del movimiento revolucionario en Santiago de Cuba bajo el liderazgo de Frank País. Cayó en combate el 30 de noviembre de 1956 durante el ataque al cuartel de la Policía Nacional, una de las acciones del levantamiento armado organizado en Santiago para apoyar el desembarco del yate Granma.

[1] Estas fichas corresponden a combatientes, personalidades de la historia cultural y política de nuestra América y otros compañeros mencionados por Haydee Santamaría. No se han incluido las de personalidades relevantes, cuyas biografías son ampliamente conocidas.

Alonso, Alicia (1920-2019). Bailarina, coreógrafa, fundadora y directora del Ballet Nacional de Cuba, donde fue reconocida como *Prima ballerina assoluta*. Fundadora también del American Ballet Theatre, es considerada uno de los grandes mitos de la danza. Recibió numerosos premios y condecoraciones nacionales e internacionales, entre ellos, la Orden José Martí, máximo galardón que otorga el Consejo de Estado de la República de Cuba.

Alonso, Luis Ricardo (1929-2015). Escritor y abogado cubano-español emigrado a Cuba en su infancia. Participó en las luchas clandestinas contra Batista. Fue embajador de Cuba en Perú, Noruega, Suiza y Gran Bretaña. Rompió con el Gobierno Revolucionario en 1965 y se instaló en los Estados Unidos.

Alonso Pujol, Guillermo (1899-1973). Abogado y político cubano. Vicepresidente de Cuba en el período 1948-1952, bajo el Gobierno de Carlos Prío Socarrás. Después de 1959 se exilió en los Estados Unidos.

Álvarez Capín, María Angélica (*Pusy*) (¿?). Pedagoga. Miembro del MR-26/7. Su casa sirvió de punto de encuentro de los combatientes y muchas veces Haydee se ocultó allí. Después de 1959 trabajó en el Ministerio de Educación, en la Editorial Nacional de Cuba con Alejo Carpentier y en la Universidad de La Habana. Fue rectora del Instituto Superior de Arte.

Aly. Seudónimo de Sánchez Manduley, Celia.

Andreu Martínez, José Raimundo (1901-1994). Médico, político y empresario cubano. Fue nombrado ministro de Salubridad durante los Gobiernos de Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás (para este último también ministro de Comercio). En el momento del triunfo revolucionario era dueño de la Compañía Cubana de Cemento Portland, junto a Lincoln Rodón.

Antuña Tabío, Vicentina (1909-1993). Profesora emérita de la Universidad de La Habana, ensayista, filósofa y política cubana. Fundadora de la Universidad Popular José Martí. Fue la primera directora de Cultura del Ministerio de Educación y primera presidenta del Consejo Nacional de Cultura tras el triunfo revolucionario. Presidió la Comisión Cubana de la Unesco. Recibió el título honorífico de Heroína del Trabajo de la República de Cuba y la Orden José Martí, la más alta condecoración del Consejo de Estado de la República de Cuba.

Araújo Pérez, Leocadia (*Cayita*) (1884-1983). Insigne revolucionaria de Santiago de Cuba que dedicó su vida al magisterio y desplegó una intensa actividad contra los regímenes de Gerardo Machado y Fulgencio Batista. Fue un apoyo decisivo para los jóvenes revolucionarios; ayudó a esconder a varios combatientes que pudieron escapar del asalto al cuartel Moncada, y en su casa Frank País trazó el plan que seguirían para apoyar el desembarco del yate Granma. En 1980 el Icaic realizó un documental sobre su trayectoria titulado *Cayita, una leyenda*.

Arbenz Guzmán, Jacobo (1913-1971). Militar guatemalteco de proyección antimperialista. Presidente de Guatemala entre 1951 y 1954, derrocado por un golpe de Estado patrocinado por los Estados Unidos. Falleció durante su exilio en México.

Arcos Bergnes, Gustavo (1926-2006). Participó en el asalto al cuartel Moncada, donde fue herido de gravedad. Se incorporó a la DN del MR-26/7 para encargarse de los contactos políticos y del aprovisionamiento de los guerrilleros. En 1959 fue nombrado embajador en Bruselas, cargo que desempeñó hasta 1966. Su postura política terminó distanciándolo de la Revolución.

Barquín López, Ramón (1914-2008). Militar cubano que dirigió la llamada «conspiración de los puros», protagonizada por un grupo de uniformados no comprometidos con los crímenes de la dictadura de Fulgencio Batista. Cuando el 1º de enero de 1959 fracasa el golpe de Estado orquestado para frenar el avance rebelde, Barquín recibe la jefatura del Estado Mayor del Ejército, en una maniobra para salvar la vieja institución. Sin embargo, desde Santiago de Cuba, se había nombrado a Camilo Cienfuegos como jefe de Columbia y el liderazgo de Barquín no fue reconocido. Inconforme con el rumbo radical de la Revolución Cubana desertó de su cargo de agregado militar en España y se exilió en los Estados Unidos, donde se sumó a los planes contrarrevolucionarios de las organizaciones allí radicadas.

Beba. Ver Daniel Álvarez, Genoveva.

Bebo. Ver Hidalgo, Alonso.

Benedetti, Mario (1920-2009). Uno de los poetas y narradores uruguayos e iberoamericanos más reconocidos internacionalmente. Integrante de la Generación del 45. En 1967 fundó el Centro de Investigaciones Literarias (Cil) de la Casa de las Américas, que dirigió hasta 1971. Vivió parte de su exilio en Cuba donde se radicó hasta 1980. Mantuvo una estrecha colaboración con la Casa hasta su muerte.

Benítez Rojo, Antonio (1931-2005). Narrador y ensayista cubano, además de guionista de cine. Ganó el Premio Casa de las Américas en 1967 por su libro *Tute de reyes* y, tres años más tarde, pasa a trabajar a esta institución, donde dirigió la editorial (1974-1980), dirección que alternó con la del Centro de Estudios del Caribe (1979-1980). En 1980 se estableció en los Estados Unidos.

Beruff Jiménez, Jorge (*Napoleón*) (¿?). Formó parte del Comité del Exilio del MR-26/7. En 1959 fue designado embajador de Cuba en Argentina.

Bilito. Ver Castellanos, Baudilio.

Bravo Pardo, Flavio (1921-1987). Político y militar cubano. Estuvo al frente de la Juventud Socialista del Psp, desde su creación en 1944 y durante doce años; en 1945 fue electo miembro del Comité Central del Psp. Después de 1959 tuvo

varios cargos en las FAR, fue vicepresidente del Consejo de Ministros y presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular (1981-1986), entre otras responsabilidades.

BUCH RODRÍGUEZ, LUIS M. (*Roque* o *Mejías*) (1913-2000). Abogado y político. Integró la DN del MR-26/7. En 1958 fue nombrado delegado en el exterior, como coordinador general y responsable de Relaciones Públicas del Comité del Exilio del Movimiento. En diciembre de ese año llegó a la Sierra Maestra con un cargamento de armas procedente de Venezuela. Después de 1959 fue ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros y fue designado magistrado del Tribunal Supremo Popular en 1963. Publicó varias obras de carácter histórico-testimonial, entre las que se destaca, *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos*.

CANO CLETO, FRANCISCO (*Panchito*) (¿?). Fotorreportero cubano. Trabajó para los periódicos *Oriente* y *Prensa Universa*l hasta que en 1953 comenzó en la revista *Bohemia* desde Santiago de Cuba. Esto le permitió entrar al Moncada el día del asalto, acompañado por Marta Rojas, junto al resto de la prensa autorizada. La serie de fotos tomadas en el cuartel –sacadas a escondidas y donde aparecen vivos muchos de los asaltantes que luego fueron asesinados– se publicó en *Bohemia*. En la década de 1960 fue a residir, por problemas personales, a los Estados Unidos, donde murió al poco tiempo.

CARAVIA CARREY, SENÉN (¿?). Jefe de prensa del cuartel Moncada y fotógrafo oficial del coronel Alberto del Río Chaviano hasta 1958. Fue juzgado en 1959 por el delito de infidencia, relacionado con la detención de los combatientes del Hospital Civil Saturnino Lora tras el asalto al cuartel, y condenado a la pena máxima, la cual le fue conmutada y sustituida por la de treinta años de prisión. En 1970 solicitó al Ministerio del Interior su inclusión en el plan de rehabilitación de reclusos. El 18 de octubre de 1978 se le concedió la libertad condicional, firmada por la propia Haydee, y el permiso para salir del país, tras la solicitud de sus hijos, residentes en los Estados Unidos.

CARDENAL, ERNESTO (1925-2020). Poeta, sacerdote, teólogo, traductor, escultor y político nicaragüense, cuya obra poética le ha merecido varios premios internacionales. Destacado defensor de la teología de la liberación en la América Latina. Ministro de Cultura (1979-1987) tras el triunfo de la Revolución Sandinista. Fundó la comunidad cristiana de pescadores y artistas «primitivos», Solentiname, después de ser ordenado sacerdote en 1965.

CARMICHAEL, STOKELY (1941-1998). Político y activista estadounidense de origen caribeño (Trinidad y Tobago). Uno de los dirigentes más destacados del movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos. Fue primer ministro honorario de las Panteras Negras, organización política socialista del Poder Negro, fundada en octubre de 1966 en California.

Castellanos, Baudilio (*Bilito*) (1927-2002). Abogado de oficio en la Audiencia de la antigua provincia de Oriente. Acompañó a Fidel Castro en las protestas estudiantiles desde la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana y fue miembro fundador de la dirección provincial del MR-26/7 en Oriente. Durante el juicio a los asaltantes al Moncada, su desempeño como defensor de los detenidos (entre ellos, de la propia Haydee Santamaría) fue relevante.

Castro, Nils (1937). Periodista, profesor, diplomático y ensayista panameño. Residió en Santiago de Cuba durante doce años, ciudad a la que llegó en 1961; ejerció como profesor en la Universidad de Oriente, donde creó y dirigió la Escuela de Letras, el Departamento de Filosofía y la Dirección de Extensión Universitaria, así como la revista *Oriente*. Fue asesor del general Omar Torrijos y otros presidentes de su país, y uno de los fundadores del Grupo Contadora.

Castro Peña, Rafael (¿?). Campesino de la zona de Santo Domingo, provincia Granma, que se incorporó al ER, donde alcanzó el grado de capitán. Integró el IV Frente Simón Bolívar, dentro del cual encabezó uno de los pelotones de la Columna 12 Simón Bolívar.

Cayita. Ver Araujo Pérez, Leocadia.

Céspedes Somoza, Marcia (¿?). Miembro del MR-26/7 en Santiago de Cuba. Colaboraba con el traslado de explosivos, armamentos y documentos muy secretos.

Céspedes, Carlos Manuel de (1819-1874). Abogado revolucionario cubano que inició las guerras por la independencia de Cuba el 10 de octubre de 1868. Mayor general del Ejército Libertador y primer presidente de la República de Cuba en Armas. Murió en combate frente a las tropas españolas. Es considerado Padre de la Patria.

Chaviano. Ver Río Chaviano, Alberto del.

Chenard Piña, Fernando (1919-1953). Participante del asalto al cuartel Moncada. Fue apresado mientras cumplía la encomienda de Fidel Castro de transmitir la orden de retirada a Abel Santamaría en el Hospital Civil Saturnino Lora. Fue torturado y asesinado el mismo 26 de julio en el cuartel.

Chibás Rivas, Eduardo (*Eddy*) (1907-1951). Relevante político cubano que se destacó en la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado y la denuncia de la corrupción en la Cuba prerrevolucionaria. Fundó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) bajo la consigna «Vergüenza contra Dinero». En 1951 sostuvo una polémica pública con el ministro de Educación Aureliano Sánchez Arango, a quien acusó de malversación de los fondos del ministerio. Incapaz de presentar las pruebas se suicidó públicamente durante una transmisión radial.

De ese Partido emergió una buena parte de los revolucionarios cubanos, incluido Fidel Castro.

Chibás Rivas, Raúl (1916-2002). Político. En 1955 asumió la presidencia del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) y luego apoyó la lucha en la Sierra Maestra donde firmó en julio de 1957, junto a Fidel Castro y Felipe Pazos, el documento «Al pueblo de Cuba», conocido como «Manifiesto de la Sierra Maestra», que abogaba por la constitución de un Frente Cívico Revolucionario. Fue tesorero del Comité del Exilio del MR-26/7 y responsable del departamento de Finanzas de la Administración Civil del Territorio Libre (Actl) organizada por el ER. Emigró hacia los Estados Unidos en 1960.

Chiki. Ver Salsamendi, María Luisa.

Chinolope. Seudónimo de López Junque, Guillermo Fernando.

Chucho. Ver Montané Oropesa, Jesús.

Cienfuegos Gorriarán, Camilo (1932-1959). Fundador del ER y uno de sus jefes principales. Se vinculó con Fidel Castro en México y fue el último elegido para la expedición del Granma, debido a su insuficiente entrenamiento militar. Alcanzó el grado de comandante en la Sierra Maestra. Estuvo al frente de la Columna Invasora 2 Antonio Maceo que avanzó desde Oriente hacia Occidente; gesta donde alcanzó los sobrenombres de Héroe de Yaguajay y Señor de la Vanguardia. Tras el triunfo de la Revolución, fue jefe del Estado Mayor del ER. Desapareció en el mar el 28 de octubre de 1959 mientras viajaba en avión de Camagüey a La Habana.

Cienfuegos Gorriarán, Osmany (1931). Combatiente revolucionario, político y arquitecto cubano. Se sumó al ER bajo el mando de Fidel Castro, donde obtuvo el grado de capitán. Tras el triunfo de la Revolución desempeñó varios cargos ministeriales y fungió como vicepresidente del Consejo de Ministros hasta 2009. Ha sido reconocida su intensa labor como proyectista general y líder del Plan de Desarrollo Integral Sierra del Rosario, cuyo centro es la Comunidad Las Terrazas, fundada en 1971 y declarada en 2020 Monumento Nacional.

Codina, Iverna (1912-2010). Escritora argentina. Viajó a La Habana por primera vez en 1975 para formar parte del Jurado de cuento del Premio Casa de las Américas. Al año siguiente se exilió en Cuba y durante cuatro años trabajó en el Cil, de la Casa, hasta 1986, cuando regresó definitivamente a su país.

Conte Agüero, Luis (1924). Doctor en Filosofía y Letras y comentarista radial. Militó y fue secretario general del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Emigró a Miami en la década del sesenta, donde se convirtió en portavoz de grupos contrarrevolucionarios.

Conti, Haroldo (1925-1976). Escritor argentino. En 1975 fue galardonado con el Premio Casa de las Américas por su novela *Mascaró, el cazador americano*, después de haber sido jurado en dos ocasiones (1971 y 1974). Fue secuestrado por un grupo de tareas del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército de su país y testigos afirman que estuvo en el centro clandestino de detención El Vesubio. Aún permanece desaparecido.

Coroneaux Trimiño, Braulio (1929-1958). Durante el asalto al cuartel Moncada era miembro del ejército y pertenecía a la guarnición del cuartel, por lo que combatió a los asaltantes. Posteriormente pasó a las filas del MR-26/7 y se sumó al ER; cayó combatiendo en la Batalla de Guisa con el grado de capitán.

Cortázar, Julio (1914-1985). Narrador, poeta, ensayista, traductor y periodista argentino. Uno de los escritores más innovadores e influyentes de su tiempo. Mantuvo una estrecha relación con la Casa de las Américas hasta su muerte; solía afirmar que fue, gracias a su primera visita y a su trabajo como jurado del concurso en 1963, que comenzó a reconocerse como escritor latinoamericano.

Crespo Cabrera, Luis (1923-2002). Conocido como El Guajiro Crespo. Expedicionario del yate Granma y miembro del MR-26/7. Alcanzó el grado de comandante del ER.

Crombet Hernández-Baquero, Jaime (1941-2013). Político revolucionario cubano. Fue primer secretario de la Unión de Jóvenes Comunistas (Ujc) y primer secretario del Pcc en La Habana y Pinar del Río, vicepresidente del Consejo de Ministros y vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular entre 1993 y 2012.

Cuadrado Alonso, Joaquina (1902-1977). Madre de Haydee, Ada, Aldo, Abel y Aida Santamaría Cuadrado. Emigró junto a su familia desde Salamanca, España, a Cuba, donde conoció y se casó con Benigno Santamaría. Ambos se establecieron en el batey del central Constancia, Encrucijada, Las Villas (hoy Villa Clara). Estuvo vinculada al MR-26/7 y apoyó las acciones de los jóvenes combatientes. Después de 1959 asumió tareas de dirección de la Federación de Mujeres Cubanas (Fmc) en Constancia.

Cuevas Heredia, Andrés (1917-1958). Ingresó en la Columna 1 José Martí del ER, al mando de Fidel Castro, a mediados de 1957; cayó en la Batalla de El Jigüe. Fue ascendido póstumamente al grado de comandante.

Dalton, Roque (1935-1975). Poeta, ensayista, periodista y revolucionario de El Salvador. Su actividad política corrió pareja a su renovadora creación literaria. Como miembro del Partido Comunista Salvadoreño desde 1958, ya había sido encarcelado en varias ocasiones cuando, en 1961, tomó el camino del exilio. Vivió en Cuba y trabajó en la Casa de las Américas, donde obtuvo el Premio

Literario en 1969. El 10 de mayo de 1975 fue ejecutado por miembros de su propia organización, el Ejército Revolucionario del Pueblo (Erp).

Daniel Álvarez, Genoveva (*Beba*) (1934). Fue secretaria ejecutiva de la presidencia de la Casa de las Américas hasta la década del setenta.

Débora. Seudónimo de Espín Guillois, Vilma.

Debray, Régis (1940). Filósofo y escritor francés. Viajó a Cuba en 1960, donde se entrevistó con Fidel Castro y el Che Guevara, a quien seguiría años después a Bolivia. Fue hecho prisionero por el ejército boliviano en 1967 y condenado a treinta años de cárcel. El presidente Juan José Torres le otorgó la amnistía y fue liberado en 1970. La editorial de la Casa de las Américas había publicado su libro *¿Revolución en la Revolución?* en 1967.

Depestre, Edith (Edith Gombos Sorel, conocida en el medio periodístico también como Edith Sorel) (¿?). Periodista francesa, de origen húngaro. Estuvo casada con René Depestre entre 1949 y 1960. Llegó a Cuba en 1959, donde sirvió como traductora ocasional a Fidel Castro y al Che Guevara. Fue corresponsal del periódico Revolución y colaboradora de otras publicaciones como *INRA* hasta su salida de la isla en 1962. Es conocida por sus entrevistas a relevantes figuras del siglo xx.

Díaz Cartaya, Agustín (1929). Participó en las acciones del 26 de julio de 1953. Junto con el resto de los asaltantes al Moncada cumplió condena en el Reclusorio Nacional de Isla de Pinos, donde compuso el *Himno del 26 de Julio*. Integró el MR-26/7 y compuso otras marchas también muy conocidas.

Díaz Fontaine, Emiliano (*Nano*) (1936-1957). Miembro del MR-26/7 y capitán del ER; cayó durante el combate del Uvero.

Díaz Lanz, Pedro Luis (1926-2008). Piloto opuesto a la dictadura de Batista que llevó suministros al ER. En 1959 fue nombrado jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria, pero pronto fue sustituido de su cargo por incapacidad y corrupción. Salió clandestinamente de Cuba hacia los Estados Unidos y se unió a la contrarrevolución.

Diego. Seudónimo de Paneque Batista, Víctor Manuel.

Domínguez López, Guillermo (1932-1957). Miembro del MR-26/7. Se incorporó al ER en marzo de 1957 como parte del primer refuerzo, con el grado de teniente, que Fidel Castro ratificó cuando reorganizó la tropa. Cayó durante un encuentro casual con el Ejército.

Duque de Estrada, Arturo (1928-1994). Organizador del MR-26/7 en Oriente. Fungió como secretario de Frank País. Fue el destinatario del telegrama enviado por Fidel Castro a Santiago de Cuba para anunciar la salida de la expedición del yate Granma. Después de 1959 ocupó diversos cargos gubernamentales; se dedicó a la investigación histórica sobre la región oriental y fue un promotor de la conservación y del patrimonio histórico cultural santiaguero.

Echevarría Martínez, Manuel (1933-2018). Activo combatiente de la clandestinidad y fundador del MR-26/7 en Manzanillo. Viajó a México en 1956 y fue uno de los expedicionarios del yate Granma. Tras el triunfo de la Revolución ocupó varias responsabilidades dentro de las Far.

Eddy. Ver Chibás Rivas, Eduardo.

El Vaquerito. Seudónimo de Rodríguez Fernández, Roberto.

Escalona, Enrique (*Quique* o *Quiquí*) (¿?). Combatiente del ER, participó en el decisivo asalto al cuartel del Uvero, donde resultó herido.

Espín Guillois, Vilma (*Débora*) (1930-2007). Una de las mujeres más destacadas dentro del proceso revolucionario cubano. Notable combatiente clandestina bajo las órdenes de Frank País en Santiago de Cuba. Formó parte de la DN del MR-26/7 como responsable de la sección de Oriente, y más adelante se unió al ER en el II Frente Oriental Frank País. Fue presidenta fundadora de la Fmc, que dirigió desde 1960 hasta el fin de su vida. Recibió el título honorífico de Heroína de la República de Cuba. Esposa de Raúl Castro.

Espinoza Dueñas, Francisco (1926-2020). Pintor, grabador, ceramista y dibujante peruano. Residió en Cuba entre 1965 y 1968, donde ejerció como profesor.

Estrada Palma, Tomás (1835-1908). Maestro y político. Fue presidente de la República en Armas (1876-1877) durante la Guerra de los Diez Años. Participó en la fundación del Partido Revolucionario Cubano, del cual fue su delegado tras la muerte de José Martí y el máximo responsable de su disolución. Elegido presidente en las primeras elecciones celebradas en la República (1902-1906), gobernó con servilismo hacia los intereses estadounidenses.

Fajardo Sotomayor, Manuel (1932-1995). Campesino incorporado a la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Alcanzó el grado de comandante junto a Raúl Castro en el II Frente Oriental Frank País. Después de 1959 ocupó varias responsabilidades vinculadas al sector agropecuario dentro de las Far.

Fausto. Ver Pérez Hernández, Faustino.

Fernández Font, Marcelo (*Zoilo*) (1932-2005). Fue miembro de la DN del MR-26/7, estuvo al frente de la sección de Propaganda y llegó a ser coordinador nacional en el llano. Se incorporó definitivamente al ER en diciembre de 1958, bajo las órdenes de Fidel Castro. Después del triunfo revolucionario fue presidente del Banco Nacional de Cuba, viceministro del Ministerio de Relaciones Exteriores y ministro de Comercio Exterior; además, fue miembro del Comité Central del Pcc desde su primer congreso hasta 1986.

Fernández Méndez, Rosa (*Rosita*) (¿?). Compañera de estudios y amiga de Abel Santamaría.

Fernández Retamar, Roberto (1930-2019). Poeta, ensayista, profesor y editor cubano. Su extensa obra ha sido traducida a múltiples idiomas, y de ella, tanto

su poesía como su influyente ensayo *Caliban* son particularmente conocidos. Mereció, entre otros reconocimientos, el Premio Nacional de Literatura y la Orden José Martí, la más alta distinción que entrega el Consejo de Estado de la República de Cuba. En 1965 fue invitado por Haydee para dirigir la revista homónima de la Casa de las Américas y fue presidente de la institución desde 1986 hasta su fallecimiento.

Fernández, Pablo Armando (1930-2021). Poeta, narrador y ensayista cubano. Premio Nacional de Literatura en 1992 y miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua. Fue consejero cultural en Reino Unido entre 1962 y 1965, subdirector del semanario *Lunes de Revolución*, jefe de publicaciones de la Comisión Nacional de Cuba en la Unesco, secretario de redacción de la revista *Casa de las Américas* en sus primeros años, y dirigiría luego la editorial de la institución.

Figueroa Araujo, María Antonia (1918-2017). Miembro del MR-26/7, fue designada por Fidel Castro como tesorera y organizadora en Oriente. Participó en el levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956 y se ocupó de las tareas de abastecimiento y traslado de armas y hombres para el III Frente Oriental Mario Muñoz. A partir de 1959 ocupó diversas responsabilidades en el sector de la Educación, junto a Armando Hart, y más tarde laboró en la Oficina de Asuntos Históricos de la secretaría de la Presidencia, junto a Celia Sánchez. Hija de Leocadia Araujo (*Cayita*).

Fito. Ver Vázquez Cuadrado, Adolfo.

Fleitas López, Gildo (1920-1953). En 1950 se incorporó al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Participó activamente en los preparativos del asalto al cuartel Moncada desde La Habana: a través de sus gestiones se adquieren los escudos e insignias para los uniformes de los asaltantes, algunos uniformes del Ejército y armas; proporcionó empleo a Fidel Castro y a Abel Santamaría, para facilitarles moverse sin levantar sospechas. Murió en combate el propio 26 de julio.

Franqui, Carlos (1921-2010). Integrante del MR-26/7, estuvo en el exilio en México y la Florida encargado de la secretaría general del Comité del Exilio. En junio de 1958 llegó a la Sierra Maestra donde dirigió la estación Radio Rebelde y el periódico clandestino *Revolución*, el cual refundó a partir de 1959. Promovió notables proyectos culturales y a finales de los sesenta se estableció en Europa –cada vez más distanciado del Gobierno Revolucionario– antes de radicarse en Puerto Rico, donde murió. Escribió varios libros sobre su experiencia revolucionaria.

Galich, Manuel (1913-1984). Reconocido dramaturgo, abogado, ensayista, historiador y político guatemalteco. Fue ministro de Educación en su país y embajador en varias naciones de América del Sur, entre 1944 y 1954. Se exilió en

Cuba en 1963 hasta su muerte; trabajó como profesor de la Universidad de La Habana, fue vicepresidente de la Casa de las Américas y director fundador, en 1964, del departamento de Teatro y de su revista *Conjunto*.

García Flores, Margarita (1933). Escritora y periodista mexicana destacada por su labor en la difusión de la cultura, su preocupación por la problemática femenina y por las entrevistas que realizara a notables intelectuales de su país y otras personalidades. Realizó la cobertura de noticias del movimiento estudiantil en el México de 1968.

García García, Pilar Danilo (Pilar García) (1896-¿?). Militar al servicio de la dictadura batistiana que alcanzó el grado de general de brigada del Ejército Nacional. Fue uno de los principales represores del régimen como jefe de la Policía Nacional de Cuba. Perpetró una de las masacres más horrendas de su época: asesinato premeditado de una parte del grupo de jóvenes revolucionarios que intentaron tomar el Cuartel Domingo Goicuría, en Matanzas, en abril de 1956. Huyó a los Estados Unidos en 1959, prófugo de la justicia.

García Íñiguez, Calixto (1839-1898). Mayor general del Ejército Libertador. Héroe de las tres guerras por la independencia de Cuba y uno de sus principales estrategas.

García Martínez, Calixto (1928-2010). Asaltante al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, expedicionario del Granma y miembro del MR-26/7. Alcanzó el grado de comandante del ER y, tras el triunfo revolucionario, el de general de brigada de las Far. Ocupó cargos importantes dentro del Ejército.

García, Pilar. Ver García García, Pilar Danilo.

Gil, Silvia (1933). En 1964 comenzó a trabajar en la Casa de las Américas en el área de selección y canje de la biblioteca. Asumió la dirección de esta última entre 1986 y 1994. Este mismo año pasó a dirigir el Archivo de la Casa, llevando adelante el proyecto de rescate, ordenamiento y conservación de la memoria documental de la institución.

Godoy Loret de Mola, Gastón (c.1905-1981). Abogado y político, propietario principal del Banco de los Colonos. Presidió el Consejo Consultivo batistiano tras el golpe de Estado de 1952 y resultó electo vicepresidente de la República en 1958. Salió del país rumbo a República Dominicana junto con el dictador Fulgencio Batista.

Gómez Báez, Máximo (*El Generalísimo*) (1836-1905). Llegó a Cuba procedente de República Dominicana en 1865, adoptó la ciudadanía cubana y se incorporó al ejercito mambí en 1868. Por su desempeño y experiencia militar llegó a ser general en la Guerra de los Diez Años y General en Jefe de las tropas revolucionarias cubanas en la Guerra del 95.

Gómez García, Raúl (1928-1953). Conocido como el poeta de la Generación del Centenario. Participó en el asalto al cuartel Moncada. Designado para la toma del Hospital Civil Saturnino Lora, cayó herido, fue apresado y asesinado luego de sufrir tortura.

González, Manuel Pedro (1893-1974). Ensayista, crítico literario y profesor de origen canario. Residió en Cuba desde los quince años y, después de doctorarse en Derecho Civil, y en Filosofía y Letras, viajó a los Estados Unidos, donde se asentó, pero mantuvo un estrecho vínculo con la isla y fue un incansable divulgador de su literatura. Colaborador de la revista *Casa de las Américas*, participó en eventos organizados por la institución.

González Santos, María Julia (*Maruja*) (1930-2016). Esposa de Pablo Armando Fernández desde 1956. Fue trabajadora fundadora de la Casa de las Américas; comenzó como secretaria de la dirección y más tarde trabajó en el departamento de Música y en la biblioteca.

Gorkin, Julián (seudónimo de Julián Gómez García) (¿?). Periodista, publicista y político español de origen francés. Dirigió la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* hasta 1963, sustituido por el escritor colombiano Germán Arciniegas.

Gravina, Alfredo (1913-1995). Escritor, periodista y teatrero uruguayo. Estuvo exiliado en Cuba, donde trabajó en el Cil por varios años. Obtuvo el Premio Casa de las Américas de cuento en 1974 y fue jurado de ese certamen en varias ocasiones.

Guerra Cabrera, Ángel (*Guerrita*) (1943). Periodista y analista político cubano, residente en México, columnista de *La Jornada* desde 1998. Dirigió el diario *Juventud Rebelde* entre 1968 y 1971, y la revista *Bohemia* entre 1971 y 1980.

Guerra Matos, Felipe (*Guerrita*) (1926). Miembro del MR-26/7 en el antiguo regional Manzanillo. Apoyó a Celia Sánchez en la selección y traslado de hombres hacia la Sierra Maestra desde fines de 1956 y, por su conocimiento de la zona, se convirtió en mensajero y enlace entre la sierra y el llano bajo las órdenes directas de Fidel Castro, Celia Sánchez y Frank País. Finalmente se incorporó al ER y alcanza el grado de capitán. Tras el triunfo asumió diferentes responsabilidades en la Defensa Civil, la construcción y el deporte.

Guerrita. Ver Guerra Cabrera, Ángel.

Guerrita. Ver Guerra Matos, Felipe.

Guitart Rodríguez, René (¿?). Padre de Renato Guitart y activo colaborador del MR-26/7. Tuvo un importante papel en la preservación de los restos de los combatientes asesinados y en el pago de las deudas contraídas por ellos durante los preparativos de las acciones.

Guitart Rosell, René (*Renato*) (1930-1953). Miembro de la directiva del movimiento revolucionario contra la dictadura batistiana. Mártir del asalto al cuartel Moncada. Único santiaguero residente en la ciudad que participó en la acción. Fue clave en los preparativos, el alquiler de locales, el avituallamiento, etcétera, y jefe de la toma de la posta 3 del cuartel.

Guiteras Holmes, Antonio (1906-1935). Líder revolucionario cubano. Se destacó durante la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado. Fue una de las principales figuras del Gobierno de los Cien Días, que tomó el poder entre septiembre de 1933 y enero de 1934. Como gobernador de la provincia de Oriente nacionalizó las principales empresas norteamericanas y proclamó una disyuntiva: «Se sirve al imperio yanqui o se sirve al pueblo». Creó la organización revolucionaria Joven Cuba. Murió en combate contra fuerzas del entonces jefe del Ejército, Fulgencio Batista, cuando se preparaba para salir rumbo a México con el objetivo de regresar con una expedición a la Sierra Maestra, determinado a continuar la lucha.

Gutkin, Adolfo (1936). Director teatral argentino que residió en Santiago de Cuba entre 1962 y 1969. Allí estudió Psicología, fundó una escuela de teatro y el Conjunto de Arte Dramático de Oriente, además de llevar a escena importantes piezas del teatro internacional y colaborar en revistas culturales. Viajó a Portugal donde fundó y dirigió otros conjuntos teatrales, además del Instituto de Formación, Investigación y Creación Teatral (Ificit).

Hart Dávalos, Armando (*Alfredo*, *Jacinto* o *Darío*) (1930-2017). Participó activamente en el levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956. Fundador del MR-26/7 e integrante de su DN, del que fue coordinador hasta ser capturado y encarcelado en enero de 1958. En 1959 fue designado ministro de Educación y estuvo al frente de la Campaña de Alfabetización llevada a cabo en 1961. Al fundarse el Ministerio de Cultura en 1976 asumió su dirección hasta 1997, cuando se le encarga la dirección de la Oficina del Programa Martiano y la presidencia de la Sociedad Cultural José Martí. Por más de veinte años, a partir de 1956, estuvo casado con Haydee Santamaría.

Hart Dávalos, Enrique (1929-1958). Inició su actividad revolucionaria en la Universidad de La Habana, luego se incorporó al MR-26/7 donde llegó a ser jefe de Acción y Sabotaje en La Habana y Matanzas. Murió al fallar el mecanismo de una bomba en el barrio de Versalles, Matanzas.

Hart Ramírez, Enrique Armando (1900-1989). Juez municipal de Trinidad, magistrado de la Audiencia en la provincia de Oriente y en la Audiencia de La Habana. Por su oposición a Batista fue destituido en 1958 y tuvo que salir al exilio hasta enero de 1959. Fue nombrado presidente del Tribunal Supremo (1960-1980) y durante esos años también se desempeñó como miembro de la

Corte Permanente de Arbitraje con sede en La Haya y del Consejo Mundial de la Paz. Fue el primer cubano en recibir la Orden José Martí, la más alta condecoración que entrega el Consejo de Estado de la República de Cuba. Padre de Armando y Enrique Hart Dávalos.

Hart Santamaría, Abel Enrique (1960-2008). Abogado. Se formó como jurista en la academia del Ministerio del Interior. Ejerció como profesional en los tribunales y más tarde trabajó en una notaría civil. Es autor del libro *Delitos contra la seguridad del Estado* (1988). Hijo de Haydee Santamaría y Armando Hart. Falleció en un accidente de tránsito.

Hart Santamaría, Celia María (1962-2008). Escritora y periodista. Fue la primera mujer no alemana que se graduó en la facultad de Física de la Universidad de Dresde. Se desempeñó durante quince años como investigadora en la Universidad de La Habana e impartió clases de Ciencias Sociales en otras sedes. Publicó decenas de trabajos en Cuba y el extranjero. En 2018 la revista electrónica *Sin Permiso* editó una compilación de sus *Escritos políticos (2003-2008)*. Hija de Haydee Santamaría y Armando Hart. Falleció en un accidente de tránsito.

Hernández Rodríguez del Rey, Melba (1921-2014). Abogada que se integró a la lucha revolucionaria clandestina en 1952. Formó parte del grupo que tomó el Hospital Civil Saturnino Lora, durante el asalto al cuartel Moncada, junto a Haydee Santamaría, de quien fue amiga entrañable. Fueron encarceladas juntas y, tras la liberación de ambas, continuaron con la organización de la lucha clandestina, así como con la impresión y distribución de *La historia me absolverá*. Integró la DN del MR-26/7 desde su fundación. En 1955 viajó a México para trabajar junto a Fidel Castro en los preparativos de la expedición del yate Granma. En 1958 es designada responsable de la Actl en el III Frente Oriental Dr. Mario Muñoz Monroy. Después del triunfo revolucionario fue embajadora en Vietnam y en Camboya, así como secretaria general de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina. Recibió el título honorífico de Heroína de la República de Cuba.

Hernández Vidaurreta, Manuel (1896-1992). Padre de Melba Hernández y activo colaborador del MR-26/7.

Hidalgo, Alonso (*Bebo*) (1926-1994). Fundador del MR-26/7 y colaborador de Frank País en Santiago de Cuba. Fue designado responsable del abastecimiento bélico al ER desde el Comité del Exilio (radicado en Nueva York). Alcanzó el grado de capitán del ER y fue segundo al mando de la Columna 16. Después de 1959 tuvo cargos en el Ministerio de Industrias y en las Far.

Hidalgo-Gato González, Mario (¿?). Miembro del movimiento revolucionario que luchó contra la tiranía de Batista. Propietario de la finca Santa Elena, en Nueva

Paz, actual provincia de Mayabeque, donde hicieron sus últimas prácticas de tiro algunos de los participantes en el asalto al cuartel Moncada.

Hinojosa, Rolando (1929-2022). El Premio Casa de las Américas a su novela *Klail city y sus alrededores* (1976) lo convirtió en el primer escritor chicano en ver reconocida su obra internacionalmente. Publicó más de una veintena de libros y desarrolló una intensa labor académica desde la Universidad de Texas, Austin.

Huillca Quispe, Saturnino (1893-1987). Campesino quechua y líder sindical del Perú, nacido en el Cusco. Su vida y su lucha sindical fueron narradas por el periodista peruano Hugo Neira Samánez en el libro *Huillca, habla un campesino peruano*, ganador del Premio Casa de las Américas de testimonio, en 1974.

Iglesias Fonseca, Carlos (*Nica* o *Nicaragua*) (1930-2021). Vinculado a Frank País en la lucha revolucionaria en Santiago de Cuba, fue miembro del MR-26/7 y tuvo una labor distinguida en la clandestinidad. Se integró al ER donde alcanzó los grados de comandante de la Columna 16. Después del triunfo revolucionario ocupó diferentes cargos a nivel nacional.

Irma. Ver Santamaría Cuadrado, Irina.

Jacinto. Seudónimo de Hart Dávalos, Armando.

Joe Westbrook. Ver Westbrook Rosales, José.

Juárez, Benito (1806-1872). Abogado y político mexicano, de origen indígena, presidente de México en varias ocasiones entre el 21 de enero de 1858 y el 18 de julio de 1872. Reconocido como el Benemérito de las Américas.

Lacret Morlot, José (1850-1904). General mambí descendiente de familia francesa que participó en las guerras de independencia de 1868 y 1895. Ayudante de campo de Antonio Maceo y protagonista junto a él de la Protesta de Baraguá.

Lalo Sardiñas. Ver Sardiñas Labrada, Eduardo.

Larrazábal Ugueto, Wolfgang Enrique (1911-2003). Vicealmirante de la Armada de Venezuela; presidente de la Junta de Gobierno de Venezuela en 1958. Durante su mandato envió armamento de forma secreta a Cuba para apoyar a la Revolución Cubana en su fase final.

Lebrón Sotomayor, Dolores (*Lolita*) (1919-2010). Activa defensora de la independencia de Puerto Rico. En 1954, bajo su mando, un grupo de nacionalistas atacó la Cámara de Representantes de los Estados Unidos como forma de llamar la atención y demandar el fin de la situación colonial de su país. Cumplió veinticinco años en prisión, hasta ser liberada tras un indulto del presidente James Carter.

Leiseca Hernández, Marcia. Activa colaboradora del MR-26/7 en La Habana, donde conoció a Haydee Santamaría en 1957. Comenzó a trabajar en la Casa de las Américas en agosto de 1959 como secretaria ejecutiva de la Dirección

hasta enero de 1968. Regresó en marzo de 1990 y asumió la vicepresidencia hasta diciembre de 2019. Fundadora, junto a Osmany Cienfuegos, del proyecto de Plan de Desarrollo Integral Sierra del Rosario, es asesora sociocultural de la Comunidad Las Terrazas.

León, Argeliers (1918-1991). Musicólogo, compositor, etnólogo y pedagogo cubano. A partir de 1974, y por quince años, asumió la dirección del departamento de Música de la Casa de las Américas y su *Boletín Música*. A él se debió la constitución, en 1979, del Premio de Musicología Casa de las Américas y su Coloquio Internacional, los cuales se celebran cada dos años en la institución.

Lesnik, Max (1930). Periodista cubano radicado en Miami desde 1961. Su periodismo fue de abierta oposición política a la dictadura de Batista, tanto desde la revista *Bohemia* como desde la emisora Cadena Oriental de Radio. Fue presidente de la Juventud del Partido Ortodoxo y secretario general de ese movimiento juvenil. En 1958 se sumó al ER como jefe de Propaganda del II Frente Nacional del Escambray y, por discrepancias partidistas, en 1961 se asentó en la Florida, desde donde dirige Radio Miami TV y mantiene permanentes relaciones con Cuba.

Lizarraga, Andrés (1919-1982). Dramaturgo, guionista y compositor argentino. Escribió un teatro comprometido política y socialmente, con más de veinticinco obras, la mayoría representadas en América y Europa, y traducidas a varios idiomas. También escribió guiones para la televisión y el cine. Tras el golpe militar en su país, en 1976, se exilió en Venezuela.

Llanusa Gobel, José (1925-2007). En septiembre de 1958 fue elegido responsable de Organización del Comité del Exilio del MR-26/7, radicado en Nueva York. A su regreso a Cuba, en febrero de 1959, ocupó diversas responsabilidades como ministro de Educación, vicepresidente del Consejo de Ministros y presidente del Inder.

Llerena Rodríguez, Mario (1913-2006). Profesor y periodista cubano. Fue designado como enlace entre el MR-26/7 y el Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana. En 1957 fue nombrado presidente del Comité del Exilio del MR-26/7, pero entró en contradicciones con la DN al suscribir el documento «La Unidad de la Oposición Cubana frente a la Dictadura de Batista» (conocido como el Pacto de Miami), Fidel Castro denunció el acuerdo y separó al MR-26/7 del pacto. En agosto de 1958 fue aceptada la renuncia de Llerena al cargo. Partió definitivamente de Cuba hacia Nueva York en abril de 1960 y rompió con la Revolución.

Lobo Olavarría, Julio (1898-1983). Dueño de la mayor fortuna individual de Cuba. Fue el principal empresario y corredor azucarero del mundo y una autoridad en el sector, con propiedades en todas las esferas de esa industria.

Lolita Lebrón. Ver Lebrón Sotomayor, Dolores.

Lolita. Ver Pérez Resta, Dolores.

López Junque, Guillermo Fernando (*Chinolope*) (1932-2021). Fotógrafo y documentalista cubano. Se hizo célebre por las fotos tomadas a reconocidas personalidades de la cultura y la política nacionales y extranjeras, entre ellos, Fidel Castro, Ernesto Guevara, Julio Cortázar, José Lezama Lima, Virgilio Piñera y Wifredo Lam,

López Morales, Eduardo (1939-1990). Poeta, ensayista y crítico de cine cubano. Estuvo al frente del Centro de Documentación e Información creado en la Casa de las Américas en 1969.

López, Antonio (*Ñico*) (1934-1956). Miembro del MR-26/7 y expedicionario del yate Granma. Muy joven se incorporó a la juventud ortodoxa. Estuvo a cargo de la impresión y distribución del boletín *El Acusador*. Participó en el asalto al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, acción paralela al asalto al cuartel Moncada. Al fracasar ambas acciones logró escapar y viajar a Guatemala donde conoce al Che, y más tarde propició el encuentro entre este último y los revolucionarios cubanos exiliados en México. Tras el desembarco del Granma fue capturado y asesinado por el ejército.

Lorié Valls, Ricardo (1927-1980). Responsable del abastecimiento bélico al ER desde el Comité del Exilio del MR-26/7 (asentado en Nueva York). En 1959 partió definitivamente hacia los Estados Unidos y pasó a las filas de la contrarrevolución.

Loy González, Ramón (1894-1986). Pintor costumbrista y periodista cubano. Fue profesor y secretario de la Academia Nacional de Bellas Artes San Alejandro.

Luzárraga Echeverría, Mamerto (1871-¿?). Español que arribó a Cuba en 1888, donde llegó a ser propietario de los centrales Portugalete y Unidad, y copropietario del Constancia. Su pariente José Ramón Luzárraga Garay era vicepresidente y socio en todos esos centrales; su hermano Casiano era colono del Constancia y su hijo José Ramón era el administrador. Tenía también capital en bienes raíces.

Maceo Grajales, Antonio (1845-1896). Mayor general y lugarteniente general del Ejército Libertador en las guerras de independencia de Cuba. Protagonizó la Protesta de Baraguá. Junto con Máximo Gómez comandó la invasión militar del occidente de Cuba. Por el valor con que enfrentó al enemigo, por las decenas de heridas en su cuerpo y por su talla como hombre integral, pasó a la historia como el Titán de Bronce.

Machado y Morales, Gerardo (1871-1939). Militar y político. Ingresó muy joven al Ejército Libertador, en el que llegó a ser general. Presidente de la República

de Cuba a partir de 1925, el «asno con garras» ejerció una dictadura que fue derrocada por una revolución popular en 1933.

Marechal, Leopoldo (1900-1970). Novelista, poeta, dramaturgo y ensayista argentino. Autor de *Adán Buenosayres*, una de las novelas más célebres de la literatura argentina del siglo xx. Fue jurado del Premio Casa de las Américas en 1967.

Mariátegui, José Carlos (1894-1930). Ensayista peruano, uno de los pensadores más influyentes en el ámbito de la reflexión sobre la cultura y la sociedad de su país, entre cuya obra descuella S*iete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Destacado activista político fue, además, el fundador del Partido Socialista Marxista Peruano.

Mario. Seudónimo de Salvador Manso, David.

Martínez Estrada, Ezequiel (1895-1964). Ensayista, poeta, crítico literario y biógrafo argentino. Recibió dos veces el Premio Nacional de Literatura y su ensayo *Análisis funcional de la cultura* obtuvo el Premio Casa de las Américas en la primera convocatoria (1960). Viajó a Cuba ese mismo año y laboró en la Casa de las Américas hasta su regreso a la Argentina en 1962. Su adhesión a la Revolución Cubana le ganó la animadversión de varios de sus antiguos colegas.

Martínez Páez, Julio (1908-2000). Médico miembro del MR-26/7. Se encargó de
 la dirección de los servicios de la sanidad militar del ER y por su valentía fue ascendido a comandante. Más tarde dirigió el Hospital Ortopédico Docente Fructuoso Rodríguez, en La Habana.

Martínez Tinguao, Juan Manuel (¿?). Activo combatiente de la clandestinidad en La Habana. Fue uno de los redactores de *El Acusador* bajo el seudónimo de don Tin.

Martínez Villena, Rubén (1899-1934). Intelectual y revolucionario cubano. Desde muy joven se vinculó a la lucha contra la corrupción de los Gobiernos republicanos. Lideró la conocida Protesta de los Trece y fue fundador del Grupo Minorista. Como dirigente del Partido Comunista de Cuba organizó y dirigió la huelga general revolucionaria que derribó la dictadura de Gerardo Machado en agosto de 1933. Escribió una escasa, pero intensa y excelente obra. Falleció prematuramente víctima de la tuberculosis.

Maruja. Ver González Santos, María Julia.

Masferrer Rojas, Rolando (1918-1975). Político y paramilitar cubano conocido por su brutalidad contra los revolucionarios opositores al régimen de Fulgencio Batista. Encabezaba el grupo de sicarios conocidos como Tigres de Masferrer, juzgados y condenados luego del triunfo revolucionario. Masferrer escapó hacia los Estados Unidos, donde fue asesinado por los propios miembros de la contrarrevolución.

Masó, Bartolomé (1830-1907). Mayor general del Ejército Libertador. Durante la última guerra de independencia de Cuba llegó a ser presidente de la República en Armas.

Matheu Orihuela, Horacio (1929-1953). Integrante de la Generación del Centenario seleccionado para el asalto al cuartel Moncada. Fue herido gravemente en la toma del Hospital Civil Saturnino Lora. Lo ocultaron entre los enfermos, pero fue delatado. En el cuartel lo golpearon hasta morir desangrado.

Matheu Orihuela, Wilfredo (1927-1953). Integrante de la Generación del Centenario seleccionado para el asalto al cuartel Moncada. Fue hecho prisionero tras fallar el ataque y luego asesinado.

Matos Benítez, Huber (1918-2014). Integró el ER y al final de la Guerra de Liberación (1956-1958) recibió el mando de la Columna 9 Antonio Guiteras, en el II Frente Oriental Frank País; alcanzó el grado de comandante. Inconforme con el rumbo radical del proceso revolucionario, en octubre de 1959 inició un conato de sedición en la ciudad de Camagüey, donde era jefe militar. Tras cumplir veinte años de prisión, marchó al exilio, donde tuvo un activo papel entre los grupos contrarrevolucionarios.

Matta, Roberto (1911-2002). Pintor, arquitecto y poeta chileno. Visitó Cuba en varias ocasiones y donó a la Casa de las Américas una amplia muestra de su obra, en la que sobresalen el mural *Cuba es la capital* (1963), emplazado a la entrada misma de la institución, y el óleo de grandes dimensiones *Para que la libertad no se convierta en estatua*, realizado en 1961.

Matthews, Herbert (1900-1977). Corresponsal del periódico *The New York Times* que el 24 de febrero de 1957 publicó la primera entrevista a Fidel Castro tras el desembarco del Granma. Dicha entrevista tuvo un gran impacto a nivel internacional y mostró que tanto la guerrilla como su líder estaban vivos y combatiendo en la Sierra Maestra.

Mayía Rodríguez. Ver Rodríguez Rodríguez, José María.

Mejías. Seudónimo de Buch Rodríguez, Luis M.

Mella, Julio Antonio (1903-1929). Revolucionario cubano, cofundador del Partido Comunista de Cuba y de la Federación Estudiantil Universitaria, entre otras organizaciones antimperialistas, estudiantiles y campesinas. Desarrolló una febril actividad política y revolucionaria que lo convirtió en un líder de talla internacional. Murió asesinado en México por órdenes del Gobierno de Gerardo Machado.

Mello, Thiago de (1926-2022). Poeta y traductor ampliamente difundido en el ámbito hispano. Vivió exiliado tras ser perseguido por la dictadura militar

brasileña (1964-1985). Regresó a Manaos, donde se dedicó a una poesía totalmente comprometida con la preservación ambiental, especialmente de la Amazonía.

Menéndez Rodríguez, Mario (1937). Periodista mexicano. Uno de los primeros en entrevistar a Fidel Castro después del triunfo de la Revolución. A inicios de la década del sesenta dirigió la revista *Sucesos* y, en 1968, fundó el periódico *¿Por qué?*, publicación mexicana que reprodujo imágenes de la masacre de Tlatelolco, por lo cual fue encarcelado. Tras su excarcelación viajó a Cuba, donde vivió cerca de nueve años. A su regreso fundó en Mérida, Yucatán, el periódico *¡Por Esto!*

Milanés, Pablo (1943). Compositor e intérprete que ha explorado casi todos los géneros de la música popular cubana. Participó en el *Encuentro de la Canción Protesta* organizado por la Casa de las Américas en 1967, que dio pie a la creación del Movimiento de la Nueva Trova (1972). Fue uno de los fundadores del Grupo de Experimentación Sonora del Icaic (1969).

Miret Prieto, Pedro (1927-2016). Participó en el asalto al cuartel Moncada y fue integrante de la DN del MR-26/7. Se incorporó a las filas del ER, donde alcanzó el grado de comandante. Se le asignaron varias responsabilidades como ministro después del triunfo revolucionario y recibió el título honorífico de Héroe de la República de Cuba.

Miró Argenter, José (1851-1925). Militar y periodista español que luchó a favor de la independencia de Cuba; general de división del Ejército Libertador; fue miembro del Estado Mayor de Antonio Maceo y participó en la Guerra del 95.

Miró Cardona, José (1902-1974). Abogado y profesor de Derecho de la Universidad de La Habana. Por su abierta oposición a la dictadura batistiana tuvo que salir al exilio. En enero de 1959 fue nombrado primer ministro del Gobierno provisional, reemplazado al mes siguiente por Fidel Castro. A fines de 1960 se unió a la contrarrevolución y se fue a los Estados Unidos. Presidió el Consejo Revolucionario Cubano (1961-1964) –grupo de exiliados cubanos apoyados por la Cia contra el Gobierno Revolucionario–, para «coordinar y dirigir» las actividades del Frente Revolucionario Democrático Cubano. Murió en Puerto Rico.

Moncada Veranes, José Guillermo (*Guillermón* Moncada) (1841-1895). Mayor general del Ejército Libertador y uno de los héroes más sobresalientes de las gestas independentistas cubanas en contra del colonialismo español. Participó en las tres guerras: la Guerra de los Diez Años; la Guerra Chiquita y la Guerra del 95.

Montané Oropesa, Jesús (*Chucho*) (1923-1999). Destacado combatiente de la clandestinidad. Participó en el asalto al cuartel Moncada, fue expedicionario

del yate Granma y formó parte de la DN del MR-26/7. Tras el combate en Alegría de Pío es capturado y condenado a seis años de cárcel, hasta que el 1º de enero de 1959 fue puesto en libertad. Desempeñó múltiples funciones gubernamentales.

Moreira, Darío. Fue representante de la Unesco en Cuba; jefe de la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe.

Muñoz Monroy, Mario (1912-1953). Médico y radioaficionado que se unió a la lucha contra la tiranía de Batista y participó activamente en los preparativos del asalto al cuartel Moncada. Acompañó a Abel Santamaría en la ocupación del Hospital Civil Saturnino Lora y prestó servicio como médico durante el combate; fue hecho prisionero y asesinado en camino a las mazmorras del cuartel Moncada, en presencia de Haydee y Melba.

Nano Díaz. Ver Díaz Fontaine, Emiliano.

Napoleón. Seudónimo de Beruff Jiménez, Jorge.

Nena. Ver Cuadrado, Benedicta.

Neruda, Pablo (1904-1973). Poeta y político chileno. Premio Nobel de Literatura en 1971. Fue senador, miembro del Comité Central del Partido Comunista y embajador en Francia. Visitó la Casa de las Américas en 1960. Dentro de la Colección Literatura Latinoamericana y Caribeña, dedicada a los escritores clásicos del continente, la Casa publicó una selección de su poesía.

Nica o Nicaragua. Seudónimo de Iglesias Fonseca, Carlos.

Nino. Ver Santamaría Pérez, Benigno.

Nicola, Noel (1946-2005). Cantautor cubano. Participó en el Encuentro de la Canción Protesta organizado por la Casa de las Américas en 1967, que dio pie a la creación del Movimiento de la Nueva Trova (1972), del cual fue uno de sus compositores más significativos. Fue, además, uno de los fundadores del Grupo de Experimentación Sonora del Icaic (1969).

Nuviola, Arquímides (¿-2009). Fundador de la Casa de las Américas junto a Haydee. Tuvo varias ocupaciones en su larga trayectoria, pero la más importante fue su responsabilidad en el envío nacional e internacional de las publicaciones de la Casa.

Ñico López. Ver López, Antonio.

Ñico. Ver Torres Chedebeau, Antonio.

Obregón, Alejandro (1920-1992). Pintor y escultor colombiano. Fue miembro del Grupo de Barranquilla y Premio Nacional de Pintura.

Oltuski Osacki, Enrique (1930-2012). Uno de los jefes del Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana y coordinador del MR-26/7 en Las Villas.

En 1959 fue designado ministro de Comunicaciones del primer gabinete del Gobierno presidido por Manuel Urrutia Lleó. Más tarde, vicepresidente de la Junta Central de Planificación dirigida por Ernesto Guevara. Fue autor de *Gente del llano* (2001), *Vida clandestina. My Life in the Cuban Revolution* (2002) y *Pescando recuerdos* (2004).

Orfila Reynal, Arnaldo (1897-1997). Editor argentino. Dirigió la primera filial del Fondo de Cultura Económica (FCE) en Buenos Aires, entre 1945 y 1947, y la sede central de México entre 1948 y 1965. En 1966 fundó Siglo XXI Editores, después de ser despedido del FCE por razones políticas. Estableció estrechas relaciones de colaboración con Cuba, por las cuales recibió la Medalla Félix Varela (1983) y la Orden Carlos Manuel de Céspedes (1988).

Ortiz, Libia (1940-2020). Mientras residía en los Estados Unidos, donde trabajaba en la casa de Julio del Valle (colaborador del MR-26/7), conoció a Haydee, quien llegó bajo el seudónimo de María. De regreso a Cuba, Haydee le pide que la acompañe y la ayude ante la proximidad de tener a su primer hijo; permanece junto a ella hasta 1980.

Otero, Lisandro (1932-2008). Escritor, periodista y diplomático cubano. Premio Nacional de Literatura en 2002 y Premio Nacional de Periodismo Cultural José Antonio Fernández de Castro. Su obra está conformada por más de veinte títulos en los géneros de novela, testimonio, ensayo y periodismo. Obtuvo el Premio Casa de las Américas en 1963 con su novela *La situación*. Fue miembro del Comité de Colaboración de la revista *Casa de las Américas* y años después, director de la editorial de la institución.

País García, Frank (1934-1957). Maestro y combatiente revolucionario, una de las personalidades más significativas de la lucha revolucionaria en Cuba. En 1954 creó, junto a otros jóvenes, la organización Acción Revolucionaria Oriental, que luego cambiaría su nombre por el de Acción Nacional Revolucionaria. Encabezó la lucha clandestina en Santiago de Cuba y dirigió el levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956. Fundador y jefe nacional de Acción y Sabotaje del MR-26/7, brindó un apoyo vital a la guerrilla en la Sierra Maestra. Fue asesinado el 30 de julio tras una implacable persecución.

País García, Josué (1937-1957). Combatiente clandestino desde su temprana juventud; fue fundador, junto a su hermano Frank, de la organización Acción Revolucionaria Oriental; más tarde se integró al MR-26/7 en Santiago de Cuba. Murió asesinado el 30 de junio cuando, al frente de un comando armado, intentaba sabotear la celebración de un mitin de la dictadura.

Palma, Ricardo (1833-1919). Escritor, periodista y político peruano. Conocido internacionalmente por sus *Tradiciones peruanas*, que fuera publicado por la Casa en 1964, dentro de su Colección Literatura Latinoamericana.

Panchito Cano. Ver Cano Cleto, Francisco.

Paneque Batista, Víctor Manuel (*Diego*) (1918-¿?). Fue jefe de Acción y Sabotaje del MR-26/7 en la provincia de Las Villas y después en La Habana. En 1960 abandonó el país.

Papastamatíu, Basilia (1940). Poeta, traductora y periodista argentina residente en Cuba desde 1969; tuvo a su cargo la sección literaria del diario *Juventud Rebelde* durante más de una década y dirige desde hace varios años la revista literaria *La Letra del Escriba*, editada por el Instituto Cubano del Libro.

Pardo Llada, José (1923-2009). Periodista y comentarista radial cubano de las décadas del cuarenta y el cincuenta que alcanzó gran popularidad. En 1950 fue elegido para la Cámara de Representantes por el Partido Ortodoxo. Fue un crítico opositor del régimen de Batista y a fines de 1958 se incorporó al movimiento insurreccional, dando apoyo al nuevo Gobierno desde la radio. En 1961 abandonó Cuba y se radicó en Colombia.

Parellada Echevarría, Otto (1928-1956). Estrecho colaborador de Frank País y militante de Acción Libertadora. Se incorporó al movimiento revolucionario creado por Fidel Castro. Estuvo al frente de uno de los grupos de acción que participó en el ataque a la estación de policía el 30 de noviembre, donde cayó en combate.

Parra, Isabel (1939) y Ángel (1943-2017). Hijos de Violeta Parra, cantautores representantes de la Nueva Canción Chilena, quienes asistieron al Encuentro de la Canción Protesta organizado por la Casa de las Américas en 1967.

Parra, Nicanor (1914-2018). Poeta chileno, creador de la antipoesía, reconocido con el Premio Miguel de Cervantes (2011), entre otras distinciones. En 1965 fue jurado de poesía del Premio Casa de las Américas.

Paz Borroto, Ramón (1924-1958). Miembro del MR-26/7 y comandante de la Columna 1 del ER. Fue uno de los jefes rebeldes que más se destacó en el rechazo a la ofensiva de verano desplegada por la dictadura sobre la Sierra Maestra en 1958. Cayó en combate en Providencia, Oriente.

Pazos Roque, Felipe (1912-2001). Economista, opositor a la dictadura de Batista. Firmó, junto a Raúl Chibás y Fidel Castro, el Manifiesto de la Sierra Maestra, el 12 de julio de 1957, que hacía un llamado a los partidos políticos de oposición, las instituciones cívicas y las organizaciones revolucionarias a unirse en la lucha contra la tiranía. En noviembre de ese mismo año respaldó el Pacto de Miami. En 1959 fue reasignado a su puesto como presidente del Banco Nacional de Cuba y meses más tarde nombrado embajador ante la Comunidad Económica Europea. Rompió con la Revolución y se exilió a inicios de los años sesenta.

Peláez, Rosa Elvira (1956). Periodista y narradora cubana. Ha trabajado en diversos medios de comunicación, para los que ha sido enviada especial en varios países americanos y europeos. Radicada en Buenos Aires desde 1993,

donde trabaja como corresponsal de Radio Habana Cuba y colabora con otros medios de la isla.

Pena Díaz, Félix (1930-1959). Fundador y dirigente del Bloque Estudiantil Martiano y miembro del MR-26/7 en Santiago de Cuba. Combatió en el I Frente José Martí y fue luego fundador del II Frente Oriental Frank País, donde alcanzó el grado de comandante y encabezó la Columna 18 Antonio López Fernández. Al terminar la guerra desempeñó varias funciones en el ER hasta que en abril de 1959 decidió poner fin a su vida.

Peña, Umberto (1937). Pintor, grabador y diseñador gráfico cubano. Asumió desde 1963, por más de veinte años, el diseño de la Casa de las Américas; de este modo, con fuerte personalidad y gran coherencia, la revista *Casa de las Américas*, varias colecciones de libros y de discos, catálogos, carteles y un sinnúmero de otros impresos conformaron un todo funcional y de vanguardia dentro de la gráfica insular. Vive y trabaja en España.

Pepito Tey. Ver Tey Saint-Blancard, José.

Pérez Hernández, Faustino (*Fausto* o *Ariel*) (1920-1992). Doctor en medicina. Se vinculó a la lucha revolucionaria desde la Universidad de La Habana. Fundador e integrante de la DN del MR-26/7, donde estuvo al frente de la Organización y como responsable principal en la provincia La Habana. Expedicionario del yate Granma con grados de capitán. Junto a Universo Sánchez se mantuvo al lado de Fidel Castro tras el desembarco. Fue uno de los organizadores de la huelga del 9 de abril de 1958. Fue ascendido al grado de comandante del ER y designado para dirigir la Actl. Tras el triunfo de la Revolución ocupó el cargo de ministro de Recuperación de Bienes Malversados; tuvo a su cargo una zona de operaciones durante la lucha contra las bandas de opositores en el Escambray, así como otros cargos y responsabilidades diplomáticas.

Pérez Montano, Crescencio (1895-1986). Campesino de la zona de Media Luna, actual Granma, que se integra al MR-26/7, junto a sus hijos Ignacio y Sergio Pérez Zamora, y otros familiares. Se incorporó a las filas del ER donde alcanzó el grado de comandante. En 1958 fue designado responsable de asuntos agrarios de la Actl.

Pérez Mujica, Elda (¿?). Integrante del movimiento revolucionario clandestino que combatía la dictadura de Batista en La Habana. Puso en contacto a Abel Santamaría con otros compañeros que luego se integraron al grupo. Su casa sirvió de local para la impresión del periódico clandestino *Son los mismos*, llamado más tarde *El Acusador*, donde también colaboraba. Estuvo encargada de la custodia del apartamento de 25 y O, convertido en la Casa Museo Abel Santamaría, tras el triunfo revolucionario.

Pérez Resta, Dolores (*Lolita* o *Lola*) (1927). Íntima amiga de los hermanos Santamaría desde la infancia. Cercana y activa colaboradora del MR-26/7, en

su casa se hicieron reuniones, prácticas de tiro y se bordaron los grados de los uniformes conseguidos para el asalto al cuartel Moncada. En 1959 pasó a trabajar en el Ministerio de Educación, junto a Armando Hart y Haydee; luego laboró en el área económica de la Casa de las Américas, hasta su jubilación.

Pérez Valdés, Trinidad (*Trini*). Investigadora literaria, ensayista y crítica cubana. Fue vicepresidenta de la Casa de las Américas y dirigió durante más de quince años su Centro de Investigaciones Literarias. Fue también vicepresidenta de la Fundación Fernando Ortiz, a la cual se mantiene vinculada como investigadora.

Pujol Arencibia, Raúl (1918-1957). Uno de los organizadores de la Resistencia Cívica en Santiago de Cuba y activo colaborador del MR-26/7. Fue asesinado, junto a Frank País, cuando intentaba escapar de las fuerzas represivas.

Pusy. Ver Álvarez Capín, María Angélica.

Quique o Quiquí. Ver Escalona, Enrique.

Rama, Ángel (1926-1983). Ensayista, crítico literario, narrador y dramaturgo uruguayo. Estuvo muy vinculado a la Casa y a la conformación de sus perfiles editoriales. Integró el Comité de Colaboración de la revista *Casa de las Américas* y fue jurado del Premio Literario en 1964 y en 1969.

Ramos Latour, René (*Daniel*) (1932-1958). Por sus excepcionales condiciones como luchador revolucionario fue designado por la DN jefe de Acción y Sabotaje del MR-26/7, tras la muerte de Frank País. En junio de 1958 se incorporó al ER, bajo las órdenes directas de Fidel Castro, como parte del primer refuerzo que subió a la Sierra Maestra. Alcanzó el grado de comandante. Murió en combate en la finca El Jobal, municipio Baracoa.

Ramos, Domingo (1894-1956). Pintor paisajista cubano. Profesor (desde 1927) y director (1946) de la Academia Nacional de Bellas Artes San Alejandro, donde se había formado. Por su valiosa y extensa producción paisajística es conocido como el pintor de los campos de Cuba.

Randall, Margaret (1936). Escritora, fotógrafa y activista social estadounidense. Fue coeditora de la revista literaria bilingüe *El Corno Emplumado* (México). Residió en Cuba entre 1969 y 1980. Colaboró en el trabajo de la Casa de las Américas y fue jurado del Premio Literario en 1970 y 2011. Tiene publicados más de ochenta libros de poesía, prosa, testimonio y otros géneros; uno de los más recientes es la biografía *Haydée Santamaría, Cuban Revolutionary: She Led by Transgression* (2015), aparecida en español bajo el título *Traspasar los límites: Haydée Santamaría* (2021, con traducción de Aida Bahr).

Rey Pernas, Santiago (¿?-2003). Político cubano. Apoyó el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 y fue senador y ministro de Gobernación durante la dictadura de Fulgencio Batista. Al triunfar la Revolución huyó de Cuba.

Río Chaviano, Alberto del (Chaviano) (1915-1978). Coronel del Ejército durante la dictadura de Fulgencio Batista (1952-1959), conocido como El Chacal de

Oriente. Jefe del Distrito Militar de Oriente, cuya sede era el cuartel Moncada; no se encontraba en el momento en que se produjo el ataque, pero arribó horas más tarde. Fue el máximo responsable de la captura, tortura y asesinato de muchos de los jóvenes asaltantes ese mismo día. En 1959 emigró hacia República Dominicana y luego se refugió en los Estados Unidos.

Roa García, Raúl (1907-1982). Intelectual, político y diplomático cubano. Fue un destacado combatiente durante los Gobiernos de Gerardo Machado y Fulgencio Batista. Al triunfo de la Revolución fue nombrado embajador de Cuba ante la Oea y, con posterioridad, ministro de Relaciones Exteriores. Su larga e intensa actuación al frente de la diplomacia revolucionaria y su actitud en la sede de organismos internacionales en defensa de la soberanía de Cuba le hizo merecer el apelativo de Canciller de la Dignidad.

Rodón Álvarez, Lincoln (1908-¿?). Abogado y político. Perteneció al Directorio Estudiantil Universitario en 1930. Fue presidente de la Cámara de Representantes de Cuba (1948-1952). Tras el golpe de Estado de 1952 realizó gestiones conciliatorias, junto a Andreu, con quien también compartía la propiedad principal de la Compañía Cubana de Cemento Portland. Tras el triunfo revolucionario se exilió en los Estados Unidos.

Rodríguez Arufe, Alberto (¿-2014). Secretario de Cultura, Deportes y Recreación del Comité Nacional de la Ujc en la década de los sesenta. Asumió la dirección de la revista *El Caimán Barbudo* en la edición 22, julio de 1968. En la segunda época fungió como organizador y subdirector. Fue embajador de Cuba en China y viceministro de Comunicaciones.

Rodríguez del Rey, Elena (1898-1999). Madre de Melba Hernández y activa colaboradora del MR-26/7.

Rodríguez Fernández, Roberto (*El Vaquerito*) (1935-1958). Capitán del ER que combatió con la Columna 8 Ciro Redondo, al mando del Che Guevara. Cayó en combate durante la Batalla de Santa Clara.

Rodríguez Font, Manuel Abelardo (1926-1976). Combatiente clandestino participante en el levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956. Activo miembro del MR-26/7, por lo que se vio forzado a emigrar y regresa en 1959. Murió el 6 de octubre de 1976 en un avión DC-8 de Cubana de Aviación que explotó en pleno vuelo, en las costas de Barbados, a causa de un atentado terrorista planeado por la contrarrevolución desde Miami.

Rodríguez García, Pedro (*Peroga*) (¿?). Diseñador y fotógrafo cubano. Fotorreportero fundador del periódico *Juventud Rebelde*; antes trabajó en la revista *Mella*.

Rodríguez Hernández, Horacio (1928-1959). Líder sindical, miembro del MR-26/7 y expedicionario del yate Granma. Capitán de la Columna 1 José Martí. En uno

de los combates fue dado por muerto, pero el doctor René Vallejo le salva la vida. Muere el 2 de enero herido mortalmente por un esbirro de la tiranía, mientras revisaba la presencia de francotiradores en una casa de su zona de operaciones.

Rodríguez López, Rosario Gladys (¿?). Amiga íntima de la familia Santamaría Cuadrado desde la infancia. Luego del asalto al cuartel Moncada se incorporó con Aida Santamaría a la lucha clandestina; llevaba correspondencia a Santa Clara, entre otras actividades. Al triunfo de la Revolución se trasladó a La Habana para trabajar con Aida en el Departamento de Prevención y Asistencia Social, del que fueron fundadoras.

Rodríguez Pérez, Léster (1927-1998). Asaltante al cuartel Moncada, designado jefe del grupo que debía tomar el Palacio de Justicia; logró escapar del arresto y se refugió en Palma Soriano. En 1955 fue nombrado coordinador del MR-26/7 en Oriente. Ayudó a preparar las acciones del 30 de Noviembre, pero fue apresado antes del inicio. Salió al exilio como delegado de guerra del MR-26/7 en los Estados Unidos hasta 1957. Fue uno de los firmantes del Pacto de Miami, pero regresó a Cuba en 1958, donde formó parte de la DN del Movimiento. Más tarde se unió al ER, donde alcanzó el grado de capitán. Después de 1959 ocupó diversos cargos en el Gobierno.

Rodríguez Rodríguez, José María (*Mayía*) (1849-1903). Mayor general del Ejército Libertador cubano, combatiente de la Guerra de los Diez Años y de la Guerra del 95, y uno de los organizadores de la Guerra Chiquita, donde no pudo participar al ser detenido y enviado a España.

Rodríguez, Mariano (1912-1990). Pintor, ceramista e ilustrador cubano. Es uno de los artistas más relevantes de la plástica de la segunda generación de la vanguardia cubana en el siglo xx. En 1962 comenzó a dirigir el departamento de Artes Plásticas de la Casa de las Américas y, tras la muerte de Haydee Santamaría, en 1980, ocupó el cargo de presidente de la institución hasta 1986.

Rodríguez, Silvio (1946). Compositor e intérprete cubano de amplia y reconocida trayectoria. Participó en el Encuentro de la Canción Protesta, organizado por la Casa de las Américas en 1967. Fue uno de los fundadores del Grupo de Experimentación Sonora del Icaic (1969) y del Movimiento de la Nueva Trova (1972). Desde los estudios, el sello y las ediciones Ojalá promueve parte de lo mejor de la música y el pensamiento musical e intelectual cubano.

Rojas, Marta (1931-2021). Narradora y periodista cubana. Comenzó su carrera profesional en octubre de 1953, en la sección «En Cuba» de la revista *Bohemia*, tras los sucesos del 26 de julio de 1953, cuando fue testigo excepcional del asalto al cuartel Moncada y de la rueda de prensa que ofrecieron

las autoridades. Este hecho y el juicio fueron recogidos minuciosamente por ella, por lo que años después escribiría *La Generación del Centenario en el juicio del Moncada*. Fue la primera corresponsal de guerra latinoamericana en Vietnam y en Camboya. Es autora de más de una decena de novelas y libros de testimonio. En 1997 recibió el Premio Nacional de Periodismo José Martí y el premio Alejo Carpentier de novela.

Romañach, Leopoldo (1862-1951). Pintor cubano. Nombrado profesor emérito de la cátedra de Colorido y, por sus logros, director *honoris causa* de la Academia Nacional de Bellas Artes San Alejandro.

Roque. Seudónimo de Buch Rodríguez, Luis M.

Rosell, Dinorah (¿?). Madre de Renato Guitart.

Rosita. Ver Fernández Méndez, Rosa.

Ruiz Bravo, Ramona (1932-2021). Miembro del MR-26/7 en Santiago de Cuba. Bajo las órdenes de Haydee, Vilma Espín y Asela de los Santos, se encargó de la compra de armas en el exterior y de otros pertrechos para el II Frente Oriental Frank País. Era el enlace de Armando Hart mientras este permanecía en la cárcel de Boniato. Luego de 1959 ocupó varios cargos de dirección en el Ministerio de Cultura y trabajó en el Instituto Superior de Arte.

Ruiz Bravo. Familia colaboradora con el MR-26/7 (padres y nueve hermanas y hermanos). Muchos de sus integrantes eran miembros activos del Movimiento, como las hermanas Enriqueta, María, Cristina, Pilar y Ramona Ruiz Bravo.

Saborit Pérez, Eduardo (1911-1963). Destacado guitarrista y compositor cubano, conocido también como el Cantor de la Revolución por obras como *Cuba, qué linda es Cuba*, la *Marcha de la Alfabetización*, entre otras. La canción Despertar se inspiró en una carta enviada por un joven campesino recién alfabetizado a Fidel Castro.

Saladrigas Zayas, Carlos (1900-1967). Abogado, político y diplomático cubano. Por su vinculación con Fulgencio Batista desde la década de 1930 fue nombrado primer ministro (1940-1942). Tras el golpe de Estado de 1952 fue ministro de Trabajo y, por segunda vez, ministro de Estado (1955-1956). En 1959 abandonó el país con destino a los Estados Unidos, donde se vinculó a la contrarrevolución de origen cubana.

Salas Cañizares, Rafael (1913-1956). Jefe de la Policía Nacional de Cuba durante la dictadura de Batista. Conocido por su brutalidad contra los estudiantes y revolucionarios en general. Fue ajusticiado por el combatiente de la clandestinidad Secundino Guajiro Martínez Sánchez, quien, herido gravemente y desde el suelo, le disparó a Salas Cañizares cuando se le acercó para rematarlo.

Salsamendi, María Luisa (*Chiki*) (1939). Comenzó a trabajar en la Casa en 1962 como secretaria de la dirección. Dirigió el departamento de Prensa y

trabajó en la oficina del Premio Literario. Es asesora del Archivo de la Casa de las Américas desde su creación en 1994.

Salvador Manso, David (*Mario*) (¿?-2007). Trabajador azucarero y dirigente sindical cubano. Fue miembro fundador del MR-26/7, donde dirigió la actividad obrera, y después del triunfo de la Revolución fue elegido secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba. En 1960 se opuso a la Revolución y abandonó el país.

Sánchez Álvarez, Universo (1919-2012). Campesino miembro de la Generación del Centenario y fundador del MR-26/7 en Matanzas, expedicionario del yate Granma (junto a Faustino Pérez se mantuvo al lado de Fidel Castro tras el desembarco) y comandante del ER. Tuvo diversas responsabilidades militares después de 1959 y, por último, se encargó de la dirección nacional de Flora y Fauna.

Sánchez Manduley, Celia (*Aly*, *Norma* o *Caridad*) (1920-1980). Relevante combatiente revolucionaria. Fue una de las mujeres clave dentro de la DN del MR-26/7 como enlace entre la sierra y el llano; garantizaba el traslado de hombres y abastecimientos a la guerrilla. Fue una de las coordinadoras de las visitas de los periodistas estadounidenses Herbert Matthews (*The New York Time*s) y Bob Taber a la Sierra Maestra para entrevistar a Fidel Castro. Fue la primera mujer combatiente en las filas del ER y la principal promotora de la creación del pelotón femenino Mariana Grajales. A partir de 1959 fue secretaria y fundadora de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, así como miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Sánchez Palacios, Rolando (¿?). Fundador de la Casa de las Américas junto a Haydee. Trabajó en el envío nacional e internacional de las publicaciones de la institución.

Santa Coloma, Boris Luis (1928-1953). Estudiante y sindicalista. Miembro del movimiento revolucionario clandestino en La Habana, cuando conoció a Haydee Santamaría e iniciaron un noviazgo. Es elegido para participar en el asalto al cuartel Moncada; fue cruelmente torturado y asesinado tras su captura.

Santamaría Cuadrado, Abel (1927-1953). Desde pequeño fue el hermano más cercano a Haydee. Por su capacidad y liderazgo se convirtió en uno de los principales líderes de la lucha clandestina contra la tiranía de Fulgencio Batista y segundo jefe del movimiento revolucionario a nivel nacional. Estuvo a cargo de la ocupación del Hospital Civil Saturnino Lora, en apoyo a la toma de la posta número 3 del cuartel Moncada durante el asalto. Fue apresado, salvajemente torturado y asesinado el mismo 26 de julio.

Santamaría Cuadrado, Ada (1938-1991). Hermana más joven de Haydee vinculada activamente al MR-26/7. A partir de 1960 trabajó junto a ella en la Casa de

las Américas, a cargo de las publicaciones editoriales y en la organización de eventos. En la década del setenta pasó a trabajar en la Egrem hasta el final de su vida.

Santamaría Cuadrado, Aida (1925-2005). Hermana de Haydee vinculada activamente al MR-26/7, fue jefa de Acción y Sabotaje en Las Villas. Después de 1959 dirigió el Departamento de Prevención y Asistencia Social hasta su jubilación.

Santamaría Cuadrado, Aldo (1926-2003). Hermano de Haydee. Integrante de la DN del MR-26/7. Se unió al ER en 1958, bajo las órdenes de Fidel Castro. Al triunfo de la Revolución fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, vicealmirante y jefe de la Marina de Guerra Revolucionaria.

Santamaría Cuadrado, Irina (*Irma*) (¿?). Prima hermana de Haydee, hija de Nicanor Santamaría y Fira Cuadrado.

Santamaría Pérez, Benigno (*Nino*) (1896-1964). Padre de Haydee, Ada, Aldo, Abel y Aida Santamaría Cuadrado. Emigró junto a su familia desde Prexigueiro, Galicia, hacia Cuba. Aprendió el oficio de carpintero ebanista y conoció a su futura esposa Joaquina Cuadrado. Se asentaron en Encrucijada y luego se mudaron al batey del central azucarero Constancia, donde él trabajaría como maestro carpintero, puesto de importancia. En 1937 renunció a su ciudadanía española y se acogió a la cubana.

Santos Tamayo, Asela de los (1929-2020). Una de las fundadoras en Santiago de Cuba del MR-26/7. Amiga y colaboradora de Vilma Espín y Frank País. Integró la Columna 6 del II Frente Oriental Frank País del ER. Después de 1959 ocupó cargos importantes a nivel nacional, como el de ministra de Educación. Tuvo un importante desempeño en la pedagogía revolucionaria cubana.

Sardiñas Labrada, Eduardo (*Lalo*) (1931-2011). Miembro del MR-26/7 y comandante del ER. Fue uno de los protagonistas de los combates en los llanos de Oriente en 1958.

Sarusky, Jaime (1931-2013). Escritor y periodista cubano. Fue redactor y jefe de rotograbado del periódico *Revolución*; posteriormente redactor de *La Gaceta de Cuba*, jefe del suplemento y la página cultural del diario *Granma*, periodista de *Bohemia* y de *Revolución y Cultura*, además de colaborar en otras publicaciones dentro y fuera de Cuba. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 2004. Publicó más de una decena de libros en los géneros de novela, crónica y ensayo.

Soler Ledea, William (1941-1956). Miembro del MR-26/7 en Santiago de Cuba bajo las órdenes de Frank País. Fue asesinado a escasos metros de la carretera de Ciudamar, junto a Froilán Guerra Ramírez, mientras intentaban sabotear las fiestas de fin de año, el 30 de diciembre.

Soler Puig, José (1916-1996). Narrador, dramaturgo y guionista cubano. El Premio Casa de las Américas obtenido en 1960 por su primera novela, *Bertillón 166*, impulsó su carrera literaria. En 1986 le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura.

Sosa Gonzáles, Elpidio (*Sosita*) (1929-1953). Asaltante al cuartel Moncada, fue detenido y asesinado al fracasar la acción.

Sosa, Mercedes (1957-1965). Cantante de música folclórica argentina y considerada su figura más representativa; fundadora del Movimiento del Nuevo Cancionero y una reconocida intérprete de la Nueva Canción Latinoamericana.

Sosita. Ver Sosa Gonzáles, Elpidio.

Sotús Romero, Jorge (*Ulises*) (1930-1960). Miembro del MR-26/7. Participó en el levantamiento armado del 30 de noviembre en Santiago de Cuba y, por orientaciones de Frank País, condujo el primer gran refuerzo en hombres y armas que recibió el ER en la Sierra Maestra. Se incorporó a la Columna 1 José Martí, donde se le ratificó el grado de capitán. Más tarde salió para cumplir misiones de apoyo en los Estados Unidos, donde fue uno de los aliados del Pacto de Miami. Regresó a Cuba en 1959, pero fue sentenciado a prisión tras conspirar contra la Revolución. Logró escapar de la cárcel y se marchó a los Estados Unidos, donde murió.

Taber, Robert Bruce (1919-1995). Reportero de la cadena televisiva estadounidense CBS. Junto al camarógrafo Wendell Hoffman sube el Pico Turquino con Fidel Castro para grabar la primera entrevista de este para la televisión, en la segunda quincena de abril de 1957. El documental, que contenía otras entrevistas e imágenes de los guerrilleros en la Sierra Maestra, fue exhibido en los Estados Unidos bajo el título *Rebeldes en la Sierra* y constituyó otro importante respaldo al ER en su lucha.

Tereshkova, Valentina (1937). Cosmonauta, ingeniera y política rusa. Fue la primera mujer en ir al espacio pilotando el cohete Vostok 6, lanzado el 16 de junio de 1963.

Tey Saint-Blancard, José (*Pepito*) (1932-1956). Líder estudiantil en Santiago de Cuba, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria de Oriente. Fue fundador, junto a Frank País y otros jóvenes, de la organización Acción Revolucionaria Oriental y jefe del asalto a la estación de policía durante el levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956, donde pierde la vida.

Tinguao. Ver Martínez Tinguao, Juan Manuel.

Tizol Aguilera, Ernesto (1926-1984). Miembro del MR-26/7; organizador y participante de las acciones del asalto al cuartel Moncada. Fue el encargado de comprar las armas para la acción y de arrendar la Granjita Siboney en Santiago de Cuba, lugar donde se reunirían los asaltantes.

Tony Alomá. Ver Alomá Serrano, Antonio.

Tony de Varona. Ver Varona y Loredo, Manuel Antonio de

Torres Chedebeau, Antonio (*Ñico*) (¿?). Líder ferroviario guantanamero, mejor conocido entre sus compañeros como Ñico, Margarito o Ángel. Participó como invitado en la reunión del ER en Altos de Mompié en 1958. En la Comandancia de la Sierra Maestra ocupó el cargo de coordinador nacional obrero del MR-26/7 y fue elegido para dirigir el nuevo buró en el Congreso Obrero en Armas de 1958. Tras el triunfo revolucionario fue oficial de las Far.

Torres Restrepo, Camilo (1929-1966). Sacerdote católico colombiano, pionero de la Teología de la Liberación, cofundador de la primera facultad de Sociología de Colombia y miembro del grupo guerrillero Ejército de Liberación Nacional. Murió en combate.

Torriente Brau, Pablo de la (1901-1936). Líder revolucionario e intelectual cubano. Nació en Puerto Rico, pero creció y se formó en Cuba, donde desarrolló su actividad como luchador antidictatorial y antimperialista, por lo que fue perseguido, encarcelado y sufrió el exilio. A partir de esas experiencias escribió gran parte de su obra periodística, iniciada en 1920. Participó en la Guerra Civil Española como periodista, comisario de las Brigadas Internacionales y combatiente. Murió durante la heroica defensa de Madrid.

Torriente Peraza, Cosme de la (1872-1956). Coronel del Ejército Libertador que participó en la Guerra de 1895. Devino prominente juez y político durante el período republicano. Presidió la Sociedad de Amigos de la República, mediadora entre el dictador Batista y los políticos tradicionales de oposición.

Traba, Marta (1930- 1983). Crítica de arte y escritora argentino-colombiana. Casada con Ángel Rama, visitó Cuba en 1966 como jurado del Premio Casa de las Américas.

Triana, José (1931-2018). Dramaturgo, poeta, guionista y traductor cubano. Recibió el Premio Casa de las Américas de teatro en 1965 por *La noche de los asesinos*.

Trigo López, Julio (1925-1953). Joven revolucionario asaltante al cuartel Moncada, donde fue asesinado.

Trini. Ver Pérez Valdés, Trinidad.

Ulises. Seudónimo de Sotús Romero, Jorge.

Urondo, Francisco (*Paco*) (1930-1976). Narrador, poeta, guionista, periodista, militante político y guerrillero argentino. Militó en las organizaciones guerrilleras argentinas Far y Montoneros. En 1969 estuvo en Cuba como miembro del jurado del Premio Casa. Fue abatido en Mendoza mientras intentaba copar un destacamento policial; desde entonces su cadáver se encuentra desaparecido.

Urrutia Lleó, Manuel (*Aguilera*) (1901-1981). Abogado y político. Participó en las luchas contra las dictaduras de Machado y Batista. Por su voto absolutorio en la Causa 67 contra los revolucionarios participantes en el levantamiento armado del 30 de noviembre y los expedicionarios del yate Granma fue propuesto por la DN del MR-26/7 para presidente provisional en enero de 1959, cargo al que renunció en julio de ese mismo año por reclamo popular, dada su oposición al rumbo que tomaba la Revolución. Abandonó Cuba en 1963 y se exilió en los Estados Unidos, donde mantuvo una postura hostil contra el Gobierno Revolucionario.

Valdés Menéndez, Ramiro (1932). Asaltante al cuartel Moncada, miembro del MR-26/7 y expedicionario del yate Granma. Compartió cárcel y exilio con Fidel Castro. Integró el ER, donde alcanzó el grado de comandante como segundo jefe de la Columna 8 Ciro Redondo, al mando del Che Guevara. Es viceprimer ministro de la República de Cuba.

Vallejo Ortiz, René (1920-1969). Médico y combatiente del ER, donde prestó sus servicios profesionales. En 1958 fue designado responsable del Departamento de Salubridad y Asistencia Social de la Actl. Trabajó junto a Fidel Castro luego del triunfo revolucionario atendiendo varias tareas, sin descuidar su profesión.

Vallejo, César (1892-1938). Poeta, narrador y ensayista peruano, uno de los grandes innovadores de la poesía del siglo xx y el máximo exponente de las letras en su país. Un volumen de su poesía fue incluido en la Colección Literatura Latinoamericana y Caribeña, de la Casa de las Américas.

Valls Arango, Jorge (1933-2015). Por su oposición a la tiranía de Batista en 1956 se vincula al Directorio Revolucionario, del cual fue fundador y miembro de su dirección nacional, pero fue expulsado tras los sucesos del 13 de Marzo, por haber desertado de las acciones concebidas para ese día (ataque al Palacio Presidencial). En abril de 1964 fue enjuiciado y condenado a prisión por sus actividades contrarrevolucionarias. Puesto en libertad en 1980, se trasladó a Miami, donde escribió varios libros.

Vargas Llosa, Mario (1936). Novelista y ensayista peruano. Su obra ha cosechado numerosos premios, entre los que destacan el Cervantes (1994) y el Nobel de Literatura (2010). Dada su simpatía por la Revolución Cubana estuvo muy cerca de la Casa de las Américas (incluso integró el Comité de Colaboración de la revista *Casa*), hasta que, en 1971, a raíz del llamado «caso Padilla», su posición ante la Revolución Cubana cambió radicalmente.

Varona y Loredo, Manuel Antonio de (*Tony*) (1908-1992). Abogado y político cubano. Fue primer ministro de Cuba entre 1948 y 1950 y se desempeñó como presidente del Senado. Presidió el Partido Revolucionario Cubano (Auténticos).

En 1960 se exilió en los Estados Unidos, donde fue miembro del llamado Consejo Revolucionario Cubano.

Vasconcelos Maragliano, Ramón (1890-1965). Político cubano de ideas reaccionarias y periodista de amplia trayectoria en las más importantes publicaciones periódicas de la época. Presidió el Partido Liberal entre 1930 y 1940, y fue senador desde 1936 hasta 1948. Dirigió el Ministerio de Educación durante el primer mandato de Fulgencio Batista y, tras el golpe de Estado de este último a Prío Socarrás, fue ministro de Comunicaciones.

Vázquez Cuadrado, Adolfo (*Fito*) (¿?). Primo hermano de los Santamaría Cuadrado, muy relacionado con ellos y cercano colaborador del MR-26/7. Hijo de Benedicta Cuadrado y Adolfo Vázquez. Fue quien puso a Haydee el mote de Yeyé y le brindó apoyo a Abel en su decisión de vivir en La Habana hasta que se independizó y alquiló el apartamento de 25 y O.

Vega López, Manuel (1892-1954). Pintor costumbrista y retratista cubano. Profesor (desde 1926) y director (1936) de la Academia Nacional de Bellas Artes San Alejandro.

Vent Dumois, Lesbia (1932). Pintora e ilustradora cubana. Durante cuarenta años trabajó en la Casa de las Américas, donde dirigió su departamento de Artes Plásticas y organizó más de trescientas exposiciones –labor por la cual recibió el Premio Nacional de Curaduría–; fue además vicepresidenta de la institución. Es la presidenta nacional de la Asociación de Artistas Plásticos de la Uneac y Premio Nacional de Artes Plásticas 2019.

Verdecia Moreno, Ángel (1933-1958). Capitán del ER. Cayó en combate el 13 de julio en una emboscada entre Meriño y San Lorenzo, localidades de Santiago de Cuba.

Viglietti, Daniel (1939-2017). Cantante y compositor considerado uno de los mayores exponentes del canto popular uruguayo y latinoamericano. Desde su primera visita en 1975, durante el Encuentro de la Canción Protesta, mantuvo un estrecho vínculo con la Casa de las Américas, a donde regresó en varias ocasiones, la última de ellas en febrero de 2016 para ofrecer un concierto «a dos voces», como tributo a su amigo Mario Benedetti.

Vitale, Ida (1923). Poeta, traductora, ensayista y profesora uruguaya invitada como jurado del Premio Casa, en 1964, y al Encuentro con Rubén Darío, en 1967. Reconocida con los Premios Reina Sofía de Poesía Iberomaricana, en 2015, y el Cervantes, en 2018.

Walsh, Rodolfo (1927-1977). Periodista, escritor, traductor y revolucionario argentino. Reconocido pionero de la literatura testimonial. Fue jurado del Premio Casa en 1968, 1970 y 1974. Diseñó el atentado a la estación central

de la Policía Federal Argentina ocurrido el 2 de julio de 1976. En 1977, mientras distribuía las primeras copias de su *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*, se enfrentó a tiros con las fuerzas represivas y fue herido fatalmente. Se cadáver permanece desaparecido.

Westbrook Rosales, José (*Joe*) (1937-1957). Activo combatiente contra la dictadura de Batista desde sus años de estudiante; fue militante del Movimiento Nacional Revolucionario. Formó parte del ejecutivo nacional del Directorio Revolucionario desde su fundación. Asesinado con diecinueve años durante la Masacre de Humboldt 7 –el 20 de abril de 1957, a causa de la delación de uno de sus compañeros–, tras los asaltos al Palacio Presidencial y a la estación Radio Reloj, donde formó parte del comando armado que tomó esta, el 13 de marzo de 1957.

Zalamea, Jorge (1905-1969). Poeta, dramaturgo y ensayista colombiano. Premio Casa de las Américas de ensayo con el volumen *La poesía ignorada y olvidada* (1965).

Zapata, Emiliano (1879-1919). Campesino revolucionario mexicano que comandó el Ejército Libertador del Sur durante la Revolución Mexicana. Fue asesinado en una emboscada y se convirtió en símbolo de la lucha por la justicia y la libertad para los campesinos del continente.

Zoilo. Seudónimo de Fernández Font, Marcelo.

Índice

Haydee, te seguimos necesitando
Jaime Gómez Triana y Ana Niria Albo Díaz / 9

Semblanza de Haydee Santamaría
Roberto Fernández Retamar / 15

Nota a Roberto Fernández Retamar / 22

HAY QUE DEFENDER LA VIDA O ENTREGARLA ABSOLUTAMENTE
1953-1958

Carta desde la cárcel de Boniato a Benigno Santamaría
y Joaquina Cuadrado / 27
Carta a Elena Rodríguez del Rey y Manuel Hernández / 29
Declaración de Haydee Santamaría en el juicio del Moncada / 30
Carta a sus padres desde la cárcel de Guanajay / 35
Carta a Gladys Rodríguez / 37
Respuesta al doctor Andreu / 39
Carta a René Guitart Rodríguez / 47
Carta a René Ramos Latour (*Daniel*) / 49
Carta a René Ramos Latour / 51
Carta a Celia Sánchez Manduley (*Aly*) / 52
Carta a Celia Sánchez Manduley desde Miami / 53
Carta a Fidel Castro Ruz desde Miami (mayo) / 54
Carta a Fidel Castro Ruz desde Miami (junio) / 55
Carta a Manolín Santiago desde Miami / 59

HAY UNA SOLA FECHA: ANTES DEL MONCADA Y DESPUÉS DEL MONCADA
1959-1969

Carta a Andrés Lizarraga / 65
La Casa de las Américas
Entrevista de Edith Depestre / 67

Carta al director de la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* / 70
Conversación con Carlos Franqui / 74
Carta a Jacobo Arbenz / 92
Carta a Pablo Armando Fernández / 94
Carta a Senén Caravia Carrey / 96
Carta a Dulce Bello / 98
Palabras pronunciadas en el acto de homenaje a Frank País a ocho años de su asesinato / 99
Carta a Pablo Neruda / 103
Carta a Arnaldo Orfila Reynal / 104
Bueno entre buenos / 106
Premio Casa de las Américas 1966 / 108
Carta a Nicanor Parra / 109
Aquel 26 de Julio
Entrevista de Lisandro Otero / 111
Carta a Faustino Pérez / 151
Carta a Estela Bernal / 153
Charla sobre el Moncada / 155
Una mujer de la Revolución Cubana
Entrevista de Margarita García Flores / 183
Entrevista sobre Olas / 190
Carta a Pedro D. Horta de la Barca / 196
«El Poder Local son ustedes» / 198
Charla sobre el Premio Casa de las Américas / 210
Carta al Che Guevara / 219
Carta a Jorge Zalamea / 221
Carta a Adolfo Gutkin / 223
Carta a Ángel Rama / 227
Carta a Leopoldo Marechal / 230
Carta a Roberto Matta / 232
Carta a Justa Muguerza / 234
Carta a Manuel Pedro González / 236
Carta a Margaret Randall / 238
Palabras en la constitución del Jurado del Premio Casa 1968 / 240
Carta a Armando Hernández Agetro / 246

Carta a Lorenzo Pérez Parada / 248
Carta a Dionisio Santos / 249
Carta a presidente de Administración Municipal / 250
Carta a María de la Caridad López / 251
Cable enviado a Coretta Scott King, viuda de Martin Luther King / t. P. Latina / 252
Hacemos la cultura a base de coraje
Entrevista de Rodolfo Alcaraz / 253
Carta a Isabel Ramos Muñoz / 267
Haydee habla de Vietnam / 268
Haydee habla del 26 de Julio a las brigadas millonarias / 288
Encuentro sobre el 26 de Julio con trabajadores de la Casa de las Américas / 300
El joven escritor debe amar la vida, el trabajo y al ser humano / 345

EL BUEN ARTE SIEMPRE ES REVOLUCIONARIO
1970-1980

Palabras en la constitución del Jurado del Premio Casa de las Américas 1970 / 363
Carta a Mario Vargas Llosa / 375
La mujer cubana: «Los que murieron y los que vivieron»
Entrevista de Margaret Randall / 379
Palabras en la apertura del Encuentro de Música Latinoamericana / 390
Palabras en el centenario de la muerte de Carlos Manuel de Céspedes / 403
Cómo surgió y cómo se desarrolló la Casa de las Américas / 408
Palabras inaugurales de la exposición La Casa de las Américas
en nuestra América / 418
Todo es una sola cosa
Entrevista de Nils Castro / 420
Carta a Rolando Hinojosa / 452
Casa es nuestra América, nuestra cultura, nuestra Revolución
Entrevista de Jaime Sarusky / 454
Ramón Emeterio Betances: un hombre de nuestros días / 468
Carta a Antonio Jiménez / 473
Nota de/a Mariano Rodríguez / 475
Carta a Mirtha Mesa / 477
Carta a Jorge Valls Arango / 480
Carta a Reinaldo García Alfonso / 482
Palabras a propósito de la creación del Círculo Internacional Amigos
de los Niños / 484

Carta a Alicia Alonso / 489
Monólogo para un documental del Icaic / 490
Carta a Orlando Terré Camacho / 503
Palabras en el acto de crecimiento al Partido Comunista de Cuba en la Casa de las Américas / 504
La Casa de las Américas ha cumplido veinte años
Entrevista de Basilia Papastamatíu / 507
Palabras en la inauguración de la muestra Pintura Primitiva de Solentiname / 515
Carta a Albertina Moro Martínez / 517
«Para mí el verdadero arte es política, los resultados de estos veinte años de Casa han dado la razón a este criterio»
Entrevista de Rosa Elvira Peláez y Cino Colina / 519
Carta de felicitación por el veinte aniversario de la Casa de las Américas / 524

Índice general de siglas / 525

Fichas biográficas / 527

Haydee Santamaría, luchadora del Moncada, la clandestinidad, la Sierra Maestra y el exilio, fue una mujer apasionada e íntegra. Su pensamiento –resultado de una época y de su compromiso político– fue siempre audaz, nunca dogmático ni retórico y puede seguir aportando al ideario de la emancipación en el presente y en el futuro, así como a las luchas de Cuba y otros pueblos por toda la justicia. Para muchos, los textos aquí reunidos constituirán una novedad y buena parte de los lectores se sorprenderá al descubrir la estatura deslumbrante de una heroína con aristas hasta ahora desconocidas. No es esta, sin embargo, una selección definitiva, no podría serlo, por lo que esperamos que estimule nuevos acercamientos que continúen aportando luz sobre su figura y sobre las ideas que abrazó y defendió siempre.

Jaime Gómez Triana (La Habana, 1978). Crítico e investigador teatral. Es vicepresidente de la Casa de las Américas y director del Programa de Estudios sobre Culturas Originarias de América creado por esa institución en 2011. Ha publicado los volúmenes: *Víctor Varela: teatro y obstáculo* (ensayo); *Cubapaq/A Cuba* (compilación de textos de José María Arguedas); *Saberes y expresiones artísticas de los Pueblos Indígenas de América en el horizonte del Buen Vivir* (selección de ponencias del II Coloquio de Estudios sobre Culturas Originarias de América) y *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del «caso Padilla» cincuenta años después* (compilación en coautoría con Abel Prieto).

Ana Niria Albo Díaz (La Habana, 1987). Licenciada y Máster en Sociología por la Universidad de La Habana, donde integra el programa doctoral de esta misma especialidad. Trabaja como investigadora del Programa de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos, de la Casa de las Américas. Compiló, junto con Antonio Aja, las monografías *En la alteridad del mainstream americano. Estudio de lo latino en los Estados Unidos* (2011) y *Latinidad en encuentro: experiencias migratorias en los Estados Unidos* (2014).

ISBN 978-959-260-649-4

casa de las américas